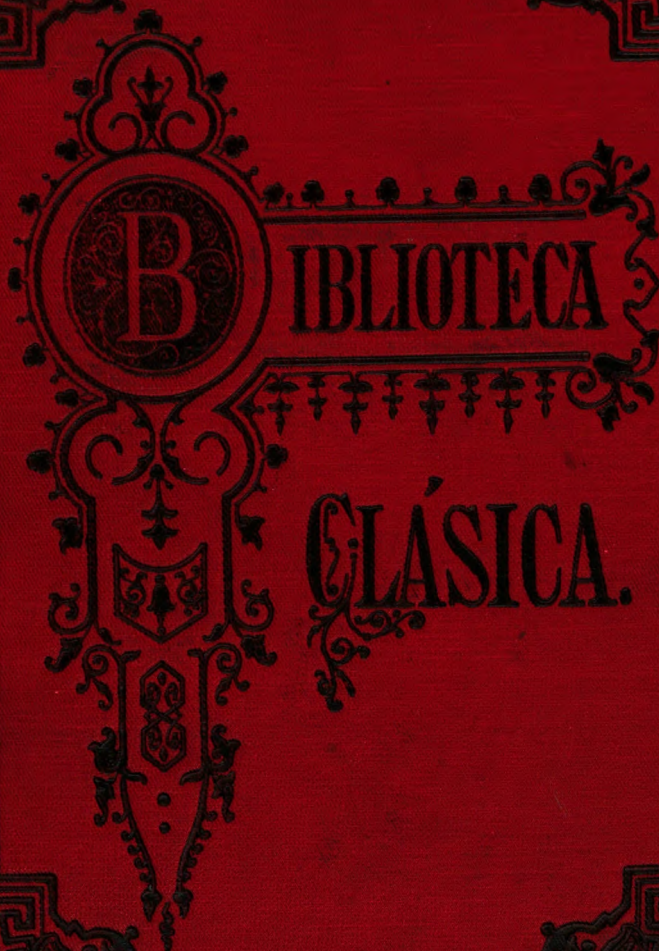


UC-NRLF



5B 613 757



IBLIOTECA

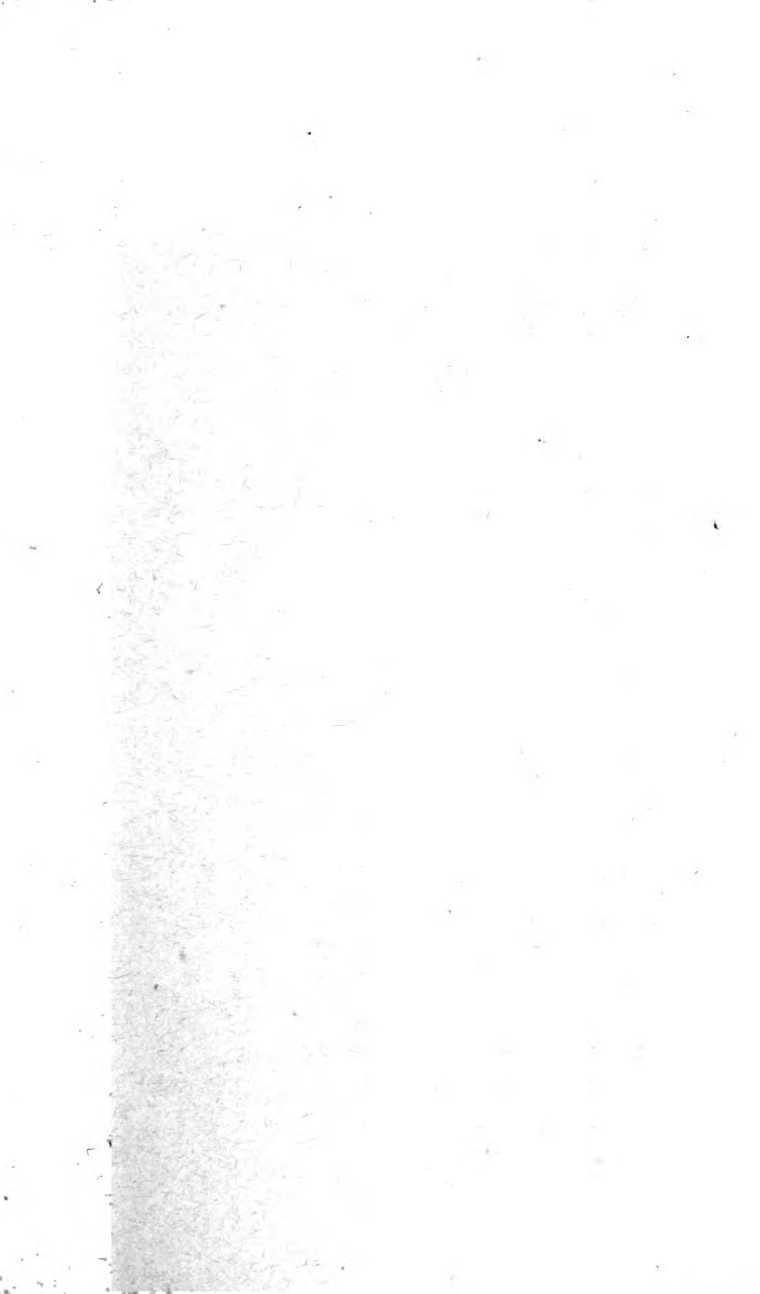
CLÁSICA.

GIFT OF
J. C. Cebrían



EX LIBRIS

868
Sm
1.3





DRAMAS DE SCHILLER



BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO LXII

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

SCHÍLLER

TRADUOIDAS DIRECTAMENTE AL CASTELLANO
DE LA EDICIÓN ALEMANA DE COTTA

POR

EDUARDO DE MIER

—
TOMO III
—

MÁDRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

—
1910

ES PROPIEDAD

DE VINU
ABONILLAS

MADRID.—Imp. de los Suc. de Hernando, Quintana, 33.

PT
A17
1907
V.3
M11

LA DESPOSADA DE MESINA

ó

LOS HERMANOS ENEMIGOS

290826



LA DESPOSADA DE MESINA

6

LOS HERMANOS ENEMIGOS.

ARGUMENTO.

Un Príncipe de Mesina, de nombre desconocido y de época incierta, se había casado, robándola, con la prometida de su padre, el cual, como es de suponer, había pronunciado contra su hijo y su descendencia terribles maldiciones.

En efecto, los hijos del suyo y de la robada, César y Manuel, se odiaron encarnizadamente desde la infancia, y llevaron su enemistad, ya hombres, hasta el extremo de dividir á la ciudad en dos bandos rivales, que seguían á uno y otro, y se hacían mutuamente implacable guerra. Isabel, madre de ambos, á fuerza de ruegos y de lágrimas, consigue al fin que los dos hermanos enemigos se vean en su presencia y se reconcilien, asunto que llena todo el primer acto, y que se supone ocurrir poco después de la muerte del padre de los Príncipes. El coro está compuesto de los satélites y partidarios de uno y otro hermano. Al principio da á entender D.^a Isabel que tiene una hija, salvada por ella de la muerte, á que la condenaba su padre, escondiéndola en un convento; y, al terminar este

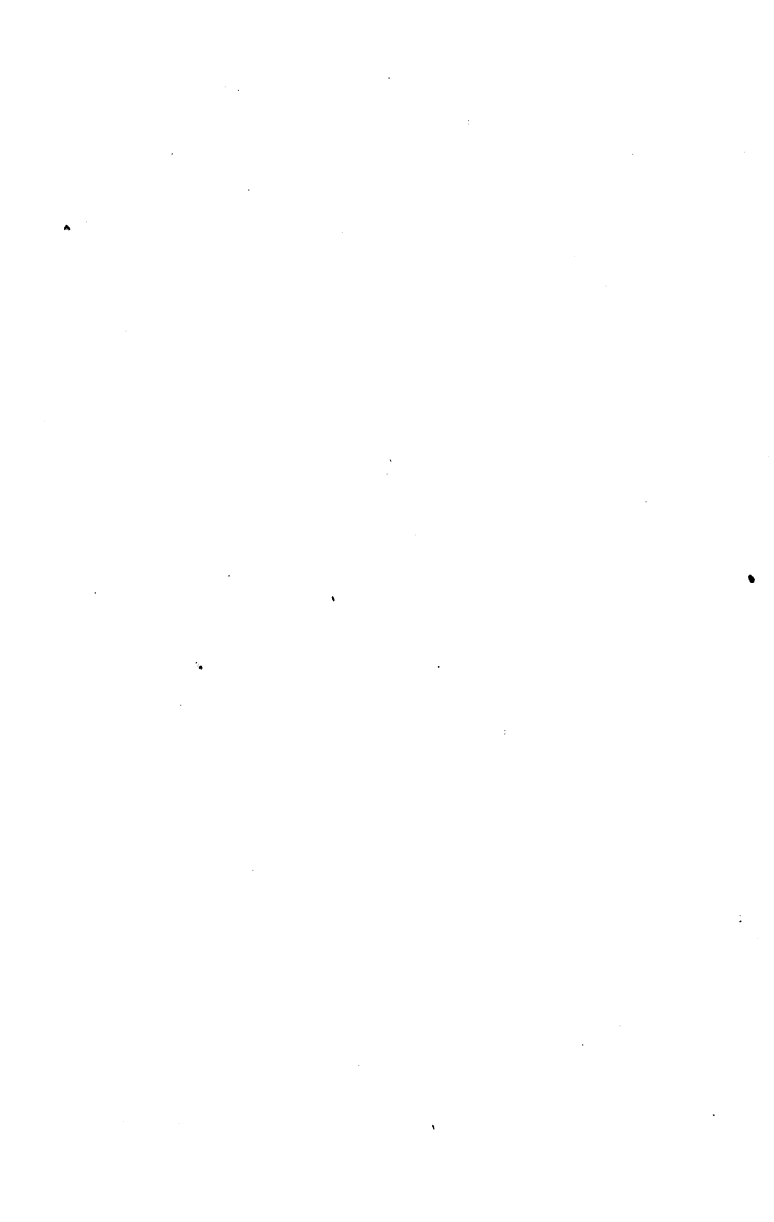
mismo acto, D. Manuel, el hermano primogénito, anuncia al coro que está vivamente enamorado de una joven (á quien encontró también en un monasterio retirado, persiguiendo él á una cierva), con la cual se propone desposarse, y á cuyo fin encarga á parte del coro, compuesto de sus amigos, que comprén en los bazares vestidos y joyas de boda para su futura.

En el acto segundo, Beatriz, la prometida de D. Manuel, lo aguarda en el jardín del convento para huir en su compañía, presentándose en vez de aquél D. César, que le declara su amor ardiente, desde que la vió por vez primera en los funerales de su padre. La habla buscado en vano después de aquel suceso, y la encuentra al fin en ocasión tan crítica. Le descubre quién es él, le dice que será también Princesa, y su esposa, y se retira para volver por ella. D.^a Isabel, la madre de los dos hermanos, revela á éstos que tiene otra hija, oculta en un convento desde que nació, porque su padre ordenó matarla, á consecuencia de un sueño, que le explicó un astrólogo árabe, profetizándole que esa hija acabaría con todo su linaje. La madre, en virtud de otro sueño, cuya interpretación le prometía que esa hija trocaría en amor vivísimo el odio de sus hijos, desobedeció á su esposo, y la conservó escondida. Tanto D. Manuel como D. César confiesan á D.^a Isabel que están enamorados, y ambos también le declaran que en breve traerán al palacio á sus amadas. Diego, el antiguo servidor, encargado de la custodia de la hija de su Soberana, y á quien esperaban con ella la madre y los hermanos, llega á la terminación de este segundo acto, y les dice que ha sido robada por unos piratas. La madre, entonces, conjura á sus hijos á buscarla y vengarla.

En el acto tercero, Beatriz, que aguarda á D. Manuel para huir, y á D. César, que le ha prometido volver, y á quien teme y aborrece, ve realizados en breve sus deseos, puesto

que llega primero su amante. Éste le descubre entonces quién es, aumentando la turbación y el miedo de su amada, porque así sabe que ambos son hermanos, y que ambos la pretenden. Su terror es grande, pues, cuando oye la voz de D. César, que quiere entrar, refugiándose asustada en los brazos de D. Manuel, y presentándose así á la vista de D. César, que, ciego de ira y de celos, y creyendo que su hermano lo ha engañado, lo mata en un instante á puñaladas.

D.^a Isabel, en el acto cuarto, dice á Diego, su servidor, que, mientras buscan sus dos hijos á su perdida hermana, ha enviado ella un mensajero á cierto ermitaño, santísimo varón, para que le revele si se encontrará á su hija, y, en caso afirmativo, si será D. Manuel ó D. César el que ha de hallarla. El mensajero vuelve á poco, y le manifiesta, con referencia al ermitaño, que su hija será hallada y D. Manuel el afortunado; pero añade al mismo tiempo que el ermitaño, con el cirio regalado por la Soberana, había incendiado su altar y su cabaña. En seguida traen á Beatriz desmayada, en cumplimiento de las órdenes de D. César; y, cuando vuelve en su acuerdo, sabe de los labios de su madre, que sus dos pretendientes son á la vez sus hermanos. El cadáver de D. Manuel llega también poco después; y como nadie quiere explicar su muerte, D.^a Isabel cree que ha sucumbido á manos de los raptos de Beatriz. D. César, que se presenta entonces, averigua que Beatriz es su hermana; y á consecuencia de su arrepentimiento, por haber matado á su hermano; de su dolor, al verse defraudado en sus esperanzas amorosas; y convencido de que con su muerte terminarán las desdichas de su familia, si bien duda un momento, acaba, al fin, suicidándose, no obstante los ruegos y las súplicas de su madre y de su hermana.



DEL USO DEL CORO EN LA TRAGEDIA.

La obra poética ha de justificarse por sí misma; y cuando los hechos no hablan, no ayudan mucho las palabras. Se podría, pues, dejar al cuidado del coro hacer su propia apología, bajo la condición esencial de que interviniera en la representación de la manera conveniente. Pero el poema trágico se completa por medio de la exposición teatral; el poeta ofrece sólo las palabras, habiendo de venir en su ayuda, para darle vida, la música y el baile. Mientras falte, por tanto, al coro esa ayuda exterior poderosa; mientras sea, en la economía de la tragedia, una especie de cuerpo extraño, fuera de ella, y un obstáculo á su desarrollo, entorpecerá el curso de la acción, dañará á la verosimilitud y enfriará al espectador. Para juzgar con acierto al coro, es preciso trasportarse del teatro real á otro posible, lo cual es siempre indispensable, si se intenta alcanzar algo elevado. El arte ha de conquistar lo que no tiene, y la falta casual de medios auxiliares no debe limitar la imaginación creadora del poeta. Lo más digno es su fin; tiende á lo ideal, aunque su arte, en la práctica, haya de amoldarse á las circunstancias.

No es verdad, como se afirma con arrogancia, que el público influya en la decadencia del arte; el artista es el que corrompe al público; y en todas las épocas de decadencia, ésta es debida á los artistas. El público sólo necesita sentimiento, y siempre lo tiene. Preséntase en el teatro con deseos indeterminados, y con una capacidad múltiple. Posee en el grado más alto la aptitud de saborear lo razonable y lo justo; y si se ve obligado á contentarse con lo malo, lo rechazará, de seguro, en seguida, y preferirá lo mejor desde el momento en que se le ofrezca.

El poeta, se replica, puede, si le agrada, buscar el ideal, y el crítico, la aplicación de ciertas ideas; el arte limitado, condicional y práctico descansa en lo necesario. El empresario quiere subsistir, el actor mostrarse con ventaja, y el espectador divertirse y conmoverse. Va en pos del placer, y se descontenta, si necesita aplicar atención extraordinaria en lo que sólo pide distracción y entretenimiento.

Pero cuando se considera el teatro más seriamente; no se procura privar á los espectadores de ese solaz, sino ennoblecerlo. Queda siempre un recreo, pero un recreo poético. El placer es objeto de todas las artes, y no hay propósito tan grave ni tan elevado como hacer más feliz al hombre. El arte verdadero es sólo aquel que proporciona solaz más digno. Pero el goce más supremo es el de la libertad del alma en el constante empleo de todas sus facultades.

Los hombres, á la verdad, esperan de las artes cierta liberación de los lazos de la realidad; quieren, en lo posible, regocijarse y dar rienda suelta á su fantasía. El que menos, pretende olvidar sus negocios, su vida ordinaria, su individuo, verse trasportado en medio de situaciones extraordinarias, convertido en juguete de las singulares combinaciones del destino; y si es más serio, encontrar en la escena

el orden moral del mundo, que echa de menos en el real. Pero sabe muy bien que cuanto sucede es un puro juego; que, en realidad, vive entonces entre sueños; y cuando vuelve del teatro al terreno práctico, le consta que lo abrumará también con su peso, como antes, y será como antes, su víctima; porque queda como estaba, y en su persona no ha sufrido cambio alguno. Ha ganado, pues, tan sólo, disfrutando de una ilusión instantánea, que ha desaparecido al despertar.

Y por lo mismo que se trata no más que de una ilusión pasajera, es indispensable que haya en ella sólo una apariencia de verdad, ó una grata verosimilitud, que se sustituya con placer á la verdad.

Pero el arte verdadero no se propone, como su único fin, un juego del momento; hay seriedad en él, porque no ofrece al hombre un sueño fugitivo de libertad, sino que lo hace libre, real y verdaderamente, y lo consigue despertando en él una facultad, ejercitándola y perfeccionándola, y mostrándole el mundo exterior, que por otra parte pesa sobre nosotros como un grosero fardo y nos atormenta ciegamente, allá en lontananza, como un objeto remoto, trasportando nuestro espíritu á un terreno libre y dominando por las ideas á la materia.

Y porque el arte verdadero se propone siempre algo real y objetivo, no se satisface sólo con la apariencia de la verdad; un edificio ideal se levanta sobre la verdad misma, sobre el profundo y firme cimiento de la naturaleza.

Si el arte, pues, ha de ser completamente ideal, y real, sin embargo, en su significación más profunda; como ha de despojarse de lo positivo por entero, y, no obstante, conformarse en todo con la naturaleza, no es extraño que tal sea la causa de que haya pocos que comprendan el fin especial de toda obra plástica ó poética, puesto que ambas condiciones parecen excluirse mutuamente.

Sucede también con frecuencia que se intenta alcanzar uno de esos fines á costa del otro, y que así ninguno se logra. Cuando la naturaleza ha dado una comprensión exacta y un sentimiento íntimo adecuado, rehusando el don de una fantasía creadora, se pintará fielmente lo real, se representarán con verdad los fenómenos accidentales, no, por tanto, el espíritu de la naturaleza. Sólo nos ofrecerá su materia exterior, pero no será una obra propia del artista, no la libre creación de nuestro espíritu en su esfera artística, careciendo del carácter benéfico del arte, que sólo en la libertad ha de consistir. La impresión que hace en nosotros un artista ó poeta de esta especie, podrá ser seria, no satisfactoria, puesto que notamos que su arte, en vez de darnos la libertad que apetecemos, nos traslada penosamente al círculo estrecho y vulgar de la realidad. Aquel á quien ha tocado en suerte, por el contrario, una viva fantasía, pero sin carácter y sin sentimiento, se ocupará poco de la verdad y mucho del mundo exterior, y se propondrá tan sólo sorprendernos por lo extraño y fantástico de sus combinaciones; y como toda su obra es espuma y vana apariencia, nos divertirá algunos instantes, pero sin dejar en el ánimo nada sólido y durable. Su juego no es poético, como no lo es tampoco la gravedad del otro. Trazar arbitrariamente una serie de cuadros fantásticos, no es lo ideal, ni representar con fidelidad la naturaleza es tampoco reproducirla artísticamente. Ambas condiciones se contradicen tan poco, en efecto, que, antes bien, son una sola é idéntica, porque el arte sólo lo es cuando renuncia por completo á lo real y se hace en todo ideal. La misma naturaleza es una idea del espíritu, que no cae bajo el dominio de los sentidos. Hállase oculta entre los fenómenos, y nunca se presenta. Sólo al arte ideal es permitido, ó, mejor dicho, sólo á él se ha abandonado ese dominio, bajo la condición de que se apodere del es-

píritu de ese todo, y lo revista de forma corporal. No es su fin presentarla á los sentidos, sino á la imaginación, en virtud de su facultad creadora, haciendo de este modo una obra más verdadera que toda realidad, y más real que la experiencia. Dedúcese de aquí que el artista no ha de emplear ni un solo elemento de la realidad, tal como existe; que su obra ha de ser ideal en todas sus partes, único medio de que sea un todo real y esté de acuerdo con la naturaleza.

Cuanto se ha dicho de la poesía y del arte, conforme á la verdad, lo es también si se aplica á sus diversas especies, como puede hacerse sin trabajo con relación á la tragedia. También aquí se tuvo que luchar largo tiempo, y se lucha todavía con las ideas vulgares sobre lo natural, las cuales esterilizan y anulan toda poesía y todo arte. Concédese con cierta parsimonia á las artes plásticas, y más bien por motivos convencionales que verdaderos, cierto idealismo; pero á la poesía, y especialmente á la dramática, sólo ilusión se consiente, la cual, si se realizase, la convertiría en un juego miserable de prestidigitación. Todo lo exterior, que se relaciona con la representación escénica de una obra dramática, protesta contra esta idea de que todo es un símbolo de la realidad. El mismo día es convencional en el teatro, la arquitectura simbólica, ideal, el lenguaje en verso, y, sin embargo, la acción ha de ser real, y la parte destruir al todo. De aquí que los franceses, que han falseado por completo el espíritu de la antigüedad, hayan introducido en el teatro, con arreglo á las ideas más vulgares y empíricas, las dos unidades de tiempo, como si pudiera haber aquí otro lugar que el espacio puramente ideal, ni otro tiempo que el necesario al desarrollo de la acción.

La introducción del lenguaje rítmico fué ya un progreso importante en la tragedia poética. Algunos ensayos líricos han prosperado también en la escena, y la poesía, por su

propia virtud, ha logrado algunas victorias parciales contra las preocupaciones dominantes. Pero con los triunfos aislados se ha adelantado poco, porque el error fundamental no desaparece, y no basta que se tolere como libertad poética lo que constituye la esencia de toda poesía. La introducción del coro sería el último y decisivo paso; y aunque no sirviera sino para declarar la guerra, pública y lealmente, al naturalismo en el arte, haría las veces para nosotros de una muralla viva, defensora de la tragedia, para conservarse pura de los ataques del mundo real, y reservarse su terreno ideal y su libertad poética.

La tragedia griega, como se sabe, ha nacido del coro. Pero, aunque históricamente y con el trascurso del tiempo se haya desprendido de él, se puede afirmar, que, en su forma y en su esencia poética, ha permanecido fiel á su origen, y que, sin su asistencia constante y el obstáculo que ofrecía al desarrollo de la acción, hubiera llegado á ser una poesía muy diversa. La supresión del coro, y la mudanza de este órgano exterior poderoso, en la figura sin carácter, fastidiosa y repetida de un pobre confidente, no fué, por tanto, tan notable progreso en la tragedia como han creído los franceses y sus imitadores.

La tragedia antigua, que, en su principio, se preocupaba solo de dioses, héroes y reyes, necesitaba del coro como de un acompañamiento necesario; lo encontraba en la naturaleza, y lo empleaba por lo mismo. Las acciones y el destino de los héroes y de los reyes son públicas por su índole, y lo eran más en esos tiempos sencillos primitivos. Por consiguiente el coro era, en la tragedia antigua, como un elemento natural, consecuencia de la forma poética de la vida real. En la tragedia nueva se convierte en órgano artístico, y ayuda á realzar la poesía. El poeta moderno no encuentra ya al coro en la naturaleza, y se ve obligado, por tanto, á crearlo é introducirlo poéticamente, esto es,

á forjar su fábula de tal suerte, que le anime el espíritu de esas épocas sencillas, y la revista de esa forma, también sencilla, de la vida.

De aquí que el coro preste al trágico moderno servicios aun más importantes que al poeta antiguo, porque transporta nuestro mundo vulgar al antiguo poético, porque anula cuanto por su naturaleza se opone á la poesía, y porque le suministra motivos más sencillos, primitivos y naturales. El palacio de los Reyes está cerrado ahora; la justicia, de las puertas de la ciudad, se ha refugiado en lo interior de los edificios; lo escrito ha sustituido á la palabra, y el pueblo mismo, ese conjunto sensible y vivo cuando no obra como una fuerza bruta, se transforma en el estado en un sér abstracto, y los dioses se han refugiado en el fondo del alma humana. El poeta ha de abrir de nuevo los palacios, traer de nuevo la justicia á la luz del día, restablecer los dioses, restaurar todo lo inmediato, que ha desaparecido por el influjo convencional de la realidad, y rechazar todos los elementos artificiales, que rodean á los demás hombres y á él mismo, y contrarían la manifestación de su naturaleza interior y su carácter primitivo, como hace el escultor con los trajes modernos, no tomando de cuanto existe sino aquello que realza más á la más elevada de todas las formas, que es la humana.

Pero de la misma manera que el artista acomoda los pliegues de las vestiduras á sus figuras, para llenar agradablemente el espacio de su cuadro, para trazar sus diversas partes en forma de masas tranquilas y unidas, para disponer de tal suerte los colores, que atraigan y encanten los ojos, para ocultar ó hacer más sensible la forma humana, y mostrar así su ingenio, así también el poeta trágico reviste y exorna el esqueleto de su acción y los trazos característicos de los personajes de un tejido lírico pomposo, con el cual, como con un traje de púrpura de rico plega-

do, se mueven los personajes de su fábula, libre y noblemente, con su dignidad inalterable y su tranquila alteza.

En toda organización superior ha de desaparecer la materia ó la parte elemental, porque los colores químicos se funden en la carnación inimitable de la vida. Pero la materia tiene también su importancia, y ha de formar parte de toda creación artística, con la condición de que ocupe justamente su lugar, por su plenitud, por su vida y por su armonía, y realzando las formas que adopte, no abrumándolas bajo su peso.

Comprendible á todos es esto, tratándose de las artes del diseño, pero es aplicable asimismo á la poesía, y en particular á la trágica, que es el objeto de este escrito. Todo cuanto concibe en general la inteligencia es comparable bajo este aspecto á lo que excita á los sentidos, es materia y primer elemento en una obra poética, y cuando predomina, destruye irremisiblemente lo poético, por yacer éste en la línea divisoria de lo ideal y de lo sensual. Pero tal es la naturaleza humana, que siempre de lo particular pasa á lo general, y la reflexion ha de conservar un puesto en la tragedia. Pero si ha de merecerlo, ha de ganar en la exposición lo que le falta en sentido real, porque los dos elementos de la poesía, lo sensible y lo ideal, no obran formando un todo, sino uno al lado del otro, porque de lo contrario desaparece la poesía. Cuando la balanza pierde su equilibrio, no se restablece sino por la oscilación impresa en sus dos platillos.

Este, y no otro, es el papel del coro en la tragedia. El coro no es ningún individuo, sino una idea general; pero esta idea se representa por un conjunto sensible é influente, que impone á los sentidos por su presencia y por su número. El coro abandona el estrecho círculo de la acción, para referirse á lo pasado y lo futuro, á épocas y

pueblos remotos, y á todo lo humano, en general, indicando los grandes resultados de la vida, y las lecciones de la experiencia. Pero lo hace con todo el poder de la fantasía, con atrevimiento y libertad lírica, discurriendo con paso divino por las más altas cimas de lo humano, y lo hace acompañada de todo el poder sensible del ritmo y de la música en tonos y movimientos.

El coro purifica así el poema trágico, porque separa la acción de la reflexión, y porque, en virtud de esta separación, le comunica fuerza poética, del mismo modo que el artista transforma la necesidad vulgar del vestido en ricos ropajes, dotándolo de seducción y de belleza.

Pero justamente lo mismo que el pintor se ve obligado á vigorizar el tono y el color de la vida, para que se armonice con sus vestiduras, así también el lenguaje lírico del coro impone al poeta la necesidad de elevar proporcionalmente todo el lenguaje de una obra poética, é imprimir mayor energía al sentido real de su estilo. Sólo el coro autoriza al poeta trágico para elevar su tono, llenar el oído, interesar al espíritu y recrear el ánimo. Esta figura gigantesca de su cuadro lo precisa á calzar con el coturno á todos sus personajes, y revestir sus escenas de grandeza trágica. Si se suprime el coro, ha de decaer en su conjunto el lenguaje de la tragedia, ó mas bien lo grande y lo importante se hace forzado y exagerado. Si se introdujese el antiguo coro en la tragedia francesa, mostraría su pobreza y su insignificancia, y, sin duda alguna, su verdadera importancia en la de Shakespeare.

Así como el coro da vida al lenguaje, así también comunica calma á la acción, pero calma elevada y bella, necesaria á toda obra artística notable. Porque el ánimo del espectador ha de conservar su libertad, cuando se manifiesten las pasiones más violentas; las impresiones que sienta no han de arrastrarlo, sino que ha de permanecer sereno y

dueño de sí mismo, y á distancia de las emociones que experimenta. La opinión vulgar, al censurar al coro porque desvanece la ilusión y destruye el efecto de las pasiones, lo alaba en realidad, porque el verdadero artista evita ese influjo violento de los afectos, y desprecia esa ilusión. Si las calamidades, con que la tragedia conmueve nuestro corazón, se sucedieran una á otra en serie no interrumpida; la fuerza del dolor se sobrepondría á nuestra propia actividad. Intervendríamos como parte interesada en la fábula, y no seríamos superiores á ella. Por lo mismo que el coro aísla esos hechos, y separa las pasiones con sus reflexiones consoladoras, nos devuelve nuestra libertad, que en otro caso se perdería con la violencia de los afectos. Hasta los personajes trágicos necesitan de este freno, de esta calma, para recogerse en sí, puesto que no son seres reales que obedecen á la impresión del momento, y representan una individualidad, sino personajes ideales y símbolos de una especie, que expresan en toda su profundidad lo que es el hombre. La intervención del coro, que los oye como testigo y como juez, reprimiendo las primeras explosiones violentas de su pasión, influye en la moderación de sus actos y en la dignidad de sus palabras. Están, hasta cierto punto, en un teatro natural, puesto que obran y hablan ante espectadores, y por lo mismo es mayor su aptitud para hablar al público en un teatro artístico.

He aquí los motivos que me decidieron á restablecer en la escena el antiguo coro. Sé que en la tragedia moderna no son los coros desconocidos; pero el de la tragedia griega, como yo lo represento como un personaje ideal, que interviene en toda la acción y es parte integrante de ella, es enteramente distinto de esos coros de ópera; y cuando yo, tratándose de la tragedia griega, oigo hablar de coros y no del coro, me asalta en seguida la sospecha de que no se sabe lo que se habla. El coro de la tragedia antigua,

según tengo entendido, desde la extinción de aquella, no ha aparecido jamás en el teatro.

Verdad es que yo he dividido al coro en dos partes, y lo ofrezco en lucha consigo mismo, pero sólo cuando obra como persona real, y como ciega muchedumbre. Como coro y personaje ideal, es siempre uno y el mismo. He mudado el lugar de la acción, y hecho comparecer al coro; pero también Esquilo, creador de la tragedia, y Sófocles, el gran maestro del arte, usaron de esta libertad.

Otra, que he empleado asimismo, es quizás más difícil de justificar. Aparecen en mi obra mezcladas la religión cristiana y el gentilismo griego, y hasta las supersticiones mahometanas. Pero el lugar principal de la acción es Mesina, en donde estas tres religiones, ya por haber existido en ella, ya por perpetuarse en sus monumentos, hablan á los sentidos. Además considero como un derecho de la poesía formar de las diversas religiones un conjunto ó nombre colectivo, obra de la imaginación, en el cual encuentra su lugar todo lo que posee carácter propio, y cierta manera especial de sentir. Bajo el velo de todas las religiones se oculta la religión misma, la idea de Dios, y ha de ser lícito al poeta expresarlo del modo que estime más cómodo y eficaz.



LA DESPOSADA DE MESINA

6

LOS HERMANOS ENEMIGOS.

PERSONAJES.

D.^a ISABEL, Princesa de Mesina.

D. MANUEL, }
D. CÉSAR. } Sus hijos.

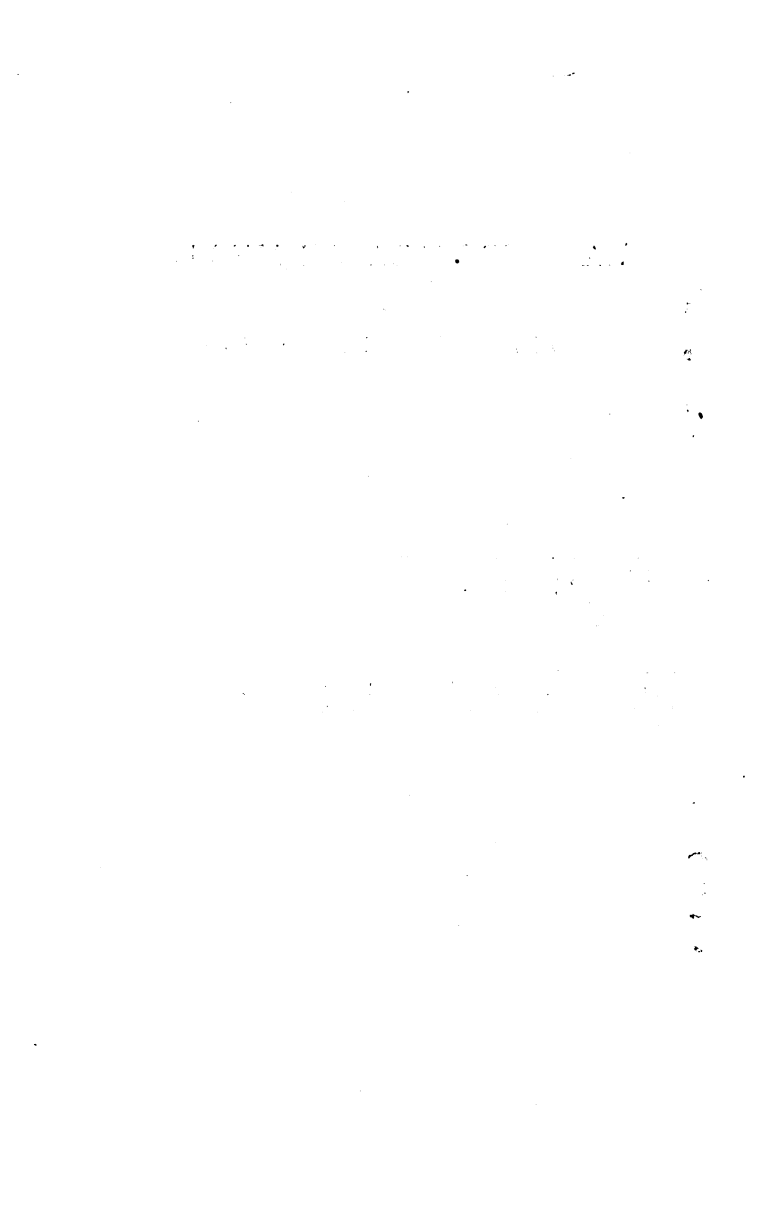
BEATRIZ.

DIEGO.

MENSAJEROS.

EL CORO, formado por el séquito de los dos hermanos.

Los Ancianos de Mesina, personajes mudos.



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una sala espaciosa, sostenida por columnas; con entradas á derecha é izquierda; en el fondo, una gran puerta, de dos hojas, lleva á una capilla.

D.^a ISABEL, de luto rigoroso.—LOS ANCIANOS DE MESINA la rodean de pie.

D.^a ISABEL.—Obedeciendo á la necesidad, no espontáneamente, me presento á vosotros, ancianos venerables de esta ciudad, abandonando mis silenciosos aposentos, para mostrar mi rostro á las miradas de los hombres. Porque conviene á la viuda, que ha perdido á su esposo, gloria y luz de su vida, envolverse en negras vestiduras, y ocultarse á los ojos del mundo entre mudas murallas. Pero un deber imperioso y supremo de este instante, me fuerza á ofrecerme de nuevo ante la luz desacostumbrada del mundo.

Aun no ha renovado la luna dos veces su faz luminosa, desde que conduje á su último lugar de descanso á mi reo esposo, que gobernó esta ciudad con energía, defendiéndose con su fuerte brazo de los enemigos que os asedian.

El sucumbió, pero su espíritu se perpetúa en sus dos heroicos y valerosos hijos, orgullo de este país. Los habéis visto crecer y desarrollarse en medio de vosotros, pero crecía al mismo tiempo con ellos el germen desconocido y misterioso de un odio funesto fratricida, que, después de destruir la alegre unión de su infancia, se ha hecho terrible con los años. Nunca su concordia me ha llenado de gozo. Por igual los alimentó mi seno; compartí entre ellos por igual mi amor y mis cuidados, y me consta que es grande y la misma para mí su piedad filial. Sólo en este afecto no se diferencian, pero en todo lo demás reinó entre ambos oposición completa.

A la verdad, mientras reinó su padre, á quien temían, refrenó sus ímpetus con su severa justicia y su constante imparcialidad, y bajo este férreo yugo sometió sus almas obstinadas. No habían de acercarse armados uno á otro, ni pasar la noche bajo el mismo techo. Así, con tales rigores, impedía la explosión de su feroz carácter, aunque dejaba subsistir su odio implacable en el fondo de sus pechos... El poderoso desdeña detener la fuente humilde, por lo mismo que, cuando quiere, refrena la impetuosidad del torrente.

Lo que había de suceder, sucedió. Cuando la muerte cerró sus párpados, y su mano vigorosa no los sujetó, estalló su mutua malevolencia, como el fuego, largo tiempo comprimido, en abierta llama. Os digo lo que, como testigos, habéis todos presenciado. Mesina se dividió, y la lucha fratricida rompió los vínculos sagrados naturales, y dió rienda suelta á la general discordia. Desenvainóse espada contra espada, y la ciudad se convirtió en campo de batalla. Hasta se derramó la sangre en estas habitaciones.

Desatáronse todos los lazos del Estado, como habéis visto, y mi corazón se desgarró en mi pecho... Vosotros sólo habéis conocido las calamidades públicas, y os habéis

cuidado poco de los dolores de una madre. Vinisteis á buscarme, y pronunciasteis estas duras palabras: «Ya veis que la contienda entre vuestros hijos arrastra á los ciudadanos á una guerra civil, cuando, cercados de enemigos, sólo con la unión pueden resistirlos... Sois su madre; y por tanto, os corresponde aplacar su sanguinaria malquerencia. ¿Qué importa á nosotros, los pacíficos, la rivalidad de nuestros señores? Hemos de perdernos porque vuestros hijos se odien? Queremos prescindir de ellos, y llamar á otros gobernantes, que procuren nuestro bien y que puedan dárnoslo.»

Así hablasteis vosotros, hombres feroces é insensibles, no solícitos sino de vuestro bien y del de vuestra ciudad, y acumulasteis las desdichas públicas sobre las particulares mías, insoportables ya por su peso abrumador. Acometí, pues, una empresa de éxito harto problemático, y con el corazón traspasado me interpuse entre los furiosos, clamando paz... Sin miedo, sin descanso, con toda mi alma, porfíé con ellos, ya con el uno, ya con el otro, hasta conseguir con mis ruegos maternales que se apaciguasen, y se reunieran en esta ciudad de Mesina, y en el castillo de sus antepasados, sin enemistad ni odio, lo que no había sucedido desde la muerte de su padre.

¡Ya llegó ese día! Espero á cada momento los emisarios, que han de anunciarme su llegada... Aprestaos, pues, á recibir sumisos á vuestros señores, como conviene á súbditos. Ocupaos sólo en cumplir vuestro deber, y dejad lo demás á mi cuidado. Funesta era para este país y para vosotros, funesta para ellos mismos la contienda entre mis hijos. Si se reconcilian y se unen, son bastante poderosos para protegeros contra el mundo entero, y hacer valer sus derechos... contra vosotros. (Los Ancianos se alejan en silencio con la mano sobre el pecho. Ella hace señas á un antiguo servidor, que se queda.)

ESCENA II.

ISABEL Y DIEGO.

ISABEL.—¡Diego!

DIEGO.—¿Qué manda mi Soberana?

ISABEL.—¡Fiel servidor! ¡Corazón honrado! ¡Acércate! Tú has compartido mis penas y dolores; comparte ahora también la dicha, que me sonríe. He confiado á tu pecho leal mi tierno, mi santo, mi triste secreto. Ha llegado el momento, en que debe mostrarse á la luz del día. Harto tiempo he rechazado el impulso poderoso de la naturaleza, porque me lo impedía imperiosa é incontrastable voluntad ajena. Su voz puede elevarse ahora con libertad, y este palacio, tanto tiempo desierto, reunirá hoy cuánto me es más caro en el mundo.

Dirige; pues, tus pasos, lentos por los años, hacia ese conocido claustro, que guarda para mí precioso tesoro. Tú, fiel servidor, lo depositaste allí, esperando mejores días, y prestándome en mi aflicción penoso servicio. Tráeme alegre esa prenda estimada, para que mi regocijo se aumente. (Óyense trompetas á lo lejos.) Corre, corre, y que el contento te dé alas. Oigo ya la música guerrera, que me anuncia la llegada de mis hijos. (Vase Diego. Óyese la música por dos lados opuestos, acercándose más y más.)

Todo Mesina está en movimiento... ¡Escuchad! Confusa vocería penetra hasta aquí murmurando... ¡Ellos son! Mi corazón maternal late violentamente. Su proximidad le infunde celeridad y fuerza. ¡Ellos son! ¡Oh hijos, hijos míos! (Vase apresuradamente.)

ESCENA III.

EL CORO, que entra.

Se compone de dos semicoros, que llegan al mismo tiempo al teatro por dos lados, uno del fondo, el otro del proscenio, que rodean andando la escena, y cada uno se coloca aparte. Uno de los semicoros está formado de ancianos, y el otro de caballeros, distinguiéndose por sus colores y divisas. Cuando están ya ordenados, calla la música y hablan los dos corifeos.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Yo te saludo con respeto, salón suntuoso, cuna regia de mi señor, artesonado espléndido sostenido por columnas.

Que la espada descanse tranquila en la vaina, y que ante estas puertas yazga encadenada la discordia de cabellos de serpientes. El umbral sagrado de este palacio está guardado por el Juramento, hijo de las Furias, el más temible de los dioses infernales.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Mi corazón se revuelve airado en mi pecho; mi brazo se apresta á la batalla, porque veo la cabeza de mi enemigo, la odiosa imagen de Medusa. Apenas puedo refrenar el ardor de mi sangre. ¿Seré fiel á la palabra de honor, que le he dado? ¿Me dejo arrastrar de mi furiosa ira? Pero me espanta la Euménides, protectora de esta mansión, y la tregua de Dios, hoy vigente.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Al anciano conviene mayor moderación, y yo, más razonable, saludo primero. (Al segundo coro.) Sé el bienvenido, tú, que compartes mis sentimientos fraternales, y que, como yo, honras y respetas á las deidades, protectoras de este palacio. Ya que los Prin-

cipes hablan entre sí con dulzura, queremos pronunciar también ahora palabras de paz, y conversar sin miedo y con sosiego con vosotros, porque la palabra es por sí buena y saludable. Pero si te encuentro en campo libre, la sangrienta lid podrá renovarse, y probar al valor el acero.

Todo EL CORO.—Pero si te encuentro en campo libre la sangrienta lid podrá renovarse, y probar al valor el acero.

PRIMER CORO. (*Berenguer.*)—No te odio. Tú no eres mi enemigo. Nacimos en la misma ciudad, y aquellos son extranjeros. Pero cuando los Príncipes pelean, sus servidores han de matar y morir, porque es lo regular y lo justo.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Bien pueden saber por qué se aborrecen, hasta derramar sangre batallando. Á mí no me importa. Nosotros combatimos porque ellos combaten. Ni el valiente ni el hombre de honor consienten que sean despreciados sus señores.

UNO DEL CORO. (*Berenguer.*)—Oid lo que yo pensaba, cuando ocioso discurría por las ondeantes mieses, entregado á mis reflexiones.

En el calor de la contienda no teníamos ocasión de cavilar ni aconsejarnos, porque la sangre, con su ardor, nos arrastraba.

Estos sembrados ¿no son nuestros? Estos olmos, con las viñas que los tapizan, ¿no son hijos de nuestro sol? ¿No podríamos, contentos y gozosos, pasar los días tranquilos y sin cuidados, y hacer la vida alegre y ligera? ¿Á qué desenvainar nuestra espada en favor de linaje extranjero con delirante frenesí? No tiene derecho alguno en nuestro suelo. Vino en bajeles de donde se oculta el sol entre arboles, y los acogimos, no nosotros, nuestros padres, con pródiga hospitalidad. Largo tiempo hace ya. ¿Y somos ahora sus súbditos, bajo el yugo de esta raza extraña?

OTRO DEL SEGUNDO CORO. (*Manfredo.*)—¡Bien! Habitamos

una región venturosa, alumbrada por el sol en su curso y por el cielo, con claridad siempre amiga, y podríamos disfrutar plácidos de sus beneficios; pero no es posible guardarla ni cerrarla, y la rodean las olas del mar, exponiéndonos á los ataques de los atrevidos corsarios, que cruzan sin miedo sus costas. Las bendiciones derramadas sobre nuestro suelo, que debieran ser sólo para nosotros, sirven no más que de incentivo á las armas extranjeras. Somos esclavos en nuestras mismas moradas, y nuestro país impotente para defender á sus habitantes. No en donde sou- ríe Ceres de cabellos de oro, ni Pan, dios pacífico y protector de las flautas, sino en donde nace el hierro en las hendiduras de los peñascos, es en donde surgen los éomi- nadores del orbe.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Desigualmente están dís- tribuidos en el fugaz linaje humano los bienes de la vida; pero la naturaleza es siempre justa. Danos la abundancia y la fertilidad, que se renueva sin descanso, y á ellos pode- rosa voluntaç y fuerza incontrastable. Con su temible vigor hacen lo que sus corazones ansian, y llenan la tierra con su fama; aunque desde las cimas más altas, es la caída más estrepitosa y más profunda.

Por esto celebro yo mi humildad, y me escudo bajo mis débiles fuerzas. Esos impetuosos torrentes, que descienden de las nubes y del espeso granizo, se adelantan mugiendo y arrasando cuanto encuentran, y arrastran los puentes y los diques con sus olas espumosas. que imitan al trueno. Ningún obstáculo puede detener su impetuoso empuje. Pero á poco de nacer, las señales temibles de su curso desaparecen en la arena, y sólo anuncian su existencia sus huellas destructoras... Los conquistadores extranjeros vienen y se van; nosotros obedecemos y nos quedamos. (Ábrense las puertas del fondo, y aparece D.^a Isabel entre sus hijos D. Manuel y D. César.)

LOS DOS COROS. (*Cayetano.*)—Gloria y prez al astro brillante, que se ostenta allí á nuestra vista. De rodillas venero yo á su Alteza.

EL PRIMER CORO. (*Berenguer.*)—Bella es la tenue claridad de la luna con el cortejo de las estrellas brillantes; bella es la amable majestad de la madre, rodeada de la fuerza y del ardor de sus hijos. En todo el orbe no hay otra imagen, que pueda comparársele.

En su rango supremo llena floreciente el cuadro más bello, y la madre y los hijos forman la corona perfecta del mundo.

Hasta la Iglesia, la divina Iglesia, no posee nada más bello en el trono celeste, ni el arte, hijo de los dioses, crea nada más seductor que la madre con su niño.

EL SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Ve salir alegre de su seno árbol florido, que perpetuamente se renueva. Porque ha dado á luz una progenie, que irá tan lejos como el sol, y dará nombre al tiempo pasajero.

ROGER.—Bórranse pueblos; enmudecen linajes; el olvido sombrío extiende sobre todas las familias sus alas, negras como la noche.

Pero los Príncipes resplandecen solitarios y serenos, y la Aurora los ilumina con sus rayos eternos, como á las cimas más altas de la tierra.

ISABEL. (Adelantándose con sus hijos.)—Mira aquí abajo, Reina suprema del cielo, y pon tu mano en este corazón para reprimir su orgullo, porque fácilmente lo olvida una madre, en su alegría, cuando se ve reflejar en el brillo de sus hijos. Por vez primera, desde que los dí á luz, comprendo toda la extensión de mi ventura. Porque hasta hoy me he visto obligada á dividir los plácidos goces de mi corazón: había de prescindir de uno de mis hijos cuando disfrutaba de la vista del otro. ¡Oh! Mi amor maternal era solo uno, y mis hijos eran siempre dos... Decid, ¿puedo

entregarme sin temblar al blando poder de mi embriagado corazón? (A D. Manuel.) Si estrecho cariñosamente la mano de tu hermano, ¿penetra una espina en tu cuerpo? (A don César.) Cuando mis ojos se recrean contemplando á tu hermano, ¿es un latrocinio para tí?... ¡Oh! ¡Temo que hasta el mismo amor, que os manifiesto, atice la llama de vuestro odio! (Después de interrogar á ambos con la mirada.) ¿Qué puedo esperar de vosotros? ¡Hablad! ¿En qué disposición venís aquí? ¿Dura aún el inveterado é implacable odio, que os animó siempre en la casa de vuestro padre? ¿Espera allá fuera, delante de las puertas del palacio, la funesta guerra, mordiendo el freno de bronce, para desencadenarse con nueva furia cuando me dejéis?

EL CORO. (*Bohemundo.*)—¡Guerra ó paz! Las alternativas de la suerte yacen ocultas todavía en el seno de lo porvenir. Pero se decidirá la una ó la otra antes de separarnos; preparados estamos para ambas.

ISABEL. (Mirando á todos los circunstantes.) ¿Qué aspecto tan belicoso y terrible! ¿Qué hacen éstos aquí? ¿Es una batalla lo que se intenta en estos salones? ¿Para qué, si no, está muchedumbre extranjera, cuando una madre se propone abrir su corazón á sus hijos? ¿Esperabais acaso en el seno de una madre astucias y asechanzas, ya que tomáis tantas precauciones?... ¡Oh! Estas bandas feroces, que os siguen, activos instrumentos de vuestra cólera... ¿no son vuestros amigos? Jamás creáis que son benévolos para vosotros, y que procuran vuestra felicidad. ¿Cómo es posible que estén de acuerdo con vosotros, siendo extranjeros que han invadido este país, que lo han despojado de sus bienes y sometido á su yugo? ¡Fiáos de mí! Todos ansían ser libres, y regirse por sus propias leyes. La dominación extranjera se mira siempre de reojo. Vuestro poder solo, y el temor, que inspiráis, los mantiene en la obediencia, que os negarían de otro modo. Aprended á conocer á este

linaje falso y desleal. Alegrándose de vuestro mal es como se vengan de vuestra dicha y de vuestra grandeza. La caída de los soberanos, la ruina de los más altos potentados, es el asunto más grato de sus cantos y de su conversación, el que se trasmite de hijos á nietos, y el que los distrae en las noches de invierno... ¡Oh, hijos míos! Sólo hay en el mundo falsía y mala voluntad. Cada cual se ama á sí mismo únicamente; flojos, instables é inseguros están todos los lazos, que sujetan á la fugaz dicha... El capricho desata lo que el capricho ata... Sólo la naturaleza es sincera. Ella no más descansa en áncora eterna y profunda, cuando todo lo demás es arrastrado vacilante por las olas borrascosas de la vida... La mutua inclinación forma los amigos, y el interés los compañeros. ¡Bienaventurado, pues, aquel á quien dió un hermano el nacimiento! La fortuna no puede concedérselo. Con él es creado un amigo, y cuenta con otro sér, igual á sí mismo, en las batallas y engaños de este mundo.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Sí; es grandioso, y digno para mí de veneración, ver una Soberana de egregios pensamientos, que juzga con serena imparcialidad las acciones y relaciones mutuas de los hombres. Llévanos á nosotros ciego impulso por las áridas sendas de la vida.

ISABEL. (A D. César.)—Tú, que desenvainaste la espada contra tu hermano, examina toda esta muchedumbre, y dime si entre ellos encuentras más noble figura que la de tu hermano. (A D. Manuel.) ¡Quién, entre estos, que llamas tus amigos, se puede comparar con tu hermano? Cada uno es un modelo de su edad, y ninguno igual ni inferior al otro. ¡Atrevedos á miraros mutuamente! ¡Oh insensatez celosa y llena de envidia! Entre miles hubiera yo querido un amigo único, y estrechádolo contra vuestro pecho cuando la sagrada naturaleza os los da, cuando os los ofrece desde la cuna, criminal y fratricida los holláis con vuestro

tras plantas con orgullo, y os acogéis á hombres perversos, y os aliáis con extranjeros y enemigos.

D. MANUEL.—¡Escúchame, madre!

D. CÉSAR.—¡Madre mía, óyeme!

ISABEL.—No son las palabras, las que han de terminar esta triste contienda. No se ha de distinguir ahora lo tuyo de lo mío, ni la venganza de la ofensa. ¿Quién podrá rastrear el antiguo lecho de esa corriente de azufre, que, ardiendo, siguió su curso? Efecto es todo de fuego subterráneo y terrible; la lava cubre lo que no devoró el incendio, y devastado se ve cuanto los pies huellan. Sólo esto quiero depositar en vuestro corazón. El mal, que hace á su semejante el hombre adulto, se olvida, según creo, y se perdona con trabajo. Los mortales acarician sus motivos de odio, y su venganza no sufre alteración, cuando se ha meditado seriamente. Pero la causa de vuestra enemistad proviene de vuestra infancia, época sin razón, bastante para desarmaros. Inquirid el origen de vuestra desunión primitiva, y la ignoráis; y aun cuando la encontraseis, sólo serviría para avergonzaros de vuestro infantil odio. Y, sin embargo, esa primitiva y pueril discordia, continuada en encadenamiento funesto, ha engendrado los últimos males, que todavía duran, puesto que todos los hechos deplorables acaecidos hasta ahora, son hijos sólo de las sospechas y de la venganza. Y esas disputas de niños ¿han de proseguir por vuestra voluntad ahora, cuando ya sois hombres? (Cogiendo las manos de ambos.) ¡Oh! ¡Hijos míos! Venid, y renunciad uno y otro á toda satisfacción, porque ambos habéis sido injustos. Sed magnánimos, y perdonad generosamente culpas graves é insufribles. ¡El perdón es la mayor victoria! Sepultad en la tumba de vuestro padre esa aversión antigua de vuestra más tierna infancia. Comenzad una nueva vida, y que el amor, la unión y la reconciliación sean su divisa. (Retrocede un paso, como para dejarles lu-

gar de aproximarse. Los dos miran al suelo, pero no uno á otro.)

EL CORO. (*Cayetano.*)—Atended á las exhortaciones de vuestra madre, porque sus palabras son, á la verdad, importantes. Daos por contentos, y poned término á vuestra enemistad; ó continuadla si os place. Cuanto os agrade será justo para mí, porque sois los soberanos y yo el gallo.

ISABEL. (Después de esperar algún tiempo, aunque en vano, que los hermanos se reconcilien, con dolor concentrado.)—Ahora nada sé. He agotado mis palabras persuasivas y el poder de las súplicas. En la tumba descansa quien os obligaba por la fuerza, y vuestra madre nada vale para vosotros. ¡Acabad! ¡Libres sois! Obedeced al demonio, que, insensato y furioso, os arrastra; profanad el santuario del hogar doméstico, y que este palacio, en donde habéis nacido, se trueque en teatro de vuestro fratricidio. En presencia de vuestra madre podéis destrozaros, y con vuestras propias manos, no con manos extrañas. Cuerpo contra cuerpo, como los hermanos de Thebas, atacad uno á otro y luchad valerosos, estrechándoos con férreo brazo. Jugad la vida, y venza el que pueda, hundiendo su puñal en el pecho de su hermano. Que la misma muerte no aplaque vuestro odio, y que hasta la columna de fuego, que se eleve de vuestras piras, se separe en dos partes, simbolizando horriblemente vuestra vida y vuestra muerte. (Vase. Los dos hermanos permanecen alejados como antes.)

ESCENA V.

LOS DOS HERMANOS y LOS DOS COROS.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Sólo he oído palabras, pero han quebrantado mi valor en mi durísimo pecho. Yo no derramé sangre de mis deudós. Puras levanto al cielo mis manos. Vosotros sois hermanos. Reflexionad en lo que hacéis.

D. CÉSAR. (Sin mirar á D. Manuel.)—¡Tú eres el hermano mayor, habla! Sin rubor cedo yo á mi primogénito.

D. MANUEL. (En la misma posición.)—Dí algo grato, y yo imitaré el noble ejemplo, que me dé mi hermano menor.

D. CÉSAR.—No porque yo me estime el más culpable, ó me sienta el más débil...

D. MANUEL.—Quien conozca á D. César no le llamará cobarde; y si se creyese más débil, serian más orgullosas sus palabras.

D. CÉSAR.—¿No tienes de tu hermano más desventajosa opinión?

D. MANUEL.—Eres harto arrogante para rebajarte, y yo para mentir.

D. CÉSAR.—Mi noble corazón no sufre desdenes. Pero en lo más ardiente de nuestra contienda pensabas dignamente de tu hermano.

D. MANUEL.—No desees mi muerte, y tengo de ello pruebas. Un fraile te ofreció asesinarme, y tú castigaste al traidor.

D. CÉSAR. (Acercándose un poco.)—Si antes hubiera yo sabido que eras tan justo, muchos males se hubieran evitado.

D. MANUEL.—Si yo hubiera sabido antes que tan fácilmente se aplaca tu corazón, muchas penas hubiese ahorrado á mi madre.

D. CÉSAR.—Habláronme de ti como de hombre muy orgulloso.

D. MANUEL.—Es azote de los potentados que los hombres bajos usurpen su confianza.

D. CÉSAR. (Con viveza.)—Así es; mis servidores son sólo los culpables.

D. MANUEL.—Que separaban nuestros corazones, sembrando en ellos odio amargo.

D. CÉSAR.—Que llevaban y traían palabras ofensivas.

D. MANUEL.—Y envenenaban los hechos con falsas interpretaciones.

D. CÉSAR.—Y exacerbaban las heridas, que debieran sanar.

D. MANUEL.—Atizaban la llama, que debían de apagar.

D. CÉSAR.—Nosotros éramos los extraviados y los engañados.

D. MANUEL.—Ciegos instrumentos de pasiones ajenas.

D. CÉSAR.—Verdad es esto; traición todo lo demás.

D. MANUEL.—Y falsedad. Lo dice mi madre, y puedes creerlo.

D. CÉSAR.—Quiero estrechar, pues, esta mano fraternal... (Presentándole la mano.)

D. MANUEL. (Oprimiéndola con efusión.)—La más amada por mí en el mundo. (Danse ambos la mano, y se contemplan callados.)

D. CÉSAR.—Mírote, y me sorprende observar en tu rostro las facciones queridas de mi madre.

D. MANUEL.—Y yo descubro en tí tales rasgos de semejanza con ella, que siento extraña emoción.

D. CÉSAR.—¿Eres tú verdaderamente quien acoge tan cariñoso á su hermano más joven, y le hablas tan amable?

D. MANUEL.—Este joven tan afable y simpático, ¿es aquel hermano tan malévol y tan odiado? (Nueva pausa. Ambos se examinan atentos.)

D. CÉSAR.—Tú deseabas poseer esos caballos árabes de

la herencia de nuestro padre. Yo rechacé á los caballeros que me enviaste.

D. MANUEL.—Si te agradan, no pienso más en ellos.

D. CÉSAR.—No; toma los caballos; toma también el carro de nuestro padre; yo te lo suplico.

D. MANUEL.—Acepto, si tú admites el castillo á la orilla del mar, motivo de tantos disgustos entre nosotros.

D. CÉSAR.—No lo admito, aunque quedaré satisfecho, si lo habitamos juntos fraternalmente.

D. MANUEL.—¡Sea así, pues! ¿Para qué dividir nuestros bienes, estando unidos nuestros corazones?

D. CÉSAR.—¿Con qué fin vivir separados, cuando juntamente con el otro, seremos más ricos cada uno?

D. MANUEL.—Ya no estamos separados; ya estamos unidos. (Se precipita en sus brazos.)

EL PRIMER CORO. (Al segundo.) (*Cayetano.*)—¿Estamos nosotros alejados unos de otros como enemigos, cuando nuestros Príncipes se abrazan afectuosos? Yo sigo su ejemplo y te ofrezco la paz. ¿Nos hemos de odiar eternamente? Ellos son hermanos, y los ligan los lazos de la sangre, y nosotros conciudadanos, é hijos de la misma patria. (Ambos coros se abrazan.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS y un MENSAJERO.

SEGUNDO CORO. (A D. César.) (*Bohemundo.*) — Veo ya de vuelta, oh señor, al mensajero que enviaste. ¡Regocijaos, D. César! Buena nueva te aguarda, porque brilla alegre la mirada del que llega.

EL MENSAJERO.—¡Júbilo para mí y para la ciudad, libre de su azote! Mis ojos se deleitan en agradable espectáculo. Veo á los hijos de mi Soberano, á mis Príncipes, en amistoso coloquio, estrechándose la mano, y cuando los dejé luchaban entre sí furiosos.

D. CÉSAR.—Contemplas el afecto, elevándose, como el ave fénix, de las llamas del odio.

EL MENSAJERO.—Nueva ventura añadiré yo á la que dices. De mi bastón de mensajero brotan también verdes ramas.

D. CÉSAR. (Llevándolo aparte.)—Oigamos tu mensaje.

EL MENSAJERO.—Acumúlanse en el espacio de un solo día todas las dichas posibles. La que se había perdido, la que buscábamos, se ha encontrado, señor, y no está lejos.

D. CÉSAR.—¿Se ha encontrado? ¡Oh! ¿En dónde estar; Habla!

EL MENSAJERO.—Ocúltase aquí en Mesina, señor.

D. MANUEL. (Volviéndose al primer semicoro.)—Vivo rubor brilla en las mejillas de mi hermano, y sus ojos despiden relámpagos de alegría. Ignoro la causa, pero indican el placer, y siéntolo yo como él lo siente.

D. CÉSAR. (Al Mensajero.)—¡Ven; llévame!... ¡Adiós, Manuel! Nos veremos de nuevo en los brazos de nuestra madre. Una ocupación urgente exige fuera de aquí mi presencia. (Hace ademán de irse.)

D. MANUEL.—No lo dilates, y que la fortuna te acompañe.

D. CÉSAR. (Que reflexiona, y vuelve.)—¡Manuel! Más de lo que puedo expresar, me complace tu vista... Sí; presiento que nos amaremos como dos amigos cordiales; nuestra mutua inclinación, largo tiempo contenida, será más estrecha, y mucho más duradera bajo el influjo de este astro benéfico. Repararemos los días perdidos.

D. MANUEL.—Las flores anuncian ópimo fruto.

D. CÉSAR.—No está bien. Lo creo así, y yo mismo reprobado el arrancarme ahora de tus brazos. No pienses que

deploro menos que tú verme obligado á abreviar tan precipitadamente esos solemnes y gratos momentos.

D. MANUEL. (Distraído.)—Aprovecha la ocasión. A nuestro afecto pertenece desde hoy la vida entera de ambos.

D. CÉSAR.—Si yo te revelase la causa de mi ausencia...

D. MANUEL.—¡Déjame tu corazón! ¡Guarda tu secreto!

D. CÉSAR.—Ningún misterio debe en adelante separarnos. Pronto se levantará el último velo. (Volviéndose al coro.) Desde ahora os lo digo para que todos lo sepáis: termino la contienda con mi querido hermano. Declaro mi enemigo mortal y mi ofensor, y detestaré como al infierno, á quien intente encender de nuevo la extinguida llama de nuestras discordias... Que no se lisonjee de complacerme ó de granjearse mi gratitud el que me hable mal de mi hermano, ó el que, arrastrado por celo indiscreto, deslice á mis oídos las rápidas flechas de la calumnia... No echan raíces en los labios las palabras irreflexivas, inspiradas por la cólera; pero cuando son recogidas por la sospecha, se arrastran como plantas trepadoras, crecen y se desarrollan en espeso ramaje por el árbol del corazón. Así los buenos y los mejores, incurren en faltas irreparables. (Abraza de nuevo á su hermano, y se va, seguido del segundo coro.)

ESCENA VII.

D. MANUEL y el PRIMER CORO.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Alónito en sumo grado, oh señor, te considero, y hoy casi no te conozco. Apenas contestas con parsimonia á las frases afectuosas de tu hermano, que te sale al encuentro con tanta benevolencia como sinceridad. Absorto te observo ahí en tus pensamien-

tos, á fuer de visionario, como si sólo estuviere aquí tu cuerpo y lejos tu alma. Quien te viese así, podría reconvenirtte por tu frialdad, y por tu orgullo y tu despego. Yo no debo calificarte de insensible, porque pareces tranquilo, como lo es el hombre feliz, y la sonrisa vaga on tus labios.

D. MANUEL.— ¡Qué decir? ¡Qué he de responder? Mi hermano podrá encontrar palabras. Un sentimiento desconocido se ha apoderado de él. Noto que el antiguo odio ha desaparecido de su pecho, y se sorprende del cambio ocurrido en sus sentimientos. Yo... no conservaba ya ese odio, y apenas puedo explicarme el origen de nuestros combates sangrientos. Mi alma, llevada en alas de la alegría, se eleva muy alto sobre todas las cosas terrestres; y en el océano de luz que me rodea, todas las nubes, todas las asperezas de la vida, se han desvanecido y nivelado. Niro estos salones, estos aposentos suntuosos, y reflexiono en la alegre sorpresa, que han de causar á mi prometida, cuando, como princesa soberana, la traiga por las puertas de este palacio... Todavía sólo quiere á su amante. Se ha entregado á un extranjero, á un hombre oscuro. No sabe que D. Manuel es Príncipe de Mesina, y que ceñirá sus bellas sienes con diadema de oro. ¡Cuán grato es hacer feliz á quien se adora, y, cuando no se espera, rodearla de aparato y de grandeza! Harto tiempo me he visto privado de ese placer, y su belleza será siempre su gala más preciada; pero el lujo puede también realzarla, como realza al diamante el engaste de oro.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Observo, oh señor, que, después de tan prolongado silencio, rompes al fin el sello, que cerraba tus labios. Seguíate ha tiempo con ojos curiosos, presumiendo que había algún misterio sorprendente; pero no osaba preguntarte lo que mantenías oculto á mis miradas. No te atraían ya los alegres placeres de la caza, ni las carreras de caballos, ni el el vuelo de los halcones. Te

separas de tus compañeros en cuanto se presenta el sol en el horizonte, y ninguno de nosotros, que te seguía siempre en la guerra y en la caza, puede acompañarte por sendas solitarias. ¿Por qué no nos has descubierto hasta hoy, con harta malevolencia, la dicha de tu amor? ¿Qué obliga al potentado á disimular así? Porque el miedo nada puede en tu magnánimo corazón.

D. MANUEL.—Alas tiene la dicha, y es difícil de sujetar. Sólo bajo arca cerrada es posible retenerla. El silencio es su guardián, y huye veloz cuando irreflexiva indiscreción levanta la tapa que la cubre. Pero ahora, estando yo próximo á lograr mi objeto, puedo revelar ese misterio, y quiero hacerlo. Será mía cuando el sol de mañana nos envíe sus primeros rayos, y los demonios envidiosos nada podrán intentar contra mí. Ya no llegaré á su lado á hurtacillas, ni robaré el sabroso fruto de su amor, ni atraparé la dicha al paso. El mañana será tan venturoso como el hoy, no como los relámpagos que brillan de repente, y de repente desaparecen en las tinieblas. Mi felicidad será como la corriente del arroyo, como la arena del reloj, igual y constante.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Dinos, pues, oh señor, quién te ha colmado de dicha en silencio, para que celebremos tu envidiable fortuna, y honremos dignamente á la prometida de nuestro Príncipe. ¿En dónde la encontraste? en dónde la ocultas? ¿en qué lugar misterioso de esta región? Porque en tropel hemos recorrido, yendo de caza, las sendas más estraviadas de toda la isla, y ninguna huella tuya nos ha indicado tu presencia, de suerte que casi pudiera creer que la envuelve encantada nube.

D. MANUEL. Yo desharé ese encanto, por que el sol alumbrará hoy á lo que estaba oculto. Oid, pues, y sabréis lo que me sucedió. Hace cinco lunas, cuando el poder de mi madre se extendía aún por todo este país, y encorbaba á

la juventud bajo su yugo... no conocía yo otro placer que el feroz de las armas, y el recreo bélico de la montería... Hemos cazado un día entero por montes y espesuras... cuando, persiguiendo una cierva blanca, me alejé mucho de vosotros. El tímido animal huía por las sinuosidades del valle, por abismos y umbrías, y por cañadas sin senda. Veíala siempre á tiro delante de mí, pero ni podía alcanzarla ni tirarla, hasta que, por último, desapareció de mi vista, atravesando las puertas de un jardín. Bajé precipitadamente de mi caballo, y la seguí, y ya esgrimía mi dardo, cuando observé atónito al asustado animal, que yacía temblando á los pies de una monja, y recibía sus tiernas caricias. Quedé inmóvil contemplando este portento, con la jabalina en la mano, pronto á dispararla; pero la monja me miró suplicante con sus hermosos ojos, y así estuvimos callados algún tiempo... No puedo decir si duró ó no mucho esta confusión mutua, porque toda medida de tiempo desapareció de mi mente. Su mirada penetró hasta lo más profundo de mi alma, y mis sentimientos experimentaron un completo trastorno... Lo que yo dije; lo que me respondió esa criatura angelical, que nadie me lo pregunte, porque todo ha sido para mí como un sueño de los primeros días de mi infancia, y cuando volví en mi acuerdo sentí su corazón latiendo junto al mío. Oí entonces el claro tañido de una campana tocando á la oración; y con la misma rapidez, con que un espectro desaparece en los aires, así se desvaneció, y no la ví más.

EL CORO. (*Cayetano.*)—De miedo, oh señor, me llena tu narración. Has cometido un sacrilegio; tus deseos mundanales han profanado á la desposada de Cristo, y terriblemente venerandos son los deberes del claustro.

D. MANUEL.—Sólo una senda podía desde entonces seguir. Mis deseos vacilantes y varios se fijaron, y mi vida tuvo ya un fin único. Del mismo modo que se vuelve al

Oriente el peregrino, en donde luce el astro que lo guía. así mi afán y mi esperanza se dirigen hacia ese sereno punto del cielo. Ni un solo día salió del mar el sol y tornó á esconderse en él, que no se viesen dos amantes dichosos. El lazo, que ceñía á nuestros corazones, se había apretado más y más, y sólo el cielo, que todo lo ve, era el confidente de nuestra ventura misteriosa. Ningún servicio teníamos que pedir á los hombres. ¡Fueron horas incomparables; días de gloria! No cometí ningún sacrilegio, porque ningún voto había ligado su corazón, y me lo dió á mí para siempre.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿El claustro era, pues, sólo mansión libre de su tierna juventud, no tumba de su vida?

D. MANUEL.—Era una prenda sagrada, que se había confiado á la casa de Dios, y que se rescataría más adelante.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Pero ¿de qué sangre se vanagloria descender? Porque sólo de nobles viene el noble.

D. MANUEL.—Ella misma es un misterio para sí, y ni conoce cuál es su linaje, ni cuál su patria.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Y no hay señal ninguna, que indique la fuente desconocida de su ser?

D. MANUEL.—Que es noble, lo confiesa el hombre, que tiene noticia de su nacimiento.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Quién es ese hombre? Ninguna consideración me detiene, porque sólo con conocimiento de causa podré aconsejarte útilmente.

D. MANUEL.—Visítala un viejo servidor de tarde en tarde; el único intermediario entre ella y su madre.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Y nada preguntaste á ese anciano? Porque la vejez es cobarde y habladora.

D. MANUEL.—Jamás me he arriesgado á satisfacer mi curiosidad, por no poner en peligro mi misteriosa dicha.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Y qué decía cuando visitaba á esa doncella?

D. MANUEL.—La ha consolado, asegurándole que vendrá el tiempo, en que será descifrado este enigma.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Y ese tiempo, que descubrirá ese misterio, no lo ha indicado como próximo?

D. MANUEL.—Hace pocos meses el anciano le amenazó con una pronta mudanza de su suerte.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Dices que amenazó? ¿Temes, por tanto, saber alguna noticia que no te regocije?

D. MANUEL.—Cualquiera cambio asusta al dichoso; pero si nada se espera ganar, la pérdida es posible.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Pero ese descubrimiento, que temes, podría ser favorable á tu amor.

D. MANUEL.—También pudiera destruir mi ventura; opté por lo más seguro, que era prevenirlo.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Cómo, señor? ¿Me llenas de espanto, y temo alguna resolución imprudente!

D. MANUEL.—Ya, desde el mes pasado, el anciano dió á entender, por ciertas señales misteriosas, que no estaba lejano el día, en que sería devuelta á los suyos. Desde ayer habló más claramente, aludiendo al día inmediato... y hoy es ese día... que ha de decidir de su destino. No hay momento que perder, y mi resolución fué tan rápida como su cumplimiento. Robé esta noche á la doncella, y la oculté en Mesina.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¿Qué acción tan atrevida, tan temeraria y tan criminal! Perdonad, oh señor, mi libre censura! Tal es, sin embargo, el derecho de la edad más prudente, cuando la fogosa juventud olvida su deber.

D. MANUEL.—No lejos del monasterio de las religiosas, en tranquilo y apartado jardín, inaccesible á los curiosos, me separé de ella hace poco, corriendo aquí á reconciliarme con mi hermano. Dejéla llena de inquietud y de temor; y nada menos le espera que ser presentada en Mesina, con todo el esplendor de una Princesa, y ascender á un trono

glorioso. No volverá á verme sino en toda la pompa de mi grandeza y de mi poder, y solemnemente acompañado de vosotros mis caballeros. No quiero que la esposa de D. Manuel se acerque á la madre, que he de darle, como una fugitiva sin patria. Entrará en el palacio de mis padres como conviene á su elevado rango.

EL CORO. (*Cayetano.*) ¡Manda, señor! Nosotros aguardamos tus órdenes.

D. MANUEL.—Me he arrancado de sus brazos, pero ella sola será el único objeto de mi pensamiento. Ahora me acompañaréis al bazar, en donde venden los moros las ricas telas y delicadas obras de arte, que produce el Oriente. Elegid primero las finas sandalias, que han de proteger y adornar sus pies diminutos; después los vestidos indios de artístico tejido, blancos y brillantes como la nieve del Etna, la más próxima á la luz del sol... para que envuelvan, como el vapor de la aurora, su esbelto talle y miembros juveniles. Será de púrpura, bordada con sutiles hilos de oro, el cinturón que ha de sujetar su túnica bajo su púdico seno. Escoged además un manto de reluciente seda, de color de púrpura vivo, que sujete en sus hombros broche de oro... No olvidéis los brazaletes, que han de rodear sus brazos seductores, ni tampoco los aderezos de perlas y corales, maravillosos dones de la diosa de los mares. Una diadema sujetará sus rizos, sembrada de las piedras más preciosas, de suerte que el rubí, color de fuego, mezcle con la esmeralda sus resplandores. Largo velo cubra y orne su cabeza y penda de su tocado, que, como serena y brillante nube, envuelva sus refulgentes vestiduras; y una corona virginal de mirto complete tan elegante conjunto.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Se hará, señor, lo que mandas, porque todo eso, perfecto y al alcance de cualquiera, está expuesto en el bazar.

D. MANUEL.—Que saquen de mis caballerizas la mas

apuesta hacanea; ha de ser blanca, como los caballos del Sol, de púrpura su manta, y las bridas y los arneses llenos de piedras preciosas, porque está destinada á mi Reina. Vosotros preparaos á acompañar á vuestra soberana con toda la pompa propia de caballeros, y al són de músicas alegres. Yo mismo voy ahora á cuidar del arreglo de estos detalles; dos de vosotros me seguirán, y los otros han de aguardarme... Y reservad en el fondo de vuestro pecho cuanto habéis oído, hasta que yo rompa el sello, que cierra vuestros labios. (Vase con dos del coro.)

ESCENA VIII.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Decidme, ¿qué haremos ahora, habiendo terminado la lucha entre los Príncipes, para ocupar el vacío de las horas, y tan largo y tan infinito tiempo? Menester es que el hombre tema, espere y desee algo, para soportar los rigores de la suerte, y romper la triste monotonía de su existencia, y para que soplo consolador agite la uniformidad cansada de la vida.

UNO DEL CORO. (*Manfredo.*)—Grata es la paz. Amable como un niño, yace á la orilla de riachuelo risueño, y los cordeiros saltan gozosos á su alrededor sobre los cerros bañados por el sol y toca dulcemente el caramillo, al cual contesta el eco de la montaña, ó se duerme al ponerse el astro del día al són de los murmullos de la fuente... Pero la guerra tiene también su honor, y es poderoso agente de los destinos humanos. Me agrada la vida activa, las vacilaciones, los sobresaltos y el movimiento sobre las olas, ya encrespadas, ya tranquilas, de la fortuna.

Porque el hombre se afemina en la paz, y la ociosidad y el descanso es la tumba del valor. La ley es amiga del

débil; por todas partes se extiende un nivel, y el mundo entero se trocaría en tersa superficie. La guerra revela la fuerza, todo se eleva con ella á extraordinaria altura, y y hasta da bríos al cobarde.

UN SEGUNDO. (*Berenguer.*)—¿No están abiertos los templos del amor? ¿El orbe no ama la belleza? ¿Ahí está el temor! ¿Aquí la esperanza! Rey es aquí quien se capta el amor general. También el amor anima la vida, y borra sus colores sombríos. Engaña seductora los años dichosos la hija complaciente de la espuma, y con lo trivial y con lo triste entreteje imágenes de los más dulces ensueños.

UN TERCERO. (*Cayetano.*)—Resérvese la flor para la ardiente primavera; brille la belleza, y teja guirnaldas para ornar los rizados cabellos de la floreciente juventud. Al hombre formal conviene servir á deidad más grave.

EL PRIMERO. (*Manfredo*)—A la casta Diana, á la amiga de la caza, seguiremos, si os place, por los ásperos montes, en donde las umbrías imitan la noche, y en donde los corzos se precipitan de las rocas. La caza es la imagen de la guerra, y la esposa prometida del adusto Dios de las batallas... Levantámonos al asomar la Aurora, cuando la resonante trompa nos llama al húmedo valle, al monte, á los precipicios, y á bañar nuestros cansados miembros en las olas de un aire benéfico.

EL SEGUNDO. (*Berenguer.*)—¿O nos confiarnos á la Diosa cerúlea, siempre en movimiento, que, en su espejo límpido y sereno, nos invita á su seno sin límites? ¿Construimos sobre las inestables ondas buque alegre y ligero? Quien surca la superficie azulada y cristalina con la quilla veloz de su bajel, contrae himeneo con la fortuna, dueña del mundo, y sin sembrar coge rica cosecha. El mar es el imperio de la esperanza, y el reino caprichoso del azar. El rico se trueca pronto en pobre, y el más miserable se iguala á los míseros. Así como el aire, con la rapidez del

pensamiento, recorre en breve todos los ámbitos del espacio, así también mudan aquí los embates de la casualidad, y gira la rueda de la fortuna, porque todo es ola sobre las olas, y la propiedad una ilusión en ellas.

EL TERCERO. (*Cayetano.*)—Pero no es sólo en el imperio de las ondas, sobre las corrientes inestables del abismo, en donde vacila la suerte y no se detiene, que también se agita sin cesar en la tierra, no obstante las fuertes columnas que la sustentan... Inquiétame esta nueva paz, y no me inspira grata confianza. No quisiera levantar mi cabaña sobre la lava despedida del volcán. El odio ha penetrado en lo profundo, y han ocurrido harto graves sucesos, para que se abandonen y se olviden. Aun no he sido testigo de su término, y me acometen tristes presentimientos. No osan profetizar mis labios, pero me desplace sobremedera este misterio, este himeneo sin bendición, estos senderos tortuosos y oscuros del amor, este raptó temerario del convento. Lo bueno sigue el camino trillado, y la semilla dañada produce frutos aviesos.

EL SEGUNDO. (*Berenguer.*) Como todos sabemos, en virtud de otro raptó, la esposa de nuestro anterior soberano compartió su tálamo criminal, porque su padre la había elegido para él. Y el abuelo, instigado por la ira, dejó caer semilla horrible de espantosas maldiciones en el lecho conyugal. Nefandos ó inauditos crímenes se ocultan en este palacio.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Sí; malos son los principios, creedme, y los fines serán iguales, porque toda acción hija de la ciega cólera ha de expiarse bajo el sol. Ni es azar ni suerte incomprendible que hermanos se destruyan furiosos, porque fué maldito el seno de su madre, y de él había de nacer el odio y la discordia... Pero debo callarme y ocultarlo, porque los Dioses vengadores castigan en silencio; y será ocasión de llorar esas desventuras cuando se aproximen y sucedan. (Vase el coro)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA.

La escena es un jardín, que deja ver la mar.

BEATRIZ sale de un pabellón inmediato, va y viene, mirando á todas partes. De improviso se detiene y escucha.

BEATRIZ.—No es él... Era el soplo del viento, que murmuraba en las copas de los pinos. Ya el sol se inclina hacia el horizonte, y las horas se deslizan para mí perezosas, y me acomete frío temblor, y hasta el mismo silencio me asusta. En cuanto alcanza mi vista, nada parece, y me deja atormentarme aquí, llena de angustia.

Cerca escucho, como si fuese espumosa cascada, el ruido de la ciudad populosa; lejos muge el vasto mar, azotando sin cesar sus riberas. Todos los horrores me asedian, y me confieso débil en medio de esta grandeza tremenda, y temblorosa, como la hoja del árbol, me pierdo en el espacio infinito.

¡Por qué abandoné yo mi tranquila celda? En ella vivía sin afanes ni cuidados. Mi corazón estaba en paz, como la

frente del prado, sin deseos, aunque no sin alegrías. Me ha arrastrado la oleada de la vida, y me lleva el mundo en sus brazos gigantescos; ya he roto todos mis antiguos vínculos, fiándome de la prenda frívola del juramento.

¿En donde estaba mi razón? ¿Qué he hecho? ¿Me ha extraviado una loca ilusión?

Desgarré el velo de mi casta juventud, y rompí las puertas de mi santo retiro. ¿Me cegó, enredándome en su urdimbre, algún encanto infernal? En mi huida punible he seguido á un hombre, á mi osado raptor.

¡Oh! ¡ven, mi bien amado! ¿En dónde te detienes? ¿Por qué tardas? ¡Libra, libra á mi alma de esta lucha! ¡El arrepentimiento me tortura, y el dolor me domina; que tu ansiada presencia sosiegue mi corazón!

¿Y no debía yo entregarme al único hombre, que en el mundo me ha amado? Porque yo vine á la luz de la vida como á tierra extraña, y desde el principio, un destino funesto, cuyo velo no me atrevo á levantar, me separó del regazo maternal. Solo una vez he visto á la que me engendró, pero su imagen se ha desvanecido como la de un sueño.

Y así crecí en silencio en lugar oscuro, acompañada de sombras en la época más ardiente de la existencia... De repente se presenta á las puertas del convento, bello como un Dios, y varonil como un héroe. ¡Oh! ¡No hay palabras, que expresen mis sentimientos! Extranjero era para mí, y de un mundo también desconocido, y rápido, como si hubiese de ser eterno, formóse el lazo, que ningún hombre puede desatar.

Perdóname tú, sér venerable que me diste el ser, si, adelantándome á la hora marcada por el destino, elegí yo misma la senda que había de recorrer. No fui libre en mi elección, por que él me la trazó. Ese Dios penetra por las puertas cerradas, y llegó hasta la torre de Perseo, y es

deidad que nunca pierde su víctima. Aunque estuviese sujeta en desiertos peñascos, y á las columnas que sostienen al Atlas, allá la llevaría un caballo alado.

Ya no quiero mirar más detras de mí, y no suspiro por mi antiguo retiro. Prefiero confiarme al amor, si no hay dicha comparable á la que proporciona. Conténtome de buen grado con mi suerte, porque desconozco las demás alegrías de la vida. Pero ni tampoco conozco á los autores de mis días, y no quiero conocerlos, si han de separarme de tí, oh amado mío. Quiero ser siempre para mí un eterno enigma. Sé bastante: vivo para tí. (Observando atenta) ¡Silencio! ¿Es su voz querida?.. No; es el eco, el sordo rugido de las olas, que se estrellan contra la ribera, pero no es, no es mi amante. ¡Ay de mí, ay de mí! ¿En dónde se detiene? Me acomete glacial terror. El sol se oculta más y más. Este lugar se hace más solitario, y mayor es la tristeza que asedia á mi corazón... ¿En donde está? (Va y viene con inquietud.)

No me atrevo á llevar mis pasos fuera de las murallas seguras de este jardín. Grande fué mi espanto, cuando osé hollar la iglesia próxima. Una fuerza irresistible, que brotaba de lo más profundo de mi alma, al llamar á la oración, me arrastraba á arrodillarme en ese asilo sagrado para rogar á la Madre de Dios. ¿Y si alguno me espiaba? Lleno está el mundo de malvados, y la astucia, en todas las sendas, pone sus lazos engañosos para sorprender á la piadosa inocencia. Lo sé por triste experiencia, cuando desde lo alto del convento, para ver extraña muchedumbre de hombres, me dejé dominar de curiosidad culpable. Entonces, en los solemnes funerales del Príncipe, pagué cara mi osadía; y sólo Dios me preservó... Cuando se acercó á mí ese mancebo desconocido, con sus ojos animados, penetrando, con espanto mío, sus miradas en lo más profundo de mi alma, me estremecí en todo mi cuerpo. Todavía me sobrecoge

frío mortal, cuando me acuerdo. Nunca, nunca puedo mirar los ojos de mi amante, cuando pienso en mi secreta falta. (Escuchando.) ¡Voces en el jardín! ¡Es mi dueño! ¡El mismo! No me engañan ahora mis oídos ¡Viene, se acerca! ¡A sus brazos, contra su pecho! (Corre con los brazos abiertos hacia el fondo del jardín, y encuentra a D. César.)

ESCENA II.

D. CESAR, BEATRIZ y el coro.

BEATRIZ. (Retrocediendo asustada.)—¡Ay de mí! ¿Qué veo? (El coro se adelanta en este instante.)

D. CÉSAR.—Nada temas, beldad divina. (Al coro.) El aspecto feroz de nuestras armas asusta á esa tímida doncella. Retroceded, y manteneos á respetuosa distancia (A Beatriz.) Nada temas. Ese pudor delicado, esa belleza son para mí venerandos. (El coro se ha retirado; él se acerca y toma su mano.) ¿En dónde estabas? ¿Qué poder sobrenatural te robó y ocultó tanto tiempo? Te he buscado, he preguntado por tí; despierto, soñando, eras tú el único amor mío, desde que te vi en los funerales del Príncipe, como la aparición de un ángel, radiante de luz, desde que te ví por vez primera... No se te ha ocultado el influjo que en mí ejerciste. El fuego de mis miradas, la contracción de mi voz, y mi mano, que tiembla en la tuya, te lo han declarado... la soberana majestad del lugar impedía confesión más explícita... La celebración de la misa me obligó á orar; y cuando se alzaron del suelo mis rodillas, y te buscaron en seguida mis ojos, ya no estabas allí, pero tú encadenas mi corazón y todos sus afectos con los lazos de un encanto todopoderoso. Desde ese día, yo te persigo sin descanso

en las puertas de todas las iglesias y palacios, y en todos los parajes públicos y ocultos, en donde la inocencia y la belleza pueden mostrarse, llenándolos de espías; y, sin embargo, ningún fruto daban mis esfuerzos, hasta que hoy, al fin, guiado por alguna deidad, uno de mis más celosos emisarios tuvo la dicha de descubrirete en esta iglesia próxima. (Beatriz, que hasta entonces había parecido inquieta y descontenta, hace un movimiento de horror.) Otra vez te hallo, y antes se separará mi alma de mi cuerpo, que yo de tí. Y para que la suerte se fije y para preservarme de la envidia del demonio, te proclamo mi esposa ante todos estos testigos, y te doy en prenda mi diestra de caballero (La presenta al coro.)

No quiero preguntar quién eres... Sólo te amo por tí, y nada pido á los otros. Al contemplarte por vez primera, he averiguado, y me atrevería á jurarlo, que tu alma es tan pura como tu origen; y aunque fueses de la clase más ínfima, siempre serías mi amada, porque me es imposible ser libre y elegir otra.

Y has de tener entendido que soy tan dueño de mis acciones, y tan elevado mi rango en el mundo, que por mi solo poder alzo á mi amada hasta mí, bastándome pronunciar mi nombre... Yo soy D. César, y en esta ciudad de Mesina nadie es más que yo. (Beatriz tiembla de nuevo: él lo observa, y prosigue después de breve pausa.) Alabo tu sorpresa y tu púdico silencio, porque la humildad vergonzosa es tu supremo encanto. La belleza se desconoce á sí misma, y se asusta de su propio poder... Me voy y te dejo entregada á tí misma, para que tu ánimo se desembarace de su horror, porque todo lo nuevo, y hasta la alegría, espanta. (Al coro.) ¡Andad, vosotros!.. ella es desde este momento... digna de vuestro respeto, como mi prometida y vuestra Princesa. Enseñadla cuánta es la grandeza de su estado. Pronto volveré para llevármela, como conviene á ella y á mí. (Vase.)

ESCENA III.

BEATRIZ y el coro.

EL CORO. (*Bohemundo.*)—¡Salve, oh doncella, amable soberana! Tuya es la corona, tuyo el triunfo.

Yo te saludo como á madre de nuevo linaje, y lozano tronco de futuros héroes.

ROGER.—Salve, tres veces; con felices auspicios, tú, también feliz, entras en palacio venturoso, favorecido de los Dioses, ornado con gloriosas guirnaldas, y cuyo cetro de oro pasa de abuelos á nietos en sucesión jamás interrumpida.

BOHEMUNDO. — Con tu amable llegada se llenarán de júbilo los penates de este palacio, y los nobles, los graves, los venerandos antepasados de nuestros señores. Serás recibida en sus umbrales por Hebe, de eterna juventud, y por la preciada Victoria, deidad con alas, que descansa en la mano del Sér Supremo, y cuyo vuelo siempre lleva al triunfo apetecido.

ROGER.—Nunca salió de este linaje la flor de la belleza. Cada Princesa, al desaparecer, legó á su sucesora el cinturón de las Gracias y el velo de la modestia. Pero mis ojos contemplan á la bella entre las bellas, porque veo á la hija en toda su lozanía, antes de ajarse la madre.

BEATRIZ. (*Despertando de su horror.*)— ¡Ay de mí! ¡En qué manos me ha entregado mi desdicha! ¡Entre todos cuantos viven, éste es el más temible para mí!

Ahora me explico mi espanto, la misteriosa aversión, que se apoderaba de mí, y me hacía temblar, cuando oía pronunciar el nombre de esta familia terrible, que se aborre-

ce de muerte, y que mantiene entre sus miembros guerra sangrienta é implacable. Con frecuencia ha llegado á mis oídos la noticia de la rabia ponzoñosa, que retina entre ambos hermanos, y ahora mi destino funesto me arrastra, pobre y desvalida, en el torbellino de este odio, de este espantoso infortunio. (Huye á la habitación del jardín.)

ESCENA IV.

EL CORO.

EL CORO. (*Bohemundo.*)—¡Envidio á los hijos favorecidos por los Dioses, á los bienaventurados poseedores del poder! Siempre es suyo lo más precioso, y siempre se llevan la flor de todo lo más rico y elevado de cuanto disfrutan los mortales.

ROGER.—Eligen la más pura entre las perlas, que el pescador coge sumergiéndose. Para el Soberano es también el fruto más estimado, obra del trabajo común. Que sus servidores se contenten con la parte igual que les toca; la mejor es siempre para él.

BOHEMUNDO.—Pero su privilegio más grato, sean cuales fueren los demás, y el que yo codicio sobre todos, es el de llevar á su casa á las mujeres más hermosas; y, aunque encante los ojos de todos, sólo suya es la posesión.

ROGER.— Con la espada desnuda salta el corsario en la ribera, aprovechando la oscuridad de la noche; cautiva hombres y mujeres, y sacia sus instintos brutales, pero no osa tocar á la más bella, porque es un bien del Rey.

BOHEMUNDO.— Pero seguidme ahora para guardar la entrada y los umbrales de esta mansión respetada, á fin de

que ningún profano averigüe este secreto, y nos alabe nuestro Señor, puesto que ha confiado á nuestra vigilancia su joya más preciosa. (El Coro se retira al fondo del teatro.)

La escena cambia y representa una sala interior del palacio.

ESCENA V.

D.^o ISABEL, que está de pie entre D. MANUEL y D. CÉSAR.

ISABEL. — Por fin llegó el día tan deseado por mí, tan solemne y tan grato... Veo unidos los corazones de mis hijos, como junto yo sus manos, y por vez primera en este íntimo coloquio, puede vuestra madre feliz abriros su pecho. Lejos se halla esa feroz muchedumbre de testigos que, pronta á pelear, se interponía siempre entre vosotros y yo... Ya no me espanta el ruido de las armas; y como la bandada de búhos nocturnos huye del castillo incendiado y en ruinas, en donde han anidado largos años, considerándolo como su dominio y formando alado escuadrón, que oscurece al día, cuando su poseedor, mucho tiempo ausente, se acerca lleno de gozo á construir nuevo edificio; así también huye el antiguo odio con su tenebroso acompañamiento de la sospecha de ojos hundidos, la horrible perversidad y la pálida envidia, precipitándose desde estas puertas en el Averno, no sin murmullos, y con la paz vuelven la dulce confianza y la apetecida concordia... (Se detiene un momento.) Pero no basta que este día dé un hermano á cada uno de vosotros, que también os da una hermana... ¿Os admiráis? ¿Me contempláis sorprendidos? ¡Sí, hijos míos! Tiempo es ya de que yo revele mi secreto, y rompa el sello de misterio perdurable... También

dí una hija á vuestro padre... vive todavía vuestra hermana más joven... y hoy la abrazaréis.

D. CÉSAR.—¿Qué dices, madre? ¿Tenemos una hermana, y nunca hemos oído hablar de ella?

D. MANUEL.—Recuerdo, que, en nuestros primeros años, oímos hablar de que había nacido una hermana nuestra; pero todavía en la cuna, según dijeron, la arrebató la muerte.

ISABEL.—¿Falso rumor! ¡Vive!

D. CÉSAR.—¿Vive, y tú lo has ocultado?

ISABEL.—Explicaré los motivos de mi silencio. Escuchad, y sabréis cuáles son los frutos que hoy se cosechan de la semilla, sembrada en otro tiempo... Erais aún niños, y ya os dividía ese odio funesto, que llenaba de pena á vuestros padres. Un sueño extraño visitó entonces al autor de vuestros días. Vió dormido que de un lecho nupcial brotaba un laurel, cuyas ramas se entrelazaban estrechamente... entre ellas crecía una azucena... Trocóse ésta en una llama, que devoró los ramos y la bóveda, abrasando en un momento con su rabia invencible y su monstruoso fuego á todo el edificio.

Espantado de esta singular aparición, consultó vuestro padre á un astrólogo árabe, que era su oráculo, y á quien honraba, en mi juicio, más de lo conveniente, para que se lo explicase. El árabe declaró, que si yo daba á luz alguna hija, causaría la muerte á sus dos hijos, y perecería todo su linaje... Y yo fui madre de una niña, y vuestro padre dió la orden cruel de arrojar al mar á la-reciennacida. Yo eludí este mandato sanguinario, y la conservé valiéndome de un fiel servidor.

D. CÉSAR.— Bendito sea el que te prestó ese servicio. Nunca falta la prudencia al amor maternal.

ISABEL.— No fué sólo el amor de madre lo que me impulsó á proteger á mi hija. También yo tuve un sueño mi-

lagroso y profético, cuando mi seno recibió esa bendición divina. Un niño, bello como el Dios del Amor, jugaba á mi vista en un prado, cuando salió del bosque un león, trayendo en sus fauces ensangrentadas presa reciente, y depositándola con dulzura en el regazo del niño. También descendió un águila de los aires con un corzo entre sus garras, que depuso, como el león, en el regazo del niño, y ambos, el águila y el león, se echaron juntos á sus pies... Un fraile me explicó el sentido de este sueño, un fraile favorecido por Dios, en quien hallaba el corazón consuelo y consejo en todas las aflicciones de la vida. Dijo me que yo daría á luz una hija, que trocaría en afecto ardiente la belicosa enemistad de mis hijos... Guardé en mi interior estas palabras, fiándome más del Dios de la verdad que del mal espíritu de la mentira, y salvé esa hija, prometida por Dios, y prenda de esperanza, que había de ser para mí instrumento de paz, ya que vuestro odio se aumentaba sin descanso.

D. MANUEL. (Abrazando á su hermano.)—No es necesaria una hermana para formar los vínculos del amor fraternal, pero sin duda ha de estrecharlos.

ISABEL.—Púsela, pues, en oculto paraje, lejos de mí, y la hice criar misteriosamente por manos extrañas... Renuncié al codiciado placer de verla, temiendo á su severo padre, que, atormentado incesantemente por los remordimientos de su conciencia, y lleno de la más sombría desconfianza, espiaba siempre todos mis pasos.

D. CÉSAR.—La callada tumba encierra ya á nuestro padre hace tres meses... ¿Qué obstáculo te impedía, oh madre, sacar á luz á esa hija, por tanto tiempo oculta, y regocijar nuestros corazones?

ISABEL.—¿Qué otro motivo que vuestras malhadadas contiendas, que, siempre rabiosas, acreciendo sobre el sepulcro de vuestro padre, apenas enterrado, no ofrecían

esperanza alguna de reconciliación? ¿Había de poner á vuestra hermana entre vuestras espadas crueles? ¿Atenderíais en medio de esta borrasca á la voz de vuestra madre? ¿Debía yo lanzar á la aventura, extemporáneamente, exponiéndola al furor de vuestros odios, á esa estimable prenda de paz, á esa suprema y sagrada áncora de esperanza?... Menester era que antes os acostumbrarais á trataros como hermanos, para que yo colocase entre ambos á vuestra hermana, como á un ángel de concordia. Ahora puedo hacerlo; os la traigo. Con ese objeto he enviado ya al antiguo servidor de que os hablé; la espero á cada instante. Arrancándola de su pacífico retiro, la conducirá al alcance de mi pecho maternal, y á los brazos de sus hermanos.

D. MANUEL.—Y no es ella la única, que tú estrecharás hoy entre tus brazos de madre. Por otras puertas entrará también hoy la alegría, que llenará este palacio desierto, y lo trocará en mansión de gracias seductoras... Oye, oh madre, ahora mi secreto. Tú me das una hermana... yo, en cambio, te ofreceré una segunda y amable hija. ¡Sí, madre; bendice á tu hijo!... Mi corazón la ha elegido; ya he encontrado á la que ha ser la compañera de mi vida. Antes que se oculte el sol, estará á tus pies la esposa de Manuel.

ISABEL.—La oprimiré amorosa contra mi pecho, porque hará dichoso á mi primogénito. ¡Que de sus pasos surjan todos los bienes; que todas las flores que embellecen la vida, que todo linaje de felicidades premien al hijo, que me hace la más orgullosa de las madres!

D. CÉSAR.—No derrames, oh madre, todas tus bendiciones sólo sobre tu primogénito. Si el amor las procura, yo te daré otra hija, digna de tal madre, que me ha enseñado á sentir lo que es amor. También antes que se ponga el sol, César te presentará á su esposa.

D. MANUEL.—¡Amor todopoderoso! ¡Amor divino! ¡Con razón te llaman soberano de las almas! Obedecente todos los elementos, y puedes unir á los más implacables enemigos. Nada existe que no reconozca tu imperio, y has triunfado del carácter feroz de mi hermano, que hasta ahora ha permanecido inflexible. (Abrazando á D. César.) Ahora doy fe á tu corazón, y te oprimo, lleno de esperanza, contra mi pecho fraternal: ya no dudo de tí, si puedes amar.

ISABEL. ¡Bendito sea tres veces este día, que libra á mi corazón afligido de todo cuidado grave!... Mi linaje se apoya en robustas columnas, y puedo contemplar con espíritu tranquilo al porvenir infinito. Ayer aun me cubría el velo de viuda, sin arrimo, sin hijos, sola en estos salones solitarios, y hoy, en la flor de la juventud, tendré á mi lado á tres bellas hijas. Dígame cuál será la madre, tan afortunada entre todas, que pueda compararse en ventura conmigo... Pero ¿qué hijas de familias reales existen en las fronteras de este reino, de quienes no haya oído yo hablar?... porque la elección de mis hijos no habrá sido indigna de su rango.

D. MANUEL.—No intentes hoy, oh madre, levantar el velo, que oculta á mi dicha. Próximo está el día, en que se descubrirá, y será preferible que mi prometida se dé á conocer en persona. Entonces la juzgarás digna de mí.

ISABEL.—En mi hijo primogénito veo el carácter y las ideas de su padre. Siempre agradó á éste combinar en secreto sus proyectos, y reservar sus resoluciones en lo más íntimo de su pecho. De buen grado te concedo ese corto plazo. Pero creo que mi hijo César me designará á la hija de algún Rey.

D. CÉSAR.—No acostumbro, oh madre, guardar en nada misterio. Libre y franco, como lo dice mi frente, es mi carácter; pero lo que exiges de mí ahora, oh madre, eso... para hablar honradamente, ni yo mismo lo he exigido. ¡Se

pregunta acaso de dónde vienen los rayos ardientes del sol? Puesto que alumbra al mundo, claro es que indica que la luz es su dominio. Yo he contemplado los ojos brillantes de mi prometida; yo he penetrado en el fondo de su alma, y en la pureza de sus resplandores he conocido que era una perla; pero no puedo decirte su nombre.

ISABEL.—¿Cómo así, mi César? ¡Explícamelo! Te has fiado del primer impulso de tu sentimiento, como si fuese la voz de Dios. Esperaba algo de tí, que revelase la fogosidad de la juventud, no la locura de un niño... Dínos en que se ha fundado tu elección.

D. CÉSAR.—¿La elección, madre mía? ¿Es elección la fuerza irresistible del destino, que arrastra al hombre cuando llega el momento fatal? No; yo no me proponía buscar una esposa, ni era posible que se me ocurriese tan necia idea en la mansión de la muerte, porque en ella encontré lo que allí no buscaba. Indiferente era para mí, y no daba importancia alguna al sexo femenino, ligero y hablador, porque no he visto otra como tú, á quien honro como á imagen de Dios. Celebrábanse los tristes funerales de mi padre; y, ocultos entre la muchedumbre, asistimos á ellos, como sabes, disfrazados, con arreglo á tu orden prudente, para que nuestros odios y nuestras discusiones no perturbasen la ceremonia... La nave de la iglesia estaba cubierta de negro crespón, y veinte estatuas, con antorchas en las manos, rodeaban el altar, ante el cual, y en lo alto, yacía el féretro, envuelto en paños negros con cruces blancas. Sobre él se veían el bastón de mando, la corona real, las espuelas de oro, insignias de caballero, y la espada, con su empuñadura de diamante... Todos estaban arrodillados y devotos, cuando de improviso sonó el órgano desde lo alto del coro, y se oyeron cien voces... Y mientras el coro cantaba, el féretro desaparecía con el apoyo en que se asentaba, bajando insensiblemente al

mundo subterráneo, oculto por el paño mortuorio que se extendía á su rededor y disimulaba su entrada, y quedando sobre la tierra el mundanal ornamento, que no había de acompañar al difunto en la tumba. Sin embargo, el alma, en libertad, era llevada á lo alto en las alas seráficas del canto, en demanda del cielo y de la gracia divina... Te recuerdo todo esto, oh madre, y te lo describo con exactitud, para que comprendas si era posible que se albergase entonces en mi alma algún deseo terrenal. Y, no obstante, el árbitro de mi vida escogió este momento grave y solemne, para tocarme con un destello del amor mundano. ¿Cómo sucedió esto? Yo mismo lo ignoro.

ISABEL.—Acaba, pues. Cuéntamelo todo.

D. CÉSAR.—De dónde venía ella y cómo se encontró junto á mí, no lo sé... Al volver yo los ojos, estaba á mi lado, y confusamente, pero con imperio irresistible y portentoso, su proximidad me conmovió hasta lo más profundo del alma. Y no fué su belleza exterior, ni su seductora sonrisa, ni el encanto de sus mejillas, ni sus formas divinas... su vida retirada y misteriosa fué el poder sobrenatural y santo, que se apoderó de mí como fuerza mágica incomprendible... Sin hablar palabra, nuestras almas, al parecer, se comunicaron sin necesidad de intermediario alguno, como si mi aliento se confundiese con el suyo. Era para mí una persona extraña y á la vez íntima, y sentí en mi interior una voz que me decía: ¡O ella ó ninguna otra será para tí en toda la tierra!

D. MANUEL. (Interrumpiéndolo con viveza).—Es el sagrado y celestial rayo del amor, que llega al alma, y la conmueve y enciende, cuando lo igual se encuentra con su igual, que no permite resistencia ni elección, no desatando el hombre lo que el cielo ata... opino como mi hermano, y debo alabarle, porque al referir su historia cuenta la mía, porque ha levantado el oscuro velo que me ocultaba.

ISABEL.—Veo bien que mis hijos siguen la senda que les ha señalado el destino. De los montes baja el impetuoso torrente, que se abre su propio lecho y se traza su camino, sin cuidarse del que ya existía, obra de la experiencia. Yo me someto... ¿Qué otra cosa hacer? La mano poderosa é inflexible del hado teje en las tinieblas la suerte de mi linaje. El corazón de mis hijos es prenda de mi esperanza, y sus pensamientos son hidalgos, como es noble su alcurnia.

ESCENA VI.

ISABEL, D. MANUEL, D. CÉSAR, DIEGO, que se presenta á la puerta.

ISABEL.—¡Ved! Ahí vuelve mi fiel servidor. ¡Pero acércate, acércate, honrado Diego! ¿En dónde está mi hija?... ¡Lo saben todo! Ya no es ningún secreto... ¿En dónde está? ¡Hablá! ¡No lo ocultes más tiempo! Estamos preparados para recibir la mayor de las alegrías. ¡Ven! (Hace ademán de dirigirse con él hacia la puerta.) ¿Qué es esto? ¿cómo? ¿vacilas? ¿emudeces? Tus miradas no me anuncian nada bueno... ¿Qué te sucede? ¡Habla! ¡Yo tiemblo! ¿En dónde está? ¿En dónde está Beatriz? (Quiere salir.)

D. MANUEL. (Aparte, y sorprendido.)—¡Beatriz!

DIEGO. (Deteniéndola.)—¡Quedaos!

ISABEL.—¿En dónde está? Esta incertidumbre me mata.

DIEGO.—No viene conmigo. No os traigo á vuestra hija.

ISABEL.—¿Qué ha ocurrido? ¡Habla, por todos los santos del cielo!

D. CÉSAR.—¿En dónde está mi hermana? ¡Habla, desdichado!

DIEGO.—¡La han robado! ¡La han robado unos piratas! ¡Ojala que no hubiese sido testigo de este día!

D. MANUEL.—¡Valor, madre! ¡Refrénate hasta que lo sepas todo!

DIEGO.—Me dispuse, como ordenasteis, á recorrer con prontitud, y por última vez, el camino tan trillado, que lleva al convento... La alegría me daba alas.

D. CÉSAR.—¡Al hecho!

D. MANUEL.—¡Habla!

DIEGO.—Y, al penetrar en el patio del convento, que tan bien conocía, y preguntar impaciente por vuestra hija, veo pintado el espanto en todos los rostros, y á mí, horrorizado, me cuentan un suceso pavoroso. (Isabel cae pálida y temblorosa en un sillón, y D. Manuel la asiste.)

D. CÉSAR.—¡Dices que la robaron los moros! ¡Los vieron? ¡Quién lo presenció?

DIEGO.—Un bajel pirata de moros, según se asegura, ancló en una bahía no lejos del convento.

D. CÉSAR.—Algunos buques, huyendo del furor de los huracanes, se refugian en esos abrigos... ¿En dónde está ese buque?

DIEGO.—Viéronlo hoy en alta mar, con todas las velas, ganando lo largo.

D. CÉSAR.—¿Se ha hablado además de alguna otra presa? Porque una sola no les satisface.

DIEGO.—Los rebaños de bueyes, que pastaban allí, fueron también robados.

D. CÉSAR.—¿Cómo es posible que salteadores se deslizaran en secreto hasta el centro del monasterio, estando bien guardado?

DIEGO.—Las murallas del convento, por el jardín, son accesibles á largas escaleras.

D. CÉSAR.—Pero ¿cómo habían de penetrar hasta lo interior de las celdas?

DIEGO.—Las que no están sujetas por ningún voto, podían pasearse sin estorbo al aire libre.

D. CÉSAR.—¿Y tenía por costumbre usar mucho de esa libertad? Contéstame.

DIEGO.—Se le veía con frecuencia buscar la soledad del jardín; pero hoy no volvió.

D. CÉSAR. (Después de reflexionar un momento.)—¿Dices que la robaron? Si era fácil que la robaran, pudo ella misma huir también.

ISABEL. (Levantándose.)—Se ha cometido un robo criminal! ¡Ha sido á la fuerza! No es posible que mi hija olvidara de tal modo sus deberes, que espontáneamente siguiese á su raptor... ¡Manuel! ¡César! Pensaba traeros una hermana; pero ahora he de deberla á vuestro heroico brazo. ¡Empleadlo en tan noble empresa, hijos míos! No tolerad que vuestra hermana sea presa de osado pirata... ¡Empuñad las armas! ¡Aprestad vuestros buques! ¡Recorred todas las costas! ¡Perseguid á los raptos por todos los mares! ¡Recobrad á vuestra hermana!

D. CÉSAR.—¡Adiós! Vuelo á vengarla, y á descubrirla. (Vase D. Manuel, despertando de profunda distracción, se vuelve inquieto á Diego.)

D. MANUEL.—¿Cuándo dices tú que desapareció?

DIEGO.—Desde esta mañana notaron su falta.

D. MANUEL. (A D.^a Isabel.)—¿Se llama tu hija Beatriz?

ISABEL.—¡Así se llama! ¡Corre! No preguntes más.

D. MANUEL.—Déjame que me entere sólo de...

ISABEL.—¡Vuela á trabajar! ¡Imita el ejemplo de tu hermano!

D. MANUEL.—¿En qué lugar, te conjuro...

ISABEL. (Instándole á que se vaya.)—¡Mira mis lágrimas, mi mortal angustia!

D. MANUEL.—¿En qué paraje la tenías oculta?

ISABEL.—¡No lo estaba en el centro de la tierra!

DIEGO.—Súbito miedo me acomete.

D. MANUEL.—¿Miedo? ¡Y por qué? Dí lo que sepas.

DIEGO.—Que yo haya sido causa inocente del rapto.

ISABEL.—¡Desdichado! Cuenta lo sucedido.

DIEGO.—No os lo había revelado, oh señora, para evitar esa pena á vuestro corazón maternal. El día en que el Príncipe fué sepultado, y en que todos, ávidos de novedades, se apiñaban para asistir á la ceremonia, estaba tu hija... porque la noticia había penetrado también en el convento... estaba empeñada tu hija en ser testigo de esta solemnidad. Yo me dejé persuadir, por mi desgracia; la disfracé con vestido de duelo, y pudo así satisfacer su deseo. Y me temo que entonces, entre tantos curiosos que acudieron allí de todas partes, fué vista por el raptor, porque su belleza es tan grande, que nada podía ocultarla.

D. MANUEL. (Aparte y confiado.)— ¡Palabras consoladoras que alivian mi corazón! No es ella. Esa indicación no le atañe.

ISABEL.—¡Anciano imprudente! ¡Así me hiciste traición!

DIEGO.—¡Señora! Mi intención fué la mejor. La voz de la naturaleza, la fuerza de la sangre, hablaba para mí en su deseo. Túvelo por inspiración divina, ya que ese afán misterioso y casi profético, que sentía, la llevaba á la tumba de su padre. Parecióme justo acceder al cumplimiento de ese deber piadoso. Y así, con la mejor intención, hice mal.

D. MANUEL. (Aparte.)— ¿Por qué mi miedo y mi desesperación? Pronto sabré la verdad, y me tranquilizaré. .

D. CÉSAR. (Que vuelve.)— ¡Perdona, Manuel! Yo te acompañaré.

D. MANUEL.—¡Nadie me siga! ¡Fuera! ¡Que no me acompañe nadie! (Vase.)

D. CÉSAR. (Mirándolo sorprendido.) — ¿Qué le sucede á mi hermano? ¡Dí, madre!

ISABEL. — No lo sé. No lo conozco ya.

D. CÉSAR. — Vuelvo, como ves, madre mía, porque, en mi afán precipitado por servirte, me olvidé preguntarte las señas para encontrar á mi hermana perdida. ¿Cómo indagar su paradero, si ignoro cuál es el lugar, en donde se ha cometido el rapto? Dime cuál es el convento que la guardaba.

ISABEL. — Está bajo la advócación de Santa Cecilia, y yace oculto detrás de los bosques montañosos, que se extienden insensiblemente hasta el Etna, y que lo convierten en un asilo silencioso de almas piadosas.

D. CÉSAR. — ¡Valor, pues, y ten confianza en tus hijos! Te devolveré mi hermana, aunque haya de buscarla por toda la tierra y todos los mares. Sólo me aflige una cosa, oh madre; dejé á mi prometida bajo la protección de extraños. A tí únicamente quisiera yo entregar prenda tan cara; te la enviaré, y la verás; y, en su pecho y amante corazón, olvidarás tu pena y tus dolores. (Vase.)

ISABEL. — ¿Cuándo cesará al fin la antigua maldición, que pesa sobre esta casa? Un genio maléfico se burla de mis esperanzas, y jamás se amortigua su rabia envidiosa. Cuando me juzgo cerca del seguro puerto; cuando tanto me tranquilizaba la dicha cierta que me aguardaba; cuando creía que la calma había sucedido á tantas tempestades, y cuando contemplaba á la tierra plácida y serena, iluminada por los rayos del sol poniente, sobreviene la borrasca, que trae el austro, y me obliga á luchar de nuevo con las olas. (Vase al interior del palacio, á donde la sigue Diego.)



ACTO III.

La escena representa un jardín.

ESCENA PRIMERA.

Los dos COROS, y luego BEATRIZ.

El Coro de D. Manuel viene vestido de gala, adornado de guirnal-
das, y trayendo los regalos de boda, antes indicados; el de D. César
quiere impedir la entrada.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Harás bien en dejar libre este
lugar.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Lo dejaré, si hombres más
esforzados lo piden.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Debieras saber que tu presen-
cia es aquí importuna.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Por eso me quedo, porque
te desagrado.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Este lugar es mío. ¿Quién me
lo arrebatará?

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Yo lo haré, porque yo
mando ahora.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)— Mi señor D. Manuel es quien me ordena venir.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Y yo estoy aquí por orden del mío.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—El más joven ha de ceder al más viejo.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—El mundo es del primero que lo ocupa.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)— Hombre odioso, ¡véte y despeja el campo!

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—No antes de cruzar nuestras espadas.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—¿Siempre me has de estorbar en mi camino?

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Siempre que me place, salgo á tu encuentro.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—¿Qué tienes tú que escuchar y que guardar aquí?

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Nada tengo que decirte ni que contestarte.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)— Y yo no me digno hablarte.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Respeto, oh joven, merecen mis años.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—En valor soy yo tan experimentado como tú.

BEATRIZ. (Que sale precipitadamente.)— ¡Ay de mí! ¿Qué se proponen estos hombres feroces?

PRIMER CORO. (*Cayetano.*) (Al segundo.)—Nada me cuido de tí, ni de tu aire orgulloso.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Vale más el señor, á quien yo sirvo.

BEATRIZ.—¡Oh! ¡Ay de mí, ay de mí, si llega á venir!

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Tú mientes. D. Manuel es muy superior á él.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Mi señor ha logrado el triunfo en todos los combates.

BEATRIZ.—Ahora vendrá. Llegó la hora.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Si no hubiera paz, yo me haría justicia.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Si no fuese por miedo, no respetarías la paz.

BEATRIZ.—¡Ojalá estuviese él á cien leguas de aquí!

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Temo la ley y no la amenaza de tus ojos.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Haces bien; la ley es el escudo del cobarde.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Comienza tú, y yo te seguiré.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—Fuera está ya mi espada.

BEATRIZ. (En la mayor ansiedad.)—Vendrán á las manos, porque brillan los aceros. ¡Detenedlo, poderes celestiales, ¡Suscitadle obstáculos en su camino, enredad sus pies, envolvedlo en lazos, para que no llegue en este momento! ¡Vosotros, ángeles todos, á quienes he suplicado que lo traigáis, trocad mis ruegos y llevad sus pasos lejos, muy lejos de aquí! (Entra precipitadamente. Cuando van á pelear los coros aparece D. Manuel.)

ESCENA II.

D. MANUEL y el CORO.

D. MANUEL.—¿Qué veo? ¡Deteneos!

PRIMER CORO. (*Cayetano, Berenguer y Manfredo.*) (Al segundo.)—¡Avanzad, avanzad!

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo, Roger é Hipólito.*)—¡Cierra con ellos, cierra con ellos!

D. MANUEL. (Que se interpone entre ambos con la espada desnuda.)—¡Deteneos!!

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—¡Es el Príncipe!

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—¡El hermano! ¡Haya paz!

D. MANUEL.—Tenderé en tierra muerto al primero que prosiga la pelea y al que amenace á su adversario, aunque sea sólo con los ojos. ¿Estáis locos? ¿Qué demonio os excita para avivar de nuevo la llama de la antigua discordia, que entre nosotros los Príncipes se extinguió ya para siempre?... ¿Quién comenzó la disputa? ¡Hablad! Quiero saberlo.

PRIMER CORO. (*Cayetano y Berenguer.*)—Estaban aquí...

SEGUNDO CORO. (*Roger y Bohemundo.*) (Interrumpiéndolos.)—Vinieron...

D. MANUEL. (Al primer coro.)—¡Habla tú!

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—Llegamos aquí, señor, para traer los regalos de boda, que nos encargaste. Engalanados para una fiesta, no preparados para la guerra, como ves, caminamos en paz, no sospechando nada adverso, y fiados en la tregua concertada. Y los encontramos aquí, acampados como enemigos, y prohibiéndonos entrar por la fuerza.

D. MANUEL.—¡Ningún asilo, oh insensatos, es sagrado para vuestro furor loco y ciego? ¿Hasta en la mansión oculta de la inocencia, y para turbarla, ha de penetrar vuestro odio? (Al segundo coro.) ¡Retrate! Hay aquí misterios que no consienten tu presencia. (Al atejarse el mismo.) ¡Véte! Tu señor te lo manda por mi conducto, porque somos una sola inteligencia y una sola voluntad, y mis órdenes las tuyas... ¡Véte! (Al primer coro.) ¡Quédate tú, y guarda la entrada!

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—¡Qué hacemos? Los Príncipes se han reconciliado, tal es la verdad; y, sin ser llamados á intervenir en disputas y contiendas de los gran-

des, siempre y en todas ellas trae más peligro que provecho. Porque cuando están hartos de querellas, hacen recaer sobre el hombre humilde, que les sirve lealmente, el velo sangriento de la culpa, y ellos se libran de todo riesgo. Arréglense, pues, los Príncipes como les plazca; para mí es lo más prudente retirarme. (El segundo coro se va, y el primero se dirige al fondo del teatro. En el mismo instante sale Beatriz y se arroja en brazos de D. Manuel.)

ESCENA III.

BEATRIZ, D. MANUEL.

BEATRIZ.—¡Eres tú! ¡Por fin te veo!... ¡Cruel! Me has dejado largo, muy largo tiempo dudar, presa del temor y de todos los horrores... Pero no hablemos más de esto. Te veo al fin... en tus brazos amados encuentro escudo y defensa contra todos los peligros. ¡Ven! ¡Ya se fueron! Podemos huir. Partamos; partamos sin perder momento. (Intenta llevarse consigo, y lo mira con atención.) Pero ¿qué tienes! ¡Con tanta seriedad me recibes?... ¿Te arrancas de mis brazos, como si quisieras rechazarme? No eres ya el mismo... ¡Es éste Manuel, mi esposo, mi bien amado!

D. MANUEL.—¡Beatriz!

BEATRIZ.—¡No! ¡no hables! ¡Ahora no es ocasión de hablar! Huyamos, sin perder tiempo, porque la necesidad lo exige...

D. MANUEL.—¡Tranquilízate y respóndeme!

BEATRIZ.—¡Vámonos lejos de aquí! Antes que vuelvan esos hombres feroces.

D. MANUEL.—Quédate; esos hombres no nos ofenderán.

BEATRIZ.—Sin embargo, sin embargo... Tú no los conoces... ¡Oh! ¡Ven! ¡Huye!

D. MANUEL.—Protegida por mí, ¿qué puedes temer?

BEATRIZ.—¡Oh! ¡Créeme! Hay aquí hombres poderosos.

D. MANUEL.—Ninguno, oh amada mía, lo es más que yo.

BEATRIZ.—¿Tú solo contra tantos?

D. MANUEL.—Yo solo. Los hombres, á quienes tú temes...

BEATRIZ.—Tú no los conoces. Ignoras cuál es su señor.

D. MANUEL.—Ellos me sirven, y yo soy su señor.

BEATRIZ.—Tú eres... El horror llena mi alma.

D. MANUEL.—Aprende al fin á conocerme, Beatriz. Yo no soy quien tú imaginas, no un pobre y desconocido caballero, que sólo suspiraba por tu amor. Quién soy verdaderamente, cuál es mi poder y cuál mi linaje, te lo he ocultado hasta ahora.

BEATRIZ.—¿Tú no eres D. Manuel! Ay de mí, ¿quién eres tú?

D. MANUEL.—Yo me llamo Manuel... pero soy el más poderoso de cuántos se llaman así en esta ciudad; soy don Manuel, Príncipe de Mesina.

BEATRIZ.—¿D. Manuel, hermano de D. César?

D. MANUEL.—D. César es mi hermano.

BEATRIZ.—¿Es tu hermano?

D. MANUEL.—¿Esto te asusta? ¿Conoces tú á D. César? ¿Conoces á algún otro de mi familia?

BEATRIZ.—¿Eres tú D. Manuel, que odia á su hermano, y vive con él en implacable guerra?

D. MANUEL.—Nos hemos reconciliado, y desde hoy, no sólo somos hermanos por el nacimiento, sino también por el corazón.

BEATRIZ.—¿Reconciliados desde hoy?

D. MANUEL.—Dime, ¿qué significa esto? ¿Por qué tu emoción extraordinaria? ¿Conoces tú á mi familia más que por

la fama? ¿Sé yo todo tu secreto? ¿Nada me has callado ni disimulado?

BEATRIZ.—¿Qué piensas? ¡Cómo! ¿Qué querías que te confesara?

D. MANUEL.—Nunca me has hablado nada de tu madre. ¿Quién es ella? ¿La conocerías acaso, si yo te la describiera... si yo te la mostrara?

BEATRIZ.—Tú la conoces... y, conociéndola, ¿me la ocultas?

D. MANUEL.—¡Ay de tí y de mí, si yo la conozco!

BEATRIZ.—¡Oh! Es benéfica como la luz del sol. La veo delante de mí. Su imagen se me representa ahora clara, y su forma divina surge en este momento del fondo de mi alma. Rizos negros y espesos dan sombra á su cuello, blanco y elegante: yo veo el arco despejado de su frente, y el brillo de sus hermosos ojos. El acento expresivo de su voz despierta en mí...

D. MANUEL.—¡Ay de mí! ¡La pintas tal cual es!

BEATRIZ.—¡Y yo he huído de su lado! ¿Podía yo abandonarla, quizá la víspera del día, que había de unirme á ella para siempre? ¡Oh! ¡Hasta renuncio á mi madre por tí!

D. MANUEL.—La Princesa de Mesina será tu madre. Voy á llevarte á ella, porque te espera.

BEATRIZ.—¿Qué dices? ¿Tu madre y la de D. César? ¿Llevarme á ella? ¡Nunca, nunca!

D. MANUEL.—¿Tiemblas? ¿Qué significa ese terror? ¿No es mi madre para tí una persona extraña?

BEATRIZ.—¡Triste y deplorable descubrimiento! ¡Ojalá que no viviese yo este día!

D. MANUEL.—¿Qué puede causarte tal angustia, ahora que me conoces, y encuentras un Príncipe en un desconocido?

BEATRIZ.—Devuélveme ese desconocido, y seré feliz con él en el más árido desierto.

D. CÉSAR. (Fuera de la escena)—¡Atrás! ¿Por qué hay aquí tanta gente?

BEATRIZ.—¡Dios mío! ¡Esa voz!... ¿En dónde me escondo?

D. MANUEL.—¿Conoces tú esa voz? No; no la has oído nunca, y no puedes conocerla.

BEATRIZ.—¡Huyamos! ¡Ven; no te detengas!

D. MANUEL.—¿A qué huir? Es la voz de mi hermano, que me busca; pero extraño, á la verdad, cómo ha descubierto...

BEATRIZ.—¡Que no te vea, por todos los santos del cielo! ¡No salgas al paso de ese furioso; que no te encuentre aquí!

D. MANUEL.—¡El miedo te enloquece, amada mía! ¿No te acuerdas que te dije que nos hemos reconciliado?

BEATRIZ.—¡Oh, cielos! ¡Librame de este instante!

D. MANUEL.—¡Qué sospecha la mía! ¡Qué pensamiento! ¡Me llena de pavor!... ¿Será posible?... ¡No has extrañado su voz!... Beatriz... tú estabas... me espanta saber más... ¿tú asististe... á los funerales de mi padre?

BEATRIZ.—¡Ay de mí!

D. MANUEL.—¿Estuviste allí?

BEATRIZ.—¡No te encolerices!

D. MANUEL.—¡Estuviste, desdichada!

BEATRIZ.—Estuve en ellos.

D. MANUEL.—¡Horror!

BEATRIZ.—¡Mi curiosidad era demasiado grande! ¡Perdóname! Te confesaré que lo deseaba. Como tú, formal y enojado, no accediste á mi ruego, me callé. No sé qué astro de influjo maléfico me inspiró esa curiosidad invencible. Hube de satisfacer ese ansia vehemente de mi corazón. El viejo servidor me ayudó; te desobedecí, y realicé mi deseo. (Cállase y se inclina hacia él, mientras entra D. César, acompañado de todo el coro.)

ESCENA IV.

LOS DOS HERMANOS.—LOS DOS COROS, y BEATRIZ.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo*) (A D. César)—¡No nos crees!... ¡convéncete por tí mismo!

D. CÉSAR. (Que entra impetuosamente, y retrocede al ver á su hermano.)—¡Infernal ilusión! ¡Cómo? ¡En sus brazos? (Acercándose á D. Manuel.) ¡Vívora ponzoñosa! ¡Este es tu amor? ¡Así me engañas artificiosamente con tu reconciliación? ¡Oh! ¡Mi odio era obra de Dios! ¡Baja á los infiernos, alma de serpiente! (Le da de puñaladas.)

D. MANUEL.—¡Muero!... ¡Beatriz!... ¡hermano! (Cae y muere; Beatriz cae también desmayada á su lado.)

PRIMER CORO. (*Cayetano*).—¡Al asesino, al asesino! ¡Socorro! ¡Empuñad todos las armas! ¡Que la sangre venga la sangre! (Todos desenvainan las espadas.)

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo*).—¡Nos salvamos! ¡Terminó tan larga contienda! Mesina tendrá ahora un solo soberano.

PRIMER CORO. (*Cayetano, Berenguer, Manfredo*).—¡Venganza! ¡Venganza! ¡Muera el asesino! ¡Caiga en expiación de su crimen!

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo, Roger é Hipólito*).—Nada temas, señor; nosotros te somos fieles.

D. CÉSAR. (Interponiéndose con dignidad entre ellos.)—¡Atrás!... He matado á mi enemigo, el que engañaba á mi leal corazón, el que me hizo caer en un lazo, fingiendo fraternal afecto. Mi acción parece nefanda y horrible; pero ha sido obra del cielo.

PRIMER CORO (*Cayetano*).—¡Ay de tí, Mesina! ¡Ay de tí, ay

de tí, ay de tí! Horrendo crimen se ha cometido dentro de tus muros... ¡Ay de las madres é hijos, de tus jóvenes y ancianos! ¡Ay de los no nacidos!

D. CÉSAR.—La queja es tardía... Socorred á ésta (Señalando á Beatriz.) ¡Devolvedle á la vida! Lleváosla pronto de este lugar de horror y de muerte... No puedo detenerme más tiempo, porque he de emplearlo en buscar á mi hermana robada... entregadla á mi madre en su castillo, y decidle que la envía su hijo D. César. (Vase; Beatriz, desmayada y descansando en una litera, es llevada por el segundo coro; el primero se queda junto al cadáver, con los mancebos que han traído los regalos de boda, formando círculo á su redor.)

ESCENA V.

EL PRIMER CORO.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Decidme, porque no puedo entender ni explicarme cómo ha sucedido todo esto tan pronto. Largo tiempo hace que mi imaginación veía adelantarse á grandes pasos, como espantoso espectro, este crimen horrible y sangriento. Y, sin embargo, el terror me domina, contemplando hecho ya y cumplido, con mis propios ojos, lo que sólo columbraba á lo lejos, temeroso y lleno de duda. Toda mi sangre se hiela en mis venas ante esta realidad espantable y resuelta.

UNO DEL CORO. (*Manfredo.*)—¡Dejad estallar los ayes y lamentos! ¡Noble joven! ¡Yace ahí inanimado, en la flor de sus años, cercado de las tinieblas de la muerte, y en el umbral de la nupcial cámara! Gemidos incesantes y profundos resuenen por ese cadáver mudo.

OTRO DEL SEGUNDO CORO. (*Cayetano.*)—Venimos, venimos

con toda pompa á recibir á la desposada; los mancebos aportan ricos vestidos, regalos de boda; preparada está la fiesta, y esperan los testigos; pero el esposo no oye, no lo despiertan los cánticos alegres, porque el sueño de los muertos es invencible.

TODO EL CORO.—Pesado y profundo es el letargo de los difuntos; jamás lo sacaré de él la voz de su prometida, ni el alegre sonido de la trompa de caza, porque yace en tierra inanimado y frío.

UN TERCERO. (*Cayetano.*)—¿Qué son las esperanzas, qué los proyectos, que forma el hombre en su flaqueza? Hoy mismo os abrazabais como hermanos, estabais unidos de corazón y de boca, y el sol, que ahora se pone, alumbraba vuestra unión, y tú yaces en el polvo, muerto á manos de tu hermano, herido en el pecho horriblemente. ¿Qué son las esperanzas; qué los proyectos del hombre, hijo efímero de las horas, cuando los levanta en engañoso suelo?

EL CORO. (*Berenguer.*)—¡Quiero llevarte con tu madre, oh fardo funesto! Derribemos esos cipreses con el hacha cortadora, para formar con sus ramas una litera. Nada vivo producirá jamás, puesto que son mortíferos sus frutos. Nunca crecerán lozanos hasta las nubes, ni darán sombra al caminante. Lo que se ha alimentado en terreno funesto, será maldito y consagrado al servicio de la muerte.

EL PRIMERO. (*Cayetano.*)—Pero ¡ay del asesino! ¡ay del que se deje dominar de rabia insensata! Tu sangre corre, corre por las grietas de la tierra. Allá abajo, en lo profundo, residen en las tinieblas, sin hablar y sin cantar, las hijas de Temis, que ni olvidan ni se engañan, y fallan en justicia. Recogen esa sangre en negros vasos, y la mueven, mezclándole tremenda expiación.

EL SEGUNDO. (*Berenguer.*)—Fácilmente se borran las huellas del crimen en la tierra alumbrada por el sol, como leve cambio en el rostro; pero nada se pierde ni des-

aparece de cuanto reciben en su seno tenebroso las horas, llenas de misterios... El tiempo es fértil tierra, la naturaleza un todo vivo, y todo es fruto, todo semilla.

EL TERCERO. (*Cayetano.*)—¡Ay, ay del asesino! ¡ay del que sembró germen de muerte! Una cosa es el crimen antes de perpetrarse, y otra después de consumado. Parécete valeroso y temerario, cuando el ánimo está excitado por el sentimiento de venganza; pero en cuanto se comete y se termina, se te presenta como espectro de pálidas mejillas. Las mismas furias infernales agitaban contra Orestes sus horrendas serpientes, y exhortaban al hijo á asesinar á su madre; y, bajo la máscara sagrada de la justicia, lo engañaron artificiosamente, hasta que llevó á cabo su criminal propósito... Pero en cuanto hirió el seno, que lo concibió y alimentó con amor, volviéronse contra él rabiosamente, y conoció entonces á esas vírgenes terribles, que se apoderan del asesino, que nunca lo abandonan, que lo torturan con mordeduras eternas, y que lo persiguen hasta el santuario de Delfos. (*Vase el coro, llevándose el cuerpo de D. Manuel.*)

ACTO CUARTO.

Salón con columnas. Es de noche. La escena es alumbrada por una lámpara en el techo.

ESCENA PRIMERA.

D.^a ISABEL y DIEGO entran.

ISABEL.—¿No hay noticia alguna de mis hijos, ni se sabe nada de su perdida hermana?

DIEGO.—¡Nada, señora! pero todo podéis esperarlo de la asiduidad y diligencia de vuestros hijos.

ISABEL.—¡Cuánta, oh Diego, es mi angustia! En mí estaba haber evitado esa desdicha.

DIEGO.—No hagáis penetrar en vuestro corazón el aguijón del remordimiento. ¿Habéis omitido acaso alguna precaución?

ISABEL.—¡Ojalá que la hubiese sacado antes de su retiro, obedeciendo á la voz poderosa de mi corazón!

DIEGO.—La prudencia os lo prohibía, é hicisteis bien; pero solo Dios sabe lo porvenir.

ISABEL.—¡Ay de mí! ¡No hay alegría completa en este

mundo! Sin este accidente, mi dicha sería sin mezcla alguna de mal.

DIEGO.—Esa dicha no se ha desvanecido, sino se ha aplazado. Gozad ahora de la unión de vuestros hijos.

ISABEL.—Los he visto abrazarse estrechamente... espectáculo jamás conocido en mi vida.

DIEGO.—Y no era abrazo fingido, sino cordial, porque su franqueza detesta la mentira.

ISABEL.—He averiguado también que son capaces de más tiernos afectos, de inclinaciones más dulces; he descubierto que honran lo que aman. Quieren renunciar á su libertad desenfrenada, no sacudir el yugo de la ley, dejándose arrastrar de su impetuosa juventud, y sus pasiones son moderadas y buenas... Te confesaré de buen grado, oh Diego, que yo temía esa explosión de sus sentimientos al tomar esa nueva senda... El amor, en los caracteres violentos, se convierte fácilmente en delirio. Si á los combustibles, ya acumulados, de un antiguo odio, se aplicase esa nueva chispa, la enemiga y terrible de los celos... tiemblo en pensarlo... sus aficiones, que nunca fueron las mismas, ¡si chocaran entre sí por vez primera en este punto!... Pero ¡loado sea Dios! esta nube borrascosa, que amenazaba estallar sobre mi cabeza, fué barrida por un ángel, y mi corazón respira ahora en libertad.

DIEGO.—Si; regocijaos de vuestra obra. Con vuestra ternura y con vuestra tranquila razón habéis logrado, lo que nunca pudo conseguir su padre con todo su poder... Vuestra es esa gloria, aunque tuvo parte también en ella vuestra buena fortuna.

ISABEL.—Mucho trabajé con ese objeto, y grande fué también mi suerte. No era empresa leve ocultar ese secreto largos años, engañar al más perspicaz de los hombres, y contener en mi corazón los impulsos de la sangre, que, como el fuego comprimido, pugnaba por romper sus lazos.

DIEGO.—Esos favores constantes de la fortuna son prenda para mí del éxito feliz, que coronará al cabo vuestros proyectos.

ISABEL.—No quiero alabar mi buena estrella hasta que llegue el fin de la jornada. Pero aun no duerme mi mal genio, y así me lo advierte la desaparición de mi hija... Condenáme ó absuélveme, Diego, pero no te lo ocultaré, siéndome tú tan fiel. Me es insoportable esperar aquí ociosa el resultado de la investigación que se hace, mientras mis hijos se ocupan activamente en averiguar el paradero de mi hija. Yo también he trabajado... Cuando los hombres no bastan, el cielo da con frecuencia consejos.

DIEGO.—Declaradme lo que yo pueda saber.

ISABEL.—En las cimas del Etna vive solitario un ermitaño piadoso, llamado desde tiempo inmemorial el Viejo de la montaña, que, como habita en paraje más elevado que los demás hombres errantes por la tierra, ha purificado sus pensamientos terrenales con el aire ligero y sano de las alturas, y desde ellas contempla los años que pasan, y el juego inexplicable y tortuoso de nuestra miserable existencia. No le es extraño el destino de mi familia, y á menudo ha consultado al cielo por complacernos, y nos ha evitado algunas desgracias. Le he enviado un mensajero joven y ligero, para que me dé noticias de mi hija, y aguardo su vuelta de un momento á otro.

DIEGO.—Si mis ojos no me engañan, oh señora, es sin duda ese que corre hacia aquí. Su rapidez es loable.

ESCENA II.

Los mismos y el MENSAJERO.

ISABEL.—Habla; no me ocultes lo malo ni lo bueno; dime la pura verdad. ¿Qué respuesta te ha dado el Viejo de la montaña?

EL MENSAJERO.—Contestóme que regresara cuanto antes, porque la perdida ha sido hallada.

ISABEL.—¡Bienaventurada voz la suya! ¡Santa y grata palabra! Siempre me respondiste lo que yo deseaba. Y ¿á cual de mis hijos se ha concedido descubrir sus trazas?

EL MENSAJERO.—Su oculto retiro ha sido descubierto por tu hijo mayor.

ISABEL.—¿La debo, pues, á mi hijo Manuel? ¡Ah! Siempre fué para mí un hijo de bendición... ¿Llevaste también al Viejo el cirio bendito, que te entregué, para que se lo ofrecieras, y alumbrara á sus santos? Los dones, que más alegran á los hombres, sólo excitan el desprecio de ese varón piadoso.

EL MENSAJERO.—Callado tomó el cirio de mis manos, y acercándose al altar, en donde arde una lámpara en honor de su santo patrono, lo encendió, prendiendo fuego en seguida á la cabaña, en la cual adoraba á Dios hacía noventa años.

ISABEL.—¿Qué dices? ¿De qué horrores me hablas?

EL MENSAJERO.—Y gritando por tres veces: «¡Ay de mí!» bajó de la montaña, haciéndome señal en silencio de que ni lo siguiese ni mirase hacia atrás. Y de este modo, lleno de espanto, he corrido hasta aquí.

ISABEL.—Nueva confusión y nuevas dudas mucven en

mi tus palabras; y aunque mi hija perdida haya sido hallada por mi hijo primogénito D. Manuel, no me satisface esa buena nueva, acompañada de actos tan siniestros.

EL MENSAJERO. — Mira detrás de tí, señora. Ya ves cómo se cumple en tu presencia lo anunciado por el santo Ermitaño, porque, ó mucho me equivoco, ó esa es tu hija perdida, que buscabas, formando su séquito el de los caballeros de tus hijos. (Beatriz llega en una litera, traída por el segundo coro, depositándola en el proscenio; está inmóvil y sin conocimiento.)

ESCENA III.

ISABEL, DIEGO, el MENSAJERO, el CORO y BEATRIZ

EL CORO. (*Bohemundo.*)—Obedeciendo á la orden de mi señor, dejamos á tus pies, oh señora, esta doncella... Tal fué su mandato, y que te dijésemos, además, que es Don César quien la envía.

ISABEL (Que se precipita hacia la litera con los brazos abiertos, y retrocede en seguida horrorizada.) — ¡Oh cielos! ¡Está pálida y sin vida!

EL CORO.—(*Bohemundo.*)—¡Vive y volverá en sí! Dejadle el tiempo necesario para reanimarse, porque ha sido testigo de sucesos bien extraños, que embargan todavía sus sentidos.

ISABEL.—¡Hija mía! ¡Hija de mi dolor y de mi cuidado! ¡Así nos hemos de ver? ¡Así has de entrar en el palacio de tu padre? ¡Ah! ¡Que tu vida se encienda en la mía! Quiero oprimirte contra mi pecho maternal, hasta que tu corazón sacuda ese frío mortal, y lata de nuevo á mi calor.

(Al coro.) ¡Oh! ¡Habla! ¿Qué cosa horrible ha sucedido? ¿En dónde la encontraste? ¿Por qué viene en tan deplorable estado mi querida hija?

EL CORO. (*Bohemundo*.)—No lo sabrás de mí; mis labios enmudecen. Tu hijo César te lo explicará con claridad, porque él es quien nos envía.

ISABEL.—Querrás decir mi hijo Manuel.

EL CORO. (*Bohemundo*.)—Tu hijo D. César la envía á tí.

ISABEL. (Al mensajero.)—¿No fué á D. Manuel, á quien nombró el Ermitaño?

EL MENSAJERO.—Así fué, señora; tales fueron sus palabras.

ISABEL.—Quienquiera que haya sido, ha llenado mi pecho de alegría. Débole mi hija, y lo bendigo. ¡Oh! ¿Por qué un demonio envidioso ha de amargar este momento feliz, tan ardientemente codiciado? Yo veo á mi hija en el palacio de su padre; pero ella no me ve ni me oye, ni puede corresponder al gozo de su madre. ¡Abrios, amadas niñas de mis ojos! ¡Calentáos vosotras, manos delicadas! ¡Alzate, seno inanimado, y respira!... Diego, esta es mi hija, la que estuvo oculta tanto tiempo, la salvada: lo declaro ahora ante todos.

EL CORO. (*Bohemundo*.)—Presiento extraño, y nuevo y horrible suceso, y me confunde cómo se desvanecerá al cabo mi tremenda duda.

ISABEL. (Al coro, atónito y embarazado.)—¡Oh! ¡Impenetrables son vuestros duros corazones! Vuestro pecho, cubierto de acero, como los escarpados peñascos del mar, rechaza mi alegría contra mí misma. En vano busco en cuantos me rodean ojos compasivos. ¿Por qué se tardan mis hijos? En ellos despertaré el interés que ansío, porque estoy como cercada de crueles fieras del desierto, ó de monstruos marinos.

DIEGO.—¡Abre los ojos! ¡Se mueve! ¡Vive!

ISABEL.—¡Vive! ¡Que su primera mirada sea para su madre!

DIEGO.—De nuevo cierra sus ojos temblando.

ISABEL. (Al coro).—Retiraos; la asusta vuestro extraño aspecto.

EL CORO. (Que se retira.) (*Bohemundo.*)—De buen grado evitaré sus miradas.

DIEGO.—Os contempla con ojos espantados.

BEATRIZ.—¿En dónde estoy? Quiero conocer estas facciones.

ISABEL.—Poco á poco recobra la razón.

DIEGO.—¿Qué hace? Se prosterna de rodillas.

BEATRIZ.—¡Oh rostro angelical y bello de mi madre!

ISABEL.—¡Hija de mi corazón! ven á mis brazos.

BEATRIZ.—A tus pies yace la culpable.

ISABEL.—Te veo de nuevo, y todo lo olvido.

DIEGO.—¡Mírame! ¿Me conoces?

BEATRIZ.—La blanca cabeza del honrado Diego.

ISABEL.—El fiel guardián de tu infancia.

BEATRIZ.—¿Me encuentre, pues, en el seno de los míos?

ISABEL.—Y sólo la muerte podra separarnos.

BEATRIZ.—¿Y no me alejarás más entre extraños?

ISABEL.—Nada nos separará ya, porque el destino nos deja en paz.

BEATRIZ. (Abrazándola).—¿Y estrecho en realidad tu corazón? ¿Ha sido un sueño cuanto he visto? Una pesadilla, un sueño horroroso... ¡Oh madre! Lo ví caer muerto á mis pies... ¿Cómo he venido aquí? No lo comprendo... ¡Ah! ¡Alabado, alabado sea Dios, que al fin me encuentre en tus brazos! Querían llevarme con su madre la Princesa de Mesina. ¡Antes á morir!

ISABEL.—¡Vuelve en tí, hija mía! La Princesa de Mesina...

BEATRIZ.—No pronuncies su nombre. Al oírlo, frío mortal discurre por mis venas.

ISABEL.—¡Escúchame!

BEATRIZ.—Tiene dos hijos, que se odian mortalmente, y se llaman D. Manuel y D. César.

ISABEL.—Yo soy esa misma. Reconoce á tu madre.

BEATRIZ.—¿Qué dices? ¿Qué palabra has pronunciado?

ISABEL.—¡Yo soy tu madre, la Princesa de Mesina!

BEATRIZ.—¿Y eres también madre de D. Manuel y de don César?

ISABEL.—Y la tuya. Son tus hermanos.

BEATRIZ.—¡Ay, ay de mí! ¡Horrible revelación!

ISABEL.—¿Qué te sucede? ¿Qué te conmueve tan extraordinariamente?

BEATRIZ (Que, mirando á su rededor con ojos extraviados. observa al coro.)—¡Ellos son, sí; ahora lo reconozco! ¡Ningún sueño me engañó!... ¡Ellos son! ¡Estaban allí!... ¡Es la horrible verdad! Desdichados, ¿en dónde lo habéis escondido? (Acércase á grandes pasos al coro, que se aleja; oyése en lontananza una marcha fúnebre.)

EL CORO.—¡Ay, ay de mí!

ISABEL.—¿A quién han escondido? ¿Qué es verdad? Calláis vosotros confusos... Parece que la comprendéis. Leo en vuestros ojos, leo en los acentos entrecortados de vuestra voz algo siniestro que me ocultáis... ¿Qué es? Quiero saberlo. ¿Por qué miráis así á la puerta? ¿Qué sonidos son esos que llegan hasta aquí?

EL CORO. (*Bohemundo.*)—¡Se acerca! Se descubrirá este horrible secreto. ¡Animo, señora; fortaleced vuestro corazón! Soportad con entereza lo que os espera; sufrid ese dolor con ánimo varonil.

ISABEL.—¿Qué se acerca? ¿Qué me aguarda?... Oigo sollozos y mortales gemidos dentro de mi palacio... ¿En dónde están mis hijos? (El primer coro trae el cuerpo de D. Manuel en un féretro, que deposita en la parte libre de la escena. Cúbrelo un paño negro.)

ESCENA IV.

ISABEL, BEATRIZ, DIEGO y los dos COROS.

PRIMER CORO. (*Cayetano*).—La desdicha, acompañada de lamentos, atraviesa las calles de la ciudad... Acecha las habitaciones de los hombres, y hoy llama aquí, mañana allá, sin perdonar á ninguna. Ese mensajero de dolores, de todos aborrecido, más tarde ó más temprano, llega siempre á los umbrales en donde moran los vivos.

SEGUNDO CORO. (*Berenguer*).—Cuando caen las hojas en el otoño, cuando bajan al sepulcro los ancianos enervados, entonces obedece tranquilamente la naturaleza á sus antiguas leyes, á su orden eterno, y nada hay en esto que espante al hombre.

Pero en esta vida terrestre se ha de aprender también á conocer lo monstruoso. También el asesino rompe con mano aleve el lazo más sagrado, y en la nave de la Estigia también se lleva la muerte al joven en sus años más floridos.

PRIMER CORO. (*Cayetano*).—Cuando las nubes se amontonan en el cielo y lo ennegrecen; cuando el trueno hace sonar sus rugidos, entonces, entonces sienten todos los corazones el terrible poder del destino. Teme, por tanto, en medio de tu alegría, la llegada astuta de la desdicha. No te apegues á los bienes, que adornan esta vida transitoria. Quien posee, aprenda á perder su bien, y el feliz á ser desventurado.

ISABEL.—¿Qué voy á oír? ¿Qué oculta este paño? (Se acerca al féretro, y después se detiene temblorosa é irresoluta.) Horrible-

mente me atrae aquí cierta fuerza, y frío y desconocido pavor me repele. (A Beatriz, que se ha colocado entre ella y el féretro.) ¡Déjame! Sea lo que fuere, quiero saberlo. (Levanta el paño mortuorio, y ve el cadáver de D. Manuel.) ¡Oh cielos; es mi hijo! (Permanece muda de espanto; Beatriz cae junto al cadáver, dando un grito lastimero.)

EL CORO. (*Cayetano, Berenguer, Manfredo.*)—;Mísera madre! ¡Es tu hijo! Tú misma has pronunciado estas palabras lamentables, no mis labios.

ISABEL. — ¡Hijo mío! ¡Manuel mío!... ¡Misericordia divina!... ¿Así he de encontrarte de nuevo? ¿A costa de tu vida habías de rescatar á tu hermana del poder de sus raptos?... ¿En dónde estaba tu hermano, que no te defendió?... ¡Oh! ¡Maldita sea la mano, que te hizo esta herida! ¡Maldita sea la que ha dado á luz al asesino de mi hijo! ¡Maldita su descendencia!

EL CORO.— ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

ISABEL.—¿Así me habéis cumplido vuestras promesas, poderes celestiales? ¿Es esta la verdad de vuestras palabras? ¡Ay de aquel que, en su candor, se fía de vosotros! ¿Qué esperar yo, ni qué temer, si hablé de parar en esto?... ¡Oh! ¡Vosotros, que me rodeáis aterrorizados, que, en mi dolor, hartáis vuestra curiosidad, aprended á conocer las malas artes, hijas de ensueños y visionarios! ¡Creed todavía en los oráculos divinos!... Cuando yo conocí que era madre de esta niña, soñó su padre un día que brotaban de su lecho nupcial dos ramas de laurel... Entre las dos crecía una azucena, que ardió, incendiando á los laureles, y que, extendiéndose, devoró todo el palacio con fuego inextinguible. Espantado de sueño tan singular, pidió su interpretación á un adivino, á un mágico, sabio en magia negra. Este le contestó que, cuando yo diese á luz mi hija, daría ésta muerte á mis dos hijos, y aniquilaría para siempre á su linaje.

EL CORO. (*Cayetano y Bohemundo.*)—¿Qué dices, señora? ¡Ay, ay de mí!

ISABEL.—El padre mandó, por tanto, que la mataran, y yo la sustraje á su suerte fatal... ¡Pobre desdichada! Fué, pues, arrancada del seno de su madre, para que no mata-se después á sus hermanos, y ahora su hermano muere á manos de salteadores, y no á las de su infeliz hermana.

EL CORO.—¡Ay, ay, ay, ay de mí!

ISABEL.—La respuesta de un servidor de la idolatría no me inspiraba crédito alguno. Mejor esperanza me animaba. Otros labios, para mí más veraces, me dijeron de esa hija: «que, en ardiente amor, uniría el corazón de mis hijos.» Así se contradecían esos oráculos, llenando de bendiciones y de maldiciones la cabeza de mi hija... No ha merecido esa maldición la desdichada. Tampoco se le dió tiempo bastante para que realizara la bendición. Uno y otro oráculo mintieron. El arte adivinatoria es un arte vano, y los adivinos engañan ó son engañados. Nada se puede saber de lo porvenir, ya se recurra á las fuentes infernales, ya al origen de la luz.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—¡Ay, ay! ¿Qué dices? ¡Detente, detente! ¡Refrena tu lengua temeraria! Los oráculos saben y dicen la verdad, y el resultado no tardará en probarlo.

ISABEL.—No refrenaré mi lengua, sino hablaré como mi corazón me dicta. ¿Por qué visitamos las iglesias, y levantamos al cielo nuestras manos piadosas? Locos de buena fe, ¿qué ganamos con nuestra esperanza? Es tan imposible llegar hasta los Dioses, que habitan en lo alto, como con una flecha á la luna. Lo futuro está cerrado á los mortales, y no hay cración, que penetre en el cielo de bronce. Ya vuelen las aves á la derecha ó á la izquierda; que las estrellas estén en esta ó la otra posición, ningún sentido ofrece el libro de la naturaleza. El arte de interpretar los sueños es falso, y falaces todos los signos.

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—;Detente, infortunada! ;Ay de mí! ;Ay de mí! Tus ojos ciegos reniegan de la luz del mediodía. Los Dioses existen. Confésalo; te rodean, y son terribles.

BEATRIZ.—;Oh madre, madre! ;Por qué me has salvado? ;Por qué no me abandonaste á esa maldición, que, aun antes de nacer, me perseguía? ;Madre imprudente! ;Por qué te creías más sabia que quienes lo conocen todo, y también á la cadena, que une á lo próximo con lo remoto, y las tardías semillas, que fructifican después? En daño tuyo y mío, en daño de todos, has robado su presa á los Dioses de la muerte, cuando la reclamaban, y lo has hecho criminal é impremeditadamente. Ahora la toman por sí mismos doble y hasta triple. No te agradezco este triste presente; me has conservado para sufrir y para llorar.

PRIMER CORO. (*Cayetano.*) (Mirando muy inquieto hacia la puerta.)—;Abríos, heridas! ;Corran, corran y salgan en negros remolinos arroyos de sangre!

SEGUNDO CORO. (*Bohemundo.*)—;Oigo el ruido de férreos pasos, el silbido de las infernales víboras; conozco el andar de las Furias!

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—;Venid á tierra, paredes! ;Cae, oh umbral, al escuchar sus pasos terribles! ;Negro vapor sube, sube desde el abismo, exhalando espeso humo! ;La grata luz del sol se oscurece! Los Dioses, protectores de este palacio, se retiran, y ceden su lugar á las Deidades vengadoras.

ESCENA V.

Los mismos, y D. CÉSAR.

Quando entra D. César, el Coro se divide, y ocupa los dos extremos del teatro, como huyendo de él. D. César se queda solo en medio de la escena.

BEATRIZ.—¡Ay de mí! ¡Él es!

ISABEL. (Saliendo á su encuentro).—¡Oh, hijo mío César! ¡Esa así como he de volverte á ver?... ¡Mira; considera el crimen cometido por mano infame! (Lo lleva hacia el cadáver; D. César da algunos pasos hacia atrás, y se oculta el rostro.)

PRIMER CORO. (*Cayetano*).—¡Abríos, heridas! ¡Corred, corred! ¡Brotad en negros remolinos, arroyos de sangre!

ISABEL.—¡Tiemblas, y te quedas inmóvil?... ¡Sí; he aquí todo lo que resta de tu hermano! ¡Ahí yacen mis esperanzas!... En germen murió la nueva flor de nuestra paz, y yo no he de ver sus bellos frutos.

D. CÉSAR.—¡Consuélate, madre! Lealmente deseábamos nuestra unión, pero el cielo quiso sangre.

ISABEL.—¡Oh! ¡Sé que lo amabas! Presencié encantada los tiernos lazos que formabais. Querías llevarlo en tu corazón, y reparar pródigamente los años perdidos. Pero ese sangriento asesinato se ha adelantado á tu fraternal afecto... Ahora ¡sólo puedes vengarlo!

D. CÉSAR.—¡Ven, madre mía, ven! No debes estar aquí. Abandona este triste espectáculo. (Quiere llevársela.)

ISABEL. (Abrazándolo).—¡Tú vives todavía! ¡Tú eres ahora mi único hijo!

BEATRIZ.—¡Ay de mí, madre! ¿Qué haces?

D. CÉSAR.—Llora cuanto quieras en este pecho fiel. No has perdido á tu hijo, porque su amor existirá perpetuamente en el corazón de César.

PRIMER CORO. (*Cayetano, Berenguer, Manfredo.*)—¡Abríos, heridas! ¡Hablen sus labios mudos! ¡Que en negras oleadas broten torrentes de sangre!

ISABEL. (Tomando las manos de ambos.)—¡Oh, hijos míos!

D. CÉSAR.—¡Cuánto me regocija verla en tus brazos, oh madre! ¡Sí! es tu hija. Mi hermana...

ISABEL. (Interrumpiéndolo.)—Te doy gracias por haberla salvado, hijo mio. Cumpliste tu palabra, y me la devolviste.

D. CÉSAR. (Admirado.)—¿Quién dices que te he devuelto, madre?

ISABEL.—Tu hermana, la que está delante de tí.

D. CÉSAR.—¿Es ella mi hermana?

ISABEL.—¿Cuál otra puede serlo?

D. CÉSAR.—¿Mi hermana?

ISABEL.—La que tú mismo me enviaste.

EL CORO.—¡Ay, ay, ay de mí!

BEATRIZ.—¡Oh, madre mía!

ISABEL.—Me sorprendo... ¡Hablad!

D. CÉSAR.—¡Maldito sea el día en que nací!

ISABEL.—¿Qué es esto? ¡Dios mio!

D. CÉSAR.—¡Maldito sea el seno que me concibió! ¡Maldito sea tu secreto, causa de todos estos males! ¡Caiga, al fin, el rayo que ha de aniquilarte! Ya no lo detendré más por compasión hacia tí... Yo mismo, sábelo, maté á mi hermano, porque lo encontré refugiado en sus brazos. Esa es á la que amo, la elegida por mí para esposa... encontré á mi hermano en sus brazos... Todo lo sabes ya... Si ella es verdaderamente su hermana y la mía, soy culpable de un crimen, que no podrá expiar arrepentimiento ni pesar alguno.

EL CORO. (*Bohemundo.*)—Ya lo ha dicho, y lo has oído. Sabes ya lo peor, y nada más te queda. Ha sucedido lo que profetizó el adivino. Nadie escapa al hado que le amenaza, y el que se lisonjea de evitarlo con su prudencia, trabaja ignorante en cumplirlo.

ISABEL.—¿Qué me importa ahora que los Dioses mientan ó digan la verdad? Me han hecho el mal más horrible... Los desafío ahora á que me causen mayor calamidad que he sufrido... Quien nada tiene que temer, no los teme. Yace asesinado mi hijo querido, y yo misma me separo del que sobrevive. No es mi hijo... He dado á luz un basilisco, y lo he amamantado en mi pecho para que mate á mi mejor hijo... ven, hija mfa; aquí no debemos permanecer... consagro este palacio á las Furias vengadoras... un crimen me trajo á ella; otro crimen me lleva... Entré en él contra mi voluntad; lo habité con temor, y lo dejo desesperada... y sufro todo esto sin culpa; pero los oráculos tienen razón, y los Dioses son veraces. (Vase seguida de Diego.)

ESCENA VI.

BEATRIZ, D. CÉSAR y el CORO.

D. CÉSAR. (Deteniendo á Beatriz.)—¿Quédate, hermana! ¡No te separes de mí! Que mi madre me maldiga, que esta sangre pida al cielo venganza, que me condene el mundo entero. ¡Pero tú no me maldigas! ¡De tí no podría sufrirlo! (Beatriz mira al cadáver de D. Manuel.) ¡Yo no he matado á tu amante! ¡He asesinado á tu hermano y al mío!... El muerto no es más para tí que el vivo, y yo soy más digno de lástima que él, porque él murió inocente, y yo soy culpable. (Beatriz llora.) Lloro á tu hermano, y yo lloraré contigo,

y aun más... te vengaré. Pero no llores al amante. No puedo sufrir la preferencia que das al muerto. Deja que tenga algún consuelo, el último, en el abismo insondable de nuestra desajcha, el de creer que nos igualas á los dos... Porque el conocimiento de nuestro terrible destino equipara nuestros derechos, como confunde nuestro infortunio. Envueltos en el mismo lazo, y todos tres hermanos en la flor de la edad, los tres sucumbimos, y tenemos el mismo triste privilegio á las lágrimas. Pero si he de pensar que tu dolor es más por tu amante que por tu hermano, entonces se apoderan de mi corazón el furor y la envidia, y me abandona mi último y melancólico consuelo. No contento, como quisiera, ofrecería yo la postrera víctima á sus manes; pero tranquilamente se reuniría mi alma con la suya, si luego yo á saber que tú juntarás en la misma urna cineraria sus restos con los míos. (Abrazándola con pasión y con ternura.) Te amaba como nunca había antes amado, cuando eras tú para mí una mujer extraña. Y porque te amaba de un modo indecible, por eso recae sobre mí la maldición de la suerte de mi hermano; mi amor á ti era toda mi culpa... Ahora eres tú mi hermana, y exijo tu compasión, como una deuda sagrada. (Mírala con ansiedad y dolorosa esperanza, y después vuelve de repente la cabeza.) ¡No! ¡no! ¡no puedo ver esas lágrimas! ¡Ante la muerte, me abandona el valor, y la desesperación me desgarrá el alma...! ¡Déjame en mi engaño! ¡Llora en secreto! No me veas más... nunca jamás... Yo no quiero verte, ni á tu madre, porque ésta no me amó tampoco. Su corazón la ha vendido, y su pena la ha descubierto. Llamóle su hijo más amado... Toda su vida ha sido obra del disimulo... Y tú eres falsa como ella. No te domines. Manifiéstame tu horror. No volverás á contemplar mi odioso rostro. ¡Adiós para siempre! (Vase. Ella se queda indecisa, presa de encontrados afectos, y al fin se decide y se va también.)

ESCENA VII.

EL CORO.

EL CORO. (*Cayetano*)—.....
 Feliz y digno de aplauso el que pasa la vida en los campos, lejos de esta vida desordenada y tumultuosa, descansando en el regazo de la naturaleza. Porque oprime á mi corazón la pesadumbre de los palacios reales, al considerar que los más altos se precipitan desde la cúspide de la fortuna, y que los mejores desaparecen con la rapidez del rayo.

Y feliz también el que piadoso se arranca de las olas borrascosas del mundo, y se salva á tiempo en la solitaria celda del monasterio, rechazando la punzante ambición y los vanos placeres, y adormece en su pecho tranquilo deseos nunca satisfechos. En el curso arrebatado de la existencia no le embarga el furor violento de las pasiones, y jamás contempla en su pacífico asilo la triste imagen de la humanidad. El crimen y la desgracia no llegan nunca á cierta altura, y como huye la peste de los lugares elevados, se ceba sólo en las infectas ciudades.

EL CORO. (*Berenguer, Bohemundo, Manfredo.*)—;La libertad habita en las montañas! El aliento de las tumbas no se eleva en el aire puro. El mundo es en todo perfecto, mientras el hombre no lo mancha con sus miserias.

(*Todo el coro repite: «La libertad habita en las montañas,» etc.*)

ESCENA VIII.

EL CORO y D. CÉSAR.

D. CÉSAR. (Ya sereno.)—Uso por última vez de mi derecho de soberano para entregar á la tierra este cuerpo tan idolatrado, ya que en ella termina la postrera grandeza mortal. Oid, pues, la expresión de mi voluntad; y cumplidla á la letra... Reciente está todavía, para vosotros y para vuestra memoria, la triste solemnidad de llevar al sepulcro á vuestro Príncipe. Los cantos de los muertos casi resuenan en este recinto; un cadáver sigue al otro al sepulcro; una antorcha fúnebre se enciende en la otra, y casi se encuentran en las escaleras subterráneas los dos cortejos funerarios. Dispone, pues, una solemnidad de esta especie en la iglesia del palacio, que guarda los restos de mi padre, sin ruido y á puerta cerrada, y que todo se haga con puntualidad.

EL CORO. (*Bohemundo*).—Pronto se harán estos preparativos, oh señor... porque todavía subsiste el catafalco, monumento de esa triste ceremonia; y nadie ha tocado á esa obra de la muerte.

D. CÉSAR.—No era señal de buen agüero que la entrada del sepulcro quedase abierta en la residencia de los vivos. ¿En qué consiste que ese lúgubre aparato no se haya deshecho, después de haber servido?

EL CORO. (*Bohemundo*).—La desdicha de estos tiempos y la discordia lamentable, que dividía ha poco á Mesina, apartó nuestros ojos de la muerte, y el santuario permaneció desierto y cerrado.

D. CÉSAR.—¡A la obra, pues, sin tardanza! Que esta misma noche quede terminado ese asunto deplorable. Que el sol de mañana encuentre este palacio puro, y alumbre á más alegre linaje. (Vase el segundo coro, llevándose el cadáver de D. Manuel.)

PRIMER CORO. (*Cayetano.*)—¿Llamo aquí á los piadosos monjes, que, según los antiguos ritos de la Iglesia, celebrarán el oficio de difuntos, y acompañarán con sus preces sagradas al alma del muerto, para que la paz le sea concedida?

D. CÉSAR.—Esos cánticos religiosos podrán resonar después continuamente en vuestra tumba, á la luz de los cirios; pero hoy no necesitamos de su ministerio sagrado, porque un asesinato sangriento profana las cosas santas.

EL CORO. (*Cayetano.*)—No tomes, oh señor, ninguna resolución criminal, que se vuelva contra tí, y sea obra de la rabiosa desesperación. Nadie hay en el mundo que pueda castigarte, y una piadosa expiación acaba por aplacar la ira del cielo.

D. CÉSAR.—Si no hay en la tierra quien pueda legalmente castigarme, debo hacerlo yo mismo. Sé que el cielo acepta la penitencia del pecado; pero la sangre sólo con sangre se paga.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Te convenía más resistir las olas funestas, que asaltan á este palacio, que acumular sobre él un infortunio sobre otro.

D. CÉSAR.—Muriendo yo termina la maldición de mi linaje. Sólo la muerte voluntaria puede romper la cadena del destino.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Debes un soberano á esta tierra huérfana, ya que nos arrebataste el otro.

D. CÉSAR.—Mi deuda principal es con los Dioses de la muerte. Otro Dios cuide de los vivos.

EL CORO. (*Cayetano.*)—Mientras luce el sol para nosotros,

hay también esperanza. La muerte sola acaba con ellas. Piénsalo bien.

D. CÉSAR.—Tú, por tu parte, reflexiona en silencio, y pon cuidado en tus deberes de servidor. Déjame obececer al espíritu terrible, que me persigue, porque en mi interior no puede mirar ningún dichoso. Si tú no respetas y veneras en mí al soberano, temo á lo menos al criminal, sobre quien pesa horrenda maldición. Honra al infortunado, digno de lástima hasta para los Dioses. Quien ha sufrido lo que yo, y lo que yo sentí, no tiene que dar cuenta alguna á ningún sér terrestre.

ESCENA IX.

LOS MISMOS y D.^a ISABEL.

ISABEL. (Que entra con paso incierto, y mira con expresión dudosa á D. César. Al fin, se acerca á él, y le habla con tranquilidad.)— Mis ojos no debían verte más, y así lo había resuelto en mi dolor. Pero el viento se lleva las resoluciones que una madre, contra su naturaleza, y dominada por la ira, toma desoyendo la voz de su corazón.... ¡hijo mio! Una nueva infausta me ha arrancado de la solitaria mansión de mi quebranto... ¿Debo creerlo? ¿Es verdad que he de perder mis dos hijos en un solo día?

EL CORO. (*Cayetano.*)—Ya lo ves firmemente decidido á atravesar con paso rápido los umbrales de la muerte. Prueba ahora la fuerza de la sangre, el poder de las súplicas de una madre afligida. Mis palabras han sido hasta ahora inútiles.

ISABEL.—Yo revoco las maldiciones, que, en mi ciega é

insensata desesperación, he pronunciado contra tu cabeza querida. Es imposible que una madre maldiga al hijo de sus entrañas, al que da á luz con dolor. El cielo no ensalza esos votos impíos, porque caen anegados en lágrimas desde la eterna y brillante bóveda... ¡Vive, hijo mío! Prefiero ver al asesino de uno de mis hijos, á llorar á los dos.

D. CÉSAR.—No reflexionas bien, madre, en lo que deseas para tí, y para mí... Mi lugar no puede estar ya entre los vivos... Sí; aunque tú, oh madre, pudieras soportar la presencia del asesino, odiado por los Dioses, yo no sufriría las mudas reconvenciones de tu pena perpetua.

ISABEL.—Ninguna reconvención te atormentará; ninguna acusación, tácita ni expresa, te ofenderá. Mi pena se trocará en dulce melancolía; lloraremos juntos esa desdicha; ambos la deploraremos, y prescindiremos del crimen.

D. CÉSAR. (Tomándole la mano y con acento cariñoso).—¡Tú lo harás, madre! Así será. Tu desolación se convertirá en pacífica tristeza... Pero, madre, cuando un mismo entierro sirva para el asesino y para el muerto; cuando un mismo sepulcro encierre sus restos, entonces quedará desarmada esa maldición... Entonces no separarás á tus dos hijos; y las lágrimas, que viertan tus bellos ojos, correrán por uno y por otro, porque la muerte es intercesora harto poderosa. Extinguense así los relámpagos de la ira, el odio desaparece, y la grata piedad, bajo la imagen de una hermana llorosa, abrazará estrechamente nuestra urna cineraria. No me apartes, pues, oh madre, de mi propósito; déjame morir y aplacar al destino.

ISABEL.—Rico es el Cristianismo en imágenes de misericordia, á cuyos pies encuentra la paz el corazón más torturado por los remordimientos. En el Loreto, más de un culpable se ha visto libre del fardo pesado de sus culpas. Un poder bendito y sobrenatural domina en la Santa Tumba, que absuelve á todos los pecadores. Mucho logran

también los ruegos de los demás fieles, y tienen gran peso á los ojos de Dios; y en el paraje, en que se ha cometido un asesinato, puede levantarse también un templo expiatorio.

D. CÉSAR.—Es posible retirar la flecha del corazón, pero no por eso sana la herida hecha. Sométase quien quiera á la penitencia, á la lenta muerte, que trae consigo la expiación de una saeta mortal... Yo, madre, no puedo existir con el corazón lacerado. Quiero mirar alegre á los alegres, y lanzarme libre en los espacios etéreos... La envidia emponzoñaba mi vida, mientras compartimos ambos tu amor. ¿Crees, acaso, que yo toleraría la ventaja, que le daría tu dolor sobre mí? La muerte tiene el poder de purificar. En sus palacios eternos, lo mortal tiene el resplandor del diamante, si expresa la virtud verdadera, y se borran las manchas de la flaca humanidad. Tan altas como están las estrellas sobre la tierra, otro tanto lo estaría él más que yo. Y si una envidia inveterada nos ha separado en vida, cuando éramos iguales y hermanos, ¿protegería sin descanso mi corazón, si él ha adquirido la ventaja de la eternidad, que yo no tengo, y si, libre ya de todo obstáculo, ha de perseverar como un Dios en la memoria de los hombres?

ISABEL.—¿Os he llamado, pues, á Mesina sólo para sepultaros juntos? Os convoqué aquí para reconciliaros, y un destino funesto vuelve contra mí todas mis esperanzas.

D. CÉSAR.—No te quejes del resultado, madre. Se cumple cuanto se había pronosticado. Atravesamos estas puertas con esperanzas de paz, y descansaremos juntos tranquilamente, reconciliados para siempre en la mansión de la muerte.

ISABEL.—¡Vive, hijo mío! No abandones a tu madre, sin amigos, en tierra extranjera, expuesta á groseras burlas, no protegiéndola sus hijos.

D. CÉSAR.—Si el mundo entero, frío y sin sentimientos, te menosprecia, refúgiate en nuestro sepulcro, é invoca á la divinidad de tus hijos, porque seremos seres divinos, y te oiremos, y, como los gemelos celestes, astros que amparan á los navegantes, nos acercaremos á tí para consolarte y fortalecerte.

ISABEL.—¡Vive, hijo mío! ¡Por amor á tu madre, vive! ¡Perderlo todo me es insufrible! (Abrázalo con emoción; él se arranca de ellos con dulzura, y le presenta la mano volviendo el rostro.)

D. CÉSAR.—¡Adiós!

ISABEL.—¡Ay de mí! Ahora averiguo con sentimiento que nada puede contigo tu madre. ¿Habrá alguna otra voz mas imperiosa para tí que la de tu madre? (Dirjese hacia el fondo del teatro.) Ven, hija mía; ya que su hermano muerto lo atrae con tanta fuerza hacia la tumba, quizás su hermana querida lo devuelva á la luz del sol con el encanto de las más gratas esperanzas de la vida.

ESCENA ÚLTIMA.

BEATRIZ aparece á la entrada de la escena. D.^a ISABEL, D. CÉSAR y el coro.

D. CÉSAR. (Que, al verla, se oculta con prontitud el rostro.) — ¡Oh madre, madre mía! ¿Qué piensas?

ISABEL. (Trayendo á su hija.)—Tu madre le ha suplicado en vano. Ruégale tú, conjúralo que viva.

D. CÉSAR.—¡Oh madre astuta! ¿Así quieres probarme? ¿Intentas acaso exponerme á nueva lucha? ¿Te propones aumentar para mí el valor de la luz del sol en mi camino?

á la noche eterna?... El ángel seductor de la vida, con todo su poder, está delante de mí, y ante mí derrama mil dorados frutos, llenos de vida, de su rico cuerno de la abundancia. Mi corazón siente placer en los rayos ardientes del sol, y la esperanza con el amor á la existencia se despierta de nuevo en mí.

ISABEL. — Suplícale, porque si no te escucha, á nadie atiende; que no nos prive á ambas de nuestro único apoyo.

BEATRIZ. — Una víctima pide el muerto amado. Ha de tenerla, oh madre... Pero deja que yo lo sea. Antes de nacer estaba ya consagrada á la muerte. Me reclama la maldición, que persigue á esta casa, y esta vida mía es un hurto hecho al cielo. Yo soy quien le ha dado muerte; yo he despertado las furias, ya dormidas, de vuestras quereñas... A mí me corresponde, oh madre, aplacar sus manes.

EL CORO. (*Cayetano.*)—¡Oh madre desdichada! Todos tus hijos corren á porfía hacia la muerte, y te dejan sola, sin alegría y sin vínculo alguno de afecto.

BEATRIZ. — ¡Tú, hermano mío, conserva tu cabeza querida!... ¡Vive por tu madre! Necesita á su hijo; hoy ha encontrado una hija, y con facilidad se priva cualquiera de lo que nunca ha poseído.

D. CÉSAR. (Con el más profundo dolor.)—Nosotros, madre, podemos vivir ó morir; pero ella sólo ansía morir con su amado.

BEATRIZ. — ¡Tienes envidia á los restos inanimados de tu hermano?

D. CÉSAR. — Vive vida feliz en tu dolor, y yo quedaré muerto para siempre entre los muertos.

BEATRIZ. — ¡Oh hermano!

D. CÉSAR. (Con la expresión del más vivo afecto.)—¡Lloras por mí, hermana?

BEATRIZ. — ¡Vive por nuestra madre!

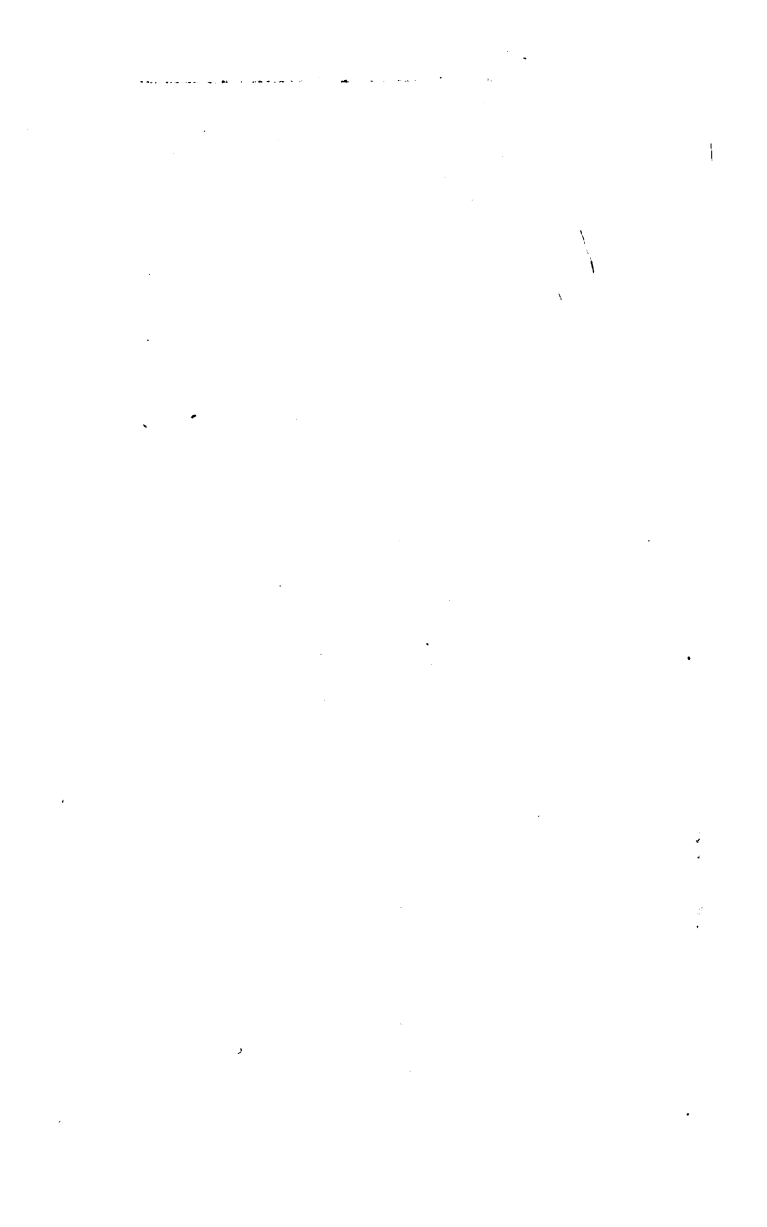
D. CÉSAR. (Que suelta su mano, y retrocede.)—¿Por mi madre?

BEATRIZ. (Inclinándose sobre él.)—¡Vive por ella, y consuela á tu hermana!

EL CORO. (*Bohemundo.*)—¡Ha triunfado! No puede resistir á las súplicas conmovedoras de su hermana. ¡Madre inconsolable! ¡Abriga alguna esperanza! Prefiere vivir. Un hijo te queda. (En este momento se oye un canto fúnebre; ábrense las puertas, y se ve en la iglesia el catafalco, y el féretro rodeado de candelabros.)

D. CÉSAR. (Volviéndose hacia el féretro.)—¡No, hermano; no quiero arrebatarte tu víctima!... tu voz, desde el féretro, es para mí más persuasiva que las lágrimas de una madre, y que las súplicas del amor... Yo tengo en mis brazos lo que podría convertir la vida terrestre en divina... pero yo, el asesino, ¿he de ser feliz, y tú, inocente y puro, yaces en oscura tumba, sin venganza?... El justo árbitro de nuestra vida no ha de consentir tal desigualdad en este mundo suyo... He visto las lágrimas, que corrían también por mí; estoy satisfecho, y te sigo. (Se hiere con un puñal, y cae moribundo á los pies de su hermana, que se arroja en brazos de su madre.)

EL CORO. (*Cayetano.*) (Después de un profundo silencio.)—Grande es mi terror. No sé si he de alabar ó deplorar su suerte. Pero lo que siento y veo con claridad, es que la vida no es el mayor de los bienes, y que el crimen es el mayor de los males.



LA DONCELLA DE ORLEÁNS



LA DONCELLA DE ORLEANS.

ARGUMENTO.

En el prólogo de este drama, Schiller ofrece al lector la familia de Juana de Arco, á su padre, á sus dos hermanas y á los novios de las tres. Thibaut de Arco, que así se llama el padre de la heroína, se muestra descontento de Juana por su carácter visionario y excéntrico, tan distinto del sencillo y natural de sus otras dos hijas. Hasta la reprende, porque, en su juicio, muestra ciertas inclinaciones de hechicera. Llega entonces de Vancouleurs, ciudad inmediata, un labrador apellidado Bertrand, que trae nuevas de la guerra, funestas hasta el extremo, puesto que los ingleses vencen en todas partes, y el Delfín Carlos VII, refugiado en Chinon, carece de energía, y, además, no tiene tropas, ni dinero, ni crédito. Trae también un yelmo, que le ofrecía una gitana, y á su vista Juana se entusiasma, se apodera de él, pronuncia palabras proféticas, y, al fin, se decide á abandonar á su familia y rebaño para presentarse á una tropa amiga, que se acerca á socorrer al Delfín, y se halla próxima á Vancouleurs, y que, amenazada, por último, por dos ejércitos enemigos, ha resuelto, en la imposibilidad de pelear ó de huir, entregarse al Duque de Borgoña, unido con los ingleses.

El Rey Carlos VII y su corte aparecen en Ghinon en el acto primero. El Condestable lo ha abandonado ya; Du-nois, el Bastardo de Orleáns, al ver la irresolución del Rey, se propone imitarlo; los Consejeros de Orleáns, diputados por esta ciudad para pedirle socorro, y manifestarle que, si no se les auxilia, habrán de entregarse en breve, son desahuciados por el Monarca, y, por último, hasta sus tropas escocesas amenazan retirarse porque no se les paga. El Rey acuerda entonces pasar el Loira y dejar libre el campo á sus enemigos, sobre todo al saber que sus tentativas para atraer á su partido al Duque Borgoña han sido inútiles. Da, pues, las órdenes para realizar su deseo, cuando llega á su conocimiento que se ha ganado una batalla á los ingleses, contra toda esperanza, debida al heroísmo de Juana, que se ha puesto al frente de los soldados de Francia. En seguida viene ella misma en persona, conoce al Rey, sin haberlo visto nunca, y á pesar del ardid que imaginan para probarla, declara ante todos cuáles han sido las preces dirigidas al cielo por Carlos VII, se dice enviada por la Virgen, y señala, siendo obedecida, cuáles han de ser su espada y su bandera.

El acto segundo comienza por una disputa entre el Duque de Borgoña y sus aliados los generales ingleses, achacando cada uno á los demás su común derrota. La Reina, madre del Delfín, que está también con ellos y contra su hijo, intenta reconciliarlos, y lo consigue hasta cierto punto, aunque revolviéndose todos contra ella. Por fin se deciden á pelear de nuevo con los franceses al día siguiente; pero no se realiza su proyecto, porque Juana, con los soldados de Carlos VII, invade de improviso el campamento inglés, arrolla y vence á cuanto le resiste, mata á Montgomery, noble manco inglés, y encuentra al Duque de Borgoña, con quien se niega á pelear, convenciéndolo, al cabo, y no sin trabajo, á que abandone la

mala causa de Inglaterra y defienda á su Soberano y á su patria.

Dunois y La Hire, los más valerosos capitanes del ejército francés, aparecen enamorados de Juana en el acto tercero, y disputando por ella. Chatillón, enviado del Duque de Borgoña, formula de parte de su Señor las condiciones, de cuya aceptación depende la vuelta de los borgoñones al servicio de Carlos VII. Este suscribe á todas, y, en su consecuencia, el Duque, con los suyos, se reconcilia con el Rey. Juana intercede por Duchatel con el Duque, y consigue que lo perdone, á pesar de considerarlo aquél como á asesino de su padre. Niégase también la doncella á acceder á las pretensiones de sus dos amantes, y pelean ingleses y franceses, muriendo Talbot, célebre general de los primeros. Un Caballero negro finge huir de Juana, la aparta del campo de batalla, y la exhorta á que se retire, desapareciendo en seguida misteriosamente. Entonces llega Lionel, caballero inglés; y cuando Juana, arrancándole el yelmo, se dispone á matarlo, siente por él de improvviso simpatía y amor, y lo deja escaparse.

Juana, enamorada de Lionel en el acto tercero, quejosa de su suerte en este cuarto, y comprendiendo que la condición impuesta á su misión divina, de no sentir ni admitir inclinación alguna amorosa, ha sido quebrantada por ella, manifiesta á Inés Sorel su impureza, sin expresar la causa, se resiste á tomar y llevar en la fiesta su antigua bandera, aunque al fin accede á los ruegos de Dunois y de La Hire, sus pretendientes; encuentra á sus hermanas, que han venido también á Reims, y les demuestra su afecto. Pero su padre asiste también á la procesión; y, cuando el pueblo la vitorea, y el Rey la ensalza hasta las nubes, se presenta el primero, la increpa y la maldice en público, y afirma que cuanto ha hecho ha sido obra del diablo y de sus artes infernales. Ella se queda inmóvil y muda, y todos

io creen, porqué hasta el cielo, con sus truenos, testifica contra ella, y todos la abandonan, siendo desterrada por orden del Rey, y saliendo de la ciudad sin más compañía que la de su antiguo pretendiente Raimundo, que ha venido también á la fiesta.

Juana y Raimundo aparecen fugitivos en el acto quinto, en un bosque situado entre el campamento de los ingleses y el de los franceses. Refúgianse en la choza de un carbonero, que los recibe con bondad, aunque al fin huyan de la Doncella, reconocida por su hijo, éste, el carbonero y su mujer. Juana convence á Raimundo que no es hechicera, explicando su incomprendible silencio, ante las acusaciones de su padre, como un acto de sumisión á los mandatos divinos. A poco sobreviene con soldados la Reina Isabel, escapándose Raimundo y quedando prisionera la Doncella, que hace cuanto puede para que la maten, al saber que van á llevarla á Lionel. Por fin la encierran en una torre, bajo la guarda de la Reina. Lionel se presenta y le salva la vida, no obstante la sedición de los soldados ingleses, que piden su muerte.

Juana ha desechado ya por completo su pasajera debilidad amorosa, y se niega obstinada y heroicamente á acceder á las pretensiones de Lionel. Trábase la batalla entre ingleses y franceses, venciendo al principio aquéllos, y viéndose el Rey de Francia en grave riesgo de caer prisionero; pero Juana se despoja milagrosamente de sus cadenas, vuela al socorro de los suyos, cambia con su influjo la suerte de la guerra, salva al Rey, y muere al cabo de sus heridas entre sus compatriotas, bendecida y honrada por todos.

LA DONCELLA DE ORLEÁNS.

TRAGEDIA ROMÁNTICA.

PERSONAJES.

CARLOS VII, Rey de Francia.

LA REINA ISABEL, su madre.

INÉS SOREL, querida del Rey.

FELIPE EL BUENO, Duque de Borgoña.

EL CONDE DUNOIS, bastardo de Orleáns.

LAHIRE,
DUCHATEL. } oficiales del ejército del Rey.

EL ARZOBISPO DE REIMS.

CHATILLÓN, caballero borgoñón.

RAOUL, caballero lorenés.

TALBOT, general inglés.

LIONEL,
FALSTOLF. } capitanes ingleses.

MONTGOMERY, caballero del país de Gales.

CONSEJEROS DE ORLEANS.

UN HERALDO INGLÉS.

THIBAUT D'ARC, rico labrador.

MARGOT,
LUISÓN, } hijas de Thibaut.
JUANA.

ESTEBAN,
CLAUDIO MARÍA, } sus novios.

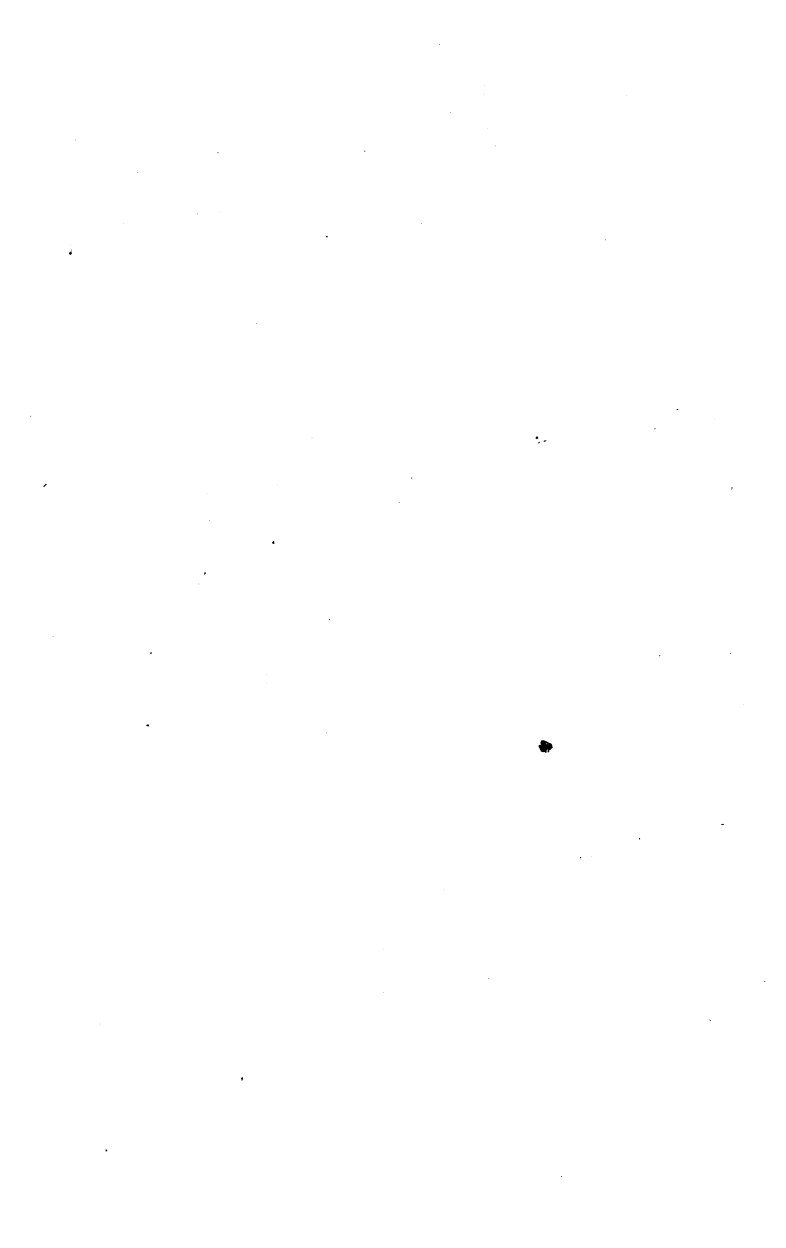
RAIMUNDO.

BERTRAN, otro labrador.

LA SOMBRERA DE UN CABALLERO NEGRO.

UN CARBONERO y SU ESPOSA.

Soldados, pueblo, oficiales de la corona, obispos, frailes, mariscales, magistrados, cortesanos, y otros personajes mudos del séquito de la coronación.



PRÓLOGO.

Paisaje campestre.

Delante, á la derecha, una imagen de un santo en una capilla, y, á la izquierda, una copuda encina.

ESCENA PRIMERA.

THIBAUT D'ARC, sus tres hijas, y tres pastores jóvenes,
sus novios.

THIBAUT.—¡Sí, queridos vecinos! Hoy somos franceses, ciudadanos libres, y dueños del antiguo suelo, que cultivaron nuestros padres. ¿Quién sabe cuál será mañana nuestro amo? En todas partes ondea la bandera victoriosa de los ingleses, y sus corceles huellan los fértiles campos de Francia. París los ha recibido como á vencedores, y el retoño de una dinastía extranjera orna sus sienes con la corona de Dagoberto. El descendiente de nuestros Monarcas vaga errante, desheredado y fugitivo en su propio reino. Contra él, en el ejército enemigo, pelean su pariente más próximo, su primer par, y hasta su cruel madre lo guía.

Aldeas y ciudades arden por todas partes. El humo de las llamas se acerca más cada instante girando hacia estos valles, todavía incógnitos. He aquí la razón, vecinos estimados, ya que hoy puedo hacerlo, con el favor de Dios, de mirar por la suerte de mis hijas. En las miserias de la guerra la mujer necesita protector, y un amor fiel es grande ayuda para sobrellevar las penalidades de la vida. (Al primer pastor.) Ven, Esteban, has solicitado á mi Margot; nuestros campos están próximos, los corazones de acuerdo... bases ambas de un buen casamiento. (Al segundo pastor.) ¡Claudio María! ¡Callas, y mi Luisón baja los ojos? ¡Separaré yo dos corazones, que se aman, sólo porque no tienes tesoros que ofrecerme? ¡Quién los posee ahora? La casa y la granja son despojo del enemigo más próximo, ó de las llamas... El pecho honrado de un hombre de valor es hoy el hogar más seguro.

LUISÓN.—¡Padre mío!

CLAUDIO MARÍA.—¡Luisón mía!

LUISÓN. (Abrazando á Juana.)—¡Hermana querida!

THIBAUT.—Para cada uno treinta fanegas de tierra, un establo, una casa y un rebaño... Dios me ha dado su bendición. ¡Él os bendiga ahora!

MARGOT. (Abrazando á Juana.)—¡Contenta á nuestro padre! ¡Sigue nuestro ejemplo! ¡Que hoy se celebren tres bodas venturosas!

THIBAUT.—Idos, y haced los preparativos necesarios. Mañana os casaréis, y quiero que, con este motivo, toda la aldea se regocije. (Ambas parejas se van del brazo.)

ESCENA II.

THIBAUT, RAIMUNDO y JUANA.

THIBAUT.—Tus hermanas se casan, Juanita, y su felicidad sonríe á mi vejez; y tú, la más joven, me causas pena y dolor.

RAIMUNDO.—¿Qué idea os ocurre? ¿Por qué reconvenís á vuestra hija?

THIBAUT.—Aquí ves este generoso mancebo, con el cual no tiene comparación ningún otro de la aldea, en todos conceptos excelente, y que te ha consagrado su afecto. Tres otoños hace ya que, con toda su alma, te pretende en silencio. Tú lo rechazas con frialdad, y ni uno solo de los demás pastores ha logrado arrancarte una sonrisa favorable... Te veo florecer con todos los encantos de la juventud en la primavera de la vida, con todas las bellezas corporales en la época de la esperanza; pero siempre aguardo en vano que esa flor abra su cáliz á los rayos del tierno amor, y produzca sus olorosos frutos. ¡Oh! Esto no me agrada, y me indica la influencia de un yerro deplorable de la naturaleza. No me place observar que tu corazón, frío y sereno, se cierre en la edad propia de los sentimientos.

RAIMUNDO.—¡No hagáis caso, Thibaut! Dejadla en paz. El amor de mi incomparable Juana es don celestial, noble y tierno, que, poco á poco y sin sentir, alcanzará su madurez. Conténtale ahora vivir en las montañas, y la molesta descender de las umbrías, en donde se ve libre, á la mezquina mansión de los hombres, morada de cuidados vulgares. Con frecuencia la contemplo desde este valle pro-

fundo, en silencio y admirado, cuando descuella en las alturas en medio de su rebaño, fijándose, llena de dignidad y de nobleza, en las estrechas regiones de la tierra. Páreceme entonces que simboliza algo sobrenatural, y que pertenece á tiempos que pasaron.

TRIBAUT.—He ahí justamente lo que no me satisface. Ella esquiva el trato afable de sus dos hermanas, busca las desiertas montañas, y abandona su lecho de noche, antes que cante el gallo; y en esa hora temerosa, en que el hombre ansía juntarse con otros hombres, se desliza, como ave solitaria, por el imperio horrible y sombrío de los espíritus nocturnos, corre á las encrucijadas, y acostumbra entablar diálogos misteriosos con el viento de las montañas. ¿Por qué elige siempre ese paraje, y lleva á él frecuentemente su rebaño? Obsérvola horas enteras pensativa, sentada bajo el árbol de los Druidas, del que huyen todos los seres venturosos. No, no es de buen agüero, porque bajo él, desde la época antigua y oscura del paganismo, reside un mal espíritu. Cuentos espeluznantes refieren, acerca de él, los más ancianos de la aldea, y á menudo se oye entre sus ramas extraño concierto de voces sobrenaturales. Yo mismo, al pasar junto á ese árbol cierto día, ya tarde, vi allí una fantasma de mujer, que extendió hacia mí su mano descarnada envuelta en vestido de pliegues numerosos. Parecía como si me hiciese señas; pero yo apresuraré el paso, y encomendé á Dios mi alma.

RAIMUNDO. (Señalando á la imagen de la capilla.)—La imagen veneranda de la Virgen, que derrama aquí la paz del ciclo, no Satanás, atrae sólo á vuestra hija.

TRIBAUT.—No, no; no en vano he tenido yo ciertos sueños y angustiosas apariciones. Tres veces he visto á mi hija en Reims, sentada en el regio solio, con una diadema brillante y siete estrellas en la frente, el cetro en su mano, y saliendo de él tres azucenas; y yo, su padre, sus dos

hermanas, y todos los príncipes, condes y arzobispos, y hasta el mismo Rey, se inclinaban ante ella. ¿Cómo, pues, ha de llenarse mi cabaña de tanto esplendor? ¿Anuncia quizás esto una profunda caída? Este sueño saludable simboliza las vanas inclinaciones de su corazón. Avergüenzase de su humildad... porque Dios la ha dotado de tanta belleza corporal, de dones tan maravillosos, distinguiéndola de todas las doncellas de este valle; el orgullo insensato se ha apoderado de su alma, cuando por su soberbia se precipitaron al abismo los malos ángeles, y por la soberbia se insinúa el infierno en el ánimo de los hombres.

RAIMUNDO.—¿Quién más modesta ni más virtuosa que vuestra hija? ¿No sirve á sus hermanas con alegría? Es, entre ellas, la más capaz, y, sin embargo, como la de menos aliento, se somete gustosa á los trabajos más pesados, y por ella prosperan admirablemente vuestros rebaños y campos. A cuanto toca, la bendición divina favorece con dicha incomparable.

THIBAUT.—¡Sí; es verdad, una dicha incomparable!... Pero me asusta también tanta ventura... No hablemos más de esto. Yo callo. Quiero guardar silencio, porque ¿cómo ofender yo á mi propia hija? No puedo hacer otra cosa que aconsejarla, y rogar á Dios por ella. Pero debo advertirle... que huya de ese árbol, que no ame la soledad, ni arranque raíces á media noche, ni prepare bebedizos, ni trace caracteres en la arena. El mundo de los espíritus se revuelve fácilmente, porque acechan siempre emboscados, su oído es sutil, y acuden en tropel en seguida. No estés sola, porque el mismo Satanás tentó en el desierto al Dios del cielo.

ESCENA III.

BERTRAND, con un yelmo en la mano.—THIBAUT,
RAIMUNDO y JUANA.

RAIMUNDO.—¡Silencio! Aquí regresa Bertrand de la ciudad. Pero ¿qué trae?

BERTRAND.—¿Os admiráis de verme? ¿Os sorprende contemplar en mis manos este objeto extraordinario?

THIBAUT.—Así es; dec dnos cómo lo habéis adquirido, y por qué traéis á esta mansión de paz ese signo de mal agüero. (Juana, que, durante las escenas anteriores, ha estado muda, y sin mostrar interés alguno en cuanto ha pasado, manifiesta curiosidad y se acerca á ellos.)

BERTRAND. — Apenas podré deciros yo mismo cómo este casco se encuentra en mi poder. Había ido á Vancouleurs á comprar aperos de labranza. La plaza estaba llena de gente, porque acababan de llegar de Orleáns algunos fugitivos, que contaban malas noticias de la guerra. Recorrí toda la ciudad en conmoción; y cuando yo discurría entre la muchedumbre, se me acercó una tostada gitana con este yelmo, y, mirándome fijamente, me dijo: «Buen amigo, sé que buscáis un yelmo; sí, sé que buscáis uno. ¡Ea! ¡Tomadlo, pues! Os lo daré muy barato...» «Dirigios á los lanceros, le contesté; soy labrador, y el yelmo no me hace falta». Pero no me dejó, añadiendo: «Ningún hombre puede asegurar que no necesitará de yelmo. Ahora es más útil para las casas tener el techo de hierro que de piedra.» Así me persiguió por las calles, empeñada en que, sin querer yo, había de comprar su mercancía. Lo examiné

entonces mejor, y observé que era bello y brillante, y digno de un caballero; y cuando yo le daba vueltas en mi mano, dudando y admirado de tan extraña aventura, desapareció la gitana de mi vista, llevada con rapidez por las oleadas de la gente, y fué mío el yelmo.

JUANA. (Apoderándose de él con prontitud y afán.) — ¡Dámelo!

BERTRAND. — ¿Para qué os servirá? No es ningún adorno para la cabeza de una doncella.

JUANA. (Arrebatándosele de las manos.) — ¡El yelmo es mío y para mí!

THIBAUT. — ¿Qué dice esa niña?

RAIMUNDO. — Dejadla que satisfaga su capricho. Bien le sienta esa prenda de guerra, porque en su pecho late un corazón varonil. Recordad cómo domó el lobo feroz, animal terrible y cruel, que devastaba nuestros rebaños, llenando de horror á los pastores. Y ella sola, doncella de corazón de león, peleó con él y le arrancó el cordero, que se llevaba en sus sangrientas fauces. Sea cual fuere la valerosa frente, que haya de cubrir este yelmo, ninguna lo será más que la suya.

THIBAUT. (A Bertrand.) — ¡Hablad! ¿Qué nueva desgracia ha ocurrido en la guerra? ¿Qué contaban esos fugitivos?

BERTRAND. — ¡Que Dios se apiade de la patria, y ayude al Rey! Hemos sido derrotados en dos grandes batallas; el enemigo posee el corazón de Francia, y hemos perdido todas las provincias hasta el Loira... Ahora ha concentrado todas sus fuerzas para sitiar á Orleáns.

THIBAUT. — ¡Dios proteja al Rey!

BERTRAND. — Artillería innumerable se ha reunido de todas partes. Como los enjambres de abejas zumban alrededor de las colmenas en el otoño; como las nubes de langosta, traídas por viento funesto, cubren leguas enteras del campo, perdiéndose de vista, así se han acumulado en las cercanías de Orleáns ejércitos de todos los pueblos, y

el sonido confuso de sus lenguas diversas llena el campamento. Porque el vehemente y poderoso Duque de Borgoña ha llegado con todos sus hombres de armas, los de Lieja, Luxemburgo, Hainaut, Namur, y los que habitan en el venturoso Brabante, en la voluptuosa Gante, adornándose con orgullo de terciopelo y seda; los de Zelanda, cuyas ciudades se ostentan tan bellas sobre las aguas del mar; los holandeses, ricos en rebaños; los de Utrecht, hasta los de la lejana Frisia, que viven hacia el helado polo... Todos ellos siguen las banderas del temible señor de Borgoña, y vienen á conquistar á Orleáns.

THIBAUT. — ¡Oh discordia, mil veces malhadada, que esgrime contra Francia sus propias armas!

BERTRAND. — Hasta la anciana Reina, la orgullosa Isabel, la Princesa de Baviera, cabalga en los reales cubierta de acero, excitando á todos contra su hijo con palabras insolentes, después de haberlo llevado en su seno.

THIBAUT. — ¡Que la maldición caiga sobre su cabeza! ¡Ojalá que la precipite Dios algún día al abismo de su perdición, como hizo con Jezabel!

BERTRAND. — El temible Salisbury, destructor de murallas, dirige el asedio; ayúdanle Lionel, hermano del león, y Talbot, cuya espada homicida siega en las batallas tantas vidas. Han jurado, en su rabia criminal, deshonorar á todas las doncellas y sacrificar con la espada á cuantos la llevan; han construído cuatro grandes torres para dominar á la ciudad, y desde ellas el cruel Conde de Salisbury la espía con miradas amenazadoras, y cuenta hasta los transeuntes que recorren ligeros sus calles. Muchos miles de balas, de enorme calibre, han sido ya disparadas contra la plaza, arruinando iglesias, y obligando á doblegar su cerviz á la soberbia torre de Nuestra Señora. Han preparado también minas, y los habitantes de Orleáns descansan llenos de espanto sobre este infernal abismo, temiendo á cada instante

su explosión, acompañada de atronador ruido. (Juana, que lo ha escuchado atenta, se pone el yelmo.)

THIBAUT. — Pero ¿en dónde estaban, pues, los brazos esforzados de Saintrailles, de La Hire y del Bastardo heroico, baluarte de la Francia, cuando el enemigo ha logrado avanzar tanto? ¿En dónde está el mismo Rey, presenciando ocioso la ruina de su Reino y la pérdida de su ciudad?

BERTRAND. — El Rey tiene en Chinon su corte, sin soldados, y en la imposibilidad de combatir. ¿De qué sirve el valor de los generales y la fuerza de los héroes, cuando el miedo, de rostro palido, paraliza al ejército? Pavor inexplicable, como si Dios lo infundiera, se ha apoderado de los ánimos más valerosos. Las órdenes de los Príncipes no se obedecen. Como se apiñan tímidas las ovejas al oír los aullidos del lobo, así los franceses, olvidados de su antiguo renombre, sólo buscan su seguridad en las fortalezas. Un caballero no más, según he oído, ha levantado escasa tropa, y acude al socorro del Rey con diez y seis banderas.

JUANA. (Con viveza.) — ¿Cómo se llama ese caballero?

BERTRAND. — Baudricourt. Pero escapará con trabajo á la vigilancia del enemigo, que lo persigue con sus dos ejércitos.

JUANA. — ¿En dónde está ese caballero? ¡Decídmelo, si lo sabéis!

BERTRAND. — Dista de Vancouleurs menos de una jornada.

THIBAUT. (A Juana.) — ¿Qué te importa? Haces preguntas que son impropias de tí.

BERTRAND. — Viendo al enemigo tan poderoso, y que no pueden esperar del Rey auxilio alguno, han resuelto, por unanimidad, entregarse al Duque de Borgoña. Así no sufriremos el yugo extranjero, y continuaremos sometidos á la secular dinastía de nuestros Soberanos... y acaso vol-

vamos de nuevo á la antigua corona francesa, si se reconcilian alguna vez Borgoña y Francia.

JUANA. (Como inspirada.)—¡Nada de tratados! ¡Nada de su-
misión! El libertador se acerca, y se apresta á la pelea; la
fortuna de los enemigos se estrellará ante Orleáns, porque
rebosa ya la medida, y la mies está madura. La doncella
se adelanta con su hoz para abatir las espigas de su orgu-
llo. Bajando del cielo humillará su gloria, que se sublima
ahora hasta las nubes. ¡No temed! ¡No huid! Antes que se
doren los campos, antes que se llene la luna, los corceles
de Inglaterra no beberán ya en las aguas del caudaloso
Loira.

BERTRAND.—¡Ay de mí! Cesaron ha tiempo los milagros.

JUANA.—Los hay todavía... Una blanca paloma se preci-
pitará con el valor del águila contra esos buitres, que han
devastado la patria. Vencerá á ese soberbio borgoñón,
traidor á su país; á ese Talbot, que amenaza al cielo con
sus cien brazos; á ese Salisbury, profanador de templos, y
á todos esos temerarios isleños, ahuyentándolos como á
un rebaño de corderos. El Señor, el Dios de las batallas,
estará con ella. Él elegirá una criatura tímida, y será ensal-
zado por una tierna doncella, porque es Todopoderoso.

THIBAUT.—¿Qué espíritu se apodera de esa niña?

RAIMUNDO.—Es el casco el que la inspira ese ardor béli-
co. ¡Mirad á vuestra hija! Sus ojos brillan, y en su rostro
aparece el entusiasmo que la abrasa.

JUANA.—¿Este reino ha de sucumbir? Esta región de la
gloria, la más bella; alumbrada eternamente por el sol, el
paraíso de la tierra, amado por Dios, como la niña de sus
ojos, ¿ha de soportar las cadenas de un pueblo extranje-
ro?... El poder del paganismo se estrelló en él. Aquí se
levantó la primera cruz, imagen de la gracia divina; aquí
descansan las cenizas de San Luis, y desde aquí se prepa-
ró la conquista de Jerusalén.

BERTRAND. (Admirado.)—;Oid sus palabras! ¿De dónde le viene esa elevada inspiración? ;Thibaut d'Arc, Dios os ha dado una hija maravillosa!

JUANA.—;Cómo? ¿No hemos de tener ya Reyes propios, ni señores naturales de este Reino?... El Soberano, que nunca muere, ¿ha de desaparecer para nosotros?... Él, que protege á la sagrada reja del arado, que ampara nuestros trabajos rurales, y hace fértil la tierra, y da libertad á los siervos, y rodea su trono de alegres ciudades... que socorre al débil y amedrenta al malvado, sin conocer la envidia... porque es más que ninguno... que, siendo hombre, es ángel de misericordia en este mundo de maldades... Porque el solio del Monarca, resplandeciente de oro, es el refugio de los desgraciados... en él residen la fuerza y la compasión... el culpable se acerca á él temblando, confiado el justo, y retoza con los leones de su cortejo. El Rey extranjero, que llega de otros países, y no tiene en este suelo sagrados restos de sus antepasados, ¿podrá amarlo? Quien no ha jugado con nuestros jóvenes; aquel cuyo corazón no mueven nuestras palabras, ¿podrá ser el padre de sus hijos?

THIBAUT.—;Que Dios proteja al Rey y á la Francia! Nosotros somos pacíficos labradores, no sabemos manejar la espada, ni regir el bélico corcel... Esperemos, pues, sumisos, que la victoria nos dé un Rey. La fortuna de las batallas es la obra de Dios. Será nuestro Soberano el que sea ungido con el óleo sagrado, y reciba la corona en Reims... ;Vamos, pues, á trabajar!; Venid! Que cada cual piense sólo en lo que más le interese. Los grandes y los Príncipes de la tierra se la repartirán entre sí. Nosotros, tranquilos, contemplaremos los estragos de los hombres, porque el suelo, que cultivamos, resiste á todas las tempestades. Si el fuego devora nuestras aldeas, y los cascos de sus caballos de guerra huellan nuestros sembrados,

otra primavera traerá consigo nuevas mieses, y nuestras chozas se levantarán otra vez fácilmente. (Vanse todos menos Juana.)

ESCENA IV.

JUANA, sola.

¡Adiós, vosotras, montañas; pastos queridos, valles pacíficos y melancólicos, quedad con Dios! Juana no discurrirá ya más entre vosotros, y se despide para siempre; prados regados por mí, árboles que yo planté, floreced alegremente. ¡Adiós, grutas, y frescas fuentes! Tú, eco, voz grata de este valle, que respondiste á mis cantos con tanta frecuencia, Juana os abandona, y no volverá jamás.

Para siempre os dejo, lugares testigos de mis placeres inocentes. Dispersaos, corderos, por los matorrales, porque sois ahora rebaño sin pastor; he de apacentar otro en los campos sangrientos de la muerte. Así me lo ordena la voz del espíritu, no impulsándome deseo mundanal ni vano.

Quien descendió hasta Moisés en el monte Horeb, mostrándose á él en el zarzal ardiendo, y mandándole que se presentase á Faraón; el que eligió en otro tiempo por combatiente al piadoso mancebo, hijo de Isai; el que ha sido siempre propicio á los pastores, me habló desde las ramas del árbol, y me dijo: «Vé; tú darás testimonio de mí sobre la tierra. Revestirás de acero tu pecho delicado; el acero á los hombres no tocará tu corazón, ni los goces terrestres lo abrasarán con sus llamas pecadoras. La corona de la desposada no adornará jamás tus cabellos, ni en tu seno se reclinará ningún niño amado; pero yo, colmándote de

gloria bélica, te enalteceré sobre todas las mujeres de la tierra.»

»Cuando los más valerosos vacilen en la lid; cuando parezca que sucumbe el destino de Francia, tú serás quien lleve mi estandarte, y abatirás al orgulloso vencedor, como la diestra segadora á las espigas. Tú derribarás la rueda de su fortuna, salvarás á los hijos heroicos de tu nación, y libertarás á tu Soberano, y lo coronarás en Reims.»

El cielo me envía su signo. Tráeme el yelmo, que viene de él, y su acero me infunde fuerza divina, inspirándome el valor ardiente de los querubines. Arrástrame al estrépito de la guerra; me arrebatara con la violencia de la tempestad, y hieren mis oídos los gritos de los combatientes, el relinchar de los corceles y el sonido de las trompetas.
(Vase.)



ACTO PRIMERO.

Corte del Rey Carlos en Chinon.

ESCENA PRIMERA.

DUNOIS y DUCHATEL.

DUNOIS.—¡No; no lo sufriré más largo tiempo! Me separo de este Rey, que tan ignominiosamente se abandona. Mi corazón esforzado mana sangre en el pecho, y derramo lágrimas de fuego, al presenciar que salteadores se reparten con su espada el reino de Francia, y que las más nobles ciudades, tan antiguas como nuestra monarquía, entregan al vencedor sus llaves mohosas, mientras nosotros aquí, en el descanso y la ociosidad, malgastamos un tiempo precioso, que debiéramos emplear en libertarnos... Oigo que Orleáns está amenazada; acudo volando desde la lejana Normandía, creyendo que el Rey, armado de todas armas, se halla al frente de su ejército, y lo encuentro... rodeado de trovadores y juglares, descifrando sutiles charadas, y celebrando galanas fiestas en honor de Sorel, como si la paz más profunda reinase en todo el imperio...

El Condestable se va, porque no quiere ser testigo de semejante espectáculo... Yo lo imito, y lo abandono á su triste suerte.

DUCHATTEL.—¡El Rey viene!

ESCENA II.

Los MISMOS y el Rey CARLOS.

CARLOS.—El Condestable nos ha devuelto su espada, y renuncia á nuestro servicio... ¡Sea enhorabuena! Así nos vemos libres de un hombre atrabiliario, que se proponía dominarnos imperiosamente.

DUNOIS.—Mucho vale un hombre en estos tiempos calamitosos. Yo, á lo menos, no lo perdería tan tranquilo.

CARLOS.—Hablas así sólo por el placer de contradecirme. Mientras ha estado con nosotros, no ha sido tu amigo.

DUNOIS.—Era un loco, sombrío y antipático, que nunca se resolvía... pero ahora no lo hizo así. Ha sabido retirarse en el momento oportuno, cuando no hay gloria que ganar.

CARLOS.—Te encuentras hoy de buen humor, y no quiero contrariarlo. ¡Hola, Duchatel! Han llegado embajadores del viejo Rey René, acabados maestros de canto, y de gran fama... Hay que hospedarlos espléndidamente, y regalar á cada uno una cadena de oro. (Al Bastardo.) ¿Por qué te sonríes?

DUNOIS.—Porque hablas de cadenas de oro.

DUCHATTEL.—No hay ya, señor, cadena alguna de ese metal en tu tesoro.

CARLOS.—¡Bien! Búscala en otra parte... Ningún poeta egregio ha de dejar mi corte sin recibir galardón. Por ellos florece mi seco cedro, y se entrelazan en mi estéril corona

ramas de verde perenne. Iguales á Monarcas, con ilusiones construyen su trono, y sus alegres dominios carecen de fronteras. Así los cantores son iguales á los Reyes, porque unos y otros se elevan sobre los demás hombres.

DUCHATTEL.—;Soberano señor mío! He cuidado de no molestar tus oídos, mientras habla medios posibles de ayudaros; pero al fin la necesidad desata mi lengua... Nada tenéis que dar, ¡ay de mí! Nada hay para que viváis mañana. Vuestras riquezas, antes tan grandes, se han agotado, y en la arca de tu tesoro hay sólo aire. Aun no se ha pagado el sueldo de las tropas, que murmuran, y amenazan abandonarte... Apenas cuento con recursos para los gastos de vuestra real casa, no como conviene á un Monarca, sino para las atenciones más perentorias.

CARLOS.—Empeñad las rentas de la Corona, y pedid dinero á los lombardos.

DUCHATTEL.—Las rentas, señor, de vuestra corona; los impuestos, están empeñados ya por tres años.

DUNOIS.—Y mientras tanto se ha perdido la tierra y su hipoteca.

CARLOS.—Nos quedan todavía muchas provincias, tan ricas como bellas.

DUNOIS.—Si lo quiere Dios y la espada de Talbot. Cuando se rinda Orleáns, podréis acompañar á vuestro Rey René á guardar ovejas.

CARLOS.—Siempre aguzas tu ingenio en daño de tu Soberano. Sin embargo, ese mismo Rey sin reino me ha enviado hoy un presente regio.

DUNOIS.—Pero no sus estados de Nápoles, ¡pardiez! Porque, según he oído, se venden á bajo precio, desde que él apacienta los rebaños.

CARLOS.—Es un juego, una distracción grata, una fiesta que ofrece á su corazón, inocente y pura en medio de la triste realidad de la barbarie que lo rodea. Mas su propó-

sito es grandioso y magnánimo... Intenta resucitar los tiempos pasados, en que dominaba la ternura, en que el amor impulsaba al caballero á acometer hazañas heroicas, y las damas de la nobleza formaban un tribunal, y decidían con delicado acierto las más sutiles cuestiones. Ese anciano feliz vive en esa época; y, como dicen las antiguas canciones, así también desea fundar una ciudad celeste, entre doradas nubes, en esta tierra... Ha instituido una Corte de amor, á la cual han de concurrir los nobles caballeros, en donde han de reinar las castas damas y dominar los afectos más delicados, habiéndome elegido Príncipe del amor.

DUNOIS.—No soy yo hombre tampoco que desprecie el poder del amor. De él viene mi nombre, soy su hijo, y toda mi herencia pertenece á su imperio. Mi padre era el Príncipe de Orleans; ningún corazón de mujer era invencible para él, ni ninguna fortaleza inexpugnable para su valor. Si queréis llamaros con propiedad Príncipe del amor, sed el valiente entre los valientes... Según he leído en esos libros antiguos, el amor y el más noble espíritu caballeresco caminaban siempre unidos; y héroes, no pastores, se sentaban en la Tabla redonda. El que no puede proteger á la belleza, tampoco merece su preciada recompensa... He aquí el campo de batalla. ¡Combatid por la corona de vuestros abuelos! ¡Defended con la espada del caballero vuestros dominios y el honor de las nobles damas!... Cuando osado rescatéis entre torrentes de sangre enemiga el cetro que heredasteis, entonces será ocasión, como conviene á un Príncipe, de coronarse con los mirtos del amor.

CARLOS. (A un paje que entra.) ¡Qué hay?

EL PAJE.—Los Consejeros de Orleans piden audiencia.

CARLOS.—¡Que entren! (Vase el Paje.) Solicitarán auxilio. Pero ¿qué puedo hacer por ellos en mi triste situación?

ESCENA III.

Los MISMOS y tres CONSEJEROS.

CARLOS.—¡Bien venidos seáis, fidelísimos súbditos míos de Orleáns! ¿Cuál es el estado de mi buena ciudad? ¿Sigue resistiendo con su acostumbrado denuedo al enemigo que la asedia?

UN CONSEJERO.—¡Ah, señor! Su aflicción es extraordinaria, y cada hora acrece su gravedad. Las obras exteriores están destruidas, y el enemigo gana terreno á cada asalto. Las murallas carecen de defensores, y los soldados que quedan, pelean sin descanso, y sucumben de fatiga. Pocos vuelven á ver las puertas de su ciudad natal; y además nos amenaza el azote del hambre. Por esta razón el noble Conde de Rochepierre, que manda en Orleáns, obligado por la necesidad, y según la antigua usanza, ha convenido con los sitiadores en entregarla dentro de doce días, si ningún ejército auxiliar, bastante numeroso para salvarla, se presenta dentro de este plazo. (Dunois hace un gesto marcado de cólera.)

CARLOS.—Breve es el plazo.

UN CONSEJERO.—Y ahora hemos venido aquí con salvo-conduto del enemigo, á suplicar á V. M. que se apiade de su ciudad y la socorra dentro del plazo indicado, porque si no, se rendirá á su terminación.

DUNOIS.—¿Y dió Saintrailles su voto en favor de este trata o ignominioso?

EL CONSEJERO.—¡No, señor! Mientras vivió ese valiente, no quisó oír hablar de paz ni de rendición.

DUNOIS.—¿Ha muerto?

EL CONSEJERO.—Sucumbió con heroísmo en la muralla, defendiendo la causa de su Rey.

CARLOS.—¿Saintrailles muerto? En él he perdido un ejército. (Llega un caballero, y habla con el Bastardo en voz baja, produciéndole sensible turbación.)

DUNOIS.—¿También esto?

CARLOS.—¿Qué más sucede?

DUNOIS.—El Conde Douglas envía un mensaje. Las tropas escocesas se sublevan, y amenazan retirarse, si no se les pagan sus sueldos atrasados.

CARLOS.—¿Duchatel!

DUCHATTEL. (Encogiéndose de hombros.)—¿Señor! No se me ocurre expediente alguno para pagarlos.

CARLOS.—Promete, empeña cuanto haya, la mitad de mi reino...

DUCHATTEL.—¿De nada servirá! ¡Se les ha engañado tantas veces!

CARLOS.—Son los mejores soldados de mi ejército. No; ahora no deben abandonarme.

EL CONSEJERO. (Doblando una rodilla.)—¡Ayudadnos, oh, Rey! ¡Acordaos de nuestra necesidad!

CARLOS. (Desesperado.)—¿Puedo yo hacer surgir ejércitos de la tierra? ¿Puedo hacer brotar un campo de espigas en la palma de mi mano? ¡Hacedme pedazos; arrancadme el corazón, y convertidlo en oro! Para vosotros es mi sangre; pero ni tengo dinero ni soldados. (Ve entrar á Inés Sorel, y corre hacia ella con los brazos abiertos.)

ESCENA IV.

Los mismos é INÉS SOREL con una cajita en la mano.

CARLOS.—¡Oh, Inés mía! ¿Vienes, mi vida, á arrancarme á la desesperación? Pero tú me quedas; puedo refugiarme en tu pecho, y contigo nada se ha perdido, porque eres mi mayor bien.

INÉS.—¡Mi amado Rey! (Mirando alrededor con curiosidad y angustia.) ¡Dunois! ¿Es cierto? ¡Duchatel!

DUCHATTEL.—Lo es desgraciadamente.

INÉS.—¿Tan irremediable es nuestra desventura? ¿Hace falta dinero? ¿Intentan retirarse las tropas?

DUCHATTEL.—¡Nada más cierto!

INÉS. (Ofreciéndole la cajita con empeño.)—¡Aquí, aquí hay oro, aquí hay joyas... Fundid mi vajilla de plata... Vended, dad en hipoteca mis castillos. Sirvan de garantía mis bienes de Provenza... Que se convierta todo en dinero para pagar las tropas. ¡Pronto! ¡No hay que perder tiempo! (Llevándolo hacia fuera.)

CARLOS.—Decid, pues, Dunois, Duchatel, ¿soy pobre todavía, poseyendo la perla de las mujeres?... Ha nacido noble, como yo, y ni la sangre real de los Valois es más pura que la suya, y podría dar mayor lustre al primer trono del mundo... Y, sin embargo, lo desprecia, bastándole ser mía, y que yo la ame. Jamás ha recibido de mí otros regalos más preciosos, que alguna flor temprana en el invierno ó algún fruto raro. No hago por ella sacrificio ninguno, y ella por mí todos. Expone magnánimamente todas sus riquezas y bienes, cuando mi dicha está á punto de desaparecer.

DUNOIS.—Sí; tan insensata es ella como vos. Arrojáis cuanto poseéis en una casa ardiendo, y vertéis el agua en el tonel agujereado de las Danaides. No os salvará, sino que, al contrario, sucumbirá con vos.

INÉS. (A Carlos.)—No lo creáis. ¿Diez veces ha arriesgado su vida por vos, y se indigna porque yo exponga ahora mi oro? ¿Cómo, pues? ¿No os he sacrificado gustosa lo que vale más que las perlas y todos los metales preciosos? ¿Por qué reservar ahora la ventura para mí sola? ¡Venid! ¡Desprendámonos de todos los adornos superfluos de la vida! ¡Dejadme daros un noble ejemplo de abnegación! ¡Trasformad en campamento vuestra corte, en acero el oro, y aventurad cuanto tengáis por recobrar vuestra corona! ¡Venid, venid! ¡Participemos de la escasez y del peligro! Moltaremos el caballo de guerra, y expondré mi cutis delicado á los rayos abrasadores del sol. Las nubes serán nuestro techo, y los peñascos nuestro asiento, y el rudo soldado sufrirá sus trabajos con paciencia, si ve á su Rey compartir sus penalidades y sus miserias.

CARLOS. (Sonriéndose.)—Sí: de ese modo se cumplirán las palabras proféticas, que me dirigió una monja de Clermont, anunciándome que una mujer me daría la victoria sobre todos los enemigos, y que, por su mediación, reconquistaría la corona de mis antepasados. Buscábala yo lejos, en el campamento de mis enemigos, y esperaba conciliarme el cariño de mi madre; y, sin embargo, he aquí la heroína que ha de llevarme á Reims, venciendo yo solo por el amor de mi Inés.

INÉS.—Triunfaréis por la espada de vuestros valerosos amigos.

CARLOS.—Mucho cuento también con las discordias de mis adversarios... Sé con seguridad que esos lores ingleses orgullosos, y mi primo el de Borgoña, no están tan unidos como en otro tiempo... Así, envié á La-Hire en

embajada al Duque, con el propósito de tentar si traigo de nuevo á su deber y obediencia á ese prócer indignado... A cada instante aguardo su llegada.

DUCHATEL. (En la ventana.)—Ese caballero entra ahora mismo en el patio.

CARLOS.—¡Bienvenido mensajero! Pronto sabremos si hemos ó no de vencer.

ESCENA V.

Los mismos y LA-HIRE.

CARLOS. (Saliendo al encuentro de La-Hire.)—¡La Hire! ¿Traes ó no buenas nuevas? Dilo en pocas palabras. ¿Qué puedo esperar?

LA HIRE.—Poned sólo en vuestro esfuerzo toda vuestra esperanza.

CARLOS.—El orgulloso Duque ¿no quiere reconciliarse? ¡Oh! ¡Habla! ¿Cómo acogió mi mensaje?

LA HIRE.—Ante todo, y como preliminar indispensable, exige que se le entregue Duchatel, á quien llama asesino de su padre.

CARLOS.—¿Y si no aprobamos tan vergonzosa condición?

LA-HIRE.—Entonces se rompe la alianza antes de formarse.

CARLOS.—¿Le propusiste también, como te encargué, que aceptase el combate conmigo en el puente de Montereau, en donde sucumbió su padre?

LA-HIRE.—Le presenté vuestro guante, y le dije, que, prescindiendo de vuestro rango, deseabais pelear por vuestro reino como un simple caballero. Pero él replicó que no veía la necesidad de lidiar por lo que ya poseía;

pero que, si ansiabais luchar con él, lo encontraríais delante de Orleans, á donde pensaba ir mañana. Después me volvió las espaldas riéndose.

CARLOS.—Y ¿la voz pura de la justicia no se ha hecho oír en mi Parlamento?

LA-HIRE.—Está muda ante el furor de los partidos. El Parlamento ha acordado excluir del trono á vos y á vuestra descendencia.

DUNOIS.—Sí; el fatuo orgullo del ciudadano convertido en señor.

CARLOS.—¿No has intentado nada con mi madre?

LA HIRE.—¿Con vuestra madre?

CARLOS.—Sí, ¿cómo se ha mostrado?

LA-HIRE. (Después de reflexionar un momento).—Al llegar yo á San Dionisio, se celebraba la fiesta de la coronación. Los parisienses estaban engalanados, como para solemnizar un triunfo; en todas las calles destinadas al paso del Rey inglés había arcos suntuosos. El suelo estaba lleno de flores, y el populacho, dando vivas, como si Francia hubiese obtenido importante victoria, rodeaba el carruaje del Monarca.

INÉS.—Su júbilo... su júbilo tenía por objeto desgarrar el corazón de un Rey amoroso, y lleno de cariño por sus súbditos.

LA-HIRE.—He visto al joven Enrique de Lancaster sentarse en el solio real de San Luis, y, á su lado, á sus orgullosos tíos Gloucester y Bedford, y al Duque Felipe, arrodillado ante su trono, prestándole juramento de fidelidad por sus dominios.

CARLOS.—¡Oh par envilecido! ¡Oh primo indigno!

LA-HIRE.—El mancebo, inquieto, vaciló al subir al trono, y sus muchas gradas. «¡Mal agüero!» murmuró el pueblo, siguiéndole estrepitosas carcajadas. Entonces se adelantó vuestra madre, y... ¡dispensadme de decirlo!

CARLOS.—¡Veamos!

LA-HIRE.—Tomó en sus brazos al mancebo, y lo sentó en el trono de vuestro padre.

CARLOS.—¡Oh madre! ¡Oh madre!

LA-HIRE.—Hasta los furiosos borgoñones, bandas avengazadas al asesinato, se ruborizaron y avergonzaron presenciándolo. Notólo ella, y volviéndose al público, dijo con voz clara: «Agradecedme, franceses, que ponga una rama sana en el lugar de un tronco enfermo. Os libro del hijo mal nacido de un padre insensato.» (El Rey se oculta el rostro. Inés corre á él, y lo estrecha en sus brazos, y todos los circunstantes expresan su horror y su indignación.)

DUNOIS.—¡Oh loba! ¡Oh atroz meguera!

CARLOS. (A los Consejeros después de una pausa.)— Habéis oído cuál es el estado de las cosas. No os detengáis más. Volved á Orleans, y anunciadlo así á mis fieles súbditos. Yo les eximo de su juramento. Que acuerde, pues, lo que le convenga, y que se confie á la clemencia del Borgoñón. Llámale el bueno, y será humano.

DUNOIS.—Pero, señor, ¿os proponéis abandonar á Orleans?

UN CONSEJERO. (Arrodillándose.)—¡Rey y señor nuestro: no levantes de nosotros tu mano! No entregues tu fiel ciudad á la tiranía de Inglaterra. Es una de las joyas de tu corona, y ninguna otra ha sido más leal con los soberanos, tus abuelos.

DUNOIS.—¿Nos han vencido ya? ¿Es lícito ceder el campo, antes de esgrimir la espada en su defensa? ¿Intentáis, pronunciando esas palabras ligeras, y antes que corra la sangre, perder la mejor ciudad del corazón de Francia?

CARLOS.—¡Bastante sangre ha corrido ya en vano! El rigor del cielo me persigue; en todas las batallas ha sido derrotado mi ejército; mi Parlamento me rechaza, y lo mismo mi capital; mi pueblo recibe con júbilo á mi enemigo, y los más unidos á mí por los vínculos de la sangre me

abandonan y me venden... Mi misma madre acaricia en su seno al hijo de un contrario extranjero... Queremos, pues, retirarnos allende el Loira, y esquivar el poder del cielo, que favorece á los ingleses.

INÉS.—Dios no permite que desconfiemos así de nosotros mismos, y que volvamos al reino las espaldas. Esas palabras son indignas de vuestro ánimo esforzado. La acción atroz y desnaturalizada de su madre ha abatido su coraje. Recobraréis vuestros bríos, vuestra osadía varonil; resistiréis con noble firmeza á la desgracia, que os persigue con tan pertinaz encarnizamiento.

CARLOS. (Abismado en sombrías reflexiones.) — ¿No es verdad? Un destino cruel y horrible predomina en los Valois. Dios los ha maldecido; los crímenes de una madre han llamado á las furias á su familia. Mi padre ha delirado veinte años, y la muerte segó prematuramente la vida de mis tres hermanos. El hado ha resuelto que la casa de los Valois se extinga en Carlos VI.

INÉS.—En vos se enaltecerá y rejuvenecerá. Tened fe en vos mismo... ¡Oh! No en vano os conservó la Providencia, entre todos vuestros hermanos, siendo el más joven, colocándoos, sin esperarlo, sobre el trono. El cielo, al daros esa alma sensible, os dió también el bálsamo para curar todas las heridas, que el furor de los partidos ha hecho á la patria. Apagaréis el fuego de la guerra civil, porque así me lo dice el corazón; la paz se consolidará, y seréis nuevo fundador del reino de Francia.

CARLOS.—¡Yo no! Esta época turbulenta y feroz pide un piloto enérgico. Yo hubiera hecho acaso la felicidad de un pueblo pacífico; pero no puedo refrenar al sedicioso y al rebelde. La espada no logrará atraerme los corazones, que se han apartado de mí y que me aborrecen.

INÉS.—El pueblo está ciego, ensordecido por su delirio, pero su actual estado no puede persistir. No parece lejano

el día, en que sentirá más vivo amor por su Rey legítimo, porque ese sentimiento está arraigado en el corazón de los franceses. Al contrario, se aumentará el odio y la rivalidad, que desde tiempos remotos separa á ambos pueblos, y su misma fortuna precipitará al vencedor. Por tanto, no debéis abandonar con precipitación el campo de batalla, sino disputar el terreno á palmos, y defender á Orleáns, como á vuestra propia vida. Echad á pique todas las barcas, quemad todos los puentes, que podrían servir para pasar á esa parte de vuestro reino por el Loira, vuestra laguna Estigia.

CARLOS. — He hecho lo que he podido. Ofrecí combatir personalmente por mi corona... Lo rehusaron. Se prodiga en vano la vida de mis súbditos, y mis ciudades se convierten en ruinas. Como aquella madre desnaturalizada, ¿he de consentir que mi hijo sea dividido por la cuchilla del verdugo? No; que viva, y renuncio á él.

DUNOIS. — ¿Cómo, señor? ¿Debe hablar así un Rey? ¿Así se abandona un reino? El más ínfimo de vuestros súbditos arriesga sus bienes por sostener su opinión y su vida, su odio ó su amor. El partido lo es todo, cuando se enarbola el sangriento estandarte de la guerra civil. El labrador se olvida del arado; la mujer de la rueca; los niños y los ancianos toman las armas; el ciudadano incendia su ciudad, y el agricultor sus mieses, por perjudicarte ó favorecerte, y por asegurar el objeto de sus votos. Ni perdona nada, ni espera perdón cuando el honor lo llama, ó cuando pelea por su Dios ó por sus ídolos. Despojaos, pues, de esa mujeril compasión, impropia de un Rey... Que arda la guerra, como ha comenzado, ya que vos mismo, y no levemente, la habéis promovido. El pueblo ha de sacrificarse por su Soberano; tal es el destino y la ley del mundo, y los franceses ni saben ni quieren otra cosa. Poco vale la nación, que no lo arriesga todo por su honor.

CARLOS. (Á los Consejeros.) — No aguardéis otra respuesta. Dios os proteja. Yo no puedo.

DUNOIS. — ¡Bien! Que el Dios de la victoria os deje para siempre, como vos hacéis con el reino de vuestros padres! Puesto que os abandonáis vos mismo, yo os dejo. No os despojan del cetro las fuerzas reunidas de Inglaterra y de Borgoña, sino vuestra falta de resolución. Los Reyes de Francia han de ser héroes, y vos no habéis nacido para la guerra. (Á los Consejeros.) El Rey os desahucia. Yo me propongo entrar en Orleáns, ciudad de mi padre, y sepultarme en sus ruinas. (Hace ademán de irse, y lo detiene Inés Sorel.)

INÉS. (Al Rey.) — ¡Que no se aleje colérico de vuestro lado! Sus palabras son ásperas, pero leal su corazón, puro como el oro; siempre os ama ardientemente, y con frecuencia ha derramado su sangre en vuestra defensa. ¡Venid, Dunois! Confesad que la ira os ha llevado más allá de los límites debidos... vos, perdonad sus expresiones ofensivas á vuestro fiel amigo. ¡Oh! ¡Venid, venid! Dejadme reconciliarlos en un instante, antes que una rabia imprudente los separe, y sea tan irreparable como funesto el daño que se cause. (Dunois mira atentamente al Rey, y parece aguardar su respuesta.)

CARLOS. (Á Duchatel.) — Pasemos el Loira. Embarcad cuanto poseo.

DUNOIS. (A Inés, con viveza.) — ¡Adiós! (Vase con precipitación, seguido de los Consejeros.)

INÉS. (Retorciéndose los brazos desesperada.) — ¡Oh! ¡Si nos abandona, somos perdidos!... Seguidlo, La-Hire. ¡Oh! Haced lo posible por aplacarlo. (Vase La-Hire.)

ESCENA VI.

CARLOS, INÉS y DUCHATEL.

CARLOS. — ¿Es la corona el único bien del mundo? ¿Tan amargo es renunciarla? Conozco algo más intolerable: dejarse dominar por esos caracteres imperiosos y tercios; vivir por gracia de vasallos orgullosos y egoístas, es lo más insufrible para un corazón magnánimo, y más odioso que sucumbir al destino adverso. (Á Duchatel, que vacila.) ¡Haz lo que te he dicho!

DUCHATEL. (Arrojándose á sus pies.)—¡Oh, Rey mío!

CARLOS. — ¡Lo he resuelto! ¡No quiero oír una sola palabra!

DUCHATEL. — ¡Haced la paz con el Duque de Borgofia! No veo otro medio de salvación para vos.

CARLOS. — ¿Me das ese consejo, y es tu sangre la que ha de sollarla?

DUCHATEL. — ¡Vuestra es mi cabeza! La he arriesgado con frecuencia por vos en las batallas, y contento la llevaré ahora por vos hasta el cadalso. ¡Aplacad al Duque! Abandonadme á todo el rigor de su cólera, y dejad que corra mi sangre, si se ha de extinguir su odio.

CARLOS. (Que lo mira un instante conmovido.)—¿Es, pues, verdad? ¿Tan deplorable es mi estado, que mis amigos, conocedores de mi corazón, me indican para salvarme tales oprobios? ¡Sí; ahora comprendo cuán profunda es mi calda, cuando ni en mi honor siquiera confían!

DUCHATEL. — Pensad...

CARLOS. — ¡Ni una palabra!... ¡No me irritéis más! Aunque perdiera diez reinos, no los rescataría á costa de la vida

de mis amigos... Haz lo que he mandado. Anda, y embarca mis mueb'es.

DUCHATEL.—Pronto se hará. (Se levanta y se va, mientras Inés llora amargamente)

ESCENA VII.

CARLOS e INÉS.

CARLOS. (Cogiendo su mano).—No te aflijas, Inés mía! Allende el Loira está también Francia, y vamos á una región más dichosa. Su cielo es sereno, y jamás las nubes lo ocultan; su aire más puro, y las costumbres más pacíficas. Hay allí cánticos numerosos, y allí florecen la vida y el amor.

INÉS.—¡Oh! ¡Que vea yo tan triste día! ¡El Rey ha de salir desterrado, huir el hijo del hogar paterno, y ausentarse del lugar de su nacimiento! ¡Oh tierra querida, la que abandonamos; jamás te hollaremos contentos!

ESCENA VIII.

Los MISMOS, y LA-HIRE, que vuelve.

INÉS.—¿Venís solo? ¿No lo traéis? (Mirándolo con más atención.) ¿Qué sucede, La-Hire? ¿Qué me indican vuestras miradas? ¿Ha ocurrido alguna nueva desdicha?

LA-HIRE.—La desdicha se ha agotado, y el sol brilla de nuevo.

INÉS.—¿Qué hay? ¡Decidlo, os ruego!

LA-HIRE. (Al Rey.)—¡Llamad de nuevo á los diputados de Orleáns!

CARLOS.—¿Para qué? ¿Qué hay?

LA-HIRE.—¡Llamadlos! La fortuna os favorece al cabo; ha habido combate, y la victoria es vuestra.

INÉS.—¿La victoria? ¡Oh dulcísima y armoniosa palabra!

CARLOS.—¡La-Hire! Te engaña algún falso rumor. ¡La victoria! Ya no creo en ella.

LA-HIRE.—Pronto darás fe á mayores portentos... Ahí viene el Arzobispo. Trae de nuevo al Bastardo á tus brazos...

INÉS.—¡Oh bella flor del triunfo, que, como los frutos más preciados del cielo, te acompañan reconciliación y paz!

ESCENA IX.

Los MISMOS, y EL ARZOBISPO de Reims; DUÑOIS, DU CHATEL y el caballero RAOUL, armado.

EL ARZOBISPO. (Que acerca al Bastardo al Rey, y junta sus manos.)—¡Abrazaos, Príncipes! Desaparezcan ahora toda enemistad y todo agravio, puesto que el mismo cielo se declara en favor vuestro. (Dunois abraza al Rey.)

CARLOS.—Acabad con mi sorpresa y con mis dudas. ¿Qué me anuncia esta grave solemnidad? ¿Cuál es la causa de tan rápido cambio?

EL ARZOBISPO. (Que presenta al Rey el caballero.)—¡Hablad!

RAOUL.—Hablamos reunido diez y seis banderas de gente de Lorena, para juntarlas con el ejército del Rey, á cuyo frente estaba el caballero Baudricourt de Vancouleurs. Al

llegar á las alturas de Vermantou, y bajar al valle que atraviesa el Loira, nos aguardaba el enemigo en la llanura, y sus armas nos rodeaban por todas partes. Cercábannos dos ejércitos, y no había esperanza de vencer ni de huir. Abatiéronse los más esforzados, y todos, presa de la desesperación, se disponían á entregar las armas. Cuando los capitanes deliberaban, y no encontraban medio alguno de salvarse... he aquí que se ofrece á nuestra vista una maravilla. De lo más espeso del bosque sale de repente una doncella, con un yelmo en su cabeza, como la Diosa de la guerra, bella asimismo, y terrible su aspecto; su cabello, en espesos rizos, caía sobre sus espaldas, y pareció que un resplandor sobrenatural lo iluminaba todo, exclamando en voz alta: «¿Por qué vaciláis, bravos franceses? ¡Al enemigo! ¡Aunque fueran más numerosos que las arenas del mar, Dios y la Santa Virgen os guían!» Rápida arrebató la bandera de las manos de quien la llevaba, y con osadía y valor se puso al frente de las tropas. Nosotros, mudos de sorpresa, contra nuestra voluntad, seguimos á la bandera, que flotaba en lo alto, y á la que la llevaba, y atacamos sin titubear al enemigo, que, atónito é inmóvil, contemplaba este portentoso con ojos abiertos y parados... De improviso, como si les acometiera miedo infundido por Dios, se ponen en huida, tiran armas y pertrechos, y se derraman en confuso tropel por el campo. Inútiles son las voces de mando y las exhortaciones de los capitanes, porque, desalentados de miedo y sin volver la cara atrás, hombres y caballos se precipitan en el río, y se dejan degollar sin resistencia. Era una matanza, no una batalla. Dos mil hombres cubren la tierra, sin contar los anegados, y nosotros no hemos perdido uno solo.

CARLOS. — ¡Raro, por Dios, es esto, extraño y milagroso!

INÉS. — ¡Y es obra de una doncella? ¿De dónde viene?
¿Quién es?

RAOUL.—Sólo al Rey quiere declararlo. Dícese profetisa, enviada por Dios, y promete salvar á Orleáns, antes de la luna nueva. La cree el pueblo, y arde por combatir. Sigue al ejército, y pronto estará aquí. (Óyense campanas y ruido de armas, que chocan.) ¿Oís el bullicio? ¿Oís las campanas? Es ella; el pueblo saluda á la mensajera de Dios.

CARLOS. (A Duchatel.) Traedla... (Al Arzobispo.) ¿Qué he de pensar, cuando una doncella me proporciona la victoria, y ahora justamente, cuando sólo el poder divino puede salvarme? Esto no es natural, y me inclino á... ¿Debo, oh Arzobispo, considerarlo como un milagro?

MUCHAS VOCES. (Detrás de la escena.)—¡Viva, viva la doncella, nuestra salvadora!

CARLOS.—¡Ya llega! (A Dunois.) ¡Ocupad mi lugar, Dunois! Probaremos si es esta joven maravillosa. Si Dios la inspira y la envía, conocerá quién es el Rey. (Dunois se sienta, y el Rey se queda en pie á su derecha, y junto á él Inés Sorel; enfrente el Arzobispo y los demás personajes, dejando libre el espacio intermedio.)

ESCENA X.

Los mismos y JUANA, acompañada de los consejeros y de muchos caballeros, que llenan el fondo de la escena; se adelanta con dignidad, y examina á cuantos la rodean.

DUNOIS. (Después de un silencio solemne.)—¿Eres tú, doncella milagrosa...

JUANA. (Interrumpiéndolo, y mirándolo con orgullo.)—¡Tientas á Dios, Bastardo de Orleáns! Abandona ese lugar, que no es el tuyo, porque vengo á visitar otro más elevado que tú. (Dirigese con decisión al Rey, dobla ante él una rodilla, y se retira

en seguida. Todos expresan su admiración. Dunois abandona su sitio, y lo deja al Rey.)

CARLOS.—Hoy ves mi rostro por primera vez. ¿Cómo, pues, lo has conocido?

JUANA.—Os he visto, cuando Dios sólo os veía. (Se acerca al Rey, y le habla en secreto.)—Acordaos que la noche anterior, cuando todos dormían á vuestro rededor profundamente, os levantasteis y dirigisteis á Dios ferviente súplica. Que se vayan todos, y os repetiré lo que le dijisteis.

CARLOS.—Lo que yo confío al cielo, no he de ocultarlo ante los hombres. Repíteme mis palabras, y no dudaré que Dios te inspira.

JUANA.—Tres cosas le pedisteis; mirad, oh Delfín, si son éstas. Rogasteis á Dios, primero, que si había alguna injusticia afecta á vuestra corona, ó alguna falta grave, cometida por vuestros antepasados, y no expiada, causa de esta guerra deplorable, que vos, no vuestro pueblo, fuese la víctima expiatoria, y que sobre vuestra cabeza sola descargara todo el peso de su cólera.

CARLOS. (Retrocediendo asustado.)—¿Quién eres tú, ser poderoso? ¿De dónde vienes? (Todos expresan su admiración.)

JUANA.—Hicisteis al cielo esta segunda súplica: que si la resolución y suprema voluntad divina era despojar del centro á vuestra familia, y de todo lo que los Reyes, vuestros abuelos, poseyeron en este imperio, pedíais en cambio que os conservara sólo tres bienes: una conciencia tranquila, el corazón de un amigo y el amor de Inés. (El Rey se oculta el rostro, llorando conmovido; la sorpresa de todos es grande; pausa.) ¿Digo también cuál ha sido la tercera súplica?

CARLOS.—Basta. Te creo. Ningún mortal puede igualarte. Te envía Dios Todopoderoso.

EL ARZOBISPO.—¿Quién eres tú, santa y maravillosa doncella? ¿En qué bendito país naciste? ¿Quiénes son los papres, favorecidos por Dios, que te engendraron?

JUANA.—Juana es mi nombre, oh señor dignísimo. Soy la hija humilde de un pastor, natural de Dom Remi, aldea de mi Rey, en la diócesis de Toul, y he guardado, desde niña, los rebaños de mi padre... Mucho, y con frecuencia, he oído hablar del insular extranjero, que ha pasado el mar para hacernos esclavos, é imponernos un Monarca, también extranjero, que no quiere el pueblo; y que se ha apoderado de París, la gran ciudad, y del Reino. Entonces rogué á la Santa Madre de Dios que nos librase del oprobio de llevar extrañas cadenas, y que nos conservase nuestro Señor natural. Delante de la aldea, en donde he nacido, hay una imagen muy antigua de la Virgen, á donde acuden muchos piadosos peregrinos, y junto, una añeja encina, célebre por sus milagros. Sentábame yo á menudo á su sombra, guardando mi rebaño, porque mi corazón me llevaba á ella; y ni uno de mis corderos se perdía en las desiertas montañas, al dormirme allí, porque me decía el sueño en dónde se ocultaba... Y en una ocasión, en que pasé toda la noche en éxtasis piadoso al abrigo de sus ramas, resistiendo al sueño, se me apareció la Virgen Santa, con espada y bandera, pero vestida, como yo, de pastora, y me dijo: «Soy yo. Levántate, Juana. Deja el rebaño. El Señor te llama á otra ocupación. Toma esta bandera. Cíñete esta espada. Aniquila con ella al enemigo de tu patria; lleva á Reims al hijo de tu Soberano, y pon en sus sienes la corona real.» Yo le contesté: «¿Cómo yo, doncella delicada, é ignorando el arte de la guerra, he de hacer tal cosa?» Y ella replicó: «Una joven pura es capaz de llevar á cabo grandes cosas en la tierra, si puede resistir el amor mundano. ¡Mírame! Doncella casta, como tú, dí á luz al Señor, tu Dios, y yo misma soy santa ahora.» Entonces tocó mis párpados, y cuando miré hacia arriba ví el cielo lleno de ángeles, que llevaban azucenas en sus manos, y que circulaban en el aire sonidos armoniosos...

Así se me apareció la Virgen tres noches consecutivas, diciéndome: «¡Levántate, Juana! El Señor te llama á otra ocupacion.» Y á la tercera noche, mostróse colérica, y añadió: «La docilidad es el primer deber de la mujer sobre la tierra, y la resignación su triste destino; se enaltece por sus servicios más penosos, y la que los cumple aquí, allá arriba vive en la gloria.» Y mientras hablaba así, se despojó del traje de pastora, y, como Reina del cielo, se presentó en todo su esplendor, entre nubes de oro, que la llevaban, y desapareció lentamente en la mansión de las delicias. (Todos se conmueven; Inés Sorel, derramando copiosas lágrimas, oculta su rostro en el pecho del Rey.)

EL ARZOBISPO. (Después de una larga pausa.)—Ante un testimonio divino tan elocuente, han de desvanecerse todas las dudas de la humana prudencia. El éxito ha probado la verdad de sus palabras. Dios sólo es capaz de tales portentos.

DUNOIS.—No á sus milagros; á la expresión de sus ojos, al candor de su rostro doy yo entero crédito.

CARLOS.—Y yo, pecador, ¿soy merecedor de esa gracia? ¡Tú, cuya mirada, incapaz de engañarse, lo ve todo; tú conoces el fondo de mi alma y mi humildad ante tí!

JUANA.—La humildad de los potentados resplandece pura allá arriba. Porque os humillasteis, fuisteis ensalzado.

CARLOS.—¿Podré, pues, resistir á mis enemigos?

JUANA.—Pondré á vuestros pies la Francia.

CARLOS.—¿Dices que Orleáns no será tomada?

JUANA.—Antes el Loira correría hacia su fuente.

CARLOS.—¿Entraré vencedor en Reims?

JUANA.—Os llevaré allá, pasando entre millares de enemigos. (Todos los caballeros presentes hacen sonar sus lanzas y escudos, y dan señales de su ardimiento.)

DUNOIS.—Póngase Juana al frente del ejército, y seguiremos ciegos á donde nos lleve este general divino. Sus ojos

proféticos nos guiarán, y mi cortante espada sabrá defenderla.

LA-HIRE.—No temeremos á todo el mundo en armas, si precede á nuestros batallones. El Dios de la victoria está á su lado, y puesto que su poder es tan grande, que nos lleve al combate. (Los caballeros hacen resonar sus armas, y se adelantan.)

CARLOS.—Sí, santa doncella; guía á mi ejército, y te obedecerán sus capitanes. Esta espada, que simboliza el supremo mando militar, y nos fué enviada por el colérico Condestable, ha encontrado manos dignas que la manejen. Recíbela, santa profetisa, y que en adelante...

JUANA.—No, noble Delfín. No por medio de este símbolo del poder terrestre logrará mi Señor la victoria. Conozco otra espada, que le proporcionará el triunfo. Os la indicaré, según el Espíritu me la ha enseñado. Enviad, pues, por ella.

CARLOS.—¡Habla, Juana!

JUANA.—Manda á la antigua ciudad de Fierbois, á su iglesia de Santa Catalina, en donde existe una bóveda llena de armas, trofeos de remota victoria. Allí está la espada, que ha de servirme. Se distingue porque tiene grabadas en la hoja tres flores de lis. Que la traigan, y con ella venceréis.

CARLOS.—¡Que vayan por ella! ¡Hágase lo que dice!

JUANA.—Que traigan también una bandera blanca, con una franja bordada de púrpura. En ella estará representada la Reina del cielo con su bello niño Jesús, sobre una esfera terrestre. Esta bandera es la que me ha mostrado la Madre de nuestro Redentor.

CARLOS.—Obedézcase á cuanto dice.

JUANA. (Al Arzobispo.) — Poned vuestras manos sobre mi cabeza, oh digno Arzobispo, y bendecid á vuestra hija. Arrodíllase.)

EL ARZOBISPO. — Has venido para derramar bendiciones, no para recibirlas... Que Dios te dé fuerzas. Nos somos pecador é indigno. (Levántase Juana.)

UN ESCUDERO, PAJE NOBLE. — Llega un heraldo de los generales ingleses.

JUANA. — Que entre, porque Dios lo envía. (El Rey hace una señal al paje, que se va.)

ESCENA XI.

Los MISMOS y EL HERALDO.

CARLOS. — ¡Qué traes, Heraldo? Dí á qué vienes.

EL HERALDO. — ¡Quién es el que habla aquí por Carlos de Valois, Conde de Ponthieu?

DUNOIS. — ¡Indigno heraldo! ¡Bribón despreciable! ¿Osas acaso renegar del Rey de Francia, en su propio territorio? Tu investidura te protege, por que si no...

EL HERALDO. — Francia no acata más que á un Soberano; cse está en el campamento inglés.

CARLOS. — ¡Sosiégate, primo! ¡Tu comisión, Heraldo!

EL HERALDO. — Mi ilustre Señor, que deplora la sangre, ya vertida, y la que ha de derramarse, mantiene en sus vainas las espadas de sus soldados, y antes de tomar á Orleáns por asalto, se digna proponeros condiciones de arreglo ventajosas.

CARLOS. — ¡Oigámoslas!

JUANA. (Adelantándose.) — Permitid, Señor, que yo hable en vuestro nombre con este Heraldo.

CARLOS. — Haz lo que deseas, doncella. Decide tú de la guerra ó de la paz.

JUANA. (Al Herald.) — ¿Quién te envía, y en nombre de quién hablas?

EL HERALDO. — En nombre del general, Conde de Salisbury.

JUANA. — ¡Mientes, Herald! Tú no lo representas. Sólo hablan los vivos, no los muertos.

EL HERALDO. — Mi general vive, lleno de salud y de fuerza, y vive para perderos á todos.

JUANA. — Vivía cuando lo dejaste. Hoy por la mañana ha muerto de una bala, disparada desde Orleáns, cuando miraba desde la torre de La Fournelle... ¿Te ríes porque te digo lo que sucede lejos de tí? No des crédito á mis palabras, pero dalo á tus ojos. Encontrarás su entierro cuando regreses. Ahora, Herald, particípame el objeto de tu venida.

EL HERALDO. — Si tú sabes descubrir lo oculto, lo conocerás sin mi ayuda.

JUANA. — No necesito saberlo, pero tú escúchame; y repite mis palabras á los Príncipes, que te envían. ¡Rey de Inglaterra, y vosotros, Bedford y Gloster, que devastáis este Reino; dad cuenta al Rey del cielo de la sangre vertida; devolved las llaves de todas las ciudades que habéis tomado contra el derecho divino! La Doncella es enviada por Dios para ofreceros la paz ó la guerra sangrienta. ¡Elegid! Os lo anuncio para que no aleguéis ignorancia. El Hijo de la Virgen María no consiente que poseáis á la bella Francia... ha de ser Carlos, mi Señor y Delfin, quien, por mandato de Dios, ha de entrar solemnemente en París, acompañado de todos los grandes de su Reino.

Ahora, Herald, véte y apresúrate, porque antes que llegues al campamento y lleves la noticia, estará allí la Doncella, y plantará en Orleáns su bandera victoriosa.

Vase; todos los presentes se ponen en movimiento, y cae el telón.)

ACTO II.

Paisaje rodeado de peñascos.

ESCENA PRIMERA.

TALBOT y LIONEL, generales ingleses; **FELIPE, DUQUE DE BORGÑA**; el caballero **FALSTOLF** y **CHATILLON**, con soldados y banderas.

TALBOT.—Hagamos alto al abrigo de estas rocas, y fortifiquemos aquí nuestro campamento; acaso reunamos de nuevo los batallones fugitivos, que el primer horror ha diseminado. Poned buenos centinelas y ocupad las alturas. La noche, en verdad, impide que nos persigan, y, á no tener alas el enemigo, no espero que nos ataque... Sin embargo, es preciso estar prevenidos, porque nos las habemos con gentes osadas, y nos han derrotado. (Vase Falstolf con los soldados.)

LIONEL.—¡Derrotados! No pronunciéis esa palabra, General. No quiero ni aun pensar que los franceses han visto hoy las espaldas á los ingleses... ¡Oh Orleáns, Orleáns! ¡Tumba de nuestra gloria! ¡En estos campos queda enterrado el honor de Inglaterra! ¡Vergonzosa y ridícula derrota! ¡Quién lo creará en el tiempo venidero? ¡Los vence-

dores de Poitiers, de Crecy y de Azincourt, humillados por una mujer!

EL DUQUE DE BORGÑA. — Eso debe consolarnos. No nos han vencido los hombres, sino el demonio.

TALBOT. — El demonio de nuestra locura... ¿Cómo, Duque? ¿El espectro que asusta al populacho, asusta también á los Príncipes? La superstición es un manto, incapaz de cubrir vuestra cobardía... Vuestras tropas huyeron las primeras.

EL DUQUE. — Nadie resistió. La huida fué general.

TALBOT. — ¡No, señor! Comenzó en vuestra ala. Os precipitasteis en nuestro campamento, gritando: «El diablo anda suelto; Satanás pelea en favor de Francia.» Así llevasteis la confusión á los nuestros.

LIONEL. — No lo podéis negar. Vuestra ala cedió la primera.

EL DUQUE. — Porque el primer ataque se dirigió contra ella.

TALBOT. — La Doncella conocía la debilidad de esa parte de nuestro campamento, y la susceptible de miedo.

EL DUQUE. — ¿Cómo? ¿Los borgñones han de ser los culpables del desastre?

LIONEL. — Si hubiéramos estado solos nosotros, los ingleses, como hay Dios, no perdemos á Orleáns.

EL DUQUE. — No... porque jamás la hubieseis visto. ¿Quién os abrió el camino de este Reino, os tendió una mano amiga y leal, cuando desembarcasteis en esta tierra extraña y enemiga? ¿Quién coronó á vuestro Enrique en París, y os atrajo los corazones de los franceses? ¡Por el cielo! Si este fuerte brazo no os hubiese traído aquí, nunca hubieseis visto subir el humo de una chimenea francesa.

LIONEL. — Si las palabras ostentosas valieran lo que las grandes hazañas, á vos sólo se debería la conquista de toda Francia.

EL DUQUE.—Estáis descontento porque se os escapa Orleáns, y descargáis en mí vuestra cólera, siendo vuestro aliado. ¿Por qué no hemos tomado á Orleáns, sino por vuestra codicia? Pronta estaba á entregármese, y sólo vuestra envidia lo ha estorbado.

TALBOT.—No la hemos puesto sitio por vos.

EL DUQUE.—¿Y qué sería de vosotros, si me llevase mis tropas?

LIONEL.—No nos encontraríamos peor, creedme, que en Azincourt, cuando os vencimos con toda Francia.

EL DUQUE.—Sin embargo, mucho os importaba mi alianza, cuando tan cara la ha comprado vuestro Regente.

TALBOT. — Sí, cara; cara la hemos pagado hoy ante Orleáns á costa de nuestro honor.

EL DUQUE. — No habléis más, milord, por que pudierais arrepentiros. ¿He desertado de las banderas de mi legítimo Soberano, he incurrido en la nota de traidor, para sufrir tales insultos de extranjeros? ¿Qué tengo que hacer aquí? ¿Á qué combatir contra Francia? Para servir á ingratos, prefiero hacerlo á mi señor natural.

TALBOT.—Estáis en tratos con el Delfín, lo sabemos; pero ya veremos el medio de guardarnos de vuestra traición.

EL DUQUE. — ¡Muerte é infierno! ¿Así se me trata? ¡Chatillón! Que mis tropas se apresten para la marcha. Nos volvemos á nuestro territorio. (Vase Chatillón.)

LIONEL. — ¡Buen viaje! Nunca brilla tan el valor de los ingleses como cuando, fiados sólo en su buena espada, combaten sin auxilio ajeno. Que cada cual defienda su propia causa. Verdad eterna será siempre que jamás se unirán con sinceridad ingleses con franceses.

ESCENA II.

Los MISMOS y la Reina ISABEL, acompañada de un PAJE.

ISABEL. — ¿Qué oigo, señores capitanes?... ¡Deteneos! ¿Qué planeta maléfico infunde en vosotros tanta insensatez? Ahora, en que la unión sola puede salvarnos, ¿queréis que os separe el odio, y acelerar nuestra ruina, disputando unos con otros?... Suplícoos, noble Duque, que retiréis esa orden precipitada... Y vos, ilustre Talbot, aplacad al amigo ofendido. Ayudadme, Lionel, á calmar estos caracteres orgullosos, y á reconciliarlos entre sí.

LIONEL.—Yo no, señora. Pienso como ellos en todo. Lo que no puede estar unido, debe separarse. Es lo mejor.

ISABEL.—¿Cómo? Las artes diabólicas, que tanto daño nos han hecho en la pelea, ¿han de enloquecernos y extravíarnos también ahora? ¿Por quién comenzó la disputa? ¡Hablad!.. Noble lord ¿habréis sido capaz de obrar contra vuestro propio interés, insultando á un aliado importante? ¿Qué podréis intentar sin su ayuda? A él debe su trono vuestro Rey, y en su mano está derribarlo, si le agrada. Sus tropas, y aún más su nombre, os sostienen. Aunque toda Inglaterra desembarcase á todos sus hijos en nuestras costas, no podría subyugar este reino, si estuviera unido. Sólo Francia puede vencer á Francia.

TALBOT.—Sabemos honrar á un amigo fiel; pero precaverse contra el falso, es un deber de prudencia.

EL DUQUE.—Quien es pérfido bastante para no agradecer los beneficios recibidos, bien puede hacer alarde de llevar en su frente el estigma impudente de la mentira.

ISABEL. - ¿Es posible, noble Duque, que de tal modo os

olvidéis de vuestro oprobio, y de vuestro honor de Príncipe, y deis vuestra mano á quien con la suya asesinó á vuestro hermano? ¿Seríais insensato hasta el extremo de creer en la posibilidad de una reconciliación sincera con el Delfín, á quien habéis arrastrado al mismo borde del precipicio? ¿Os proponéis acaso detenerlo, cuando tan próximo se halla á caer en el abismo, y llevaréis vuestro delirio hasta el extremo de destruir vuestra propia obra? ¡Aquí están vuestros amigos! Vuestra salvación depende solo de vuestra estrecha alianza con Inglaterra.

EL DUQUE.—Lejos está mi ánimo de hacer la paz con el Delfín, pero no puedo sufrir el desprecio, el orgullo y la insolencia de los ingleses.

ISABEL.— Venid y desvaneced los efectos de palabras tanto irreflexivas. Grave es el disgusto que aflige al General, y la desdicha, como sabéis, hace injusto. ¡Venid! ¡venid! Abrazaos; dejad que yo cierre y cure con rapidez esta herida, antes que se haga crónica.

TALBOT.—¿Qué pensáis, Duque? Los corazones nobles se someten de buen grado á la razón. La Reina ha hablado con cordura. Que se junten nuestras manos, y sanen la herida ligera, que ha causado mi lengua.

EL DUQUE. La Reina ha pronunciado palabras discretas, y mi justa cólera cede á la necesidad.

LA REINA.—¡Bien! que un abrazo fraternal selle la renovación de vuestra alianza, y que el viento se lleve lo que antes dijisteis (El Duque y Talbot se abrazan.)

LIONEL. (Aparte, y mirando el grupo.)—¡Viva la paz, debida á una furia!

ISABEL.—Hemos perdido una batalla, Generales, porque la fortuna nos fué adversa; pero que no sea causa bastante para que decaiga nuestro valor. El Delfín desespera de la protección del cielo, y llama en su auxilio las artes de Satanás. Vanamente se ha condenado, por que ni

el mismo infierno ha de salvarlo. Una doncella victoriosa guía el ejército enemigo, y yo quiero guiar el vuestro, y ser vuestra profetisa, como lo es la doncella para nuestros adversarios.

LIONEL. — ¡Volved á París, Señora! Queremos vencer con nuestras bien templadas armas, no con la ayuda de mujeres.

TALBOT. — ¡Idos! ¡Idos! Desde que estais en nuestro campamento, todo está revuelto, y la bendición divina no acompaña á nuestras armas.

EL DUQUE. — ¡Idos! Vuestra presencia no trae aquí ventaja alguna. Los soldados no os miran con buenos ojos.

ISABEL. (Mirando á todos atónita.) ¿También vos, Duque? ¿Os declararéis contra mi con estos lores ingratos?

EL DUQUE. — Tened entendido que el soldado pierde sus bríos al pensar que ha de combatir en vuestro favor.

ISABEL. — Cuando con trabajo he logrado restablecer entre vosotros la concordia, ¿os unís todos contra mí?

TALBOT. — ¡Andad! ¡andad con Dios, Señora! ni á los diablos temeremos si estáis lejos de nosotros.

ISABEL. — ¿No soy acaso vuestra fiel aliada? Vuestra causa ¿no es la mía?

TALBOT. — Pero la vuestra no es la nuestra. La guerra en que estamos empeñados es honrosa y leal.

EL DUQUE. — Yo vengo el sangriento asesinato de un padre. La piedad filial santifica mi participación en la guerra.

TALBOT. — Hablemos claramente. Vuestra conducta con el Delfín ni es loable para los hombres, ni está conforme con las leyes divinas.

ISABEL. — ¡Que sea maldito hasta su décima generación! ¡Ha sido criminal con su madre!

EL DUQUE. — Vengaba á un padre y á un esposo.

ISABEL. — Se erigió en juez de mis actos.

LIONEL.—No era en un hijo prueba de respeto.

ISABEL.—Me condenó al destierro.

TALBOT.—Por satisfacer á la opinión pública.

ISABEL.—¡Que caiga la maldición divina sobre mí, si alguna vez lo perdono! Antes que reine en los dominios de su padre...

TALBOT.—¿Sacrificaréis el honor de su madre?

ISABEL.—No conocéis, oh almas débiles, lo que puede una madre ofendida. Yo amo á quien me hace bien, y aborrezco á quien me ultraja; y si este último es mi hijo, concebido en mi propio seno, lo detesto mucho más. Quisiera privar de la existencia al que la di, puesto que con su orgullo deshonoroso y punible ha insultado á la madre que lo crió. Vosotros no tenéis razón ni derecho para robarle lo suyo. ¿Cuál ha sido la falta grave, que ha cometido el Delfín contra vosotros? ¿Qué deber ha violado? Yo puedo odiarlo, porque es mi hijo.

TALBOT.—¡Bien! Por su venganza conocerá á su madre.

ISABEL.—¡Hipócritas, miserables! ¡Cuánto desprecio me inspiráis, engañándoos á vosotros mismos, y al mundo! Vosotros, ingleses, extendéis vuestras manos rapaces hacia Francia, cuando no os asiste ni razón ni pretexto para apoderaros de lo que señala en la tierra solo un casco de caballo... Y este Duque, que consiente que le apelliden el Bueno, ha sido traidor á su patria y á la herencia que recibió de sus antepasados, vendiéndola al enemigo de su país y á señores extraños... La justicia es para vosotros indiferente. Yo desprecio la hipocresía. Me presento al mundo tal como soy.

EL DUQUE. — ¡Es cierto! Habéis sostenido con firmeza vuestra buena fama.

ISABEL.—Como otra cualquiera tengo pasiones, un carácter vehemente, y me propongo vivir aquí como Reina, no en la apariencia. ¡No ha de existir la alegría para mí, por-

que una suerte adversa haya conñado á un esposo insensato mi juventud, naturalmente fogosa y ávida de placeres? Prefiero la libertad á la vida, y cualquiera que á ella atente... Pero ¿á qué discutir con vosotros sobre mis derechos? La sangre corre espesa por vuestras venas, y no conocéis lo que son goces, sino sólo la cólera. Y ese Duque, que ha vivido siempre vacilando entre el bien y el mal, no es capaz de amar ni de aborrecer de corazón... Voy á Melún. Dadme ese caballero (Señalando á Lionel.) que me acompañe y distraiga. Me agrada, y haced vosotros lo que os plazca. Nada me interesan borgoñones ni ingleses. (Hace una señal á sus pajes, é intenta alejarse.)

LIONEL.—¡Dejadnos en paz! Os enviaremos á Melún los más hermosos mancebos que hagamos prisioneros.

ISABEL. (Volviéndose.)—Vosotros sólo sabéis esgrimir la espada con esfuerzo, y sólo los franceses decir bellas frases. (Vase.)

ESCENA III.

TALBOT, el DUQUE y LIONEL.

TALBOT.—¡Qué mujer!

LIONEL.—Ahora, caballeros, ¿qué pensáis? ¿continuamos nuestra retirada, ó, con un ataque rápido y osado, borramos el oprobio de este día?

EL DUQUE.—Somos harto débiles; las tropas están diseminadas, y demasiado reciente el pavor de los soldados.

TALBOT.—Un miedo infundado nos ha vencido, ó la impresión repentina del momento. Cuando se contemple más de cerca ese fantasma temeroso de una imaginación extraviada, desaparecerá como la espuma. Opino, pues, que

el ejército repase el río, al romper la aurora, y que ataquemos al enemigo...

EL DUQUE.—Reflexionad...

LIONEL.—Con vuestro permiso, nada hay que reflexionar. O hemos de recuperar la honra perdida, ó quedaremos humillados para siempre.

TALBOT.—Estamos resueltos. Mañana peleamos. Desvaneceremos ese fantasma espantoso, que deslumbra y acobarda á nuestras tropas, lidiando personalmente con esa Doncella infernal. Si se pone al alcance de mi invencible espada, entonces no nos derrotará más en lo sucesivo; si no... y se convence de que esquivo el combate... se disipa el encanto del ejército.

LIONEL.—¡Sea así! Dejad á mi cargo, oh mi General, esa fácil lucha, en que no correrá la sangre. Me propongo apoderarme de ese espectro vivo, y en las barbas del Bastardo, su amante, lo traeré en mis brazos al campamento inglés para solaz de los soldados.

EL DUQUE.—No prometáis tanto.

TALBOT.—Si llega á caer en mis manos, no pienso abrazarla tan dulcemente. Venid ahora á restaurar con un sueño reparador nuestro natural cansancio. Mañana, al romper la aurora, nos levantaremos. (Vanse.)

ESCENA IV.

JUANA, con la bandera, con yelmo y coraza, y en lo demás vestida con arreglo á su sexo; **DUNOIS**, **LA-HIRE**, **CABALLEROS** y **SOLDADOS** aparecen en lo alto de los peñascos, descienden de ellos y se detienen en la escena.

JUANA. (A los caballeros que la rodean, mientras los soldados prosiguen adelantándose.)—Pasamos la muralla, y estamos ya en el campamento. Romped el silencio de la noche, que os ha protegido en vuestra misteriosa marcha, é infundid el horror en vuestros enemigos, anunciándoles vuestra llegada á los gritos de «Dios y la Doncella.»

TODOS. (Que dan grandes voces, y hacen resonar con estrépito sus armas.)—¡Dios y la Doncella! (Ruido de tambores y trompetas.)

LOS CENTINELAS. (Detrás de la escena.)—¡El enemigo, el enemigo, el enemigo!

JUANA.—¡Traed antorchas! ¡Prended fuego á las tiendas! ¡El furor de las llamas aumenta el miedo! ¡Que la muerte los rodee amenazadora! (Los soldados corren, y ella hace ademán de seguirlos.)

DUNOIS. (Deteniéndola.)—¡Has cumplido tu deber, Juana! Nos has guiado al centro del campamento, y has puesto al enemigo en nuestras manos. Retírate ahora de la batalla, y deja á nuestro cuidado su sangriento éxito.

LA-HIRE.—Gufas al ejército á la victoria, y llevas la bandera en tus castas manos; no manejes, sin embargo, la espada, ni tientes al falso Dios de las batallas, porque es ciego, y á nadie perdona.

JUANA.—¿Quién osará detenerme? ¿Quién trazar leyes ai

espíritu que me guía? La flecha ha de volar á impulso de la mano que la dispara. En donde haya peligro estará Juana, porque mi destino no es sucumbir, ni hoy ni aquí. He de ver la corona en las sienes de mi Rey. No habrá enemigo, que me arranque la vida, hasta que yo no cumpla las órdenes de Dios. (Vase.)

LA-HIRE.—¡Venid, Dunois! Sigamos á la heroína, y que vuestro pecho esforzado le sirva de escudo. (Vanse.)

ESCENA V.

SOLDADOS INGLESES, que huyen, y después, TALBOT.

UN SOLDADO.—¡La Doncella! ¡En medio del campamento!

OTRO SOLDADO.—¡No es posible! ¡No, jamás! ¡Cómo había de venir al campamento?

OTRO SOLDADO.—¡Por el aire! ¡El diablo la ayuda!

OTROS DOS.—¡Huid, huid! ¡Vamos todos á morir! (Vanse.)

TALBOT. (Que llega.)—Nada oyen... ¡No quieren detenerse! Rotos están todos los lazos de la disciplina. Como si el averno hubiese vomitado todas sus legiones de condenados, el pánico arrastra con su ímpetu al valiente y al corbarde; ni un pequeño pelotón puedo oponer al torrente de enemigos, que invade sin cesar nuestro campo... ¡Soy yo, pues, el único hombre sereno, y han perdido todos el juicio con la fiebre del miedo? ¡Huir de esos afeminados franceses, vencidos por nosotros en veinte batallas!... ¡Quién es esa invencible y terrorífica deidad, á quien favorece la fortuna de la guerra trocándola á su antojo, y convierte un ejército de cobardes ciervos en bravos leones? Una juglaresa, que representa el estudiado papel de heroína, ¿ha

de asustar á héroes verdaderos? Una mujer ¿ha de privarme de toda mi gloria militar?

UN SOLDADO. (Que entra huyendo.)—¡La Doncella! ¡Huid, huid, mi General!

TALBOT. (Derribándolo en tierra.)—¡Huye á los infiernos! ¡Mi espada atravesará á todo el que me hable de miedo y de cobarde huida! (Vase.)

ESCENA VI.

Descúbrese el fondo del teatro, y se ve el campamento inglés, presa de las llamas. Oyense los tambores, y unos persiguen y otros huyen. Poco después se presenta MONTGOMERY.

MONTGOMERY. (Solo.)—¿Adónde huir? Por todas partes nos cercan los enemigos y la muerte. Aquí el general enfurecido, que amenaza con su espada á los que huyen, y allá aguardándonos la muerte. Allí esa doncella terrible, que, como la llama, todo lo devasta... Y ningún matorral en donde ocultarme, ni una caverna, que me ofrezca seguridad. ¡Ojalá que nunca me hubiera embarcado para atravesar la mar, ay de mí, desdichado! Insensato fui en querer ganar fácil gloria en la guerra de Francia, y ahora el destino funesto me arrastra á esta contienda mortal... ¡Si estuviese en las orillas risueñas del Saverna, en la morada pacífica de mi padre, y en donde dejé, llenas de tristeza, á mi madre y á mi tierna prometida! (Juana se presenta á lo lejos.) ¡Ay de mí! ¿Qué veo? ¡Allí aparece la terrible Doncella! Se destaca entre las llamas del incendio, á su luz siniestra, como si el averno vomitara uno de sus espectros en medio de la noche... ¿En dónde me refugio? Ya ha fijado

En mí sus miradas de fuego, y, desde lejos como la serpiente, me fascina y paraliza. Su mágico influjo encadena más y más mis pies, impidiéndome la huida. Aunque no lo desee, he de mirar fatalmente esa imagen, que da la muerte. (Juana da algunos pasos hacia él, y se detiene.) ¡Se acerca! No esperaré que sea la primera en atacarme. Suplicante abrazaré sus rodillas, y le pediré la vida. Es mujer, y quizás mis lágrimas la ablandarán. (Mientras él se aproxima, ella corre á su encuentro.)

ESCENA VII.

JUANA y MONTGOMERY.

JUANA.—¡Morirás, porque naciste de madre inglesa!

MONTGOMERY. (Cayendo á sus pies.)—¡Detente, Doncella terrible! No mates á un indefenso. He abandonado espada y escudo, y me postro á tus pies, desarmado y suplicante. Déjame gozar de la luz de la vida, y acepta mi rescate. Mi padre, dueño de bienes cuantiosos, habita en el país de Gales, por cuyos verdes campos corre el Saverna de ondas plateadas, y cincuenta aldeas acatan su señorío. Dará oro abundante por su amado hijo, si lo rescata vivo del campamento de los franceses.

JUANA.—¡Insensato extraviado! ¡Eres hombre perdido! Has caído en manos de la Doncella, que es implacable, y de la cual no hay que aguardar rescate ni salvación. Si tu desventura te hubiese llevado á las fauces de un cocodrilo, ó á las garras de un tigre real, podrías encontrar acaso lástima ó misericordia; pero en el mío, sólo la muerte. El espíritu, que me domina, inviolable é inflexible, me ha impuesto la terrible condición de dar muerte con mi es-

pada á todos los seres vivos, que me presenta el Dios de las batallas en sus misteriosos designios.

MONTGOMERY.—Pavor infunden tus palabras, aunque es dulce tu mirada; y cuando se te contempla de cerca, no es terror lo que inspiras, y tu hermosura seduce mi corazón. Yo te suplico, invocando la dulzura propia de tu sexo. ¡Apiádate de mi juventud!

JUANA —No me conjures por mi sexo. No me llames mujer. Como los espíritus incorpóreos, que no obran como los demás seres de la tierra, no pertenezco á sexo alguno humano, y bajo esta coraza no late ningún corazón.

MONTGOMERY.—Yo te ruego por la ley sagrada y poderosa del amor, á la cual rinden homenaje todas las criaturas. En mi patria he dejado una amada, bella como tú, y como tú, dotada de todos los atractivos de la juventud. Espera llorando la vuelta de su amante. ¡Oh! ¡Si tú misma crees que has de amar algún día, y ser feliz con tu amor, no separes cruel dos corazones, unidos por el sagrado vínculo del amor!

JUANA.—Llamas á voces á Dioses terribles y extraños para mí, que no son santos ni venerables. Nada sé de los vínculos del amor, que tú invocas, y jamás profesaré su vano culto. ¡Defiende tu vida, que la muerte te aguarda!

MONTGOMERY.—¡Oh! Apiádate de mis padres, dignos de lástima, que he dejado en mi hogar. ¡Sí; tú tendrás padres también, y su recuerdo habrá de atormentarte!

JUANA.—¡Desdichado! ¡Y me representas así á mi memoria cuántas madres de este país han quedado huérfanas de sus hijos, cuántos tiernos niños sin padre, cuántas esposas prometidas sin esposos! También las madres de Inglaterra aprenderán ahora lo que es la desesperación, y lo que significan las lágrimas vertidas por las miserables francesas.

MONTGOMERY.—¡Es triste morir en tierra extranjera sin ser llorado!

JUANA.—¿Quién os llamó á este país extraño, para devastar sus campos cultivados con esmero, para arrojarnos de nuestros lares patrios, y para lanzar la tea incendiaria de la guerra en el santuario de pacíficas ciudades? Soñabais, en vuestra vanidad insensata, que someteríais á los franceses libres á vergonzosa esclavitud, y que remolcaríais este vasto reino, como una barquilla, con vuestro buque de alto bordo. ¡Insensatos! Las armas reales de Francia están suspendidas del trono de Dios; y antes arrancaríais una estrella del cielo, que una aldea de este país, cuya unión será eterna. Llegó el día de la venganza; ninguno repasará vivo la mar sagrada, que Dios puso entre vosotros y nosotros, y que, al desobedecerlo, profanasteis.

MONTGOMERY. (Soltando su mano.)—¡Oh! ¡Moriré sin remedio! La muerte horrible se apoderará de mí.

JUANA.—¡Muere, amigo! ¿Por qué temblar así ante la muerte, destino inevitable?... ¡Mírame, mírame; yo soy sólo una doncella, pastora desde que nací; esta mano no está acostumbrada á manejar la espada, porque hasta ahora sólo conocía al inocente cayado. Pero separada violentamente de mis prados natales, de los brazos de mi padre, de las caricias de mis amadas hermanas, me he visto obligada á venir aquí, aquí... la voz de Dios, no mi capricho... me trae aquí para vuestro mal, no para vuestra alegría, ya que, como horroroso espectro, vengo á derramar sangre y á dar la muerte, para ser luego su víctima. Yo no veré el día risueño de mi vuelta á mis hogares. Pero antes sucumbirán muchos de los vuestros, y haré muchas viudas, hasta que al cabo yo misma perezca, y cumpla mi destino... Cumple ahora el tuyo. Empuña, pues, tu espada sin demora, y luchemos por el dulce beneficio de la vida.

MONTGOMERY. (Levantándose.)—Ya que eres mortal, como yo, y que pueden herirte las armas, acaso se haya concedido á mi brazo enviarte á los infiernos, y poner fin á los

desastres de Inglaterra. En las manos de Dios pongo mi vida. ¡Llama en tu ayuda, oh condenada, á los espíritus infernales! ¡Defiende tu vida! (Atácala con su escudo y su espada. Óyese á lo lejos música bélica; Montgomery cae, después de pelear un momento.)

ESCENA VIII.

JUANA, sola.

JUANA.—Tus mismos pasos te han traído á la muerte... ¡Adiós! (Aléjase de él, y se detiene pensativa.) ¡Virgen Santísima; tú, en mi persona, haces grandes milagros, porque infundes fuerza en mi débil brazo, y crueldad en mi corazón! Siento piedad en mi alma, y tiembla mi mano, como si hubiera de profanar un santuario, cuando me veo obligada á derramar la sangre de algún enemigo. Sólo la vista del acero brillante me llena de terror. Pero, cuando lo he menester, me ayuda la fuerza, y la espada se mueve por sí en mi mano temblorosa, como si fuese un espíritu vivo.

ESCENA IX.

JUANA. y UN CABALLERO con la visera calada.

EL CABALLERO.—¡Maldita! ¡Ya llegó tu última hora; te busco por todo el campo de batalla, fantasma vano y funesto! ¡Torna á los infiernos, de donde has salido!

JUANA.—¿Quién eres tú, á quien su mal ángel trae á mi encuentro? Tu traza parece de Príncipe; no te creo inglés.

porque llevas los colores de Borgoña, ante los cuales bajo mi espada.

EL CABALLERO.—¡Tú, mujer infernal, no mereces morir de la noble mano de un Príncipe! El hacha del verdugo debe separar tu cabeza de tu cuerpo nefando, no la valiente espada del real Duque de Borgoña.

JUANA —¡Eres tú, pues, ese mismo Duque?

EL CABALLERO. (Levantándose la visera.)—¡Yo soy! ¡Tiembla, oh miserable, y desespera! Ya no te ampararán las artes de Satanás. ¡Te las hubiste hasta ahora con niños! ¡Ante ti tienes un hombre!

ESCENA X.

LOS MISMOS, y DUNOIS y LA-HIRE.

DUNOIS.—¡Vuélvete, Duque de Borgoña! ¡Combate con hombres, no con mujeres!

LA-HIRE.—Nosotros protegemos la cabeza sagrada de la Profetisa, y antes atravesará este pecho tu espada...

EL DUQUE.—Ni temo á esta enamorada Circe, ni á vosotros, tan vergonzosamente transformados por ella. Ruborízate, Dunois; baja los ojos, La-Hire, porque habéis asociado vuestro valor notorio á las artes diabólicas, trocándoos en miserables escuderos de una Doncella infernal. ¡Venid, pues! ¡A todos os desafío! Desespera de Dios quien recurre al demonio. (Cuando se aprestan á la pelea, interviene Juana.)

JUANA.—¡Deteneos!

EL DUQUE.—¡Tiembblas por tus amantes? Ante tus ojos caerá... (Dirígese contra Dunois.)

JUANA.—¡Deteneos! ¡Separadlos, La-Hire!... No debe co-

rrer sangre francesa, ni el acero ha de decidir esta contienda. Obra como han resuelto los astros... ¡Separaos, digo...! Escuchad y respetad al espíritu que me domina y habla por mis labios.

DUNOIS.—¿Por qué detienes mi brazo, ya levantado, y suspendes la sangrienta decisión de la espada? El acero se ha desenvainado; que hiera, y Francia se verá unida y vengada.

JUANA. (Que se pone entre los dos, dejando entre ambos vasto espacio; al Bastardo.) ¡Retiraos! (A la-Hire.) ¡No os mováis! Tengo que hablar al Duque. (Después que todos se quedan tranquilos.) ¿Qué pretendes, Duque de Borgoña? ¿A qué enemigos buscan tus miradas homicidas? Este noble Príncipe es hijo de Francia, como tú, y este valiente, tu hermano de armas, y tu compatricio, y yo misma natural de tu patria. Todos nosotros, á quien te propones aniquilar, somos tuyos... nuestros brazos están prontos á estrecharte, y á doblarse ante tí nuestras rodillas... nuestras espadas están sin filo contra tí. Respetable es para nosotros el rostro, que, si bien bajo yelmo enemigo, lleva los rasgos amados de nuestro Rey.

EL DUQUE.— Con blandas palabras y adulator acento intentas, oh sirena, atraer á tu víctima. Tu astucia no me engaña. Mis oídos están preparados contra tus artes ponzososas, y tus miradas ardientes se estrellan en la acerada coraza de mi pecho. ¡A las armas, Dunois! ¡Combatamos con ellas, no con palabras!

DUNOIS.—Hablemos primero, y peleemos después. ¿Tienes miedo á hablar? Cobardía es también, y señal funesta de traición.

JUANA.—No es una necesidad imperiosa la que nos trae á tus pies, ni nos presentamos como suplicantes á tí... ¡Mira á tu rededor! Reducido á ceniza está el campamento inglés, y vuestros muertos llenan la tierra. Oyes tocar las

trompetas guerreras de los franceses, y por mandado de Dios ha sido nuestra la victoria. La rama de laurel de la victoria, cortada recientemente, la compartiremos gozosos con nuestro amigo.... ¡Oh! ¡Venid á nosotros! Venid, noble fugitivo, á donde la justicia asegura el triunfo. Yo misma, enviada por Dios, te ofrezco mi mano amiga. Quiero salvarte, y ganarte para la buena causa. El cielo se declara en favor de Francia. Sus ángeles... tú no los ves... pelean por el Rey, y todos ostentan las flores de lis. Pura y clara, como esta bandera, es nuestra empresa, y la Inmaculada Virgen nuestro casto símbolo.

EL DUQUE.—Artificiosas son las palabras engañosas de la mentira, aunque sencillas como las de un niño. Cuando los espíritus perversos las sugieren, semejan maravillosamente la inocencia. No quiero oír más. ¡A las armas! ¡Mis oídos, no hay duda, son más débiles que mi brazo!

JUANA.—Me llamas mágica, y me acusas de emplear artes diabólicas... Establecer la paz, y reconciliar á quienes se aborrecen ¿es arte diabólica? ¿Proviene la concordia del eterno abismo? ¿Qué más inocente, más sagrado, más humano, más loable que defender la patria? ¿Desde cuándo lucha así consigo misma la naturaleza, que el cielo abandone la causa de la justicia, y el demonio la defienda? Y si es verdad lo que te digo, ¿de dónde crees que viene, sino de arriba? ¿Quién me hubiera acompañado en los pastos, y trasformádome de sencilla pastora en heroína de grandes hazañas? Jamás me he visto en presencia de Príncipe, é ignoro el arte de hablar; pero ahora, cuando necesito conmoverte, tengo la penetración necesaria, conozco lo desconocido, y el destino de reinos y reyes aparece ante mis ojos de niña tan claro como la luz del sol, y mi voz retumba como el trueno.

EL DUQUE. (Profundamente conmovido, la mira y la contempla atónito.)—¿Qué me sucede? ¿Qué siento? ¿Es alguna deidad

que, en lo hondo de mi pecho, muda mi corazón?... Imagen tan elocuente no engaña sin duda. ¡No, no! Si me ciega un poder mágico, es un poder divino. Una voz interior me dice que el mismo Dios la envía.

JUANA.—;Se ha conmovido! ;Lo está! No le he suplicado en vano. Las nubes tempestuosas de la ira, acumuladas en su frente, se deshacen en lágrimas, y de sus ojos, que destellan paz, sale el refulgente sol del sentimiento... ;Dejad las armas!... ¡Abrazaos!... Lloro; se ha convertido... es nuestro. (Suelta su espada y su bandera; corre hacia él con los brazos abiertos, y lo estrecha en ellos con entusiasmo. La-Hire y Dunois dejan caer sus espadas, y corren también á abrazarlo.)

ACTO III.

La escena es en el campamento del Rey, en Chalons-sur-Marne.

ESCENA PRIMERA.

DUNOIS y LA-HIRE.

DUNOIS.—Éramos amigos íntimos, hermanos de armas, prontos á defender unidos la misma causa, y á sufrir juntos los males y la muerte. Que el amor á una mujer no rompa los lazos que han resistido á todas las vicisitudes de la suerte.

LA-HIRE.—¡Escuchadme, Príncipe!

DUNOIS.—Amáis á esa doncella maravillosa, y conozco vuestro propósito. Pensáis buscar ahora al Rey, y pedirle á Juana por esposa... No rehusará esa recompensa á vuestro valor... Tened entendido, sin embargo... que, antes de verla en brazos de otro...

LA-HIRE.—¡Oídme, Príncipe!

DUNOIS.—No me atrae en ella la rápida y pasajera impresión de su belleza. Ninguna mujer había perturbado mis

sentidos impasibles, hasta que ví á ese portento, enviado por Dios, para salvar á este reino y ser mi esposa. Hice voto entonces, pronunciando solemne juramento, de casarme con ella, porque sólo una mujer fuerte puede ser la compañera de un hombre que también lo sea, y mi ardiente corazón suspira por la posesión de otro igual, capaz de comprenderlo y de sostenerlo.

LA HIRE.—¿Cómo es posible, Príncipe, que yo ose comparar mis escasos méritos con vuestra fama heroica! Cuando se presenta en la liza el Conde Dunois, ha de retirarse cualquier otro contendiente. Pero una humilde pastora, por lo mismo, no merece vivir á vuestro lado como esposa. La sangre de reyes, que corre por vuestras venas, no consiente tan baja mezcla.

DUNOIS.—Ella es hija de Dioses, como yo, y santa por naturaleza, é igual á mí. No es indigna de la mano de un Príncipe, porque es esposa de los puros ángeles, porque ciñe su frente divina aureola, más clara y esplendente que todas las coronas de la tierra; porque está viendo á sus pies á todas las grandezas y vanidades mundanales, y porque todos los tronos de potestades, uno sobre otro, y aunque llegasen hasta las estrellas, no alcanzan á su altura, en donde la rodea la majestad de los ángeles.

LA-HIRE.—El Rey decidirá.

DUNOIS.—¿No, que decida ella misma! Ha libertado á Francia, y libre ha de ser para dar su corazón.

LA-HIRE.—¿Ahí viene el Rey!

ESCENA II.

CARLOS, INÉS SOREL, DUCHATEL, EL ARZOBISPO,
CHATILLÓN, y LOS MISMOS.

CARLOS. (A Chatillón.) — ¿Que viene? ¿Decís que viene á acatarme, como á su soberano, y á rendirme homenaje?

CHATILLÓN.—Aquí, señor, en tu real ciudad de Chalóns, quiere arrojarse á tus pies el Duque, mi señor... Me ha ordenado que te salude como á su Rey y Soberano; viene detrás de mí, y en breve se presentará.

INÉS.—¡Viene! ¡Oh día venturoso, que trae consigo la alegría, la paz y la reconciliación!

CHATILLÓN.—Mi señor, con doscientos caballeros, no tardará en prosternarse ante tí; pero espera que no lo consentiréis, y que lo abrazaréis como á vuestro primo.

CARLOS.—Arde mi corazón en deseos de sentirse oprimido contra el suyo.

CHATILLÓN.—El Duque os suplica que no habléis palabra alguna, alusiva á vuestra anterior contienda.

CARLOS.—¡Que todo lo pasado sea condenado al más completo olvido! Sólo queremos pensar en los días felices de lo porvenir.

CHATILLÓN.—Cuantos han combatido en su favor, habrán de ser admitidos á la reconciliación.

CARLOS.—Así duplicaré mis súbditos.

CHATILLÓN.—La Reina Isabel será comprendida también en vuestra gracia, si la acepta.

CARLOS.—Hízome la guerra, no yo á ella. Nuestra disputa queda resuelta, en cuanto ella lo diga.

CHATILLÓN.—Doce caballeros responderán de vuestra palabra.

CARLOS.—Mi palabra es sagrada.

CHATILLÓN.—Y el Arzobispo ha de compartir una hostia entre vos y él, como prenda y sello de vuestra sinceridad.

CARLOS.—Que mi parte en la salvación eterna sea tan verdadera como lo es mi lealtad y mi afecto. ¿Pide el Duque alguna otra garantía?

CHATILLÓN. (Mirando á Duchatel.) — Hay una persona, cuya presencia podría nublar la primera entrevista. (Vase Duchatel en silencio.)

CARLOS. — ¡Véte, Duchatel; ocúltate hasta que el Duque pueda sufrir tu vista! (Síguelo con los ojos, y después corre, y lo abraza.) ¡Honrado amigo! ¡Más todavía quisieras hacer por mi bien! (Vase Duchatel.)

CHATILLÓN. — Las demás condiciones están consignadas en este papel:

CARLOS. (Al Arzobispo.) — Despachad esto. Todas las aceptamos, porque ningún sacrificio ha de omitirse por ganar un amigo. ¡Andad, Dunois! Que os acompañen cien caballeros, y recibid afablemente al Duque. Que todos los soldados se engalenen con verdes ramas para honrar á sus hermanos de armas. Que toda la ciudad celebre este día como una fiesta, y que todas las campanas anuncien que Francia y Borgoña están de nuevo unidas. (Llega un Escudero, y se oyen trompetas.) ¡Oid! ¿Qué significa este toque de trompetas?

EL ESCUDERO. — El Duque de Borgoña entra en la ciudad. (Vase.)

DUNOIS. (Que sale con La Hire y Chatillón.) — ¡Ea! Vamos á recibirlo.

CARLOS. (Á Inés.) — ¡Lloras, Inés? Casi me faltan las fuerzas para presenciar esta escena. ¡Cuántas víctimas ha hecho la muerte, antes que nos veamos de nuevo en paz! Pero cálmase al fin el furor de la tempestad; sigue el día

á la noche más oscura, y llega un tiempo en que maduran los frutos más tardíos.

EL ARZOBISPO. (Á la ventana.)—Con harto trabajo atraviesa el Duque la apiñada muchedumbre. Lo arrancan del caballo, y besan su manto y sus espuelas.

CARLOS. — Es un buen pueblo, vivo y extremado en su amor, como en su odio... ¡Cuán pronto ha olvidado que ese mismo Duque ha sacrificado á sus padres y á sus hijos! Este momento horra toda una vida... ¡Reánimate, Inés! Una alegría excesiva podría dañar también; que nada lo avergüence aquí ni lo allija.

ESCENA III.

EL DUQUE DE BORGONA, DUNOIS, LA-HIRE, CHATILLÓN, y otros dos caballeros del séquito del Duque. Éste se detiene un instante á la entrada, y el Rey sale á su encuentro. Acércase el Duque en seguida, y al querer doblar una rodilla, CARLOS lo recibe en sus brazos.

CARLOS. — Nos habéis sorprendido... Nos proponíamos salir á vuestro encuentro, pero tenéis buenos caballos.

EL DUQUE. — Me ayudaban á cumplir mi deber. (Abraza á Inés, y la besa en la frente.) ¡Con vuestro permiso, primo! Es nuestro derecho de señor en Arrás, y ninguna mujer bella puede rechazarlo.

CARLOS. — Vuestra capital es, según dicen, la mansión del amor, en donde tiene su asiento y su confirmación toda belleza.

EL DUQUE. — Somos, oh Rey mío, un pueblo mercantil. Cuantos ricos productos hay en todos los climas, se ofrecen á nuestra vista y para nuestros goces en el mercado

de Brujas; pero la belleza de la mujer es lo más precioso.

INÉS.—Su fidelidad vale más aún, y, sin embargo, no se expone en el mercado.

CARLOS.—Tenéis, oh primo, la reputación y mala fama de que despreciáis la virtud superior de la mujer.

EL DUQUE.—Esa blasfemia encontraría en el pecado la penitencia. Afortunado habéis sido, oh Rey mío, porque vuestro corazón descubrió al principio lo que mi vida desordenada me ha enseñado tarde. (Repara en el Arzobispo, y le da la mano.) Reverendo Arzobispo, dadme vuestra bendición! Siempre holláis la verdadera senda, y, para hallaros, hay que seguirla sin remedio.

EL ARZOBISPO.—Llámeme á sí mi Maestro cuando le plazca; mi corazón está satisfecho, y puedo morir en paz, porque mis ojos han visto este día.

EL DUQUE. (Á Inés.)—¿No dicen que os habéis despojado de vuestras joyas, para forjar con su precio armas contra mí? ¿Cómo? ¿Tan belicosos son vuestros pensamientos? ¿Tanto era vuestro empeño en perderme? Pero pasó ya nuestra enemistad, y se ha recuperado cuanto se había perdido. Lo mismo acontece á vuestras joyas, y, ya que estaban destinadas á hacerme la guerra, recibidlas de mi mano como prenda de paz. (Toma de uno de su séquito una cajita de joyas, y se la presenta abierta. Inés mira al Rey confusa.)

CARLOS.—Acepta ese obsequio; me es doblemente caro, como signo de reconciliación y de afecto.

EL DUQUE. (Poniendo en los cabellos de Inés una rosa de brillantes.)—¿Por qué no había de ser la corona de Francia? Con la misma afición la colocaría en esta bella cabeza. (Cogiendo sus manos con afecto.) Y... contad conmigo, si alguna vez tenéis necesidad de un amigo. (Inés, llorando, se aparta á un lado; el Rey parece profundamente conmovido, y todos los circunstantes contemplan á los Príncipes con ternura. El Duque, después

de observar á todos, se precipita en los brazos del Rey.) ¡Oh, Rey mío! (Al mismo tiempo los tres caballeros borgoñones abrazan á Du-nois, La-Hire y al Arzobispo. Ambos Príncipes, callados, quedan en esta posición algunos momentos.) ¿Y pude odiaros? ¿Y pude negaros mi homenaje?

CARLOS.—¡Basta, basta! ¡No más!

EL DUQUE.—¿Y pude dar la corona á esos ingleses? ¿Jurar fidelidad á ese extranjero? ¿Poner á mi Soberano al borde del abismo?

CARLOS.—¡Olvidadlo! ¡Todo lo perdono! ¡Bórralo todo este instante! Fué culpa del destino, de algún astro maldéfico...

EL DUQUE. (Cogiendo su mano.)—Repararé el agravio; creedme, no es otro mi deseo. Todos vuestros sufrimientos serán compensados, y todo vuestro reino volverá á poder vuestro... sin exceptuar la aldea más insignificante.

CARLOS.—Ya estamos unidos, y á nadie temo.

EL DUQUE.—Os aseguro que no llevaba con alegría mis armas contra vos. ¡Oh! Si supieseis... ¿Por qué no me la habéis enviado? (Señalando á Inés.) Yo no hubiese podido resistir sus lágrimas... Ahora ningún poder infernal logrará separarnos, puesto que nuestros pechos están juntos. Este es ahora mi verdadero lugar, y mi extravío termina en vuestros brazos.

EL ARZOBISPO. (Interponiéndose entre ellos.)—Sois amigos, Príncipes. Francia, como el ave Fénix rejuvenecida, saldrá radiante de sus cenizas. Lo porvenir nos sonríe. Sanarán las profundas llagas que la afligen. Las villas devastadas, las ciudades se levantarán de sus ruinas, y se cubrirán los campos de nueva verdura... Pero las víctimas de vuestras discordias, los muertos, no resucitarán; las lágrimas, que vuestras luchas han hecho correr, derramadas quedarán. La generación nueva florecerá, pero la pasada fué presa

de la desdicha, y la felicidad de los nietos no despertará á sus abuelos. ¡He aquí los frutos de vuestra contienda fratricida! ¡Que os sirvan de lección! Temed á la Deidad de la guerra, antes de desenvainar la espada. El poderoso puede desencadenar la guerra, pero no es ésta dócil, como el halcón, que, desde los aires, torna al puño del cazador, sino que ese Dios indómito no hace caso alguno de la voz humana. La mano de vuestro salvador no saldrá otra vez de su nube, en un momento dado, como hoy.

EL DUQUE. — ¡Oh, señor! A vuestro lado hay un ángel...
¿En dónde está? ¿Por qué no la veo aquí?

CARLOS. — ¿En dónde está Juana? ¿Por qué no presencia, con nosotros, este acto tan deseado y grato, obra suya?

EL ARZOBISPO. — Esa santa Doncella, oh señor, no ama el descanso de una corte ociosa; y si la orden de Dios no la llama á la luz del mundo, esquivo, llena de rubor, las vanas miradas del vulgo. Seguramente está ocupada en cosas divinas, si Francia y su bienestar no embargan su atención, porque la gracia sobrenatural es siempre su compañera inseparable.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, y JUANA, armada, pero sin casco y con una corona en los cabellos.

EL REY. — ¡Venes, oh Juana, vestida de sacerdotisa, para consagrar la alianza, que tú misma has formado?

EL DUQUE. — ¡Cuán terrible es esta Doncella en las batallas, y en la paz cuán inefable su gracia!.. ¿No he cumplido mi palabra, Juana? ¿Estás satisfecha, y merezco tu aprobación?

JUANA. — Tú mismo te has hecho el mayor bien. Alúmbrate ahora luz bendita, cuando antes tu aspecto era sombrío y sanguinario, como luna espantosa, que se destacaba del cielo. (Mirando alrededor.) Muchos nobles caballeros hay aquí reunidos, y todos ostentan rostros placenteros. Sólo he encontrado uno triste, que ha de ocultarse, cuando los demás se regocijan.

EL DUQUE. — ¿Y quién se encuentra abrumado de tan pesada culpa, que desespera de nuestra clemencia?

JUANA. — ¿Puede acercarse? ¡Oh! ¡Decid que sí! ¡Que sea completa tu obra! No hay verdadera reconciliación, mientras el ánimo no está libre de todo odio. Una gota amarga, que quede en la copa del placer, emponzoña el néctar que la llena... No hay crimen, por grave que sea, que el Duque de Borgoña no pueda perdonar hoy.

EL DUQUE. — ¡Ah! Ya te comprendo.

JUANA. — ¿Y perdonarás? ¿Quieres perdonar, oh Duque?... ¡Adelantaos, Duchatel! (Abre la puerta, é introduce á Duchatel, que se queda lejos.) El Duque se reconcilia con todos sus enemigos, y también con vos. (Duchatel se acerca algo al Duque, é intenta leer en sus ojos.)

EL DUQUE. — ¿Qué haces conmigo, Juana? ¿Sabes acaso lo que pretendes?

JUANA. — Un señor bondadoso abre sus puertas á todos los huéspedes, y no excluye á ninguno. Tan holgadamente como al mundo el firmamento, ha de envolver la clemencia al amigo y al enemigo. El sol envía por igual sus rayos á todos los puntos del espacio infinito, y el cielo baña con su rocío á todas las plantas sedientas. Todo lo bueno, todo lo que viene de arriba, es general é ilimitado, y la obscuridad, sólo en los repliegues se encuentra.

EL DUQUE. — Puede amonestarme como le plazca, porque mi corazón es de cera en sus manos... ¡Abrazadme, Duchatel! ¡Yo os perdono! No te irrites, espíritu de mi padre,

si estrecho amigablemente la mano que te dió la muerte; y vosotras, deidades infernales, no me reconvergáis si quebranto mi terrible juramento de venganza. Entre vosotras, allí abajo, en la noche eterna, no late ya el corazón; todo es eterno, firme é inmutable... pero aquí, bajo la luz del sol, muy de otra manera. El hombre, que vive y siente, es ligero juguete de las circunstancias del momento.

CARLOS. (A Juana.)—¡Cuánto no he de agradecerte, oh noble doncella! ¡Cuán generosamente no has cumplido todas tus palabras! ¡Con qué rapidez no se ha trocado mi fortuna! Tú me has reconciliado con mis amigos, has sumido en el polvo á mis enemigos, y librado á mis ciudades del yugo extranjero... Tú sola has hecho todo esto... Dí, ¿cómo podré recompensarte?

JUANA.—Sé, oh señor, humano siempre en la próspera fortuna, como en la adversa lo fuiste... y en la cúspide de tu grandeza no olvides lo que vale un amigo en la necesidad, porque su humillación te lo ha probado. No rehuses la clemencia ni la justicia al más ínfimo de tus súbditos, porque Dios te ha enviado una pastora para salvarte... Tú reunirás á toda Francia bajo tu cetro, y serás abuelo y tronco de grandes Reyes, que te sucederán, y brillarán más que tus predecesores, y tu linaje florecerá mientras conserve el amor de su pueblo. Sólo el orgullo puede precipitarlo. De estas humildes cabañas, de donde ha salido tu salvador ahora, saldrá también la misteriosa ruina de tus culpables descendientes.

EL DUQUE.—¡Doncella inspirada por el soplo divino! si tus miradas penetran en lo porvenir, háblame también de mi progenie. ¿Será tan vasto su poderío, como lo indican sus principios?

JUANA.—Tú, Duque de Borgofña, has colocado tu asiento á la altura del trono, y tu corazón ambicioso aspira á elevarlo mas, y á llegar hasta las nubes... Pero la mano de

Dios te detendrá pronto en su camino. No temas, sin embargo, la caída de tu familia. Brutará en la persona de una doncella, y brotarán de su seno monarcas poderosos, pastores de pueblos. Se sentarán en dos grandes tronos, y dictarán leyes al mundo conocido, y á otro nuevo, que la Providencia tiene oculto más allá de mares nunca navegados.

CARLOS.—Dí, ya que el espíritu divino te ilumina: esta alianza de amistad, que ahora contraemos nosotros, ¿unirá también á nuestros nietos?

JUANA. (Después de un momento de silencio.)—¡Temed la discordia, reyes y potentados! No la despertéis en la caverna, en donde duerme, porque entonces es difícil enfrenarla. Férreo linaje es su obra, y una tea incendia á la otra... No intentéis saber más. Regocijaos de lo presente, y dejadme que os oculte lo futuro.

INÉS.—Tú, santa doncella, escudriña mi corazón, y certíórate de si aspira ó no á mayor grandeza. Dáme también un oráculo lisonjero.

JUANA.—El espíritu divino muéstrame no más que importantes sucesos. Tu destino está encerrado en tu propio pecho.

DUNOIS.—¿Pero cuál será tu suerte, doncella egregia, amada de Dios? Sin duda será para tí la flor terrestre más bella, ya que eres tan preciosa y tan santa.

JUANA.—La felicidad sólo existe allá arriba, en el seno del Padre Eterno.

CARLOS.—Sea tu fortuna en adelante cuidado sólo de tu Rey. Quiero que tu nombre sea ilustre en toda Francia, y que te bendigan las más remotas naciones... y ahora mismo voy á hacerlo... ¡arrodíllate! (Saca su espada, y le toca con ella.) ¡Levántate! ¡Eres noble! Yo, tu Rey, sacudo el polvo de tu humilde nacimiento... ¡Que sean también nobles tus antepasados, que descansan en la tumba! Llevarás

flores de lis en tus armas, y serás igual á la primera nobleza de Francia; que sólo la sangre real de los Valois sea más preclara que la tuya. El más grande, entre mis grandes, se honrará tomando tu mano, y yo me encargo de unirte á noble esposo.

DUNOIS. (Adelantándose.)—La eligió mi corazón cuando era plebeya, y el nuevo honor que posee, ni realza su mérito, ni aumenta mi amor. Aquí, en presencia de mi Soberano, y de este venerable Arzobispo, le ofrezco mi mano como á la Princesa mi esposa, si me estima digna de su mérito.

CARLOS.—¡Doncella irresistible! ¡Añades milagros á milagros! Sí; ahora creo que nada hay para tí imposible. Has rendido este corazón indomable, que se había burlado siempre de la omnipotencia del amor.

LA-HIRE. (Adelantándose á su vez.)—La prenda más estimable de Juana, porque la conozco bien, es su modestia. Merece los más preciados honores, pero jamás pondrá tan alta su ambición. No la seducen las grandezas de la tierra hasta cegarla. Bástale una sincera inclinación, un alma honrada, y la tranquila suerte que le ofrezco con mi mano.

CARLOS.—¿Tú también, La-Hire? Dos famosos rivales, iguales en valor heroico y en gloria bélica... ¿Quieres tú, que me has reconciliado con mis enemigos, que has unido á mis súbditos, sembrar la discordia entre mis amigos y yo? Sólo uno ha de ser su esposo, y los dos valen lo mismo para mí. Habla tú, pues, y que tu elección decida.

INÉS. (Aproximándose.)—Observó la sorpresa de esa noble doncella, y el rubor que tiñe sus tímidas mejillas. Désele tiempo para consultar con su corazón, confiar su acuerdo á alguna amiga, y romper el sello de su bien cerrado pecho. Esta es la ocasión propicia, en que yo he de acercarme como una hermana á esta doncella austera, y ofrecerle el servicio de mi afecto, de mi lealtad y de mi reserva...

Que como á mujeres, se nos deje examinar este proyecto mujeril, y que esperen nuestra resolución.

CARLOS. (Haciendo ademán de irse.)—¡Sea así!

JUANA.—No, señor; el rubor de mis mejillas es efecto de mi confusión, no de mi tímido pudor. Nada tengo que confiar á esta noble señora, de que haya de avergonzarme ante los hombres. Mucho me honra la elección de tan egregios caballeros; pero no abandoné yo mis pastos de ovejas para granjear mundanalmente vanidades terrenales, ni para que la corona del himeneo adornase mis cabellos, revestí mi cuerpo de férreas armas. He sido llamada á empresa bien opuesta, y sólo puede realizarla una doncella pura. ¡Yo soy la guerrera de Dios Todopoderoso, no la esposa de ningún hombre!

EL ARZOBISPO.—La mujer ha nacido para ser la compañera amada del hombre... y, cuando obedece á la naturaleza, sirve meritoriamente al cielo. Ya que tú has cumplido las órdenes divinas, que te enviaban á la guerra, puedes deponer las armas, y ser de nuevo del sexo más dulce, del cual has renegado, y que no ha nacido para el sangriento trabajo de la milicia.

JUANA.—Aun no puedo decir, venerable Prelado, lo que me mandará hacer el Espíritu; pero cuando llegue ese momento, su voz será escuchada, y yo la obedeceré. Ahora me manda cumplir mi obra. Las sienes de mi Soberano no han recibido aún la corona, y el santo óleo no ha ungido tampoco su cabeza, ni mi Señor se llama Rey todavía.

CARLOS.—Nos proponemos ahora encaminarnos á Reims.

JUANA.—No estemos ociosos, porque nuestros enemigos, que nos rodean, se ocupan en cerrarnos el camino. Pero yo os llevaré allá, atravesando por medio de todos.

DUNOIS.—Cuando todo se haya hecho; cuando hayamos entrado en Reims victoriosos, ¿consentirás entonces, santa doncella...?

JUANA.—Si el cielo permite que yo salga triunfante de esta mortal contienda, entonces estará terminada mi obra... y la pastora nada tiene que hacer en la corte del Rey.

CARLOS. (Cogiendo su mano.)—Anímate ahora la voz del espíritu, y el amor calla en los pechos llenos del poder divino; pero no enmudecerá siempre, ¡creedme! Descansarán las armas, y la victoria traerá á la paz de la mano; la alegría reinará también en todos los ánimos, y más dulces afectos en todos los corazones... También surgirán en el tuyo, y derramarás dulces lágrimas de amor, que no han vertido nunca tus ojos... y ese corazón, dominado sólo ahora por el poder de Dios, se consagrará á amar á seres te restres... Has hecho dichosos á millares de hombres, y acabarás haciendo feliz á uno solo.

JUANA.—¿Estás ya cansado, oh Delfín, del favor del cielo, para romper así su vaso de elección, y rebajar hasta el polvo vil á la doncella pura, que Dios te ha enviado? ¡Cuán ciegos estáis! ¡Cuán tibia es vuestra fe! La gloria celestial os alumbra, y descubre á vuestros ojos sus portentos, y sólo veis en mí una mujer cualquiera. ¿Es posible que una mujer se revista de acero, y alterne en las batallas con los hombres? ¡Ay de mí, si llevando en mi mano la espada cetera de Dios, fomento vanas pasiones, y amo á criaturas terrestres! ¡Valiérame más no haber nacido! No habléis, pues, palabra alguna sobre esto, os digo, si no queréis que se rebele el espíritu que me anima. Las miradas de los hombres, que se fijan en mí con afición mundana, son merecedoras de mi censura, y me profanan y horrorizan.

CARLOS.—¡No hablemos más de esto! Es inútil que intentemos conmovierla.

JUANA.—Mandad que toquen la trompeta guerrera. Me fatiga y me aflige esta tregua, y es menester que abandone estos ocios, y prosiga mi fin, y termine mi obra, ya que un imperioso y exigente es mi destino.

ESCENA V.

LOS MISMOS, y UN CABALLERO, que llega apresuradamente.

CARLOS—¿Qué hay?

EL CABALLERO.—El enemigo ha llegado al Marne, y dispone sus tropas para el combate.

JUANA. (Inspirada.) — ¡A la batalla! ¡A la lid! Ya está mi alma libre de sus ataduras. ¡Armaos mientras yo ordeno los batallones! (Vase corriendo.)

CARLOS.—¡Seguidla, La-Hire!... ¿Se proponen que peleemos por la corona, hasta en las puertas de Reims?

DUNOIS.—No es verdadero valor lo que los mueve; es el último esfuerzo de una rabia impotente.

CARLOS.—Nada os digo, Duque de Borgoña. Hoy es el día que ha de hacer buenos otros muchos malos.

EL DUQUE.—Quedaréis contento de mí.

CARLOS.—Os precederé en la senda de la gloria, y ante la ciudad de la coronación combatiré por mi corona... ¡Inés mía! Tu caballero se despide.

INÉS. (Abrazándolo.) No lloro, ni tiemblo por tí. Mi fe descansa tranquila en el cielo. Tantas señales de su favor no serán vanas al fin. Mi corazón me dice que en breve abrazaré á mi señor en Reims, después que consiga la victoria. (Las trompetas suenan, animando al combate, y, mientras muda la escena, excitan más á la batalla. Los instrumentos de la orquesta las acompañan.)

ESCENA VI.

Múdase la escena en un lugar abierto, rodeado de árboles. Toca la música, y los soldados atraviesan con rapidez por el fondo.

TALBOT, apoyado en FALSTOLF, y acompañado de SOLDADOS. Poco después llega LIONEL.

TALBOT.—Dejadme bajo estos árboles, y volved á la pelea. No necesito á nadie para morir.

FALSTOLF.—¡Oh día funesto y lamentable! (Llega Lionel.) ¡Qué espectáculo venís á presenciar, oh Lionel! Aquí yace el General, herido mortalmente.

LIONEL.—¡No lo permita Dios! ¡Levantaos, nob'e lord! No es este el momento de dejarse abatir por la fatiga. No cedáis á la muerte; que vuestra enérgica voluntad obligue á la naturaleza á vivir.

TALBOT.—¡Es en vano! Vino el día fatal que ha de derribar en Francia nuestro trono. Inútilmente, en desesperada lucha, he aventurado el último recurso para evitarlo. Herido por el rayo, yazgo aquí para no levantarme más... ¡Reims se ha perdido! ¡Corred á salvar á París!

LIONEL.—París ha tratado ya con el Delfin. Ahora mismo ha traído un correo la noticia.

TALBOT. (Rompiendo sus vendajes.)—¡Corred entonces, venas de mi sangre! La luz del sol me es ya intolerable.

LIONEL.—¡No puedo quedarme aquí!... Llevad al General á un sitio más seguro, Falstolf No podemos defender más tiempo este puesto. Los nuestros huyen en todas direcciones, porque la Doncella los acorralla por todas partes...

TALBOT.—¡Tú vences, oh locura, y yo he de morir! Ni

aun los Dioses podrían vencer con la e *upidez. Sublime razón, hija esclarecida de la Divinidad, sabia creadora del mundo entero, gafa de los astros, ¿quién eres tú, si, atada al corcel fogoso de la superstición, y dando gritos de impotencia, eres arrastrada con hombres ebrios al abismo, clara para tí, de tu perdición? ¡Maldito sea quien, en su vida, rinde culto á lo grande y á lo digno, y traza con madurez planes sensatos! En el orbe impera el rey de la locura...

LIONEL.—¡Milord! Sólo viviréis algunos instantes... Pensad en vuestro Creador...

TALBOT.— Si sucumbiéramos como valientes, vencidos por otros valientes, podríamos consolarnos con la suerte común, siempre varia é inconstante... ¡Pero morir por obra de tan grosera farsa! Mi vida anterior, laboriosa y formal, ¿no merecía fin más noble?

LIONEL. (Presentándole la mano).—¡Adiós, milord! El tributo debido de mis lágrimas, lo recibiréis cumplidamente, después de la batalla, si quedo vivo. Ahora me llama el destino á la pelea, porque allí juzga. ¡Hasta que nos veamos de nuevo en el otro mundo! ¡Breve es la despedida para amistad tan larga! (Vase.)

TALBOT.—Pronto se acabará todo para mí; y á la tierra y al sol perdurable devolveré los átomos, que en mí se juntaron para experimentar el placer y el dolor. De ese poderoso Talbot, que llenó al orbe con su gloria militar, sólo quedará un puñado de polvo... Tal es el fin del hombre... y la única ventaja, que logramos de la lucha de la vida, es la evidencia de nuestra nada, y el profundo desprecio de cuanto estimamos sublime y digno de envidia.

ESCENA VII.

LOS MISMOS; CARLOS, EL DUQUE DE BORGONA, DUNOIS, DUCHATEL, y SOLDADOS que llegan.

EL DUQUE.—¡La trinchera se tomó!

DUNOIS.—¡La jornada es nuestra!

CARLOS. (Reparando en Talbot.)—Andad y averiguad quién es ése, que allí se despide, mal su grado y amargamente, de la luz del sol. Su armadura indica que no es un cualquiera. Id, y asistidle, si es tiempo todavía. (Obedeciendo algunos soldados de su séquito.)

FALSTOLF.—¡Atrás! ¡No os acerquéis! Respetad á un muerto, á quien en vida no hubieseis deseado encontrar.

EL DUQUE.—¿Qué veo? ¡Talbot bañado en su sangre! (Aproxímase á él; Talbot lo mira fijamente, y espira.)

FALSTOLF.—¡Alejaos, Duque! Que la presencia de un traidor no manche el último momento de un héroe.

DUNOIS.—¡Terrible, indomable Talbot! Te contentas con tan pequeño espacio, y la vasta extensión de Francia no satisfacía á tu ambición gigantesca... Ahora, al fin, señor, os saludo como á Rey, porque mientras el alma animó á este cuerpo, vacilaba la corona en vuestra cabeza.

CARLOS. (Contemplando en silencio al muerto algunos instantes.)—No nosotros, sino más alto poder lo ha vencido. Yace sobre la tierra de Francia, como el héroe sobre su escudo, al que no ha querido abandonar. ¡Lleváoslo de aquí! (Los soldados se llevan el cadáver.) ¡Haya paz para sus restos, y que los guarde honroso sepulcro! Que sus huesos descansen en Francia, en donde terminó su heroica carrera. Ningún acero enemigo fué tan lejos como el suyo, y sirvale de epitafio el sitio en que se le encuentra.

FALSTOLF. (Entregando su espada.)—¡Señor, soy vuestro prisionero!

CARLOS. (Devolviéndole la espada.)—¡No lo consiento! La guerra, aunque cruel, rinde homenaje á la piedad, y acompañaréis libremente á su tumba á vuestro General. Apresuraos ahora, Duchatel... Mi Inés tiembla... Desvaneced su inquietud por nosotros... Llevadle la nueva de que vivimos, de que vencimos, y de que entraremos triunfantes en Reims. (Vase Duchatel.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS y LA-HIRE.

DUNOIS.—¿En dónde está Juana, La-Hire?

LA-HIRE.—¿Cómo? Os pregunto lo mismo. La dejó peleando á vuestro lado.

DUNOIS.—Creía que la protegía vuestro brazo, cuando corrí á juntarme con el Rey.

EL DUQUE.—En lo más espeso de los batallones enemigos ví yo flotar ha poco su bandera blanca.

DUNOIS.—¡Ay de nosotros! ¿En dónde está? Nada bueno presumo. ¡Vamos, vamos á libertarla!... Temo que su valor temerario no la haya llevado demasiado lejos, que luche sola, cercada de enemigos, y que haya de sucumbir sin socorro contra tantos combatientes.

CARLOS.—¡Daos prisa á salvarla!

LA-HIRE.—Yo os sigo. ¡Venid!

EL DUQUE.—¡Vamos todos! (Vanse precipitadamente.)

ESCENA IX.

La escena representa un paisaje solitario del campo de batalla. A lo lejos se divisan las torres de Reims, iluminadas por el sol.

UN CABALLERO, todo armado de negro, y con la visera baja. JUANA lo sigue por la parte anterior del teatro, en donde él se detiene, y la espera.

JUANA.—¡Pérfido! Ahora comprendo tu astucia. Con tu huida engañosa me has atraído lejos del campo de batalla, y he perdido á muchos ingleses de su perdición y de su muerte. Pero la tuya, sin embargo, está próxima.

EL CABALLERO NEGRO.—¿Por qué me persigues así tan tenazmente? Mi destino no es morir á tus manos.

JUANA.—Odioso hasta el extremo eres para mí, como el color de la noche, que llevas. Deseo irresistible de privarte de la luz del día siento en mi interior. ¿Quién eres? Levanta tu visera... Si yo no hubiese visto caer en la batalla al valiente Talbot, diría que tú lo eres.

EL CABALLERO NEGRO.—¿Está muda en tí la voz del espíritu profético?

JUANA.—Me dice, en lo más hondo del pecho, que mi desdicha ha de ser obra tuya.

EL CABALLERO NEGRO.—Juana de Arco! Has llegado hasta las puertas de Reims en alas de la victoria. Bástete la gloria ganada. Deja libre á la fortuna, que te ha servido como esclava, antes que te abandone colérica, porque detesta la fidelidad, y nunca es constante hasta el fin.

JUANA.—¿Te atreves á decir que me detenga en medio de mi carrera, y renuncie á mi obra? La terminaré, y cumpliré mi voto.

EL CABALLERO NEGRO.—Nada puede resistirte, por la fuerza, y vences siempre en las batallas... Pero no pelees más. ¡Sigue mi consejo!

JUANA.—Mis manos no soltarán su espada hasta que sucumba la orgullosa Inglaterra.

EL CABALLERO NEGRO.—¡Mira allí! Vé á Reims con sus torres, objeto y fin de tu empresa... Ves brillar la cúpula de su elevada catedral, y en ella entrarás en triunfo, para coronar á tu Rey y llenar tu misión... Pero no entres, vuélvete, ¡Obedéceme!

JUANA.—¿Quién eres tú, sér falso y de lengua astuta, que intentas asustarme y confundirme? ¿Cómo te atreves á pronunciar ante mí un oráculo falaz y traidor? (El Caballero negro hace ademán de retirarse, pero ella lo detiene.) ¡NO, ó me contestas, ó te mato! (Quiere pelear con él.)

EL CABALLERO NEGRO. (La toca con su mano, y ella se queda inmóvil.)—¡Mata á lo que es mortal! (Las tinieblas lo invaden todo; relámpagos y truenos; el Caballero desaparece.)

JUANA. (Al principio sorprendida, y reanimándose en seguida.)—No era un sér vivo... sino imagen engañosa del infierno; un espíritu rebelde, escapado del fuego eterno para perturbar mi corazón. ¡A qué temeré yo con la espada de Dios? Acabaré triunfante mi carrera, y aunque el mismo Averno me ataque, ni se debilitará mi valor, ni vacilaré. (Hace ademán de irse.)

ESCENA X.

JUANA y LIONEL.

LIONEL.—¡Mujer maldita, apréstate á la pelea!... Uno de los dos ha de quedar aquí muerto. Has hecho sucumbir á mis más valerosos conciudadanos, y el noble Talbot ha es-

pirado en mis brazos... O vengo a ese bravo, ó comparto su suerte. Y para que sepas quién te disputa tu gloria, muera ó triunfe..., yo soy Lionel, el último de los capitanes de nuestro ejército, pero cuyo brazo no ha sido vencido. (La ataca, y á poco ella hace saltar su espada.) ¡Infame suerte! ¡Lucha con ella.)

JUANA. (Que coge por detrás su yelmo, y se lo arranca con violencia, dejando su rostro al descubierto. Al mismo tiempo levanta su espada con la mano derecha.)—¡Sufre el castigo que buscas! La Santa Virgen te inmola por mi mano! (Míralo en este momento; se conmueve, queda inmóvil, y deja caer el brazo lentamente.)

LIONEL.—¿Por qué dudas, y no me matas? ¡Arráncame la vida; llévate esa gloria; estoy á tu merced, y no quiero perdón! (Ella le hace señal con la mano de que se aleje.) ¡Huir yo ¿Deberte la vida?... ¡Antes morir!

JUANA. (Volviendo el rostro.)—¡Sálvate! No quiero saber que tu vida depende de mi voluntad.

LIONEL.—Te detesto, y á tu generosidad... No quiero que me perdones... Mata á tu enemigo, que te aborrece, y que quisiera matarte.

JUANA.—¡Mátame... y huye!

LIONEL.—¡Ah! ¿Qué es esto?

JUANA. (Ocultándose el rostro.)—¡Ay de mí!

LIONEL. (Acercándose á ella.)—Tú matas, según dicen, á todos los ingleses, á quienes vences peleando... ¿Por qué me perdonas á mí solo?

JUANA. (Que levanta la espada con un movimiento rápido; pero la deja caer al mirarlo.)—¡Virgen Santa!

LIONEL.—¿Por qué invocas á la Santa Virgen? No se cuida de tí, ni el cielo tampoco.

JUANA. (Con la mayor angustia.)—¿Qué he hecho? ¿He quebrantado mi voto? (Se retuerce desesperada las manos.)

LIONEL. (Contemplándola con interés, y aproximándose.)—¡Doncella desventurada! Yo te compadezco. Tú me conmueves;

has sido generosa sólo conmigo. Conozco que mi odio se desvanece, y que me inspiras interés... ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

JUANA.—¡Véte! ¡Huye!

LIONEL.—Tu juventud y tu belleza me afligen. Tu mirada me llega hasta el corazón. De buen grado te salvara... Dime cómo lograrlo. ¡Ven, ven! Renuncia á ese deber horrible... ¡Arroja lejos de tí esas armas!

JUANA.—Soy indigna de llevarlas.

LIONEL.—Abandónalas pronto y sígueme.

JUANA.—(Con horror.)—¡Seguirte yo!

LIONEL.—Puedes salvarte. ¡Sígueme! Quiero salvarte, pero no vaciles... Siento por tí lástima indecible y deseo vehemente de servirte. (Coge su brazo.)

JUANA.—¡El Bastardo se acerca! ¡Ellos son! ¡Me buscan! Si te encuentran...

LIONEL.—¡Yo te protejo!

JUANA.—Moriré, si caes en sus manos.

LIONEL.—¿Me amas?

JUANA.—¡Santos del cielo!

LIONEL.—¿Te volveré á ver? ¿Sabré de tí?

JUANA.—¡Nunca! ¡Jamás!

LIONEL.—¡Que esta espada responda de que he de verte otra vez! (Le arrebató su espada.)

JUANA.—¡Insensato! ¿Cómo te atreves...?

LIONEL.—Cedo ahora á la fuerza; pero te veré después.
(Vase.)

ESCENA XI.

JUANA, DUNOIS y LA-HIRE.

LA-HIRE.—¡Vive! ¡Aquí está!

DUNOIS.—¡Nada temas, Juana! Tus amigos más poderosos están á tu lado.

LA-HIRE.—¿No es Lionel el que huye?

DUNOIS.—¡Déjalo huir! Juana, la buena causa triunfa. Reims abre sus puertas, y todo el pueblo, aclamándolo, sale al encuentro del Rey.

LA-HIRE.—¿Qué ha sucedido á la Doncella? Palidece y vacila. (Juana aparece próxima á desmayarse.)

DUNOIS.—Está herida... ¡quítala la coraza!... Es en el brazo, y parece ligera la herida.

LA-HIRE.—¡La sangre corre!

JUANA.—¡Dejadla correr con mi vida! (Cae desmayada en los brazos de La-Hire.)

ACTO IV.

Salón suntuoso y adornado.
Las columnas están rodeadas de guirnaldas. Oyense detrás
de la escena flautas y clarinetes.

ESCENA PRIMERA.

JUANA.

JUANA.—Descansan las armas, y no se oye ya el estrépito de la guerra; á las batallas sangrientas suceden el canto y el baile. En todas las calles suenan músicas alegres, y los altares y las iglesias se ostentan engalanados. Verdes ramas adornan las puertas, y guirnaldas cercan á las columnas. La gran ciudad de Reims apenas puede hospedar á tantos curiosos como llegan para asistir á las fiestas populares.

Igual y exaltada alegría inunda todos los corazones, y una misma idea flota en todos los entendimientos, y quienes ha poco se odiaban mortalmente, comparten ahora la dicha general. Quien sea francés, estará hoy más orgulloso de serlo, porque se renueva el brillo de la antigua corona, y porque Francia rinde homenaje al hijo de sus Reyes.

Yo, sin embargo, que he llevado á cabo esta empresa,

ni me siento conmovida, ni participo de tan universal júbilo. Mi corazón está trocado y distraído, y huye de estas fiestas, para volar al campamento de los ingleses. Mis miradas vagan por donde están mis enemigos, y he de evitar este alegre concurso de gentes, para ocultar la grave culpa que me atormenta.

¿Quién? ¿Yo? ¿Yo llevo en mi pecho puro la imagen de un hombre? Este corazón, lleno de gloria celestial, ¿ha de latir á impulsos de un amor terrestre? ¿Yo, la salvadora de mi patria, la guerrera de Dios Omnipotente, abrasarme por un enemigo de mi patria? ¿Me atrevo á decirlo á la faz del sol, y no morirme de vergüenza? (La música, detrás de la escena, hace oír una melodía dulce y seductora.)

¡Ay! ¡Ay de mí! ¡Qué sonidos! ¡Cómo me deleitan! ¡Cada uno de ellos me recuerda su voz como por encanto, y me retrata su rostro!

¡Que yo no escuchase el fragor de la batalla y el choque de las lanzas, para que el ardor de la pelea encendiese mi ánimo! De nuevo me dominaría mi coraje.

Estas voces, estos ruidos embargan mi mente. Todas mis fuerzas se desvanecen ante lánguidos deseos, y se truecan en lágrimas melancólicas. (Con más animación, después de una pausa) ¿Debía matarlo? ¿Podía, después de haberlo visto? ¡Matarlo! Antes me hubiese atravesado yo misma. ¿Y soy culpable, porque soy flaca? La compasión ¿es pecado?... ¡Compasión! ¿Diste su voz, y la de la humanidad, cuando inmolaba á tantos tu espada? ¿Por qué enmudeciste cuando el mancebo del país de Gales, tierno joven, te pedía suplicante la vida? ¡Corazón engañoso! Mientes sin pudor, sin hacer caso de la eterna luz, y no es la voz de la piedad la que te inspira!

¿Por qué he mirado yo sus ojos? ¿Por qué he contemplado las facciones de su noble rostro? ¡Con esa mirada comenzó tu crimen, desdichada! Dios exigía que yo fuese un

ciego instrumento, y había de serlo con los ojos cerrados. En cuanto los abriste, te abandonó la protección divina, y te estrecharon las serpientes del Averno. (Las flautas suenan de nuevo, y se deja dominar de su tierna melancolía.) ¡Cayado querido! ¡Oh! ¡Nunca debiera trocarte por la espada! ¡Jamás debía yo haber escuchado las armonías de la sagrada encina! ¡Ojalá que nunca me hubieras aparecido, celestial Reina del cielo! ¡Toma tu corona, tómala; yo no puedo merecerla!

¡Ah! Yo he visto el cielo abierto; yo he visto el rostro de los bienaventurados; y, sin embargo, mi esperanza es terrenal, y ya no se dirige al cielo! ¡Ojalá que no me confiaras esta misión terrible, porque yo no podía endurecer mi corazón, cuando Dios mismo lo hizo sensible!

¡Si quieres manifestar tu poder, elige á quienes, exentos de pecados, habitan en tu mansión eterna; envía tus ángeles puros é inmortales, que no sienten ni lloran! No elijas una flaca doncella, no el alma frágil de una pastora.

¡Qué me importaba la suerte de las batallas ni las contiendas de los Reyes? Inocente apacentaba yo mis cordeiros en los tranquilos collados de la montaña; pero me arrastraste á los torbellinos de la vida y á los suntuosos salones de los Príncipes, para hacerme culpable. ¡Ay de mí! Yo no lo hubiera elegido.

ESCENA II.

JUANA é INÉS SOREL.

INÉS. (Que entra muy conmovida; y al ver á Juana, corre y la abraza. De pronto se queda pensativa, la suelta, y se prosterna de rodillas ante ella.)—¡No; no así! ¡Aquí, en el polvo, ante tí!...

JUANA. (Queriendo levantarla.)—¡Levantaos! ¿Cómo, pues...? ¡Olvidáis lo que sois, y lo que soy yo?

INÉS.—¡Déjame! La vehemencia de mi alegría me obliga á arrojarne á tus pies... Mi corazón, que rebosa de gratitud, ha de desahogarse ante Dios, y, siendo invisible, lo adoro en tí. Tú eres el ángel, que ha llevado á Reims á mi señor, y que le has dado su corona. Lo que ni en sueños había imaginado, se realizó ya. La fiesta de la coronación se prepara; el Rey, revestido de todas sus galas, ha reunido los pares y grandes del reino, para que lleven las insignias reales: el pueblo acude en tropel á la catedral, y suenan los cánticos, y tocan las campanas. ¡Oh! Yo no puedo sufrir tanta dicha. (Juana la levanta con dulzura; Inés se detiene un momento, y examina con atención á Juana.) Pero tú sigues siempre formal y grave, y puedes conceder la felicidad, y no compartirla. Tu corazón es frío; tú no participas de nuestros goces; has contemplado la gloria celestial, y no hay dicha terrestre que te conmueva. (Juana toma su mano con emoción, y la abandona en seguida.) ¡Oh! ¡Si tú fueras mujer, y pudieras sentir! Deja esa armadura; ya no hay guerra; confiesa que perteneces á un sexo más amable. Mi corazón cariñoso se aleja asustado de tí mientras te asemejas á la austera Palas.

JUANA.—¿Qué exigís de mí?

INÉS.—¡Que te desarmes! ¡Despójate de esa armadura! El amor teme acercarse á ese pecho, cubierto de hierro. ¡Oh! Sé mujer, y sabrás lo que es amor.

JUANA.—¡Desarmarme yo ahora! ¡Ahora! ¡A la muerte ofrecería yo ahora mi pecho en la batalla! Ahora no... ¡Ojalá que tuviese yo ahora siete armaduras para defenderme de vuestras fiestas y de mí misma!

INÉS.—Te ama el Conde Dunois. Su alma noble, sólo accesible á la gloria y á las virtudes heroicas, arde por tí en sagrada llama. ¡Oh! Es grato verse amada de tan gran

héroo... más grato aún el amarillo. (Juana se vuelve con disgusto.) ¡Tú lo odias!... ¡No, no; podrás acaso no amarlo... nunca aborrecerlo! Se odia solamente al que nos arrebató un sér querido; pero tú no quieres á nadie. Tu corazón está en paz... si pudiera sentir...

JUANA.—¡Compadecedme! ¡Deplorad mi suerte!

INÉS.—¿Qué puede faltar á tu dicha? Has cumplido tu palabra, y Francia está libre; has traído victorioso á tu Rey hasta la ciudad, en que se coronan los soberanos franceses, y ganado gloria inmarcesible. Te acata y vitorea un pueblo feliz; tus alabanzas salen de todos los labios á porfía; tú eres la reina de estas fiestas, y el mismo Rey, con su corona, no brilla más que tú.

JUANA.—¡Ojalá que pudiera esconderme en lo más profundo de la tierra!

INÉS.—¿Qué tienes? ¡Qué emoción tan singular! ¡Quién podrá ver tranquilo este día, si tú has de bajar tus ojos? ¡Yo he de ruborizarme; yo, tan pequeña junto á ti, que no puedo compararme contigo por tu firmeza heroica, por tu elevación innegable! ¡He de confesarte yo misma mi flaqueza?... Ni la gloria de mi patria, ni el nuevo esplendor del trono, ni la alegría y las victorias del pueblo preocupan á mi débil corazón. Una sola idea lo llama por entero; sólo tiene espacio para ella; el adorado y aclamado por el pueblo, el bendecido por él, aquel en cuyo loor derrama flores, es mío, es mi amado.

JUANA.—¡Oh! ¡Tú eres feliz! Yo te declaro bienaventurada. Amas á quien todos aman. Te atreves á abrir tu corazón, á expresar en voz alta tu entusiasmo, á manifestarlo entre todos. Esta fiesta nacional lo es también de tu amor, y todos los pueblos, infinitos, que se oprimen gozosos dentro de estas murallas, comparten tus sentimientos y lo aprueban. Te vitorean, te coronan de guirnaldas; tu placer es el de todos; quieres al que llena á todos de júbilo, al

sol, y, cuanto ves, brilla con los resplandores de tu amor.

INÉS. (Abrazándola.)—¡Oh! ¡Tú me encantas; tú me comprendes perfectamente! No yo á tí; tú sabes lo que es amor, y lo que yo siento lo expresas tú enérgicamente. Mi corazón se despoja de su miedo y de su timidez, y sale á tu encuentro lleno de confianza.

JUANA. (Arrancándose con violencia de sus brazos.)—¡Dejadme! ¡Alejaos de mí! No os manchéis con mi contacto. Sed feliz; andad, y yo envolveré en las más profundas tinieblas mi desventura, mi oprobio y mi horror...

INÉS.—Me asustas y no te entiendo. Sin embargo, no te he entendido nunca. Tu carácter oscuro y profundo ha sido siempre un misterio inexplicable para mí. ¿Quién podría penetrar ahora en tu inocencia, y en los motivos que espantan á tu tierna pureza?

JUANA.—¡Tú eres la inocente; tú la pura! Si vieseas mi interior, rechazarias aterrada á esta enemiga, á esta perjura.

ESCENA III.

LOS MISMOS, y DUNOIS, DUCHATEL y LA-HIRE, con el estandarte de JUANA.

DUNOIS.—¡Te buscan, Juana! Todo está preparado. El Rey nos envía, porque quiere que tú le precedas con la bandera sagrada. Irás en el séquito de los Principes, y la más inmediata al Monarca, porque él no niega, y todos lo confiesan, que es sólo tuyo el honor de tan fausto día.

LA-HIRE.—¡Aquí está la bandera! ¡Tómala, noble doncella! Los Principes esperan, y el pueblo está impaciente.

JUANA.—¡Precederle yo! ¡Llevar yo la bandera!

DUNOIS.—¿Y quién mejor ha de llevarla? ¿Qué mano hay más pura para sostener tan sagrada insignia? La hiciste flotar en las batallas; llévala ahora como ornamento en esta solemnidad pacífica. (La-Hire hace ademán de entregársela, y ella retrocede temblando)

JUANA.—¡Dejadme, dejadme!

LA-HIRE.—¿Qué tienes? ¿Te asustas de tu misma bandera?... ¡Mírala! (La desarrolla.) Es la misma que llevaste victoriosa. La Reina del cielo está representada en ella, cerniéndose sobre un globo terrestre, como te lo había prescrito antes.

JUANA. (Mirándola con terror.)—¡Ella es! ¡Así exactamente se me apareció! ¡Mirad cómo me contempla y arruga su ceño, y cuán coléricos se muestran sus ojos!

INÉS.—¡Oh! ¡Juana está fuera de sí! ¡Vuelve en tí! ¡Serénate! No es real lo que ves. Es una imitación terrestre de esa imagen, pero ella misma está entre los coros de ángeles.

JUANA.—¿Vienes, Virgen temible, á castigar á tu criatura? ¡Castígame, aniquíllame; toma tu rayo, y hazlo caer sobre mi cabeza culpable! ¡He faltado á mi voto, la he profanado, he sido perjura á tu santo nombre!

DUNOIS.—¡Ah de nosotros! ¿Qué es esto? ¡Qué funestas palabras!

LA-HIRE. (Admirado, á Duchatel.)—¿Comprendéis tan extraña emoción?

DUCHATTEL.—Ya lo veo, y ha largo tiempo que lo temía.

DUNOIS.—¿Cómo? ¿Qué decis?

DUCHATTEL.—No me atrevo á expresar lo que pienso. ¡Ojalá que esto hubiera ya sucedido, y que el Rey estuviera coronado!

LA-HIRE.—¿Qué decis? ¿Acaso el horror, que inspira esta bandera, cae de rechazo sobre ella? Los ingleses tiemblan ante este signo y todos los enemigos de Francia, y sin

embargo infunde valor á los fieles ciudadanos franceses.

JUANA.—Sí; tienes razón. Es grato á los amigos y siembra el espanto en los enemigos. (Se oye la marcha de la coronación.)

DUNOIS.—¡Toma, pues, la bandera! ¡Tómala! Comienza la procesión, y no hay que perder un momento. (Presentan á Juana la bandera; ella la rehusa; pero la lleva al fin, y los demás la siguen.) -

ESCENA IV.

La escena representa una plaza grande, delante de la catedral. Los espectadores llenan el fondo del teatro, y entre ellos aparecen BERTRAND, CLAUDIO MARÍA y ESTEBAN, y detrás MARGARTA y LUISA. A lo lejos se oye la marcha de la coronación.

BERTRAND.—¡Oid la música! ¡Son ellos! ¡Ya se acerca! ¿Qué será lo mejor? ¿Subimos á la plataforma, ó penetramos entre la muchedumbre, para no perder nada del espectáculo?

ESTEBAN.—No se puede pasar. Las calles están llenas de gente, de caballos y de coches. Acerquémonos á esas casas, y desde ellas lo veremos todo cuando pasen.

CLAUDIO MARÍA.—¿Es posible que se haya reunido aquí la mitad de Francia? Tanta es la concurrencia, que hasta nosotros hemos dejado el remoto país de la Lorena por presenciar esta fiesta.

BERTRAND.—¿Quién podrá quedarse tranquilo en un rincón, cuando tan portentosos sucesos ocurren en nuestro país? Bastante sangre y bastantes sudores ha costado coronar al Rey legítimo. Menester es que nuestro Monarca

verdadero, á quien damos ahora la corona, no tenga peor acompañamiento que el otro de París, coronado en San Dionisio. No es buen francés el que huya de aquí, y no grite: ¡Viva el Rey!

ESCENA V.

LOS MISMOS, y MARGARITA y LUISA que llegan.

LUISA.—¡Vamos á ver á nuestra hermana, Margarita! ¡El corazón me late sobremanera!

MARGARITA.—La veremos en toda su gloria y en todo su esplendor, y diremos: ¡Es nuestra hermana!

LUISA.—Hasta que no la vea, no puedo creer que esa mujer poderosa, que se llama la Doncella de Orleáns, sea nuestra hermana Juana, que perdimos. (La procesión se acerca.)

MARGARITA.—¡Dudas todavía? ¡La verás ahora!

BERTRAND.—¡Atención, que ya llegan!

ESCENA VI.

Flautas y clarinetes suenan á la cabeza de la procesión; siguen niños, vestidos de blanco, con ramos en la mano. Detrás de éstos dos heraldos, y luego alabarderos, y magistrados con togas. Después, dos mariscales con su bastón, el Duque de Borgoña trayendo la espada, Dunois el cetro, y algunos grandes con la corona, el globo y la mano de la justicia, y otros con ofrendas. A continuación caballeros de distintas órdenes, niños con incensarios, dos Obispos con el santo óleo, y el Arzobispo, con su crucifijo, y

junto á él Juana, con la bandera, llevando los ojos bajos, y con paso vacilante. Sus hermanas, al verla, manifiestan su sorpresa y su alegría. Detrás de ella viene el Rey-bajo un solio, sostenido por cuatro Barones, y acompañado de palaciegos. Soldados cierran la procesión. Cuando el Rey entra en la iglesia, calla la música.

ESCENA VII.

LUISA, MARGARITA, CLAUDIO MARÍA, ESTEBAN y
BERTRAND.

MARGARITA.—¿Has visto á nuestra hermana?

CLAUDIO MARÍA.—¿La que llevaba una armadura de oro, y una bandera delante del Rey?

MARGARITA.—¿Era ella! ¿Era Juana, nuestra hermana!

LUISA.—¡Y no nos ha conocido! ¡No imaginaba que estaba tan cerca de nosotras! Miraba al suelo, y parecía pálida, como si temblara bajo su bandera... Yo no me he alegrado de verla.

MARGARITA.—Así, yo he visto á nuestra hermana, rodeada de pompa y de grandezas... ¿Quién, ni aun en sueño, hubiera pensado, cuando apacentaba en las montañas sus rebaños, que la habíamos de contemplar de esta manera tan brillante!

LUISA.—Se ha cumplido el sueño de nuestro padre, de que nos prosternáramos en Reims ante nuestra hermana. Esa es la iglesia, que vió también, y todo se ha realizado hasta ahora. Pero á mi padre se presentaron además otras tristes apariciones. ¡Ah! ¡Siento haber sido testigo de las grandezas de Juana!

BERTRAND.—¿Qué hacemos aquí ociosos? Vamos á la iglesia á asistir á la sagrada ceremonia.

MARGARITA.—¡Sí, vamos! Quizás encontremos allí de nuevo á nuestra hermana.

LUISA.—Ya la hemos visto. Regresemos, pues, á nuestra aldea.

MARGARITA.—¿Cómo! ¿Antes de saludarla y hablarla?

LUISA.—Nada tiene ya que ver con nosotras; sólo se trata con príncipes y reyes... ¿Quiénes somos nosotras, para que por vanidad tomemos parte también en su gloria? Una extraña era para nosotras cuando vivíamos juntas.

MARGARITA.—¿Se avergonzará de nosotras, y nos despreciará?

BERTRAND.—El mismo Rey nos ha atendido, porque saludaba con afabilidad hasta á los más pobres. Por grande que sea ahora su orgullo, el Rey es más que ella. (Las trompetas y los tímboles resuenan en la iglesia.)

CLAUDIO MARÍA.—¡Vamos á la iglesia! (Corren hacia el fondo y desaparecen entre la gente.)

ESCENA VIII.

THIBAUT, vestido de negro: detrás **RAIMUNDO**, que quiere detenerlo.

RAIMUNDO.—¡Estaos quieto, tío Thibaut! ¡Alejaos de este bullicio! No veis aquí sino gente alegre, y vuestra tristeza la ofende. Venid; abandonemos cuanto antes esta ciudad.

THIBAUT.—¿Has visto á mi desdichada hija? ¿La has observado atentamente?

RAIMUNDO.—¡Huyamos, por Dios!

THIBAUT.—¿Notaste cómo vacilaban sus pasos? ¿cuán pá-

lida, cuán demudada parecía? Conoce su situación la infeliz hija mía. Este es el momento de salvarla, y no quiero desaprovecharlo. (Intenta irse.)

RAIMUNDO.—¡Quedaos! ¡Que os proponéis hacer?

THIBAUT.—Sorprenderla, precipitarla desde la cúspide de su loca fortuna; sí, á la fuerza quiero que vuelva á su Dios, de quien ha renegado.

RAIMUNDO.—¡Ah! ¡Pensadlo bien! Podría suceder que la perdiérais.

THIBAUT.—Viva su alma, aunque perezca su cuerpo. (Juana sale sin la bandera de la iglesia. El pueblo se atropella por adorarla y besar sus vestidos, y se queda en el fondo del teatro detenida por la muchedumbre.) ¡Ella viene! ¡Ella es! Sale pálida de la iglesia. Su inquietud la rechaza de ese lugar sagrado. ¡Es la justicia divina que se manifiesta!

RAIMUNDO.—¡Adiós! No exigid ya que os acompañe. Vengo lleno de esperanza, y me voy presa del más vivo dolor. He visto de nuevo á vuestra hija, y comprendo que la he de perder de nuevo. (Vase y Thibaut también, en dirección opuesta.)

ESCENA IX.

JUANA, el PUEBLO, y después SUS HERMANAS.

JUANA. (Que se separa del pueblo y se adelanta.)—¡No puedo quedarme aquí!... Persíguenme fantasmas; los sonidos del órgano son truenos para mí; los bóvedas de la catedral parece que se desploman sobre mi cabeza. Ansío respirar libremente. He dejado la bandera en el santuario. No, jamás, jamás la tocaré! Se me ha figurado que he visto pasar ante mí, como en un sueño, á mis dos queridas her-

manas Luisa y Margarita... ¡Ay de mí! Era sólo una aparición engañosa. ¡Lejos están ellas, lejos é inaccesibles para mí, como la dicha de mi infancia y mi inocencia!

MARGARITA. (Adelantándose.)—¡Ella es! ¡Es Juana!

LUISA. (Corriendo á su encuentro)—¡Oh hermana mía!

JUANA.—¿No era, pues, ilusión?... ¿Sois vosotras?... ¡Yo os abrazo; á tí, Luisa mía; á tí, mi Margarita! Aquí, en este lugar extraño, en este vasto desierto lleno de almas, abrazo yo á mis hermanas tan adoradas!

MARGARITA.—Nos conoce; es todavía nuestra buena hermana.

JUANA.—Y vuestro afecto ¿os ha traído tan lejos, tan lejos, hasta mí? ¿No miráis mal á vuestra hermana, que os abandonó con tanta frialdad, sin deciros adiós?

LUISA.—Las órdenes misteriosas de Dios te lo ordenaban.

MARGARITA.—Tu fama, que pregona el mundo entero, que publican todas las voces, ha llegado hasta nuestra tranquila aldea, y nos ha guiado hasta fiesta tan solemne. Hemos venido á contemplar tu gloria, y no estamos solas.

JUANA. (Con prontitud.)—¿No está mi padre con vosotras? ¿En dónde, en dónde está? ¿Por qué me lo ocultáis?

MARGARITA.—Nuestro padre no nos acompaña.

JUANA.—¿No? ¿No quiere ver á su hija? ¿No me traéis su bendición?

LUISA.—No sabe que estamos aquí.

JUANA.—¿No lo sabe? ¿Por qué no?... ¿Os turbáis? ¿Calláis, y miráis al suelo? Decid, ¿en dónde está mi padre?

MARGARITA.—Desde que tú desapareciste...

LUISA. (Haciéndole una señal.)—¡Margarita!

MARGARITA.—Se puso triste...

JUANA.—¿Triste?

LUISA.—¡Consuélate! ¡Tú sabes cuán sensible es! Volverá á su anterior estado, y se considerará satisfecho cuando le digamos que tú eres feliz.

MARGARITA. — Pero ¿lo eres? Si; debes serlo, ya que te ves tan grande y tan honrada.

JUANA. — Si; lo soy, puesto que os veo, que oigo vuestra voz, el acento querido, que me recuerda los campos natales. Cuando apacentaba el ganado en las colinas, era yo feliz, como si existiera en el paraíso... ¡No puedo ya ser lo que era, no puedo! (Oculta su rostro en el pecho de Luisa. Claudio María, Esteban y Bertrand se presentan, y se quedan en el fondo.)

MARGARITA. — ¡Venid, Esteban, Bertrand, Claudio María! Mi hermana no es orgullosa; habla con tanta dulzura, y tan amigablemente, como si nada hubiese hecho, como si todavía viviese con nosotros en la aldea. (Acércanse aquellos, y le presentan la mano. Juana los mira fijamente, y manifiesta gran sorpresa.)

JUANA. — ¿En dónde estaba yo? Decidme, ¿ha sido todo esto sólo un sueño, y despierto ahora? ¿Me encuentro ahora lejos de Donremy? ¿No es verdad? ¿Me había dormido bajo el árbol encantado, y he despertado, y estáis todos á mi rededor, todos esos á quienes tan bien conocía, y que me eran tan familiares? He soñado con reyes, batallas y hazañas guerreras... Eran sólo sombras, que han pasado ante mí, porque se sueña debajo de ese árbol. ¿Cómo habéis venido vosotros á Reims? ¿Cómo estoy yo aquí? ¡Nunca, nunca he abandonado yo á Donremy! Decidlo, y regocijaréis así mi corazón.

LUISA. — Estamos en Reims. Tí no has soñado todo eso, lo has hecho realmente... ¡Vuelve en tu acuerdo: mira cuanto te rodea! ¡Palpa tu armadura de oro! (Juana lleva la mano á su pecho, reflexiona, y se espanta.)

BERTRAND. — De mi mano recibiste ese casco.

CLAUDIO MARÍA. — No es extraño que creas soñar, porque lo que has intentado, lo que has hecho, apenas se puede imaginar.

JUANA. (Con prontitud.)—¡Venid y huyamos! Me voy con vosotras. ¡Vuelvo á nuestra aldea, á la casa de mi padre!

LUISA.—¡Oh! ¡Ven, ven con nosotras!

JUANA.—Todos estos hombres me glorifican más de lo que merezco. Me habéis visto niña, pequeña y débil. Me amáis, pero no me adoráis.

MARGARITA.—¡Renunciarás á toda esta pompa?

JUANA.—Lejos de mí esas galas odiosas, que me separan de vosotras. Quiero ser otra vez pastora. Os serviré como vuestra humilde criada, y expiaré, haciendo la más rigurosa penitencia, mi vana elevación sobre vosotras. (Suenan las trompetas.)

ESCENA X.

EL REY, que sale de la iglesia, con sus insignias reales; **INÉS SOREL**, el **ARZOBISPO**, el **DUQUE DE BORGONA**, **DUNOIS**, **LA-HIRE**, **DUCHATEL**, **CABALLEROS**, **CORTESANOS** Y **PUEBLO**.

EL PUEBLO. (Gritando varias veces, mientras pasa el Rey.)— ¡Viva el Rey! ¡Viva Carlos VII! (Las trompetas se callan; á una señal del Rey, los heraldos, levantando sus bastones, imponen silencio.)

EL REY.—¡Pueblo mío bondadoso! Te doy las gracias por tu amor. La corona, que Dios ha puesto en mi cabeza, ha sido ganada y conquistada con las armas, derramándose noble sangre de ciudadanos, aunque habrán también de adornarla ramas de oliva. Doy también las gracias á todos los que han peleado por mí, y perdono á cuantos me han resistido, porque Dios me ha dispensado su gracia,

y la clemencia ha de ser también el principio de mi reinado.

EL PUEBLO.—;Viva el Rey! ;Viva Carlos VII!

EL REY.—Sólo de Dios, el Soberano de los Soberanos, es de quien recibimos la corona real de Francia. Pero yo la he recibido de su mano de manera más sensible (Volviéndose hacia la Doncella.) He aquí la enviada por Dios, que os ha dado vuestro Monarca legítimo, rompiendo el yugo de la tiranía extranjera. Su nombre debe ser igual al de San Dionisio, patrono de este Reino, y en su loor deben también alzarse altares.

EL PUEBLO.—;Viva, viva la Doncella, nuestra salvadora! (Suenan las trompetas.)

EL REY. (A Juana.)—Si tú eres, como nosotros, de la raza humana, di cuál es la recompensa que puede regocijarte; pero si el cielo es tu patria, si tú, en tu cuerpo juvenil, encierras un alma celestial, arranca la venda, que cubre nuestros ojos, y déjate ver en tu forma gloriosa, como eres en el cielo, para que te adoremos en el polvo. (Silencio general; todos miran á la Doncella.)

JUANA. (Gritando de repente.)—;Dios mío! ;Mi padre!

ESCENA XI.

LOS MISMOS, y **THIBAUT**, que sale de entre la muchedumbre, y se coloca delante de **JUANA**.

MUCHAS VOCES.—;Su padre!

THIBAUT.—Sí, su padre, digno de lástima, el que engendró á esa desventurada, el mismo, á quien impulsa la justicia de Dios, para que acuse á su propia hija.

EL DUQUE.—;¡lola! ;Qué es esto?

DUCHATEL.—¡Terrible luz va á iluminarnos ahora!

THIBAUT. (Al Rey.) — ¿Crees tú que te ha salvado la mano de Dios? ¡Príncipe engañado! ¡Te ha salvado el artificio del demonio! (Todos se apartan con horror.)

DUNOIS. — ¿Está loco ese hombre?

THIBAUT.—Yo no, y tú sí, y cuantos me rodean, y este sabio Arzobispo, porque creen que el Señor del cielo se ha mostrado en la persona de una doncella despreciable. Veamos si también delante de su padre se atreve á sostener sus arteros engaños, los mismos con que ha seducido al pueblo y al Rey. Respóndeme en nombre de la Santísima Trinidad. ¿Eres santa, y eres pura? (Silencio general; todos la miran; ella se queda inmóvil.)

INÉS.—¡Dios mío! ¡Enmudece!

THIBAUT. — Oblígala á callar ese nombre temible, cuyo poder alcanza hasta las profundidades del Averno... ¡Ella una santa, enviada por Dios!... Esa idea le ha sido sugerida en un lugar maldito, bajo el árbol mágico, en donde, desde tiempo inmemorial, se reúnen para celebrar sus conciliábulos los malos espíritus... Allí vendió su alma inmortal al enemigo del género humano, para conquistar una gloria efímera mundana. Descubridle el brazo, y veréis en él la señal, que ha puesto el diablo.

EL DUQUE.—¡Esto es horrible!.. Sin embargo, es menester dar crédito á su padre, acusando á su propia hija.

DUNOIS.—No; no hay que fiarse de un loco, que se deshonra deshonrando á su hija.

INÉS. (Á Juana.)—¡Oh! ¡Habla! ¡Rompe ese malhadado silencio! ¡Nosotros te creemos! ¡Tenemos en tí confianza! Una palabra tuya, una sola palabra de tus labios nos satisface... ¡Pero habla! Desmiente esa espantosa acusación... ¡Declara que eres inocente, y todos te creemos! (Juana continúa inmóvil; Inés se aleja de ella asustada.)

LA-HIRE.—¡Está espantada! La sorpresa y el horror cierran sus labios... Ante una acusación tan grave tiembla hasta el más inocente. (Acércase á ella.) ¡Reanímate, Juana ¡Cobra bríos! La inocencia tiene una mirada victoriosa, una lengua, siempre triunfante, que anonada en un momento á la calumnia. Manifiesta una noble ira, levanta los ojos, avergüenza y castiga á quienes dudan de tí, á quienes menosprecian indignamente tu santa virtud. (Juana continúa inmóvil. La-Hire retrocede con horror, y el movimiento general se aumenta.)

DUNOIS.—¡Por qué tiembla el pueblo? ¡Por qué los Príncipes? Es inocente... ¡Yo respondo de ella, yo mismo, por mi honor también de Príncipe! Aquí está mi guante. ¡Quién se atreve á llamarla culpable? (Suená un trueno fuerte, y todos los presentes se aterroran.)

THIBAUT.—¡Responde en nombre de Dios, cuyo trueno retumba allá arriba! ¡Dí que eres inocente! ¡Niega que el diablo es dueño de tu alma, y convénceme de embustero! (Suená otro trueno más fuerte, y el pueblo huye en todas direcciones.)

EL DUQUE.—¡El Señor nos ampare! ¡Qué señales tan temerosas!

DUCHATTEL. (Al Rey).—¡Venid, venid, Rey mío! ¡Huyamos de aquí!

EL ARZOBISPO. (A Juana).—En nombre de Dios te digo: ¡Callas porque eres culpable ó inocente? Si el trueno testifica en tu favor, toma esta cruz, y pruébalo. (Juana permanece inmóvil. Nuevos y mayores truenos. Inés, el Arzobispo, el Duque, La-Hire y Duchatel se van.)

ESCENA XII.

DUNOIS y JUANA.

DUNOIS.—Tú eres mi esposa. Yo te he creído desde el instante en que te ví, y lo mismo pienso ahora. Te doy más fe que á todas estas señales, y más que al trueno, que suena en lo alto. Callas noblemente indignada, y á menos tienes, bajo el escudo de tu santa inocencia, rechazar esas injuriosas sospechas... Desprécialas, pero confía en mí, porque nunca he dudado de tu candor. Nada me digas; dame sólo tu mano, en prenda y signo de que fias á mi brazo la defensa de tu buena causa. (Le presenta su mano. Ella se vuelve, y él se queda estupefacto.)

ESCENA XIII.

JUANA; DUCHATEL; DUNOIS; por último, RAIMUNDO.

DUCHATEL. (Volviendo.)—¡Juana de Arco! El Rey os permite que abandonéis libremente esta ciudad. Las puertas están abiertas para vos. No temáis ofensa alguna. Os protege su poder... Seguidme, Conde Dunois... no os honráis continuando más tiempo aquí... ¡Qué desenlace! (Vase. Dunois sale de su éxtasis, mira otra vez á Juana, y se va. Juana permanece sola un momento. Al fin aparece Raimundo; se detiene algunos instantes, á lo lejos, y la contempla afligido breve rato y en silencio. Después se acerca á ella, y le coge una mano.)

RAIMUNDO.—Aprovecha la ocasión. ¡Ven, ven! Las calles están desiertas. Dáme la mano. Yo te guiaré. (Al verlo, manifiesta por primera vez sensibilidad. Lo mira, y luego al cielo. Estrecha su mano con efusión, y sale.)

ACTO V.

El teatro representa un bosque. En lontananza, chozas de carboneros. Está muy oscuro, con relámpagos y truenos, y oyéndose, por intervalos, descargas de artillería.

ESCENA PRIMERA.

UN CARBONERO, y SU MUJER.

EL CARBONERO.—La tempestad es horrorosa. El cielo amenaza desgajarse en torrentes de fuego, y en medio del día reinan las tinieblas como á la media noche. Cual infierno desencadenado muge la borrasca; tiembla la tierra, y las seculares encinas encorvan, quejándose, sus copas. Y esta guerra terrible en lo alto, que hasta acobarda á las fieras, y las obliga á refugiarse en las cavernas, no trae la paz á los hombres... A pesar del fragor de los truenos y del huracán, se oyen las descargas de la artillería; tan próximos están los dos ejércitos, que sólo el bosque los separa, y á cada instante puede empezar horrenda y sangrienta batalla.

LA MUJER.—¡Dios nos ampare! Los enemigos estaban

derrotados y dispersos. ¿Cómo, pues, nos atormentan ahora de nuevo?

EL CARBONERO.—Porque no temen ya al Rey, en cuanto se supo en Reims que la Doncella era una hechicera; y desde que el diablo no nos ayuda, todo se ha trastornado.

LA MUJER.—¡Calla! ¿Quién se acerca?

ESCENA II.

LOS MISMOS, y RAIMUNDO y JUANA.

RAIMUNDO.—Aquí veo una cabaña. Ven, y encontraremos un abrigo contra la furiosa borrasca. No podrás resistir más tiempo, al cabo de tres días de vagar incesante, huyendo de todos, y sin otro alimento que raíces silvestres. (Cálmase la tempestad, y el día se aclara.) Son carboneros compasivos. ¡Entrad!

EL CARBONERO.—Necesitáis descansar, según parece. ¡Venid! Vuestro es cuanto se cobija bajo esta pobre choza.

LA MUJER.—¿Una tierna doncella armada? ¡Ya se ve! Malos tiempos son estos, cuando hasta las mujeres han de revestir la coraza. La misma Reina Isabel, según cuentan, está armada á la vista de todos en el campamento enemigo, y una doncella, criada de un pastor, ha peleado por nuestro señor el Rey.

EL CARBONERO.—¿Qué dices? Entrad en la choza, y ofreced á esa joven una copa para que se reanime. (La mujer va hacia la choza.)

RAIMUNDO. (A Juana.)—Ya veis que no todos los hombres son perversos. También en estas soledades hay buenos corazones. ¡Serenaos! La tempestad se ha aplacado, y el sol brilla de nuevo, y nos consuela.

EL CARBONERO.—Paréceme que os dirigís al ejército de nuestro Soberano, puesto que camináis armados... ¡Mirad delante de vosotros! Los ingleses están acampados cerca, y sus escuadrones recorren estos montes.

RAIMUNDO.—¡Ay de nosotros! ¿Cómo podremos escaparnos?

EL CARBONERO.—Quedaos aquí, hasta que mi hijo venga de la ciudad. Os guiará por sendas poco frecuentadas, y nada tendréis que temer. Conocemos todos los rodeos.

RAIMUNDO. (A Juana.)—Despojaos del yelmo y de la armadura. Os delata, y no os protege. (Juana sacude la cabeza.)

EL CARBONERO.—Esta joven parece muy afligida... ¡Silencio! ¿Quién viene?

ESCENA III.

Los MISMOS; la MUJER del Carbonero, que sale de la choza trayendo una copa, y el HIJO del Carbonero.

LA MUJER.—Es el niño, cuya vuelta esperábamos. (A Juana.) ¡Bebed, noble joven! ¡Que Dios os bendiga!

EL CARBONERO. (A su hijo.)—¿Llegaste ya, Anel? ¿Qué traes?

EL HIJO. (Que mira á Juana mientras bebe, la conoce, y le quita la copa.) ¡Madre, madre! ¿Qué hacéis! ¿A quién hospedáis? ¡Es la hechicera de Orleáns!

EL CARBONERO Y SU MUJER.—¡Que Dios nos ampare! (se persignan, y huyen.)

ESCENA IV.

RAIMUNDO y JUANA.

JUANA. (Serena, y con dulzura.)—Ya ves; me persigue la maldición, y todos huyen de mí. Piensa en salvarte, y abandóname.

RAIMUNDO.—¡Yo abandonarte! ¿Ahora? ¿Y quién te acompañará?

JUANA.—No me falta compañía. Has oído al trueno retumbar sobre mi cabeza. Mi destino es mi guía. No te inquietes; llegaré á mi fin sin buscarlo.

RAIMUNDO.—¿Adónde quieres ir? Aquí están los ingleses, que han jurado tomar de tí horrible y sangrienta venganza... allí los nuestros, que te han rechazado y desterrado...

JUANA.—No me sucederá sino lo que me haya de suceder por necesidad.

RAIMUNDO.—¿Quién te alimentará? ¿Quién te protegerá contra las fieras, y quién contra los hombres, más temibles todavía? ¿Quién te asistirá, si enfermas y te ves reducida á la miseria?

JUANA.—Conozco todas las hierbas, todas las raíces. Mis ovejas me enseñaron á distinguir las saludables de las ponzoñosas... Comprendo el curso de los astros y de las nubes, y oigo correr las fuentes ocultas. El hombre necesita poco, y la naturaleza le da mucho, porque es muy rica.

RAIMUNDO. (Tomándole la mano.)—¿No quieres volver á tu hogar? ¿Ni reconciliarte con Dios?... ¿Ni ingresar de nuevo, arrepentida, en el seno de la Iglesia?

JUANA.—¿Pero tú me crees también culpable?

RAIMUNDO.—¿Cómo no? Tu tácita confesión...

JUANA.—Tú, que me has acompañado en mi desgracia, el único sér, que me ha guardado fidelidad y encadena su suerte á la mía, cuando todos me rechazan, ¿me miras como á una mujer reprobada, que reniega de su Dios?...

(Raimundo se calla.) ¡Oh! ¡Esto es duro en verdad!

RAIMUNDO.—¿No eres, pues, hechicera?

JUANA.—¿Yo hechicera!

RAIMUNDO.—¿Entonces, sólo con la ayuda de Dios y de sus santos has hecho tales milagros?

JUANA.—¿Cómo podría ser de otro modo?

RAIMUNDO.—¿Y te callaste, oyendo tan tremenda acusación?... ¿Hablas ahora, y cuando debías hablar ante el Rey, enmudeciste?

JUANA.—Me sometí en silencio al amargo trance, á que me sujetaba Dios, mi Señor.

RAIMUNDO.—¿No contestar siquiera á tu padre?

JUANA.—La prueba venía de Dios, porque venía de mi padre.

RAIMUNDO.—¿Hasta el cielo testificó contra tí!

JUANA.—Porque habló el cielo, callé yo.

RAIMUNDO.—¿Cómo! ¿Podías disculparte con una palabra, y dejaste á todos en tan desventurado error?

JUANA.—No era un error, sino un decreto del cielo.

RAIMUNDO.—¿Toleraste inocente tal oprobio, y ni una queja articularon tus labios?... Te admiro, y me siento conmovido hasta lo más hondo de mi corazón. De buen grado te creo, porque me afligía considerarte culpable. Sin embargo, yo no podía ni aun soñar que ningún sér humano sufriese en silencio tan monstruosa afrenta.

JUANA.—¿Merecía ser yo la enviada de Dios, si no acataba ciegamente su voluntad? No soy tan miserable como tú imaginas. Me aqueja la necesidad, pero, para mi situación, no es ninguna desdicha. Me veo desterrada y fugitiva,

pero en mi soledad he aprendido á conocerme. Cuando me rodeaba el esplendor de la gloria, había lucha en mi pecho, y era la más miserable, cuando más me envidiaba el mundo... Ahora estoy curada, y esta tempestad de la naturaleza, que amenazaba tragarse la tierra, me ha favorecido, purificando la atmósfera, y á mí también... La paz reina en mi alma... Suceda lo que quiera, nada me inspira temor.

RAIMUNDO.—¡Oh! ¡Ven, ven! Apresurémonos á proclamar en voz alta tu inocencia, para que todos la conozcan.

JUANA.—Quien ha consentido este yerro, sabrá deshacerlo. Los frutos del destino caen por su propio peso, cuando están maduros. Llegará el día, en que se demuestre mi inocencia. Quienes ahora me rechazan y condenan, comprenderán cuánta ha sido su insensatez, y llorarán mi suerte.

RAIMUNDO.—Menester era que yo callase, hasta que...

JUANA. (tomando su mano con dulzura).—Tú no ves sino el aspecto natural de las cosas, porque venda mundana cubre tus ojos. Los míos han contemplado cosas inmortales... Sin la voluntad de Dios no se cae un solo cabello de la cabeza de los hombres... ¿Ves cómo el sol descende allí en el horizonte? Del mismo modo que mañana brillará de nuevo en todo su esplendor, así vendrá también el día de la verdad.

ESCENA V.

LOS MISMOS, y la REINA ISABEL, con SOLDADOS que aparecen por el fondo.

LA REINA. (Detrás de la escena.)— Este es el camino del campamento inglés.

RAIMUNDO.— ¡Ay de nosotros! ¡El enemigo! (Entran soldados, que, al ver á Juana, retroceden asustados.)

LA REINA.— Veamos, ¿por qué retrocedéis?

LOS SOLDADOS.— ¡Dios nos socorra!

LA REINA.— ¿Os espanta algún espectro? ¿Sois soldados ó mujercillas?... ¿Cómo? (Penetra entre ellos, y retrocede también al ver á Juana.) ¿Qué veo? ¡Ah! (Se repone en seguida, y sale á su encuentro.) ¡Entrégate! ¡Eres mi prisionera!

JUANA.— ¡LO SOY! (Raimundo huye desesperado.)

LA REINA. (A los soldados.)— ¡Encadenadla! (Los soldados se aproximan con timidez á la Doncella. Esta presenta sus brazos, y la sujetan.) He aquí á la poderosa, á la temida, la que os aterraba como si fueseis corderos, y ahora no puede defenderse á sí misma. Si hacía milagros, era por vuestra credulidad, y se convierte en mujer, en cuanto encuentra un alma varonil. (A la Doncella.) ¿Por qué abandonas tu ejército? ¿En dónde está el Conde Dunois, tu caballero y protector?

JUANA.— Me han desterrado.

LA REINA. (Retrocediendo admirada.)— ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Te han desterrado? ¿Desterrada por el Delfín?

JUANA.— No preguntéis más. Soy vuestra prisionera. Pronunciad mi sentencia.

LA REINA.— ¿Desterrada cuando lo has sacado del abismo, cuando le das la corona en Reims, y lo has hecho Rey de

Francia? ¡Desterrada! Conozco en esto á mi hijo... Llevadla al campamento. Mostrad á las tropas la fantasma, ante la cual temblaba. ¡Es acaso hechicera? Todos sus hechizos son el efecto de vuestra insensatez y de vuestra cobardía. Es una loca, que se sacrifica por su Soberano, y que ahora recibe el premio merecido de ese mismo Soberano... Llevadla á Lionel... Le envío atada la fortuna de los franceses. Yo la seguiré al punto.

JUANA.—¡A Lionel? Matadme aquí antes.

LA REINA. (A los soldados.) ¡Obedecedme! Llevaosla (Vase.)

ESCENA VI.

JUANA, y LOS SOLDADOS

JUANA. (A los soldados.)—No consintáis, oh ingleses, que yo salga viva de vuestras manos. ¡Vengaos! Desenvainad vuestras espadas, y atravesadme el corazón. Llevadme ya muerta á vuestro General. Recordad que soy quien ha hecho sucumbir á vuestros más valerosos adalides, que nunca os mostró compasión, que ha derramado torrentes de sangre inglesa, y privado á vuestros héroes más distinguidos del placer de regresar á su patria. ¡Tomad sangrienta venganza! ¡Matadme! Vuestra soy ahora. No siempre me encontraréis tan débil...

EL CAPITÁN DE LOS SOLDADOS.—Haced lo que la Reina os manda.

JUANA.—¡He de ser aún más desdichada de lo que ya he sido? ¡Virgen temible! ¡Cuán pesada es tu mano! ¡Me retiraste por completo tu protección? Ni Dios ni ángel alguno se me aparece, cesan los milagros, y el cielo se ha cerrado para mí. (Sigue á los soldados.)

ESCENA VII.

El campamento francés.

DUNOIS. entre EL ARZOBISPO y DUCHATEL.

EL ARZOBISPO.— Refrenad, oh Príncipe, vuestra negra melancolía. ¡Venid con nosotros! Volved á vuestro Rey. No abandonéis la causa común en este momento, porque vencidos de nuevo, necesitamos del auxilio de vuestro brazo.

DUNOIS.—¿Por qué somos vencidos? ¿Por qué cobra ánimo el enemigo? Todo estaba hecho; Francia victoriosa, y la guerra terminada. Habéis desterrado á vuestra salvadora. ¡Salvaos ahora vosotros! Yo no veré más el campamento, si Juana no está en él.

DUCHATEL.— ¡Tomad mejor acuerdo, Príncipe! No nos respondáis de esa manera.

DUNOIS.— ¡Callad, Duchatel! Os detesto, y nada quiero oír de vuestros labios. Sois el primero que dudasteis de ella.

EL ARZOBISPO.—¿Quién no se había de engañar, y vacilar en ese día malnadado, en que tantos signos testificaban contra Juana? Estábamos sorprendidos, amenazados; el golpe era mortal para nuestro corazón... ¿Quién podía permanecer sereno en aquel momento horroroso? Ahora es cuando reflexionamos. La vemos como fué entre nosotros, y no encontramos motivo alguno de censura; estamos confusos; tememos haber cometido alguna grave injusticia... El Rey está arrepentido. El Duque se acusa á sí mismo, La Hire se muestra inconsolable, y todos estamos tristes.

DUNOIS.— ¡Ella una impostora! Si la verdad hubiese de

revestir alguna vez figura humana, había de elegir la suya. Si la inocencia, si la lealtad, si la pureza de las intenciones han habitado algún día sobre la tierra... ha sido en sus labios, en sus nobles ojos.

EL ARZOBISPO.—Que el cielo se declare por medio de un milagro, y descifre este misterio, que nuestra corta vista no penetra... Pero sea la que fuere la terminación de este contratiempo, hemos pecado. Nos hemos defendido con armas infernales, ó hemos desterrado á una santa. Y cualquiera de estos motivos es bastante para llamar la ira y el castigo del cielo sobre este pais infortunado.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, y UN NOBLE, y luego RAIMUNDO.

EL NOBLE.—Un pastor joven pregunta por Vuestra Alteza, y pide con grande ahinco hablaros; viene, según dice, de parte de la Doncella...

DUNOIS.—¡Corred! ¡Traedlo! ¡Que entre! (El Noble abre á Raimundo la puerta. Dunois sale á su encuentro.) ¿En dónde está? En dónde está la Doncella?

RAIMUNDO.—¡Dios os guarde, noble Príncipe! Y me alegro en el alma encontrar á vuestro lado á este piadoso Obispo, á este santo varón, protector de los oprimidos y padre de los desafortunados

DUNOIS.—¿En dónde está la Doncella?

EL ARZOBISPO.—Dínoslo, hijo mío!

RAIMUNDO.—Señor, no es ninguna hechicera. Lo aseguro por Dios y por todos los santos. El pueblo se ha engañado. Habéis desterrado á una inocente, y rechazado á la enviada por Dios.

DUNOIS.—¿En donde está? ¡Dílo!

RAIMUNDO.—La acompañé en su huida por las Ardenas. Allí me ha franqueado su corazón. Que muera yo mártir, que mi alma no disfrute de la dicha eterna, si ella no está exenta, oh señor, de toda culpa.

DUNOIS.—El mismo sol del cielo no es más puro. Pero, ¿en dónde está? ¡Dílo!

RAIMUNDO.—¡Oh! Si Dios ha mudado vuestro corazón... ¡corred á salvarla! Es prisionera de los ingleses.

DUNOIS.—¡Prisionera! ¿Cómo?

EL ARZOBISPO.—¡La desdichada!

RAIMUNDO.—Fué sorprendida en las Ardenas, en donde nos refugiamos, por la misma Reina, y entregada á los ingleses. ¡Oh! salvadla de una muerte horrorosa, ya que salvó á vosotros.

DUNOIS.—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Tocad los tambores! ¡Sonad la alarma! ¡A pelear todas las tropas! ¡Que todos los franceses se apresten á la batalla! ¡Nuestro honor lo pide! ¡Hay que recobrar la corona y nuestro palladium, arriesgar toda nuestra sangre, las vidas de todos! ¡Es preciso libertarla ante que acabe el día. (Vanse.)

ESCENA IX.

Una torre, con una ventana alta.

LA REINA ISABEL, FALSTOLF, JUANA y LIONEL.

FALSTOLF. (Entrando precipitadamente.)— Ya es imposible contener á la muchedumbre. Exige furiosa que muera la Doncella. Os oponéis en vano. Matadla, y arrojadla de cabeza desde esta torre. El ejército no se calmará, hasta que no corra su sangre.

LA REINA. (Que entra.) —Arriman escalas, y acuden en tropel. Acceded á su deseo. ¿Esperaréis, que, en su rabia ciega, derriben la torre, y nos maten á todos? ¡Entregadla!

LIONEL. —;Dejad que la asalten! ;Dejadlos que a'boroten! Este castillo es fuerte, y prefiero sepultarme en sus ruinas á ceder á su demanda... Respóndeme, Juana. Sé mía, y te defiende contra todos.

ISABEL. —¿Qué hacéis?

LIONEL. —Los tuyos te han rechazado. Ningún lazo te une ya á tu ingrata patria. Los cobardes, que te amaban, te abandonaron, no osando pelear en defensa de tu honor. Yo lo defiende contra todos los míos... Me hiciste creer un día que te era cara mi vida. Y entonces combatía yo, contra tí como enemigo. Ahora yo soy tu único amigo.

JUANA. —Tú eres mi enemigo, y el enemigo odioso de mi pueblo. Nada puede haber común entre tú y yo. No puedo amarte. Sin embargo, si sientes inclinación hacia mí, sirve á ambos pueblos... Lleva lejos de mi patria á tu ejército, entrega las llaves de todas las ciudades, que habéis conquistado por la fuerza, da libertad á los prisioneros, ofrece rehenes como garantía de ese pacto sagrado, y así, yo cierro contigo la paz en nombre de mi Rey.

LA REINA. —¿Nos impondrás condiciones, siendo nuestra prisionera?

JUANA. —Hazlo así ahora, no cuando la necesidad te obligue. Francia no sufrirá el yugo de Inglaterra. ¡No, no! ¡Jamás! Será más bien el sepulcro de vuestro ejército. Ya sucumbieron los más valerosos. Pensad en asegurar vuestro regreso; vuestra gloria, vuestro poder, desaparecieron.

LA REINA. —¿Podéis tolerar la arrogancia de esta insensata?

ESCENA X.

LOS MISMOS, y un CAPITAN, que llega corriendo.

EL CAPITÁN.—Apresuraos, general; apresuraos á ordenar el ejército para la batalla. Los franceses se adelantan, cor las banderas desplegadas, y el ruido de sus armas llena todo el valle.

JUANA. (Con entusiasmo.)—¡Los franceses se adelantan! ¡Al campo, pues, Inglaterra orgullosa! Trátase de venir en seguida á las manos.

FALSTOLF.—Necia, reprime tu contento! ¡No verás el fin de este día!

JUANA.—Mi pueblo vencerá, y yo moriré. Los valientes no necesitan ya de mi brazo.

LIONEL.—Desprecio esos hombres afeminados. En veinte batallas los hemos puesto en vergonzosa huida delante de nosotros, antes que esta heroína combatiera en su favor. A todos los tenía en poco, excepto á una, y á esa la han desterrado... ¡Venid, Falstolf! Vamos á prepararles una segunda jornada de Crecy y de Poitiers. Vos, oh Reina, quedaos en esta torre, y guardad á la doncella hasta que la batalla se decida. Os dejo cincuenta caballeros para protegeros.

FALSTOLF.—¿Cómo? ¿Vamos á salir al encuentro al enemigo, y dejamos aquí á esta fanática?

JUANA.—¿Te asusta una mujer encadenada?

LIONEL.—¿Dame palabra, oh Juana, de no escaparte!

JUANA.—¡Escaparme es ahora mi único deseo!

LA REINA.—¡Triplicad sus cadenas! Con mi cabeza respondo que no se escapará. (Sujétanla con pesadas cadenas el cuerpo y los brazos.)

LIONEL. (A Juana.)—¿Así lo quieres? Nos obligas á ello. Todo depende de tí. Renuncia á Francia, empuña la bandera de Inglaterra y eres libre, y esos furiosos, que pedían tu muerte, te servirán.

FALSTOLF. (Invitándole.)—¡Vamos, vamos, mi general!

JUANA.—¡Excusa tus palabras! Los franceses se adelantan. ¡Defiéndete! (Suenan las trompetas, y Lionel sale apresuradamente.)

FALSTOLF.—¿Sabéis lo que habéis de hacer, oh Reina? Si la fortuna se declara contra nosotros; si veis que huyen vuestras tropas...

LA REINA. (Sacando un puñal.)—¡No tengáis cuidadò! No vivirá para presenciar nuestra derrota.

FALSTOLF. (A Juana.)—Ya sabes lo que te espera. Ahora pide á Dios que favorezca á tu pueblo. (Vase.)

ESCENA XI.

LA REINA; JUANA, y los SOLDADOS..

JUANA.—¡Así lo haré! Nadie me lo estorbará... ¡Oid! ¡Es la marcha guerrera de mi patria! ¡Con qué entusiasmo late mi corazón en mi pecho, y cómo me anuncia la victoria! ¡Que sucumba Inglaterra! ¡Que venzan los franceses! ¡A ellos, mis valientes! ¡Á ellos! ¡La Doncella está cerca de vosotros! No puede ya, como antes, precederos con su bandera... pesadas cadenas la sujetan. Pero su alma, libre de su prisión, vuela sin obstáculos en las alas de vuestra marcha.

LA REINA. (A un soldado.)—Sube á esa ventana. desde donde se domina el campo, y dínos las alternativas de la batalla. (El soldado la obedece.)

JUANA.—¡Valor, valor, pueblo mío! ¡Es la última pelea! Una victoria más, y sucumbe el enemigo.

LA REINA.—¿Qué ves?

EL SOLDADO.—Ya combaten. Un furioso, en un caballo árabe, cubierto con una piel de tigre, se precipita delante de los caballeros armados.

JUANA.—¡Es el Conde Dunois! ¡Adelante, valeroso adalid! ¡La victoria es tuya!

EL SOLDADO.—El Duque de Borgoña ataca los puentes.

LA REINA.—¡Ojalá que diez lanzas atravesen á un tiempo el corazón del traidor!

EL SOLDADO.—Lord Falstolf le opone enérgica resistencia. Los soldados del Duque y los nuestros ponen pie en tierra, y pelean cuerpo á cuerpo.

LA REINA.—¿No ves al Delfín? ¿No conoces las insignias reales?

EL SOLDADO.—Todo está envuelto en polvo. Ya nada distingo.

JUANA.—Si él tuviera mis ojos, ó yo estuviera ahí arriba, ni el más pequeño detalle se me ocultaría. Yo puedo contar al vuelo las aves que pasan, y en las nubes distingo al halcón.

EL SOLDADO.—Junto al foso se traba encarnizada pelea. Los más valerosos, según me parece, batallan allí.

LA REINA.—¿Flota al aire nuestra bandera?

EL SOLDADO.—Flota en lo alto.

JUANA.—Si yo pudiese presenciar el combate por una hendidura, dirigiría desde aquí la batalla.

EL SOLDADO.—¡Ay de mí! Nuestro general es cercado por los enemigos.

LA REINA. (Sacando el puñal contra Juana.)—¡Muere, desdichada!

EL SOLDADO. (Con prontitud.)—Ya está libre. El animoso Falstolf acomete por retaguardia á los enemigos... y rompe sus apretados escuadrones.

LA REINA. (Envainando el puñal.)—¡Tu ángel de la Guarda ha pronunciado estas palabras!

EL SOLDADO.—¡Victoria, victoria! Ya huyen.

LA REINA.—¿Quién huye?

EL SOLDADO.—¡Los franceses, los borgoñones! El campo está lleno de fugitivos.

JUANA.—¡Dios mío, Dios mío! ¿Hasta tal punto has de abandonarme?

EL SOLDADO.—Allí llevan uno gravemente herido. Muchos vuelan á su ayuda. ¡Es un Príncipe!

LA REINA.—¿Francés ó de los nuestros?

EL SOLDADO.—Le desatan el yelmo. ¡Es el Conde Du-nois!

JUANA. (Sacudiendo vigorosamente sus cadenas.)—¡Y yo sólo soy una mujer encadenada!

EL SOLDADO.—¡Hola! ¡Poco á poco! ¿Quién lleva un manto celeste con estrellas de oro?

JUANA. (Con viveza.)—¡Mi Señor, el Rev!

EL SOLDADO.—Su caballo espantado se alza de manos... lo derriba en tierra... lo hace rodar... se levanta con trabajo. (Juana, al oirlo, se mueve convulsivamente.) Los nuestros acorren; ya lo alcanzan... ya lo envuelven...

JUANA.—¿No hay ya ángeles en el cielo?

LA REINA. (Burlándose.)—¡Ahora es la ocasión! ¡Sálvalo ahora!

JUANA. (Se hince de rodillas, y con voz animada y fuerte.)—¡Oyeme, Dios, en mi último trance! Mi alma, en mi ansia ardiente, se eleva hacia el cielo y hacia tí. Tú puedes dar tanta fuerza á los hilos de una araña, como á los cables de un navío. Fácil es á tu omnipotencia transformar á su vez en tenues hilos de araña á cadenas de hierro. Si tú quieres, estas cadenas caerán, y se abrirán las murallas de esta torre... Tú socorríste á Sansón, cuando estaba ciego y encadenado, y sufría las burlas amargas de sus arrogantes ene-

migos... Confiado en tí, sacudió vigorosamente las columnas del edificio, que le servía de cárcel, y cayó en ruinas...

EL SOLDADO.—¡Victoria, victoria!

LA REINA.—¿Qué hay?

EL SOLDADO.—¡El Rey ha sido hecho prisionero!

JUANA. (Levantándose.)—¡Que Dios sea conmigo misericordioso! (Agarra con fuerza las cadenas con ambas manos, y las rompe. En seguida se precipita sobre el soldado más próximo, le arrebató su espada, y corre fuera. Todos la miran inmóviles.)

ESCENA XII.

Los mismos, sin Juana.

LA REINA. (Después de una larga pausa.)—¿Qué ha sido esto? ¿Sueño yo? ¿Adónde ha huído? ¿Cómo ha roto sus pesadas cadenas? Jamás lo hubiese creído, á no verlo con mis ojos.

EL SOLDADO. (En la ventana.)—¿Cómo? ¿Tiene alas? ¿Se la ha llevado el viento?

LA REINA.—¡Habla! ¿Está allá abajo?

EL SOLDADO.—En medio de la batalla... Corre con tanta velocidad, que no puede seguirla mi vista... ahora está allí... ahora aquí... la veo á un tiempo en muchas partes... Hien de los escuadrones... todos ceden ante ella; los franceses se detienen, y se rehacen de nuevo... ¡Ay de mí! ¿Qué veo? Nuestros soldados deponen las armas, nuestras banderas vienen á tierra.

LA REINA.—¿Cómo? ¿Nos arrancarán una victoria segura?

EL SOLDADO.—¡Va derecha hacia el Rey!... ya llega junto á él... lo salva de sus enemigos... Lord Falstolf le acomete... El General es hecho prisionero.

LA REINA.—No quiero oír más. ¡Baja!

EL SOLDADO.—¡Huid, Reina! ¡Seréis sorprendida! Hombres armados se acercan á la torre. (Él baja.)

LA REINA. (Desenvainando su espada.)—¡Así peleáis, cobardes!

ESCENA XIII.

Los MISMOS, y LA-HIRE, con soldados. Al entrar, los de la Reina deponen las armas.

LA-HIRE. (Acercándose á la Reina con respeto.)—¡Someteos á la fuerza, señora!... Vuestros caballeros se han rendido, y toda resistencia es inútil... Aceptad mis servicios. Ordenadme adónde he de llevaros.

LA REINA.—A cualquiera parte, siempre que no sea al Delfín. (Date su espada, y lo sigue con los soldados.)

ESCENA XIV.

La escena representa el campo de batalla. Soldados con banderas ocupan el fondo del teatro. Delante de ellos, EL REY y el DUQUE DE BORGONA, en cuyos brazos descansa JUANA, herida mortalmente, sin dar señales de vida. Andan con lentitud. INÉS SOREL entra precipitadamente.

INÉS. (Abrazando al Rey.)—¡Sois libre... vivís... os veo de nuevo...!

EL REY.—Soy libre..., pero lo soy á este precio. (Aludiendo á Juana.)

INÉS.—¡Juana! ¡Dios mío! ¡Se muere!

EL DUQUE.—;Espiró! ;Así se separan de nosotros los ángeles! ;Vedla ahí, tranquila y sin dolor, como un niño dormido! La paz del cielo resplandece en su rostro. Ningún soplo de vida se escapa de su pecho; pero hay algún calor en sus manos, y aun no ha muerto del todo.

EL REY.—;Sucumbió!... No despertará más, y sus ojos no contemplarán nada terrestre. Su alma gloriosa vuela allá arriba, y no ve ni nuestro dolor ni nuestro arrepentimiento.

INÉS.—;Abre los ojos! ;Vive!

EL DUQUE. (Atónito.)—;Vuelve á nosotros desde la tumba? ;Vence á la muerte? ;Se levanta! ;Se sostiene!

JUANA. (En pie, y mirando á su rededor.)—;En dónde estoy?

EL DUQUE.—;Entre los tuyos, Juana, entre tus compatriotas!

EL REY.—;En los brazos de tu amigo, de tu Rey!

JUANA. (Después de mirar fijamente á su rededor.)—;No; no soy hechicera! ;Cierto que no lo soy!

EL REY.—Eres santa, como los ángeles, pero nuestros ojos estaban en tinieblas.

JUANA. (Sonriendo y contenta.)—;Y estoy, en efecto, entre los míos! ;Y ni me desprecian, ni me rechazan! ;No me maldicen, y se muestran conmigo bondadosos! . . Si; todo lo reconozco con claridad. ;Éste es mi Rey! ;Esas son las banderas de Francia! Pero, sin embargo, no veo la mía... ¿En dónde está? No puedo caminar sin mi bandera. Confíó-mela mi Maestro, y he de deponerla al pie de su trono, para probarle que le he sido fiel.

EL REY. (Volviendo el rostro.)—;Dadle su bandera! (Se la entregan. Yérguese, con la bandera en la mano. Rosada luz brilla en el cielo.)

JUANA.—;Veis el arco iris allá lejos? La gloria abre sus puertas de oro; resplandece entre coros de ángeles, opri-miendo su pecho á su Eterno Hijo, y extendiendo hacia mí

sus brazos con dulce sonrisa. ¿Qué siento yo?... Ligeras
nubes me levantan... mi pesada coraza se trueca en alas.
Arriba... arriba... Huye la tierra... ¡Breve es el dolor, y
perpetua la alegría! (Deja caer la bandera, y cae también muerta.
Todos permanecen largo tiempo conmovidos y callados.. El Rey
hace una leve señal, y traen todas las banderas, y la cubren con
ellas.)

FIN DE LA DONCELLA DE ORLEÁNS.

GUILLERMO TELL



GUILLERMO TELL.

ARGUMENTO.

En el acto primero se exponen dramáticamente por el poeta los motivos del alzamiento de los suizos contra la dominación austriaca, tales como los atropellos y crímenes de los agentes del Gobierno, y sus actos tiránicos. Un suizo ha matado de un hachazo al bailío Wolfenschiessen, por haber querido abusar de su mujer. Persiguenlo los satélites del Gobernador, y lo salva Tell, atravesando el lago de los Cuatro Cantones con una horrorosa tempestad. Otro, Stauffacher, temeroso de las amenazas y malevolencia del Gobernador, y excitado por su esposa, resuelve buscar compañeros de otros Cantones, para sacudir el yugo extranjero. Al mismo tiempo, en la plaza pública de Altdorf se levanta un castillo, fortaleza y cárcel, para defensa de aquel funcionario, y para asegurar la opresión de los habitantes del territorio, exigiéndose á éstos que acaten y saluden á un sombrero, puesto en lo alto de un palo, que se supone representar al Soberano, para conocer de este modo extraño é injurioso quiénes son los obedientes y quiénes no. Otro suizo, en fin, Melchthal, ha sido castigado por maltratar á un agente del Gobernador, no en su persona ó bienes, por haberse puesto en salvo, pero sí en la

de su inocente padre, que ha sido cegado por orden superior, y despojado de cuanto poseía.

En su consecuencia se reúnen varios personajes, y entre ellos el suegro de Tell, y resuelven aumentar el número de los conjurados, y adoptar los medios de libertarse de sus opresores.

El acto segundo está compuesto de solo dos escenas. El lugar de la primera es el castillo de Attinghausen, cuyo señor, barón del mismo título, y suizo de corazón, se empeña vanamente en disuadir á su sobrino Ulrico de Rudenz de su afición á las novedades extranjeras, afición, por otra parte, poco patriótica, y fundada en el amor que profesa á Bertha de Bruneck, rica heredera, suiza, que reside en el castillo del Gobernador. En la segunda, los conjurados, reunidos en Rütli, celebran una junta, y acuerdan apoderarse, por medio de un ardid, de las fortalezas principales, el día designado para celebrar la fiesta del Gobernador.

Tell, cuya casa aparece al público en la primera escena del acto tercero, se prepara á encaminarse á Altdorf, con su hijo mayor Gualterio, para visitar á su suegro Fürst; y, en efecto, se dirige allá, á pesar de los ruegos de su mujer Eduvigis, temerosa de algún atentado del Gobernador, cuyo odio á su marido es notorio á ambos cónyuges.

En otra escena del mismo acto tiene una entrevista en los montes, en donde cazaban con Gessler, Ulrico Rudenz y Berta, mostrándose ésta pronta á corresponder al amor de Ulrico, siempre que se separe de los extranjeros, y proteja contra ellos á sus compatriotas, los suizos. El amante accede fácilmente á esta pretensión.

Tell llega entonces á la plaza pública de Altdorf, en donde está expuesto el famoso sombrero. No lo ve, y no lo saluda. Los centinelas apostados por el Gobernador quieren llevarlo á la cárcel; llega á esto el mismo Gessler de su

expedición venatoria, y le ordena disparar su ballesta contra una manzana colocada en la cabeza de su hijo. La acierta sin herirlo, y el Gobernador, lleno de ira al ver el feliz éxito de su infernal proyecto, manda que encierren á Tell en la prisión, por haber confesado el ballestero, que, antes de disparar la flecha contra la manzana, se había guardado otra en el pecho para lanzarla, en caso de una desgracia, contra el mismo Gobernador.

Pero en el acto cuarto Guillermo Tell se escapa del bote, que, en compañía de Gessler, lo llevaba á la fortaleza de Kussnacht, valiéndose para lograrlo de su reconocida habilidad en la navegación, á la cual se apela por su mismo juez, considerándola como el único medio probable de librarse de una horrorosa tempestad, que se desencadena al atravesar el lago. Desatan, pues, á Tell con este objeto, y él aprovecha la ocasión dirigiendo el bote hacia un peñasco, en el cual salta, llevándose sus armas, y dejando á sus verdugos á merced de las olas.

El Barón de Attinghausen muere también en este acto, de muerte natural, y Tell mata de un flechazo al Gobernador, al pasar por un estrecho sendero en las montañas, en la dirección de Kussnacht. Ulrico Rudenz, sobrino del Barón, y su heredero, entra también en la conjuración, impulsado, no sólo por sus sentimientos patrióticos, sino también por el robo y desaparición de su amada Berta, víctima de otro atropello del Gobernador.

Finalmente, en el acto quinto estalla la sublevación, el pueblo se apodera de las fortalezas y se abandona á la alegría, con tanto más motivo, cuanto que se recibe la noticia de haber sido asesinado el Emperador, cuya venganza temían, por Juan de Suabia. Berta es libertada por Ulrico; y Tell vuelve á su casa, á donde llega el mismo Juan de Suabia fugitivo, disfrazado de fraile, descubriéndose á él, y obteniendo, aunque con trabajo, por la enormidad de su

crimen, que guarde el secreto, y le muestre el camino para librarse de sus perseguidores, y llegar hasta Roma para postrarse á los pies del Padre Santo. Los conciudadanos de Tell vienen también á saludarlo, y lo aclaman libertador de su patria.

GUILLERMO TELL.

PERSONAJES.

HERMANN GESSLER, Gobernador imperial de Uri y Schwitz (Suiza, cantón).

WERNER, Barón de Attinghausen, señor de bandera.

ULRICO DE RUDENZ, su sobrino.

WERNER STAUFFACHER,

CONRADO HUNN,

ITEL REDING,

JUAN AUF DER MAUER,

JORG DE HOFE,

ULRICO SCHMIDT, y

JOST DE MEILER.

GUALTERIO FURST,

GUILLERMO TELL,

ROSSELMANN, el cura,

PETERMANN, el sacristán, } De Uri.

KUONI, pastor,

WERNI, cazador, y

RUODI, pescador.

ARNOLDO DE MELCHTHAL,

CONRADO BAUMGARTEN,

MAIER DE SÄLNEN,

STRUTH DE WINKELRIED, } De Unterwalden.

KLAUS DE FLUE,

BURCARDO DE BUHEL,

ARNOLDO DE SEWA, y

PEFFER, de Lucerna.

KUNZ, de Gersau.

JENNI, joven pecador.

SEPPI, pastorcillo.

GERTRUDIS, mujer de Stauffacher.
EDUVIGIS, mujer de Tell, hija de Furst.
BERTHA DE BRUNECK, heredera rica.
ERMENGARDA,
MATHILDE,
ISABEL, é
ILDEGARDA. } Labradoras.
GUALTERIO, y
GUILLERMO. } Hijos de Tell.
FRIESHARDO, y
LEUTHOLDO. } Soldados.
RUDOLFO DE HARRAS, escudero de Gessler.
JUAN EL PARRICIDA, Duque de Suabia.
STUSSI, guarda de campo.
El que toca la trompa de Uri.
Un Mensajero del Imperio.
Un Oficial, encargado de las quintas.
Un Maestro picapedrero, oficiales y peones.
Un pregonero.
Religiosos.
Jinetes de Gessler y Landenberg.
Hombres y mujeres de los cantones.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Montañas escarpadas del lago de los Cuatro Cantones, enfrente de Schwitz.

El lago forma una ensenada, tierra adentro, viéndose una choza, no lejos de la orilla. Un jovenzuelo, pescador, boga en su barca por el lago. Más allá de éste, aparecen verdes prados, aldeas y granjas de Schwitz, alumbrados por los claros rayos del sol. A la izquierda del espectador, los picos de las montañas, envueltos en nubes, y á la derecha, en el fondo, los montes de hielo. Antes de descorrerse el telón, se oye el *ranz de las vacas*, y el armonioso sonido de las esquilas de los ganados, que continúa largo tiempo durante la escena.

EL PESCADOR. (Que canta en la barca; melodía del *ranz de las vacas*.)—Risueño está el lago, é invita á bañarse. El niño dormía en su verde orilla; oyó grato sòn, dulce como el de la flauta, como la voz de los ángeles en el Paraiso. Cuando despertó, lleno de placer celestial, las ondas besaron su pecho, y, desde lo profundo, le dijeron: «Tú eres mío, querido niño; te sorprendo dormido, y ya nunca me dejarás.»

EL PASTOR. (Desde la montaña; variación sobre el ranz de las vacas.)—¡Adiós, prados! ¡Adiós, pastos, iluminados por el sol! El ganado os deja, porque pasó ya el verano. Caminemos por la sierra, y volveremos cuando el cuco nos llame, cuando los cantos resuenen, y la tierra se vista de flores y corran los arroyuelos en el deleitoso mayo. ¡Adiós, prados! ¡Adiós, pastos! El ganado os deja, porque pasó ya el verano.

EL CAZADOR. (Que aparece enfrente, en lo alto de los peñascos; segunda variación.)—Truena en las alturas, y se estremece la tierra; pero al cazador no intimida el sendero, que da vértigos, y audaz se adelanta por las heladas llanuras, en donde no se ostenta la primavera ni reverdecen las ramas. Sus plantas huellan las nubes, y ya está lejos de las ciudades de los hombres. El mundo se le presenta, cuando se rasgan las nubes, y allá abajo, entre las aguas, los campos de brillante verde. (Cambia el paisaje; óyese un ruido sordo en las montañas, y las nubes se extienden. Ruodi, el pescador, sale de la choza; Werni, el cazador, baja de los peñascos; Kuoni, el pastor, se presenta trayendo acuestas un cántaro de leche, y Seppi, su criado, le sigue.)

RUODI.—Apresúrate, Jenni; arrastra la barca á la orilla. La negra tempestad se acerca; las nubes envuelven la cima del peñasco; el pico de Asithene se oculta bajo espeso velo, y viento glacial sopla de la caverna. La borrasca estallará, según pienso, cuando menos lo esperamos.

KUONI.—Ya llueve, barquero. Mis ovejas brotan la hierba con avidez, y los mastines escarban la tierra.

WERNI.—Los peces saltan, y la polla de agua se zambulle. La tempestad se viene encima.

KUONI. (A su criado.)—Cuida, Seppi, que no se extravíe el ganado.

SEPPI.—Sólo por la esquila conozco yo á Lisel, la parda.

KUONI.—Entonces ninguna nos falta, porque esa es siempre la última.

RUODI.—¡Bien suenan vuestras esquilas, pastor!

WERNI.—Y un ganado lucido... ¿Es vuestro, amigo?

KUONI.—No soy tan rico... Pertenece á mi señor, el Barón de Attinghausen, por cuya orden lo apaciento.

RUODI.—¡Qué bien cae el collar á esta vaca!

KUONI.—Sabe ella también que sirve de guión, y, si se lo quitase, ni aun comer querría.

RUODI.—No discurrís con acierto... ¡Un animal irracional!...

WERNI.—Eso es hablar con ligereza. Los animales tienen su razón, y nosotros, los cazadores de gamuzas, lo sabemos. Ponen una de centinela, cuando pastan, la cual aguja el oído, y avisa silbando, si siente algún cazador.

RUODI. (Al pastor.)—¿Os recogéis ya?

KUONI.—Los pastos se han agotado.

WERNI.—¡Dios os guíe, vaquero!

KUONI.—Tal es mi deseo también, porque no siempre se vuelve de vuestras excursiones.

RUODI.—Allí viene un hombre corriendo.

WERNI.—Lo conozco; es Baumgarten de Alzelle. (Llega Conrado Baumgarten, sin aliento.)

BAUMGARTEN.—¡Vuestra barca por Dios, barquero!

RUODI.—¡Veamos, veamos! ¿Qué ocurre?

BAUMGARTEN.—¡Soltadla! ¡Me libraréis de la muerte! ¡Pasadme!

KUONI.—Paisano, ¿qué tenéis?

WERNI.—¿Quién os persigue?

BAUMGARTEN. (Al pescador.)—¡Pronto, pronto! ¡Ya llegan! Los jinetes del Gobernador vienen tras de mí. ¡Muerdo, si me atrapan!

RUODI.—¿Y cuál es el motivo?

BAUMGARTEN.—Salvadme primero, y luego hablaremos.

WERNI —Estáis manchado de sangre. ¿Qué os ha sucedido?

BAUMGARTEN.—El bailio del Emperador, que reside en Rossberg...

KUONI.—¡Wolfenschiessen! ¡Y ése es el que os persigue?

BAUMGARTEN.—Ya á nadie ofenderá. Lo he matado.

TODOS. (Retrocediendo.) — ¡Dios os ampare! ¿Qué habéis hecho?

BAUMGARTEN.—Lo que, en mi lugar, cualquiera hombre libre. He usado de un derecho legítimo contra quien atentó á mi honor y al de mi esposa.

KUONI.—¿El bailio? ¿Os ha deshonrado acaso?

BAUMGARTEN.—Dios y mi buena hacha sé han opuesto á que logre la realización de sus deseos criminales.

WERNI —¿Lo habéis partido la cabeza con vuestra hacha?

KUONI.—¡Oh! Contadnoslo todo; tiempo tenéis antes que la barca esté pronta.

BAUMGARTEN.—Cortaba yo leña en el monte, cuando llegó mi esposa corriendo, llena de mortal angustia: «El bailio, dice, está en nuestra casa; ha dispuesto que se le prepare un baño; y al revelar con obras sus propósitos deshonestos, me ha obligado á escaparme y buscarte.» Voy allá en seguida, como me encontraba, y lo he santiguado en el baño con mi hacha.

WERNI. — ¡Bien hecho! Nadie podrá censuraros.

KUONI.— ¡Miserable! Ha obtenido su justo premio. Debíasele tiempo ha el pueblo de Unterwalden.

BAUMGARTEN.— Se ha hecho público. Me persiguen... Mientras hablamos aquí... ¡Dios mío!... el tiempo pasa... (Óyese un trueno.)

KUONI.— ¡Pronto, barquero!... ¡salva á este hombre honrado!

RUODI.—No os vayáis. Una tempestad horrorosa se prepara. Esperad.

BAUMGARTEN.—¡Santo Dios! No puedo esperar. Cualquiera dilación es funesta.

KUONI. (Al pescador.)—Es preciso ayudar al prójimo. Todos estamos expuestos á igual riesgo. (Óyense de nuevo los truenos.)

RUODI.—El huracán se desata. Mirad cómo se levantan las olas. No me es posible luchar contra la borrasca, y contra las aguas alborotadas del lago.

BAUMGARTEN. (Abrazando sus rodillas.)— ¡Que Dios os ayude, si os apiadáis de mí!...

WERNI.—Es cuestión de vida ó muerte. Sé compasivo, barquero.

KUONI.—Es un padre de familia, con mujer é hijos. (Truenos repetidos.)

RUODI.—¿Cómo? Yo tengo también una vida que perder, y en mi casa mujer é hijos, como él... ¿No veis cómo se desencadenan la tempestad, los bramidos del viento, y el oleaje, que se levanta del fondo?... De buen grado salvaría á este buen hombre; pero es imposible de todo punto, como observáis.

BAUMGARTEN. (Todavía de rodillas.)—¡Así, he de caer en manos de mi enemigo, y teniendo á la vista la orilla salvadora! Allí está; mis ojos la ven; mi voz llega hasta allá; cerca la barca que puede llevarme, y, sin embargo, ¿he de quedarme aquí sin socorro ni esperanza?

KUONI.—¡Mirad quién viene ahí!

WERNI.—Es Tell de Burglen. (Tell, con su ballesta.)

TELL.—¿Quién es este hombre, que pide socorro?

KUONI.—Uno de Allzellen, que, por defender su honra, ha matado á Wolfenschiessen, el bailío real, que reside en Rossberg... Los jinetes del Gobernador lo persiguen. Ruega al barquero que lo pase, y el barquero no quiere, por miedo á la borrasca.

RUODI.—Pero ese es Tell, que maneja también el remo, y dirá si el pasaje es posible.

TELL.—Cuando es preciso, oh barquero, hay que aventurarse á todo. (Mayores truenos y oleadas.)

RUODI.—Esto sería lanzarme yo mismo en los infiernos. Ningún hombre sensato lo haría.

TELL.—El valiente no piensa en sí, sino en último extremo. Se confía en Dios, y se salva al oprimido.

RUODI.—Desde puerto seguro se dan buenos consejos. ¡Aquí está la barca, y ahí el lago! ¡Probad!

TELL.—El lago sentirá acaso lástima, el Gobernador no. ¡Tienta el vado, barquero!

EL PASTOR y EL CAZADOR.—¡Sálvalo! ¡Sálvalo! ¡Sálvalo!

RUODI.—Aunque fuese mi hermano y mi hijo más querido, no lo haría. Hoy es San Simón y San Judas, y el lago se enfurece, y exige su víctima.

TELL.—Tanto hablar es inútil ahora. El tiempo urge, y menester es dar socorro á ese hombre. Dí, barquero, ¿quieres pasarlo?

RUODI.—¡No, no, yo no!

TELL.—En nombre, pues, de Dios. ¡Déjame la barca! Ensayaremos con mis débiles fuerzas.

KUONI.—¡Ah, valiente Tell!

WERNI.—¡Rasgo digno de un cazador!

BAUMGARTEN.—Sed mi buen ángel y mi libertador.

TELL.—De buen grado os libraré del Gobernador, y otro os protegerá de los embates de la tempestad. Vale más, no obstante, que os fiéis de Dios, que de los hombres. (Al Pastor.) Buen amigo, consolad á mi mujer, si algo me ocurre. Hago lo que debo. (Salta en la barca.)

KUONI. (Al Pescador.)—Sois un piloto maestro. ¿No os habéis atrevido á hacer lo que Tell?

RUODI.—Hombres, que valen más que yo, no osarían imitarlo. No hay otro como él en estas montañas.

WERNI. (Que se sube en un peñasco.)—¡Ya boga! ¡Dios te guie,

valiente barquero! ¡Mirad cómo se balancea la barca sobre las olas!

KUONI. (Desde la orilla.)—¡El oleaje se la traga!... ¡Ya no la veo! ¡Poco á poco, que de nuevo aparece! ¡Con qué vigor lucha con la tempestad!

SEPPÍ.—Los jinetes del Gobernador llegan corriendo.

KUONI.—¡Ellos son, Dios mío! Tiempo era de socorrerlo!
(Llega un escuadrón de jinetes de Landenberg.)

PRIMER JINETE.—¡Entregad al asesino á quien ocultáis!

SEGUNDO JINETE.—Acaba de llegar, y es inútil que lo encubrais.

KUONI y RUONI.—¿De quién habláis, caballero?

PRIMER JINETE. (Observando la barca).—¡Ah! ¿qué veo? ¡Diablo!

WERNI. (Desde arriba.)—¿Buscáis al que va en la barca?... ¡Galopad, pues! Si ahora mismo os ponéis en camino, lo atraparéis acaso.

SEGUNDO JINETE.—¡Maldición! Se nos ha escapado.

PRIMER JINETE. (Al Pastor y al Pescador.)—Vosotros le habéis socorrido, y lo pagaréis... ¡Cebémonos en el ganado! ¡Arranquemos las chozas, quemémoslas, y matémoslos!

SEPPÍ. (Huyendo.)—¡Oh corderos míos!

RUONI. (Siguiéndole.)—¡Ay de mí! ¡Mi pobre ganado!

WERNI.—¡Bandidos!

RUONI. (Retorciéndose los brazos.)—¡Justo cielo! ¿Cuándo aparecerá un salvador de este país? (Vase también.)

ESCENA II.

En Stein, en Schwitz, se ve un tilo ante la casa de Stauffacher, en la carretera, cerca del puente.

WERNER, STAUFFACHER y PFEIFFER DE LUCERNA,
llegan hablando.

PFEIFFER.—Sí, sí, Sr. Stauffacher, como os lo digo; no juréis en favor de Austria, si pedéis excusaros. Persistid con valor en vuestra fidelidad al Imperio, y Dios protegerá vuestra antigua libertad. (Estréchale cordialmente la mano, y hace ademán de despedirse.)

STAUFFACHER.—Quedaos aquí, hasta que venga mi esposa. Sois mi huésped en Schwitz, y yo el vuestro en Lucerna.

PFEIFFER.—¡Mil gracias! Hoy mismo he de ir á Gersau... Por mucho que hayáis de sufrir de la avaricia y de la insolencia de vuestros gobernadores, ¡tened paciencia! Todo esto puede cambiar en un instante, y subir al trono otro Emperador. Pero si llegáis á pertenecer á Austria, es para siempre. (Vase. Stauffacher se sienta pensativo en un banco, bajo el tilo. Así lo encuentra Gertrudis, su mujer, que se pone á su lado, y lo contempla callada largo rato.)

GERTRUDIS.—¿Tan serio, esposo mío? No te conozco. Muchos días ha que noto en silencio la profunda melancolía que te consume. Si te aflige grave pena, confíámela. Soy tu fiel esposa, y pido mi participación en tu amargura. (Stauffacher le da la mano, y permanece mudo.) ¿Qué te entristece? Dímelo. Bendito ha sido tu trabajo; tu fortuna florece; tus graneros están llenos; tus caballos gordos y relucientes, y tus bueyes numerosos han vuelto con felicidad.

de las montañas, á pasar el invierno en establos más abrigados... Tu casa, rica como la de un noble, te alberga, y la adornan bellos y nuevos artesonados, simétrica y artísticamente dispuestos. Sus muchas ventanas le dan luz sobrada, y escudos no escasos de varios colores, y sus divisas discretas, que lee el viajero, deteniéndose admirado aumentan su riqueza y ornato.

STAUFFACHER.—CÓmoda y bella es, sin duda, esta casa; pero ¡ay de mí! tiembla el suelo que la sostiene.

GERTRUDIS.—Dí, Werner mío, ¿qué quieres decir con esas palabras?

STAUFFACHER.—Sentado estaba yo delante de este tilo poco hace, recreándome pensativo y alegre en mi obra terminada, cuando el Gobernador llegó aquí de Küssnacht, su castillo, acompañado de sus soldados de á caballo. Paróse sorprendido ante esta casa. Yo me levanté en seguida, y, como debía, salí humilde á su encuentro, siendo él quien representa en este país al Emperador. «¿De quién es esta casa?» preguntó con perfidia, porque lo sabía perfectamente. Lo reflexioné un instante, y le repliqué: «Esta casa, Sr. Gobernador, es de mi señor el Emperador, de quien la tengo en feudo, y además vuestra.» Entonces me contestó: «Yo soy el Gobernador de esta región en nombre del Emperador, y no consiento que los labradores construyan casas á su albedrío, y vivan libres, como si fuesen los dueños de la tierra. Ya veremos cómo se remedia esto.» Después de hablar así, se alejó de aquí ceñudo, dejándome afligido, y revolviendo en mi mente la amenaza de ese malvado.

GERTRUDIS.—Mi querido esposo y dueño: ¿te dignas escuchar un consejo leal de tu esposa? Me envanezco de ser la hija del noble Iberg, hombre de mucha experiencia. Sentábame yo con mis hermanas, hilando lana, en las largas noches de invierno, cuando los principales del pueblo se reunían en casa de mi padre para leer las leyes de los

antiguos emperadores, y reflexionar maduramente en los medios de labrar la dicha de la patria. Escuchaba yo atenta sus palabras sensatas, prudentes y patrióticas, y las guardaba con cuidado en mi memoria. Oyeme, pues, y atiéndeme. Mucho tiempo ha que sé lo que te atormenta... El Gobernador es tu enemigo, y desea perjudicarte, porque tú eres un obstáculo á su ansia de someter á los suizos á la nueva dinastía, y vosotros continuáis fieles y leales al Imperio, á ejemplo de vuestros dignos antepasados... ¿No es así, Werner? Dime si miento.

STAUFFACHER.—Así es. Tal es el motivo del odio de Gessler contra mí.

GERTRUDIS.—Te envidia, porque tú vives feliz, porque eres un hombre libre en tu propio patrimonio... Él nada tiene. En feudo posees tú esta casa del mismo Emperador y del Imperio, y puedes probarlo, como el mismo Príncipe del Imperio puede probar la posesión de sus territorios. Tú no conoces otro señor superior á tí mas que el Soberano de toda la cristiandad... Él sólo es el segundón de su familia, y su único bien su capa de caballero, y he aquí la razón de mirar la dicha del hombre honrado con malos ojos y corazón ponzoñoso. Largo tiempo hace que ha jurado tu pérdida... Te has librado hasta aquí... ¿Te propones esperar hasta que realice en daño tuyo su alevo intento? El hombre previsor se precave del peligro.

STAUFFACHER.—¿Y qué hacer?

GERTRUDIS. (Acercándose á él.)—Oye mi consejo. Ya sabes que todos los buenos de Schwitz se quejan de la crueldad y de la codicia de este Gobernador. No dudes, pues, que del lado allá, en Unterwalden y en Uri, están hartos igualmente de la opresión de tan pesado yugo... Como Gessler aquí, tan insolentemente se porta allí Landenberg... Ninguna barca llega de allá, que no nos anuncie alguna injuria, alguna violencia del Gobernador. Convendría, por lo tanto,

que algunos de vosotros, de los que piensan con decoro, aconsejándose, escogitasen los medios de librarse de esta tiranía. Espero que Dios no os abandonará, y que, al contrario, se mostrará propicio á vuestra justa demanda... ¿No tienes ningún huésped amigo en Uri, á quien puedas manifestar tus dignos sentimientos?

STAUFFACHER.— Muchos valientes conozco allí, y grandes y respetables vasallos, discretos, y que me inspiran completa confianza. (Levántase.) ¡Qué tropel de ideas peligrosas, oh mujer, despiertas tú en mi tranquilo pecho! Muéstrame á la luz lo más recóndito de mi alma, y aquello mismo que no osaba imaginar, lo expresas tú con tu lengua ligera... ¿Has reflexionado bien en lo que me aconsejas? Contiendas terribles, y el fragor de las armas, evocas tú en este sosegado valle... ¿Nos aventuraremos nosotros, pobre pueblo de pastores, á luchar con el señor del mundo? aguardan sólo un pretexto para lanzar contra esta mísera región las salvajes hordas de sus soldados, y abusar de los derechos de la victoria, y, aparentando castigarnos con justicia, arrebatar nos nuestras antiguas franquicias.

GERTRUDIS.— Vosotros sois también hombres; sabéis manejar el hacha, y Dios ayuda á los valientes.

STAUFFACHER.— ¡Oh mujer! Tremendo azote es la guerra. A sus manos fenecen ganados y pastores.

GERTRUDIS.— Se sufren con paciencia las plagas que Dios envía; pero ningún noble pecho tolera la injusticia.

STAUFFACHER.— Regocíjate esta casa, que hemos edificado recientemente. La guerra cruel la abrasará.

GERTRUDIS.— Si yo supiera que mi corazón estaba encadenado á ese bien transitorio, lo arrojaría al fuego con mi propia mano.

STAUFFACHER.— ¡Tú crees en la humanidad! La guerra no perdona ni al tierno niño en la cuna.

GERTRUDIS.—¡La inocencia tiene un amigo en el cielo!
¡Mira delante, Werner, no hacia atrás!

STAUFFACHER.—Nosotros los hombres podemos morir peleando con valor; pero ¿cuál será vuestra suerte?

GERTRUDIS.—Queda un medio de salvación para los débiles: un salto desde ese puente me devuelve mi libertad.

STAUFFACHER. (Echándose en sus brazos.)— Quien oprime contra su pecho otro tan noble, puede combatir con alegría por sus hogares, y no teme á los ejércitos de ningún monarca... Voy á Uri sin retardo; allí vive un huésped amigo, el Sr. Gualterio Fürst, que piensa sobre estos asuntos como yo. Allí está también el noble Attinghausen, señor de bandera... que, si bien de esclarecida estirpe, ama al pueblo y reverencia las antiguas costumbres. Con los dos me aconsejaré acerca de los medios más eficaces para defendernos valerosamente de los enemigos de nuestro país... Adiós... y, mientras estoy ausente, cuida con prudencia de nuestra casa... Sé pródiga con el peregrino, que se encamina á visitar el templo del Señor, y con el piadoso monje, que pide limosna para su convento. ¡Que se vayan satisfechos! A nadie se cierra la casa de Stauffacher. Está en lo más alto de la carretera, visible, y su techo hospitalario abierto á cuantos caminantes pasen por ella. (Mientras se aleja por el fondo, preséntanse Guillermo Tell y Baumgarten.)

TELL. (Á Baumgarten.)—Ya no me necesitáis para nada. Entrad en esa casa, en donde vive Stauffacher, padre de los oprimidos... Pero vedlo ahí... ¡Seguidme; venid! (Acércanse á él, y cambia la decoración.)

ESCENA III.

La plaza pública de Altdorri.

En una altura, en el fondo, se edifica una fortaleza, ya tan adelantada, que se observa la forma de toda ella. La parte posterior está terminada, y se trabaja en la anterior, notándose los andamios, en donde suben y bajan los jornaleros. En lo más elevado hay un trabajador en pizarra. Reina grande actividad y movimiento.

Un OFICIAL, inspector de los servicios, un MAESTRO PICAPEDRERO, OFICIALES y PEONES.

EL OFICIAL. (Excitando á los trabajadores con un palo.)—¡Ea, á trabajar, y dejaros ya de huelga! Traed piedras, cal y mortero. Que cuando venga el Sr. Gobernador vea la obra adelantada... Os arrastráis como los caracoles. (A dos jornaleros, que vienen cargados.) ¿Es eso una carga? ¡Pronto! ¡El doble! ¿Y dirán estos flojos que no roban?

PRIMER JORNALERO.—Triste es, sin embargo, que nosotros mismos hayamos de traer las piedras para labrar nuestra propia cárcel.

EL OFICIAL.—¿Qué murmura ése? Esta gente es perversa, y no saben otra cosa que ordeñar vacas, y rodar por las montañas.

UN ANCIANO. (Sentándose.)—¡Ya no puedo más!

EL OFICIAL. (Pegándole.)—¡Arriba, viejo, á trabajar!

PRIMER JORNALERO.—¿No tenéis, pues, entrañas, forzando á tan penosa faena á un anciano, que apenas se puede arrastrar?

EL MAESTRO PICAPEDRERO Y LOS OFICIALES. — ¡Eso clama al cielo!

EL OFICIAL.—Cada cual á lo suyo: yo nago lo que me corresponde.

SEGUNDO JORNALERO.—¡Oficial! ¿Cómo se llamará la fortaleza que estamos construyendo?

EL OFICIAL.—¡La fortaleza de Uri! ¡Este yugo es para vosotros!

LOS JORNALEROS.—¡La fortaleza de Uri!

EL OFICIAL.—Vamos, ¿qué motivo es ese de risa?

SEGUNDO JORNALERO.—¿Con ese pequeño edificio os proponéis sujetar á Uri?

PRIMER JORNALERO.—¿Pero cuántas ratoneras como ésta será preciso amontonar, hasta que formen una montaña como la más pequeña de Uri? (El oficial desaparece por el fondo.)

EL MAESTRO.—Tiraré al lago más profundo el martillo que me ha servido para construir este maldito edificio. (Preséntanse Tell y Baumgarten.)

STAUFFACHER.—¡Ojalá que no sirviera para ser testigo de estas cosas!

TELL.—¡Aquí no estamos bien! ¡Vámonos más lejos.

STAUFFACHER.—¿Estoy ya en Uri, en la patria de la libertad?

EL MAESTRO.—¡Oh, señor! ¡Si antes hubieseis visto el calabozo que hay bajo la torre! El que lo habite, no oirá cantar los gallos.

STAUFFACHER.—¡Oh Dios!

EL MAESTRO.—¡Mirad estos bastiones, estos contrafuertes, como si hubiesen de ser eternos!

TELL.—Lo que se hace con una mano, se puede destruir con la otra. (Mirando hacia la montaña.) Dios nos ha concedido la fortaleza de la libertad. (Óyese un tambor; llegan gentes, que traen un sombrero en lo alto de un palo; síguelos un pregonero, y mujeres y muchachos alborotados.)

PRIMER JORNALERO.—¿Qué significa ese tambor? ¡Atención!

EL MAESTRO. — ¡Para qué esta procesión de carnaval, y este sombrero?

EL PREGONERO. — ¡Escuchad, en nombre del Emperador!

LOS OFICIALES — ¡Callad! ¡Oid!

EL PREGONERO. — ¡Veis este sombrero, habitantes de Uri? Se colocará en lo alto de un fuste, en medio de Aldorf, en el punto más culminante, porque tal es la voluntad y el propósito del Gobernador. A este sombrero se honrará como á su mismo dueño, doblando ante él la rodilla, y descubriéndose la cabeza... Así conocerá el Rey á los obedientes. Quien no cumpla esta orden, será castigado en su persona y bienes. (El pueblo se ríe; el tambor suena, y se van los del sombrero.)

PRIMER JORNALERO. — ¡Qué nueva extravagancia ha ideado el Gobernador? ¡Honrar nosotros un sombrero? Decid, ¿se ha oído nunca nada igual?

EL MAESTRO. — ¡Arrodillarnos nosotros ante un sombrero? ¡Así se burla de hombres formales?

PRIMER JORNALERO. — ¡Si fuese siquiera la corona imperial! ¡Pero el sombrero austriaco, el que yo ví sobre el trono, cuando fuimos á jurar!

EL MAESTRO. — ¡El sombrero austriaco? ¡Cuidado! ¡Nos tienden un lazo para vendernos al Austria!

LOS OFICIALES. — Ningún hombre de honor se someterá á esta vergüenza.

EL MAESTRO. — ¡Venid! Vamos á aconsejarnos con los demás. (Vanse al fondo.)

TELL. (Á Stauffacher.) — ¡Ya lo veis! ¡Adiós, Sr. Werner!

STAUFFACHER. — ¡A dónde queréis ir? ¡Oh! ¡A qué tanta precipitación?

TELL. — Mis hijos tienen necesidad de su padre. ¡Adiós!

STAUFFACHER. — Mi corazón rebosa, y desearia hablaros.

TELL. — Las palabras no lo aliviarán.

STAUFFACHER.—Pero las palabras podrian llevarnos á los hechos.

TELL.—Paciencia y silencio es ahora lo único posible.

STAUFFACHER.—¿Y se ha de sufrir lo que es intolerable?

TELL.—Los tiranos violentos son los que menos tiempo reinan... Cuando la tempestad se eleva de los abismos, se apagan los fuegos, las barcas se refugian apresuradamente en el puerto, y el poderoso espíritu, que la anima, pasa por la tierra sin dejar huella. Que cada uno viva tranquilo en su morada. La paz se concede sin trabajo al pacífico.

STAUFFACHER.—¿Pensáis así?

TELL.—La víbora no pica sin provocación. Se cansarán ellos mismos, si observan que el país permanece sosegado.

STAUFFACHER.—Mucho podríamos lograr si estuviésemos unidos.

TELL.—El que está solo, se salva más fácilmente en caso de naufragio.

STAUFFACHER.—¿Con tanta frialdad renunciáis al bien común?

TELL.—Nadie cuenta con seguridad mas que consigo mismo.

STAUFFACHER.—Hasta los débiles, si se unen, son fuertes.

TELL.—El fuerte lo es más aislado.

STAUFFACHER.—¿La patria, pues, no podría contar con vuestra ayuda, si, llena de desesperación, apelase á la fuerza?

TELL. (Dándole la mano.)—Tell va á buscar el cordero caído en un precipicio, ¿cómo abandonaría á sus amigos? Sin embargo, sea cual fuere vuestra conducta, no llamadme á vuestros consejos, porque yo no puedo discutir ni reflexionar largamente. Si me necesitáis para un acto de resolución, llamadme, y no faltaré. (Sepáranse en distintas direcciones. Levántase un tumulto repentino alrededor del andamio.)

EL MAESTRO. (Entrando apresuradamente.)—¿Qué ocurre?

PRIMER OFICIAL. (Que se presenta gritando.)—El pizarrista se ha caído del techo. (Berta se presenta corriendo con su séquito.)

BERTHA.—¿Ha muerto? ¡Venid, socorredlo, salvadlo!... ¡Si es posible ayudarle, apresuraos, aquí hay oro! (Tira sus joyas al pueblo.)

EL MAESTRO.—¿Vuestro oro?... ¿Creéis que con el oro todo se consigue? Cuando arrebatáis un padre á sus hijos, un marido á su mujer; cuando el mundo está desolado y lleno de ruinas, ¿imagináis remediarlo con oro?... ¡Andad con Dios! Contentos vivíamos, antes que viniéseis. Con vosotros ha venido también la desesperación.

BERTHA. (Al oficial del Gobernador, que vuelve.)—¿Vive? (El oficial hace una señal negativa.) ¡Oh fortaleza desdichada! ¡Constrúyente con maldiciones, y malditos serán los que te habiten! (Vase.)

ESCENA IV.

Casa de Gualterio Fürst.

GUALTERIO FÜRST y ARNALDO DE MELCHTHAL,
entran á un tiempo por distintas partes.

MELCHTHAL.—Señor Gualterio Fürst...

GUALTERIO.—¿Si nos sorprendieran! Quedaos en donde estabais. Rodeánnos espías.

MELCHTHAL.—¿No me traéis nuevas de Unterwaldent? Nada de mi padre? No puedo sufrir más tiempo estar aquí ocioso como un preso. ¿Qué he hecho yo, para esconderme como un asesino? He roto un dedo á un criado inso-

lente, que, por orden del Gobernador, intentaba arredatarme en mis barbas mi mejor yunta de bueyes.

GUALTERIO.—Fuisteis demasiado vivo. Ese criado era del Gobernador, enviado por vuestro superior; habéis obrado mal, y, por mucho que os indignara, debierais haber sido prudente.

MELCHTHAL.—¿Debía yo tolerar las palabras injuriosas de ese desvergonzado? «Si el labrador», dijo, «quiere comer pan, él mismo ha de uncirse al arado.» Me desgarró el alma, cuando separó á los bueyes, mis mejores bestias, del yugo. Mugían tristemente, como si sintieran la injusticia, y amenazaban con sus cuernos. La ira, muy puesta en razón, se apoderó de mí; y, no siendo ya dueño de mi albedrío, le maltraté.

GUALTERIO.—¡Oh! Si nosotros apenas podemos refrenarnos, ¿cómo se ha de contener la fogosa juventud?

MELCHTHAL.—Sólo mi padre me inspira lástima... Necesita que se le cuide, y su hijo está lejos. El Gobernador lo aborrece, porque siempre ha defendido honradamente la libertad y la justicia. Oprimirán, pues, al pobre anciano, y nadie lo protegerá contra las afrentas... ¡Suceda lo que quiera, voy á buscarlo!

GUALTERIO.—Esperad un poco, y tened paciencia, hasta que tengamos noticias de Unterwald... Oigo llamar; idos de aquí... Quizás algún satélite del Gobernador... Entrad... No estáis seguro en Uri de las garras de Landenberg, porque los tiranos se ayudan...

MELCHTHAL.—Nos enseñan lo que debiéramos nosotros hacer.

GUALTERIO.—¡Andad! Os llamaré de nuevo, si nada tenéis que temer. (Melchthal se va.) ¡Desdichado! No me atrevo á decirle la desgracia que presiento... ¿Quién llama? Siempre me pongo en lo peor, cuando suena la puerta. La traición y las sospechas nos rodean por todas partes. Los

agentes de la tiranía penetran hasta el interior de las casas, y pronto será necesario poner cerrojos y cerraduras en las puertas. (Abre, y retrocede admirado al entrar Werner Stauffacher.) ¿Qué veo? ¿El Sr. Werner? ¡Huésped querido y estimado, pardiez!... Ninguno mejor que él ha atravesado estos umbrales. ¡Sed bien venido, como el que más, bajo mi techo! ¿Qué os trae? ¿Qué buscáis aquí, en Uri?

STAUFFACHER. (Tendiéndole la mano.)—Los tiempos pasados y la antigua Suiza.

GUALTERIO.—Vienen en vuestra compañía... Mirad, ¡cuánto me alegro, cuánto se entusiasma mi corazón con vuestra sola presencia!... Sentaos, Sr. Werner... ¿Cómo abandonáis á la señora Gertrudis, vuestra amable esposa, la hija más mimada del prudente Iberg? Todos los viajeros, que, desde Alemania, se encaminan á Italia por Meinrad Tell, alaban vuestra casa hospitalaria... Decidme, sin embargo; si pasasteis ha poco por Fluelen, ¿nada insólito observasteis antes de llegar á mi casa?

STAUFFACHER. (Sentándose.)—He visto bien un nuevo edificio que me ha llamado la atención y que no me satisface.

GUALTERIO.—¡Oh amigo! ¡De una sola ojeada habéis visto cuanto se podía ver!

STAUFFACHER.—Jamás se ha conocido otra cosa como esta en Uri... Desde tiempo inmemorial no ha habido aquí ciudadelas semejantes, y sólo el sepulcro era la morada eterna.

GUALTERIO.—¡Es la tumba de la libertad! Le dais el nombre que merece.

STAUFFACHER.—Sr. Gualterio Fürst, no hay necesidad de ocultaros que no me trae á estos parajes una curiosidad inútil. Graves cuidados me afligen... He dejado en mi casa la opresión, y la encuentro también aquí. Porque es intolerable de todo punto lo que sufrimos, y no se vislumbra su término. Libre era Suiza siglos hace, y estamos acostum-

brados á que nos traten con bondad. Desde que hay pastores en estas montañas, no se ha visto nada parecido.

GUALTERIO —Sí, esa conducta no tiene ejemplo. Hasta nuestro anciano Sr. de Attinghausen, suizo de otros tiempos, cree también que esto es insufrible.

STAUFFACHER.—Allá, en Unterwald, sucede lo mismo, y se ha derramado sangre... Wolfenchiessen, el bailío del Emperador, que vivía en Rossberg, codiciaba el fruto prohibido. Intentó abusar de la mujer de Baumgarten, que reside en Alzelle, y el marido lo mató de un nachazo.

GUALTERIO.—¡Oh! ¡Justos son los decretos de Dios!... ¿Baumgarten, decís? Un hombre honrado. ¿Ha conseguido escaparse y esconderse?

STAUFFACHER.—Vuestro yerno lo pasó allende el lago. Yo lo oculté en mi casa de Steinen... Pero este mismo me ha referido otro caso más atroz ocurrido en Sarnen, que hará destilar sangre á todo corazón honrado.

GUALTERIO. (Con atención.)—¿Cuál es? Decidlo.

STAUFFACHER.—En Melchthal, junto á Kerns, hay un buen sujeto, llamado Enrique de Halden, y su voz es influyente entre sus convecinos.

GUALTERIO.—¿Quién no le conoce? ¿Qué le ha sucedido? ¡Acabad!

STAUFFACHER.—Landenberger, en castigo de una falta leve de su hijo, mandó que le arrebatasen dos bueyes suyos, la mejor yunta, cuando estaban uncidos al arado. Y el mancebo hirió al agente, y huyó.

GUALTERIO. (Con la mayor ansiedad.)—¿Pero el padre...? Decid, ¿qué le sucedió?

STAUFFACHER.—Landenberg ordenó al padre que le entregase el hijo; y aunque le ha jurado el anciano, como es verdad, que ignora en dónde se halla el fugitivo, el Gobernador ha mandado llamar al verdugo...

GUALTERIO. (Levantándose, y queriendo llevárselo aparte.)—
¡Oh! ¡Silencio! No más.

STAUFFACHER. (Alzando la voz.)—«Tu hijo se me ha escapado,—dijo,—pero tú estás en mi poder... Tiradlo en tierra, y que le introduzcan un punzón de hierro en los ojos...»

GUALTERIO.—¡Dios misericordioso!

MELCHTHAL. (Saliendo precipitadamente.)—¿En los ojos, decís?

STAUFFACHER. (Admirado, á Gualterio.)—¿Quién es este joven?

MELCHTHAL. (Tocándole trémulo con las manos.)—¿En los ojos?
¡Hablad!

GUALTERIO.—¡Desventurado!

STAUFFACHER.—¿Quién es? (Gualterio le hace una señal.)—¿Es el hijo? ¡Justo Dios!

MELCHTHAL.—¡Y yo estaba lejos!... ¿En los dos ojos?

GUALTERIO.—¡Conteneos! ¡Mostraos hombre!

MELCHTHAL.—¡Por tu causa, por mi culpa!... ¡Ciego, pues?... ¡Ciego, en verdad, ciego por completo!

STAUFFACHER.—Yo lo digo. Ya no ve; ya no verá más la luz del sol.

GUALTERIO.—¡Compadeceos de su aflicción!

MELCHTHAL.—¡Jamás! ¡Nunca jamás! (Pone la mano delante de los ojos, y habla algunos instantes; va luego del uno al otro, y se expresa con acento ahogado, interrumpido por los sollozos.) ¡Oh! ¡Don del cielo es la luz de los ojos!... Todos los sercs, todas las criaturas felices, aman la luz... Hasta las plantas la buscan gozosas, y él, sintiéndolo y conociéndolo, ¿vivirá en las tinieblas, en la noche eterna?... No se recreará con la verdura de los prados, con el esmalte de las flores, ni podrá ver sus colores rojos... Poco importa morir... pero vivir, y no ver, es una desdicha... ¿Por qué me miráis con tanta lástima? Yo tengo dos ojos sanos, y no puedo dar ninguno á mi padre ciego, ni una chispa siquiera del océano de luz, en el cual se sumergen mis pupilas deslumbradas.

STAUFFACHER.—¡Ay de mí! Debo aumentar vuestra pena, en vez de aliviarla... Su aflicción es mayor aún, porque el Gobernador se lo ha robado todo. Sólo le deja un bastón, para que, desnudo y ciego, pida limosna de puerta en puerta.

MELCHTHAL.—¿Nada más que un bastón á un anciano ciego? Privado de todo, hasta de la luz del sol, bien común á los más pobres... ¡No me habléis ya de quedarme aquí, ni de ocultarme! ¡Miserable y cobarde yo, preocupado en salvarme, y no á tí!... dejé en prenda, en las manos de ese malvado, tu cabeza venerada. ¡Adiós, pues, vergonzosa previsión!... Ya no quiero pensar sino en una venganza sangrienta. Allá iré... nadie podrá detenerme... á pedir al Gobernador la vista, que ha arrebatado á mi padre... lo buscaré entre todos sus satélites... Nada me interesa ya la vida, si logro extinguir en su sangre mi intenso y eterno dolor. (Hace ademán de irse.)

GUALTERIO.—No os vayáis. ¿Qué vais á conseguir contra él? Reside en Sarnen, en su elevado castillo, y se ríe de tu cólera impotente desde su fortaleza inexpugnable.

MELCHTHAL.—Aunque habite allá arriba, en el palacio de hielo de Schreckhorns, ó más aún, en donde el Jungfrau se oculta entre nubes eternas... yo me abriré camino hasta él; y, con veinte jóvenes de mis ideas, derribaré su fortaleza. Y si nadie me sigue, y si todos vosotros, temblando por vuestras chozas y ganados, os sometéis al yugo de la tiranía... convocaré á los pastores en la montaña, y allí, bajo la libre bóveda del cielo, en donde están despiertos los sentidos y sano el corazón, les contaré esa horrible crueldad.

STAUFFACHER. (A Gualterio.)—El mal llega á su colmo... ¿Hemos de esperar hasta el extremo?...

MELCHTHAL.—¿Qué mayor extremo hemos de esperar, cuando no están ya seguras las pupilas en los ojos?... ¡No

tenemos armas? ¿Para qué aprendemos á tirar la ballesta y a esgrimir la pesada hacha? Todos los seres encuentran en su desesperación medios de defensa. El ciervo, ya sin aliento, enseña á la trailla sus cuernos temibles; la gamuza arrastra al cazador al precipicio, y hasta el buey, manso compañero del hombre, que unce al yugo su cuello de inaudita fuerza, salta si se le irrita, mueve su poderosa cornamenta, y lanza á las nubes á su enemigo.

GUALTERIO.—Si los tres cantones pensaran como nosotros tres, quizás pudiéramos tentar algún esfuerzo.

STAUFFACHER.—Si Uri llama, si Unterwald ayuda, Schwitz será consecuente con sus antiguos lazos.

MELCHTHAL.—Muchos amigos cuento en Unterwald, y todos aventurarán gozosos su cuerpo y su vida, si otros han de ampararlos y ayudarlos... ¡Oh patricios venerandos de esta región! Solo soy y joven, entre ellos, tan expertos... mi voz ha de callar por modestia en este consejo. Pero porque soy joven, y tengo poca experiencia, no menospreciéis mi opinión y mis discursos. No me impulsa el ardor de mi sangre juvenil, sino el horrible poder de la más atroz desdicha, que inspiraría compasión á los más duros peñascos. Vosotros mismos sois padres, cabezas de familia, y deseáis tener hijos virtuosos, que honren vuestros blancos y rizados cabellos, y que guarden con esmero las niñas de vuestros ojos. ¡Oh! ¡Porque vosotros mismos nada hayáis sufrido en vuestro cuerpo y bienes, y porque vuestros ojos están sanos y vigorosos en sus órbitas, no os mostréis extraños á nuestra pena! La espada del tirano está pendiente sobre vosotros; habéis intentado sustraer á este país á la dominación del Austria; ningún otro agravio ha cometido mi padre; sois sus cómplices, y seréis también condenados.

STAUFFACHER. (A Gualterio Fürst.)—Decidid; yo estoy dispuesto á seguirlo.

GUALTERIO.—Sepamos antes cómo opinan los nobles señores de Sillesien y Attinghausen... Su reputación, según creo, nos traerá amigos.

MELCHTHAL.—¿Qué nombres hay en estos bosques y montañas más respetables que los vuestros? En la verdadera importancia y autoridad de tales nombres confía el pueblo, y en toda esta región son gratos al oído. La rica herencia de virtudes que recibisteis de vuestros progenitores, la habéis aumentado... ¿Qué necesidad tenemos de la ayuda de los nobles? ¡Terminemos solos la empresa! Si no contáramos más que con nosotros, ¿dejaríamos de defender nuestra causa?

STAUFFACHER.—Los nobles no sufren lo que nosotros. La corriente, que arrasa los valles, no ha alcanzado las alturas. Su auxilio, sin embargo, no nos faltaría, si viesen al país levantado en armas.

GUALTERIO.—Si hubiese un juez entre nosotros y el Austria, la justicia y el derecho nos favorecerían. Nuestro opresor es nuestro Soberano, y nuestro juez supremo... Dios, por tanto, y nuestro brazo son nuestra única esperanza... Explorad los ánimos en Schwitz, y yo me granjearé amigos en Uri. ¿Quién enviaremos á Unterwald?...

MELCHTHAL.—A mí... ¿A quién interesa más?...

GUALTERIO.—No lo apruebo. Sois mi huésped, y debo cuidar de vuestra salvación.

MELCHTHAL.—¡Dejadme!... Yo conozco las sendas extraviadas, y los pasos de las montañas, y cuento con bastantes amigos para que me den albergue y me oculten.

STAUFFACHER.—¡Que vaya, y que Dios lo acompañe! Allí no hay traidores... Tan odiosa es la tiranía, que no encontrará ningún instrumento dócil. El de Alzelle también nos ganará el país, y trabajará en levantarlo.

MELCHTHAL.—¿Cómo nos pondremos en comunicación unos con otros, sin despertar las sospechas del tirano?

STAUFFACHER.—Podríamos reunirnos en Brunnen ó en Teib, en donde desembarcan los buques de los mercaderes.

GUALTERIO.—Tan al descubierto no podemos hacerlo... Oid mi parecer. A la izquierda del lago, yendo á Brunnen, frente á frente de Mythenstein, hay un prado oculto en la espesura, llamado Rütli por los pastores, porque los árboles han sido allí arrancados. Es el límite de nuestro cantón y del vuestro (Á Melchthal.), y en un instante, (A Stauffacher.) desde Schwitz puede trasportaros una barea ligera. Por sendas solitarias, durante la noche, podemos juntarnos allí y deliberar con seguridad. Cada uno llevará consigo diez hombres, que le sean adictos de corazón; y, reunidos, acordaremos lo más conveniente al procomún, y, con ayuda de Dios, resolveremos lo mejor.

STAUFFACHER.—Sea, pues, así. Dadme ahora vosotros dos vuestra diestra leal, y del mismo modo que nuestras manos, estrechándose entre sí, lo hacen sinceramente y sin falsía, así nuestros tres cantones, confiados y apoyándose unos á otros, estarán unidos para vivir ó para morir.

GUALTERIO Y MELCHTHAL. — ¡A vida ó muerte! (Se aprietan las manos, y permanecen un momento callados.)

MELCHTHAL.—¡Padre ciego y anciano, ya tú no verás con tus ojos el día de la libertad, pero llegará á tus oídos!... Cuando de cerro en cerro brillen las hogueras, y se derrumben los alcázares de la tiranía, el suizo entrará en tu choza para anunciarte la alegría nueva, y la luz brillará en tu eterna noche. (Vanse.)



ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Castillo del Barón de Attinghausen.

Sala gótica, con cascos y escudos. EL BARÓN, anciano de ochenta y cinco años, de noble aspecto y elevada estatura, apoyado en un bastón, cuyo puño lo forma un cuerno de gamuza, está de pie, vestido de pieles; KUONI y otros seis servidores delante de él, con hoces y rastrillos. ULRICO DE RUDENZ aparece con traje de caballero.

ULRICO.— ¡Aquí estoy, tío! ¿Qué queréis?

EL BARÓN.— Deja que antes, á la antigua usanza, beba con mis servidores la copa de la mañana. (Bebe en una copa, que corre luego de mano en mano.) En otro tiempo, yo mismo los acompañaba al campo y á los montes, y los llevaba á pelear bajo mi bandera. Ahora sólo me es permitido darles mis órdenes, y si el calor del sol no viene á buscarme, no puedo salir á su encuentro en las montañas. Así me muevo en círculo más estrecho cada día, hasta llegar al más limitado y último, á aquel en que termina toda existencia. Sólo mi sombra soy, y pronto no quedará más que mi nombre.

KUONI. (A Rudenz, ofreciéndole la copa.) — ¡A vuestra salud, caballero! (Rudenz vacita en tomar la copa.) ¡Vamos, bebed! Aquí no hay más que una copa.

EL BARÓN.—Andad, hijos; y cuando llegue el día de descanso, hablaremos de los asuntos del país. (Vanse los criados. A Rudenz.) Veo que estás vestido y ataviado; ¿te propones encaminarte á Altdorf, al castillo del Gobernador?

RUDENZ.—Sí, tío, y no me atrevo á detenerme...

ATTINGHAUSEN. (Sentándose.)— ¿Tanta prisa tienes? ¿Cómo? ¿Tan tasado está el tiempo para tu juventud, que hayas de escatimarle para tu tío?

RUDENZ.—Veo que no me necesitáis, porque soy en esta casa como un extraño.

EL BARÓN. (Después de mirarlo algún tiempo.)— Sí, desgraciadamente lo eres. Desgraciadamente tu patria lo es también para tí... ¡Ulrico, Ulrico! No te conozco ya. Ostentas vestido de seda; llevas con orgullo plumas de pavo real, y sobre tus hombros manto de púrpura. Menosprecias al labrador, y hasta te causa vergüenza su cordial saludo.

RUDENZ.—Yo lo honro como debo; pero le niego el derecho que se atribuye.

EL BARÓN.—Todo el país se queja de la dura opresión del Soberano... El pecho de todos los hombres honrados está lleno de amargura ante el poder tiránico que nos agobia... pero no llega hasta tí ese dolor general... andas separado de los tuyos, junto al enemigo de tu patria; te burlas de nuestros males; corres en pos de placeres ligeros, y te esfuerzas en captarte el favor de los príncipes, cuando tu país destila sangre á los golpes de la férula.

RUDENZ.—¿Decís que está oprimida la patria?... Y ¿por qué, tío? ¿Quién es el fautor de esta desdicha? Una sola y fácil palabra nos libraría en un instante de esta plaga, y nos conciliaría las gracias del Emperador. ¡Ay de aquéllos, que cierran los ojos al pueblo, y se oponen á su verdadero

bien! Por su propio interés lo contrarían, y se niegan los cantones á jurar fidelidad al Austria, como lo han hecho los demás países comarcanos. Mucho les agrada sentarse con los nobles en el banco señorial... quieren por soberano al Emperador, para no tener ninguno.

EL BARÓN.—¡Que yo oiga estas palabras, y que las oiga de tus labios!

RUDENZ.—Ya que me habéis provocado, dejadme terminar... ¿Qué papel representáis aquí, oh tío? ¿No va más allá vuestra ambición, que hasta ser baillo ó señor de bandera, y mandar en compañía de estos pastores? ¿No os parece más glorioso rendir homenaje á un rey, y formar parto de su brillante cortejo, que ser igual á vuestros criados, y sentarse con rústicos en un tribunal?

EL BARÓN.—¡Ah, Ulrico, Ulrico! Conozco la voz de la sirena. Ha penetrado en tus oídos cándidos; ha empozoñado tu corazón.

RUDENZ.—Sí, no lo oculto... en lo más profundo del alma he sentido yo las amargas burlas de estos extranjeros, que se mofan de nuestra campestre nobleza... No puedo sufrir que mientras los jóvenes más distinguidos se reúnen bajo las banderas de Habsburgo, para ganar gloria, he de permanecer yo baillo aquí, en mis tierras, y disipar en vulgares tareas la primavera de mi vida... Allende esta región, en cualquiera parte, y lleno de brillo, se ofrece á los hombres un teatro, abierto á las hazañas y á la fama... Nuestros yelmos y escudos se cubren de moho en estos salones. El sonido estridente del clarín guerrero, la voz del heraldo que llama al torneo, no resuena en estos valles. Aquí no oigo yo sino el ranz de las vacas, y las esquilas de los ganados, són cansado y monótono.

EL BARÓN.—¡Y ciego por resplandor engañoso, desprecias tu país natal! ¡Y te avergüenzas de las rancias y piadosas costumbres de tus padres! Algún día suspirarás,

llorando lágrimas ardientes, por sus montañas; y esa melodía del ganado, que en tu orgullo insensato desprecias ahora, te inspirará ansias tristes, al recordarla, cuando llegue hasta tí en país extranjero. ¡Oh! ¡Poderoso es el amor de la patria! El mundo extraño y falso no es para tí, y en la corte ostentosa del Emperador encontrarás un vacío molesto en tu corazón. En esos lugares se exigen condiciones, que tú no has podido adquirir en estos valles... Anda, pues, vende tu libertad; toma en feudo tus tierras, conviértete en servidor de príncipes, cuando te es lícito ser dueño de tí mismo, y potentado en tu propia herencia, y en tu territorio libre. ¡Ay de mí, Ulrico, Ulrico! Quédate entre los tuyos, y no vayas á Altdorf... ¡Oh! ¡No abandones la santa bandera de la patria!... Yo soy el último de mi estirpe... Mi nombre morirá conmigo. Mi yelmo y mi escudo, ahora ociosos, me acompañarán al sepulcro. Y, al exhalar mi último aliento, me asaltaré la amargura de que tú has de esperar que se cierren mis ojos, y dejar este nuevo feudo, que yo recibí libre de manos de Dios, y que tú aceptarás del Austria.

RUDENZ.— Vanamente resistiremos al Rey, porque el mundo es suyo. Nosotros solos ¿hemos de luchar obstinados, y romper la cadena de los pueblos, que nos cercan y que con tanto vigor nos envuelven? Suyos son los mercados públicos, los tribunales, las carreteras que recorren los comerciantes, y hasta las acémilas que suben al San Gothardo han de pagarle su impuesto. De sus posesiones, como de una red, nos vemos por doquier rodeados y presos en ella... ¿Nos protegerá acaso el Imperio? ¿Puede él mismo defenderse del poderío, siempre creciente, del Austria? Si Dios no nos ayuda, ningún emperador ha de ayudarnos. ¿Cómo fiarnos de las palabras del Emperador, si, obligado por sus guerras y apuros pecuniarios, empeña y vende las mismas ciudades, que se han acogido á la cro-

protección del águila?... ¡No, tío! Lo mejor y lo más prudente, en estos tiempos de desorden, es adherirse á algún potentado poderoso. La corona imperial pasa de una á otra familia, que olvida por completo nuestros servicios. Al contrario, si tenemos un temible soberano hereditario, y nos granjeamos su favor, sembramos para coger después copioso fruto.

EL BARÓN.—¿Tan sabio eres tú acaso? ¿Quieres aparentar más capacidad que tus nobles progenitores, que, para conservar la joya preciosa de la libertad, prodigaron heroicamente sus bienes y su sangre?... Vé á Lucerna, é infórmate de la dominación del Austria, y averiguarás cuán pesada es. Vendrán á contar nuestras ovejas y bueyes, á medir nuestras montañas, á monopolizar la caza y la montería en nuestros bosques libres, á establecer portazgos y registros, á enriquecerse con nuestra pobreza, y á sostener sus guerras con nuestros jóvenes... No; si hemos de derramar nuestra sangre, que sea por nosotros... menos nos costará la libertad que la esclavitud.

RUDENZ.—¿Qué podemos nosotros, pueblo de pastores, contra los ejércitos de Alberto?

EL BARÓN.—Aprende, oh mancebo, á conocer mejor este pueblo de pastores. Yo sí lo conozco; yo lo he llevado á las batallas, y le he visto pelear en Favenza. ¿Que vengan, pues, á imponernos un yugo, que estamos resueltos á rechazar! ¡Oh! ¡Recuerda cuál es tu alcurnia! No deseches por un vano resplandor y frágil oropel, la perla verdadera de tu propio valor... Verte al frente de un pueblo libre, que te venera cordialmente sólo por amor, que te sigue fiel á la pelea y á la muerte, sea tu orgullo, y la nobleza que te envanezca... Estrecha los lazos naturales de tu patria querida, entrégate á ella con todo tu corazón y toda tu alma. Abí están las robustas raíces de tu fuerza, y en ese mundo extraño te verás solo, débil caña, que des-

trozará toda tempestad. ¡Oh! ven; tiempo hace que no nos has visitado; ven con nosotros un solo día... Pero no vayas hoy á Altdorf... ¿oyes? ¡hoy no! ¡Concede á los tuyos este solo día! (Coge su mano.)

RUDENZ.—He dado mi palabra... dejadme... estoy comprometido á ello.

EL BARÓN. (Que suelta su mano con seriedad.)—¿Tú estás comprometido?... Sí, desdichado; lo estás, pero no por tu palabra y juramento, sino por el vínculo del amor... (Rudenz se vuelve.) Ocúltate como deseas. Es una mujer, es Berta de Bruneck la que te atrae al castillo del Gobernador, y te encadena al servicio del Emperador. Por enamorarla abandonas á tu país. . ¡Mira no te engañes! Para atraerte, te ofrecen de señuelo esa señorita, que no será el premio de tu candor.

RUDENZ.—Bastante he oído ya. ¡Quedaos con Dios! (Vase.)

EL BARÓN.—¡Joven iluso, quédate!... ¡Se va! No puedo detenerlo ni salvarlo... Así ha renunciado á su patria Wolfenschiessen... y otros lo imitarán. Un encanto extraño arrastra á la juventud, y ejerce sus estragos en estas montañas... ¡Oh día funesto aquel en que el extranjero penetró en estos valles, antes dichosos, para corromper sus costumbres piadosas y sencillas!

La novedad entra aquí con poderío, y rechaza lo antiguo y lo digno, y le suceden otros tiempos, y la generación actual piensa muy diversamente. ¿Qué hago yo aquí? Enterrados están todos aquellos con quienes he vivido y dominado. Mi época duerme también el sueño de la muerte. ¡Feliz el que nada tiene que hacer con la que le sucede!

ESCENA II.

Pradera rodeada de bosques y peñascos elevados. Sobre los peñascos hay peldaños con balaustradas, y escalas, por las cuales bajan las gentes. En el fondo se ve un lago, por encima del cual se ostenta un arco iris lunar. Altas montañas cierran el horizonte, y las últimas aparecen cubiertas de nieve. Es de noche, y sólo brilla la luna en el lago y en los ventisqueros.

MELCHTHAL, BAUMGARTEN, WINKELRIED, MEIER DE SARNEN, BURKARDO DE BUHEL, ARNOLDO DE SEWA, NICOLÁS DE FLUE, y otros cuatro montañeses, todos armados.

MELCHTHAL. (Detrás de la escena.) — La senda se ensancha; seguidme ligeros; reconozco la roca, y la cruz que la termina. Ya llegamos; ya estamos en Rütli! (Llegan con antorchas.)

WINKELRIED. — ¡Escuchad!

SEWA. — Nadie hay.

MEIER. — Ningún compañero ha venido aún. Nosotros, los de Unterwald, somos los primeros.

MELCHTHAL. — ¡Qué hora de la noche será?

BAUMGARTEN. — El vigilante de Selisberg ha anunciado las dos. (Óyese un tañido á lo lejos.)

MEIER. — ¡Silencio! ¡Escuchemos!

BUHEL. — Es la campanilla de la capilla del bosque, que se oye distintamente tocando á maitines del lado de allá, en la Suiza.

FLUE. — El aire está sereno, y así se percibe el sonido tan claro.

MELCHTHAL.—Que algunos enciendan leña para alumbrar á los que lleguen. (Vanse dos.)

SEWA.—Es una hermosa noche de luna. El lago está tranquilo como un espejo.

BUHEL.—Su viaje es cómodo y descansado.

WINKELRIED. (Señalando al lago.)— ¡Hola! ¡Mirad! ¡Mirad, allí! ¿Nada veis?

MEIER—¿Qué es eso?... ¡Sí, verdaderamente! Un arco iris en medio de la noche.

MELCHTHAL.—Lo forma la luz de la luna.

FLUE.—¡Es un signo raro y maravilloso! Hay muchos que no lo han visto jamás.

SEWA.—Es doble. ¡Observad! hay otro más débil.

BAUMGARTEN.—Una barca pasa justamente por debajo.

MELCHTHAL.—Es Stauffacher, con su lancha. Ese hombre excelente no quiere que lo esperen (Acércase á la orilla con Baumgarten.)

MEIER.—Los de Uri son los que más tardan.

BUHEL. Han de dar un rodeo por la montaña para escapar á las gentes del Gobernador. (Mientras tanto han encendido lumbre los dos montañeses en medio de la escena.)

MELCHTHAL. (Desde la orilla.)—¿Quién va? ¿Cuál es la señal?

STAUFFACHER. (Desde abajo.)—¡Amigos de la patria! (Todos se dirigen al fondo del teatro, al encuentro de los que vienen. Salen de la lancha Stauffacher, Itel Reding, Hans auf der Mauer, Jorg de Flohe, Conrado Hunn, Ulrico Schimdt, Jost de Meiler y otros tres, todos armados.)

TODOS.—¡Bienvenidos seáis! (Mientras los demás se detienen en el fondo y se saludan, Melchthal y Stauffacher se adelantan.)

MELCHTHAL.—¡Oh, señor Stauffacher! He visto al que no ha de verme más. Mi mano ha tocado sus ojos, y deseo ardiente de venganza me ha inspirado la luz apagada de sus pupilas.

STAUFFACHER.—¡No habléis de venganza! No se trata de

vengar lo que ya se ha hecho, sino de evitar el mal, que nos amenaza... Decidme ahora lo que habéis adelantado en Unterwald en pro de la causa santa; ¿qué piensan vuestros compatriotas, y cómo habéis escapado de las asechanzas de la traición?

MELCHTHAL.—Atravesando las horrendas montañas de Sarne, por vastos desiertos helados, en donde sólo se oye el áspero graznido del lammergeier, llegué á los pastos alpinos, en donde se congregan los pastores de Uri y de Engelberg, para saludarse y apacentar juntos sus rebaños, apagando mi sed, solitario, en el agua de los ventisqueros, que, llena de espuma, corre por las grietas. Entré, huesped único, en el edificio abandonado, hasta alcanzar después habitaciones humanas... Ya había llegado á estos valles el anuncio de la espantosa maldad, poco antes perpetrada, siendo yo acogido con lástima en todas partes, merced á mi desdicha. Todos estos hombres de bien estaban indignados ante esas medidas recientes del Gobierno, atroces y violentas, porque así como todas sus montañas albergan las mismas plantas, y las fuentes corren en los mismos parajes, y hasta las nubes y los vientos toman igual rumbo, así costumbres idénticas se han transmitido invariablemente de los padres á los hijos. Su vida uniforme no consiente, pues, temerarias innovaciones en sus hábitos seculares... Ofreciéronme sus manos encallcidas; descolgaron de las paredes sus espadas mohosas, y la llama alegre de la resolución ha brillado en sus miradas cuando proferí ante ellos vuestro nombre y el de Gualterio Fürst, venerados de estos montañeses... Juraron hacer cuanto estiméis conveniente, y obedeceros hasta la muerte... Bajo del amparo de esta égida sagrada de la hospitalidad he caminado de casa en casa... y cuando llegué á mi valle natal, en donde habitan muchos parientes míos... cuando encontré á mi padre, ciego y despojado, descansando en

jergón ajeno, y viviendo de la caridad de los buenos corazones...

STAUFFACHER.—Dios del cielo!

MELCHTHAL.—No lloré; no disipé en lágrimas inútiles la fuerza de mi vehemente dolor; guardélo en lo íntimo de mi pecho, como si fuese precioso tesoro, y me ocupé sólo en trabajar. Atravesé todos los senderos ásperos de la montaña, y no hubo valle, por escondido que estuviera, que no recorriese. Visité hasta las últimas chozas habitadas, que se levantan al pie de los ventisqueros, y en cuantos parajes hollaron mis plantas, hallé idéntico odio á la tiranía, porque aun á esos límites extremos de la vida, en donde el suelo deja de producir, alcanza la avaricia de los gobernadores... El aguijón de mis palabras conmovió los corazones de estas buenas gentes, y todos ellos son nuestros en cuerpo y alma.

STAUFFACHER.—En corto tiempo habéis hecho grandes cosas.

MELCHTHAL.—Hice más. Las dos fortalezas de Rossberg y Sarnen son los que más miedo infunden en el habitante de estas montañas, porque, al abrigo de sus muros de peñascos, vive su enemigo y devasta el país. Quise verlo con mis ojos, y estuve en Sarnen y contemplé su castillo.

STAUFFACHER.—¿Y osasteis asomaros á las fauces del tigre?

MELCHTHAL.—Fuí disfrazado de peregrino, y presencié las orgías del Gobernador... Juzgad si sé dominarme. ¡Vé á mi enemigo, y no le maté!

STAUFFACHER.—La fortuna, en verdad, ayudó á vuestra osadía. (Los demás se adelantan, y se acercan á ellos.) Decidme ahora, sin embargo, quiénes son nuestros amigos y los buenos que os siguen. Dádmelos á conocer, para que nos comuniquemos y nos entendamos.

MEIER.—¿Quién no os conoce, señor, en los tres canto-

nes? Yo soy Meier de Sarne; éste es el hijo de mi hermano Struth de Winkelried.

STAUFFACHER.—Vuestros nombres no me son desconocidos. Un Winkelried mató al dragón en la laguna de Weiler, y perdió su vida en la lucha.

WINKELRIED.—Era mi abuelo, señor Werner.

MELCHTHAL. (Señalando á dos, que le acompañan.) — Éstos habitan del lado allá del Wald, y son vasallos del monasterio de Engelberg. No los despreciaréis por eso, porque no sean libres, ni como nosotros posean bienes propios patrimoniales. Aman á su patria, y además disfrutan de buena fama.

STAUFFACHER. (A los dos.)—Dadme las manos. Digno es de envidia el que no debe á nadie la prestación de un trabajo corporal; pero la honradez es compatible con todos los estados sociales.

HUNN.—He aquí el señor Reding, nuestro antiguo baillo.

MEIER.—Lo conozco bien. Es mi contrario, y litiga contra mí por una antigua herencia... Señor Reding, aunque ante la justicia seamos enemigos, aquí somos amigos. (Se estrechan la mano.)

STAUFFACHER.—¡Bien dicho!

WINKELRIED.—¡Escuchad! Ya llegan. ¿Oís la trompa de Uri? (Por la izquierda, y por la derecha, bajan de los peñascos hombres armados, á la luz de las antorchas.)

MANER.—¡Mirad! ¿No baja también con ellos el piadoso ministro del Señor, el respetable cura? No teme ni á la fatiga del camino ni á las tinieblas de la noche, cuando se trata, como cumple á un buen pastor, del cuidado de sus ovejas.

BAUMGARTEN.—Sigrift y Gualterio Fürst le siguen; pero no veo entre ellos á Tell. (Gualterio Fürst, Rosselmann el cura Petermann, Sigrift, Kuoni el pastor, Werni, el cazador, Ruodi el escador, y otros cinco, se presentan. Todos juntos llegan á treinta y ves. Se adelantan y se colocan alrededor del fuego.)

GUALTERIO FURST.—En la tierra, que heredamos de nuestros padres, y nuestro suelo natal, hemos de deslizarnos como criminales, y durante la noche, cuyo negro manto sólo debe proteger á los delincuentes y conspiradores, á quienes amedrenta la luz. Así hemos de defender nuestro derecho, tan claro y notorio como el sol de mediodía.

MELCHTHAL.—¿Qué hemos de hacer? Lo que se prepare en la oscuridad de la noche, aparecerá sin disfraces ni trapantojos á la hora en que todos lo vean.

RÖSSELMANN.—Óid, oh compañeros, lo que Dios me inspira. Nosotros estamos aquí en representación de una asamblea general, y en nombre de todo el pueblo. Guardemos, pues, los usos más antiguos de nuestra patria, como si los tiempos fuesen de paz. Lo que haya de ilegal en esta reunión, lo excusará la necesidad en que nos vemos. Pero Dios está presente en donde predomina la justicia, y ahora nos encontramos al abrigo del cielo.

STAUFFACHER.—¡Bien! Obremos con arreglo á las tradiciones patrias. Aunque es de noche, nuestro derecho es claro.

MELCHTHAL.—Si el número no parece completo, aquí está el corazón de todo el pueblo, y los mejores de él, presentes.

HUNN.—Si no tenemos á mano los libros antiguos, escritos están en nuestros pechos.

RÖSSELMANN.—¡Ea, pues, formemos el círculo, y planteemos en el centro las espadas, símbolo del poder!

MANER.—Que el baillo ocupe su puesto, y los asesores se sienten á su lado.

SIGRIFF.—Tres son los pueblos. ¿A quién corresponde el nombramiento de presidente?

MEIER.—Que lo disputen Schwitz y Uri. Nosotros, los de Unterwalden, renunciamos nuestro derecho.

MELCHTHAL.—Nosotros nos abstenemos también. Somos

suplicantes, que pedimos auxilio á poderosos amigos.

STAUFFACHER.—Que Uri tome la espada. Su bandera nos precede en las expediciones del imperio.

FURST.—Ese honor corresponde de derecho á Schwitz, porque todos descendemos de ese noble tronco.

RÖSSELMANN.—Dejadme que yo decida esta contienda generosa. Que Schwitz presida en el Consejo, y Uri en las batallas.

FURST. (Presentando la espada á Stauffacher.)—¡Tomadla, pues!

STAUFFACHER.—Yo no; el de más edad.

HOFE.—Ulrico Schwitz es el más viejo.

MANER.—Es buen sujeto, no libre; y en Schwitz nadie que no lo sea puede desempeñar el cargo de juez.

STAUFFACHER.—¿No está aquí el Sr. Reding, antiguo baillo? ¿Quién será más digno?

FURST.—Que sea, pues, nuestro baillo, y que nos preceda. ¡Quien convenga, que levante la mano! (Todos levantan la mano derecha.)

REDING. (Adelantándose.)—No puedo poner mi diestra sobre los evangelios; pero juro por los astros eternos que jamás me apartaré de la justicia. (Clavan dos espadas delante de él; fórmase un círculo alrededor. Schwitz ocupa el centro, Uri la derecha, y Unterwalden la izquierda. Él se apoya en su espada.) ¿Cuál es la causa, que reúne aquí á tres pueblos de la montaña, á esta hora de los fantasmas, en las orillas inhospitalarias del lago? ¿Cuál será el objeto de esta nueva alianza, que celebramos aquí, bajo la bóveda del cielo?

STAUFFACHER. (Adelantándose en el círculo.)—No celebramos ahora ninguna nueva alianza; es la renovación de la antigua, de la época de nuestros padres, porque sabéis, oh compañeros, que si bien nos separan el lago y las montañas, y cada pueblo se rige con independencia de los de-

más, nuestro origen y nuestra sangre es la misma, y la misma es también nuestra patria.

WINKELRIED.—¿Es cierto, pues, como se dice en nuestros cantos, que vinimos aquí de otros lugares lejanos? Contadnos lo que de esto sepáis, para que el nuevo vínculo confirme al antiguo.

STAUFFACHER.—Oid lo que refieren los pastores ancianos... Había un gran pueblo hacia el Septentrión, que padecía hambre cruel. En este apuro, se resolvió por su gobierno que la décima parte de los habitantes, por la suerte, abandonase el suelo natal... ¡Y así se hizo! Hombres y mujeres, lamentándose y formando un ejército, se abrieron camino con sus armas por Alemania, y llegaron á estas alturas de bosques y montañas... Y la expedición no se detuvo hasta alcanzar el ameno valle, por donde corre el Muota entre alegres prados... No se veían allí vestigios humanos, y sólo se alzaba en sus orillas una choza solitaria. Un hombre aguardaba á los recién venidos para pasarlos... Pero el lago estaba alborotado, y no navegable. Entonces examinaron esa región con más cuidado, y observaron bosques espesos y buenas fuentes, y creyeron hallarse en su amada patria... Acordaron quedarse, y edificaron el castillo viejo de Schwitz, y desmontaron el bosque con grandes trabajos... Después, cuando se aumentó el pueblo, y aquel paraje no podía contenerlos, se extendieron hasta las montañas negras, hasta parajes cubiertos de hielo, en donde, oculto entre sus nieves eternas, habitaba otro pueblo de distinta lengua. Levantaron el castillo de Stanz en Kernwald, y el de Altdorf en el valle del Reuss. Pero guardaron siempre el recuerdo de su origen; y así se explica que, aun después que se han establecido aquí otros pueblos diversos, los suizos se encuentran y se reconocen por su sangre y su corazón. (Extiende su mano á derecha é izquierda.)

MAUER.—Sí; nosotros tenemos todos el mismo corazón y la misma sangre.

TODOS. (Estrechándose las manos.)—Somos un solo pueblo, y juntos obraremos.

STAUFFACHER.—Los demás sufren el yugo, y se someten al vencedor. Hay en nuestro territorio muchos propietarios, que han contraído obligaciones con los extranjeros, y dejan en herencia á sus hijos la servidumbre. Pero nosotros, los suizos genuinos de la antigua estirpe, hemos defendido siempre nuestra libertad. No doblamos nuestra rodilla ante los Príncipes, y libremente nos hemos puesto bajo el amparo del Emperador.

RÖSSELMANN.—Sin coacción alguna nos pusimos bajo la égida y apoyo del Emperador. Así consta en el rescripto de Federico.

STAUFFACHER.—Pero ni el más libre deja de tener superior. Es menester que haya una cabeza, un juez supremo, cuando hay contienda sobre mejor derecho. Por eso nuestros antepasados reverenciaron al Emperador, por el suelo que roturaron, por su soberanía en Italia y Alemania, y como los demás Estados libres de su Corona, se obligaron también al servicio de las armas. Tal es el primer deber de los hombres libres, defender con las armas á quien los defiende.

MELCHTHAL.—Todo lo demás es signo de servidumbre.

STAUFFACHER.—Seguían, pues, al estandarte del imperio, cuando lo pedía el Soberano, y marchaban armados á Italia, para colocar sobre sus sienes la corona de Rey de romanos. En su país, se gobernaban sin miedo con arreglo á sus leyes y costumbres. La pena capital le estaba sólo reservada, y para imponerla había un conde, que lo representaba, y que no residía entre nosotros. Cuando conocía de alguno de estos delitos, se recurría á él, y bajo la bóveda del cielo, lisa y llanamente, aplicaba la ley, sin temor

á nadie. ¿Quién probará que somos esclavos? Si alguien no es de mi opinión, que hable.

HOFE.—No; la verdad es la que habéis expuesto, y ninguno de nosotros hubiera sufrido el despotismo.

STAUFFACHER.—Al mismo Emperador hemos negado la obediencia, cuando ha faltado á las leyes por favorecer á los sacerdotes. Cuando los monjes de la abadía de Ensiedeln intentaron apropiarse los pastos, que habían sido nuestros desde tiempo inmemorial, fundándose el abad en un título antiguo, que les concedía los terrenos desiertos, sin dueños... haciéndose caso omiso de nosotros... dijimos: «Ese título ha sido arrancado subrepticamente. Ningún Emperador puede dar lo que nos pertenece; y si el imperio rehusa hacernos justicia, para nada necesitamos en nuestras montañas al Emperador...» Así hablaban nuestros padres. ¿Hemos de sufrir, pues, ese nuevo y vergonzoso yugo, y, de un criado extranjero, lo que no hemos tolerado de ningún Emperador? Hemos conquistado este suelo con el trabajo de nuestras manos, y los antiguos bosques, en otro tiempo habitación exclusiva de los osos, han sido transformados por nosotros en moradas humanas. Aniquilamos la raza del dragón ponzoñoso, que vivía en estas lagunas. Rasgamos el velo de nubes, que envolvía tristemente estas soledades, é hicimos saltar las rocas, y abrimos senda segura al caminante. Nuestro es, por lo mismo, este territorio, por su posesión durante millares de años; y ¿el criado de un señor extranjero osará forjar cadenas para nosotros, y llenar de oprobio nuestro país? ¿No hay remedio alguno contra esta opresión? (Los conjurados se muestran conmovidos.) No; el poder de los tiranos tiene también sus límites. Cuando la opresión obra sin ningún derecho; cuando su peso es intolerable... pide alivio al cielo, y le pide ánimo, y llama acá abajo su eterno derecho, inmutable y seguro como los mismos astros. Recomiienza

entonces el estado primitivo de los hombres, en lucha unos con otros, y, en último recurso, cuando ningún otro se presenta, se apela á la fuerza. Contra la violencia hemos de defender nuestro bien máspreciado... ¡Pelemos por nuestra patria, por nuestras mujeres y nuestros hijos!

TODOS. (Poniendo las manos en sus espadas.) — ¡Defendemos nuestras mujeres y nuestros hijos!

RÖSSELMANN. (Adelantándose.)—Antes de hacer uso de las armas, reflexionadlo bien. Podéis emplear con el Emperador medios pacíficos. Os basta una sola palabra, y los mismos tiranos que hoy os oprimen, os adularán mañana... Aceptad lo que con tanta frecuencia se os ha ofrecido; separaos del Imperio, acatad el poder del Austria...

MAUER.—¿Qué propone el cura? ¿Que prestemos juramento al Austria?

BUHEL.—¡No le hagáis caso!

WINKELRIED.—Ese consejo es de traidor, es de un enemigo de su patria.

REDING.—¡Sosegaos, compañeros!

SEWA.—¡Que rindamos homenaje al Austria, después de tal afrenta!

FLUE.—¿Nos dejaríamos arrancar por la fuerza lo que hemos negado á la bondad?

MEIER.— ¡Seríamos entonces esclavos, y mereceríamos serlo!

MAUER.—¡Que sea privado del derecho común de los suizos quien nos hable de ceder al Austria!... Presidente, ¡que tal sea el primer acuerdo que adoptemos ahora!

MELCHTHAL.—¡Sea así! Quien hable de ceder al Austria, pierde todos sus derechos y honores, y que ninguno de sus paisanos lo acoja en su hogar.

TODOS. (Levantando sus diestras.)—¡Mandamos que así sea!

REDING. (Después de una pausa.)—¡Queda acordado!

RÖSSELMANN.—Ahora sois libres; ahora lo sois va, en

virtud de esta ley. Austria no obtendrá por la fuerza lo que no ha conseguido con sus amistosos ruegos...

WEILER.—¡Adelante, á la orden del día!

REDING.—Compañeros: ¿Se han probado ya todos los medios pacíficos? Quizás lo ignore el Rey; quizás no quiere que nosotros lo suframos. Tentemos, pues, este último recurso; que lleguen á sus oídos nuestras quejas, antes de apelar á las armas. Temible es siempre el empleo de la fuerza, aun fundada en el derecho. Dios sólo ayuda cuando los hombres nos abandonan.

STAUFFACHER. (A Conrado Hunn.)—Ahora os toca informar. ¡Hablad, pues!

HUNN.—He estado en Rheinfeld, en el palacio del Emperador, á quejarme de la tiranía de los gobernadores, y pedir la confirmación de nuestras antiguas franquicias, siempre concedida por los nuevos Soberanos. Allí encontré á los delegados de otras muchas ciudades, de la Suabia y de las orillas del Rin, todos ya con sus pergaminos, y dispuestos á regresar alegres á su país. A mí, vuestro representante, me enviaron al Consejo, en donde me despidieron con vanos consuelos: «El Emperador no tiene tiempo ahora; con placer se ocupará otro día en vuestra demanda.» Y cuando yo discurría triste por los salones del palacio real, ví al Duque Juan, llorando en un rincón, y junto á él, á los nobles señores de Wart y de Tegerfeld, que me llamaron, y me dijeron: «Ayudaos vosotros mismos; del Rey no hay que esperar justicia. ¿No ha despojado al hijo de su mismo hermano, apropiándose su legítima herencia? El Duque reclama los bienes de su madre, porque ha llegado á la mayor edad, y ya es tiempo de que gobierne á su país y á sus vasallos. ¿Qué se le ha contestado? El Emperador le ha puesto una corona en la cabeza, y le ha dicho: «He aquí el ornamento de la juventud.»

MAUER.—Ya lo habéis oído. No hay que esperar del Em-

perador derecho ni justicia. Ayudaos vosotros mismos.

REDING.—Ningún recurso nos queda, pues. Que el Consejo acuerde el medio de conseguir con prudencia nuestro objeto.

FURST. (Entrando en el círculo.) — Queremos sustraernos á una odiosa dominación; conservar las antiguas libertades, que nos legaron nuestros padres, y no pedir las nuevas sin freno alguno. Dése al Emperador lo que sea del Emperador, y quien tenga señor, que lo sirva con arreglo á su deber.

MEIER.—Yo tengo en feudo bienes del Austria.

FURST.—Continuad prestando homenaje al Austria.

WEILER.—Yo pago tributo á los señores de Rappersweil.

FURST.—Proseguid pagándoles lo que les debáis.

RÖSSELMANN.—Yo he prestado juramento á la abadesa de Zurich.

FURST.—Daréis al Monasterio lo que es del Monasterio

STAUFFACHER.—Yo sólo tengo feudos del Imperio.

FURST.—¡Que lo que deba hacerse, se haga, y nada más! Queremos sólo expulsar á los gobernadores, con sus satélites, y allanar sus fortalezas; pero, si es posible, sin verter sangre. Sepa el Emperador, que la necesidad nos ha compelido sólo á faltar á los deberes, y piadoso respeto que se merece. Si averigua que nos contenemos en ciertos límites prudentes, acaso la política lo induzca á refrenar su ira, porque despierta temor provechoso cualquiera pueblo, que, después de empuñar las armas, se modera.

REDING.—Pero veamos cómo hemos de conseguir nuestro objeto. Nuestro enemigo está bien preparado, y no cederá sin pelear.

STAUFFACHER.—Cederá, si nos ve dispuestos al combate. Hemos de sorprenderlo, pues, antes que pueda defenderse.

MEIER. — Mucho hay del dicho al hecho. Tenemos aquí dos castillos fuertes, que protegerán á nuestro enemigo, y serán terribles, si el Rey llega á venir á este país. Es menester que nos apoderemos á la fuerza de Rossberg y Sarnen, antes que se desenvaine una sola espada.

STAUFFACHER. — Si lo dilatamos, será avisado el enemigo. Hay muchos en el secreto.

MEIER. — No hay un solo traidor en los cantones.

RÖSSELMANN. — Hasta el cielo más loable puede vendernos.

FURST. — Si aplazamos nuestro proyecto, se acabará la fortaleza de Altdorf, y el Gobernador se parapetará en ella.

MEIER. — Pensáis en lo que os interesa...

SIGRIST. — Y sois injusto.

MEIER. (Levantándose.) — ¿Injustos nosotros? ¿Y los de Uri nos lo dicen?

REDING. — Callaos, y sed fieles á vuestro juramento.

MEIER. — Sí; si Schwitz se entiende con Uri, habremos de guardar silencio.

REDING. — He de advertiros ante la junta, que turbáis la paz común con vuestra cólera. ¿No estamos reunidos para promover el bien de todos?

WINKELRIED. — Si esperamos hasta la fiesta del Gobernador, entonces, según costumbre, todos los vasallos llevarán presentes al castillo. Diez ó doce hombres podrían juntarse allí, sin excitar sospechas. Provistos secretamente de puntas de hierro, que se ajustan con rapidez en sus palos, se burlarían así de la prohibición de entrar armados en el castillo. La junta más numerosa se tendría en el bosque inmediato, y si los primeros conseguían hacerse dueños de la puerta, harían una señal con la trompa, y acudirían los emboscados. Sin trabajo sería el castillo nuestro.

MELCHTHAL. — Yo me encargo de entrar en Rossberg, porque me ama una doncella del castillo, y puedo conven-

corla que me facilite una escala para hacerla una visita nocturna. Ya dentro, ayudaré á mis amigos.

REDING.—¿Opinan todos que se dilate la ejecución de nuestro plan? (La mayoría levanta la mano.)

STAUFFACHER. (Que cuenta los votos.)—Hay veinte votos contra doce.

FURST.—Si el día fijado quedan los castillos en nuestras manos, haremos la señal con humaredas de una en otra montaña; los hombres hábiles para tomar las armas se reunirán en la capital de cada cantón. Cuando se convenzan los gobernadores de que estamos decididos seriamente á combatir, creedme, cederán, y se tendrán por muy dichosos si obtienen de nosotros un salvo-conducto para dejar nuestro país.

STAUFFACHER.—Sólo me inspiran temor las fuerzas de caballería de Gessler, porque no abandonará el campo sin resistencia, y, aunque se aleje, siempre podrá hacernos mucho daño. Perdonarlo es difícil y casi peligroso.

BAUMGARTEN.—Ponedme en el lugar más expuesto. Debo mi vida á Tell, y la arriesgaré gustoso. He dejado á salvo mi honor, y estoy satisfecho.

REDING.—El tiempo es buen consejero. Tened, pues, paciencia. Hay que aprovechar también la ocasión. Pero ¡mirad! Mientras hacemos aquí la noche día, la aurora, desde los picos más altos, nos da su brillante alerta... Separémonos, por tanto, antes que la luz del día nos sorprenda.

FURST.—No temáis, que las tinieblas se retiran perezosamente de estos valles. (Todos, por un movimiento espontáneo, cogen sus sombreros, y contemplan la aurora en mudo recogimiento.)

RÖSSELMANN.—Por este resplandor, que nos saluda antes que á los demás pueblos, respirando con trabajo debajo de nosotros en la niebla de las ciudades, hagamos todos el

juramento de la nueva alianza... Queremos ser un pueblo de hermanos inseparables, sea cualquiera la necesidad ó el peligro que nos acometa. (Todos lo repiten, levantando tres dedos.) Queremos ser libres, como nuestros padres lo fueron, y antes morir que la esclavitud. (Lo repiten.) Ponemos nuestra confianza en Dios Todopoderoso, y no tememos poder ninguno humano. (Todos lo repiten, y se abrazan.)

STAUFFACHER. — Que cada cual siga ahora en paz su camino, para reunirse con sus amigos y compañeros. Quien sea pastor, que haga invernar tranquilo su ganado, y se granjee en silencio amigos para nuestra alianza... Sufrid cuanto sea menester, hasta que llegue el instante deseado. Dejad que se aumente la cuenta de los tiranos, hasta que venga el día en que paguen de una vez la deuda de todos y la particular de cada uno. Que todos refrenen su justa cólera, y guardad vuestras venganzas personales para la general venganza, porque se hace reo de robo contra la república quien, antes que al interés de ésta, atiende al suyo. (Mientras se separan callados, tomando por tres caminos diferentes, la orquesta toca una marcha brillante. La escena se queda vacía algún tiempo, y ofrece el espectáculo del sol levante sobre los montes de hielo.)

ACTO III.

ESCENA PRIMERA.

Patio ante la casa de Tell.

TELL tiene en la mano un hacha de carpintero, y EDUVIGIS está ocupada en trabajos de su sexo.—GUALTERIO y GUILLERMO juegan en el fondo con una ballesta pequeña.

GUALTERIO. (Cantando.) — «A la luz de los primeros rayos de la aurora, armado de su arco y sus flechas, atraviesa el cazador los montes y los valles.

»Como el buitre es el rey en el imperio del aire, así domina el cazador, sin traba alguna, en los precipicios y en las montañas.

»Suyo es el vasto espacio; y cuanto hiere su flecha, ya corra, ya se arrastre, es presa suya.» (Llega saltando.) Se me ha roto la cuerda. ¡Arréglamela, padre!

TELL.—¡Yo no! El buen cazador no necesita ayuda para esto. (Véjense los niños.)

EDUVIGIS.—Pronto se ensayan en tirar esos niños.

TELL.—El que quiera ser maestro, ha de ejercitarse en su oficio desde la infancia.

EDUVIGIS.—Quisiera Dios que jamás lo aprendiesen!

TELL.—Han de saberlo todo. Quien desee vivir tranquilo, ha de estar preparado para la defensa y para el ataque.

EDUVIGIS.—¡Ay de mí! Ninguno vivirá en paz en su casa.

TELL.—Mujer, no puedo subsistir de otra manera. La naturaleza no me ha hecho para el oficio de pastor. Sin descansar he de perseguir un objeto, que siempre huye, y sólo disfruto verdaderamente de la vida cuando la recobro de nuevo cada día.

EDUVIGIS.—Y no piensas en las angustias de tu esposa, que te espera, mientras tanto, llena de zozobra. Infúndeme harto horror lo que me cuentan tus criados de tus peligrosas correrías. Tiemblo cada vez que te ausentas, temiéndome no verte más. Imagínote en los montes cubiertos de nieve, perdido, saltando de peñasco en peñasco, ó arrastrándote la gamuza á los abismos, al volverse hacia atrás, ó que te sorprende una avalancha, ó que se hunde la nieve engañosa y te sepulta vivo en horrenda sima. ¡Ah! ¡Bajo mil formas acecha la muerte al audaz cazador de los Alpes! Es una ocupación funesta la que, con riesgo continuo, te atrae al fondo del abismo.

TELL.—Quienquiera que, sereno, sabe atender á cuanto lo rodea, y pone su confianza en Dios, y es fuerte y ágil, se libra fácilmente de contratiempos y de peligros. La montaña no asusta al que ha nacido en ella. (Ha terminado su trabajo, y deja la herramienta.) Ahora ya, según creo, tenemos puerta para años. Con esta hacha á mi disposición, me ahorro llamar al carpintero. (Coge el sombrero.)

EDUVIGIS.—¿A dónde vas?

TELL.—A Altdorf, á casa de mi padre.

EDUVIGIS.—¿No te preocupa ningún proyecto peligroso? ¡Contiésamelo!

TELL.—¿Por qué lo dices, mujer?

EDUVIGIS.—¡Se trama algo contra los bailfos!... Se han reunido en Ruttli; lo sé, y tú eres también de los conjurados.

TELL.—Yo no estuve allí... pero si la patria me llama, no seré sordo á su voz.

EDUVIGIS.—Siempre te señalarán un puesto arriesgado. Lò peor te tocará en suerte, como siempre.

TELL.—Cada uno contribuye con lo que puede.

EDUVIGIS.—Durante la tempestad, pasaste á uno de Unterwald de una á otra orilla del lago... Escapasteis por milagro... ¿Es posible que nunca te acuerdes de tu mujer y de tus hijos?

TELL.—Pensaba entonces en ellos, querida esposa: salvaba yo á un padre con hijos.

EDUVIGIS.—¡Navegar en el lago alborotado! Esto no es confiar en Dios, sino tentar su paciencia.

TELL.—El que reflexiona mucho lo que ha de hacer, nada hace.

EDUVIGIS.—Sí; tú eres bueno y servicial; á todos ayudas, y, cuando necesites á los demás, nadie vendrá en tu auxilio.

TELL.—¡Quiera Dios que á nadie necesite! (Toma su ballesta y sus flechas.)

EDUVIGIS.—¿Para qué llevas ahora la ballesta? ¡Déjala ahí!

TELL.—Me parece que me quedo sin brazo cuando no la llevo. (Los niños se acercan.)

GUALTERIO.—Padre, ¿á dónde vas?

TELL.—A Aldorf, muchacho, á Ehni... ¿quieres acompañarme?

GUALTERIO.—¡Sí, sí!

EDUVIGIS.—El Gobernador está allí ahora. No vayas á Aldorf.

TELL.—Hoy mismo la deja.

EDUVIGIS.—Que se vaya, pues, antes. No le llames la atención, porque, como sabes, no nos quiere bien.

TELL.—Su mala voluntad no puede perjudicarme mucho. Yo obro honradamente, y á nadie temo.

EDUVIGIS. — A los hombres de bien aborrece más que á los otros.

TELL.—Porque no encuentra motivos para ofenderlos... Creo que ese caballero me dejará en paz.

EDUVIGIS.—¿Estás seguro de lo que dices?

TELL.—No hace mucho que cazaba yo en los solitarios precipicios de Schächenthal, en donde no se veía huella alguna humana, y siguiendo un sendero abierto en los peñascos, en el cual no me era posible retroceder, porque sobre mi cabeza se elevaba la roca tajada, y á mis pies bullía el torrente de un modo horrible. (Los niños se acercan á él, y lo rodean, escuchando con la más viva curiosidad.) El Gobernador venía también por allí en dirección opuesta, tan solo como yo, hombre contra hombre, y á nuestro lado el abismo. Cuando me vió y me conoció, porque me había castigado con el mayor rigor por liviana causa poco antes, y notó que, bien armado, me aproximaba á su encuentro, palideció, temblaron sus rodillas, y comprendí que estaba á punto de despeñarse... Entonces me compadecí de él; me acerqué con humildad, y le dije: «Soy yo, señor Gobernador.» Ni una sola palabra pudo el pobre articular... Con la mano, en el más profundo silencio, me hizo señal de que prosiguiera mi camino; yo pasé, y le envié su acompañamiento.

EDUVIGIS. — Ha temblado en tu presencia... ¡Ay de tí! Jamás te perdonará que hayas sido testigo de su debilidad.

TELL.—Por eso yo evitaré verlo, y él no me buscará.

EDUVIGIS.—¡No vayas hoy allá! Caza mejor.

TELL.—¿Qué se te ocurre?

EDUVIGIS.—Siento una angustia indecible. No vayas.

TELL.—¿A qué afligirte sin razón alguna?

EDUVIGIS.—¿Sin motivo? ¡Tell, quédate aquí!

TELL.—He prometido ir allá, querida mía.

EDUVIGIS.—Vé, pues, si es preciso... pero déjame aquí el año.

GUALTERIO.—No, madrecita, me voy con mi padre.

EDUVIGIS.—Gualterio, ¿te atreves á abandonar á tu madre?

GUALTERIO.—Te traeré de Ehni un regalito. (Se va con su padre.)

GUILLERMO.—Yo me quedo contigo, madre.

EDUVIGIS. (Abrazándolo.)—Sí; tú eres mi hijo querido, tú eres el solo que me quedas. (Vase á la puerta del patio, y los sigue largo tiempo con la vista.)

ESCENA II.

Lugar montuoso y solitario; cascadas se precipitan desde las rocas.

BERTA, de cazadora, y poco después RUDENZ.

BERTA.—¡Me sigue! Al fin puedo explicarme.

RUDENZ. (Presentándose de repente.)—Gracias sean dadas á Dios, que os encuentro sola, y que nos rodean abismos por todas partes. En esta soledad no temo que me interrumpa testigo alguno, ni me impida acabar con el silencio abrumador, que tanto me ha afligido...

BERTA.—¿Estáis seguro que no nos siguen los cazadores?

RUDENZ.—Quedan allá lejos... ¡Ahora, ó nunca! Es preci-

so aprovechar esta ocasión favorable... Ha de decidirse mi suerte, aunque me separe para siempre de vuestro lado... ¡Oh! No troquéis en iracundas vuestras dulces miradas... ¡Quién soy yo para elevar hasta vos mis osados deseos! Nada ha hecho la fama en mi favor, y no me atrevo á igualarme con los caballeros, que, brillantes y gloriosos, os pretenden. Sólo poseo mi corazón, que rebosa de amor y abnegación...

BERTA. (Formal, y ceñuda.)—¿Podéis hablar de abnegación y de amor, descuidando tanto vuestros más sagrados deberes? (Rudenz se retira.) ¡El esclavo del Austria, vendido al extranjero, opresor de sus súbditos?

RUDENZ.—¿Es posible que oiga yo estas palabras de vuestros labios? ¿A quién, sino á vos, busco yo en este partido?

BERTA.—¿Y pensáis hallarme entre los traidores? De mejor grado daría yo mi mano al mismo Gessler, el tirano, que al hijo desnaturalizado de la Suiza, que se convierte en instrumento del opresor.

RUDENZ.—¡Dios mío! ¡Quién lo pensara!

BERTA.—¿Cómo? ¿Hay algo que interese más al hombre que sus deudos? ¿Hay algún deber más imperioso para los nobles corazones, que defender la inocencia y amparar á los oprimidos?... El alma se me contrista al recordar á vuestro pueblo; sufro con él, porque debo amarlo, por su modestia y su energía. Arrastra mi ánimo por completo, y lo venero más cada día... ¡Pero vos, á quien la naturaleza y los deberes de caballero obligan á protegerlo, y, sin embargo, lo abandonais; y sois el infiel, que se pasa al enemigo, y forja cadenas para su patria! Vuestra conducta me ofende y me entristece, y hasta he de violentarme para no odiaros.

RUDENZ.—¿No deseo yo el bien de mi país? En paz, bajo el cetro poderoso del Austria...

BERTA.—¿Intentáis hacerlo esclavo? ¿Arrebatár á la libertad su último refugio? Mejor comprende su dicha el pueblo, y ninguna apariencia engañosa perturba su seguro instinto. Lo envolvéis en una red.

RUDENZ.—¿Berta! ¿Me odiáis, y me despreciáis?

BERTA.—Más valdría que lo hiciera... Pero ver despreciado y digno de desprecio, á quien se amaría con la mejor voluntad...

RUDENZ.—¿Berta! ¿Berta! Después de mostrarme el más alto pináculo de ventura, me precipitáis en seguida en el abismo.

BERTA.—No, no; aun no se han extinguido en vuestro pecho por completo los sentimientos más nobles. Duermen, y es menester despertarlos. Habéis de contradeciros con energía para ahogar en vuestra alma su ingénita virtud. Por fortuna es más fuerte que vos, y á pesar vuestro, sois bueno, y sois hidalgo.

RUDENZ.—¿Tenéis confianza en mí? ¡Oh Berta! vuestro amor es y será todo para mí.

BERTA.—Sed lo que os manda la próvida naturaleza. Ocupad el lugar que os señala entre vuestros compatriotas y vuestro país, y luchad en defensa de sus sagrados derechos.

RUDENZ.—¿Ay de mí! ¿Cómo pretenderos, cómo poseeros, si me opongo al poder del Emperador? ¿No es la voluntad influyente de vuestros deudos la que dispone á su albedrío de vuestra mano?

BERTA.—En los cantones radican mis bienes, y será libre, si lo es también Suiza.

RUDENZ.—Berta, ¿qué perspectiva me ofrecéis?

BERTA.—No esperéis poseerme mediante el favor del Austria, porque sólo se preocupa de mi herencia y de quien ha de disfrutarla, casándose conmigo. La misma codicia de territorio, que quiere aniquilar vuestra libertad,

me amenaza también... ¡Oh, amigo mío! Destinada estoy quizás á ser la víctima propiciatoria que recompense a algún favorito. Se proponen arrastrarme á la corte del Emperador, en donde tienen su asiento la falsedad y las intrigas, y allí me esperan las cadenas de un odioso himeneo. ¡Sólo el amor... sólo vuestro amor puede salvarme!

RUDENZ.—¿Y podríais resolveros á vivir aquí, á ser mía, en mi propia patria? ¡Oh Berta; mi único anhelo en este mundo era llamaros mía! Os buscaba en el sendero de la gloria, y mi ambición era sólo mi amor... Pero si os decidís á encerraros en estos valles pacíficos, y renunciar á las vanidades terrenales... ¡oh! entonces, he logrado mi más vivo deseo, y la corriente alborotada del mundo puede estrellarse en esta segura orilla... Ningún afán transitorio siento ya en medio de la vasta extensión de la vida. ¡Ojalá que estas rocas formen á nuestro rededor infranqueable muralla, y que sólo este valle aislado quede expuesto al cielo y á la luz!

BERTA.—Ahora eres tú como mi corazón sensible te había soñado; mi fe no me había seducido vanamente. !

RUDENZ.—¡Adiós, pues, necia ilusión, que me engañaste! En mi patria encontraré mi mayor ventura. Aquí, en donde pasó alegre mi infancia, en donde árboles y fuentes se ostentan llenos de vida, aquí, en mi patria, ¿quieres ser tú mía? ¡Ay de mí! Siempre la amé. Conozco que, sin ella, no hubiese habido para mí placer ni dicha alguna.

BERTA. — ¿En dónde se hallarán las Islas afortunadas, si no están aquí, en esta mansión de la inocencia? ¿Aquí, en donde habita la lealtad antigua como en su propio domicilio, en donde la falsedad es desconocida? La envidia no enturbiará la fuente de nuestra felicidad, y las horas correrán para nosotros siempre tranquilas... Te considero revestido de la verdadera dignidad humana, el primero entre tus iguales, hombres libres, tributándote puro y sin-

cero homenaje, y grande como un soberano en su reino.

RUDENZ.—Y yo te contemplo reina de todas las mujeres, seductora en tus quehaceres domésticos, una gloria mi casa, y como la primavera prodiga sus flores, así tú, con tu gracia y tu belleza, vivificarás y encantarás á cuanto te rodea.

BERTA.—Ya sabes la causa de mi aflicción, cuando te veía destruyendo con tus manos tu propia y suprema ventura... ¡Ay de mí! ¡Cuán deplorable no fuera mi destino, si yo hubiese de seguir á su castillo sombrío á ese orgulloso caballero, tirano de mi país?... Aquí no hay ningún castillo, ni murallas que me separen del pueblo, cuya dicha es mi voto más ardiente.

RUDENZ. — Pero ¿cómo salvarme... cómo desatar los lazos, que yo mismo me he preparado en mi delirio?

BERTA.—¡Rómpelos con energía varonil! ¡Suceda lo que quiera... quédate con tu pueblo! ¡He ahí tu puesto! (Suena el lejor trompas de caza.)

ESCENA III.

En un prado, cerca de Altdorf; árboles, en el primer término del fondo, y, detrás, un sombrero en el extremo de un palo. El Baunberg limita por detrás el horizonte, y se alza sobre esa cadena de montañas un pico, cubierto por la nieve.

FRIESSHARDT y LEUTHOLDO hacen centinela.

FRIESSHARDT. — En vano esperamos. Nadie pasará por aquí y saludará al sombrero. Ayer había tanta gente como en una feria; hoy está desierta esta pradera, desde que se ha puesto ahí ese espantajo.

LEUTHOLDO.—Sólo la gentuza acude, y saluda con sus gorras desgarradas. Los hombres honrados prefieren dar un rodeo largo á hacer sus cortesías al sombrero.

FRIESSHARDT.—Han de pasar necesariamente por este paje al mediodía, después que salgan del Ayuntamiento. Ya pensaba yo en hacer una buena presa, porque ninguno se cuidaba del sombrero. Entonces se presentó Rösselmann, el cura... que llegaba con el Viático de la casa de un enfermo... y se paró con el Santo Sacramento al pie del palo... el sacristán tocó la campanilla, y todos, y yo, nos arrodillamos, y se prosternaron ante el Viático, no ante el sombrero...

LEUTHOLDO.—Oye, compañero; estoy por decir *que* estamos aquí á la vergüenza ante el sombrero... Es mengua para un soldado de á caballo hacer aquí centinela á un sombrero solo... Todo hombre honrado nos despreciará sin remedio... ¡Saludar á un sombrero! ¡Sí; hay que confesar que es un capricho necio!

FRIESSHARDT. — Y ¿por qué no á un sombrero vacío, sin cabeza que lo lleve? Bien te inclinas tú, sin embargo, ante cabezas tan desprovistas como él de seso. (Hildegarda, Matilde é Isabel se aparecen con sus hijos, y se colocan alrededor del palo.)

LEUTHOLDO.— Tú eres tan celoso bribón, que serías capaz, de buen grado, de ofender á estas pobres gentes. Que pase, pues, quien quiera junto al sombrero; yo cierro los ojos y nada veo.

MATILDE.—¡He ahí al Gobernador!... ¡Mostradle respeto, muchachos!

ISABEL.— Dios permita que se vaya, y sólo nos deje su sombrero. No estaríamos peor en este país.

FRIESSHARDT. (Echándolas.) — ¡Fuera de aquí, endiabladas mujeres! ¿Quién os llama? Enviadnos vuestros maridos, si tienen valor para mofarse de nuestras órdenes. (Vanse las

mujeres; Tell se adelanta con su ballesta, trayendo su hijo de la mano; pasan junto al sombrero, sin reparar en él, hacia el proscenio.)

GUALTERIO. (Señalando hacia Baunberg.)—¿Es verdad, padre, que allá, en aquella montaña, sangran los árboles, cuando se les hiere con el hacha?

TELL.—¿Quién lo ha dicho, muchacho?

GUALTERIO.—El rabadán lo ha dicho... Asegura que están encantados, y que la mano de quien los ofende sale de su sepulcro.

TELL.—Es verdad que los árboles están encantados... ¿Ves allí esas montañas, esos picachos blancos, que se pierden en las nubes?

GUALTERIO.—Son la región de las nieves heladas, que retumban por la noche, y nos envían las avalanchas.

TELL.—As es; y largo tiempo hace que habrían sepultado al pueblo de Altdorf bajo su peso, si no lo protegiese el bosque con sus árboles.

GUALTERIO. (Después de una pausa.)—¿Hay países, padre mío, sin montañas?

TELL.—Cuando se baja de estas alturas, siguiendo siempre el curso del río, se llega á una región extensa y llana, en donde los torrentes no despiden espuma, ni braman, y las aguas corren tranquilas y calladas. La vista se dilata por vastos horizontes, sin estorbo alguno, y el trigo crece en bellos y vastos campos, y la tierra parece un perpetuo jardín.

GUALTERIO.—¿Y por qué no nos encaminamos en seguida á ese país delicioso, en lugar de permanecer aquí, siempre en la angustia y el tormento?

TELL.—La tierra es bella y fértil, como el cielo es hermoso; sin embargo, quienes la cultivan no gozan de los frutos que sembraron.

GUALTERIO.—¿No son libres, como tú, en su propio patrimonio?

TELL.—El campo es del Obispo y del Rey.

GUALTERIO.—¿Pero cazarán, cuando quieran, en los bosques?

TELL.—La caza terrestre y la volátil pertenece al señor.

GUALTERIO.—Pero ¿pescarán á lo menos en los ríos?

TELL.—Los ríos, la mar y la sal son del Rey.

GUALTERIO.—¿Quién es ese Rey, á quien todos temen?

TELL.—El único que los protege y los mantiene.

GUALTERIO.—¿No pueden ellos defenderse?

TELL.—El vecino ni aun de su vecino se fía.

GUALTERIO.—Con estrechez, oh padre, viviría yo en región tan ancha. Prefiero habitar bajo la amenaza de los ventisqueros.

TELL.—Sí, hijo; vale más la compañía temible de los valles, cubiertos de nieve helada, que la de los hombres perversos. (Hacen ademán de pasar adelante.)

GUALTERIO.—Mira, padre, ese sombrero en lo alto de un palo.

TELL.—¿Qué nos importa? Vámonos. (Al andar, Friesshardt le presenta la lanza.)

FRIESSHARDT.—¡Deteneos; no deis un paso, en nombre del Emperador!

TELL. (Agarrando la lanza.)—¿Qué queréis? ¿Por qué me detenéis?

FRIESSHARDT.—Habéis faltado, violando el bando del Gobernador. ¡Seguidnos!

LEUTHOLDO.—No habéis hecho el saludo al sombrero.

TELL.—Vaya, buen amigo, dejadnos en paz.

FRIESSHARDT.—¡A la cárcel, á la cárcel!

GUALTERIO.—¿Mi padre á la cárcel? ¡Socorro, socorro! (Gritando.) ¡Venid aquí, amigos, socorrednos! ¡Injusticia, injusticia! ¡Que lo llevan preso! (Rosselmann el cura, y Petermann el sacristán. acuden con otros tres hombres.)

EL SACRISTÁN.—¿Qué sucede?

RÖSSELMANN.—¿Por qué pones la mano en este hombre?

FRIESSHARDT.—¿Es un enemigo del Emperador, un traidor!

TELL. (Sacudiéndolo con violencia.)—¿Yo un traidor?

RÖSSELMANN.—Te engañas, amigo. Es Tell, honrado y buen ciudadano.

GUALTERIO. (Que ve á Gualterio Fürst, y corre hacia él.)—¡Socorro, abuelo! ¡Prenden sin derecho á mi padre!

FRIESSHARDT.—¡Vamos; vamos á la cárcel!

FURST. (Saliendo á su encuentro.)—¡Yo soy su fiador! ¡Deteneos!... ¡Decidme, por Dios, qué ha sucedido... Tell! (Llegan Melchthal y Stauffacher.)

FRIESSHARDT.—Desprecia el poder supremo del Gobernador, y no quiere reconocerlo.

STAUFFACHER.—¿Lo ha hecho Tell así?

MELCHTHAL.—¡Mientes, bribón!

LEUTHOLD.—No ha saludado al sombrero.

FURST.—¿Y ha de ir por eso á la cárcel? Acéptame, amigo, por fiador, y déjalo en libertad.

FRIESSHARDT.—Guarda para tí, y para tu defensa, tu fianza. Nosotros obedecemos á quien nos manda... ¡Lleváoslo!

MELCHTHAL. (A sus compatriotas.)—¡No; esta es una arbitrariedad escandalosa! ¡Hemos de consentir, que, con esa insolencia, lo lleven preso en nuestras barbas!

EL SACRISTÁN.—¡Podemos más que ellos! ¡No lo toleréis, amigos! Los demás nos ayudarán.

FRIESSHARDT.—¿Quién se opone al cumplimiento de las órdenes del Gobernador?

OTROS TRES. (Que acuden.)—Nosotros os ayudamos. ¿Qué sucede? ¡Derribadlos en tierra! (Vuelven Hedegarda, Matilde é Isabel.)

TELL.—Me basto á mí mismo. Idos, buena gente. ¿Creéis que, si yo quisiera resistirme, me amedrentarían sus alabardas?

MELCHTHAL. (A Friesshardt.)—¡Prueba á llevártelo de aquí!

FURST y STAUFFACHER.—¡Sosegaos! ¡Haya paz!

FRIESSHARDT.—¡Motín y sedición! (Se oyen trompas de caza.)

LAS MUJERES.—¡Aquí viene el Gobernador!

FRIESSHARDT. (Levantando la voz.)—¡Motín y sedición!

STAUFFACHER.—¡Grita hasta reventar, bribón!

RÖSSELMANN y MELCHTHAL.—¡Quieres callar?

FRIESSHARDT. (Gritando más.) — ¡Socorro, socorro á los guardadores de las leyes!

FURST.—¡Ah de nosotros! ¡Ahí está el Gobernador! ¡Qué sucederá ahora? (Gessler, á caballo, con el halcón en el puño; Rudolfo de Harras, Bertha y Rudenz; numeroso séquito de criados armados, que llenan la escena alrededor.)

RUDOLFO.—¡Plaza, plaza al Gobernador!

GESSLER.—¡Dispersadlos! ¿A qué tanta gente? ¿Quién pide auxilio? (Silencio general.) ¿Quién era? Quiero saberlo. (A Friesshardt.) ¡Acércate tú! ¿Quién eres, y qué te ocurre con ese hombre? (Da el halcón á un criado.)

FRIESSHARDT.—Poderoso señor; soy uno de tus hombres de armas, centinela por tus órdenes de este sombrero. He sorprendido en fragante delito á este hombre, que rehusaba saludarlo. Intentaba llevarlo á la cárcel, como tú mandaste, y el pueblo se preparaba á libertarlo.

GESSLER. (Pausa.)—¿Así desprecias tú á tu Emperador, oh Tell, y á mí, que lo represento, y rehusas reverenciar ese sombrero que hice poner en ese palo para probar vuestra obediencia? Dejaste entrever así tu dañada intención.

TELL.—Perdonadme, buen señor; por inadvertencia, no por mofa, lo hice. Si yo lo hubiese hecho con premeditada intención, tan verdad como me llamo Tell, que no implorara vuestra clemencia, aunque así y todo no la invocaré mas.

GESSLER. (Después de un momento de silencio.)—Dicen que eres maestro en tirar la ballesta, y que jamás yerras el blanco.

GUALTERIO TELL.—Es cierto, señor, que mi padre, á los cien pasos, derriba una manzana de un árbol.

GESSLER.—¿Es éste hijo tuyo, Tell?

TELL.—Sí, señor.

GESSLER.—¿Tienes más hijos?

TELL.—Dos, señor.

GESSLER.—¿Y á cuál de los dos quieres más?

TELL.—Quiero lo mismo á los dos.

GESSLER.—Bien, Tell; puesto que aciertas á una manzana en el árbol, á los cien pasos, darás en mi presencia una prueba de tu destreza... Toma la ballesta. La tienes en la mano... y disponte á acertar una manzana en la cabeza de tu hijo. Pero te aconsejo que apuntes bien y que la toques al primer disparo, porque si la yerras, te va en ello la cabeza. (Todos se horrorizan.)

TELL.—Señor... ¿qué monstruosidad exigís de mí?... que yo, en la cabeza de mi hijo... no, no, buen señor, imposible que habléis formalmente... ¡Libreme de ello Dios misericordioso!... ¡No podéis mandarlo en vuestro juicio á padre alguno!

GESSLER.—Tirarás á una manzana, puesta en la cabeza de tu hijo... ¡lo deseo y lo ordeno!

TELL.—¿Que yo apunte con mi ballesta á la cabeza de mi querido hijo?... ¡Prefiero morir!

GESSLER.—¡O tiras, ó mueres con tu hijo!

TELL.—¿He de ser yo el asesino de mi hijo?... Señor, sin duda no los tenéis, é ignoráis lo que sufrirá el corazón de todo padre.

GESSLER.—¿Qué prudente te has hecho de improviso! Me han dicho que eres un visionario, y que te has propuesto distinguirte de los demás hombres. Te agrada lo insólito... y he aquí por qué he escogido para tí esta hazaña llena de azares. Otro reflexionaría... tú, cierra los ojos, y acométela con resolución.

BERTHA.—No os burléis, señor, de estas pobres gentes. ¡Veis cuánta es su palidez y cuánto su temblor!... Tan poco acostumbrados están á considerar vuestras palabras como mero pasatiempo.

GESSLER.—¿Quién os ha dicho que hablo en són de burlas? (Coge una manzana del árbol, que está á su alcance.) Aquí está la manzana. Despejad el lugar cuanto sea necesario; te concedo ochenta pasos... ni menos, ni más... Se alaba de acertar á un hombre á los cien pasos. Tira ahora, y no yerres el blanco.

RUDOLFO.—¡Dios mío! Esto se pone serio... Arrodíllate, niño, y pide al Gobernador que te perdone la vida.

FURST. (Aparte, á Melchthal, que apenas puede dominarse.)— ¡Refrenaos; yo os lo suplico; estaos quieto!

BERTHA. (Al Gobernador.)—¡Basta ya, señor! Es inhumano jugar así con las angustias de un padre. Aunque este pobre hombre, por su ligera falta, hubiese merecido morir, ¡por Dios! ya ha muerto diez veces. Dejadle que vuelva ileso á su cabaña. Ya os conoce, y así él como sus hijos se acordarán siempre de vos.

GESSLER.—Despejad el sitio... vamos; ¿por qué tiemblas? Has merecido la muerte, y puedo dártela; considera que, por la gracia que te hago, pongo tu suerte en la destreza de tu arte. Nadie debe quejarse del rigor de una sentencia, cuando se le erige en árbitro de su suerte. Te alabas de la seguridad de tu puntería. ¡Pues bien! Trátase ahora, oh tirador, de probarnos tu habilidad. El blanco es digno de tí, y grande la recompensa. Dar en lo negro del círculo, cualquiera otro lo hace. El verdadero maestro es aquel, en mi juicio, que siempre está seguro de sí mismo, y cuyo corazón ni perturba su vista ni hace temblar su mano.

FURST. (Arrodillándose ante él.)—¡Señor Gobernador, acatamos vuestro poder; pero sed misericordioso, no justo;

tomad la mitad de mis bienes, tomadlos todos; pero libráis á un padre de tan horrible suplicio!

GUALTERIO TELL.—¡Abuelo, no te arrodilles ante ese mal hombre! Decid en dónde me he de poner. Yo nada temo. Mi padre acierta al ave volando, y no herirá el corazón de su hijo.

STAUFFACHER.—Señor Gobernador, ¿no os conmueve la inocencia de ese niño?

RÖSSELMANN.—¡Reflexionad que hay un Dios en el cielo, á quien daréis cuenta de vuestras acciones!

GESSLER. (Señalando al niño.)—¡Atadlo allí, en aquel tilo!

GUALTERIO TELL.—¡Atarme! ¡No, no quiero que me sujeten! Estaré quieto, como un cordero, y no respiraré si quiera. Pero si me atáis, no lo consentiré; no, forcejearé cuanto pueda.

RUDOLFO.—¡Deja que te venden los ojos, muchacho!

GUALTERIO TELL.—¿Por qué los ojos? ¿Creéis que tengo miedo á la flecha, disparada por la mano de mi padre? La esperaré con firmeza, y no pestañearé. ¡Pronto, padre; prueba que eres buen ballestero! No tiene en tí confianza, y se lisonjea de perdernos. ¡Tira y acierta, para afligir á este hombre cruel! (Acércase al tilo, y le ponen la manzana en la cabeza.)

MELCHTHAL. (Á sus compatriotas.)—¿Cómo? ¿Se cometerá este crimen en nuestra presencia? ¿Para qué sirven nuestros juramentos?

STAUFFACHER.—¡Es inútil! No tenemos armas. Observad las innumerables lanzas que nos rodean.

MELCHTHAL.—¡Oh! ¡Si hubiésemos realizado en seguida nuestro plan! ¡Que Dios perdone á quienes aconsejaron su aplazamiento!

GESSLER. (A Tell.)—¡A la obra! No se usan armas impunemente. Es arriesgado llevar un instrumento de muerte, y la flecha se vuelve á veces contra el que la dispara. Este

derecho orgulloso, que el labrador se arroga, ofende al señor supremo del territorio. Sólo debe llevar armas el que manda. Si os envanecéis, pues, de no separaros de vuestro arco y vuestras flechas, ¡sea en hora buena! Yo os proporcionaré blanco.

TELL. (Que tiende la ballesta, y pone en ella una flecha.)—¡Aparaos! ¡Plaza!

STAUFFACHER.—¡Cómo, Tell? Queréis... jamás... tembláis... vuestras manos están trémulas, vuestras rodillas vacilan...

TELL. (Que deja caer la ballesta.)—¡No ven claro mis ojos!

LAS MUJERES.—¡Dios del cielo!

TELL. (Al Gobernador.)—¡Libradme de este suplicio! ¡Aquí está mi corazón! (Descubriéndose el pecho.) Llamad á vuestros caballeros para que me maten.

GESSLER.—Para nada quiero tu vida, sí tu tiro. Sí; todo lo puedes, Tell; nada te asusta; manejas el remo como la ballesta. Ninguna borrasca te amedrenta, cuando se trata de salvar á alguno. Sálvate ahora á tí mismo, salvador. Tú salvas á todos los demás. (Tell sufre tremenda lucha; sus manos tiemblan, y sus ojos se dirigen, ya al Gobernador, ya al cielo. De improviso coge su carcax, y saca de él una flecha y la esconde en su seno. El Gobernador observa todos sus movimientos.)

GUALTERIO TELL. (Bajo el tilo.)—¡Tira, padre! ¡No tengo miedo!

TELL.—Es preciso. (Se reanima, y se dispone á tirar.)

RUDENZ. (Que, mientras tanto, se ha dominado con trabajo, presa de la más violenta agitación, se adelánta.)—Señor Gobernador, no iréis más allá, no... era sólo una prueba... habéis conseguido vuestro fin... El extremado rigor es enemigo de la prudencia, y el arco, demasiado tendido, se rompe.

GESSLER.—Callaos hasta que os manden hablar.

RUDENZ.—Quiero y debo hablar. La honra de mi Rey es sagrada para mí, y esta conducta sólo odio concita. No es

ése el deseo del Soberano... Me atrevo á sostenerlo... Mi pueblo no merece castigo tan cruel, y no tenéis facultades para infligirlo.

GESSLER.—¡Ah! ¡Os atrevéis!...

RUDENZ.—He callado hasta ahora ante tanto abuso como he presenciado. Híceme el ciego, viendo, y he encerrado en mi pecho mi indignación y mi ira; pero guardar más tiempo silencio, sería una traición á mi patria y á mi Emperador.

BERTHA. (Que se interpone entre Rudenz y el Gobernador.)—¡Oh, Dios! Irritáis aún más á este furioso.

RUDENZ.—He abandonado á mis conciudadanos, á mis parientes, á todos los lazos naturales, para servirlos tan sólo... Creía obrar bien, contribuyendo á consolidar el poder del Emperador... La venda cae ya de mis ojos... Temblando me veo ya arrastrado al borde del abismo. Habéis pervertido mi juicio, libre en su origen, y emponzoñado mi corazón, antes sano... Hallábame próximo, con la mejor voluntad del mundo, á perder á mis compatriotas.

GESSLER.—¿Te atreves, oh temerario, á hablar así á tu señor?

RUDENZ.—El Emperador es mi señor, no vos... Libre he nacido yo aquí, como vos, y os soy igual en todas las cualidades de caballero. Y si no estuviérais aquí en nombre del Emperador, á quien yo honro, cuando vos lo ultrajáis, arrojaría aquí el guante, en vuestra presencia, y habríais de darme satisfacción con arreglo á las leyes de caballería... Sí; haced señales á vuestros soldados; no estoy sin armas, como los que... (Indicando al pueblo.) Tengo una espada, y el que se me acerque...

STAUFFACHER. (Gritando.)—¡La manzana ha caído! (Mientras se volvían todos hacia el Gobernador y Rudenz, separados entre sí por Bertha, Tell ha tirado su flecha.)

RÖSELMANN.—¡El niño vive!

MUCHAS VOCES.—;La manzana ha caído! (Gualterio Fürst vacila, y está á punto de desmayarse. Bertha le sostiene.)

GESSLER. (Admirado.) ¿Ha tirado? ¿Cómo? ¿Este insensato...?

BERTHA.—El niño vive. ;Tranquilizaos, buen padre!

GUALTERIO TELL. (Que llega saltando con la manzana.) ¡Aquí está la manzana, padre! Ya sabía yo que tú no herirías á tu hijo. (Tell está con el cuerpo inclinado, como si quisiera seguir á la flecha disparada; deja caer en tierra la ballesta; cuando ve venir al niño, corre á su encuentro con los brazos abiertos, y lo estrecha con efusión contra su pecho; en esta situación, está á punto de desmayarse.)

BERTHA.—;Oh, Dios misericordioso!

FURST. (Al padre y al hijo.) ;Hijos, hijos míos!

STAUFFACHER.—;Loado sea Dios!

LEUTHOLDO.—;Tiro ha sido! Siempre se hablará de él.

RUDOLFO.—Se recordará á Tell, el ballestero, mientras duren estas montañas. (Entrega al Gobernador la manzana.)

GESSLER.—Le ha dado en el centro. Ha sido un tiro maestro, digno de alabanza.

RÖSSELMANN.—Bueno fué el tiro; pero ¡ay de aquel que lo ha forzado á tentar á Dios!

STAUFFACHER.—;Reanimaos, Tell! Levantaos; os habéis portado varonilmente, y ahora, con toda libertad, podréis regresar á vuestra casa.

RÖSSELMANN.—Andad, andad; llevad ese niño á su madre ¡Intentan llevárselo.)

GESSLER.—;Oye, Tell!

TELL. (Volviendo atrás.)—¿Qué mandáis, señor?

GESSLER.—Ocultaste una flecha en tu pecho... Sí, sí; lo vi bien... ¿Con qué objeto?

TELL. (Confuso.)—Señor, es costumbre usada por los ballesteros.

GESSLER.—No, Tell, no es verdad. Otro ha sido tu objeto. Dime la verdad, libre y francamente, Tell. Sea lo que

fuere, te garantizo la vida. ¿Para qué esa segunda flecha?

TELL.—Bien, señor; puesto que me aseguráis la vida... os diré toda la verdad. (Saca la flecha del seno, y lanza al Gobernador una mirada terrible.) Con esta segunda flecha hubiera atravesado... á vos, si hiriese antes á mi hijo querido, y la vuestra... de seguro no hubiese errado el blanco.

GESSLER.—¡Bien, Tell! Te he prometido la vida, y no faltaré á mi palabra de caballero... Sin embargo, conociendo ya tus intenciones perversas, te llevaré y guardaré en donde no veas más el sol ni la luna, y así no temeré tus flechas. ¡Sujetadlo, soldados; atadlo! (Atan á Tell.)

STAUFFACHER.—¿Cómo, señor? ¿Es posible que tratéis así á un hombre, tan visiblemente protegido por Dios?

GESSLER.—Veremos si Dios lo protege por segunda vez... Que lo lleven á mi barca. Lo seguiré inmediatamente, y yo mismo lo llevaré á Kussnacht.

RÖSSELMANN.—No osaréis hacerlo, ni aun el mismo Emperador, porque lo impiden nuestras franquicias.

GESSLER.—¿En dónde están? ¿Las ha confirmado el Emperador? No... Obtendréis esa gracia por vuestra sumisión. Sois rebeldes al Emperador, y sólo abrigáis deseos sediciosos y proyectos insensatos. Os conozco á todos bien... veo cuanto pasa en vuestro corazón... Si me llevo este hombre de entre vosotros, todos sois reos de su delito. Que aprenda el prudente á callar y obedecer. (Vase, siguiéndole Bertha, Rudenz, Rudolfo de Harras, y sus servidores, quedándose Friesshardt y Leutholdo.)

FURST. (Presa de dolor inconsolable.)—¡Se fué! Ha resuelto perderme á mí y á mi familia.

STAUFFACHER. (Á Tell.)—¿Por qué encolerizar más á ese furioso?

TELL.—¿Quién se domina, sintiendo el dolor que yo?

STAUFFACHER.—¡Oh! ¡Todo, todo se ha perdido! Con vos, todos hemos sido presos y encauados.

OTROS SUIZOS. (Que rodean á Tell.)—Con vos se va nuestro último consuelo.

LEUTHOLDO. (Acercándose á Tell.)—¡Os compadezco, Tell!... Sin embargo, me veo en la necesidad de obedecer.

TELL.—¡Que Dios os guarde!

GUALTERIO TELL. (Abrazando á su padre, con el mayor dolor.)
¡Oh, padre, padre! ¡Oh, padre mío querido!

TELL. (Levantando los brazos al cielo.)—¡Allí está nuestro padre! ¡Invocadlo!

STAUFFACHER.—¡Nada digo á vuestra esposa de vuestra parte?

TELL. (Levantando á su hijo, y estrechándolo contra su pecho.)
Mi hijo está ileso. ¡Dios me ayudará! (Aléjase con precipitación, y sigue á los criados armados del Gobernador.)

ACTO IV.

Ribera oriental del lago de los Cuatro Cantones.—Rocas extrañas y escarpadas limitan la vista al Oeste. El lago está revuelto, y al ruido de su oleaje acompañan relámpagos y truenos.

ESCENA PRIMERA.

KUNZ DE GERSAU, un PESCADOR y su HIJO.

KUNTZ.—Lo ví con mis ojos; podéis creerlo. Todo sucedió como os he dicho.

EL PESCADOR.—¡Tell preso y llevado á Kussnacht! El hombre mejor de este país, el brazo más esforzado, si se hubiera de combatir por la libertad.

KUNTZ —El mismo Gobernador lo conduce al lago. Estaban á punto de embarcarse, cuando dejaba yo á Flüelen; pero la tempestad, que se acercaba, y que me ha obligado á desembarcar aquí, habrá detenido acaso su marcha.

EL PESCADOR.—¡Tell en la cárcel y en poder del Gobernador! ¡Oh! Estad convencidos de que lo sepultará en un calabozo, bastante profundo para que no lo visite jamás la luz del día, porque ha de temerse la justa venganza del hombre libre á quien ha ofendido cruelmente.

KUNTZ.—También nuestro antiguo bailío, el noble señor de Attinghausen, está moribundo, según se dice.

EL PESCADOR.—¡Así se rompe la única áncora de nuestra esperanza! Era el único, que se atrevía á levantar su voz en defensa de los derechos del pueblo.

KUNTZ.—La tempestad arrecia. ¡Quedad con Dios! Yo voy á buscar albergue en la aldea, porque ya hoy no hay que pensar en salir. (Vase.)

EL PESCADOR.—¡Tell preso y el Barón muerto! ¡Alza tu osada frente, tiranía! ¡Prescinde de toda vergüenza! ¡La verdad, muda, y ciega la mirada, antes perspícaz! ¡El brazo salvador está encadenado!

EL HIJO.—Cae espeso granizo. ¡Venid á la choza, padre, que no conviene exponerse á la inelemencia del cielo!

EL PESCADOR.—¡Desencadenaos, vientos! ¡Brillad, relámpagos! ¡Reventad, nubes! ¡Caed sin tasa, torrentes, é inundad la tierra! ¡Destruid en sus gérmenes á las generaciones futuras! ¡Reinad vosotros, rebeldes elementos! ¡Acudid, osos y lobos, á ocupar de nuevo la tierra desierta, que vuestra será ya! ¡Quién querrá vivir aquí sin libertad?

EL HIJO.—Escuchad cómo retumba el abismo, y cómo muge el viento. Nunca tempestad tan furiosa ha azotado estas olas.

EL PESCADOR.—Derribar una manzana de un flechazo de la cabeza de su propio hijo, jamás se había mandado antes á padre alguno. ¿No se ha de sublevar la naturaleza entera, ¿l'ena de ira?... ¡Oh! No me admiraría de que los peñascos se lanzasen en el lago, que se liquidasen esos picos, cubiertos de hielo, inmóviles desde la creación, y se precipitasen desde sus cumbres; de que estas montañas se hicieran pedazos, se arruinasen las antiguas cavernas, y un segundo diluvio devorase la mansión de todos los seres vivos. (Óyese tocar las campanas.)

EL HIJO.—¿No oís cómo tocan en la montaña? ¡Han visto

alguna barca en peligro, y hacen la señal para que pidan á Dios por ella! (Sube á una eminencia.)

EL PESCADOR.—¡Ah de la barquilla, que ahora navegue en medio de este oleaje terrible! Tan inútil es ahora el timón como el piloto; la borrasca es soberana, y el viento y las olas se ríen de los esfuerzos humanos... Ni cerca ni lejos hay ningún refugio, que le preste seguro asilo. Las rocas tajadas, fuera de su alcance é inhospitalarias, sólo le ofrecen su pecho duro de piedra.

EL HIJO.—(Señalando á la izquierda.) ¡Un barco, padre, viene de Flüelen!

EL PESCADOR.—¡Que Dios venga en ayuda de esas pobres gentes! Cuando la tempestad llega á penetrar en estos abismos, se agita como una bestia feroz é iracunda contra los hierros de su jaula. En vano busca aullando, la salida, porque los peñascos, desde lo alto de las nubes, la encierran en este estrecho paso. (Sube á la eminencia.)

EL HIJO.—¡Es el bote del Gobernador de Uri, padre! Lo conozco por su cubierta roja y por su bandera.

EL PESCADOR.—¡Justo Dios! Sí, es el mismo, es el Gobernador el que navega... Hacia aquí se dirige, y trae consigo su delito. Pronto lo ha alcanzado la mano vengadora, y ahora verá que hay un poder más fuerte que él. Estas olas no obedecen su voz, y estas rocas no saludan su sombrero... No reces, muchacho; no detengas el brazo de la Providencia.

EL HIJO.—¡Yo no rezo por el Gobernador!... Pido á Dios por Tell, que viene con él en el bote.

EL PESCADOR.—¡Oh insensato y ciego elemento! Por castigar á un culpable, ¿has de acabar con el barco y con el piloto?

EL HIJO.—Mira, mira; ya pasaron indemnes el Buggisgrat; pero la violencia de la tempestad; que sale de rechazo del Teufelsmunster, los arrastra contra el peñasco de Axenberg... ¡No los veo ya!

EL PESCADOR. — Allí está el Hackmesser, en donde más de un buque se ha estrellado ya. Si no navegan con prudencia, la barca se hará pedazos en el bajo, que se eleva desde el fondo del lago... ¡Buen piloto llevan á bordo! Si alguien puede salvarlo es Tell; pero sus brazos y sus manos están sujetas. (Llega Guillermo Tell, con su ballesta, á paso rápido; mira sorprendido á su redor, y manifiesta grande inquietud. Cuando se adelanta hasta el centro del teatro, se deja caer en tierra, toca al suelo con las manos, y las alza después hacia el cielo.)

EL HIJO. — (Al verlo.) Padre, ¿quién es ese hombre, que se arrodilla allí?

EL PESCADOR. — Toca á la tierra con sus manos, y parece estar fuera de sí.

EL HIJO. — (Adelantándose.) ¿Qué veo, padre? ¡Padre, venid, y mirad!

EL PESCADOR. — (Aproximándose.) ¿Quién es? ¡Dios del cielo! ¡Cómo! ¿Tell? ¿Cómo habéis llegado aquí?

EL HIJO. — ¿No estabais allí, en la barca, preso y atado?

EL PESCADOR. — ¿No os llevaban á Kussnacht?

TELL. — (Levantándose.) ¡Ya soy libre!

EL PESCADOR Y SU HIJO. — ¿Libre? ¡Milagro de Dios!

EL HIJO. — ¿De dónde venís?

TELL. — De aquella barca.

EL PESCADOR. — ¿Cómo?

EL HIJO. — ¿Y el Gobernador?

TELL. — A merced de las olas.

EL PESCADOR. — ¿Es posible? Pero ¿cómo estáis aquí? ¿Cómo habéis escapado de vuestros lazos y de la tempestad?

TELL. — Por la providencia misericordiosa de Dios... ¡Oid!

EL PESCADOR Y SU HIJO. — ¡Oh! ¡Hablad, hablad!

TELL. — ¿Sabéis lo sucedido en Altdorf?

EL PESCADOR. — Todo lo sé; hablad.

TELL. — ¿Sabéis que el Gobernador me hizo prender y atar, queriendo llevarme á su castillo de Kussnacht?

EL PESCADOR.—Y que se embarcaría con vos en Flüelen. ¿Ya lo sabemos! Decid, ¿cómo habéis escapado?

TELL.—Yacía yo en la barca, atado fuertemente con cuerdas, sin armas, perdido por completo... No esperaba ver más la alegre luz del sol, ni el amado rostro de mi esposa é hijos, contemplando inconsolable las aguas desiertas...

EL PESCADOR.—¡Oh, pobre hombre!

TELL.—Así navegábamos el Gobernador, Rudolfo de Harras y los criados. Mi carcax y mi ballesta estaban detrás, junto al timón. En el momento, en que llegábamos á ese recodo, cerca de la pequeña roca de Axen, quiso Dios que una tempestad horrorosa brotara de los desfiladeros del San Gothardo. Los remeros desfallecieron, y pensaron todos perecer. Oí entonces que un criado se volvió hacia el Gobernador y le dijo: «Ya veis, señor, nuestro apuro y el vuestro, y cuán al borde nos encontramos de la muerte... Los remeros, de miedo, dudan qué hacer, y qué rumbo tomar... Pero Tell es un hombre vigoroso, y sabe dirigir una barca. ¿Os parece bien que en este trance aprovechemos su habilidad?» Entonces me dijo el Gobernador: «Tell, si tienes confianza en tí mismo para ayudar á librarnos de esta borrasca, te libraría de los lazos que te sujetan.» Yo le contesté: «Sí, señor; con ayuda de Dios creo que podré socorreros en este apuro.» Así me desataron, y empuñé el timón, y navegué valientemente. Mientras tanto, buscaba de soslayo mis armas, y escudriñaba atento la orilla, para saltar en ella sin peligro. Y al notar yo un peñasco que se avanzaba escarpado en el mar...

EL PESCADOR.—Sé cuál es; el que yace al pie del gran Axen, aunque no creía posible... siendo tan difícil su acceso... que se pudiera alcanzar desde una barca.

TELL.—Grité á los remeros que manejasen con vigor el remo, hasta que llegásemos al borde de la roca. «Si la

emparejamos, les dije, escapamos del mayor riesgo. Y cuando la tocamos, en seguida, bogando con energía, invoqué á Dios, y reuniendo todas mis fuerzas, salté al escarpado peñasco con mis armas, rechazando con el pie la barca, y abandonándola al capricho de las olas y á la voluntad divina. Véome, pues, así libre de la violencia de la borrasca, y de la maldad, más terrible, de los hombres.

EL PESCADOR.—Tell, Tell; el Señor, por salvaros, ha hecho un milagro patente; apenas creo el testimonio de mis sentidos... Pero decidme, ¿á donde pensáis ir ahora? Porque en ningún paraje estáis seguro, si el Gobernador sale ileso de esta tempestad.

TELL.—Oí afirmar, cuando estaba atado á la barca, que se proponía desembarcar en Brunnen, y pasando por Schwitz, llevarme á su castillo.

EL PESCADOR.—¿Quería, pues, tomar el camino por tierra?

TELL.—Así lo pensaba.

EL PESCADOR.—¡Oh! Ocultaos sin tardanza. No es posible que Dios os ayude por dos veces.

TELL.—Indicadme cuál es el camino más corto para Arth y Küssnacht.

EL PESCADOR.—El principal va por entre peñascos; pero mi hijo os llevará á Lowerz por otro poco conocido, y más en línea recta.

TELL. (Dándole la mano.)—¡Que Dios premie vuestra bondad! ¡Adiós! (Vase, y vuelve en seguida.) ¿No habéis jurado también en Rütli? Creo que me lo dijeron así.

EL PESCADOR.—Estuve allí, y juré también como los demás.

TELL.—Entonces, hacedme el obsequio de ir cuanto antes á Bürglen, para tranquilizar á mi esposa, y decidle que estoy sano y salvo.

EL PESCADOR.—Pero, ¿á dónde le digo que os escondéis?

TELL.—Encontraréis allí á mi suegro, y á otros conjura-

dos del Rütli. Decidles que se alegren, y tengan buen ánimo; que Tell es libre, que puede hacer uso de sus brazos, y que pronto oirán nuevas de mí.

EL PESCADOR.—¿Cuál es vuestro proyecto? Descubridme lo sin temor.

TELL.—Cuando lo haga, se sabrá. (Vase.)

EL PESCADOR.—Enseñale el camino, Jenni... ¡Dios le ayude!... Que lleve á cabo su propósito. (Vase.)

ESCENA II.

Sala del castillo de Atthinghausen.

EL BARÓN, moribundo, en un sillón; GUALTERIO FURST, STAUFFACHER, MELCHTHAL y BAUMGARTEN, asistiéndolo, y GUALTERIO TELL arrodillado ante él.

FURST.—¡Espiró ya! Ha muerto.

STAUFFACHER.—No está muerto todavía... Su aliento conmueve ligeramente sus labios. Su sueño es tranquilo, y una sonrisa particular se nota en sus rasgos. (Baumgarten se acerca á la puerta, y habla con alguno.)

FURST. (A Baumgarten.)—¿Quién es?

BAUMGARTEN. (Al volver.)—Vuestra hija Eduvigis. Quiero hablaros, y ver á su hijo. (Gualterio Tell se levanta.)

FURST.—¿Puedo yo consolarla? ¿Tengo yo mismo algún consuelo? ¿Hay calamidad que no me agobie?

EDUVIGIS. (Entrando.)—¿En dónde está mi hijo? Dejadme verlo.

STAUFFACHER.—¡Refrenaos! Reflexionad que estáis en la casa de un muerto...

EDUVIGIS. (Corriendo hacia el niño.)— ¡Gualterio mío! ¡Oh! ¡Vive para tu madre!

GUALTERIO. (Abrazándola.)— ¡Pobre madre mía!

EDUVIGIS.— ¡Nada has sufrido? ¿Estás sano y salvo? (Examinándole con solícita inquietud.) ¿Es posible? ¿Pudo tirar contra tí? ¿Cómo pudo hacerlo? ¡Oh! No tiene corazón... ¡Pudo disparar la flecha contra la cabeza de su hijo!

FURST.— Hízolo lleno de angustia, con el corazón traspasado. Forzáronlo á ello; porque le iba la vida.

EDUVIGIS.— ¡Oh! Si su corazón fuese el de un padre, antes que hacerlo, hubiese muerto mil veces.

STAUFFACHER.— Debierais alabar la misericordia divina, que dirigió tan bien la flecha...

EDUVIGIS.— ¿Cómo olvidar yo lo que pudiera haber sucedido? ¡Dios del cielo! Aunque viviese ochenta años... he de ver siempre atado al niño, á su padre tirándole, y á la flecha, que me ha de herir eternamente el corazón.

MELCHTHAL.— ¡Si supieseis cuánto lo encolerizó el Gobernador!

EDUVIGIS.— ¡Oh crueldad humana! Cuando ofenden el orgullo de los hombres, á nada atienden; y, en su ciega cólera, no se cuidan ni de la cabeza del hijo, ni de los sentimientos de la madre.

BAUMGARTEN.— ¿No es ya bastante dura la suerte de vuestro esposo, para aumentarla más con vuestras inoportunas reconvencciones? ¿Nada os dicen sus penas?

EDUVIGIS. (Se vuelve hacia él, y lo mira con insistencia.)— ¿Y tú sólo tienes lágrimas para llorar la desdicha de tu amigo? ¿Qué hacíais, cuando ataban al mejor de los hombres? ¿Por qué no le socorríais? Estábais presentes, ¿y no os oponíais á esa violencia, y consentisteis que arrancasen de entre vosotros á vuestro amigo? ¿Ha sido ese el comportamiento de Tell con vosotros? ¿Se limitaba también á compadeceros cuando te acosaban los caballeros del Gobernador, por una

parte, y por la otra te esperaba el lago alborotado? No deploró tu suerte con lágrimas inútiles, sino saltó en la barca, y olvidando mujer é hijos, te salvó, y...

FURST.—¿Qué podíamos hacer nosotros por salvarlo, estando sin armas, y en menor número?

EDUVIGIS. (Abrazándolo.)—¡Oh padre! ¡Tú también lo has perdido! ¡El país; todos nosotros lo hemos perdido! ¡A todos, ay de mí, nos hace falta, y él necesita de todos nosotros! Que Dios libre su alma de desesperación. No llegarán los consuelos de sus amigos hasta las profundidades de su calabozo... ¿Y si enfermara? Y enfermará en las húmedas tinieblas de su cárcel. Como la rosa de los Alpes palidece y se aja en las lagunas, así él no encuentra la vida sino á la luz del sol, y respirando aire balsámico y puro. ¿Preso él? La libertad es para él todo, y no puede vivir en una atmósfera subterránea.

STAUFFACHER.—¡Calmaos! Todos trabajaremos para abrir las puertas de su prisión.

EDUVIGIS.—¿Qué podéis hacer sin él? Mientras Tell fué libre, sí, había alguna esperanza; la inocencia contaba con un amigo, el perseguido con un salvador, y Tell socorría á todos... ¡Y todos vosotros juntos no lograsteis romper sus cadenas! (El Barón despierta.)

BAUMGARTEN.—¡Silencio, que se mueve!

ATTINGHAUSEN. (Incorporándose.)—¿En dónde está?

STAUFFACHER.—¿Quién?

ATTINGHAUSEN.—¿Está ausente, y me abandona en mis últimos momentos?

STAUFFACHER.—Piensa en su sobrino... ¡Se ha ido á buscarlo!

FURST.—Ya se han dado las órdenes para ello. Consojaos... Ha oído la voz de su corazón, y es nuestro.

ATTINGHAUSEN.—¿Ha hablado en favor de su patria?

STAUFFACHER.—Con temeridad heroica

ATINGHAUSEN.—¿Por qué no viene para recibir mi última bendición? Conozco que me muero por momentos.

STAUFFACHER.—No tan pronto, noble señor. Ese breve sueño os ha reanimado, y vuestros ojos están serenos.

ATINGHAUSEN.—El dolor es la vida, y me abandona también. El sufrimiento se ha ido con la esperanza. (Observa al niño.) ¿Quién es este niño?

FURST.—¡Benedicidlo, señor! Es mi nieto, y está huérfano de padre. (Eduvigis, con su hijo, se arrodilla ante el Barón.)

ATINGHAUSEN.—¡A todos os dejo huérfanos, á todos!... ¡Ay de mí, que mis últimas miradas han visto la ruina de mi patria! ¿Subir yo el último peldaño de la escala de la vida, para morir con todas mi ansias?

STAUFFACHER. (A Furst.)—¿Morirá con esta profunda pena? ¿No lo consolaremos, en su hora postrimera, con el rayo risueño de la esperanza?... ¡Noble Barón! ¡reanimaos! No estamos abandonados del todo, ni perdidos sin recurso.

ATINGHAUSEN.—¿Quién os salvará?

FURST.—¡Nosotros mismos! ¡Escuchad! Los tres cantones se han conjurado para expulsar á los tiranos. La alianza está ya hecha, y nos une un juramento solemne. Nuestro plan se pondrá en ejecución antes de año nuevo, y vuestros huesos descansarán en un suelo libre.

ATINGHAUSEN.—¡Oh! Decidme. La alianza ¿se ha concluído?

MELCHTHAL.—El mismo día se alzarán los tres cantones. Todo está preparado, y hasta ahora se guarda bien el secreto, aun cuando lo conozcan muchos centenares de personas. Tiembla la tierra que sostiene á los tiranos; contados están los días de su dominación, y pronto no quedará vestigio alguno de ellos.

ATINGHAUSEN.—¿Y las fortalezas que hay en el país?

MELCHTHAL.—¡Todas caerán el mismo día!

ATTINGHAUSEN.—¿Han entrado también los nobles en esta alianza?

STAUFFACHER.—Contamos con su apoyo, si es preciso. Hasta ahora, sin embargo, sólo los plebeyos han jurado.

ATTINGHAUSEN. (Se levanta con lentitud, y muy sorprendido).—¿Los plebeyos se han atrevido, en su temeridad, á contraer este lazo por su propio impulso, sin ayuda de la nobleza, y fiando tanto en sus solas fuerzas?... Entonces no necesitan ya de nosotros, y podemos descender consolados á la tumba, porque pasa nuestro tiempo... Con otros medios se enaltecerá la dignidad humana. (Pone su mano en la cabeza del niño, arrodillado ante él.) De esta cabeza, en donde descansó la manzana, brotará para vosotros libertad nueva y más pura. Lo antiguo desaparece, el tiempo muda, y nueva vida sale del fondo de las ruinas.

STAUFFACHER. (A Furst.)—¡Mirad como brillan sus ojos! No es la vida que se extingue, sino el rayo de otra nueva.

ATTINGHAUSEN.—La nobleza baja de sus antiguos castillos, y presta en las ciudades su juramento como el estado llano. En Uechtlandia y en Thurgau ha comenzado ya á hacerlo; la ilustre Berna levanta su cabeza soberbia; Friburgo es el asilo seguro de los hombres libres, y la inquieta Zurich arma sus artesanos para la guerra... el poder de los Reyes se estrella al pie de estas murallas eternas...

(Dice lo siguiente con acento profético; sus palabras parecen inspiradas.) Veo los príncipes y nobles, revestidos de sus armaduras, adelantarse para pelear con un pobre pueblo de pastores. Se combatirá á todo trance, y luchas sangrientas harán famosos algunos desfiladeros. El labrador se arrojará con su pecho descubierto, sacrificándose voluntariamente, contra un bosque de lanzas. Lo romperá, y sucumbirá la flor de la nobleza, y la libertad elevará su bandera victoriosamente. (Cogiendo las manos de Furst y de Stauffacher.) Permaneced, pues, unidos... firme y perpetuamente...

que ninguna región vea con indiferencia la emancipación de otra. Vigilad desde lo alto de vuestras montañas, para que todos formen un solo haz... ¡Siempre unidos, siempre, siempre! (Cae en su sillón; sus manos heladas oprimen, sin embargo, las de los demás; Furst y Stauffacher lo contemplan largo rato en silencio; después se separan, y se abandonan á su dolor. Mientras tanto han entrado sus servidores, que se acercan á él, manifestando en silencio su acerba pena. Unos se arrodillan junto á él, y otros llenan sus manos de lágrimas. Durante esta escena muda, toca sin cesar la campana del castillo.)

RUDENZ. (Que entra precipitadamente.)—¿Vive? ¡Oh! Decidme, ¿podrá oirme?

FURST. (Señala hacia él, volviendo el rostro.)— Sois ahora nuestro señor feudal, y nuestro protector, y este castillo es ya de otro dueño.

RUDENZ. (Que mira el cadáver, y parece sufrir desgarradora aflicción.)—¡Oh Dios, de misericordia!... ¿Tardío ya mi arrepentimiento? ¿No ha sido posible que su corazón latiera algunos minutos más, para que viese la mudanza sobrevenida en mi corazón? He menospreciado sus leales consejos, cuando disfrutaba aún de la luz... ¡Ya no existe! Desapareció para siempre, y me deja abrumadora y terrible deuda que pagar... ¡Oh! decidme, ¿ha muerto encolerizado contra mí?

STAUFFACHER.—Pudo oír, antes de fallecer, lo que habéis necho, y bendijo el brío con que hablasteis.

RUDENZ. (Arrodillándose delante del muerto.)—¡Sí, restos sagrados de un hombre querido! ¡Cuerpo sin alma! Aquí te alabo; por esta mano helada tuya... he roto para siempre los lazos extranjeros, he vuelto á unirme con mis compatriotas, porque soy suizo, y lo seré con toda mi alma... (Levantándose.) Llorad al amigo, al padre de todos, pero no desesperad. Yo no heredo sólo sus bienes, sino su corazón y su espíritu, y mi juventud lozana hará por vosotros

lo que os debía su avanzada edad... ¡Anciano venerable! ¡Dadme vuestra mano, y vos también, y también vos, Melchthal! No tengáis escrúpulo alguno. ¡Oh! ¡no os volváis; recibid mi juramento, y aceptad la expresión de mis deseos!

FURST. — ¡Dadle la mano! Su arrepentimiento merece confianza.

MELCHTHAL. — En poco habéis tenido al labrador. Decid, ¿qué se puede esperar de vos?

RUDENZ. — ¡Oh! ¡No pensad en los errores de mi juventud!

STAUFFACHER. (A Melchthal.) — Haya entre vosotros unión: ha sido la última palabra de nuestro padre. ¡Recordadlo!

MELCHTHAL. — ¡Aquí está mi mano! La promesa de un plebeyo, noble señor, es también una palabra de honor. ¿Qué es, sin nosotros, un caballero? Nuestro estado es más antiguo que el suyo.

RUDENZ. — Yo lo honro, y mi espada lo protegerá.

MELCHTHAL. — El brazo, señor Barón, que remueve la dura tierra y fecunda su seno, puede también defenderlo.

RUDENZ. — Vosotros debéis protegerme, y yo á vosotros, y así seremos todos más fuertes... Pero ¿á qué hablar de esto, cuando es presa la patria de la tiranía extranjera? Cuando nuestro suelo llegue á verse libre del enemigo, entonces seremos, en paz, iguales en derechos. (Después de un momento de silencio.) ¿Cailláis? ¿Nada tenéis que decirme? ¿Cómo? ¿Aun no merezco que os fiéis de mí? ¿Así he de entrar en vuestra liga, contra vuestra voluntad?... Os habéis reunido... habéis jurado en Rütli... lo sé... sé todo cuanto habéis tratado allí. Y aunque no me lo hayáis confiado, lo reservo como sagrada reliquia. Nunca, creedme, he sido hostil á mi patria, y jamás hubiese hecho nada contra vosotros... Pero habéis errado en aplazar la ejecu-

ción de vuestros proyectos. Los instantes son preciosos, y es preciso obrar con rapidez. Tell ha sido ya víctima de vuestras dilaciones...

STAUFFACHER.—Juramos esperar hasta la fiesta de Navidad.

RUDENZ.—Yo no estaba allí, y no juré. ¡Aguardad vosotros, y yo obraré!

MELCHTHAL.—¿Cómo? ¡Intentáis?...

RUDENZ.—Soy uno de los próceres del país, y mi primera obligación es protegeros.

FURST.—Depositar en la tierra estos restos queridos, es vuestro principal y más sagrado deber.

RUDENZ.—Cuando hayamos libertado al país, pondremos sobre su tumba la corona de la victoria. ¡Oh, amigos! No sólo vuestra causa, también he de defender la mía contra los tiranos... ¡Oid y sabed! Mi Berta ha desaparecido misteriosamente, siendo robada con temeraria osadía de entre nosotros.

STAUFFACHER.—¿Es posible que el tirano haya cometido tal arbitrariedad contra la nobleza libre?

RUDENZ.—¡Oh, amigos míos! Os he prometido mi ayuda, y yo he de invocar primero la vuestra. Mi prometida me ha sido robada, arrebatada poco hace. ¡Quién sabe en dónde la esconde ese insensato, y á qué violencias no se atreverá en su impúdico afán de forzarla á consentir en un himeneo odioso! No me abandonéis. ¡Oh! ¡ayudadme á salvarla!... Ella os ama, y merece por su patriotismo que todos los brazos se armen en su auxilio...

FURST.—¿Qué os proponéis?

RUDENZ.—¿Lo sé yo? ¡Ay de mí! En la ignorancia en que estoy de su destino, en los tormentos que estas dudas me causan, no puedo fijarme en nada. Sólo veo con claridad que entre los escombros de la tiranía ha de resucitar para mí; y que hemos de apoderarnos de todas las fortalezas, para penetrar en su cárcel si la encontramos.

MELCHTHAL.—¡Venid y guiadnos! Todos os seguiremos. ¿A qué dejar para mañana lo que podemos hacer hoy? Libre era Tell cuando juramos en Rutli, y aun no se habían cometido tantas arbitrariedades. La ocasión nos impone nuevas leyes. ¿Quién será tan cobarde, que ahora también aplace la ejecución de nuestro plan?

RUDENZ. (A Stauffacher y Furst.)—Armaos mientras tanto, y estad prontos á la obra. Esperad la señal del fuego en las montañas, que, más ligero que el bote de velas aladas, os anunciará nuestra victoria. Y cuando veáis brillar esta señal de buen agüero, caed sobre el enemigo como el rayo, y derribad el alcázar de la tiranía. (Vanse.)

ESCENA III.

El camino entre montañas cerca de Kussnacht.

Bájase á él desde los peñascos, y antes que los viajeros lleguen á la escena se les ve por las alturas. Rocas por todas partes, y una de ellas, cubierta de matorrales, avanza más que las otras.

TELL. (Se adelanta con su ballesta.)—Ha de pasar necesariamente por este camino hondo, puesto que no hay otro para Kussnacht... Aquí ejecutaré mi proyecto... El momento es propicio. Ocúltanme estos matorrales, y mi flecha lo alcanzará. Lo estrecho del camino le obligará á ir solo. ¡Ajusta tus cuentas con Dios, gobernador; vas á morir, porque ha sonado tu última hora!

Yo vivía tranquilo y sin cuidados... Mis flechas herían tan sólo á las fieras de los bosques, y el pensamiento del asesinato no había manchado mi mente... Tú llenaste de espanto mi vida pacífica, trocando en ponzoña devastadora

mi dulzura y mi piedad anterior, y avezándome á cosas monstruosas... El que puede tirar á la cabeza de su hijo, bien puede alcanzar el corazón de su enemigo.

Obligado me veo á proteger contra tu ira, oh gobernador á mis pobres hijos y á mi inocente y fiel esposa... Cuando yo tendía mi arco... cuando mi mano temblaba... cuando tú, con cruel y diabólico deleite, me forzaste á apuntar á la cabeza de mi hijo... cuando yo estaba delante de ti, desmayado y suplicante, entonces pronuncié en mi interior el temible juramento, oído sólo por Dios, de que el primer blanco de mi ballesta sería tu corazón... y lo que prometí en aquel instante de infernal angustia, es una deuda sagrada... y quiero pagarla...

Tú eres mi señor, y el representante de mi Emperador. Sin embargo, ni aun el Emperador hubiera osado lo que tú... Te envió á esta región para administrar justicia... justicia severa, porque estaba colérico... pero no para convertir en deleite homicida, con fiado en la impunidad, verdaderos horrores. Hay un Dios para castigarlos y vengarlos.

¡Veámoste, pues, alhaja mía la más preciosa, mi más rico tesoro, tú que llevas en tu seno los dolores más atroces!... Voy á ofrecerte un blanco, inaccesible hasta ahora á las súplicas más tiernas... y que no te resistirá... ¡y tú, cuerda leal de mi arco, que con tanta frecuencia me has servido en juegos alegres, no me abandones en este terrible trance! Mantente ahora firme, arco leal, que tantas veces has dado alas á la rígida flecha... Si saliese sin vigor de mis manos, no tengo otra que la reemplace. (Pasan viajeros por la escena.)

Quiero sentarme en este banco de piedra, preparado para que el viajero descanse breves momentos... porque aquí no hay hogar alguno... Cada cual pasa junto al otro rápidamente y sin mirarlo, y no le pregunta sus penas...

Aquí vienen el mercader caviloso, y el peregrino de ligero ropaje... el piadoso monje, el sombrío salteador, el alegre trovador y el buhonero con su caballo, pesadamente cargado, de regreso de lejanos países. Por todas partes se va al fin del mundo. Todos ellos siguen un camino para sus negocios... ¡y el mío es el asesinato! (Siéntase.)

Antes, queridos hijos míos, cuando salía de casa vuestro padre, y después volvía, todo era contento, porque jamás regresaba sin traeros algo, ya una bella flor de los Alpes, ya un pájaro raro ó un caracol, como lo encuentra el caminante en las montañas... Hoy busca otra presa muy distinta, y está sentado en un lugar salvaje, pensando en matar. Está acechando la vida de su enemigo... Y, sin embargo, también piensa ahora en vosotros, queridos hijos... por defenderos, por proteger vuestra inocencia contra la venganza del tirano, prepara su arco para la muerte. (Levántase.)

Acecha una noble presa... No teme el cazador pasar días enteros vagando, en el rigor del invierno, y saltando de roca en roca, y escalando tajadas murallas, en donde deja rastros de su sangre... ¡y para apoderarse de miserable animalejo! Pero se trata ahora de más soberbio premio, del corazón de mi enemigo mortal, decidido á perderme. (Oyese á lo lejos una música alegre que se acerca.)

He pasado toda mi vida manejando el arco, y ejercítandome en tirarlo, según sus reglas; con frecuencia he dado en el blanco y ganado la victoria... Pero hoy quiero ensayar mi golpe maestro, y obtener la mejor recompensa que pueden ofrecer todas estas montañas. (Una boda atraviesa la escena por el camino. Tell la observa apoyado en su arco. Stussi, el guarda, se acerca á él.)

STUSSI.—Es el colono del convento de Mõrlischachen, que celebra hoy su casamiento... un hombre rico, que tendrá unos diez rebaños en los Alpes. Trae á su esposa

de Jimsee, y esta noche habrá gran fiesta en Kussnacht. Venid conmigo; todo hombre de bien está invitado.

TELL.—Un convidado triste no está bien en unas bodas.

STUSSI.—Si os aflige alguna pena, desechadla de vuestro corazón. Aprovechaos de esta coyuntura. Los tiempos son malos, y por lo mismo, han de acoger los hombres con júbilo los placeres que se les presenten. Aquí se casan unos, y en otras partes los entierran.

TELL.—Y á menudo se pasa de una á otra cosa.

STUSSI.—Así anda el mundo. Hay bastantes desdichas en todas partes... Uno de los montes Ruffi se ha desplomado, sepultando una buena parte del país de Glaris.

TELL.—¿Vacilan las montañas también? Nada hay firme en la tierra.

STUSSI.—También, según se dice, suceden en otras partes cosas estupendas. He hablado con uno, recién venido de Baden. Un caballero que iba en busca del Rey, encontró á su paso un enjambre de zánganos que atacaron á su caballo, atormentándolo de suerte, que lo hicieron sucumbir, y él llegó á pie á la presencia del Rey.

TELL.—Los débiles tienen también su aguijón. (Hermengarda llega con varios niños y se coloca á la entrada del camino.)

STUSSI.—Significa esto, al parecer, que amenazan al país grandes calamidades, contrarias al orden natural.

TELL.—Todos los días ocurren esos hechos, y sin embargo, ningún signo portentoso los anuncia.

STUSSI.—Sí; ¡bienaventurado el que cultiva su campo en paz, y vive sin penas entre los suyos!

TELL.—El hombre mejor lo puede existir sin disgustos, si no agrada á su mal vecino. (Tell mira intranquilo é impaciente á lo alto del camino.)

STUSSI.—Adiós... Esperáis á alguien, sin duda.

TELL.—Así es.

STUSSI.—Que regreséis contento á vuestro hogar... ¿Sois

de Uri? Nuestro bondadoso señor, el Gobernador, es esperado de allí hoy.

UN CAMINANTE. (Que llega.) — No aguardad ya hoy al Gobernador. Ha habido una inundación, á causa de las grandes lluvias, y la corriente ha destrozado todos los puentes.

(Tell se levanta.)

HERMENGARDA. (Adelantándose.) — ¿Que no viene el Gobernador?

STUSSI. — ¿Para qué lo queréis?

HERMENGARDA. — Sin duda para algo.

STUSSI. — ¿Por qué no os ponéis á su paso, en este camino?

HERMENGARDA. — Aquí no se me escapa, y ha de oirme.

FRIESSHARDT. (Que se presenta en el camino, y grita.) — ¡Despedad el camino!... ¡Mi señor, el Gobernador, me sigue á caballo! (Vase Tell.)

HERMENGARDA. (Con viveza.) — ¡El Gobernador viene! (Colócase con sus hijos en el proscenio. Géssler y Rudolfo de Harras aparecen montados en lo alto del camino.)

STUSSI. (A Friesshardt.) — ¿Cómo venís, atravesando los ríos, si las aguas han arrastrado los puentes?

FRIESSHARDT. — Hemos peleado con las olas, amigo, y ya no tememos á ningún río de los Alpes.

STUSSI. — ¿Navegabais acaso durante esa terrible borrasca?

FRIESSHARDT. — Así ha sido. Mientras viva, me acordaré de ella.

STUSSI. — ¡Oh! ¡Deteneos y contádmelo!

FRIESSHARDT. — Dejadme; tengo que adelantarme para anunciar en el castillo la próxima llegada del Gobernador. (Vase.)

STUSSI. — Si la barca hubiese llevado hombres de bien, naufragara, de seguro, sin salvarse nadie; pero hay gentes, contra quienes nada pueden ni el agua ni el fuego.

(Mirando alrededor.) Pero ¿á dónde ha ido el cazador con quien yo hablaba? (Vase.)

GESSLER. (Que aparece hablando con Rudolfo.)— Decid cuanto os agrade; pero soy servidor del Emperador, y he de escoger los medios de agradarle. No me ha enviado aquí para adular al pueblo y tratarlo con dulzura... Pide que se le obedezca, y la cuestión es si el Señor de esta región ha de serlo el labriego, ó el Emperador.

HERMENGARDA.—¡Esta es la ocasión! Ahora me dirigo á él. (Acércase con timidez.)

GESSLER. — No puse por broma en Altdorf el sombrero, ni para probar cómo pensaba el pueblo, porque lo sé hace largo tiempo. Lo coloqué en alto, para que bajasen la cabeza, que tanto ierguen... Y planté ese estorbo en el camino por donde habían de pasar, para que les llamase la atención, y se acordasen del Señor, á quien de otro modo olvidarían.

RUDOLFO.—El pueblo tiene, sin embargo, ciertos derechos...

GESSLER.—No es esta sazón oportuna para atenderlos... Se trata de asuntos más serios. El Emperador desea extender sus dominios. El hijo quiere terminar lo que comenzó el padre tan gloriosamente... Sea como fuere... es menester someterlo. (Cuando intentan pasar, Hermengarda se arrodilla delante de él.)

HERMENGARDA.—¡Misericordia, señor Gobernador! ¡Gracia, gracia!

GESSLER.—¿Por qué me impedis el paso, en medio del camino?... ¡Atrás!

HERMENGARDA.—¡Mi marido está en la cárcel! Mis hijos piden pan... ¡Apiadaos, poderoso señor, de nuestra gran miseria!

RUDOLFO.—¿Quién sois? ¿Quién es vuestro marido?

HERMENGARDA.—Un pobre trabajador, mi buen señor, de

Rigiberge, que segaba hierba sobre los precipicios, en las rocas tajadas, adonde los animales no podían subir...

RUDOLFO.—Vida ¡pardiez! miserable, y digna de compasión. Os ruego que pongáis en libertad á ese pobre hombre. Por grave que sea su falta, su horrible profesión la castiga bastante. (A Hermengarda.) Os harán justicia... Presentad vuestro memorial allá arriba, en el castillo... Esta no es ocasión oportuna.

HERMENGARDA.—¡No, no; no me voy de aquí hasta que el Gobernador me haya devuelto mi marido! Seis meses hace ya que está en la cárcel, y espero en vano la sentencia del juez.

GESSLER.—¡Intentáis contrariarme, mujer? ¡Fuera!

HERMENGARDA.—¡Justicia, Gobernador! Tú eres juez en este país, en nombre del Emperador, y de Dios. ¡Cumple tu deber! Si deseas que te hagan justicia en el cielo, háznosla tú á nosotros aquí.

GESSLER.— ¡Fuera! ¡Quitad de mi vista esta gentuza insolente!

HERMENGARDA. (Agarrando las riendas de su caballo.)—¡NO, no; nada tengo ya que perder!... No darás un solo paso, Gobernador, hasta que no hayas accedido á mi justo ruego... Frunce tu entrecejo, amenázame con tus ojos cuanto quieras... Nuestra desdicha es tan grande, que tu ira no nos importa...

GESSLER.—¡Déjame pasar, mujer, ó mi caballo te atropellará sin remedio!

HERMENGARDA.—Hazlo pues... Mira. (Derriba en tierra á sus hijos, y se coloca con ellos en medio del camino.) Aquí estoy yo con mis hijos... Pisotea estos pobres huérfanos con los cascos de tu caballo. No será lo peor que has hecho...

RUDOLFO.—¡Estáis loca, mujer?

HERMENGARDA. (Con mayor animación.)—Largo tiempo ha que huellas con tus plantas la tierra del Emperador... ¡Oh!

Yo soy sólo una mujer. Si fuese un hombre, podría hacer algo más que yacer aquí en el polvo. (óyese de nuevo la música en lo alto del camino, pero á lo lejos.)

GESSLER. — ¿En dónde están mis servidores? Que se lleven de aquí á esa mujer, ó haré lo que no quisiera.

RUDOLFO. — Vuestros servidores no pueden atravesar la distancia que los separa de nosotros, porque una boda lo impide.

GESSLER. — Soy un señor demasiado bondadoso para este pueblo... Libres son todavía sus lenguas. Aun no es tan dócil como debiera... Pero cambiará, yo lo prometo. Yo acabaré de una vez con su obstinación; yo doblegaré ese espíritu osado de libertad, y promulgaré nuevas leyes para este país... quiero... (Atraviésalo una flecha; llévase la mano al corazón, y vacila, diciendo con voz desfallecida.) ¡Dios tenga compasión de mí!

RUDOLFO. — ¡Señor Gobernador! ¡Dios mío! ¡Qué es esto? ¡De dónde viene esa flecha?

HERMENGARDA. — ¡Al asesino, al asesino! ¡Se tambalea, cae! ¡Lo han herido; una flecha lo ha herido en el corazón!

RUDOLFO. (Saltando desde el caballo.) — ¡Qué horrible suceso!... Dios... Caballero... ¡Implorad la misericordia divina! Sois hombre muerto.

GESSLER. — Este tiro es de Tell. (Cae desde el caballo en los brazos de Rudolfo, que lo deja en un banco de piedra.)

TELL. (Presentándose en lo alto de la roca.) — Ya sabes quién te ha herido. No busques otro. Libres son ya las chozas de los pobres; la inocencia se ve ya fuera de tu alcance. Ya no afligirás más á esta región. (Desaparece de la altura, y el pueblo acorre en tropel.)

STUSSI. (De los primeros.) — ¡Qué hay? ¡Qué ha sucedido?

HERMENGARDA. — ¡Han atravesado al Gobernador con una flecha!

EL PUEBLO. (En tropel.) — ¿Quién ha sido atravesado? (Mientras que parte de los acompañantes de la boda vienen á la escena, los demás se encuentran en lo alto, y la música prosigue.)

RUDOLFO.—;Se desangra! ;Pronto, socorredlo! ;Perseguid al asesino!... ;Que así haya de morir el desdichado! Pero ;no quería seguir mis consejos!

STUSSI.—;Pálido yace ahí, é inanimado, pardiez!

MUCHAS VOCES.—¿Quién lo ha hecho?

RUDOLFO.—¿Ha perdido este pueblo el juicio, celebrando con música un asesinato? ;Que callen! (La música cesa de improviso, y acude más gente.) Hablad, si podéis, señor Gobernador... ;Nada tenéis que confiarme? (Gessler hace una señal con la mano, y la repite con afán, al observar que no lo comprenden.) ;Adónde he de ir?... ¿A Kussnacht? No os entiendo... ;Oh! No os impacientéis... Renunciad á pensamientos mundanos ahora, y pensad sólo en el cielo. (Toda la boda rodea al moribundo horrorizada, pero sin compasión.)

STUSSI.—Mirad cómo palidece... Ahora, ahora la muerte se apodera de su corazón... Sus ojos no brillan ya.

HERMENGARDA. (Levantando un niño en alto.) — ;Mira, hijo, cómo muere un malvado!

RUDOLFO.—;Mujeres insensatas! ;No tenéis ningún sentimiento para recrearos en estos horrores?... Ayudadme... poned aquí vuestras manos... ;Nadie me socorre para arrancarle esta flecha del pecho?

LAS MUJERES. (Retrocediendo.) — ;Tocar nosotras á quien Dios ha castigado?

RUDOLFO. — ;Maldición y condenación sobre vosotras! (Saca la espada.)

STUSSI. (Sujetándole el brazo.) — ;Os aventuráis, señor?... ;Vuestro poder terminó! Ha caído el tirano de la patria. No sufriremos ya otro. Somos hombres libres.

TODOS. (En tumulto.) — ;La nación es libre!

RUDOLFO.—¿A este extremo hemos llegado? ;Tan pronto

cesaron el temor y la obediencia? (A los servidores armados, que entran.) Sois testigos de este horrible asesinato, que se ha cometido aquí... Es inútil pedir auxilio; en vano se perseguirá al asesino. Otros cuidados nos llaman... Vamos, pues, á Kussnacht, y conservemos esa fortaleza al Emperador, porque en este momento se han roto todos los lazos del deber, se infringen todas las reglas promulgadas, y no hay que fiarse de la fidelidad de los hombres. (Al retirarse con los servidores armados, aparecen seis Hermanos de la Caridad.)

HERMENGARDA.—¡Plaza! ¡Plaza! ¡Que llegan los Hermanos de la Caridad!

STUSSI.—¡Ahí está la víctima!... ¡ya bajan los cuervos!

LOS HERMANOS DE LA CARIDAD. (Formando un círculo alrededor del muerto, y cantando con voz sombría.)—Pronto alcanza la muerte al hombre, y no se le concede plazo alguno. Sucumbe en medio de su carrera, y se lo lleva en lo más lozano de su vida. Preparado ó no, ha de comparecer delante de su juez. (Mientras repiten las últimas palabras, cae el

elou.¿

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

La plaza pública de Aitdorf.

En el fondo, y á la derecha, la ciudadela de Uri con sus andamios, como en la escena tercera del acto primero; á la izquierda, la vista de muchas montañas, en cuyas cimas arden hogueras. Comienza el día, y suenan las campanas á diversas distancias.

RUODI, KUONI, WERNI, EL MAESTRO CANTERO y otros muchos habitantes, y mujeres y niños.

RUODI.—¿Veis las señales del fuego en las montañas?

EL MAESTRO CANTERO.—¿Oís las campanas que suenan del lado allá del bosque?

RUODI.—Los enemigos han sido expulsados.

EL MAESTRO.—Las fortalezas cayeron en nuestro poder.

RUODI.—Y nosotros los habitantes de Uri ¿toleraremos aún en nuestro territorio el castillo de los tiranos? ¿Sere-
mos los últimos en declararnos libres?

EL MAESTRO.—¿Ha de subsistir el yugo que ha de sujetarnos? ¡Ea, derribadlo!

Todos.—¡Abajo, abajo, abajo!

RUODI.—¿En dónde está la trompa de Uri?

LA TROMPA DE URI.—Aquí, ¿Qué debo hacer?

RUODI.—Subid á lo alto, y tocad vuestro cuerno. Que este sonido se difunda por los montes, y repitiéndose por el eco de las cavernas, convoque cuanto antes á los habitantes de la montaña. (Vase la trompa de Uri. Llega Gualterio Furst.)

FURST.—¡Deteneos, amigos, deteneos! Aun no sabemos lo sucedido en Unterwalden y Suiza. Esperemos á los mensajeros.

RUODI.—¿A qué esperar? El tirano ha muerto. El día de la libertad ha brillado.

EL MAESTRO.—¿No bastan esos fuegos, mensajeros alados, que de todas las montañas nos alumbran?

RUODI.—¡Venid todos, venid, vamos todos á la obra, hombres y mujeres! ¡Abajo los andamios! ¡Derribad las murallas! ¡Haced saltar las bóvedas! ¡Que no quede piedra sobre piedra!

EL MAESTRO.—¡Venid, compañeros! Nosotros, que lo hemos edificado, sabremos destruirlo.

TODOS.—¡Derribémoslo! (Se abalanzan todos á la ciudadela.)

FURST.—Esto es hecho; ya no puedo contenerlos. (Llegan Melchthal y Baumgarten.)

MELCHTHAL.—¿Cómo? ¿Subsiste aún la ciudadela, y Sarne está reducido á cenizas y arruinado Rossberg?

FURST.—¿Sois vosotros. Melchthal? ¿Nos traéis la libertad? ¡Decid! ¿No hay ya enemigos en nuestra patria?

MELCHTHAL. (Abrazándolo.)—¡Libre está ya de ellos! ¡Regocijaos, noble anciano! Mientras hablamos, no hay tirano alguno en Suiza.

FURST.—Pero contadnos cómo os habéis apoderado de las fortalezas.

MELCHTHAL.—Rudenz, con un ataque inopinado y temerario, se hizo dueño del castillo de Sarne. La noche ante-

rrior asalté yo á Rossberg... Pero oid lo que sucedió. Después que habíamos expulsado del castillo al enemigo, incendiándolo, y, cuando las llamas llegaban soberbias á las nubes, Diethelin, el criado de Gessler, acudió gritando que la de Bruneck parecía entre las llamas.

FURST.—¡Santo Dios! (Los andamios caen con estrépito.)

MELCHTHAL.—Era ella, ella misma, encerrada secretamente en el castillo por orden del Gobernador... Rudenz se precipita dentro como un insensato... porque oíamos ya el ruido de los pilares y puertas macizas, que se derrumbaban, y entre el humo se distinguían los lamentos... de la infortunada.

FURST.—¿Se salvó?

MELCHTHAL.—Era preciso obrar con valor y resolución... Si él hubiese sido sólo noble, hubiésemos mirado por nuestra vida; pero era también de la conjuración, y Bertha respetaba al pueblo... Así nos expusimos á la muerte de buen grado, y nos lanzamos en el fuego.

FURST.—¿Y se salvó?

MELCHTHAL.—Sí: Rudenz y yo la sacamos de entre las llamas, mientras caían con estrépito las vigas... Y cuando se vió en salvo, y sus ojos percibieron la luz del cielo, el Barón se lanzó en mis brazos, y en silencio pronunció un juramento, sellado y confirmado por el fuego, y que resistirá á todos los embates de la suerte.

FURST.—¿En dónde está Landenberg?

MELCHTHAL.—En Brünnig. No depende de mí que vea todavía el que cegó á mi padre. Lo perseguí, lo alcancé, y lo arrastré hasta los pies de mi padre. Ya me preparaba á cortarle la cabeza, cuando imploró la compasión del anciano, que le perdonó la vida. Juró no volver más á este país, y lo hará, porque sabe ya cuánta es nuestra fuerza.

FURST.—Os honra no haber manchado con sangre esta patriótica victoria.

UNOS NIÑOS. (Que arrastran á la escena restos del andamiaje.)—
¡Libertad! ¡Libertad! (La trompa de Uri suena con fuerza.)

FURST.—¡Contemplad esta fiesta! Esos niños, cuando sean ancianos, se acordarán de este día memorable. (Doncellas traen el sombrero en el palo, y el pueblo llena el teatro.)

RUODI.—He aquí el sombrero, al cual nos obligaban saludar.

BAUMGARTEN.—Decidnos lo que hemos de hacer con él.

FURST.—¡Dios mío! bajo este sombrero estuvo mi nieto.

MUCHAS VOCES.—¡Derribad ese monumento de la tiranía! ¡Al fuego con él!

FURST.—¡No! ¡guardadlo! Destinado á ser instrumento de la tiranía, sea el signo perpetuo de la libertad. (Todos, hombres, mujeres y niños, están de pie ó sentados en los restos de los andamios, y forman un semicírculo pintoresco.)

MELCHTHAL.—Vednos ahora alegres, hollando los restos de la tiranía. ¡Compañeros! Lo que juramos en Rutli, lo cumplimos magnánimamente.

FURST.—La obra se ha comenzado, pero no terminado. Necesitamos aún dar pruebas de valor, y unirnos firmemente. Estad seguros de que el Rey no tardará en vengar la muerte de su gobernador, y en traer á la fuerza á quienes hemos expulsado.

MELCHTHAL.—Que venga con todo su ejército. Hemos echado al enemigo doméstico, y rechazaremos al de fuera.

RUODI.—Pocos pasos dan entrada á este país, y los cerrarán nuestros cuerpos.

BAUMGARTEN.—Un lazo eterno nos une, y no nos asustarán sus legiones. (Llegan Rosselmann y Stauffacher.)

ROSSELMANN. (Al entrar.)—¡Terribles son los juicios de Dios!

LOS LABRADORES.—¿Qué hay?

ROSSELMANN.—¿En qué tiempo vivimos!

FURST.—Decidnos lo que sucede. ¡Ah! ¿Sois vos, Sr. Werner? ¿Qué nueva nos traéis?

LOS LABRADORES.—¿Qué hay?

ROSSELMANN.—¡Oid, y asombraos!

STAUFFACHER.—Nos vemos libres de un gran peligro...

ROSSELMANN.—¡El Emperador ha sido asesinado!

FURST.—¡Santo Dios! (El pueblo se apiña alrededor de Stauffacher.)

TODOS.—¿Asesinado? ¿Cómo? ¿El Emperador? ¡Escuchad! ¿El Emperador?

MELCHTHAL.—No es posible. ¿Como lo habéis sabido?

STAUFFACHER.—¡Es cierto! El Emperador Alberto ha sucumbido, junto á Brück, á manos de un asesino... un hombre veraz, Juan Müller, ha traído la nueva de Schaffhausen.

FURST.—¿Quién osó cometer tan horrible crimen?

STAUFFACHER.—Es aún más horrendo, en cuanto al criminal, porque fué su sobrino, el hijo de su hermano, Juan de Suabia, el que lo perpetró.

MELCHTHAL.—¿Y qué motivos lo han inducido á ese asesinato?

STAUFFACHER.—El Emperador retenía su patrimonio, sin hacer caso de sus impacientes ruegos. Hasta se decía que, para acabar de una vez, proyectaba darle la mitra episcopal. Pero sea lo que fuere... el joven dió oídos á los consejos perversos de sus compañeros de armas, y con los señores de Eschenbach, de Tegerfelden, de Wart y de Palm acordó vengarse por su propia mano, no pudiendo obtener justicia.

FURST.—¡Oh! Referidnos los pormenores de ese delito espantoso.

STAUFFACHER.—Caminaba el Emperador de Stettin á Baden, hacia Rheinfeld, en donde estaba la corte, acompañado de los príncipes Juan y Leopoldo, y de un séquito de nobles señores. Cuando llegaron al Reuss, al punto que se atraviesa en barca, los asesinos entraron en ella en su

compañía para separarlo de su séquito. Después, cuando el Emperador cabalgaba por un campo labrado... cerca de las ruinas de una gran ciudad del tiempo de los gentiles... á la vista de la antigua fortaleza de Augsburgo, cuna de su ilustre raza... el Duque Juan le hirió en el cuello con un puñal, Rudolfo de Palm lo atravesó con su lanza, y Eschenbach le hendió la cabeza, cayendo bañado en sangre, asesinado por los suyos y en medio de ellos. Desde la otra orilla presenciaban el hecho; pero separados por el río, sólo pudieron lamentarlo. Una pobre mujer estaba sentada á la orilla del camino, y en sus brazos espiró el Emperador.

MELCHTHAL.—Así labró él mismo su temprana sepultura, arrastrándolo á ella su insaciable codicia.

STAUFFACHER.—Espanto increíble reina en todo el país. Se han obstruido todos los pasos de las montañas, y cada cantón guarda sus fronteras. Hasta la antigua Zurich ha cerrado sus puertas, abiertas por espacio de treinta años largos, temiendo á los asesinos, y aun más... á los vengadores del asesinato. La Reina de Hungría, la severa Inés, armada con la proscripción, y que desconoce la dulzura de su sexo, por vengar la sangre de su padre, se acerca ya, dispuesta á sacrificar á sus manos la raza entera de los criminales, sus servidores, hijos y nietos, y hasta á no dejar piedra sobre piedra en sus castillos. Ha jurado inmolar generaciones enteras en la tumba de su padre, y bañarse en sangre, como en el rocío de mayo.

MELCHTHAL. — ¿Se sabe á dónde han huído los delinquentes?

STAUFFACHER.—En cuanto cometieron su crimen, huyeron en distintas direcciones, separándose unos de otros para no volverse á ver. El Duque Juan ha de vagar por estas montañas.

FURST.—Su asesinato no les será útil para nada. La ven-

ganza no produce fruto alguno. Se alimenta de sí misma: la muerte es su único placer, y su hartura la crueldad.

STAUFFACHER.—Su acción punible no aprovechará á los asesinos; pero nosotros recogeremos con nuestras manos, no manchadas, el fruto bendito de tan horrendo atentado. Nos vemos libres de un gran miedo. Cayó el mayor enemigo de la libertad, y, según se dice, el cetro de los Ausburgos pasará á otra dinastía, porque el Imperio quiere defender sus derechos electorales.

FURST Y OTROS MUCHOS.—¿Habéis oído algo de esto?

STAUFFACHER.—El Conde de Luxemburgo es el designado por más votos.

FURST.—Nos favorece haber sido fieles al Imperio, porque podemos esperar que nos hagan justicia.

STAUFFACHER.—El nuevo Emperador necesita amigos decididos, y nos protegerá contra la venganza de Austria.
(Los labradores se abrazan mutuamente.)

EL SACRISTÁN. (Que llega con un mensajero imperial.) — Lle aquí las dignas autoridades del país.

RÖSSELMANN Y OTROS.—¿Qué hay, sacristán?

EL SACRISTÁN.—Un mensajero imperial, que nos trae este rescripto.

TODOS. (A Furst.)—¡Abridlo y leedlo!

FURST. (Leyendo.)—«A los honrados habitantes de Uri, Suiza y Unterwalden, la Reina Isabel, salud y bienandanza:»

MUCHAS VOCES.—¿Qué quiere la Reina? Su reinado terminó.

FURST. (Leyendo.)—«En medio de su profundo dolor, y de la viudez, en que ha sumido á la Reina el sangriento asesinato de su esposo, se ha acordado del amor y de la constante fidelidad de los suizos.»

MELCHTHAL.—Nunca se acordó cuando era dichosa.

RÖSSELMANN.—¡Silencio! ¡Escuchad!

FURST. (Leyendo.)—«Y contía en que este pueblo leal **anatematizará con justicia á los nefandos autores del asesinato. Espera, por tanto, de los tres cantones que nunca auxiliarán á los asesinos, antes bien que ayudarán resueltos á entregarlos en manos de sus jueces, en correspondencia al afecto y no interrumpido favor, que siempre le ha dispensado la casa de Rudolfo.»** (Los asistentes dan seales de descontento.)

MUCHAS VOCES.—¿El afecto y el favor?

STAUFFACHER.—El padre, es verdad, nos ha favorecido; pero ¿ha hecho lo mismo el hijo? ¿Ha confirmado nuestros fueros, como antes hicieron los Emperadores? ¿Ha administrado justicia y protegido al inocente? ¿Ha dado siquiera oídos á nuestros representantes en nuestras cuitas? Nada de esto; y si no hubiéramos reconquistado nuestros derechos por nosotros mismos y por nuestro valor, no se hubiera interesado en nuestra suerte... ¡Agradecerle nada! No ha sembrado gratitud en estos valles. Desde su elevada posición podía haber sido padre de sus pueblos; pero sólo le agradó mirar por los suyos. Los enriquecidos por él, que lo lloren.

FURST.—No nos alegramos de su desventura, ni recordemos ahora los males que sufrimos. ¡Dios nos libre de ello! No obstante, vengar la muerte del Soberano, que no nos hizo bien alguno, y perseguir á quien no nos ha ofendido, ni nos conviene, ni nos honra. La muerte nos desliga de todo deber forzoso... nuestra cuenta con él está saldada.

MELCHTHAL.—Aunque llore la Reina en su aposento, y acuse al cielo en su pena inconsolable, aquí hay un pueblo, que á tanta costa ha logrado su libertad y que rinde á Dios fervientes gracias... Hay que sembrar amor para cosechar lágrimas. (Vase el mensajero.)

STAUFFACHER. (Al pueblo.)—¿En dónde está Tell? ¿él sólo ha de faltarnos, siendo el fundador de nuestra libertad? Lo

mas grande es obra suya; sus sufrimientos, los mayores. Vamos, vamos todos á su casa, y á saludarlo todos como á nuestro salvador. (Vanse todos.)

ESCENA II.

El portal de la casa de Tell.

El fuego arde en el hogar. Las puertas están abiertas.

EDUVIGIS, GUALTERIO Y GUILLERMO.

EDUVIGIS.—Hoy viene vuestro padre, hijos, queridos hijos. Vive, está libre, y nosotros, y todos. Vuestro padre es el libertador de la patria.

GUALTERIO.—Y yo también lo he sido, madre. También me nombrarán á mí. La flecha de mi padre pudo matarme, y yo no temblé.

EDUVIGIS. (Abrazándolo)—¡Sí; has resucitado para mí! Dos veces te he dado á luz. Dos veces he sentido por tí dolores de parto. Ya pasó... á los dos los poseo, y hoy vuelve vuestro querido padre. (Un fraile aparece á la puerta.)

GUILLERMO.—¡Mira, madre, mira!... ahí está un fraile que viene, sin duda, á pedir una limosna.

EDUVIGIS.—Hazlo entrar para que le demos algo, y así sabrá que ha venido á una casa llena de alegría. (Entra y vuelve en seguida con una copa)

GUILLERMO. (Al fraile.)—¡Venid, buen fraile! Mi madre quiere daros un trago.

GUALTERIO.—Venid y descansad, y saldréis de aquí más animado.

EL FRAILE. (Asustado, y con las facciones descompuestas.)—¿En dónde estoy? Decidme, ¿qué país es éste?

GUALTERIO.—¿Os habéis extraviado y lo ignoráis? Estáis, señor, en Burglen, en el país de Uri, á la entrada de Schachenthal.

EL FRAILE. (A Eduvigis, que vuelve.)—¿Estáis sola? ¿Está en casa vuestro esposo?

EDUVIGIS.—Lo estoy esperando de un momento á otro... Pero ¿qué tenéis? Parecéis ave de mal agüero... Pero quien quiera que seáis, os halláis en la necesidad. ¡Tomad! (Presentale la copa.)

EL FRAILE.—Aunque mi corazón esté sediento y pida algo que lo refresque, no tocaré á nada hasta que me digais...

EDUVIGIS.—No rocéis mi vestido, ni os acerquéis; quedaos á cierta distancia, si deseáis que os escuche.

EL FRAILE.—Por este fuego que brilla aquí hospitalario; por vuestros hijos queridos, que abrazo... (Se apodera de los niños.)

EDUVIGIS.—¿Qué os proponéis, santo varón? Dejad á mis hijos... ¡No sois fraile, no lo sois! De paz es vuestro hábito, no vuestra fisonomía.

EL FRAILE.—Soy el más infeliz de los hombres.

EDUVIGIS.—La desdicha habla con elocuencia á los corazones; pero vuestras miradas hielan el mío.

GUALTERIO. (Saltando.) ¡Madre, ahí está padre! (Vase corriendo.)

EDUVIGIS.—¡Oh, Dios mío! (Quiere irse, pero vacila y se detiene.)

GUILLERMO (EL HIJO). (Corriendo.)— ¡Padre!

GUALTERIO. (Fuera.)— ¡Ya de vuelta!

GUILLERMO. (Fuera.)— ¡Padre, querido padre!

TELL. (Fuera.)—Otra vez estoy aquí... ¡Y vuestra madre! (Entran.)

GUALTERIO.—Está en la puerta y no se atreve á adelantarse, porque la suspenden el miedo y la alegría.

TELL.—¡Oh, Eduvigis, Eduvigis! ¡Madre de mis hijos; Dios nos ha ayudado... ningún tirano nos separa ya.

EDUVIGIS. (Abrazándolo.)—¡Oh, Tell, Tell! ¡Cuánto he sufrido por tí! (El Fraile observa con atención)

TELL.—¡Olvidalo ahora, y abandónate sólo á la alegría! ¡Aquí estoy de nuevo! ¡He aquí mi choza! Véome otra vez entre los míos.

GUILLERMO.—¿En dónde está tu ballesta, padre? No la veo..

TELL.—Ni la verás más. Está guardada en un lugar sagrado. En lo sucesivo no servirá más para la caza.

EDUVIGIS.—¡Oh, Tell, Tell! (Retrocede, y suelta su mano.)

TELL.—¿Qué te asusta, querida esposa?

EDUVIGIS.—¿Cómo... cómo te vuelvo á ver!... ¡Esta mano!... ¡Osaré estrecharla?... esta mano... ¡Dios mío!

TELL.—(Con ternura y resolución.) Ha defendido á vosotros, y salvado la patria. Puedo levantarla al cielo libremente. (El Fraile hace un ligero movimiento, y Tell lo observa.) ¿Qué hace aquí este hermano?

EDUVIGIS.—¡Ah! Lo había olvidado. Habla tú con él, que á mí me espanta.

EL FRAILE.—¿Sois acaso Tell, el que mató al Gobernador?

TELL.—Yo soy, y no lo ocultaré á la faz de nadie.

EL FRAILE.—¿Sois Tell? ¡Ah! La mano de Dios me ha guiado aquí.

TELL. (Mirándole atentamente.) No sois fraile. ¿Quién sois?

EL FRAILE.—Matasteis al Gobernador por su crueldad... yo también he dado muerte á un enemigo, que rehusaba hacerme justicia... era vuestro enemigo, como el mío... ¡Le librado de él al país.

TELL. (Retrocediendo.) Sois... ¡Horror!... ¡Hijos, hijos,

entrad!... ¡Véte, querida esposa!... ¡Véte, véte!... ¡Desdichado!... Sois...

EDUVIGIS.—¡Dios mío! ¿Quién es?

TELL.—No lo preguntes. ¡Fuera, fuera! Que no lo oigan los niños. Sal de mi casa... lejos, lejos... No puedes quedar bajo el mismo techo que este hombre.

EDUVIGIS.—¡Ay de mí! ¿Qué es esto? ¡Venid! (Vase con sus hijos.)

TELL. (Al fraile.) Sois el Duque de Austria... ¡Lo sois! Habéis matado al Emperador, vuestro tío y vuestro señor.

JUAN EL PARRICIDA.—Me había robado mi patrimonio.

TELL.—¡Matado á vuestro Emperador y vuestro tío! ¿Y no os traga la tierra? ¿Y el sol no os abrasa?

EL PARRICIDA.—Oyeme antes, Tell...

TELL.—Y lleno todavía de sangre de tu pariente y de tu soberano, ¿te atreves á penetrar en mi puro hogar? ¿Osas mostrar tu rostro á un hombre honrado, y pedirle hospitalidad?

EL PARRICIDA.—Esperaba encontrar en vos compasión, porque os habéis vengado también de vuestro enemigo.

TELL.—¡Desventurado! ¿Puedes equiparar el crimen sanguinario de la ambición con la justa defensa de un padre? ¿Tenías que amparar á hijos queridos, al santuario del hogar? ¿Librar á los tuyos de la más horrible, de la última calamidad?... Yo levanto al cielo mis manos puras, y te maldigo, y á tu acción... Yo he vengado los venerandos fueros de la naturaleza, y tú los has profanado... Nada hay común entre los dos... tú eres un asesino, yo el defensor de lo más santo.

EL PARRICIDA.—¿Me rechazáis, pues, desesperado y sin consuelo?

TELL.—Me horroriza sólo hablar contigo... ¡Véte! ¡Prosigue lleno de espanto tu camino! Deja inmaculada la choza, mansión de la inocencia.

EL PARRICIDA. (Que se vuelve para salir.) Ni puedo ni quiero ya vivir.

TELL.—Y, sin embargo, te compadezco... ¡Dios del cielo! Tan joven, de tan clara estirpe, nieto de Rudolfo, mi Soberano y Emperador, fugitivo criminal, aquí, en el umbral de mi puerta... suplicante y desesperado. (Tápase el rostro con las manos.)

EL PARRICIDA.—¡Oh! Si podéis llorar, lastimaos de mi desdicha, porque es grande... Soy un príncipe... era... y pude ser feliz, refrenando la impaciencia de mis deseos. La envidia devoró mi corazón... He visto á mi joven primo Leopoldo, premiado con bienes y honores, mientras que á mí, de su misma edad, se me tenía en servil tutela..

TELL.—Bien, infortunado, te conocía tu tío, cuando te rehusaba tierras y vasallos; y tú mismo, con tu locura feroz, has justificado horriblemente su sabia resolución... ¿En dónde se hallan los sanguinarios cómplices de tu delito?

EL PARRICIDA.—En donde los han arrastrado las furias vengadoras. No los he visto más desde nuestro malhadado crimen.

TELL.—¿Sabes tú que la proscripción te persigue, que ningún amigo puede favorecerte, y que todos han de tratarte como á enemigo?

EL PARRICIDA.—Por eso evito los caminos frecuentados, y no me atrevo á llamar á puerta alguna... Mis pasos se dirigen á lugares desiertos; acompañanme mis temores por las montañas, y huyo de mí mismo, temblando, cuando la fuente traza mi propia imagen. ¡Oh! ¡Si tenéis alguna lástima y humanos sentimientos!... (Prostérnase ante él.)

TELL. (Volviéndose.)—¡Levantaos, levantaos!

EL PARRICIDA.—No, hasta que me hayáis tendido una mano caritativa...

TELL.—Pero ¿puedo socorreros? ¿Puede hacerlo un po-

bre pecador? Levantaos, sin embargo... Por horrendo que haya sido vuestro crimen... al fin sois hombre... como yo. Nadie acudirá á Tell sin recibir consuelo... Haré lo que pueda...

EL PARRICIDA. (Levantándose y estrechando su mano con efusión.)—¡Oh, Tell! ¡Libráis mi alma de la desesperación!

TELL.—¡Soltad mi mano... alejaos! Aquí no podéis quedar sin ser descubierto, y si lo sois, no contéis con mi protección... ¿A dónde os proponéis ir? ¿En dónde esperáis encontrar tranquilidad?

EL PARRICIDA.—¿Lo sé yo? ¡Ay de mí!

TELL.—Escuchad lo que Dios me sugiere. Debéis ir á Italia, á la ciudad de San Pedro: echaos allí á los pies del Papa, confesad vuestra culpa y salvad vuestra alma.

EL PARRICIDA.—¿Y no me entregará á mis perseguidores?

TELL.—Haga lo que quiera, miradlo como la obra de Dios.

EL PARRICIDA.—¿Y cómo he de llegar yo hasta esa tierra desconocida? No sé el camino, y no me atrevo á agregarme á viajero alguno.

TELL.—Yo os indicaré la ruta. Fijaos bien en ella. Subiréis el Reuss, río arriba, al precipitarse impetuosamente desde la montaña...

EL PARRICIDA. (Asustado.)—¿Que vea yo de nuevo el Reuss? Cometí junto á él mi delito.

TELL.—El camino sigue al borde del abismo, y hay en él muchas cruces, erigidas en memoria de los viajeros sepultados bajo las avalanchas.

EL PARRICIDA.—Los horrores de la naturaleza no me asustarían, si yo pudiera refrenar los tormentos insufribles de mi conciencia.

TELL.—Hinceos de rodillas ante cada cruz, y llorad vuestra culpa con lágrimas de arrepentimiento... y, si

atravesáis con felicidad ese sendero espantoso; si la montaña no descarga sobre vuestra cabeza sus remolinos de viento, desde su helada cima, llegaréis al puente, que está lleno de polvo. Si no se rompe bajo el peso de vuestro crimen, si lo atravesáis sin obstáculo, alcanzaréis una entrada oscura entre los peñascos... La luz del día no la ha alumbrado nunca... penetrad en ella, y os llevará á un tranquilo y risueño valle... Pero caminad entonces con paso rápido; no habéis de deteneros en donde la paz mora.

EL PARRICIDA. — ¡Oh Rudolfo, Rudolfo! ¡Oh abuelo mío coronado! ¿Así ha de atravesar tu nieto el suelo de tu imperio?

TELL. — Después, siempre subiendo, alcanzaréis las alturas de San Gotardo, en donde hay dos lagos eternos, que se llenan con las aguas del cielo. Allí estáis ya fuera del territorio alemán, y el curso pacífico de un río os dirigirá á Italia, término de vuestro viaje. (Óyese el ranz de las vacas, y el sonido de muchas trompas.) ¡Viene gente! ¡Partid!

EDUVIGIS. (Corriendo.) — ¿En dónde estás, Tell? ¡Mi padre viene! Todos los conjurados, en alegre cortejo, le acompañan.

EL PARRICIDA. (Tapándose el rostro.) — ¡Ay de mí! ¡No puedo detenerme con los felices!

TELL. — Véte, querida esposa. Da algo á este hermano, para animarlo; cárgalo de provisiones, porque su camino es largo, y no encontrará albergue. ¡Apresúrate, que se acercan!

EDUVIGIS. — ¿Quién es?

TELL. — No lo preguntes. Cuando salga, vuelve tu rostro, para que no veas cuál es la ruta que sigue. (El Parricida se acerca á Tell conmovido; éste le hace una señal con la mano, y se va. Cuando ambos han salido, en dirección opuesta, cambia la escena, y se ve en la

ESCENA ÚLTIMA,

Todo el fondo del valle, delante de la casa de Tell; cerca, las alturas, que la rodean, llenas de suizos, que se agrupan de un modo pintoresco; otros vienen por las cumbres, por el camino que lleva á Schachen. Furst se adelanta con los dos niños, Melchthal, Stauffacher y otros. Al presentarse Tell, todos lo saludan con aclamaciones de júbilo.)

Todos.—¡Viva Tell! ¡Viva el cazador, nuestro libertador!
(Mientras que los primeros se aproximan á Tell, y lo abrazan, aparecen Rudenz y Berta, y aquél saluda á los campesinos, y ésta á Eduvigis. La música campestre acompaña esta escena muda. En seguida, al finalizar, Berta se adelanta en medio de todos.)

BERTA.—¡Compatriotas y confederados! Admitid en vuestra alianza á la primera mujer feliz que ha encontrado amparo en la tierra de la libertad. En vuestras manos esforzadas pongo yo mis derechos: ¿queréis protegerme como á vuestra conciudadana?

LOS CAMPESINOS.—Lo haremos así á costa de nuestros bienes y de nuestra vida.

BERTA.—¡Bien! Yo, la suiza libre, doy mi mano á este joven, también hombre libre.

RUDENZ.—Y yo declaro libres á todos mis siervos.

(La música comienza de nuevo. Cae el telón.)

FIN DE GUILLERMO TELL.

MARÍA ESTUARDO



MARÍA ESTUARDO.

ARGUMENTO.

María Estuardo, prisionera en el castillo de Fotheringhay, y confiada á la custodia de sir Paulet, aparece, desde la segunda escena de este primer acto, vejada y perseguida inicuaente por las órdenes severas de su ambiciosa, hipócrita y celosa hermana. Pero Mortimer, sobrino de su guardián y carcelero, celebra con ella una entrevista secreta, entregándole una carta de su tío el Cardenal de Guisa, en la cual le dice que puede fiarse del portador de ella. Mortimer, en efecto, le asegura que ha abjurado de la secta protestante y es católico ferviente, y que trabaja con otros cómplices en allegar medios para libertarla, indicando al mismo tiempo que está enamorado de ella, pero de un modo embozado. María, á su vez, le da otra carta con un retrato para Leicester, el favorito de su rival, Isabel de Inglaterra.

Burleigh, lord gran Tesorero, y enemigo encarnizado de la Reina de Escocia, se presenta en seguida á anunciarle

que el Tribunal que la juzga, la ha declarado culpable, discutiendo con ella, así sobre la competencia é imparcialidad de sus jueces, como sobre los cargos en que se funda la sentencia. Burleigh lleva la peor parte en esta disputa. Después, cuando se queda solo con sir Paulet, llega hasta el extremo de insinuarle que sería una acción grata á la reina Isabel la muerte, por medio de un crimen, de su aborrecida y desdichada hermana. Sir Paulet, sin embargo, se niega rotundamente á obedecerlo, y se muestra decidido, mientras María se encuentre bajo su guarda, á defenderla de sus enemigos, no de los mandatos de la justicia legal y pública.

En el acto segundo consiguen los Embajadores de Francia que la reina Isabel, sin hacerles una promesa formal de casamiento con Monsieur el hermano del Rey, les entregue, sin embargo, una sortija para él, dejándoles entrever la posibilidad de que se realice tan fausto suceso. Celébrase después un Consejo entre Isabel, Burleigh, lord Talbot y Leicester, para decidir de la suerte de María. El primero opina que se ejecute la sentencia de muerte; el segundo, que se le perdone; y el tercero, que se le deje la vida, suspendiendo el cumplimiento de la sentencia. La Reina no acepta ninguna de estas opiniones, reservándose estudiarlas y resolver lo más conveniente. Acabado el Consejo, sir Paulet presenta á su Soberana á su sobrino Mortimer, y ella, con infernal astucia, le indica la necesidad en que se encuentra, para vivir tranquila, de ordenarle la muerte de María. Mortimer, que ha comprendido los términos ambiguos del mandato de la Reina, le asegura que María sucumbirá á sus manos. Su tío sir Paulet, que ha sospechado el objeto de esta entrevista, exhorta á Mortimer á desconfiar de las palabras de Isabel, y á desobedecerla. Leicester y Mortimer conferencian también al cabo, confesando aquél á éste que acaricia el proyecto de librar á

María y casarse con ella. Mortimer se empeña en salvarla cuanto antes, á lo cual se opone Leicester, reprobando el empleo de medios violentos. La Reina se presenta á su vez á la conclusión de esta entrevista, y condesciende con Leicester en ver, como por casualidad, á María, para gozarse en su triunfo sobre ella, así por su mayor belleza, como por su poder y buena fama.

María Estuardo, en el acto tercero, disfruta en el parque de Fotheringhay de la libertad inesperada de andar por el campo y respirar el aire libre. Sir Paulet le avisa que no tardará en ver á su hermana, la Reina, y, en efecto, llega ésta poco después, y celebra con ella una entrevista, cuyo éxito es desastroso, á causa del orgullo y de los insultos de Isabel, que acaban al fin con la humildad y la resignación de María, separándose ambas más enemigas que antes. Mortimer se presenta en seguida, da cuenta á la Reina de Escocia de su comisión para Leicester, le declara su amor, delirante, y faltándole al respeto, y le dice, por último, que la libertará aquella misma noche. Pero de repente se difunde la noticia de que han intentado asesinar á la Reina; y Okelly, cómplice de Mortimer en la conjuración para salvar á María, llega al mismo tiempo, y exhorta á Mortimer á la huida, porque se ha errado el golpe y todo se ha descubierto.

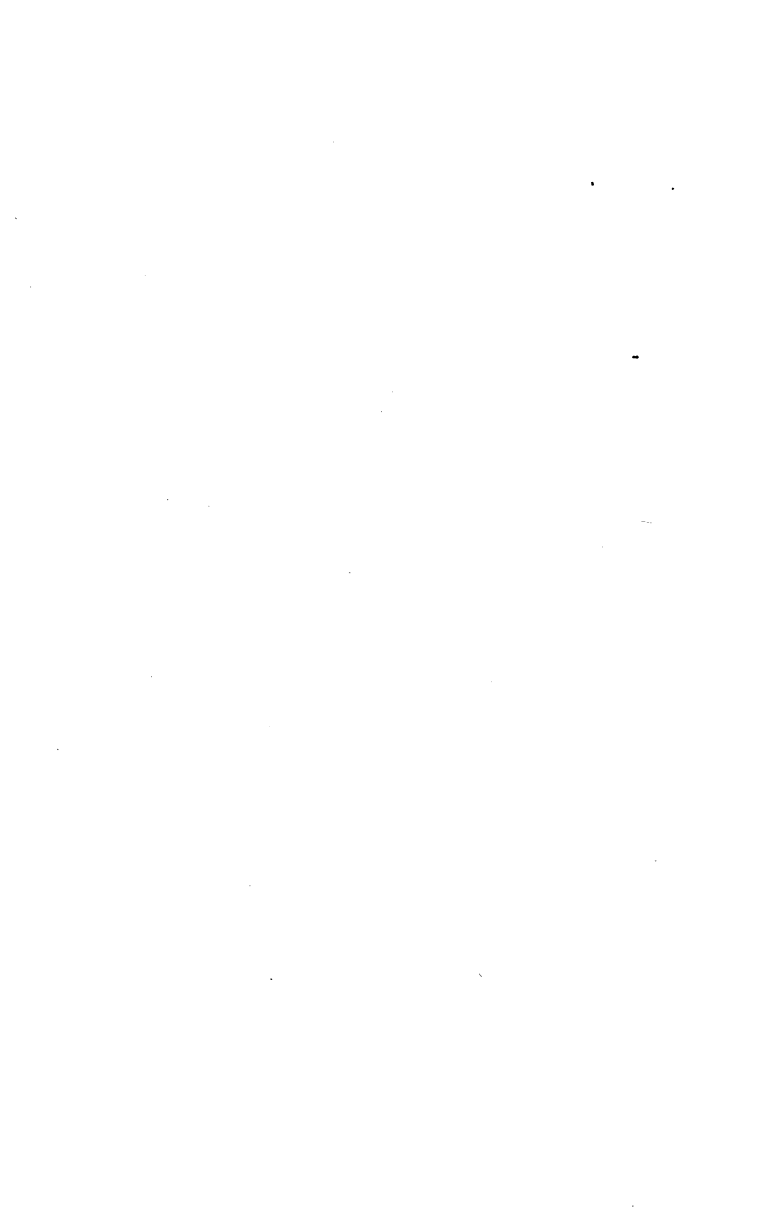
El Embajador de Francia, averiguada su complicidad en la tentativa de asesinato contra Isabel, es obligado á retirarse de Inglaterra en el acto cuarto. Leicester, humillado por Burleigh, á causa del desenlace de la entrevista de las dos Reinas, y temeroso de sus consecuencias, sabe por Mortimer que se conocen ya sus relaciones con María, y que una carta de ésta para él se halla en poder de Burleigh. Para salir del apuro, vende primero á Mortimer, y hace que lo prendan sus guardias, forzándolo á suicidarse. Discúlpase entonces con Isabel, prevenida en contra suya

por Burleigh y enterada de todo, convenciéndola de que es inocente, y que su objeto no había sido otro que intrigar en favor de ella y en perjuicio de su enemiga, y llevando su bajeza hasta el extremo de aceptar con Burleigh el triste cargo de presidir á la ejecución de la sentencia que la condena á muerte. El pueblo inglés se amotina, y pide también la decapitación de la Reina de Escocia; y ni el Conde de Shrewsbury, ni las dudas y remordimientos de su conciencia, apartan á Isabel de su propósito de firmar la orden de ejecución, como lo hace, aunque siendo hasta el fin hipócrita y disimulada con el desdichado Davison, su secretario, que le suplica se muestre clara y explícita en sus órdenes.

En el quinto y último acto, María, después de despedirse de sus servidores, encuentra entre ellos á Melvil, su antiguo mayordomo, ahora sacerdote, que le revela su carácter sagrado, y la confiesa y absuelve. Llegan después los que han de llevarla al suplicio, y Leicester entre ellos, á quien indica su anterior inclinación. Leicester se queda solo, no queriendo ser testigo de su muerte, y maldiciéndose; pero para mayor tormento suyo, la presencia involuntariamente.

Isabel, inquieta hasta el extremo, porque ignora si se ha ejecutado ó no la sentencia de decapitación de su hermana, recibe al Conde Shrewsbury á hora desusada, que trae la pretensión de que se practiquen nuevas diligencias en el proceso de María, á consecuencia de una visita que ha hecho á los secretarios de aquélla, presos en la Torre de Londres, y en virtud de cuyo testimonio había sido condenada su Reina. Isabel accede á su ruego; pide á Davison la orden de la ejecución, fingiendo que se la había entregado para que la guardase; y al responderle que la había puesto en manos de Burleigh, lo llena de improperios, y lo amenaza con la muerte. Destierra en seguida á Burleigh

por su precipitación, al presentarse y felicitarla por la muerte de María, abandonándola Talbot ó Shrewsbury, su gran Canciller, profundamente indignado, al mismo tiempo que llega á su conocimiento la noticia de la ida de Leicester á Francia.



MARÍA ESTUARDO.

PERSONAJES.

- ISABEL, Reina de Inglaterra.
MARÍA ESTUARDO, Reina de Escocia, prisionera en Inglaterra.
ROBERTO DUDLEY, Conde de Leicester.
JORGE TALBOT, Conde de Shrewsbury.
GUILLERMO CECIL, Barón de Burleigh, Tesorero mayor.
EL CONDE DE KENT.
GUILLERMO DAVISON, Secretario de Estado.
AMIAS PAULET, caballero, encargado de la guarda de María.
MORTIMER, su sobrino.
EL CONDE DE ALBAESPINA, Embajador de Francia.
EL CONDE DE BELLIEVRE, Enviado extraordinario de Francia.
OKELLY, amigo de Mortimer.
DRUGEON DRURY, segundo guardián de María.
MELVIL, Superintendente de su casa.
BURGOYN, su médico.
ANA KENNEDY, su nodriza.
MARGARITA KURL, su camarista.
El Sheriff del Condado.
Un Oficial de Guardias de Corps.
Señores ingleses y franceses.
Guardas.
Servidores de la Reina de Inglaterra.
Criados y criadas de la Reina de Escocia.
-



ACTO PRIMERO.

Castillo de Fotheringhay.—Una sala.

ESCENA PRIMERA.

ANA KENNEDY, nodriza de la Reina de Escocia, disputando vivamente con **PAULET**, que se dispone á abrir un armario.—**DRUGEON DRURY**, segundo carcelero, con una palanqueta de hierro.

ANA. — ¡Qué hacéis, señor? ¡Qué nueva insolencia!... ¡No toquéis á ese armario!

PAULET.—¿De dónde provienen esas alhajas? Del piso superior, para sobornar con ellas al jardinero... ¡Malditas sean las astucias mujeriles! A pesar de mi vigilancia y de mis pesquisas eficaces, ¡todavía objetos preciosos, todavía tesoros ocultos! (Fracturando el armario.) ¡En donde se guardaba eso, ha de haber otras cosas!

ANA. — ¡Fuera, atrevido! ¡Aquí están los secretos de la señora!

PAULET.—Precisamente lo que yo busco. (Sacando unos papeles.)

ANA.—Papeles sin importancia, ensayos caligráficos para distraerse en esta triste cárcel.

PAULET.—En el ocio es cuando nos tienta el diablo.

ANA.—Escritos en francés.

PAULET.—Tanto peor. Es el idioma de los enemigos de Inglaterra.

ANA.—Cartas en proyecto á la Reina de Inglaterra.

PAULET.—Que yo le entregaré... ¡Hola! ¿Qué brilla aquí? (Abre un resorte secreto, y saca una alhaja de un cajón oculto.) Una diadema real, de ricas piedras, adornada con las lises de Francia. (La entrega á su acompañante.) ¡Guárdala, Drury! ¡Ponla con lo demás! (Vase Drury.)

ANA.—¡La injuria y la violencia es nuestro patrimonio!

PAULET.—Cuanto posee, es un arma en sus manos.

ANA.—¡Sed, señor, compasivo! No os llevéis su última joya. La desdichada se recrea tan sólo con ese recuerdo de su antigua grandeza, ya que todo nos lo habéis arrebatado.

PAULET.—Hállase en buenas manos. Concienzudamente se devolverá á su tiempo.

ANA.—¿Quién creerá, observando estas paredes desnudas, que habita aquí una Reina? ¿En dónde está el solio que cubre su trono? ¿Ha de hollar también su pie, acostumbrado á las alfombras, este suelo duro? Grosero estaño... que avergonzaría á la esposa del noble más insignificante... figura sólo en su mesa.

PAULET.—Así trataba ella á su esposo Sterlyn, mientras bebía en copas de oro con su amante.

ANA.—Ni aun espejo tenemos.

PAULET.—Mientras pueda mirar su imagen vana, no dejará de abrigar osadas esperanzas.

ANA.—Faltan libros, para solaz del ánimo.

PAULET.—Se le ha dejado la Biblia para mejorar su corazón.

ANA.—Hasta nos han quitado el laúd.

PAULET.—Porque se acompañaba con él en sus cantos amorosos.

ANA.—¡Tal es la suerte reservada á la que se crió siempre con delicadeza, reina desde su cuna, y viviendo entro todo linaje de placeres, en la corte voluptuosa de los Médicis! Basta que se le haya arrebatado su poder; pero ¿privarla de sus recreos más humildes? En las grandes adversidades toda alma noble aprende á conocerse mejor; pero es triste sufrimiento carecer hasta de las más insignificantes distracciones humanas.

PAULET.—Sólo ayudan á fomentar la vanidad, cuando lo conveniente es reflexionar y arrepentirse. Quien vivo entre los deleites y los vicios, ha de expiarlos luego con la humillación y la miseria.

ANA.—Si en su más tierna juventud ha sido frágil, han de pedirle cuenta Dios y su conciencia. En Inglaterra nadio tiene derecho de juzgarla.

PAULET.—En donde delinquirió, será juzgada.

ANA.—Lazos hartos apretados la sujetan. ¡Delincuente ella!

PAULET.—Sin embargo, á pesar de esos lazos férreos, ha sabido extender fuera su brazo, encender en el reino la guerra civil, y armar contra nuestra Soberana, á quien Dios guarda, puñales asesinos. Desde esta mansión, ¿no indujo al malvado Parry y á Babington á cometer el más infame regicidio? Estas rejas, ¿le impidieron seducir el noble corazón de Norfolk? Por ella ha caído bajo el hacha del verdugo la mejor cabeza de estas islas.. Tan ejemplar castigo, ¿ha escarmentado á tantos otros insensatos que por ella se han precipitado á porfía en el abismo? Por su causa, llenan nuevas víctimas los cadalsos, y esto no ha de terminar hasta que ella, la más culpable, sea también sacrificada... ¡Maldito sea el día en que esta Helena arribó á las costas hospitalarias de Inglaterra!

ANA.— Que Inglaterra le dispensó hospitalidad? ¡Desdichada! Desde el día, en que sentó su planta en este país,

suplicante, desterrada, implorando el socorro de su parienta, está presa, contra el derecho de gentes y lo que exige la dignidad real, y obligada á pasar en una cárcel los años floridos de la juventud... Y, siendo reina, después de sufrirlo todo, las penas más amargas de la cárcel, igual á vulgares delincuentes, ha de comparecer en los estrados de un tribunal, y ser acusada vergonzosamente de un crimen capital.

PAULET.—Como asesino llegó á este país, expulsada por su pueblo, privada del trono, por haberlo manchado con horribles maldades. Vino, después de conspirar contra la dicha de Inglaterra, á traernos los tiempos sanguinarios de la española María, á hacernos católicos, á vendernos á Francia. ¿Por qué se ha opuesto á suscribir al tratado de Edimburgo, á renunciar á sus pretensiones á Inglaterra, y abrir con un solo rasgo de pluma las puertas de su prisión? Prefiere verse encarcelada, y los malos tratamientos, á privarse del vano brillo de su título. Y ¿por qué lo hace? Porque confía en las intrigas, en las artes perversas de las conspiraciones, y conquistar con ellas, desde su cárcel, toda esta Isla.

ANA. — Os burláis, señor... A la aspereza añadís la más irrisoria mofa. ¿Cómo había de acariciar tales ilusiones, viviendo aquí encerrada, cuando ni llega hasta ella consuelo alguno, ni voz alguna amiga de su cara patria, no habiendo visto en muy largo tiempo otro rostro humano que el sombrío de su carcelero, y guardándola nuevos cerrojos, desde el día en que vuestro feroz pariente se ha convertido también para ella en nuevo carcelero?

PAULET.—No hay reja que preserve de sus astucias. ¿Tengo acaso seguridad, cuando duermo, de que no se han de limar estos hierros, de que no se horaden este suelo y estas paredes, y de que no triunfen al cabo los traidores? ¿Cual es el mío! He de precaverme contra pérli-

das astucias. El temor me impide dormir tranquilo; y, de noche, como alma atormentada por el remordimiento, he de vagar por todas partes, para cerciorarme de la eficacia de los cerrojos y de la fidelidad de los centinelas, y, temblando, levantarme por la mañana, temiendo la realización de mis sospechas. Sin embargo, por fortuna para mí, creo que esto acabará pronto. Preferiría vigilar á todos los condenados al infierno, y no á esta Reina artificiosa.

ANA.—¡Hela aquí!

PAULET.—¡El crucifijo en la mano, y el orgullo y la voluptuosidad en el corazón!

ESCENA II.

MARÍA, con un velo, y un crucifijo en la mano, y LOS MISMOS.

ANA. (Corriendo á su encuentro.) — ¡Oh Reina! Nos ultrajan; la crueldad y la tiranía no conocen freno, y á cada instante nuevos sufrimientos é injurias se acumulan sobre vuestra cabeza coronada.

MARÍA.—Tranquilízate. ¿Qué ha sucedido?

ANA.—¡Mirad! Vuestro armario ha sido destrozado; vuestros papeles, vuestro único tesoro, que salvamos con tanto trabajo, el último resto de vuestras joyas nupciales de Francia, están en sus manos. No poseéis ya prenda alguna real. Os lo han robado todo.

MARÍA.—¡Sosiégate, Ana! Mi título de reina no depende de esas bagatelas. Es posible que nos traten con bajeza, no humillarnos. He aprendido á padecer mucho en Inglaterra, y ya esto no me extraña. Os habéis apropiado, caballero, lo que yo misma pensaba entregaros hoy. Entre esos

¡apeles hay una carta para mi hermana la Reina de Inglaterra. Dadme vuestra palabra de honor de que se la daréis en su propia mano, y no al desleal Burleigh.

PAULET.—Lo reflexionaré.

MARÍA.— Pondré en vuestro conocimiento su contenido, caballero. Pido un gran favor en esa carta... tener con ella una conferencia, puesto que jamás la han visto mis ojos... Se me ha llevado ante un tribunal de hombres, que no debo calificar de iguales á mí, y á quienes no puedo conceder confianza. Isabel es de mi familia, de mi sexo y de mi rango... Sólo á ella, mi hermana, reina y mujer, puedo confiarme.

PAULET.— Con frecuencia, señora, habéis fiado vuestro honor y vuestro destino de otros hombres, que merecían menos vuestra estimación.

MARÍA.—Pido también otra gracia, que la humanidad no rehusará. Tiempo ha que, en mi prisión, me veo privada de los consuelos de la Iglesia y del benéfico influjo de los Sacramentos; y la que me ha arrebatado la corona y la libertad, y amenaza arrancarme la vida, no querrá cerrarme también las puertas del cielo.

PAULET.—El capellán del castillo accederá á vuestros deseos...

MARÍA. (Interrumpiéndolo con viveza.)—¡No quiero á ese capellán! Pido un sacerdote de mi religión. Pido asimismo un escribiente y un notario, para disponer mi testamento. Las penas, las miserias de esta cárcel socavan mi vida. Mis días están contados, según sospecho, y me considero como próxima á la muerte.

PAULET.— ¡Hacéis bien! Son ideas muy apropiadas á vuestra situación.

MARÍA.— ¡Qué sé yo si alguna mano osada no abreviará el efecto prolongado de mi martirio? Quiero extender mi testamento, y disponer de lo mío.

PAULET.—Libre sois de hacerlo. La Reina de Inglaterra no se enriquecerá con vuestros despojos.

MARÍA.—Me han separado de mis camaristas y servidores... ¿En dónde están? ¿Qué es de ellos? No puedo privarme de sus servicios; pero me tranquilizaré, si averiguo que no sufren dolores ni miseria.

PAULET.—Se les cuida. (Hace ademán de irse.)

MARÍA.—¿Os vais, caballero? ¿Me dejáis de nuevo sin aliviar mi angustiado corazón, lleno de temor, de los tormentos de la incertidumbre? Me veo, gracias á la vigilancia de vuestros espías, aislada en el mundo; ninguna noticia llega hasta mí, atravesando las paredes de mi prisión, y mi destino está entre las manos de mis enemigos. Un mes largo ha trascurrido ya en tan aflictiva situación, desde que los cuarenta comisarios me sorprendieron en este castillo, instalando en él un tribunal con una precipitación inexplicable, sin prepararme, sin abogado, contra toda justicia, obligándome á declarar con arreglo á un interrogatorio artificioso y severo, cuando yo estaba confusa y admirada, y en la imposibilidad de reunir mis recuerdos... Como fantasmas entraron y desaparecieron. Desde entonces, nadie me habla, y procuro en vano leer en vuestras miradas si han triunfado mi inocencia y el celo de mis amigos, ó los pérfidos designios de mis enemigos. Romped al cabo el silencio... Que yo sepa de vuestros labios lo que he de esperar ó he de temer.

PAULET. (Después de una pausa.)—Arreglad vuestras cuentas con el cielo.

MARÍA.—Confío en su gracia, caballero... y en la justicia rigurosa de mis jueces en la tierra.

PAULET.—Serán justos, no lo dudéis.

MARÍA.—¿Se ha fallado mi proceso?

PAULET.—No lo sé.

MARÍA.—¿Me han condenado?

PAULET.—Nada sé, señora.

MARIA.—La precipitación es preferida aquí. ¿Me sorprenderá acaso el verdugo, como los jueces?

PAULET.—Creedlo siempre así, y os encontrará mejor dispuesta que ellos.

MARIA.—Nada me extrañará, caballero. De todo es capaz el tribunal de Westminster, dócil á las sujestiones, llenas de odio, de Burleigh, y al celo de Halton. Tampoco ignoro hasta dónde puede llegar la Reina de Inglaterra.

PAULET.—Los Monarcas de Inglaterra sólo atienden á su conciencia y á su Parlamento. Lo que acuerde la justicia, lo ejecutará el poder, sin miedo alguno, á la faz del mundo.

ESCENA III.

LOS MISMOS; MORTIMER sobrino de PAULET, se presenta, y, sin reparar en la Reina, habla con su tío.

MORTIMER.—Os buscan, tío. (Aléjase; la Reina lo observa descontenta, y se vuelve hacia Paulet, que hace ademán de seguirlo.)

MARIA.—¡Oid, caballero, otra súplica! Si tenéis algo que decirme... Mucha es mi paciencia con vos, por respeto á vuestra edad; pero me es intolerable la insolencia de ese joven: libradme, pues, de su grosería.

PAULET.—Lo que en él os repugna, lo realza á mis ojos. No es, de seguro, de esos débiles insensatos, á quienes enternecen las lágrimas falaces de las mujeres... Ha viajado, viene de París y Reims, y regresa con su mismo corazón de rancio inglés. ¡Con él son vanas vuestras artes! (Vase.)

ESCENA IV.

MARÍA y ANA.

ANA.—¿Que así se atreva ese descomedido á hablarnos cara á cara? ¡Oh, es cosa terrible!

MARÍA. (Absorbida en sus reflexiones.)—En nuestros días afortunados, prestamos atento oído á los aduladores. Justo es que hoy, buena Ana, oigamos la voz austera de la verdad.

ANA.—¿Cómo? ¿Tan humilde, tan resignada, querida señora? Antes os mostrabais alegre y soliais consolarme, y yo os reconvenía, más bien por vuestra frivolidad, que por vuestra tristeza.

MARÍA.—La conozco... Es el espectro ensangrentado de Darnley, que se levanta colérico de la tumba, y que no sosegará hasta colmar la medida de mis desdichas.

ANA —¿Qué idea!

MARÍA.—Lo has olvidado, Ana... pero yo tengo buena memoria... Hoy es el día aniversario de esa calamidad, y por eso lo consagro al ayuno y á la penitencia.

ANA.—Dejad en paz ese alma en pena. Lo habéis expiado largos años con vuestro arrepentimiento, con desdichas y graves dolores. La iglesia, que puede absolver los pecados, y el cielo juntamente, os perdonaron ya.

MARÍA.—Destilando sangre reciente, surge de su tumba mal resguardada esa falta, perdonada ha largo tiempo. Ni la campana de la misa, ni la absolución venerada del sacerdote pueden devolver á su sepulcro el espectro del ceoso asesinado.

ANA.—¡V. M. no lo asesinó! Otros lo mataron.

MARÍA.—Pero yo lo supe. Lo consentí, y lo atraje con halagos á las asechanzas de la muerte.

ANA.—La juventud excusa vuestra falta; ¡vuestra edad era entonces tan tierna!

MARÍA.—¡Tan tierna!... y, sin embargo, eché ese peso sobre una vida que comenzaba en sus albores.

ANA.—Injurias mortales os excitaron á cometer esa acción, y la insolencia de vuestro esposo, á quien vuestro amor arriancó de la oscuridad como por milagro, y lo elevasteis al trono, después de atravesar vuestro aposento nupcial, haciéndolo dueño de vuestra persona, llena de encantos, y de vuestra corona patrimonial. ¿Debía olvidar jamás que su destino brillante era la obra de vuestro generoso amor? ¡Y el indigno lo olvidó! Ultrajó á V. M. con sospechas ofensivas, injurió con su grosería vuestra ternura, y se hizo antipático á su esposa. Desvaneciósese e hechizo que os sedujera, y colérica, evitasteis los abrazos de ese infame, y lo despreciásteis... Y él... ¿intentó siquiera recobrar vuestro cariño? ¿Os pidió perdón? ¿Se arrojó á vuestros pies, prometiendo enmienda? Os desafió cruel... Hechura vuestra, quiso ser vuestro Rey, é hizo matar en vuestra presencia á vuestro favorito, el bello cantor Rizzo... Vengasteis con sangre otro crimen sangriento.

MARÍA.—Y será vengado por una sentencia de muerte. Por consolarme, me condenas.

ANA.—Cuando se cometió ese delito no erais ya la misma, no os perteneciais. Una pasión loca y ciega os arrastraba, encadenándoos á ese horrible seductor, á ese desdichado Bothwell. Este hombre atroz os dominaba por el terror de su imperiosa voluntad, y os había extraviado, inspirándoos el delirio por el empleo de hechizos y artes diabólicas...

MARÍA.—Sus artes no fueron otras que su energía varonil y mi debilidad.

ANA.—¡No, os digo! Había llamado en su auxilio á todos los espíritus infernales, enlazando en sus vínculos vuestra alma inocente. Vuestros oídos se habían cerrado á todos los avisos de la amistad; vuestros ojos no veían ya las manifestaciones de la decencia. Habíais renunciado á vuestra púdica reserva ante los hombres; en vuestras mejillas, en otro tiempo mansión del rubor y de la vergüenza, sólo brillaba el ardor de las pasiones. Tirasteis el velo del misterio; el libertinaje violento de ese hombre había triunfado de vuestra timidez, y con osada frente, ofrecíais en espectáculo vuestra propia afrenta. Permitíais que la espada real de Escocia fuese llevada por este hombre, por este asesino, acompañándole las maldiciones del pueblo, en triunfo delante de V. M., y que vuestros soldados cercasen en armas el Parlamento, y allí, en el templo de la justicia, y en virtud de una indigna farsa, obligasteis á los jueces á absolver al reo. Fuisteis aún más allá... Dios...

MARIA.—¡Acaba, pues! Y le dí mi mano ante el altar.

ANA.—¡Oh! ¡Que un silencio eterno oculte esa acción! Es horrible, repugnante, propia sólo de una mujer perdida... Sin embargo, V. M. no lo es... Lo sé bien, porque os he criado desde vuestra infancia. Vuestro corazón es débil é inclinado al pudor... La ligereza es sólo vuestra falta. Lo repito; hay espíritus infernales, que se insinúan en los corazones confiados, por un momento, que mueven sus cuerdas más horribles, huyen después al Averno, y graban su estigma en horrenda mancha. Desde ese hecho, que ha llenado de luto vuestra vida, no habéis cometido acto alguno censurable, y yo soy testigo de vuestra enmienda. ¡Animaos, pues! ¡Reconciliaos con vuestra conciencia! Si tenéis algunos escrúpulos, en Inglaterra no habéis delinquido; ni Isabel ni el Parlamento de Inglaterra son vuestros jueces. Estáis aquí bajo la opresión de la fuerza.

Presentaos ante este tribunal incompetente con todo el valor del justo.

MARÍA.—¿Quién viene? (Mortimer se presenta en la puerta.)

ANA.—¡Es el sobrino! ¡Entrad!

ESCENA V.

Los MISMOS, y MORTIMER, que entra con temor.

MORTIMER. (A la nodriza).—¡Alejaos, y haced centinela en la puerta! Tengo que hablar con la Reina.

MARÍA. (Con firmeza.) — ¡Quédate, Ana!

MORTIMER.—¡Nada temáis, señora! ¡Concedme mejor!
(Dale una carta.)

MARÍA. (Que la mira, y retrocede admirada.) — ¡Ah! ¿Qué es esto?

MORTIMER. (A Ana.)— ¡Idos, Ana, y cuidad de que mi tío no nos sorprenda!

MARÍA. (A Ana, que vacila, é interroga con sus ojos á la Reina.)
¡Véte, véte! Haz lo que te dicen. (Ana se aleja admirada.)

ESCENA VI.

MORTIMER y MARÍA.

MARÍA.—¡De mi tío, del Cardenal de Lorena, de Francia!
(Lee.) «Fiaos de sir Mortimer, portador de ésta, vuestro amigo más fiel de Inglaterra.» (Mirando á Mortimer sorprendida.) ¿Es posible? ¿No es una ilusión que me engaña? ¿Tan cerca de mí un amigo, y me creía abandonada de todos?...

¡Y lo sois vos, sobrino de mi carcelero, mi enemigo más encarnizado?

MORTIMER. (Echándose á sus pies.) — Perdonadme, oh Reina, que haya tomado esta odiosa máscara; me ha costado terrible lucha, pero á ello debo también el haberme proporcionado el medio de acercarme á V. M., para ayudar á salvaros.

MARIA.—¡Levantaos!... Me sorprendéis, caballero... No puedo pasar tan pronto de reina del dolor á la de la esperanza... Hablad... Explicadme esta dicha, para que yo ya crea.

MORTIMER. (Levantándose.) — El tiempo huye. Pronto vendrá aquí mi tío, acompañado de un hombre odioso. Antes que os sobrecojan con su horrible comisión, oid cómo el cielo se dispone á libertaros.

MARIA.—Un milagro de su omnipotencia.

MORTIMER.—Dadme permiso para que yo comience á hablaros de mí.

MARIA.—Hablad, caballero!

MORTIMER.—Contaba yo veinte años, señora, y había recibido una educación austera, y mamado con la leche el odio al Papa, cuando una inclinación irresistible me arrastró al Continente. Dejé atrás de mí las predicaciones sombrías de los puritanos; al abandonar mi patria, atravesé con celeridad á Francia, y visité ansioso la famosa Italia.

Era entonces la época de una gran fiesta de la Iglesia; los caminos, llenos por todas partes de peregrinos; todas las imágenes de los santos estaban coronadas de flores, como si la humanidad se dirigiese al cielo... La corriente de esta muchedumbre piadosa me llevó consigo á Roma...

¿Qué sentí yo, oh Reina, cuando mis ojos contemplaron las soberbias columnas y los arcos de triunfo, la maravillosa magnificencia del Coliseo, y las sublimes creaciones del arte, en un mundo de ideales portentos? Nunca había

sentido en mí la influencia de las artes. La religión, que me enseñaron, detestaba los placeres de la imaginación y todo tipo simbólico, y admite solo palabras abstractas. ¿Cuál no fué, pues, mi conmoción, cuando entré en la iglesia, y escuché música celestial, ví imágenes numerosas en techos y paredes, representando al Sér Supremo y Todopoderoso, que parecían moverse con deleite de todo mi sér, cuando contemplé esos cuadros divinos, la Salutación del Ángel, el Nacimiento del Señor, la Santa Madre de Dios, la Santísima Trinidad, la brillante Transfiguración... cuando ví al Papa celebrar la misa con tanta pompa, y bendecir á los pueblos? ¡Oh! ¿Cómo compararles el resplandor del oro y de las alhajas, con que se adornan los reyes de la tierra? Sólo él es divino. Verdadero es su imperio, y el cielo su palacio, porque cuanto allí se encuentra no pertenece á este mundo.

MARÍA.—¡Oh! ¡Tened compasión de mí! ¡No más! No ofrezcáis á mis miradas ese cuadro lozano de la vida... soy desdichada, y estoy presa.

MORTIMER.—¡Yo lo estuve también, oh Reina! Pero mi cárcel se abrió, y mi espíritu se vió libre y se conoció á sí mismo, y saludó el día feliz de la vida. Juré odiar á la Biblia, entendida de un modo estrecho y sombrío, ceñir mi frente de frescas guirnaldas, y contento yo, asociarme á los que lo estuvieren. Muchos nobles escoceses y joviales franceses se juntaron conmigo, y me llevaron á visitar á vuestro noble tío, el Cardenal de Guisa. ¡Qué hombre! ¡Qué aplomo, qué capacidad, qué varonil grandeza la suya!... ¡Cómo parece nacido para dominar á los demás! ¡Modelo de real sacerdote, Príncipe de la Iglesia. superior á todos!

MARÍA.—Ya que habéis visto el rostro de este hombre amado, á quien tanto estimo, que me educó en mi tierna juventud, habládme de él. ¿Se acuerda de mí? ¿La dicha lo

favorece? ¿La vida le es grata? ¿Es todavía su grandeza una roca para la Iglesia?

MORTIMER.—Su amabilidad conmigo fué tan grande, que se dignó explicarme misterios sublimes, y disipar mis dudas. Me demostró que las cavilosas de la razón extravían siempre á la humanidad; que sus ojos han de ver lo que su corazón ha de aceptar; que una cabeza visible es un bien para la Iglesia; y que un espíritu de verdad ha presidido en las sesiones de los Santos Padres; los sueños de mi niñez se desvanecieron ante sus raciocinios victoriosos y sus exhortaciones elocuentes. Volví á ingresar, pues, en el seno de la Iglesia, y abjuré mis errores en sus manos.

MARÍA.—¿Sois, por tanto, uno de tantos millares, que, en virtud del poder celestial de sus discursos, como los del sublime Predicador de la Montaña, han sido persuadidos, y agraciados con la salud eterna?

MORTIMER.—Después, cuando los deberes de su cargo lo llamaron á Francia, me envió á Reims, en donde la Sociedad de Jesús, ocupada en sus actos piadosos, educa sacerdotes para la iglesia de Inglaterra. Allí encontré al noble escocés Margán, y á vuestro fiel Lessley, el sabio Obispo de Ross, que, en tierra de Francia, pasan los días tristes del destierro... Me uní íntimamente á estos eclesiásticos venerables, y afirmé mi fe... Un día, hallándome en el aposento del Obispo, llamó mi atención un retrato de mujer, de maravillosos y seductores encantos; hizo en mi alma poderosa impresión, y no pudiendo dominarla, la contemplaba extasiado. Dijome entonces el Obispo: «Con sobrado motivo contempláis conmovido esa imagen. Es la mujer más bella que existe, y la más desdichada, porque sufre por nuestra fe, y es vuestra patria el lugar de su martirio.»

MARÍA.—¡Qué lealtad! No; no lo he perdido todo, puesto que, en mi desventura, conservo tan verdadero amigo.

MORTIMER.—Me pintó con elocuencia irresistible vuestros

sufrimientos, y la crueldad sanguinaria de vuestros enemigos. Me dijo también cuál era vuestra alcurnia, y que descendíais de la antigua familia de Tudor, y que, en su consecuencia, erais la Reina legítima de Inglaterra, no esa bastarda, engendada en lecho adúltero, y á la que su mismo padre Enrique rechazó como ilegítima. No queriendo yo fiarme de un solo testimonio, consulté á jurisconsultos, estudié los libros genealógicos, y todos los datos que recogí confirmaron la legalidad de vuestros títulos. Sé también que vuestro derecho irrecusable á la corona de Inglaterra es vuestro mayor crimen, que este reino es propiedad vuestra, este mismo reino en donde, á pesar de vuestra inocencia, estáis prisionera.

MARÍA.—¡Oh! ¡Fatal derecho el mío! Es la única fuente de todas mis desventuras.

MORTIMER.—POR este tiempo supe que habíais abandonado el castillo de Talbot, y os habían confiado á la custodia de mí tío... La mano maravillosa de la Providencia se mostraba para mí en este nuevo arreglo. La voz clara del destino era para mí, y llamaba mi ayuda en favor vuestro. Mis amigos fueron de la misma opinión, y el Cardenal me dió sus consejos, y me enseñó el arte difícil del disimulo. Formé el plan con rapidez, y regresé á mi patria, á donde llegué, como sabéis, hace diez días. (Se detiene.) ¡Yo os ví, oh Reina! A V. M. en persona, no á vuestro retrato... ¡Oh! ¡Qué tesoro encierra este castillo! No es cárcel, sino una mansión celestial, más esplendente que la corte de la Reina... ¡Bienaventurado aquel, á quien es permitido respirar el aire que os anima!

Razón sobrada tiene quien os oculta aquí con tanto esmero. La juventud inglesa se levantaría en masa; ninguna espada quedaría ociosa en su vaina, y la revolución, con su cabeza gigantesca, asolaría esta isla pacífica, si sus habitantes pudieran ver á su Reina.

MARÍA.—No erraríais, si todos los ingleses me mirasen con vuestros ojos.

MORTIMER.—Sí, siendo, como yo, testigos de vuestros sufrimientos, de vuestra mansedumbre y de la noble firmeza con que sobrelleváis tratamientos indignos. De todas estas pruebas dolorosas, ¿no habéis salido cual cumple á vuestra regia estirpe? El horror vergonzoso de esta prisión ¿ha atenuado el esplendor de vuestra hermosura? Carrecéis de cuanto hace risueña la vida, y, sin embargo, la vida y la luz os circundan. Jamás huellan mis plantas estos umbrales, que no se desgarré mi corazón con mil tormentos, y sin sentir encanto inexplicable al contemplaros... Pero la temida separación se acerca; cada hora, que transcurre, aumenta el peligro. No debo dilatarlo más, no es posible ocultaros más tiempo la horrorosa...

MARÍA.—¿Se ha pronunciado el fallo contra mí? Decidlo sin miedo. Puedo oirlo.

MORTIMER.—Se ha pronunciado. Cuarenta y dos jueces os han declarado culpable. La Cámara de los Lores, la de los Comunes, la ciudad de Londres instan con vehemencia para que se cumpla la sentencia. Sólo la Reina se opone... por astucia, para que se la obligue, no por lástima ni por humanidad.

MARÍA. (Con firmeza.) — No me sorprendéis, Sr. Mortimer, ni me asustáis. Hace largo tiempo que estoy preparada para oirlo. Conozco quiénes son mis jueces, por los malos tratamientos que he sufrido, y me explico que no me concedan la libertad... Sé adónde quieren ir. Descan guardarme siempre en estrecha cárcel, y sepultar en las tinieblas de mi prisión mi venganza y mis derechos.

MORTIMER.—¡No, Reina!... ¡Oh, no, no! Así no quedan tranquilos. Los tiranos no se satisfacen haciendo á medias su obra. Mientras viváis, tendrá miedo la Reina de Inglaterra. Ninguna cárcel puede sepultaros con la profun-

didad apetecida. Sólo vuestra muerte asegura su trono.

MARÍA.—Pero ¿osará aventurarse á que caiga mi real cabeza bajo el hacha del verdugo?

MORTIMER.—Lo osará. No lo dudéis.

MARÍA.—¿Se atreverá á revolcar en el polvo su propia majestad, y la de todos los reyes?

MORTIMER.—Concierta una paz perpetua con Francia, y ofrece al Duque de Anjou su trono y su mano.

MARÍA.—El Rey de España, ¿no tomará las armas?

MORTIMER.—No teme al mundo entero armado, si está en paz con su pueblo.

MARÍA.—¿Querrá ofrecer este espectáculo á los ingleses?

MORTIMER.—Este país, señora, ha visto, en los últimos tiempos, pasar muchas reinas del trono al cadalso. La misma madre de Isabel sufrió este mal, y Catalina Howard y lady Gray eran cabezas coronadas.

MARÍA. (Después de una pausa.) — ¡No, Mortimer! Os ciega vano temor. La inquietud de vuestro corazón leal os inspira ese terror infundado. No es el cadalso lo que me aterrará. Hay otros medios, más silenciosos, que son eficaces para llevar la tranquilidad al ánimo de la Soberana de Inglaterra respecto á mis derechos. Antes de encontrar un verdugo para mí, podrá pagar un asesino... ¡He aquí lo que me hace temblar, caballero! Jamás acerco la copa á mis labios sin estremecerme de horror, pensando en que puede ser la prenda del afecto que me profesa mi hermana.

MORTIMER.—No se os asesinará, ni en público, ni en secreto. ¡No lo temáis! Todo está ya preparado. Doce nobles jóvenes ingleses están de acuerdo conmigo; hoy han recibido la Sagrada Comunión, y se han obligado á sacaros de este castillo con la fuerza de sus brazos. El Conde de Aubespine, embajador de Francia, está en el secreto, y

ba puesto á nuestra disposición sus recursos y su palacio, en el cual nos reunimos.

MARÍA.—Me hacéis temblar, caballero... y no de placer. Triste presentimiento me aflige. ¿Qué os proponéis? ¿Lo habéis reflexionado? ¿No os detienen las cabezas ensangrentadas de Babington y de Tichburn, expuestas para escarmiento en el puente de Londres? ¿No la muerte de tantos otros innumerables, que perecieron por motivos análogos, remachando más mis cadenas? Joven ciego y desdichado... ¡huid! ¡Huid, si es tiempo todavía... si Burleigh, el espía, no conoce ya vuestros planes; si no cuenta ya con un traidor entre vosotros! ¡Huid pronto de este reino! Ningún afortunado ha protegido nunca á María Estuardo.

MORTIMER.—No me intimidan las cabezas ensangrentadas de Babington y de Tichburn, expuestas, para escarmiento, en el puente de Londres, ni la muerte de tantos otros innumerables, que perecieron por motivos análogos; así ganaron gloria eterna, además de la dicha de morir por Vuestra Majestad.

MARÍA.—¡Y en vano! Ni la fuerza ni la astucia podrán salvarme. El enemigo es diligente, y suyo el poder. No son sólo Paulet y sus satélites quienes guardan las puertas de mi prisión, sino toda Inglaterra. La voluntad de Isabel ha de abrirlas no más.

MORTIMER.—¡Oh! ¡No lo esperéis!

MARÍA.—Sólo hay un hombre, que puede lograrlo.

MORTIMER.—Decidme quién es ese hombre...

MARÍA.—El Conde Leicester.

MORTIMER. (Retrocediendo admirado.)—¡Leicester! ¡El Conde Leicester!... ¡Vuestro perseguidor más encarnizado!... ¡El favorito de Isabel! De este...

MARÍA.—Si han de salvarme, él sólo puede hacerlo... vedlo. Habladle con libertad, y, como prueba de que yo os envío, entregadle ese papel, que guarda mi retrato. (Saca

del pecho un papel; Mortimer retrocede, y vacila en tomarlo.)
 ¡Tomadlo! Lo oculto ha largo tiempo en mi seno, porque la
 vigilancia incansable de vuestro tío me impedía comunicarme
 con él... Os ha inspirado mi buen ángel...

MORTIMER.—Reina.... Este enigma... explicadme...

MARÍA.—El Conde Leicester os lo descifrá. Fiaos de él,
 y él se fiará de vos.

ANA. (Entrando precipitadamente.)—Sir Paulet viene con los
 señores de la corte.

MORTIMER.—Es lord Burleigh. ¡Animo, Reina! Oid con
 valor lo que os digan. (Vase por una puerta lateral. Ana lo
 sigue.)

ESCENA VII.

MARÍA.—Lord BURLEIGH, gran tesorero de Inglaterra,
 y el caballero PAULET.

PAULET.—Deseabais hoy saber con certeza cuál era
 vuestra suerte. S. E., lord Burleigh, os lo dirá. Escuchadlo
 con moderación.

MARÍA.—Con la dignidad, según espero, que cumple á la
 inocencia.

BURLEIGH.—Vengo como delegado del Tribunal.

MARÍA.—Lord Burleigh se habrá prestado gustoso á
 servir de intérprete á un Tribunal, al cual ha infundido
 antes su espíritu.

PAULET.—Habláis como si supierais ya su sentencia.

MARÍA.—La conozco ya en el hecho de ser lord Burleigh
 quien la comunica... Despachad, caballero...

BURLEIGH.—Os habéis, señora, sometido al tribunal de
 os veinticuatro.

MARÍA.—Perdonad, milord, que, al comenzar, os interrumpa... ¿Decís que me he sometido á la decisión de los veinticuatro? Nunca me he sometido á ella. Nunca podía hacerlo... No era posible olvidarme hasta ese extremo de mi rango, de la dignidad de mi pueblo, y de mi hijo, y de la de todos los príncipes. Las leyes inglesas disponen que ningún súbdito de estos reinos, siendo acusado, se someta más que á un jurado, compuesto de sus iguales. ¿Cuál es igual á mí en este tribunal? Sólo los reyes lo son.

BURLEIGH.—Habéis oído la acusación, replicado ante el tribunal...

MARÍA.—Sí, me dejé engañar por la astucia de Halton; y, sólo para defender mi honor, y creyendo que triunfaría por la fuerza de las razones que me asisten, acordé oír la acusación, y su falta de fundamento... Obré así teniendo en cuenta la digna personalidad de los Lores, no su jurisdicción, que recuso.

BURLEIGH.—Que la aceptéis ó no, señora, es una vana fórmula, que no puede detener el curso de la justicia. Vivís en Inglaterra, gozáis de la protección y de los beneficios de sus leyes, y por tanto, os halláis sujeta á su imperio.

MARÍA.—Vivo en una prisión inglesa. ¿Es esto habitar en Inglaterra, y disfrutar del amparo de sus leyes? Apenas las conozco, y jamás he consentido en guardarlas. Soy Reina libre de un reino extraño.

BURLEIGH.—¿Y pensáis que el título de rey da libre derecho para suscitar impune, en otro reino, sangrientas luchas? ¿Qué sería de la seguridad de los Estados, si la justa espada de Themis no pudiera llegar hasta la frente culpable de un regio huésped, como llega á la de un mendigo?

MARÍA. Yo no pretendo sustraerme á la justicia. Recuso sólo mis jueces.

BURLEIGH — ¿Los jueces? ¿Cómo, señora? ¿Han salido

acaso de la hez del populacho, son viles falsarios que venden la justicia y la verdad, y consienten en servir de dóciles instrumentos de la opresión? ¿No son los personajes más eminentes de este país? ¿No tienen bastante independencia para atreverse á rendir homenaje á la verdad, y superiores á la influencia de los príncipes y á la baja corrupción? ¿No son los mismos, que gobiernan á un pueblo noble, con legalidad y libertad, y cuyos solos nombres bastan para acallar en seguida toda duda y toda sospecha? A su frente se hallan el pastor del pueblo, el piadoso primado de Canterbury, el sabio Talbot, y Howard, el gran almirante del reino. ¡Decid! ¿Qué más podía hacer la Reina de Inglaterra que elegir los más nobles de toda la Monarquía, y nombrarlos jueces para esta real contienda? Y aunque se suponga que el odio de partido influya en alguno de ellos, ¿será posible que cuarenta hombres escogidos, obedeciendo á la misma pasión, pronuncien una sentencia unánime?

MARÍA. (Después de una pausa.)—Oigo admirada la elocuencia de estos discursos, que siempre han sido tan funestos para mí... ¿Cómo yo, mujer ignorante, he de luchar con un adversario tan hábil?... ¡Bien! si esos lores son como los pintáis, debo callar, y mi causa ha de perderse sin remedio, si me declaran culpable. Y, sin embargo, esos personajes, á quienes tanto alabáis, y cuya autoridad ha de aniquilarme, han representado muy distintos papeles en su historia patria. Veo á esa elevada aristocracia inglesa, majestuoso Senado del reino, adular, como los esclavos del serrallo los caprichos del Sultán, á los de Enrique VIII, mi tío. Veo esta noble Cámara de los Lores, tan venal como la de los Comunes, establecer leyes y anularlas luego, desatar y atar los vínculos del matrimonio al capricho del Soberano, desherrar hoy la hija de un Príncipe de Inglaterra, declararla bastarda, y coronarla al día siguiente.

Veo que estos dignos pares, en cuatro reinados, mudan cuatro veces de creencias...

BURLEIGH.—Habéis dicho que ignorabais las leyes inglesas, pero conocéis muy bien sus desdichas.

MARÍA.—¡Y esos son mis jueces!... ¡Lord gran Tesorero! Quiero ser justa con vos; sedlo conmigo. Se dice que el deseo del bien os guía en vuestras relaciones con el Estado y con vuestra Reina; que sois incorruptible, celoso, incansable... Quiero creerlo. No os guía vuestro interés personal, sino sólo el de vuestro país y de vuestra Soberana. Guardaos, pues, noble lord, de confundir la utilidad pública con la justicia. No dudo que á vuestro lado, y entre mis jueces, se sientan hombres nobles. Pero son protestantes, sólo defensores de la prosperidad de Inglaterra, y van á fallar contra mí, Reina de Escocia, y papista. Ningún inglés, según un antiguo próverbio, puede ser justo con un escocés... Así, desde los tiempos más remotos, se ha dispuesto que, en justicia, ni el inglés ha de testificar contra el escocés, ni éste contra aquél. La necesidad ha sido el fundamento de esta extraña ley. En las antiguas costumbres domina una razón profunda, y hemos de respetarla, milord... La naturaleza ha fijado estas dos naciones vehementes en esta isla, en medió de los mares; desigual es la parte que les ha tocado en suerte, y, por tanto, han de luchar entre sí. El cauce estrecho del Tweed separa sólo estos caracteres impetuosos, y en sus ondas se han confundido con frecuencia la sangre de los combatientes. Miles de años hace que, con la mano en el puño de la espada, se observan amenazadores desde sus orillas. Ningún enemigo ha afligido á Inglaterra sin ser el auxiliar de los escoceses. Ninguna guerra civil ha devastado el suelo de Escocia sin que Inglaterra llevase también en ello la tea incendiaria. Y ese odio no se extinguirá hasta que un Parlamento común las una fraternal-

mente, y hasta que un solo cetro gobierne á toda la isla.

BURLEIGH.—¿Y una Estuardo ha de dar esa dicha al reino?

MARÍA.—¿Por qué he de negarlo? Al contrario, confieso que yo acariciaba la esperanza de juntar estas dos nobles naciones, libres y contentas, bajo el árbol de la paz. No pensé nunca ser la víctima propiciatoria del odio de ambos pueblos; antes bien, esperaba apagar para siempre el fuego de su rivalidad inveterada, y de sus antiguas contiendas; y como mi abuelo Richmond juntó las dos rosas después de guerras sangrientas, me seducía la idea de reunir en paz las dos coronas de Escocia y de Inglaterra.

BURLEIGH.—Torcida senda habíais seguido para llegar á ese fin, porque después de poner el reino en conflagración, intentabais subir al trono acompañada de las llamas de la guerra civil.

MARÍA.—No era ese mi propósito... ¿Cuándo lo pensé así, por Dios Todopoderoso? ¿En dónde están las pruebas?

BURLEIGH.—No he venido aquí para disputar. Este asunto no ha de resolverse por una discusión de palabras. Se ha declarado, por cuarenta votos contra dos, que habíais delinquido contra el acta del año anterior, y merecís la pena señalada por la ley. Se decretó el año último que, si se suscitaba un tumulto en el reino, bajo del nombre y en provecho de cualquiera, que pretextase tener derecho á la corona, se procedería contra ella judicialmente, hasta condenarla á la pena de muerte... Y como se ha probado...

MARÍA.—¡Milord Burleigh! No dudo que una ley, hecha expresamente contra mí para perderme, se aplique en daño mío... ¡Desdichada la víctima, cuando el mismo que formó la ley pronuncia la sentencia! ¿Os atreveréis á sostener, milord, que ese acta no se aprobó sino para perderme?

BURLEIGH.—Debia serviros de aviso, y, por culpa vues-

tra, ha sido un lazo para vuestro mal. Visteis el abismo, que se abría ante vuestros ojos, y no obstante la leal advertencia que se os hacía, os habéis precipitado dentro. Estabais en inteligencia con Babington, reo de lesa majestad, y con los asesinos, sus cómplices. Todo lo sabíais; y, desde vuestro encierro, dirigíais el plan de la conjuración.

MARÍA.—¿Cuándo ha sido esto? Que se me pruebe legalmente.

BURLEIGH.—Ante el tribunal se ha probado así hace poco.

MARÍA.—¿Copias de documentos, no escritos por mi mano! Que se demuestre que yo misma los he dictado, y que los he dictado en la misma forma en que se han leído.

BURLEIGH.—Babington, antes de morir, ha declarado que eran los mismos que él había recibido.

MARÍA.—Y ¿por qué no se ha careado conmigo, mientras vivía? ¿Por qué ese afán de matarlo, antes de traerlo aquí, para que lo afirmase en mi presencia?

BURLEIGH.—Vuestros dos secretarios también, Kurl y Nau, han testificado, bajo juramento, que son las cartas dictadas por vos y escritas por ellos.

MARÍA.—¿Y se me condena por el testimonio de mis criados? ¿Se da fe y valor á quienes me venden, á mí que soy su reina, y á consecuencia de un acto, en que prueban su deslealtad para conmigo.

BURLEIGH.—Vos misma, en otra ocasión, habéis confesado que el escocés Kurl era hombre de virtud y de conciencia.

MARÍA.—Así pensaba yo... pero sólo se depura la virtud de una persona en la hora del peligro. La tortura ha logrado quizás hacerle decir y asegurar lo que ignoraba. Creyó salvarse con un falso testimonio, sin perjudicarme mucho á mí, su reina.

BURLEIGH.—Lo ha jurado libremente.

MARÍA.—¡No en mi presencia!... ¿Es posible, caballero, que dos testigos, que viven, no se traigan aquí, para que declaren ante mí, que soy la acusada? ¿Por qué se me niega una gracia, más bien dicho, un derecho, que no se rehusa á un asesino? Me ha dicho el mismo Talbot, mi anterior carcelero, que en este reinado se ha promulgado una ley, por la cual se manda que el acusador se confronte con el reo. ¿Es ó no cierto?... Siempre, sir Paulet, os tuve por hombre sincero; probadlo ahora. Decidme, en conciencia, si es así ó no. ¿No hay tal ley en Inglaterra?

PAULET.—Así es, señora. Esto es lo legal entre nosotros. Es preciso decir la verdad.

MARÍA.—Ahora bien, milord. Cuando se me aplican con tanta severidad las leyes inglesas, si me perjudican, ¿por qué prescindir de ellas, si me favorecen?... ¿Responded! ¿Por qué no se ha traído á Babington á mi presencia, como ordena la ley? ¿Por qué no se ha hecho lo mismo con mis secretarios, puesto que los dos viven?

BURLEIGH.—No os encolericéis, señora; vuestra complicidad con Babington consta no sólo...

MARÍA.—Ese es el único cargo que me expone á sufrir el rigor de la justicia, y el único de que debo defenderme. No os salgáis de la cuestión, milord. Apuradla ahora.

BURLEIGH.—Aparece probado que estabais de acuerdo con Mendoza, el embajador español.

MARÍA. (Con viveza).—¡No os salgáis de la cuestión, milord!

BURLEIGH.—Que proyectabais acabar con la religión del Estado, y excitar á todos los reyes de Europa á hacer la guerra á Inglaterra.

MARÍA.—¡Y aun que fuera así! Pero no lo he hecho... Suponedlo cierto, no obstante. Estoy aquí prisionera, con violación del derecho de gentes. No vine en armas á este país.

sino suplicante, pidiendo sagrada hospitalidad y confiándome en una reina, unida á mí por los lazos de la sangre; y contra mí se ha empleado la fuerza, cargándoseme de cadenas, en vez de darme protección... ¡Decidme! ¡Obligánme deberes de conciencia á respetar este reino? ¡Qué vínculos me ligan á Inglaterra? Yo ejerzo sólo un derecho indiscutible, al esforzarme en romper mis esposas, en oponer una á otra resistencia, en mover y levantar á mi favor todos los Estados de esta parte del orbe. Puedo emplear todos los medios leales y justos, usados en una noble guerra. Mi orgullo y mi conciencia me prohíben tan solo el asesinato, y tomar parte en conspiraciones tenebrosas y sangrientas. El asesinato me dehonraría y mancharía. Digo que me deshonraría, pero no sería bastante para condenarme, sometiéndome á la decisión de la justicia, porque, entre Inglaterra y yo, no se trata de una cuestión de justicia, sino de arbitrariedad.

BURLEIGH. (Con intención.)—No apeléis al terrible poder de la fuerza, milady; no es favorable á los prisioneros.

MARÍA.— Soy la parte más débil y ella la más fuerte... ¡Bien! que emplee la violencia, que me mate, que me sacrifique á su seguridad; pero que confiese antes que ha cometido un acto tiránico, no justo. Que no maneje la espada de la justicia para librarse de su odiada enemiga, ni disfrace con apariencias legales la fuerza bruta y la temeridad homicida. ¡Que no engañe al mundo con tan indigna farsa! Puede matarme, no juzgarme. Déjese, pues, de envolver el cuerpo del delito en la santa vestidura de la virtud, y que aparezca tal cual es. (Vase.)

ESCENA VIII.

BURLEIGH, PAULET.

BURLEIGH.— Nos desafía, y nos desafiará, sir Paulet hasta al subir al cadalso. Es imposible humillar su orgullo. ¿Le ha sorprendido la sentencia? ¿Ha derramado una sola lágrima? ¿Se ha demudado siquiera su semblante? No apela á nuestra compasión. Bien comprende las dudas de la Reina de Inglaterra, y nuestro miedo le infunde valor proporcionado.

PAULET.— Su vana arrogancia, oh lord gran Tesorero, se desvanecerá pronto, desapareciendo el pretexto que la sostiene. Casi me atrevo á decir que en este proceso se han cometido algunas irregularidades. Se hubiera debido confrontarla con Babington y Tichburn, y sus dos secretarios...

BURLEIGH (Con prontitud.)— ¡No! ¡No, caballero Paulet! No era posible correr ese riesgo. Harto temible era su imperio en los ánimos, y el poder de sus lágrimas de mujer. Su secretario Kurl, en su presencia ¿habría de pronunciar la palabra, de que pende la vida de su Reina?... Se retractaría con timidez, y negaría su confesión...

PAULET.— Y así todos los enemigos de Inglaterra llenarán el mundo de odiosos rumores, y la verdad solemne del proceso se ostentará como un crimen osado.

BURLEIGH.— Tal es la pena de nuestra Reina. ¡Ojalá que esa causa de tanto mal hubiese muerto antes de hollar con su planta el suelo británico!

PAULET.— A esto solo digo: Amén.

BURLEIGH.— ¡Que no hubiera muerto en su prisión, de enfermedad natural!

PAULET.— Muchas desdichas hubiese ahorrado á este país.

BURLEIGH.— Y, sin embargo, aunque hubiera fallecido naturalmente, por casualidad... nos hubiesen llamado sus asesinos.

PAULET.— Es muy cierto. Imposible es evitar que los hombres piensen cuanto quieran.

BURLEIGH.— Pero como no se podría probar, sería menor el escándalo...

PAULET.— Y ¿qué importa el escándalo? No es el ruido que se haga, es la justicia en que se funde.

BURLEIGH.— ¡Oh! Hasta la justicia misma de Dios no se libra de la censura. La opinión común favorece al desdichado, y la envidia persigue siempre al feliz triunfante. La espada de la ley, que enaltece al hombre, es aborrecible en manos de una mujer. El mundo duda de la justificación de una señora, si la víctima es otra señora. Vanamente nosotros los jueces hemos fallado con arreglo á nuestra conciencia. La Reina tiene el derecho de hacer gracia, y lo ejercerá. No es tolerable que aplique todo el rigor de las leyes.

PAULET.— Entonces...

BURLEIGH. (Interrumpiéndolo con prontitud.) — ¿Que vivirá? ¡No! ¡No vivirá! ¡De ningún modo! Esto, esto es precisamente lo que aflige á nuestra Reina... lo que impide su sueño... Leo en sus ojos la lucha de su alma, aunque nada digan sus labios; pero sus significativas y mudas miradas preguntan: ¿no hay ninguno de mis servidores que me libre de esa cruel alternativa, de temblar perpetuamente en mi trono, ó de entregar de un modo horrible, al hacha del verdugo, á una Reina unida á mí por los lazos de la sangre?

PAULET — Es una necesidad, que no se puede alterar en lo más mínimo.

BURLEIGH.—La Reina cree, sin embargo, lo contrario, si tuviera tan sólo servidores celosos.

PAULET.—¿Celosos?

BURLEIGH.—Que comprendieran una orden tácita.

PAULET.—¿Una orden tácita?

BURLEIGH.—Que cuando se les confía para su guarda una serpiente venenosa, no cuidasen al enemigo, que se les entrega, como una joya sagrada y preciosa.

PAULET. (Pensativo.)—Alhaja de valor es la buena fama, la inmaculada reputación de la Reina, que, en verdad, nunca se guarda lo bastante, caballero.

BURLEIGH.—Cuando se privó de la custodia de la Reina á Shrewsbury, para encargarla á sir Paulet, se hizo con el propósito...

PAULET.—Con el propósito, según juzgo, caballero, de depositar en las manos más puras el objeto más delicado. ¡Por Dios Santo! No hubiera yo aceptado tan espinoso cargo de carcelero, si no pensara que sólo el hombre más honrado de Inglaterra podía desempeñarlo. Permitidme que me lisonjee la idea de que lo debo sólo á mi renombre honroso.

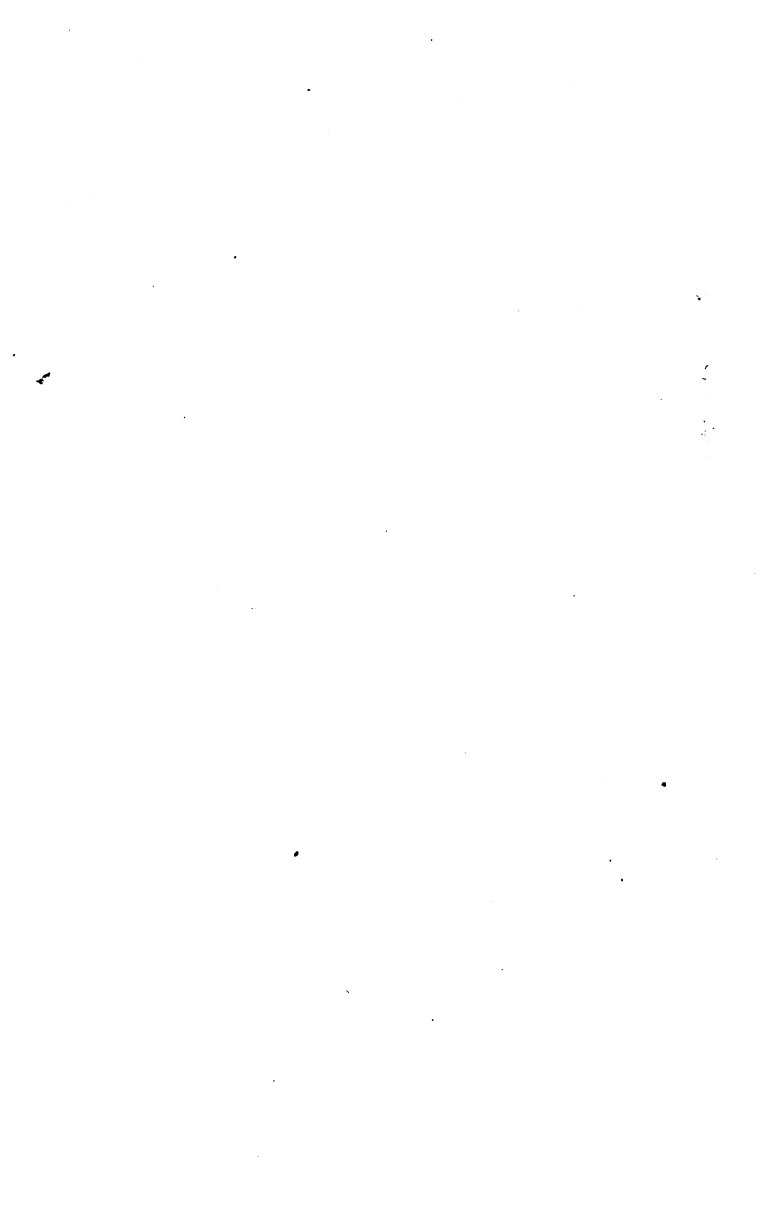
BURLEIGH.—Se difunde el rumor de que se debilita y enferma más cada día, hasta que, al fin, sucumbe; así muere ella en la memoria de los hombres... y vuestra fama nada padece.

PAULET.—No mi conciencia.

BURLEIGH.—Pero ya que no pongáis vuestra mano en esta empresa, no os opondréis á que otra mano extraña...

PAULET. (Interrumpiéndolo.)—Ningún asesino llegará á estos umbrales, mientras Dios proteja sus hogares. Su vida es sagrada para mí, tanto como la de la misma Reina de Inglaterra. Vosotros sois los jueces. ¡Fallad! Pronunciad la sentencia de muerte. Y cuando sea tiempo, que venga el

carpintero con su hacha y sus sierras, y levante el cadalso... Para el Sheriff y para el verdugo estarán abiertas las puertas de mi castillo; pero ahora se halla confiada á mi custodia, y estad seguro de que la guardaré, y de tal suerte, que ni podrá ofender ni ser ofendida. (Vanse.)



ACTO II.

El palacio de Westminster.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE KENT y SIR GUILLERMO DAVISON
se encuentran.

DAVISON.—¿Sois vos, milord de Kent? ¿Ya de vuelta del torneo, y terminada la fiesta?

KENT.—¿Cómo? ¿No habéis estado en ella?

DAVISON.—Mi cargo me lo veda.

KENT.—Habéis perdido el más bello espectáculo que puede inventar el buen gusto y ejecutar la dignidad y el noble acierto... Representábase el casto alcázar de la belleza, sitiada por los deseos... El lord Mariscal, el Juez Supremo, el Senescal y otros diez caballeros de la Reina la defendían, y los caballeros franceses la atacaban. Primero se presentó un heraldo, que, por medio de un madrigal, pidió la rendición del castillo, replicándole desde éste el Canciller. Después jugó la artillería, lanzando los cañones ramilletes de flores, y esencias preciosas y perfumes desde el campamento de los sitiadores; pero en vano, porque los asaltos fueron rechazados, y los deseos hubieron de retirarse.

DAVISON.—De mal agüero es esto, oh Conde, para el buen éxito de las bodas que se proyectan en Francia.

KENT.—Sí, sí; pero era una broma... Hablando con formalidad, creo que la fortaleza acabará por rendirse.

DAVISON.—¿Lo creéis así? Yo siempre lo contrario.

KENT.—Las condiciones más espinosas han sido ya expuestas y razonadas, aprobándolas Francia. Monsieur se contenta con practicar su culto en una capilla particular, y en público honrar y proteger la religión del Estado... ¡Si hubieseis sido testigo del júbilo del pueblo cuando se difundió esta nueva! Porque toda la nación estaba asediada por el miedo de que muriese la Reina sin dejar posteridad, y de sufrir de nuevo las cadenas del Papa, si la Estuardo le sucediera en el trono.

DAVISON.—Ese temor carece de fundamento... Cuando Isabel salga á celebrar su himeneo, María saldrá para ir al cadalso.

KENT.—¡La Reina viene!

ESCENA II.

LOS MISMOS; ISABEL, del brazo de LEICESTER; EL CONDE DE AUBESPINE, BELLIEVRE, EL CONDE DE SHREWSBURY, LORD BURLEIGH, y otros muchos señores ingleses y franceses.

ISABEL. (A Aubespine.)—Siento, oh Conde, que estos nobles caballeros, por galantería, hayan atravesado el mar para venir aquí, y carezcan en Londres de las fiestas suntuosas de la corte de San Germán. No puedo yo inventarlas tan espléndidas como las de la Reina Madre de Francia... Un pueblo bueno y satisfecho, que, en cuanto me

presento en público, acude presuroso á bendecirme alrededor de mi litera, es el único espectáculo, que puedo ofrecer con orgullo á los extranjeros. El brillo de las nobles señoras, que se ostenta en el Jardín de la Belleza de Catalina, me eclipsaría á mí misma y á mi oscuro mérito.

AUBESPINE.—La Corte de Westminster sólo muestra una señora á los extraños... pero en ella están reunidas todas las gracias de su sexo.

BELLIEVRE.—La Reina, Soberana de Inglaterra, nos permitirá que nos despedamos de ella, y que llevemos á Monsieur, nuestro señor, la nueva tan deseada por él, que ha de colmarlo de gozo. Su extremada impaciencia no le ha consentido quedarse en París; espera en Amiens á los mensajeros de su dicha, y hasta Calais llegan sus correos, para que el sí, pronunciado por vuestros reales labios, sea cuanto antes escuchado con éxtasis por sus oídos.

ISABEL.—Conde de Bellievre, no me instéis más. No es ahora ocasión, como ya os he dicho, de encender las alegres antorchas del himeneo. Un cielo oscuro pesa ahora sobre este país, y más me conviene vestirme de negro crespón que de trajes nupciales, porque una desgracia deplorable amenaza á mi corazón y á mi casa.

BELLIEVRE.—Hacednos sólo una promesa, que se cumplirá en días más venturosos.

ISABEL.—Los Reyes son esclavos de su cargo, y no se atreven á obedecer sus sentimientos. Mi deseo era siempre morir célibe, y fundaba en él toda mi gloria, y en que se leyese en mi sepulcro este epitafio: «Aquí yace una Reina virgen.» Sin embargo, mis súbditos son de dictamen contrario, y se preocupan con afán del momento en que dejaré de existir... No basta que este país esté ahora floreciente; he de sacrificarme también á su dicha futura, y he de renunciar, por tanto, á mi libertad virginal, á mi bien más caro, por complacer á mi pueblo, y darme un dueño

contra mi voluntad. Pruébame así que sólo soy para él una mujer, cuando yo me proponía gobernarlo como un hombre y como un monarca. Sé perfectamente que no se sirve á Dios contrariando la naturaleza, y que son dignas de alabanza mis antecesoras por haber abierto los conventos, devolviendo á la realidad, para cumplir los deberes naturales, á millares de víctimas de una piedad mal entendida. Pero una Reina que no pasa su tiempo ociosa en inútil contemplación, que, sin quejarse ni cansarse, cumple los más penosos deberes, ha de estar exenta de la regla general de su sexo, en cuya virtud la mitad del humano linaje ha de someterse á la otra mitad.

AUBESPINE.—Habéis hecho brillar en el trono, oh Reina, todas las virtudes, y únicamente os resta dar á vuestro sexo, cuyo ornamento sois, eterno ejemplo de las que le son peculiares. Sin duda no hay hombre alguno, cuyos méritos sean suficientes para que le sacrificuéis vuestra libertad; pero cuando el nacimiento, el poder supremo, la virtud heroica y la viril belleza pueden hacer á un hombre digno de tal honor, entonces...

ISABEL.—No hay duda, Sr. Embajador, que me honra el casamiento con un hijo real de Francia. Sí, lo confieso con franqueza. Si no puedo resistir las instancias de mis súbditos, y he de ceder á ellas, temiendo que han de ser más fuertes que mi voluntad, no conozco ningún Príncipe en toda Europa, á quien sacrificaría yo más satisfecha mi bien más precioso, que es mi libertad. Básteos esta confesión.

BELLIEVRE —Es una esperanza halagüeña; pero al fin sólo una esperanza, y mi señor desea algo más.

ISABEL.—¿Qué desea? (Saca una sortija de sus dedos, y la contempla pensativa.) ¿Ninguna ventaja ha de tener una Reina sobre otra mujer cualquiera? Un mismo signo expresa iguales deberes é igual servidumbre... Un anillo termina un himeneo, y anillos forman una cadena... Llevad este

don á S. A. No es el eslabón de una cadena para mí; pero puede serlo más adelante.

BELLIEVE. (Que se arrodilla y recibe el anillo.)—En su nombre, oh gran Reina, acepto yo de rodillas este obsequio, y en señal de homenaje deposito un beso en la mano de mi Princesa.

ISABEL. (Al Conde de Leicester, á quien ha mirado atentamente mientras antes hablaba.)—Permitid, milord. (Coge un cordón azul, y lo pone á Bellievere.) Imponed esta insignia en S. A., como yo hago con vos, al obligaros á los deberes de mi orden. *Homni soit qui mal y penset* Que toda sospecha desaparezca entre ambas naciones, y que un vínculo de amistad estreche en lo futuro las dos coronas de Francia y de Inglaterra.

AUBESPINE.—Este día, oh Reina soberana, es día de júbilo. ¡Séalo para todos, y no haya desdichado alguno en esta isla! La bondad brilla en vuestra mirada. ¡Oh! ¡Que un rayo de esa luz plácida llegue hasta la desventurada Princesa, que pertenece por igual á Francia y á Inglaterra!

ISABEL.—¡Basta, Conde! No confundamos dos asuntos completamente diversos. Si Francia desea con sinceridad mi alianza, ha de compartir también mis cuidados, y no ser amiga de mis enemigos.

AUBESPINE.—Indigna parecería Francia á los ojos de V. R. M., si olvidase á la desdichada, que profesa su misma religión, y es viuda de su Rey... Antes bien, el honor y la humanidad exigen...

ISABEL.—Ya sé cómo debo apreciar su intercesión en este sentido. Francia cumple un deber de amistad. A mí toca cumplir los míos de Reina. (Saluda á los señores franceses, que se retiran respetuosamente con los lores.)

ESCENA III.

ISADEL, LEICESTER, BURLEIGH, TALEBOT.

(La Reina se sienta.)

BURLEIGH.—Hoy, oh Reina gloriosa, realizáis los votos más fervientes de vuestro pueblo. Ya ahora, por vez primera, nos llenan de júbilo los días de ventura, que nos concedéis, puesto que no contemplamos temblando lo porvenir, antes tan oscuro. Sólo un temor aflige ahora á este país; sólo hay una víctima, cuyo sacrificio pide. Hacedle á sí mismo esta gracia, y el día de hoy fijará para siempre la felicidad de Inglaterra.

ISABEL.—¿Qué más desea mi pueblo? Hablad, milord.

BURLEIGH.—¡Pide la cabeza de Maria Estuardo!... Ha de morir, si queréis afianzar para vuestros súbditos el don precioso de la libertad y la luz de la verdad, á tanta costa adquirida... Vuestra enemiga ha de sucumbir, si no hemos de temblar perpetuamente por vuestra importante vida... Sabéis que no todos los ingleses tienen las mismas creencias religiosas, y que el culto idólatra de Roma cuenta en nuestro país con muchos secretos sectarios. Todos ellos abrigan pensamientos hostiles á vuestro trono, suspiran por esa Estuardo, y están de acuerdo con sus hermanos de Lorena, enemigos irreconciliables de vuestro nombre. Este partido furioso ha jurado haceros una guerra de exterminio, empleando las pérfidas armas del infierno. En Reims, en el domicilio del Cardenal, es en donde se forjan los rayos de sus iras, y en donde se enseña el regicidio... de allí se envían emisarios celosos y fanáticos á la isia con toda suerte de disfraces... de allí ha venido ay é!

tercer asesino, y ese antro vomitará perpetuamente nuevos y ocultos enemigos... Y en el castillo de Fotheringhay habita la que mueve esta guerra eterna, la que abrasa este reino con la antorcha del amor, la que, por las esperanzas lisonjeras, que hace á la juventud, la arrastra á una muerte cierta... Libertarla, es el pretexto, y el fin, colocarla en vuestro trono. Porque esa familia de Lorena no reconoce vuestros derechos sagrados, y sois para ella una usurpadora, coronada por la fortuna. Ellos son los que han inducido á esa loca á titularse Reina de Inglaterra. No hay paz posible con ella y con su raza. Debéis dar ó sufrir ese golpe; ¡vuestra vida es su muerte, su muerte es vuestra vida!

ISABEL.—Desempeñáis, milord, un triste cargo. Conozco la pureza de vuestro celo y la prudencia consumada que os inspira; pero detesto de todo corazón esa prudencia, que pide sangre. Meditad otro consejo mas humano... Noble lord de Shrewsbury, ¿qué opináis?

TALBOT.—Tributáis merecida alabanza al patriotismo, que anima al pecho fiel de Burleigh... Aunque mi elocuencia no sea igual á la suya, tampoco es menor mi celo. ¡Ojalá que viváis luengos años para hacer la ventura de vuestros súbditos, y perpetuarla en el reino! Jamás ha sido este pueblo tan dichoso, desde que sus reyes lo gobiernan. Pero yo no comprendo prosperidad á costa de su gloria, ó, por lo menos, que se cierren para siempre los ojos de Talbot antes que esto suceda.

ISABEL.—¡Librenos Dios de deslustrar nuestra gloria!

TALBOT.—Entonces es preciso inquirir otro medio para salvar el reino... porque el suplicio de María Estuardo es injusto. No podéis pronunciar una sentencia, no siendo ella vuestro súbdito.

ISABEL.—Así, mi Consejo de Estado y mi Parlamento están equivocados, y también todos los tribunales iagle-

ses, puesto que todos ellos, unánimes, me atribuyen ese derecho.

TALBOT.—La unanimidad de votos no es la prueba de la justicia, ni Inglaterra es el mundo, ni vuestro Parlamento la humanidad entera. La Inglaterra de hoy no es la de ayer, ni la de mañana... De la misma manera que la pasión muda, así suben ó bajan las olas instables del juicio. No digáis que debéis obedecer á la necesidad y á las instancias de vuestro pueblo. En cuanto lo ensayéis en cualquiera ocasión, os convenceréis de que vuestra voluntad es libre. ¡Intentadlo! Declarad que tenéis horror á la sangre, que queréis salvar la vida de vuestra hermana; indignaos formalmente contra quienes os han aconsejado lo contrario, y en el instante desaparecerá esa necesidad, y la justicia se trocará en el acto en injusticia. Vuestra Majestad ha de juzgar sólo á V. M. No es posible que os apoyéis en caña tan frágil. Seguid tan sólo las inspiraciones de vuestra natural bondad. Dios no ha hecho cruel el corazón de la mujer, sensible de suyo... y los fundadores de este reino, al permitir que las riendas del gobierno pudieran confiarse á una mujer, demostraron que el rigor en este país no debe ser la virtud de sus soberanos.

ISABEL.—El Conde de Shrewsbury es ardiente defensor de mi enemiga y de la de mi reino. Prefiero los consejeros adictos á mis intereses.

TALBOT.—Ningún defensor se le concede; nadie osa hablar en su favor, y afrontar vuestra cólera... Permitid, pues, á un anciano, ya al borde del sepulcro, que no se deje arrastrar por ninguna esperanza mundana, y defender á una mujer abandonada. No se diga que en vuestro Consejo de Estado sólo se ha oído la voz de la pasión y del interés personal, y que sólo la de la caridad ha estado muda. Todo se ha conjurado contra ella. Nunca habéis visto su rostro, y nada habla en vuestro corazón contra esa extran-

jera... Nada digo de sus faltas. Cuéntase que ha hecho asesinar á su esposo, y es verdad que se ha desposado con su asesino. Es un gran crimen... Pero esto ocurrió en una época triste y calamitosa, en medio de las inquietudes de una guerra civil, cuando ella, débil, se veía rodeada de vasallos exigentes, y se arrojó en los brazos del más fuerte. ¿Quién puede averiguar cuáles fueron los artificios de él para triunfar? La mujer es un sér flaco.

ISABEL.—La mujer no es un sér débil. Las hay fuertes en ese sexo... No consiento, que, en mi presencia, se hable de la debilidad de las mujeres.

TALBOT.—La desdicha ha sido para V. M. una escuela severa. La vida no se presentó en un principio á V. M. bajo su aspecto más lisonjero; veíais un trono á lo lejos, y á vuestros pies un sepulcro. En Woodstock, en la oscuridad de una prisión, fué en donde Dios, clemente protector de este país, os educó en la desgracia, para el cumplimiento de vuestros deberes. Allí no os buscaba ningún adulator. Temprano aprendisteis, lejos de los vanos ruidos del mundo, á recoger vuestro espíritu, á reflexionar, á apreciar los bienes verdaderos de la existencia... Dios no se cuida de salvar á esa infortunada. Llevada á Francia desde niña, vivió en una corte frívola, y entregada á frívolos placeres. Allí, en la embriaguez continua de sus fiestas, jamás oyó la voz severa de la verdad. Deslumbróla el esplendor del vicio, y fué arrastrada por el torrente del desorden. Tocóle en suerte el vano don de la belleza, eclipsando con ella á todas las demás mujeres, y superándolas en hermosura como en nacimiento...

ISABEL.—¡Reflexionad en lo que decís, milord Shrewsbury! Recordad que celebramos un consejo importante. Extraordinarios han de ser los encantos que inflaman de tal modo á un anciano. ¡Lord Leicester! ¿Sólo vos calláis? ¿Lo que á él hace hablar, os enmudece?

LEICESTER.—La sorpresa me obliga á enmudecer, oh Reina, cuando llegan á mis oídos los terrores que tales cuentos excitan en la credulidad del populacho de las calles de Londres, y que llegan hasta el centro tranquilo de vuestro Consejo, y preocupan seriamente á hombres graves. Me admira, yo lo confieso, que esta Reina de Escocia, sin reino, incapaz de conservar su insignificante trono, juguete de sus vasallos, y expulsada por ellos, os llene de horror desde su prisión... ¡Por Dios Todopoderoso! ¿Cuál es el motivo? ¿Acaso sus pretendidos títulos á la corona de Inglaterra? ¿Que los Guisas se oponen á reconoceros? ¿Esta oposición de los Guisas puede debilitar el derecho, que os da vuestro nacimiento y que ha sancionado el país. ¿No ha sido excluída tácitamente por la última voluntad de Enrique? Inglaterra, tan feliz con la nueva religión, ¿se echará en los brazos de una papista? ¿Os abandonará, siendo su Reina adorada, por correr hacia la homicida de Darnley? ¿Qué se proponen esos hombres inquietos, que os atormentan en vida con la palabra de heredera, y que no pueden casaros con la prontitud deseada, para salvar del peligro á la Iglesia y al Estado? ¿No estáis aún en la fuerza de la juventud, mientras que ella se aproxima más á la tumba cada día? ¡Por el cielo! Espero que, durante muchos años, os pasearéis por su sepulcro, sin precipitaros en él, obligada por la necesidad...

BURLEIGH.—Lord Leicester no ha opinado siempre así...

LEICESTER.—Es verdad; yo he votado su muerte en el Tribunal... En el Consejo de Estado, mi lenguaje es diverso. Aquí no se trata de lo justo, sino de lo útil. ¿Es ahora ocasión de temer esos peligros, cuando la Francia, su único apoyo, la abandona? Cuando vais á dar vuestra mano al hijo de su Rey y hacerlo feliz, y cuando la esperanza de vuestra sucesión regocija de tal modo á este país, ¿á qué matarla así? Ya está muerta; el menosprecio es la verda-

dera muerte. Guardaos de que la compasión la resucite. Mi opinión es, por tanto, que se deje en toda su fuerza la sentencia, que la condena á ser decapitada, y que viva... pero que viva bajo el hacha del verdugo, sufriendo aquel suplicio en cuanto un solo brazo se arme en su favor.

ISABEL. (Levantándose.)—He oído, oh milores, vuestros pareceres, y os doy gracias por vuestro celo. Con ayuda de Dios, que ilustra á los Reyes, examinaré las razones en que se apoyan, y elegiré lo mejor.

ESCENA IV.

Los mismos, y PAULET y MORTIMER.

ISABEL.—He aquí á Amias Paulet. Sir Paulet, ¿á qué vienes?

PAULET.—Mi sobrino, oh Reina gloriosa, regresa de sus largos viajes, se pone á vuestros pies, y os ofrece el homenaje de sus votos juveniles. Recibidlo con bondad, y que lo ilumine el sol de vuestra gracia.

MORTIMER. (Hincando una rodilla.)—¡Viva mi Reina luengos años, y sean la dicha y la gloria la aureola de su frente!

ISABEL.—¡Levantaos! Sed el bienvenido á Inglaterra, caballero. Habéis hecho largo viaje, visitado á Francia y Roma, y os habéis detenido en Reims. Decidme, ¿qué traen nuestros enemigos?

MORTIMER.—¡Que Dios los confunda, y vuelva contra sus pechos los dardos que lanzan contra mi Reina!

ISABEL.—¿Habéis visto á Morgán, y al intrigante Obispo de Ross?

MORTIMER.—He conocido á todos los escoceses desterrados, que en Reims urden planes contra esta isla. Me he

insinuado en su confianza, con el propósito de descubrir sus proyectos.

PAULET.—Cartas misteriosas cifradas se le han dado para la Reina de Escocia, que leal nos entrega.

ISABEL.—¿Sabéis cuáles son sus últimos proyectos?

MORTIMER.—Como un rayo ha sido para ellos que Francia los abandone, y que concluya firme alianza con Inglaterra. Ahora vuelven sus ojos á España.

ISABEL.—Así me lo ha escrito Walsingham.

MORTIMER.—En el momento de dejar yo á Reims, llegó allí una bula de Sixto V, lanzada contra V. M. desde el Vaticano, que traerá á esta isla el primer buque que venga.

LEICESTER.—Inglaterra no teme tales armas.

BURLEIGH.—Serán temibles en manos de un fanático.

ISABEL. (Mirando á Mortimer con intención.)—Os culpan de haber frecuentado las escuelas de Reims, y haber abjurado vuestras creencias.

MORTIMER.—¡Lo he fingido así, no lo niego! ¡Tan grande era mi deseo de servir á V. M!

ISABEL. (A Paulet.)—¿Qué papel es ese?

PAULET.—Es un escrito que os dirige la Reina de Escocia.

BURLEIGH. (Intentando apoderarse de él con precipitación.)—Dadme esa carta.

PAULET. (Entregándola á la Reina.)—¡Perdonad, lord gran Tesorero! Me encargó que la entregase en la propia mano de la Reina. Siempre me dice que yo soy su enemigo, y lo soy sólo del vicio. Cuanto esté conforme con mi deber, lo hago por ella con la mejor voluntad del mundo. (La Reina ha tomado la carta; y mientras la lee, Leicester y Mortimer hablan en secreto algunas palabras.)

BURLEIGH. (A Paulet.)—¿Qué dirá esa carta? Vanas quejas, con las cuales se intenta conmover el compasivo corazón de la Reina.

PAULET.—No me ha dicho lo que contiene. Pide una audiencia á la Reina.

BURLEIGH. (Con viveza.)—¡Nunca!

TALBOT.—¿Por qué no? No es injusto lo que pretende.

BURLEIGH.—La gracia de ver á la Reina no la merece de modo alguno, cuando ha excitado á otros á asesinarla, y está sedienta de su sangre. Quien quiera parecer leal á su soberana, no puede darle ese consejo falso y traidor.

TALBOT.—Si la Reina acuerda complacerla, ¿os opondréis á ese movimiento caritativo de su clemencia, dejando libre curso al rigor de la ley?

ISABEL.—Andad, milores. Nos encontraremos el medio de unir convenientemente las inspiraciones de la gracia con las exigencias de la necesidad. Ahora, retiraos. (Vanse los lores: llama á Mortimer al llegar á la puerta.) ¡Sir Mortimer, una palabra.

ESCENA V.

ISABEL y MORTIMER.

ISABEL. (Después de fijar en él algún tiempo su mirada penetrante.)—Habéis demostrado valor singular, y un raro dominio de vos mismo, siendo tan joven. Quien con tanta anticipación ha sabido practicar tan bien el arte del disimulo, adelantándose á vuestra edad, merece que se abrevien también sus pruebas... El destino os ofrece una carrera brillante; os lo profetizo, y está en mi mano, por dicha vuestra, realizarla.

MORTIMER.—Lo que puedo y lo que soy, Reina gloriosa, está á vuestro servicio.

ISABEL.—Habéis aprendido á conocer á los enemigos de

Inglaterra. Su odio contra mí es implacable, é incesante su inventiva en fraguar planes sangrientos. Hasta hoy, á la verdad, me ha protegido el Todopoderoso; pero mi corona vacilará en mi cabeza, mientras viva la que sirve de pretexto á su celo fanático, y dé aliento á sus esperanzas.

MORTIMER.—Dejará de vivir en cuanto V. M. lo ordene.

ISABEL.—¡Ay de mí, caballero! Imaginaba haber llegado al término, y me encuentro ahora al principio de mi carrera. Yo quería dejar obrar las leyes, y conservar mis manos puras de sangre. La sentencia se ha pronunciado. ¿Qué gano yo? ¡Hay que cumplirla, Mortimer! Yo debo decretar su ejecución. Su odiosidad ha de recaer sobre mí. Debo aprobarla, y no me es dable salvar las apariencias. ¡Esto es lo peor!

MORTIMER.—¿Qué importa á V. M. la desnuda apariencia en una causa justa?

ISABEL.—No conocéis el mundo, caballero. Se juzga de lo real por lo aparente, y nadie se cuida de lo primero. A ninguno convenzo de mis derechos. De aquí mi afán de que la participación, que yo tenga en su muerte, se quede siempre en una eterna duda. En hechos de aspecto doble, la oscuridad es la única salvación; confesar, lo peor, y en no cediendo en nada, nada se pierde.

MORTIMER. (Con intención.)—Lo mejor sería, pues...

ISABEL. (Con viveza.)—Sin duda sería lo mejor... Mi ángel de la guarda habla en vuestros labios. Proseguid, pues acabado, apreciable caballero. Sois formal, llegáis hasta la razón principal en los negocios, y sois muy distinto de vuestro tío...

MORTIMER. (Sorprendido.)—¿Ha revelado V. M. su deseo al caballero...?

ISABEL.—Me arrepiento de haberlo hecho.

MORTIMER.—Disculpad á ese anciano. Los años le han in-

fundido escrúpulos. Esos golpes atrevidos exigen la osadía de la juventud.

ISABEL. (Con viveza.)—¿Puedo yo contar con...?

MORTIMER.—Servirá mi mano á V. M., que cuidará como pueda de su fama...

ISABEL.—Sí, caballero; cuando me despertéis una mañana con la nueva de que «María Estuardo, la encarnizada enemiga de V. M. ha muerto aquella noche...»

MORTIMER.—¿Contad conmigo!

ISABEL.—¿Cuándo podré dormir en paz?

MORTIMER.—En el mes próximo cesarán vuestros temores.

ISABEL.—¡Adiós, señor Mortimer! No os cuidéis de que mi gratitud, para manifestarse, se envuelva en las tinieblas de la noche... El misterio es la deidad de los dichosos... Los lazos más estrechos son los tiernos que el secreto aprieta. (Vase.)

ESCENA VI.

MORTIMER, solo.

MORTIMER.—¡Véte, Reina hipócrita y falsa! Como tú engañas al mundo, así yo á tí. Es bueno, es hasta justo venderte. ¿Tengo yo trazas de asesino? ¿Has leído acaso en mi frente la desvergonzada propensión al crimen? Te fías de mi brazo y guardas el tuyo. Ofrece á los demás la piadosa y falsa apariencia de la clemencia. Mientras que tú cuentas con mi ayuda para asesinarla, ganaremos tiempo para librarla.

Quieres ascenderme... con intención me muestras á lo lejos una rica recompensa... y aunque fueses tú misma

y tus favores de mujer ese premio, ¿quién eres tú, desventurada hasta el extremo, y qué puedes tú dar? No me seduce la ambición de una vana gloria. Sólo al lado de ella ofrece encantos la vida... ¡A su derredor, formando alegre coro, vuelan las gracias divinas, y la felicidad que da la juventud! La dicha del cielo reside en su seno, y tú no puedes conceder sino placeres helados. La gala más preciada de la existencia, la de los corazones, que, seductores y seducidos, se abandonan unos á otros en olvido tierno, la verdadera diadema de la mujer, nunca la poseiste, porque tu amor no ha hecho bienaventurado á ningún hombre.—He de aguardar á ese lord para entregarle una carta. ¡Odiosa comisión! No siento en mí cualidad alguna para cortesano. Yo mismo puedo salvarla, yo solo; que el peligro, la gloria y el premio sean para mí solo. (Al salir se encuentra á Paulet.)

ESCENA VII.

MORTIMER Y PAULET.

PAULET.—¿Qué te decía la Reina?

MORTIMER.—¡Nada, señor...! Nada... importante.

PAULET. (Mirándolo severo.)—¡Oye, Mortimer! La tierra, que huellas es resbaladiza y engañosa. Atrae el favor de los Reyes, y la juventud es ambiciosa... ¡Que no te extravíe!

MORTIMER.—¿No habéis sido vos mismo quien me ha llamado á la corte?

PAULET.—Quisiera no haberlo hecho. Nuestra familia no ha ganado sus honores en la corte. ¡Firme, pues, sobrino mío! No compres demasiado caro. No desoigas la voz de tu conciencia.

MORTIMER.—¿Qué pensáis? ¿Qué os inquieta?

PAULET.—Por estimadas que sean las grandezas que la Reina te prometa... no te fíes de sus palabras lisonjeras. Cuando la hayas obedecido renegará de tí; querrá mantener su nombre immaculado, y vengará el crimen que ella misma te ha ordenado.

MORTIMER.—¿El crimen decís?

PAULET.—¡Lejos de mí el disimulo! Sé lo que te ha indicado la Reina. Espera que tu juventud ambiciosa será más complaciente que mi ancianidad inflexible. ¿Se lo has prometido? ¿Has tú...?

MORTIMER.—¡Tío!

PAULET.—Si lo has hecho, te maldigo y reniego de tí...

LEICESTER. (Que sobreviene.)—Permitidme, respetable señor, que hable una palabra con vuestro sobrino. La Reina siente en su favor grande inclinación, y desea que se le deje, sin condiciones, la custodia de María Estuardo... Fíase de su honradez...

PAULET.—¿Que se fía?... ¡Bien!

LEICESTER.—¿Qué decís, caballero?

PAULET.—Que la Reina se fía de él, y que yo, milord, me fío de mí, y veo bien con mis ojos abiertos. (Vase.)

ESCENA VIII.

LEICESTER Y MORTIMER.

LEICESTER. (Admirado.)—¿Qué piensa ese caballero?

MORTIMER.—No lo sé... La confianza inesperada que la Reina me dispensa...

LEICESTER. (Mirándolo con intención.)—¿Merecéis, caballero, que se tenga confianza en vos?

MORTIMER. (Lo mismo.)—Eso mismo os digo, milord Leicester.

LEICESTER.—¿Tenéis algo secreto que decirme?

MORTIMER.—Probadme antes que puedo hacerlo.

LEICESTER.—¿Quién me garantizará en cuanto á vos..? Que no os ofendan mis sospechas. Noto que en esta corte os mostráis bajo doble aspecto... Uno es necesariamente falso; pero ¿cuál es el verdadero?

MORTIMER.—Así me aparecéis á mí, Conde de Leicester.

LEICESTER.—¿Quién es el primero que ha de mostrar confianza en el otro?

MORTIMER.—El que arriesgue menos.

LEICESTER.—Entonces sois vos.

MORTIMER.—¡Vos! Vuestro testimonio, el de un lord poderoso é influyente, puede perderme, y el mío sería impotente contra vuestro favor y vuestro rango.

LEICESTER.—¡Os equivocáis, señor! En otra cualquiera cosa soy yo aquí influyente; sólo en ésta, tierna por su índole, que he de confiar á vuestra buena fe, soy en la corte el de menos valer, y puede perderme el testimonio más despreciable.

MORTIMER.—Ya que el todopoderoso lord Leicester se rebaja ante mí hasta hacerme tal confesión, yo debo elevarme tanto más, y darle un ejemplo de magnanimidad.

LEICESTER.—Dadme una prueba de confianza, y os seguiré en ese camino.

MORTIMER. (Dándole la carta.)—Viene de la Reina de Escocia.

LEICESTER. (Asustado, se apodera de ella precipitadamente.)—Hablad en voz baja, caballero... ¿qué veo? ¡Ah! ¡Es su retrato! (Lo besa, y la contempla extasiado.)

MORTIMER. (Que lo ha observado atentamente.)—Milord, ahora me fio de vos.

LEICESTER. (Después de leer rápidamente la carta.)—Sir Mortimer, ¿sabéis lo que dice la carta?

MORTIMER.—Nada sé.

LEICESTER.—¿Cómo? Sin duda os ha confiado...

MORTIMER.—Nada me ha confiado. Dijome que vos me descifraríais este enigma. Porque lo es para mí que el Conde de Leicester, favorito de Isabel, enemigo declarado de María, y uno de sus jueces, haya de ser el hombre que la salve en su desdicha... Y, sin embargo, ha de ser así, porque vuestros ojos dicen claramente cuáles son vuestros sentimientos respecto de ella.

LEICESTER.—Decidme vos antes cómo se explica que mostréis tanto interés por su suerte, y que hayáis obtenido su confianza.

MORTIMER.—Milord, puedo explicároslo en pocas palabras. He abjurado en Roma mi religión, y estoy de acuerdo con los Guisas. Una carta del Arzobispo de Reims me ha acreditado cerca de la Reina de Escocia.

LEICESTER.—Sé que habéis variado de religión, y tal es la circunstancia que os ha granjeado mi afecto. Dadme la mano, y perdonad mis sospechas. Toda mi reserva es poca, porque Walsingham y Burleigh me odian, y sé además que me acechan para tenderme lazos. Podríais ser hechura é instrumento suyo para atraerme á sus redes...

MORTIMER.—¿Cómo un señor tan poderoso ha de dar pasos tan pequeños en esta corte? Os tengo lástima, Conde.

LEICESTER.—Gozoso me abandono, pues, en brazos de un amigo fiel, en los cuales me veo libre de una larga tiranía que me atormenta. Os admiráis, caballero, de que mi corazón haya cambiado tan pronto respecto á María. A la verdad, no la odié nunca... Las circunstancias de la época me han hecho su adversario. Muchos años hace, como sabéis, que me estaba prometida, antes que diera su mano á Darnley, cuando la rodeaba todavía el esplendor de su grandeza. Yo rechacé entonces con frialdad este honor; y ahora

que está prisionera, y á las puertas de la muerte, quisiera poseerla con peligro de mi vida.

MORTIMER.—Esto se llama obrar magnánimamente.

LEICESTER.—Las cosas han mudado mucho desde entonces, caballero. Mi ambición me hacía insensible á la juventud y á la belleza. Mi matrimonio con María me parecía harto insignificante, y me lisonjeaba alcanzar la mano de la Reina de Inglaterra.

MORTIMER.—Sábese que os prefería á todos los demás hombres...

LEICESTER.—Así parecía, Mortimer... y ahora, después de diez años de hacerle la corte sin descanso, y de vencerme con gran repugnancia... ¡Oh, caballero! Mi corazón se desgarrá, y es preciso que sacuda tan penoso disgusto... Me creen feliz... ¡Si se supiese cuán pesadas son las cadenas que me envidian...! Después de haber sacrificado diez años largos y amargos á los ídolos de su vanidad; después de haber sufrido, como un esclavo, sus inconstantes caprichos de sultana; después de ser el juguete de sus extravagancias infinitas y pequeñas, ya acariciándome su ternura, ya rechazándome su orgullo y su castidad fingida, atormentándome por igual con sus favores y con su rigidez, guardándome, como á un cautivo, los ojos de Argos de sus celos, interrogado por mis acciones como un niño é injuriado como un lacayo... ¡Oh! Las palabras no bastan para expresar estos tormentos infernales.

MORTIMER.—Os compadezco, Conde.

LEICESTER.—Y al llegar al término de la jornada, se me escapa el premio merecido, porque sobreviene otro, que me roba el fruto de mi constante trabajo. Un esposo joven y poderoso me hace perder los derechos, á tanta costa adquiridos. Véome obligado á descender del teatro, en donde representé por tanto tiempo el primer papel. El advenedizo amenaza arrebatarme, no sólo su mano, sino

también su favor. Es ella mujer, y una mujer amable

MORTIMER.—Es hija de Catalina, y ha aprendido en buena escuela el arte de la lisonja.

LEICESTER.—Se han desvanecido, pues, todas mis esperanzas... En este naufragio de mi dicha busco una tabla para salvarme... y mis ojos se vuelven hacia mis proyectos primitivos más seductores. La imagen de María, en todo el brillo de sus encantos, se me presentó de nuevo, y su juventud y su hermosura recuperaron todos sus derechos, entusiasmándome, no infundiéndome fría ambición, y haciéndome sentir el valor de la joya que había perdido. La contemplo sumida en los profundos abismos de la desdicha, y sólo por mi culpa. Esto me ha hecho concebir la esperanza de salvarla y de poseerla. Logré descubrirle, por mediación de una mano fiel, el cambio sufrido en mis sentimientos, y esta carta que me traéis me dice que me perdona, y que será mía, si la salvo.

MORTIMER.—Pero nada habéis hecho por libertarla. Habéis consentido que sea condenada, y habéis votado su muerte. Sólo un milagro... la luz de la verdad ha debido iluminarme á mí, el sobrino de su carcelero, para que el cielo le deparase, en Roma y en el Vaticano, un salvador inesperado, porque de otra manera no hubiera encontrado medio de comunicarse con vos.

LEICESTER.—¡Ah, Sr. Mortimer! ¡Bástantes han sido mis tormentos! Hacia ese tiempo fué trasladada del castillo de Talbot al de Fotheringnay, y confiada á la severa vigilancia de vuestro tío. Sin posibilidad de llegar hasta ella, me ví obligado ante el mundo á perseguirla; pero no creáis que yo la hubiese dejado llegar afligida hasta el suplicio. No; esperaba y espero aún impedir este extremo, hasta que encuentre un medio de librarla.

MORTIMER.—Existe ya ese medio... Vuestra noble confianza, Leicester, merece que yo corresponda á ella. Me

propongo salvarla; con este objeto estoy aquí; los preparativos están ya hechos, y vuestra poderosa ayuda nos asegura un feliz éxito.

LEICESTER.—¿Qué decís? Me asustáis. ¿Cómo? Queréis...

MORTIMER.—Abrir á la fuerza las puertas de su prisión. Tengo cómplices, y todo está pronto.

LEICESTER.—¿Tenéis cómplices y confidentes? ¡Ay de mí! ¿A qué planes temerarios me arrastráis? ¿Y saben ellos también mi secreto?

MORTIMER.—Nada temáis. Se trazó el proyecto sin vuestra asistencia, y se ejecutará lo mismo, por si no quisiera ella deberos su libertad.

LEICESTER.—¿Podéis, pues, asegurarme que mi nombre no se ha pronunciado en vuestra conjuración?

MORTIMER.—Estad tranquilo. ¿Cómo? ¿Tanto, oh Conde, os asusta una nueva que os favorece? Queréis librar á María y poseerla, y de repente, cuando menos lo esperabais, caen como llovidos del cielo los medios más eficaces de lograrlo... ¿y mostráis más temor que alegría?

LEICESTER.—Pero no empleando la violencia. La empresa es harto arriesgada.

MORTIMER.—La dilación lo es también.

LEICESTER.—Os afirmo, caballero, que no se debe tentar ese camino.

MORTIMER. (Con amargura).—¡No! ¡no por vos, que deseáis poseerla! Nosotros sólo nos proponemos salvarla, y no somos tan escrupulosos...

LEICESTER.—Os precipitáis demasiado, oh joven, en tan espinosa y temeraria senda.

MORTIMER.—Vos sois harto prudente en este negocio de hora.

LEICESTER.—Yo veo las redes que por todas partes nos rodean.

MORTIMER.—Tengo valor para romperlas todas.

LEICESTER.—¡Locura, insensatez es ese valor!

MORTIMER.—No es valor tanta cordura.

LEICESTER.—¿Deseáis morir como Babington?

MORTIMER.—No queréis imitar la grandeza de alma de Norfolk.

LEICESTER.—Norfolk no llevó á María, como esposa, á su hogar.

MORTIMER.—Probó que era digna de llevarla.

LEICESTER.—Por perdnos nosotros no la salvaremos.

MORTIMER.—Ni tampoco guardándonos del peligro.

LEICESTER.—Ni reflexionáis ni escucháis; la ciega impetuosa acabaré con todo, por bien pensado que estuviera.

MORTIMER.—¿Habéis sido vos, acaso, el que ha puesto este asunto en buen camino?... ¿Cómo? Si yo fuera bastante criminal para asesinarla, como la Reina me lo ha ordenado, como ahora mismo espera que yo he de obedecerla... ¿qué habéis hecho para proteger su vida?

LEICESTER. (Admirado).—¿Os dió la Reina tan sangrienta comisión?

MORTIMER.—Se equivocó conmigo, como María con vos.

LEICESTER.—¿Y lo habéis prometido? ¿Habéis...

MORTIMER.—Para que no pagara otras manos con el mismo fin, ofrecí yo las mías.

LEICESTER.—Hicisteis bien. Esto nos da tiempo. Ella espera vuestro punible servicio, su sentencia de muerte no se ejecuta, y ganamos mucho.

MORTIMER. (Impaciente).—¡No! ¡perdemos la ocasión favorable!

LEICESTER.—Ya que cuenta con vos, pondrá mayor empeño en aparecer clemente ante los ojos del mundo. Quizás logre yo de ella, con maña, que vea á su rival, y que este paso la contenga. Burleigh tiene razón. La sentencia no se cumplirá, si ella la ve... Si; lo intentaré, y haré todo lo posible...

MORTIMER.—¿Y qué conseguiréis con eso? Si Isabel comprende que se ha engañado respecto á mí, si María continúa viviendo, ¿no vuelve á estar todo como antes? Nunca se verá libre. Lo menos que le puede suceder, es que sea condenada á prisión perpetua. Si al fin habrá que apelar á una resolución osada, ¿por qué no comenzar por ella? El poder está en vuestras manos; podéis reunir un ejército sólo con armar á la nobleza de vuestros numerosos castillos. María tiene muchos partidarios secretos. Las casas ilustres de los Howard y de los Percy, aunque hayan sucumbido sus cabezas, cuentan aún con numerosos héroes, y aguardan que un lord poderoso les dé el ejemplo. ¡Dejemos ya el disimulo! ¡Obremos abiertamente! ¡Defended, como caballero, á vuestra amada, y pelead noblemente por ella! Sois cuando queréis árbitro de la Reina de Inglaterra. Atraedla á vuestros dominios, á donde os ha seguido con frecuencia. Allí mostraos hombre. Hablad como soberano. Guardadla hasta que dé la libertad á María.

LEICESTER.—Me sorprendo y me asusto... ¿A dónde os lleva el delirio? ¿Conocéis cuál es la tierra que holláis? ¿Sabéis lo que pasa en la corte? ¿con qué lazos estrechos el mando de esta mujer ha encadenado los ánimos? Buscad en vano el ardor heroico, que antes bullía en este país... Todo se halla sometido á ella, y sin vida los arranques generosos. Seguid bajo mi dirección. No seais temerario... Alguien viene. ¡Idos!

MORTIMER.—María espera. ¿Vuelvo á llevarla vanos consuelos?

LEICESTER.—Llevalle el juramento de mi eterno amor.

MORTIMER.—¡Llevaldo vos mismo! Ofrecí ser instrumento de su salvación, no su mensajero amoroso. (Vase.)

ESCENA IX.

ISABEL Y LEICESTER.

ISABEL.—¿Quién estaba en vuestra compañía? Oía hablar.

LEICESTER. (Que se vuelve rápidamente algo turbado al oír á la Reina.) Era sir Montimer.

ISABEL.—¿Qué tenéis, milord? ¡Tan confuso!

LEICESTER. (Reponiéndose.)— Al veros... Jamás me habéis parecido tan seductora. Vuestra belleza me deslumbra... ¡Ay de mí!

ISABEL. — ¿Porqué suspiráis?

LEICESTER. — ¿No tengo razón para suspirar? Cuando contemplo vuestros encantos, se renueva en mí el dolor inexplicable de la pérdida que me amenaza.

ISABEL.—¿Qué perdéis?

LEICESTER.— Vuestro corazón, á vos, tan digna de ser amada. Pronto seréis feliz en brazos de un joven y enamorado esposo, y poseerá exclusivamente vuestro cariño. Es de sangre real; yo no. Sin embargo, desafío al mundo entero que haya otro hombre, en toda la redondez de la tierra, que os adore más que yo. El Duque de Anjou no os ha visto jamás; ama sólo vuestra gloria y vuestro renombre; yo amo á vos sola. Aunque fueseis la más pobre pastora, y yo el príncipe más poderoso del orbe, descendería gustoso, desde mi altura, para deponer una diadema á vuestros pies.

ISABEL.—¿Compadecedme, Dudley, no reconvenidme!... ¡No me atrevo á consultar mis deseos! ¡Ay de mí! Otra fuera su elección. ¡Cuánto envidia yo á otras mujeres, que pueden realzar á quienes aman! No soy tan afortunada,

que me sea lícito colocar una corona en las sienas del hombre, que prefiero á todos... A María Estuardo ha sido sólo dado entregar su mano con arreglo á su inclinación; ha hecho cuanto ha querido, ha apurado la copa, llena de todos los placeres.

LEICESTER.—Y ahora la más amarga del dolor.

ISABEL.—Se ha cuidado poco de la opinión pública. Ligera era la vida para ella, sin sufrir nunca el yugo, á que yo me sometí. Yo hubiera podido también consagrarme á gozar de la vida, á disfrutar de alegrías mundanas; pero he preferido cumplir los séveros deberes de Reina. Sin embargo, ella se ha granjeado la simpatía de todos los hombres, porque se propuso sólo ser mujer, y jóvenes y ancianos la aman. ¡Tan ávidos son todos de goces! Corren tras el placer frívolo, tras la alegría vulgar, y no estiman lo que más debieran respetar. ¿No se ha rejuvenecido ese mismo Talbot al hablar de sus encantos?

LEICESTER.—¡Perdonadlo! Fué un tiempo su guardián, y, con sus artificios astutos, lo sedujo.

ISABEL.—¿Pero tan grande es su belleza? Tantas veces he oído ponderar sus encantos, que quisiera saber á qué atenerme. Los cuadros mienten, los retratos engañan, y sólo me fiaría de mis propios ojos. ¿Por qué me miráis de un modo tan extraño?

LEICESTER.— Porque en mi imaginación os comparo con María. Quisiera tener la dicha, no lo oculto, si esto pudiera hacerse en secreto, de veros con María. Entonces, por vez primera, gozaríais plenamente de vuestro triunfo. Me recrearía su humillación, cuando, con sus mismos ojos... porque la envidia los tiene perspicaces... se convenciera de cuán superior sois á ella por la nobleza de vuestros rasgos, y cuán inferior ella á vos en todas las demás prendas.

ISABEL.— Ella es más joven.

LEICESTER.—¿Más joven? No lo parece. ¡Acaso sus sufrimientos!... Ha podido envejecer también prematuramente. Y lo que haría más amarga su pena, sería el veros ya desposada. No le sonríen las esperanzas más dulces de la tierra, y, al contrario, la felicidad viene á vuestro encuentro. ¿Y cuando sepa que estáis prometida al hijo del Rey de Francia, en la cual tanto confió siempre, enorgulleciéndose con su alianza, y aun contando ahora con su ayuda?

ISABEL. (Oponiéndose débilmente.)—Me atormentan para que la vea.

LEICESTER. (Con animación.)—Ella os lo pide como una gracia; concedédselo como un castigo. Menos la afligiría verse llevada al cadalso, que eclipsada por vuestros encantos. Así le dais el golpe mortal, que ella os preparaba... Al contemplar vuestra belleza, protegida por el honor, realzada por la gloria, y por la fama de una virtud sin mancha, á la cual desdeñó frívolamente, aun más preclara con el brillo de una corona, y ahora próxima al himeneo... sonará para ella su última hora. Sí... cuando os miro en este momento... comprendo que nunca, como en la ocasión presente, contáis con más motivos para obtener el triunfo de la belleza... Me habéis deslumbrado al entrar aquí, como si fuerais una aparición sobrenatural... ¿Cómo? Si ahora, si ahora mismo, como estáis, os presentáseis á ella... jamás encontraréis instante más propicio...

ISABEL.—¡Ahora... no... no... ahora no, Leicester!... ¡No!... Hay que reflexionarlo bien antes... con Burleigh.

LEICESTER. (Interrumpiéndola vivamente.)—¿Burleigh? Sólo piensa en el bien del Estado. Pero vuestro sexo tiene también sus derechos, que son de vuestra competencia exclusiva, y nada tienen que ver con el gobierno. Hasta la misma política ¿no exige que os conciliéis el favor público con un acto de generosidad? Después podréis deshaceros de esa odiosa enemiga de cualquier modo.

ISABEL.—No me conviene visitarla en la humillación y la miseria, estando unida á mí por los lazos de la sangre. Dícese que nada regio la rodea, y, presenciario yo, es exponerme á una reconvención.

LEICESTER.—No es necesario que os acerquéis á su prisión. Escuchad mi consejo. La casualidad nos sirve á maravilla. Hoy se celebra una gran cacería, con cuyo pretexto llegaréis á Fotheringhay. María Estuardo puede encontrarse en el parque, en donde penetráis como al azar. Que nada de esto parezca preparado de antemano, y si no os agrada, no le habláis...

ISABEL.—Si cometo una locura, vuestra es, no mfa, Leicester. No quiero hoy oponerme á ninguno de vuestros deseos, porque, entre todos mis súbditos, habéis sido hoy el más atormentado por mí. (Mirándole tiernamente.) ¡Aunque sea un capricho vuestro! Así pruebo mi bondad, aprobando libremente en apariencia, lo que en realidad no apruebo. (Leicester se arroja á sus pies, y cae el telón.)

ACTO III.

La escena representa un parque, con árboles en primer término, y detrás lejana perspectiva.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA se presenta entre los árboles, andando á paso rápido
ANA KENNEDY la sigue lentamente.

ANA.—Corréis, ó más bien voláis, y no os puedo seguir.
¡Esperad!

MARÍA.—Déjame disfrutar de mi nueva libertad; déjame volverme niña, y, sólo tú también, y, sobre el verde tapiz del prado, probar mis pasos ligeros, como si tuviese alas. ¡He abandonado al fin mi oscura prisión? ¡No me guarda ya esa lúgubre tumba? Deja que respire, en mi sed ardiente de libertad, con todo mi pecho, el aire libre, el aire del cielo.

ANA.—¡Oh, mi querida señora! Vuestra cárcel se ha ensanchado sólo algún tanto; y si no veis las murallas que nos encierran, consiste en que el follaje de los árboles las ocultan.

MARÍA.—¡Gracias, gracias sean dadas á estos verdes y

buenos árboles, que me ocultan los muros de mi prisión! Quiero creer que soy libre y feliz; ¿para qué, pues, arrancarme de mis alucinaciones? ¿No me rodea la inmensa bóveda del cielo? Mis ojos, sin estorbos, recorren horizontes sin fin. Allí, en donde se alzan esas montañas sombrías y nebulosas, comienzan las fronteras de mi reino, y esas nubes, que corren hacia el Mediodía, buscan el lejano mar de Francia. Nubes rápidas, bajeles aéreos, ¿quién viajará con vosotras, y en vosotras navegase! ¡Saludad en mi nombre cariñosamente al país, en donde se deslizó mi juventud! Soy prisionera, sujeta por cadenas, y no tengo otros mensajeros, ¡ay de mí! Libre es en los aires vuestra carrera; no estáis sometidas á la Reina de Inglaterra.

ANA.—¡Ah, querida señora! ¡Estáis fuera de vos! Esa libertad, tan ansiada, os hace delirar.

MARÍA.—Un pescador maneja allí su barca. Su miserable lancha pudiera salvarme, y llevarme con prontitud á una ciudad amiga. Con trabajo facilita el sustento á su famélico dueño. Yo lo abrumaría con tesoros; jamás habría empleado tan bien el día; encontraría la fortuna en sus redes, si me llevase en su barquichuela salvadora.

ANA.—¡Vanos deseos! ¿No veis que espían nuestros pasos desde lejos? Ordenes terribles y crueles alejan de nuestro camino á toda criatura compasiva.

MARÍA.—¡No, buena Ana! Créeme: algo significa que se hayan abierto las puertas de mi cárcel. Este favor ligero del azar me anuncia otros más graves. No me equivoco. Es á la mano bienhechora del amor á quien lo debo. Veo en esto la poderosa influencia de lord Leicester. Poco a poco se ensancharán los límites de mi prisión. Pasaré de lo menos á lo más, hasta que al fin contemple yo el rostro de quien ha de quitarme para siempre mis cadenas.

ANA.—¡Ah! No puedo entender esta contradicción. Ayer se os anunciaba la muerte, y hoy se os da de repente esta

consuelo. También, según he oído decir, se sueltan las esposas á quienes espera la libertad eterna.

MARÍA.—¿Oyes el sonido de la trompa de caza? ¿Lo oyes resonar con vigor en campos y montes? ¡Ay de mí! ¿Que no montara yo un ardiente corcel, y me agregara á los cazadores! ¿Todavía más? Esos sonidos familiares me traen á la memoria tristes recuerdos. Llegaban con frecuencia á mis oídos, y me colmaban de alegría, en los matorrales de las altas montañas, y en medio del tumulto de la fiesta.

ESCENA II.

LOS MISMOS, y PAULET.

PAULET.—¡Vamos! ¿Hice al cabo bien, milady? ¿Merezco alguna vez vuestra gratitud?

MARÍA.—¿Cómo, caballero? ¿Os debo este favor? ¿Sois vos...?

PAULET.—¿Por qué no he de ser yo? Estuve en la corte, entregué vuestro escrito...

MARÍA.—¿Lo presentasteis? ¿Es cierto que lo habéis hecho? Y esta libertad, de que gozo, es efecto de mi carta...

PAULET. (Con intención.)—Y no el único. Os espera otro mayor.

MARÍA.—¿Mayor, caballero? ¿A qué aludís?

PAULET.—¿Oís, no obstante, las trompas...?

MARÍA. (Retrocediendo inquieta.)—¡Me asustáis!

PAULET.—La Reina caza cerca de aquí.

MARÍA.—¿Cómo?

PAULET.—La veréis dentro de poco.

ANA. (Corriendo en auxilio de María, que vacila y parece pronta á desmayarse.)—¿Qué tenéis, señora querida? ¡Palidecéis!

PAULET.—¿Tengo razón, ó no? ¿No lo deseabais? Lo habéis logrado antes de lo que pensabais. Ya que otras veces tenfais tan suelta la lengua, preparad vuestras palabras, porque es ocasión de hablar.

MARÍA.—¡Oh! ¿Por qué no me lo avisaron? ¡Ahora no me siento dispuesta á esa entrevista; ahora no! Lo que solicité suplicante como el favor más señalado, paréceme temeroso y horrible... Ven, Ana, llévame á la casa para reanimarme y tranquilizarme.

PAULET.—¡Quedaos aquí! Es menester que lá esperéis. Mucho, mucho os angustia comparecer ante vuestro juez.

ESCENA III.

Los mismos y el CONDE DE SHREWSBURY.

MARÍA.—¡No es por eso, Dios mío! He variado de opinión... ¡Ay de mí, noble Shrewsbury! Algún angel del cielo os trae ahora aquí... ¡No puedo verla! ¡Guardadme de su odiosa presencia!..

SHREWSBURY.—¡Cobrad ánimo, Reina! Apelad á toda vuestra energía. He aquí el momento decisivo.

MARÍA.—He esperado largo tiempo... años enteros me he preparado; me lo he dicho todo, lo he grabado en mi memoria para persuadirla y conmoverla. Todo se ha desvanecido de improviso; todo lo he olvidado, y nada resta en mí en este instante más que el vivo recuerdo de mis dolores. Con odio implacable se revuelve contra ella mi corazón; mis buenos pensamientos huyen en tropel, y los espíritus infernales con su sombrío aspecto me cercan por todas partes, sacudiendo sus cabezas de serpientes.

SHREWSBURY.—Reprimid vuestra ira impetuosa; dulcificad

La amargura de vuestro corazón. Nada provechoso puede resultar del choque de un odio contra otro. Por grande que sea la repugnancia que experimentéis en vuestro interior, acomodaos á las circunstancias. Ella es la poderosa... ¡Ilumillaos!

MARÍA.—¡Ante ella? ¡Imposible!

SHREWSBURY.—Hacedlo, sin embargo. Habladle con respeto, con resignación. Invocad su magnanimidad, no la desafiéis; nada digáis de vuestros derechos, porque la coyuntura no es propicia.

MARÍA.—¡Ay de mí! ¡He pretendido mi ruina, y mi mayor anhelo se ha trocado en maldición! ¡Nunca, nunca debiéramos vernos! Nada, nada grato será su fruto. Más fácil fuera que el fuego y el agua se juntáran en amoroso lazo; más que el cordero acariciara al tigre... Harto se me ha ofendido... ella me ha hecho penar demasiado... Imposible es nuestra reconciliación.

SHREWSBURY.—¡Vedla tan sólo! Testigo fui de la emoción, que experimentó al leer vuestra carta, y sus ojos se inundaron de lágrimas. No, no es insensible; confiad más en ella... He aquí el motivo de haberme adelantado, para que os reanimaseis, y anunciaros su llegada.

MARÍA. (Estrechando su mano.)—¡Ah, Shrewsbury! Siempre fuisteis mi amigo... ¡Ojalá que permaneciera bajo vuestra guarda paternal! ¡Me han maltratado, Shrewsbury!

SHREWSBURY.—¡Olvidadlo todo! Ocupaos únicamente en recibirla con amabilidad.

MARÍA.—¿Está también con ella Burleigh, mi mal ángel?

SHREWSBURY.—Nadie le acompaña más que el Conde de Leicester.

MARÍA.—¿Lord Leicester?

SHREWSBURY.—Nada temáis de su parte. No desea vuestra ruina... Obra suya es que la Reina haya accedido á veros.

MARÍA.—¡Ay de mí! Bien lo sabía.

SHREWSBURY.—¿Qué decís?

PAULET.—¡La Reina viene! (Todos se apartan; sólo se queda María, apoyada en Ana.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS; ISABEL, el CONDE DE LEICESTER y séquito.

ISABEL. (A Leicester.)—¿Cómo se llama este lugar?

LEICESTER.—El castillo de Fotheringhay.

ISABEL. (A Shrewsbury.)—Despedid para Londres á nuestros monteros. El pueblo me agobia y me molesta en las calles, y buscamos descanso en este tranquilo parque. (Talbot hace alejarse al séquito. Ella mira fijamente á María, mientras prosigue hablando con Leicester.) Mis buenos súbditos me aman demasiado. Con harto exceso, como idólatras, me muestran su contento, aunque así se adore á Dios, no á los mortales.

MARÍA. (Que, medio desmayada, mientras tanto, en los brazos de Ana, se repone, encontrándose sus ojos con la mirada fija de Isabel. Tiembla entonces, y oculta de nuevo su rostro en el seno de su nodriza.)—¡Oh, Dios! Sus facciones revelan que no tiene sentimientos.

ISABEL.—¿Quién es esa señora? (Silencio general.)

LEICESTER.—Estáis, oh Reina, en Fotheringhay.

ISABEL. (Como atónita, mirando severamente á Leicester.)—¿Quién ha hecho esto, lord Leicester?

LEICESTER.—Ya está hecho, Reina... y que el cielo ahora, que ha guiado aquí vuestros pasos, conceda el triunfo á la magnanimidad y á la compasión.

SHREWSBURY.—¡Que se apiade vuestro corazón, noble se-

fiora! Dignaos mirar con dulzura á la desdichada, que así se desmaya á vuestro aspecto. (María recobra sus fuerzas é intenta aproximarse á Isabel; pero se detiene silenciosa y temblando á la mitad del camino; todos sus ademanes indican la más violenta agitación.)

ISABEL.—¿Es posible, milores? ¿Quién me dijo, pues, que su humildad era tan grande? Encuentro una mujer llena de orgullo, no aleccionada por la desgracia.

MARÍA.—¡Sea, pues; sufriré también este dolor! ¡Adiós, por tanto, dignidad impotente de un alma noble! ¡Quiero olvidar quién soy y lo que he padecido; quiero prosternarme ante la misma á quien debo mi oprobio! (Vuélvese hacia la reina.) El cielo, hermana, se ha decidido en vuestro favor. La victoria ornó vuestra cabeza afortunada con la corona de la victoria, y yo adoro al Dios que os ha ensalzado. ¡Pero sed ahora generosa, hermana mía! ¡No me dejéis sumida en la vergüenza! ¡Tendedme vuestra real mano para arrancarme de este abismo!

ISABEL. (Retrocediendo.)—Os encontráis en donde debéis, lady María. Llena de gratitud estoy para con Dios, que no ha consentido que yo me halle á vuestros pies, como lo estáis á los míos.

MARÍA. (Con creciente pasión.)—Reflexionad en la inestabilidad de las cosas humanas, y en que hay deidades vengadoras del orgullo. Honradlas, temedlas, porque con su horrible poder me han traído á vuestros pies... honraos vos misma en mí, ante estos testigos extraños; no profanáis, no insultéis la sangre de los Tudor, que corre en mis venas, como en las vuestras... ¡Oh, Dios del cielo! No te muestras áspero é inaccesible, como los escollos que el naufrago se esfuerza en alcanzar vanamente. ¡Mi vida, mi destino, todo depende de mis palabras y del poder de mis lágrimas! Abrid mi corazón para que conmueva el suyo. Si me miráis glacialmente, mi pecho se oprime temeroso, se

saca el torrente de mis ojos, y un frío terror encadena mis frases suplicantes en lo íntimo de mi sér.

ISABEL. (Con indiferencia y severidad.)—¿Qué tenéis que decirme, lady Estuardo? Habéis querido hablarme. Prescindo de ser Reina, profundamente ofendida, por cumplir los piadosos deberes de la hermana, y os favorezco permitiendo que disfrutéis de mi presencia. Sigo los impulsos de mi bondad, exponiéndome á una justa crítica al rebajarme tanto... porque os consta que habéis intentado asesinarme.

MARÍA.—¿Cómo empezaré, para que sean discretas mis palabras, y os conmuevan y no os ofendan? ¡Oh Dios! Infunde elocuencia en mis palabras, y aparta de ellas el aguijón que pudiera herir. No puedo defenderme sin acusaros gravemente, y no lo quiero... Me habéis tratado como no era justo, porque soy Reina como vos, y me habéis retenido prisionera. Vine á buscaros suplicante; y violando en mí los santos deberes de la hospitalidad y el sagrado derecho de las gentes, me encerrasteis entre las paredes de un calabozo. Arrebatáronme cruelmente mis amigos y servidores; tratóseme mezquinamente, y se me sometió á un tribunal injusto. Pero no hablemos más de esto. Que los horrores, sufridos por mí, queden envueltos en eterno olvido... ¡Mirad! Lo califico de fatalidad, y no os atribuyo culpa, como yo tampoco la tengo. Del Averno surgió un espíritu maligno, para encender el odio en nuestro corazones, separándonos ya en nuestra tierna juventud, y creció con nosotros, y hombres perversos atizaron esa llama funesta, é insensatos fanáticos armaron de espada y pufia^l manos no llamadas á empuñarlos... Tal es la suerte fatal de los reyes; sus discordias llenan el mundo de rencores, y toda desunión desencadena las furias del infierno... Ahora no se interpone nadie entre nosotros. (Acércase á ella confiada, y le habla con acento cariñoso.) Estamos ambas frente á frente. ¡Decid cuanto os agrade, oh hermana mía! Acu-

sedme, y yo os daré satisfacción cumplida. ¡Ah! ¿Por qué no me disteis audiencia, cuando con tanto empeño os la pedía? No hubiésemos ido tan lejos, y ahora no celebraríamos esta triste entrevista, en lugar tan siniestro.

ISABEL.—Mi buena estrella me ha preservado hasta ahora de calentar una víbora en mi seno... No acusad al destino, sino á vuestro corazón perverso, y á la ambición insaciable de vuestra casa. Ningún disturbio había ocurrido entre nosotras, y ya vuestro tío, ese sacerdote tan orgulloso como dominante, que pone su osada mano en todas las coronas, os inspiró sentimientos hostiles hacia mí, os persuadió que tomaseis mis armas, que os apropiaseis mi título de Reina, y luchaseis conmigo á vida ó muerte... ¿A quién no ha excitado contra mí? La lengua de los sacerdotes, la espada de los pueblos, las armas temibles del fanatismo religioso. Aquí mismo, en mi pacífico reino, fomentó en daño mío el fuego de la sedición... Pero Dios me protege, y ese sacerdote arrogante no ha obtenido el triunfo; amenazaban á mi cabeza, y la vuestra es la que cae.

MARÍA.—¡Yo estoy en manos de Dios! No abusaréis tan sanguinariamente de vuestro poder...

ISABEL.—¿Quién ha de impedirlo? Vuestro tío ha dado el ejemplo á todos los reyes de la tierra, de cómo se hace la paz con los enemigos. ¡Sírname de lección la Saint Barthélemy! ¿Qué me importan los vínculos de la sangre, ni el derecho de gentes? La Iglesia rompe todos los lazos del deber, santifica el perjurio y el regicidio, y yo hago tan sólo lo que vuestros sacerdotes enseñan. Decidme, ¿qué garantía me daríais en favor vuestro, si yo rompiera generosamente vuestras cadenas? ¿Con qué cerradura guardaría yo vuestra fidelidad, que no pudiera abrirla la llave de San Pedro? Sólo la fuerza es la seguridad, y no hay alianza posible con la raza de las víboras.

MARÍA.—¡Oh! ¡Triste y de mal agüero es vuestra sospe-

cha! Siempre me habéis mirado como á enemiga y extranjera. Si me hubieseis declarado heredera vuestra, como me corresponde de derecho, la gratitud y el afecto os hubiesen dado en mí una fiel amiga y hermana.

ISABEL.—Vuestra amistad, lady Estuardo, está fuera de este reino; vuestra familia es el papado, y vuestro hermano el fraile... ¡Declararos mi heredera! ¡Lazo engañoso! Para que, en vida mía, sedujerais á mis súbditos, como otra pérfida Armida, y atrajeráis á vuestras redes con astucia amorosa á los mancebos nobles de mi reino, para que todos se volbiesen hacia el nuevo astro, mientras yo...

MARÍA.—¡Reinad en paz! Yo renuncio á toda pretesión á vuestra corona... ¡Ay de mí! Paralizados están los vuelos de mi alma, y ya nada grande me lisonjea... Habéis logrado vuestro objeto, y yo soy sólo la sombra de María. En el largo desmayo de la cárcel se ha desvanecido mi noble orgullo... Me habéis reducido al último extremo, me habéis destruído en la flor de mi edad... ¡Acabad al fin, hermana! Decid, al cabo, cuál ha sido el propósito de vuestra venida, porque yo no puedo creer que lo hayáis hecho tan sólo para burlaros cruelmente de vuestra víctima. ¡Decidlo, pues! Decidme: «¡Sois libre, María! He ejercido hasta ahora mi poder; sabed hasta dónde llega mi generosidad!» Decidlo, y de buen grado consideraré mi vida y mi libertad como un presente recibido de vuestra mano... una palabra sola, y lo pasado se borra. Yo la espero. ¡Oh! ¡Que no la aguarde largo tiempo! ¡Ay de vos si no la pronunciáis, porque si ahora, oh hermana, no os separáis de mí como una divinidad gloriosa y benéfica...! Ni por toda esta rica región, ni por todos los países que abraza el vasto mar, quisiera yo presentarme á vuestra vista como os presentáis á la mía.

ISABEL.—¿Conque al fin os confesáis vencida? ¿Es efecto de vuestras tramas? ¿No hay ya en campaña asesino alguno? ¿No hay ya ningún aventurero, que ose arriesgar en favor

vuestro alguna triste hazaña de caballería?... ¡Sí; ya se acabó, lady María! ¡Ya no seduciréis á nadie! Otros cuidados preocupan al mundo. A nadie agrada ya ser vuestro... cuarto marido, porque dais la muerte á vuestros amantes, como á vuestros esposos.

MARÍA. (Indignada.)—¡Hermana, hermana! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Dáme sólo moderación!

ISABEL. (Después de mirarla largo rato con orgulloso desprecio.)—¡Esos, oh lord Leicester, son los encantos, que ningún hombre puede contemplar impunemente, superiores á los de todas las demás mujeres? ¡Parece imposible! A poca costa ha adquirido esa fama, porque sólo cuesta, para ser una beldad para todos, el pertenecer también á todos.

MARÍA.—¡Esto es demasiado!

ISABEL. (Sonriendo burlescamente.) — ¡Mostradnos ahora vuestro rostro verdadero, porque hasta ahora sólo hemos visto una máscara!

MARÍA. (Colérica, pero con noble dignidad.)—He cometido mis faltas, humanas y propias de la edad juvenil. El poder me sedujo, pero nada he ocultado bajo el velo del misterio, ni avergonzádome de manchar la grandeza soberana con falsos oropeles. El mundo conoce mis actos más vituperables, y puedo afirmar que soy mejor de lo que predica la fama. ¡Ay de vos el día en que se levante el manto de falso honor que vuestro disimulo arroja sobre el desenfrenado ardor de vuestros placeres prohibidos! No habéis heredado la honestidad de vuestra madre, porque harto sabemos cuáles son las virtudes que llevaron al cadalso á Ana Bolena.

SREWSBURY. (Interponiéndose entre ambas Reinas.)—¿A tal extremo habíamos de llegar, Dios del cielo? ¿Es eso moderación, es eso docilidad, lady María?

MARÍA.—¿Moderación? He sufrido cuanto puede sufrir un ser humano. ¡Adiós, pues, resignación de cordero! ¡Re-

fúgiate en otro mundo, dolorosa paciencia! ¡Rompe al fin las ataduras, sal de tu caverna, cólera largo tiempo reprimida! ¡Y tú, que al irritado basilisco dotaste de mirada mortal, pon en mi lengua el dardo emponzoñado!

SHREWSBURY.—¡Oh! ¡Está fuera de sí! ¡Perdonad á esa insensata, perdonad su ira extremada! (Isabel, muda de rabia, mira á María con ojos inflamados)

LEICESTER. (Muy inquieto, esforzándose en llevar de allí á Isabel.)—¡No escuchéis á esa furiosa! ¡Huyamos, huyamos de este lugar infausto!

MARÍA.—El trono de Inglaterra se ve manchado por una bastarda, y engañado el noble pueblo británico por una astuta hipócrita... Si rigiera la justicia, yaceríais ante mí en el polvo, porque yo sola soy vuestra Reina. (Isabel se va á paso rápido, y los lores la siguen en tropel.)

ESCENA V.

MARÍA Y ANA.

ANA.—¡Oh! ¿Qué habéis hecho? ¡Vase colérica! ¡Todo se acabó! ¡Se desvaneció la última esperanza!

MARÍA. (Fuera de sí.)—¿Que se va colérica? ¡Lleva la muerte en el corazón! (Abrazando á Ana.) ¡Oh, Ana, cuán grande es mi contento! ¡Al cabo, al cabo, tras años enteros de humillación, de dolores, llegó al fin el momento de la venganza, el momento del triunfo! El peso de una montaña no oprime ya mi alma. He hundido el puñal en el pecho de mi enemiga.

ANA.—¡Desventurada! El delirio os arrastra. Habéis ofendido á una mujer implacable. Ella dispone del rayo, es Reina y la habéis insultado ante su amante.

MARÍA.—La he escarnecido en presencia de Leicester. Él lo ha visto, ha asistido á mi triunfo; cuando la precipité desde su altura, estaba él allí, y su proximidad aumentaba mi energía.

ESCENA VI.

LOS MISMOS y MORTIMER.

ANA.—¡Oh, señor! ¡Qué resultado...

MORTIMER.—¡Todo lo he oído! (Hace señal á Ana de que se ponga de centinela y se acerca más. Toda su traza indica una pasión violenta é invencible.) ¡Habéis vencido! La habéis sumido en el polvo. ¡Erais la Reina, y ella la culpable! Vuestro valor me ha entusiasmado, y os adoro como á una deidad grande y gloriosa, puesto que tal sois para mí en este instante.

MARÍA.—¡Hablasteis con Leicester y le entregasteis mi carta y mi retrato?... ¡Responded, caballero!

MORTIMER. (Devorándola con los ojos.)—¡Qué esplendor os prestaba vuestra cólera, tan regia como noble! ¡Cuánto aumentaba vuestros encantos! ¡Sois la mujer más bella de mundo entero!

MARÍA.—¡Ruégos, caballero, que satisfagáis mi impaciencia! ¡Qué replicó milord? ¡Oh! decid, ¿qué puedo yo esperar?

MORTIMER.—¿Quién? ¿Él? ¡Un cobarde, un miserable! ¡Nada esperéis de él; despreciadlo, olvidadlo!

MARÍA.—¿Qué os dijo?

MORTIMER.—¿Salvaros él y poseeros? ¿Él á vos? ¿Osarlo tan solo? ¿Osarlo él? ¡Tendría que combatir conmigo á muerte!

MARÍA.—¿No le habéis entregado mi carta?... ¡Oh! entonces todo terminó.

MORTIMER.—Ese cobarde ama la vida. Quien quiera salvaros y llamaros suya, ha de abrazarse á la muerte con valor.

MARÍA.—¿Nada quiere hacer por mí?

MORTIMER.—No hablemos más de él. ¿Qué puede hacer, y para qué lo necesitamos? ;Yo me propongo libertaros, yo solo!

MARÍA.—¿Ay de mí! ¿Qué podéis hacer?

MORTIMER.—No os engañéis, como si vuestra situación actual fuese la misma que ayer. Atendiendo á la manera con que se separó la Reina de vos y terminó vuestra entrevista, todo se ha perdido, toda esperanza de clemencia acabó ya. Ahora es menester obrar; la audacia ha de decidir; hay que jugar el todo por el todo, y habéis de ser libre antes de aparecer el día de mañana.

MARÍA.—¿Qué decís? ¿Esta noche? ¿Es esto posible?

MORTIMER.—Oid lo que he resuelto. He reunido á mis compañeros en una capilla secreta. Un sacerdote nos ha confesado, y nos ha absuelto de todos los pecados cometidos, y de los que podamos cometer. Hemos recibido los últimos sacramentos, y estamos preparados para el viaje final.

MARÍA.—¡Oh! ¿Qué horribles preparativos?

MORTIMER.—Esta misma noche asaltamos el castillo. Las llaves están en mi poder. Matamos los centinelas, os arrancamos á la fuerza de vuestra prisión, y todos han de morir á nuestras manos, para que no quede nadie que pueda revelar el rapto.

MARÍA.—¿Y Drury y Paulet, mis carceleros? Ellos vertían más bien la última gota de su sangre...

MORTIMER.—Caerán los primeros, heridos por mi puñal.

MARÍA.—¿Cómo! ¿Vuestro tío, vuestro segundo padre?...

MORTIMER.—¡Morirá á mis manos! Yo le mataré.

MARÍA.—¡Sangriento crimen!

MORTIMER.—¡Me han absuelto de todos ellos! Me atrevo á cometer las mayores extremidades, y quiero hacerlo.

MARÍA.—¡Eso es horrible, es horrible!

MORTIMER.—¡Y asesinaré á la Reina, porque lo he jurado sobre la hostia consagrada!

MARÍA.—¡No, Mortimer! Antes que se derrame tanta sangre por mi causa...

MORTIMER.—¿Qué significa para mí la vida de todos los hombres, comparada con vos y con mi amor? Rómpanse los lazos que sujetan al orbe, y que un nuevo diluvio ahogue á cuanto respira... ¡Nada respeto ya! ¡Que llegue el fin del mundo antes que yo renuncie á vos!

MARÍA. (Retrocediendo.)—¡Dios mío! ¡Qué lenguaje, Señor!... ¡qué miradas!... ¡me asustan, me espantan!

MORTIMER. (Con ojos extraviados, y expresando un secreto delirio.)—La vida es un segundo de tiempo, y la muerte otro. ¡Que me lleven arrastrando á Tyburn! ¡que arranquen uno á uno mis miembros con tenazas ardiendo... (Acercándose á ella de repente con los brazos abiertos.) CON tal que yo te abrace, oh tú, amada por mí entrañablemente!...

MARÍA. (Retrocediendo.)—¡Atrás, insensato!

MORTIMER.—Ese pecho, esos labios que respiran amor..

MARÍA.—¡Por Dios, caballero! ¡Dejadme entrar!

MORTIMER.—Delira sin duda quien no retiene la dicha en un abrazo infinito, cuando Dios la pone á su alcance. Quiero salvaros, aunque me cueste diez vidas, y te salvaré, porque quiero, tan cierto como Dios existe, y lo juro, juro que quiero poseerte!

MARÍA.—¡Oh! ¡Ningún Dios, ningún ángel me protegerá. ¡Horrible destino el mío! Me llevas iracundo de un terror á otro. ¿He nacido tan solo para excitar el delirio? El odio y el amor ¿se han de conjurar para espantarme?

MORTIMER.—Sí; yo te amo con tanto ardor como ellos te odian. Quieren decapitarte, cortar con el hacha del verdugo ese cuello de blancura deslumbradora. Consagra, pues, al Dios, que alegra la vida, lo que ha de sacrificarse al odio sanguinario. Con estos encantos, que ya no son tuyos, bendice á tu dichoso amante. ¡Que los bellos rizos y el sedoso cabello, porción ya del sombrío poder de la muerte, sirvan para encadenar perpetuamente á tu esclavo!

MARÍA.—¡Oh! ¡Qué palabras me veo obligada á oír! Mi desdicha, mis sufrimientos, ya que no mi dignidad de Reina, debieran infundiros respeto.

MORTIMER.—La corona ha caído ya de tu cabeza, y nada te resta de tu majestad terrestre. Pero prueba á mandar; da tus órdenes, y verás si se presenta un salvador, un amigo. Sólo te queda tu rostro encantador y el poder divino de tu incomparable belleza, que me hace tentarlo y aventurarlo todo, y hasta someterme al hacha del verdugo.

MARÍA.—¡Oh! ¿Quien me librará de su furor?

MORTIMER.—Un servicio peligroso exige proporcionada recompensa. ¿Por qué vierte el valiente su sangre? La vida es el bien supremo, é insensato el que la prodiga vanamente. ¡Quiero antes descansar en tu ardoroso seno! (La estrecha con fuerza contra su pecho.)

MARÍA.—¡Oh! ¿Es menester que yo pida auxilio contra el hombre que ha de ser mi libertador?...

MORTIMER.—¡No eres insensible! El mundo no acusa tu frialdad, y la ferviente súplica del amor puede conmoverte. Tú hiciste feliz al cantor Rizio, y Bothwell supo seducirte.

MARÍA.—¡Temerario!

MORTIMER.—¡Sólo era tu tirano! Temblabas ante él cuando le amabas; pero si sólo el miedo puede conquistarte, ¡por el Dios del cielo!...

MARÍA.—¡Dejadme! ¿Estáis loco!

MORTIMER.—¡También temblarás ante mí!

ANA. (Entrando precipitadamente.)— ¡Alguien viene! ¡Que llegán! Gentes armadas llenan todo el jardín.

MORTIMER. (Reponiéndose, y empuñando su espada.)— Yo os defenderé.

MARÍA.—¡Oh Ana! ¡líbrame de sus manos! ¿En dónde encontraré yo, ¡ay de mí, desventurada! un lugar de refugio? ¿Qué santo invocaré? Aquí la violencia, allí la muerte. (Huye hacia la casa, seguida de Ana.)

ESCENA VII.

MORTIMER; PAULET y DRURY, que entran precipitadamente, fuera de sí. Su séquito acude también á la escena.

PAULET.—¡Cerrad las puertas! ¡Levantad los puentes!

MORTIMER.—Tío, ¿qué hay?

PAULET.—¿En dónde está la asesino? ¡Abajo con ella, al calabozo más oscuro!

MORTIMER.—Pero ¿qué hay? ¿qué sucede?

PAULET.—¡La Reina! ¡Malditas manos! ¡Osadía diabólica!

MORTIMER.—¡La Reina! ¿Qué Reina?

PAULET.—¡La de Inglaterra! ¡La han asesinado en las calles de Londres. (Entra corriendo en la casa.)

ESCENA VIII.

MORTIMER, y poco después OKELLY.

MORTIMER.—¿He perdido acaso el juicio? Ahora mismo, no acaba de pasar alguno, exclamando: «Han asesinado á la Reina?» No, no; estoy soñando. Mi fiebre me ofrece a los sentidos, como verdaderas y reales, las imágenes sombrías que ocupan mi mente. ¿Quién viene? Es Okelly. Tan asustado...

OKELLY. (Entrando precipitadamente.) — ¡Huid, Mortimer! ¡Huid! ¡Todo se ha perdido!

MORTIMER.—¿Qué se ha perdido?

OKELLY.—¡No preguntéis más! Pensad sólo en huir pronto.

MORTIMER.—¿Qué hay, pues?

OKELLY.—¡Sauvaje, el insensato, dió el golpe!

MORTIMER.—¿Es cierto?

OKELLY.—¡Verdad, verdad! ¡Oh! ¡Salvaos!

MORTIMER.—¡Ha muerto, y María subirá al trono de Inglaterra!

OKELLY.—¡Asesinada! ¿Quién lo ha dicho?

MORTIMER.—Vos mismo.

OKELLY.—¡Vive! Vos y yo estamos consagrados á la muerte.

MORTIMER.—¿Vive?

OKELLY.—Se erró el golpe; lo recibió su manto, y Shrewsbury desarmó al asesino.

MORTIMER.—¿Vive?

OKELLY.—Vive para perdernos á todos. ¡Venid, porque están ya cercando el parque!

MORTIMER.—¿Quién ejecutó esa acción insensata?

OKELLY.—El barnabita de Tolón, á quien visteis sentado pensativo, cuando el fraile pronunció el anatema lanzado contra la Reina por el Papa. Quiso emplear el medio más eficaz y breve para libertar con un golpe atrevido á la Iglesia de Dios, y ganar la corona del martirio. Sólo al confesor confió su secreto, y lo puso en práctica en el camino de Londres.

MORTIMER. (Después de largo silencio.)—¡Destino cruel y furioso te persigue, oh desdichada! Ahora... sí; ahora has de morir, porque tu ángel de la guarda prepara ya tu ruina.

OKELLY.—Decid, ¿á dónde huis? Yo corro á ocultarme en los bosques del Norte.

MORTIMER.—¡Huid, pues, y que Dios os guíe! Yo me quedo. Intentaré todavía salvarla; y si no lo logro, moriré sobre su féretro. (Vanse en distintas direcciones.)

ACTO IV

Una antesal

EL CONDE D'AUBESPINE, KENT y LEICESTER.

AUBESPINE.—¿Cómo está S. M.? Todavía, millores, me encuentro embargado por el horror. ¿Cómo ha sucedido esto? ¿Cómo, en medio del pueblo más fiel...?

LEICESTER.—El asesino no es inglés. Es un francés, un súbdito de vuestro Monarca.

AUBESPINE.—¡Sin duda un insensato!

KENT.—¡Un papista, Conde d'Aubespine!

ESCENA II.

Los mismos y BURLEIGH, en conversación con DAVISON

BURLEIGH.—Que se extienda al instante la orden de ejecución, y que se le ponga el selló. Cuando se haga, se llevará á la firma de la Reina. ¡Andad! No hay tiempo que perder.

DAVISON.—Se hará. (Vase.)

AUBESPINE. (Saliendo al encuentro de Burleigh.)—Milord, mi leal corazón comparte la justa alegría de esta isla. ¡Looado sea Dios, que ha apartado el puñal asesino de la cabeza de S. M.!

BURLEIGH.—Alabado sea, por haber confundido la maldad de nuestros enemigos.

AUBESPINE.—Castigue Dios al autor de tan criminal atentado.

BURLEIGH.—Al autor, y á su indigno instigador.

AUBESPINE. (A Kent.)—¿Agrada á V. E., lord mariscal, acompañarme á ver á S. M., para deponer humildemente á sus pies el testimonio de felicitación de mi señor y Rey?

BURLEIGH.—No os empeñéis, Conde d'Aubespine...

AUBESPINE. (Con oficiosidad.)—Sé, lord Burleigh, cuál es mi deber.

BURLEIGH.—Vuestro deber es abandonar esta isla cuanto antes.

AUBESPINE. (Retrocediendo admirado.)—¿Cómo? ¿Qué decís?

BURLEIGH.—Vuestra misión sagrada os protege hoy; mañana no.

AUBESPINE.—¿Y cuál es mi delito?

BURLEIGH.—Si lo declaro, no puede perdonarse.

AUBESPINE.—Espero, milord, que el derecho de gentes...

BURLEIGH.—Ampara... no la alta traicion.

LEICESTER Y KENT.—¡Ah! ¿Qué es esto?

AUBESPINE.—Milord, pensad que...

BURLEIGH.—Un pasaporte, escrito por vuestra mano, se ha encontrado en el bolsillo del criminal.

KENT.—¿Es posible?

AUBESPINE.—Firmo muchos pasaportes, pero no puedo leer en el corazón del hombre.

BURLEIGH.—El asesino confesó en vuestra casa.

AUBESPINE.—Mi casa está abierta...

BURLEIGH.—Para todos los enemigos de Inglaterra.

AUBESPINE.—¡Pido que se haga una información!

BURLEIGH.—¡Temedla!

AUBESPINE.—En mí es ultrajado mi Soberano, y romperé la alianza celebrada.

BURLEIGH.—La Reina la ha roto ya, é Inglaterra no se unirá con Francia. Milord Kent, os encargáis de custodiar al Conde hasta la mar. El pueblo, en rebelión, ha asaltado su domicilio, en donde se encontró un arsenal completo de armas; amenaza hacerlo pedazos si se presenta. Ocultadlo, pues, hasta que se calme su ira. Respondéis de su vida.

AUBESPINE.—Me voy, y abandono este país, en donde se escarnece el derecho de gentes, y se burlan de los tratados... mi Rey tomará sangrienta venganza...

BURLEIGH.—¡Que venga á buscarla! (Vanse Kent y Aubespine.)

ESCENA III.

LEICESTER Y BURLEIGH.

LEICESTER.—Así desatáis otra vez los lazos, que anudasteis con tanto empeño por vuestra voluntad exclusiva. Poco, milord, os agradecerá Inglaterra el trabajo inútil que empleasteis.

BURLEIGH.—Mi objeto era loable. Dios ha dispuesto otra cosa. Dichoso aquel que no ha cometido yerro más grave.

LEICESTER.—Se conoce el aire misterioso de Cecil, cuando persigue un crimen contra el Estado... Ahora, milord, es el momento propicio para vos. Se ha cometido un crimen monstruos y velo del secreto envuelve todavía á sus autores. Se iniciará un proceso para averiguado. Se exa-

minarán palabras y gestos, y hasta los pensamientos se pesarán por la justicia. Sois en tales casos el hombre importante, el atlas del Estado, y toda Inglaterra descansa en vuestros hombros.

BURLEIGH.—Conozco, milord, que sois mi maestro. La victoria lograda por vuestra elocuencia es superior á todas las mías.

LEICESTER.—¿Qué queréis decir?

BURLEIGH.—¿No habéis sido, pues, quien, ignorándolo yo, os habéis dado traza de atraer á la Reina á Fotheringhay?

LEICESTER.—¿Ignorándolo vos? ¿Cuándo os he ocultado nada por miedo?

BURLEIGH.—¿No habéis llevado á la Reina á Fotheringhay? Pero no. Vos no la llevasteis... Fué la Reina tan complaciente que os llevó.

LEICESTER.—¿Qué os proponéis al decir eso, milord?

BURLEIGH.—¡Brillante papel habéis hecho representar á la Reina! ¡Glorioso triunfo le habéis preparado! ¡Y por fiarse de vos!... ¡Bondadosa Princesa! ¡Cuán descaradamente se han mofado de tí! ¡Cómo te han sacrificado sin misericordia!... ¿Es esta la magnanimidad y la dulzura, que invocasteis de repente en el Consejo? ¡He aquí por qué la Estuardo era una enemiga tan débil y despreciable, que no merecía la pena de mancharse con su sangre! ¡Plan hábil! ¡Donosa traza! ¡Lástima sólo que tan afilada punta se embotase!

LEICESTER.—¡Necio! ¡Seguidme inmediatamente! Me daréis satisfacción de vuestras palabras ante el trono de la Reina.

BURLEIGH.—Allí me encontraréis... y cuidado, milord, que no os falte allí vuestra elocuencia. (Vase.)

ESCENA IV.

LEICESTER solo, y luego MORTIMER.

LEICESTER.—Me han conocido; adivinaron mis propósitos... ¿Cómo ese desdichado ha seguido mis pasos? ¡Ay de mí, si tiene algunas pruebas! Si llega á saber la Reina que María y yo nos entendemos... ¡Dios mío! ¡Cuán culpable no he de parecerle! ¡Cuán falaz, cuán solapado no se juzgará mi consejo de llevarla á Fotheringhay! Creerá que me he burlado horriblemente de ella, y que le he hecho traición por su odiada enemiga! ¡Oh! ¡Nunca, nunca lo perdonará! ¡Todo le parecerá premeditado, hasta el amargo giro de esta entrevista, y el triunfo, y la risa burlona de su rival! ¡Sí; hasta la mano misma del asesino, sangrienta y terrible, que un destino inesperado y cruel ha mezclado en todo esto, se estimará como obra mía! No veo medio alguno de salvación. ¡Ah! ¡Quién viene?

MORTIMER. (Que llega muy conmovido, y mira asustado alrededor.)—¡Conde Leicester! ¿Sois vos? ¿Estamos sin testigos?

LEICESTER.—¡Fuera de aquí, desventurado! ¿Qué buscáis?

MORTIMER.—Siguen nuestro rastro y el vuestro también. ¡Vivid alerta!

LEICESTER.—¡Fuera, fuera!

MORTIMER.—Se sabe que en la casa del Conde d'Aubespierre se ha celebrado un conciliábulo...

LEICESTER.—¿Y qué me importa?

MORTIMER.—Y han preso al asesino...

LEICESTER.—Es cuenta vuestra. ¡Qué temeridad! ¡Por

qué razón habéis de mezclarme en vuestros crímenes sangrientos? Defended vosotros solos vuestras acciones censurables.

MORTIMER.—Pero escuchadme siquiera.

LEICESTER. (Con profunda ira.)—¡Idos al infierno! ¿Por qué habéis de seguir todos mis pasos como un espíritu infernal? ¡Lejos de aquí! Yo no os conozco, ni tengo que ver nada con asesinos.

MORTIMER.—No queréis escucharme. Vengo á advertiros que también os han descubierto.

LEICESTER.—¡Ah!

MORTIMER.—El Gran Tesorero estuvo en Fotheringhay sin perder un instante, después de ese suceso malhadado; registraron escrupulosamente la habitación de la Reina, y encontraron en ella...

LEICESTER.—¿Cómo?

MORTIMER.—El principio de una carta, dirigida á vos.

LEICESTER.—¿Desventurada!

MORTIMER.—En la cual os exhorta á que cumpláis vuestra palabra; os promete de nuevo su mano; os recuerda el envío de su retrato...

LEICESTER.—¡Muerte y condenación!

MORTIMER.—Lord Burleigh la tiene en su poder.

LEICESTER.—¡Soy hombre perdido! (Paséase precipitadamente, lleno de angustia, mientras le habla Mortimer.)

MORTIMER.—¡Aprovechad la ocasión! ¡Prevenidla! ¡Salvaos y salvadla!... ¡Jurad que no sois culpable, inventad excusas, ahuyentad la más deplorable desgracia! Nada puedo hacer yo. Mis compañeros se han dispersado, y nuestra conjuración se ha disuelto. Yo me dirijo apresuradamente á Escocia para reunir allí nuevos amigos. Os toca ahora ensayar lo que puede vuestra influencia y vuestra osadía.

LEICESTER. (Que se detiene como si le ocurriera una idea re-

entina.)—¡Así lo haré! (Vase hacia la puerta, la abre y grita.)
 ¡Hola, guardias! (Al oficial, que entra con hombres armados.)
 ¡Prended á este enemigo del Estado, y custodiadlo bien! ¡Se
 ha descubierto la conspiración más infame! ¡Yo mismo voy
 á anunciarlo á la Reina! (Vase.)

MORTIMER. (Que se queda al pronto estupefacto, reanimándose después, y mirando á Leicester con el mayor desprecio.)—¡Ah, infame!... ¡Y, sin embargo, lo merezco! ¿Quién me obligó á fiarme de un miserable? Huéllame ahora, porque mi ruina es su puente de salvación... ¡Sálvate, pues! Mis labios no te descubrirán, porque no quiero arrastrarte en mi caída. Ni para morir necesito tu ayuda. La vida es el único bien del malvado. (Al oficial de guardia, que se acerca para prenderlo.)
 ¡Qué te propones, vil esclavo, vendido á la tiranía? ¡Me burlo de tí, y soy libre! (Sacando un puñal.)

EL OFICIAL.—Está armado... ¡quitadle su puñal! (Lo rodean, y él se defiende)

MORTIMER.—¡Y libre en mi último instante, abriré mi corazón y daré suelta á mi lengua! ¡Muerte y maldición sobre vosotros, traidores á vuestro Dios y á vuestra verdadera Reina! Desleales os separais de la María de la tierra y de la del cielo, y os vendéis á una Reina bastarda...

EL OFICIAL.—¿Oís sus blasfemias? ¡Ea! ¡Prendedlo ya!

MORTIMER.—¡Oh, amada mía! No he podido librarte, pero te probaré mi valor varonil. ¡Divina María, ruega por mí, y llámame á tu lado en el cielo! (Se hiere con su puñal, y cae en los brazos de los guardias.)

ESCENA V.

Aposento de la Reina.

ISABEL, con una carta en la mano, y BURLEIGH.

ISABEL.—¡Llevarme allí! ¡Burlarse así de mí! ¡Proporcionar á mi costa ese triunfo á mi rival! ¡Oh! ¡Jamás, oh Burleigh, se ha engañado tan infamemente á mujer alguna!

BURLEIGH.—Aun no he llegado á comprender cómo lo ha conseguido, qué artificios, qué poder mágico ha empleado para sorprender tan completamente la discreción de mi Reina.

ISABEL.—¡Oh! ¡Yo muero de vergüenza! ¡Cuánta mofa habrá hecho de mi debilidad! ¡Cref humillarla, y fui yo misma el blanco de su escarnio!

BURLEIGH.—Ahora estimaréis el valor de mis consejos.

ISABEL.—¡Oh! Cruel ha sido mi castigo por no haberlos seguido. Y ¿por qué no darle crédito? ¿Cómo ver en tan tiernos juramentos de amor un lazo pérfido? ¿De quién fiarme, si él me vende? ¡Cuando yo lo he elevado sobre todos los grandes, el preferido por mí, y permitiéndole que en mi corte fuera el primero, casi un rey!

BURLEIGH.—¡Y, al mismo tiempo, os hacfa traición por esa falsa Reina de Escocia!

ISABEL.—¡Oh! ¡Me lo pagará con su sangre!... Decidme, ¿la sentencia se ha extendido ya?

BURLEIGH.—Está preparada como ordenasteis.

ISABEL.—¡Ha de morir! ¡Él la verá sucumbir, y la seguirá después! Lo he arrancado de mi corazón. Desvaneci6se mi amor, y queda sólo la venganza. ¡Que desde su altura sea

más profunda y vergonzosa su caída! ¡Que sea el símbolo de mi rigor, como lo ha sido de mi debilidad! ¡Que lo lleven á la Torre; elegiré los pares que han de juzgarlo! ¡Que se le apliquen las leyes más severas!

BURLEIGH.—Se dará traza de veros, y justificarse.

ISABEL.—¿Cómo se ha de justificar? ¿No lo condena esta carta? ¡Oh! Su delito es tan claro como la luz.

BURLEIGH.—Pero sois buena y compasiva. Su aspecto, el influjo de su presencia...

ISABEL.—No quiero verlo. No; ¡nunca más! ¿Habéis dado la orden de que se vuelva si viene?

BURLEIGH.—Así se ha ordenado.

UN PAJE. (Que entra.) — ¡Milord Leicester!

ISABEL.—¡Indigno! No quiero verlo. Decidle que no quiero verlo.

EL PAJE.—No me atrevo á decirselo, y además no me creería.

ISABEL.—¿A tal punto le he engrandecido, que mi mismo servidor lo teme más que á mí?

BURLEIGH. (Al Paje.) — La Reina prohíbe que la vea. (El Paje se va vacilando.)

ISABEL. (Después de un momento de silencio.)—Pero si fuese eso posible... Si pudiera justificarse... Decidme, ¿no podría ser todo ello un lazo, tendido por María, para separarme de mi más fiel servidor? ¡Oh! Ella es una redomada maestra en intrigas. ¿Si habrá escrito sólo la carta para infundir en mi corazón ponzoñosa sospecha, y, porque lo aborrece, precipitarlo en la desdicha...?

BURLEIGH.—Pero reflexionad, señora...

ESCENA VI.

Los MISMOS, y LEICESTER.

LEICESTER. (Que abre con ímpetu la puerta, y entra con imperio.) Quiero yo saber quién es el desvergonzado que me cierra el aposento de mi Reina.

ISABEL.—¡Hola! ¡Atrevido!

LEICESTER.—¡Rechazarme á mí! Si está visible para un Burleigh, también lo está para mí.

BURLEIGH.—Sois bien osado para entrar aquí sin permiso.

LEICESTER.—Y vos muy temerario, milord, para hablar ahora aquí. ¡El permiso! ¡No faltaba más! Nadie hay en esta corte con facultades bastantes para conceder ó negar la entrada á lord Leicester. (Acercándose humildemente á Isabel.) Que oiga yo de los mismos labios de mi Reina...

ISABEL. (Sin mirarlo.)—¡Retiraos de mi vista, miserable!

LEICESTER.—Al oír estas palabras ásperas, no las atribuyo á mi bondadosa Isabel, sino al lord mi enemigo... Yo apelo de ellas á mi Isabel... ya que lo escucháis, igualadme á él.

ISABEL.—¡Hablad, infame! ¡Agravad vuestro delito! ¡Negadlo!

LEICESTER.—Que se vaya primero este importuno... Alejaos, milord... Para lo que he de hablar á la Reina, no necesito testigos. ¡Andad!

ISABEL. (A Burleigh.)—¡Quedaos! ¡Yo lo mando!

LEICESTER.—¿Qué necesidad hay de un tercero en discordia entre vos y yo? Me dirijo á mi adorada Reina... Ejercicio los derechos, que me corresponden... ¡Y son dere-

chos sagrados! É insisto en ellos, para que milord se vaya.

ISABEL.—¡Os conviene, á fe mía, usar ese lenguaje orgulloso!

LEICESTER.—Sí, por Dios, porque soy el hombre afortunado á quien habéis concedido el privilegio insigne de vuestro favor, distinción que me enaltece sobre él y sobre todos. Vuestro corazón me ha dado ese alto rango, y lo que el amor me ha prestado, sabré ¡por el cielo! conservarlo á costa de mi vida... Bástanme sólo algunos instantes para que me entendáis.

ISABEL.—Esperais en vano engañarme con vuestras palabras astutas.

LEICESTER.—Os engañaría quizás ese retórico; pero yo hablaré á vuestro corazón, y cuanto me aventuré á hacer, confiado en vuestro favor, es solo suficiente para justificarme... El tribunal único, que ha de juzgarme, es vuestra inclinación.

ISABEL.—¡Desvergonzado! Justamente eso es lo que os condena primero... ¡Mostradle la carta, milord!

BURLEIGH.—¡Hela aquí!

LEICESTER. (Que la lee sin inmutarse.)—Es de puño y letra de la Estuardo.

ISABEL.—¡Leedla y llenaos de confusión!

LEICESTER. (Tranquilo, después de leerla.)—Las apariencias me condenan; pero ¿puedo acaso confiar en que no se me juzgue por ellas?

ISABEL.—¿Podéis negar que habéis tenido relaciones secretas con la Estuardo, que habéis recibido su retrato, y que le habéis dado esperanzas de libertarla?

LEICESTER.—Me sería fácil, si me creyera culpable, rechazar el testimonio de mi enemiga. Pero mi conciencia no me acusa, y confieso que ha escrito la verdad.

ISABEL.—¿Y entonces, desdichado...?

BURLEIGH.—¡Él mismo se condena!

ISABEL.—¡Lejos de mí ¡A la Torre... traidor!

LEICESTER.—No lo soy. He faltado, ocultándoos esto, pero mi propósito era loable, puesto que sólo tendía á averiguar cuáles eran las intenciones de vuestra enemiga; y á perderla de este modo.

ISABEL.—¡Triste derrota!

BURLEIGH.—¡Cómo, milord! ¡Creéis...

LEICESTER.—Mi juego ha sido arriesgado, constándome que solo el Conde de Leicester podría acometerlo en esta corte. Todo el mundo sabe que odio á la Estuardo. El rango que tengo, la confianza que la Reina me dispensa, han de desvanecer cualquiera duda sobre la rectitud de mi conducta. Bien podía el hombre distinguido entre todos por vuestro favor, distinguirse también por su osadía, y cumplir su deber.

BURLEIGH.—Pero ¿á qué callar, si vuestro designio era bueno?

LEICESTER.—Tenéis por costumbre, oh milord, hablar antes de obrar, y sois la campana que anuncia vuestras propias acciones. Tal es vuestro hábito. El mío, al contrario, es obrar primero y hablar después.

BURLEIGH.—Y habláis ahora, porque la necesidad os obliga.

LEICESTER. (Mirándolo con desprecio y orgullo, de pies á cabeza.) —Y os alabáis de haber llevado á término una empresa maravillosa, de haber salvado á vuestra Reina, de haber desenmascarado la traición... Creéis saberlo todo, que nada escapa á vuestra vista perspicaz... ¡pobre fanfarrón! A pesar de vuestra vigilancia, hoy mismo estaría libre María Estuardo, si yo no lo impidiera.

BURLEIGH.—¡Hubieseis acaso...?

LEICESTER.—¡Yo, milord! La Reina se había fiado de Mortimer; le reveló su secreto, y tan lejos fué, que le confió una sangrienta comisión contra María, por haberla re-

charado su tío con horror... Decid, ¿no es verdad? (La Reina y Burleigh se miran asombrados)

BURLEIGH.—Y ¿cómo llegasteis á saber...?

LEICESTER.—Pero ¿no es así?... Ahora bien, milord: ¿en dónde estaban vuestros ojos de Argos, cuando no veáis que ese Mortimer os engañaba? ¿que era un papista fanático, instrumento de los Guisas, criatura de María Estuardo, entusiasta, osado y valiente, que había venido para libertarla, asesinar á la Reina...?

ISABEL. (Con la mayor sorpresa.)—¿Ese Mortimer?...

LEICESTER.—Era el intermediario entre María y yo, y lo conocí con este motivo. Hoy debía salir ella de su prisión á viva fuerza, según me ha dicho él mismo. Hice que lo prendieran, y desesperado, al considerar que encallaba en su empresa y que sería descubierto, se suicidó.

ISABEL.—¡Oh! Me han engañado de un modo inaudito... Ese Mortimer...

BURLEIGH.—Y eso ¿ha sucedido ahora? ¿poco después de separarnos?

LEICESTER.—Mucho he lamentado, por lo que me interesa, que haya muerto así. Su testimonio, en vida, me exculparía por completo, y me libraría de toda sospecha. Por esta razón quería ponerlo en manos de la justicia. Un proceso, muy severo en sus trámites, hubiese demostrado mi inocencia ante todo el mundo.

BURLEIGH.—¿Decís que se suicidó? ¿Se mató con sus propias armas, ó lo matasteis vos?

LEICESTER.— ¡Indigna sospecha! Que lo pregunten á los guardias, á quienes lo entregué. (Va á la puerta, y llama, y entra el Oficial.) Contad á S. M. lo que ha pasado con Mortimer.

EL OFICIAL.—Yo estaba de guardia en la antesala, cuando milord abrió las puertas de repente, y me mandó prender á un caballero, por delito de alta traición. Vimos-

lo después enfurecerse, sacar un puñal, y maldiciendo a la Reina horriblemente, y sin que pudiéramos evitarlo, atravesarse el pecho, y caer en tierra muerto...

LEICESTER.—;Está bien! Podéis retiraros, caballero. Es lo que deseaba saber la Reina. (Vase el Oficial.)

ISABEL.—;Oh! ¡qué horroroso abismo!

LEICESTER.—¿Quién ha sido, pues, vuestro salvador? ¿Milord Burleigh? ¿Conocía siquiera el peligro que os amenazaba? ¿Lo ha apartado de vuestra cabeza?... ¡Vuestro fiel Leicester ha sido vuestro ángel de la guarda!

BURLEIGH.—Conde: ese Mortimer ha muerto muy oportunamente para vos.

ISABEL.—No sé qué decir. Os creo, y no os creo. Os considero como culpable y como inocente. ¡Oh mujer odiosa que me traes tantos sinsabores!

LEICESTER.—;Es preciso que muera! Ahora pido yo mismo su muerte. Os aconsejé que suspendieseis la ejecución de la sentencia, hasta que se levantase en su ayuda un nuevo defensor. Ya llegó el momento... é insisto en que su suplicio se ejecute sin tardanza.

BURLEIGH.—¿Y vos lo aconsejáis? ¿Vos?

LEICESTER.—Por mucho que me repugne apelar á esos extremos, entiendo y juzgo que el bien de la Reina exige ese sacrificio cruento. Propongo, por tanto, que la orden para la ejecución se expida inmediatamente.

BURLEIGH. (A la Reina.)—Ya que milord se expresa tan leal y formalmente, opino que él se encargue del cumplimiento de la sentencia.

LEICESTER.—¿Yo?

BURLEIGH.—;Vos! No hay mejor medio de disipar las sospechas, que pesan sobre vuestra conducta, que vos mismo decapitéis á la que se os acusa de amar.

ISABEL. (Mirando fijamente á Leicester.)—El consejo de milord me agrada. ¡Que sea así, y no hablemos más!

LEICESTER.—La alteza de mi rango debiera eximirme de tan triste comisión... á todas luces más á propósito para un Burleigh que para mí. El que tan cerca se halla de la Reina, nunca debiera ser causante de desdichas. Sin embargo, para probar mi celo y contentar á mi Soberana, renuncio á las prerrogativas que corresponden á mi posición, y acepto ese odioso encargo.

ISABEL.—Lord Burleigh lo desempeñará también con vos. (A Burleigh.) Cuidad de que la orden se cumpla inmediatamente. (Vase Burleigh; óyese fuera tumulto.)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, y el CONDE DE KENT

ISABEL.—¿Qué sucede, milord de Kent? ¿Qué sedición estalla en la ciudad?... ¿Qué es?

KENT.—Es el pueblo, oh Reina, que rodea al palacio. Pide á voces veros.

ISABEL.—Y ¿qué desea mi pueblo?

KENT.—Ha circulado en Londres el rumor horrible de que vuestra vida está en peligro, y que os amenazan asesinos, enviados por el Papa; que los católicos se han conjurado para sacar por fuerza á la Estuardo de la cárcel, y proclamarla reina. El populacho lo cree, y está furioso. Sólo la decapitación de la Estuardo, que ha de ejecutarse hoy, podrá calmarlo.

ISABEL.—¿Qué decís? ¿Intentarán obligarme á ello?

KENT.—Están resueltos á no retirarse hasta que hayáis firmado la sentencia.

ESCENA VIII.

Los mismos, y BURLEIGH y DAVISON, con un escrito.

ISABEL —¿Qué traéis, Davison?

DAVISON. (Acercándose con gravedad.)—Habéis ordenado, oh Reina...

ISABEL. — ¿Qué es esto? (Al tomar el escrito, tiembla y retrocede.) ¡Oh, Dios mío!

BURLEIGH.—Obedeced á la voz del pueblo, que es la voz de Dios.

ISABEL. (Vacilante, y en lucha consigo misma.)— ¡Oh, lores míos! ¿Quién será capaz de decirme, si la voz, que oigo, es la de todo mi pueblo, la voz del mundo? ¡Ah! ¡Cuánto temo, si obedezco á la voz de la muchedumbre, oir otra voz más espantosa, muy diversa... sí; que los mismos que ahora me obligan á la fuerza á ejecutar una acción, sean, después de consumada, los más severos en censurarla!

ESCENA IX.

Los mismos, y el CONDE DE SHREWSBURY.

SHREWSBURY. (Que se presenta muy agitado.)—¡Intentan precipitaros, oh Reina! ¡Resistid, resistid con firmeza! (Al ver á Davison con el escrito.) ¡Pero se ha hecho ya? ¡Es cierto? Observo un malhadado papel en esas manos. No conviene presentarlo ahora á la vista de nuestra Soberana.

ISABEL.—¡Me hacen violencia, oh noble Shrewsbury!

SHREWSBURY. — ¿Cómo ha de ser eso posible? Sois nuestra Reina, y esta es ocasión de demostrar vuestro poder. Imponed silencio á esas voces bárbaras, que osan forzar vuestra regia voluntad, y sobreponerse á vuestro juicio. El miedo, la ciega insensatez mueven al pueblo, y Vuestra Majestad misma esta fuera de sí, vivamente irritada, porque sois mortal al cabo, y no podéis juzgar ahora con libertad.

BURLEIGH. — La sentencia se ha pronunciado largo tiempo hace. No se trata ya de decretar ninguna sentencia, sino de ejecutarla.

KENT. (Que se ha alejado al entrar Shrewsbury, y que vuelve.) — El motín crece, y no se podrá contener.

ISABEL. (A Shrewsbury.) — ¿Veis cómo me obligan?

SHREWSBURY. — Sólo pido un plazo. Esa plumada decide de vuestra paz y de vuestra vida. Después de reflexionarlo tanto años, ¿ha de arrastraros un momento de ceguera? ¡Sólo un corto plazo! Reanimaos, y aguardad otra hora más tranquila.

BURLEIGH. (Conmovido.) — Esperad, dilatadlo, diferidlo, hasta que arda todo el reino, hasta que vuestra enemiga prospere y realice su proyectado asesinato. Por tres veces os ha salvado la mano del Altísimo. Hoy mismo ha estado cerca de vos; pero esperar otro milagro más, es tentar al Hacedor.

SHREWSBURY. — El Dios, que os ha salvado cuatro veces maravillosamente, el que hoy infundió vigor bastante en el brazo de un débil anciano para vencer á un furioso... ¡merece confianza! No quiero invocar en voz alta los fueros de la justicia, porque no es ésta la ocasión, y las circunstancias extraordinarias, que os rodean, no os permiten escucharla. Pero oid sólo esto. Tembláis ahora ante esa María con vida. No hay que temerla viva. La temible será la muerta, la decapitada. Se alzaré de su sepulcro, nueva

Diosa de la discordia, y como espíritu de venganza recorrerá vuestros dominios, y apartará de su Reina el corazón del pueblo. El inglés odia ahora á esa mujer, á quien teme, y la vengará cuando ya no exista. No será ya para él la enemiga de su religión, sino sólo la hija de sus soberanos, la víctima del odio y de los celos, y entonces la llorará, en vez de condenarla. Pronto observaréis el cambio. Recorred á Londres, después que se ejecute ese sangriento suplicio; mostraos al pueblo, que antes se deshacía en vítores al veros, y contemplaréis otra Inglaterra, otro pueblo distinto, que no os mirará ya rodeada de esa suprema justicia que gana todos los corazones. El miedo, el horrible compañero de la tiranía, os precederá, y dejará desiertas las calles. Habréis llegado á lo último, al extremo más inaudito. ¿Qué cabeza se creará segura, si cae esa sagrada?

ISABEL.—¡Ay de mí, Sbrewsbury! Hoy me habéis salvado la vida, librándome del puñal del asesino... ¿Por qué lo hicisteis? Así habría terminado mi carrera; y no culpable, y al abrigo de toda duda, descansaría tranquila en mi tumba. ¡Harta estoy ya, en verdad, de la vida y del reino! Si una de las dos Reinas ha de perecer, para que la otra exista... y confieso que no es posible otra cosa... ¿por qué no he de ser yo la que ceda el puesto? Mi pueblo puede elegir, porque yo le devuelvo sus poderes. Dios es testigo de que no he vivido para mí, sino sólo para hacer la dicha de mis súbditos. Si aguarda días más felices de esa seductora Estuardo, de esa Reina joven, bajo contenta del trono, y regreso á mi antiguo retiro de Woodstock, en donde pasé mi juventud sin pretensiones, y en donde, lejos del bullicio de las grandezas mundales, encontraba en mí misma cuanto deseaba... No sirvo para Reina. El Monarca ha de tener un corazón duro, y el mío no lo es. Largo tiempo he gobernado esta Isla con fortuna, porque sólo dispensaba

el bien. Por primera vez he de cumplir un deber riguroso, y conozco mi impotencia...

BURLEIGH. — Cuando yo, ¡por vida de Dios! me veo obligado á oír de los labios de mi Reina palabras tan impropias de su supremo rango, haría traición á mi conciencia, y también á mi patria, si callara... Decís que amáis á vuestro pueblo más que á vos misma. ¡Probadlo, pues! No busquéis vuestra tranquilidad personal, abandonando el reino á terribles borrascas... ¡Pensad en la Iglesia! ¡Volverán con esa Estuardo las añejas supersticiones? ¡Reinarán de nuevo los frailes, y vendrá el legado de Roma para cerrar nuestros templos y destronar nuestros Reyes?... Os hago responsable de la paz de todos vuestros súbditos... Según sea vuestra conducta, se salvarán ó se perderán. No es ésta ocasión de hacer alarde de compasión mujeril, porque el bienestar de vuestro pueblo es vuestro más sagrado deber. Si Shrewsbury os ha librado de la muerte, yo quiero libertar á Inglaterra... ¡Esto vale más!

ISABEL. — Dejadme entregada á mí misma. Los hombres no aconsejan ni consuelan en estos momentos críticos. Los someto al Juez Supremo. Haré lo que me inspire. ¡Alejaos, milores! (A Davison.) Vos, caballero, quedaos á mi alcance. (Vanse los lores: solo Shrewsbury permanece algunos instantes ante la Reina, mirándola con intención, y después se retira lentamente, presa del más acerbo dolor.)

ESCENA X.

ISABEL, sola.

ISABEL. — ¡Oh esclavitud popular! ¡Vergonzosa servidumbre!... ¡Cuán harta estoy de adular á ese ídolo, que desprecio en mi interior! ¡Cuándo me verá libre en este

trono? He de respetar la opinión, conquistar las alabanzas de la multitud, y ser justa con ese populacho, á quien sólo agradan los juglares. ¡Oh! No es Rey el que ha de complacer á todos. Sólo lo es quien no necesita que los hombres aprueben su conducta.

¿Por qué he practicado la justicia, y odiado la arbitrariedad, durante mi vida? ¿Por qué me he atado las manos, para cometer esta mi primera é inevitable violencia? El ejemplo que dí me condena. Si yo fuera tiránica, como la española María, mi antecesora en el solio, podría ahora sin censuras derramar sangre de reyes. Pero ¿he sido justa por mi propia y libre elección? La todopoderosa necesidad, que obliga también á la voluntad de los Soberanos, me ha impuesto esa virtud.

Cercada de enemigos, sólo el favor popular me ha sostenido sobre el trono disputado. Todas las potencias del continente se esforzaban en derribarme. El Papa, irreconciliable, me excomulga; Francia, fingiendo amor fraternal, me hace traición; y España prepara contra mí guerra abierta marítima, de rabia y de exterminio. Así yo, débil mujer, lucho contra el mundo. Eminentemente virtudes han de suplir mi falta de derechos, y borrar la mancha de mi nacimiento, anatematizado por mi mismo padre. Pero todo cae vano... El odio de mis adversarios lo descubre, y frente á mí se presenta siempre ese espectro de la Estuardo, sin cesar amenazándome.

¡No! Ese tenor ha de cesar al fin. Su cabeza ha de caer. Quiero vivir en paz... Ella es el tormento de mi vida; un espíritu vengador, suscitado contra mí por el destino. En donde espero una alegría, en donde fundo una esperanza, encuentro á mi paso esa serpiente del infierno. Róbame mi amante, me arrebatara mi prometido. María Estuardo es el nombre de todas las desdichas que me rodean. En cuanto sea borrada del catálogo de los vivos, seré libre, como el

aire en las alturas. (Cállase un momento.) ¡Con qué sarcasmo me miró de soslayo, como si su mirada hubiera de aniquilarme como el rayo! ¡Imbécil! ¡Yo empleo mejores armas, porque su herida es mortal, y dejarás de existir! (Acercándose á la mesa con rapidez, y cogiendo una pluma.) ¡Soy una bastarda para tí?... ¡Desventurada! Lo soy sólo mientras vivas y respires. Las dudas sobre la legitimidad de mi nacimiento desaparecerán en cuanto tú desaparezcas. Cuando el inglés no pueda hacer otra elección, habré nacido en tálamo legítimo. (Firma de una plumada repentina y segura; deja caer la pluma, y retrocede horrorizada. Después de una breve pausa, llama.)

ESCENA XI.

ISABEL, y DAVISON.

ISABEL.—¿En dónde están los otros lores?

DAVISON.—Han ido á aplacar al pueblo sublevado. El tumulto cesó en el instante en que se presentó el Conde de Shrewsbury. «¡Ese es! ¡Ese es!» clamaron cien voces, «el que salvó á la Reina, el hombre más respetable de Inglaterra.» Entonces habló el noble Talbot, y reconvino al pueblo con dulzura, por su conducta violenta, expresándose con tal energía, que todos se calmaron y dejaron tranquilos la plaza.

ISABEL.—¡Inconstante muchedumbre, que se trueca como el viento! ¡Ay de aquel que se apoye en esa caña!... ¡Está bien, Davison! ¡Podéis retiraros! (Al volverse aquél hacia la puerta.) Y este papel... tomadlo... en vuestras manos lo pongo.

DAVISON. (Mirando el papel, y estremeciéndose.) — ¡Oh Reina! Vuestro nombre! ¡Lo habéis resuelto?

ISABEL.—Debía firmar, y he firmado. Una hoja de papel, sin embargo, nada decide, y un nombre no mata.

DAVISON.—Vuestro nombre, oh Reina, al pie de este escrito, lo decide todo; mata, es un rayo del cielo, de alas rápidas... Este papel ordena á los comisarios y al sherif, que se encaminen inmediatamente á Fotheringhay á buscar á la Reina de Escocia, para anunciarle la muerte, y que mañana, al rayar el día, la decapiten. No se fija plazo alguno, y sólo vivirá mientras no salga esta orden de mis manos.

ISABEL.—¡Sí, caballero! Dios confía á vuestras débiles manos un asunto grave é importante. ¡Rogadle que os ilumine con su sabiduría! Me voy, y os abandono á vuestro deber. (Hace ademán de irse.)

DAVISON. (Deteniéndola.)—¡No, Reina mía! No me dejéis hasta no declararme vuestra voluntad. ¿De qué sabiduría necesito, si cumplo vuestra orden á la letra?... ¿Ponéis este papel en mis manos, para que yo ejecute con rapidez lo que ordena?

ISABEL.—Obraréis según os dicte vuestra prudencia.

DAVISON. (Interrumpiéndola con prontitud, y asustado.)—¡No según mi prudencia! Libreme de ello Dios. Toda mi prudencia es obedecer. Vuestro servidor nada tiene que decidir aquí. El error más insignificante causaría en esto un regicidio, una desdicha, tan grande como irreparable. Permitidme que, en este gravísimo asunto, sea yo tan sólo ciego instrumento de vuestra voluntad. Explicadme con claridad vuestro propósito. ¿Qué se ha de hacer con esta orden sanguinaria?

ISABEL.—Su nombre lo dice.

DAVISON.—¿Ha de cumplirse, pues, al punto?

ISABEL. (Vacitando.)—No digo eso, y tiemblo sólo en pensarlo.

DAVISON.—¿Queréis, por tanto, que la guarde algún tiempo?

ISABEL. (Con viveza.)—A vuestro riesgo. ¿Sois responsable de las consecuencias!

DAVISON.—¿Yo? ¿Santo Dios!... Decid, Reina, ¿qué deseáis?

ISABEL. (Impaciente.)—Deseo no pensar más en este malhadado asunto, y tranquilizarme de una vez, y para siempre.

DAVISON. — Sólo os costará pronunciar una palabra. ¡Oh! ¡Hablad; decid lo que se ha de hacer con esta orden!

ISABEL.—¡Ya lo he dicho! No me atormentéis más.

DAVISON.—¿Que lo habéis dicho? A mí nada me habéis dicho... ¡Oh! ¡Ruego á mi Soberana que lo recuerde bien!

ISABEL. (Dando con el pie en el suelo.)—¡Esto es insufrible!

DAVISON. — Tened compasión de mí. Desempeño este cargo hace pocos meses. No conozco el lenguaje de la corte y de los Reyes... Mi educación ha sido muy sencilla. ¡Tened, pues, paciencia con vuestro criado! No seáis avara de órdenes, que han de instruirme y poner en claro mi obligación. (Acércase con ademán suplicante, y ella le vuelve las espaldas; Davison se queda como desesperado, y después habla con energía.) ¡Tomad de nuevo este papel! ¡Tomadlo! Páreceme que tengo un hierro ardiendo en las manos. No me elijáis para serviros en asunto tan horrible.

ISABEL.—¡Cumplid vuestro deber! (Vase.)

ESCENA XII.

DAVISON, y después BURLEIGH.

DAVISON.—¡Se va! Déjame indeciso, desesperado, con esta orden atroz... ¿Qué hago? ¿La guardo? ¿La entrego? (A Burleigh, que entra.) ¡Oh, bien, bien! ¡A tiempo llegáis, mi-

lord! Sois quien me ha dado este cargo. ¡Eximídme de él! Lo acepté sin comprender su alcance. Dejadme volver á la oscuridad en que me hallasteis, porque no es este mi puesto...

BURLEIGH.—¿Qué tenéis, señor? ¡Reponeos! ¡En dónde está la sentencia? La Reina os mandó llamar.

DAVISON.—Me ha dejado en la mayor cólera. ¡Oh! ¡Aconsejadme! ¡Ayudadme! ¡Sacadme de esta duda, de esta infernal angustia! Aquí está la sentencia... está firmada.

BURLEIGH. (Con viveza.) — ¿Lo está? ¡Oh! ¡Dádmela, dádmela!

DAVISON.—No me atrevo.

BURLEIGH.—¿Cómo?

DAVISON.—No me ha dicho con claridad su deseo.

BURLEIGH.—¿No con claridad? Pero la ha firmado. ¡Dádmela!

DAVISON.—¿He de cumplirla... ó no?... ¡Dios mío! ¿Sé yo acaso lo que he de hacer?

BURLEIGH. (Instándole vivamente.)—Al instante, al momento habéis de ejecutarla. ¡Dádmela! ¡Sois hombre perdido, si lo dilatáis!

DAVISON.—¡Soy hombre perdido, si me apresuro!

BURLEIGH.—Sois un loco; sois un insensato. ¡Dádmela! (Arrebátale la orden, y vase con ella.)

DAVISON. (Corriendo detrás de él.) — ¿Qué hacéis? Quedaos aquí. ¡Me precipitáis en mi ruina!

ACTO V.

El mismo aposento que en el acto primero.

ESCENA PRIMERA.

ANA KENNEDY. vestida de rigoroso duelo, con los ojos llorosos, y presa del más acerbo, aunque callado dolor, está ocupada en sellar papeles y cartas. Con frecuencia la interrumpen los sollozos en su ocupación, y se pone á orar. **PAULET** y **DRURY**, vestidos también de negro, entran; síguenlos muchos criados, que traen vasos de oro y plata, espejos, cuadros, y otros objetos de valor, llenando con ellos el fondo del teatro. **PAULET** entrega á la nodriza una cajita de joyas con un papel, diciéndole, por señas, que es la lista de los objetos recibidos por él. A la vista de estas riquezas, se renueva el dolor de **ANA**; queda sumida en la aflicción más profunda, mientras los demás se retiran. **MELVIL** entra.

ANA. (Gritando al verlo.)— ¡Melvil! ¿Sois vos? ¿Os veo de nuevo?

MELVIL.—Si, fiel Ana, nos vemos otra vez.

ANA.—Tras larga, muy larga y penosa separación.

MELVIL.—Y en momentos bien tristes y dolorosos...

ANA.—¡Dios mío! Venís...

MELVIL.—A despedirme, por última vez, á despedirme, para siempre, de mi Reina.

ANA.— Ahora, al fin, ahora, el día de su muerte, se le permite la tan solicitada visita de los suyos... ¡Oh, querido caballero! no os pregunto cuál ha sido vuestra vida, ni me propongo contaros los sufrimientos que hemos experimentado desde que os separaron de nosotras. ¡Ay de mí! Pronto llegará ocasión de hacerlo. ¡Oh, Melvil, Melvil! ¿Habíamos de vivir, para ver este día?

MELVIL.—No nos enternezcamos mutuamente. Yo lloraré, mientras exista; jamás animará mi rostro una sonrisa ni dejaré jamás estas negras vestiduras. Siempre lloraré pero hoy he de mostrar firmeza... Prometedme también conteneros... Y cuando todos los demás se abandonen sin consuelo á la desesperación, nosotros la precederemos, con noble y varonil continente, y la serviremos de apoyo en el camino.

ANA.—¡Melvil! Os equivocáis, si creéis que la Reina necesita de nuestro auxilio para encaminarse con entereza al suplicio. Ella misma nos dará ejemplo de digna firmeza. Nada temáis. María Estuardo morirá como Reina y como heroína.

MELVIL.—¿Mostró serenidad al anunciarle la muerte? Dicen que estaba desprevenida.

ANA.—No es cierto. Otros temores acongojaban á mi señora. No temblaba María por la muerte, sino por su libertador... Nos habían prometido salvarnos. Mortimer nos dijo que esta misma noche nos pondría en libertad; y, entre el miedo y la esperanza, llena de dudas sobre si confiaría su honor y su real persona á ese joven atrevido, aguardaba la Reina el día... Entonces se promovió gran tumulto en el castillo, y nos asustó el golpe repetido de muchos martillazos. Creíamos oír á nuestros libertadores; la esperanza nos sonreía, y el amor involuntario

é irresistible de la vida se hacía sentir en nosotras... Abrese la puerta... Sir Paulet entra, y nos anuncia... que... ¡los carpinteros levantaban el cadalso á nuestros pies! (Vuélvese, dominada por el dolor.)

MELVIL.—¡Justo Dios! ¡Oh! Decidme, ¿cómo soportó María esta mudanza horrible?

ANA. (Después de una pausa y de reponerse algo.)—No se renuncia á la vida paso á paso. De una vez, repentinamente, en un momento, ha de pasarse de lo temporal á lo eterno, y, en ese instante, Dios concedió el don á mi Señora de rechazar con energía todo lo terreno, y lanzarse con fe vivísima hacia el cielo. Ningún signo de pálido temor, ni una palabra suplicante ha deshonrado á mi Reina... Sólo cuando después supo la vergonzosa traición de lord Leicester, y la deplorable muerte del digno joven, que se había sacrificado por ella, así como el profundo dolor del anciano caballero, al considerar que, por su causa, había de renunciar á su última esperanza; sólo entonces corrieron sus lágrimas. No deploraba su propia desventura, sino la ajena.

MELVIL.—¿En dónde está? ¿Podéis presentarme á ella?

ANA.—Pasó orando el resto de la noche; se despidió por cartas de sus amigos más queridos, y escribió su testamento por sí misma. Descansa hace poco, y duerme su último sueño.

MELVIL.—¿Quién está en su compañía?

ANA.— Su médico Burgoyne y sus damas.

ESCENA II.

LOS MISMOS, y MARGARITA KURL.

ANA.—¿Qué se os ofrece, mistress? ¿Ha despertado la señora?

MARGARITA. (Enjugándose las lágrimas.) — Está ya vestida... Os llama.

ANA.—¡Voy allá! (A Melvil, que quiere acompañarla.) No me sigáis, hasta que la prepare para recibirlos. (Vase.)

MARGARITA. — ¡Melvil! ¡El antiguo mayordomo de su casa!

MELVIL.—El mismo soy.

MARGARITA. — Ya hoy no lo necesita... ¡Melvil! ¿Venís de Londres? ¿Podéis darme noticias de mi esposo?

MELVIL. — Dicen que se le pondrá en libertad, en cuanto...

MARGARITA. — ¿La Reina no exista? ¡Indigno y bajo traidor! Es el asesino de esta querida señora. Por su testimonio, según se asegura, la han condenado.

MELVIL.—¡Así es!

MARGARITA.—¡Que su alma sea maldita, hasta en los infiernos! Su testimonio es falso...

MELVIL.—¡Reflexionad en lo que decís, milady Kurl!

MARGARITA. — Lo juraré en los estrados del tribunal; quiero repetirlo en su presencia, y que el mundo entero lo sepa. ¡Ella muere inocente!

MELVIL.—¡Oh! ¡Permítalo así Dios!

ESCENA III.

LOS MISMOS, y BURGOYN, y después ANA.

BURGOYN. (Al ver á Melvil.)—¡Oh, Melvill!

MELVIL. (Abrazándolo.)—¡Burgoyn!

BURGOYN. (A Margarita.)—¡Preparad una copa de vino para nuestra Señora! ¡Apresuraos! (Vase Margarita.)

MELVIL.—¿Cómo? ¿No se siente buena la Reina?

BURGOYN. — Está animosa; su heroico valor la engaña, y cree que no necesita de ningún alimento; pero le aguarda todavía una lucha terrible, y sus enemigos no han de vanagloriarse de que el miedo á la muerte haga palidecer sus mejillas, si la naturaleza cede á la debilidad.

MELVIL. (A la nodriza, que entra.)—¿Quiere verme?

ANA.—Estará aquí en seguida... Parece que os admiráis, y me preguntáis con los ojos ¿qué significa esta ostentación en la morada de la muerte?... ¡Oh, señor! Sufrimos miserias en vida, y ahora, con la muerte, viene la abundancia.

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—Otras dos camaristas de MARÍA, vestidas también de negro, que prorrumpen en sollozos, al ver á MELVIL.

MELVIL. — ¡Qué aspecto! ¡Qué horribles preparativos! ¡Gertrudis, Rosamunda!

LA SEGUNDA CAMARISTA.—¡Nos ha dejado! ¡Quiere por últi-

ma vez hablar á Dios! (Vienen otras dos mujeres, vestidas de negro como las precedentes, que expresan su pena con gestos mudos.)

ESCENA V.

Los mismos, y MARGARITA KURL.—Trae una copa dorada con vino, y la pone en la mesa, apoyándose en un sillón, pálida y temblorosa.

MELVIL.—¿Qué tenéis, mistress? ¿Qué os asusta así?

MARGARITA.—¡Oh Dios!

BURGOYN.—¿Qué tenéis?

MARGARITA.—¿Qué me han obligado á ver?

MELVIL.—¿Reanimaos! Decidnos, ¿qué es?

MARGARITA.—Cuando yo, con esta copa de vino, subía la escalera grande que lleva á la sala baja, se abrió la puerta... miré... y ví... ¡Oh Dios!

MELVIL.—¿Qué visteis? Cobrad ánimo.

MARGARITA.—Todas las murallas estaban cubiertas de negro, y un gran cadalso, con paños del mismo color, se levantaba desde la tierra: en medio se destacaba un tajo negro, un cojin, y, á su lado, un hacha afilada y brillante. . La sala estaba llena de hombres, que se apretaban alrededor de estos instrumentos de muerte, y cuyos ojos, ávidos de sangre, esperaban el sacrificio.

LAS CAMARISTAS.—¡Oh Dios! ¡Apiadaos de nuestra señora!

MELVIL.—¡Disimulad, que viene!

ESCENA VI.

Los mismos, y MARÍA, vestida de blanco y con lujo, trayendo al cuello un *Agnus Dei*, pendiente de una cadena, formada de bolas pequeñas; lleva á la cintura un rosario, un Crucifijo en la mano, una diadema en la frente y un gran velo negro echado hacia atrás. Al presentarse, todos los asistentes se forman á uno y otro lado, expresando el más acerbo dolor. Melvil, por un movimiento involuntario, se ha puesto de rodillas.

MARÍA. (Mirando con dignidad á su derredor.) — ¿Por qué os quejáis? ¿Por qué lloráis? Debierais alegraros conmigo, porque, al cabo, está próximo el término de mis sufrimientos; caen mis lazos, ábrese mi cárcel, y mi alma, satisfecha, volará en breve, perpetuamente libre. Cuando yo, bajo el poder de mi orgullosa enemiga, era el blanco de indignidades, impropias de una Reina libre y grande... entonces era ocasión de compadecerme... Bienhechora y salvadora, mi amiga de corazón, vive para mí la muerte. Sus negras alas cubren mi vergüenza... Ese supremo trance ennoblece y realza al mortal más abyecto. ¡Siento la corona en mi cabeza, y noble orgullo que llena mi alma! (Dando algunos pasos.) ¿Cómo? ¿Melvil aquí?... ¡No así, noble caballero! ¡Levantaos! Venís para ser testigo del triunfo, no del suplicio de vuestra Reina. Espérame una dicha que nunca aguardé, que mi reputación no queda en las manos de mi enemiga, que me resta un amigo de las mismas creencias... Decid, ilustre joven, ¿qué ha sido de vuestra vida en ese país enemigo é ingrato, desde que os arrancaron de mi lado? Al pensar en vuestra suerte, no leve inquietud ha afligido á mi corazón.

MELVIL.—Ninguna otra pena he sentido que la de vuestra desgracia, y mi impotencia en remediarla.

MARÍA.—¿Qué ha sido de Didier, mi viejo servidor? Acaso este súbdito leal duerme ha largo tiempo el sueño eterno, porque era hombre de muchos años.

MELVIL.—Dios no le ha concedido esa gracia. Vive para conocer la muerte de su joven Soberana.

MARÍA.—¡Ah! ¡Que no sea yo bastante afortunada para abrazar, antes de morir, á ninguno de los unidos á mí por los vínculos de la sangre! He de sucumbir entre extraños, y sólo veré correr vuestras lágrimas... Melvil, confío á vuestro fiel corazón mis últimos votos por los míos... Bendigo al Rey cristianísimo, mi suegro, y á toda la familia real de Francia... Bendigo á mi tío el Cardenal, y á Enrique de Guisa, mi noble primo. Bendigo también al Papa, Santo Vicario de Jesucristo, que á su vez me bendice, y al Rey Católico, que se ha ofrecido generosamente á ser mi libertador y vengador... Todos figuran en mi testamento y recibirán muestras de mi afecto, y no las despreciarán, teniendo presente mi pobreza. (Volviéndose hacia sus servidores.) Os recomiendo á mi real hermano de Francia, que cuidará de vosotros, y os dará una nueva patria. Y si mi último ruego tiene algún valor para vosotros, no os quedéis en Inglaterra, para que el orgulloso inglés no se regocije en vuestra desdicha, ni vea en el polvo á quien me ha servido. Prometedme, por esta imagen de Cristo, que, en cuanto yo muera, abandonaréis este país desventurado.

MELVIL. (Tocando el Crucifijo.)—Os lo juro en nombre de todos.

MARÍA.—Cuanto yo, pobre y desventurada, poseo, y de cuanto puedo disponer libremente, lo he distribuído entre vosotros, y espero que respetéis mi última voluntad. Vuestro es también cuanto lleve yo al suplicio... Permitidme, además, que, en mi camino hacia el cielo, me engalane con

los esplendores de la tierra. (A sus doncellas) A tí, mi Alix, á Gertrudis y Rosamunda destino yo mis perlas y vestidos, porque sois jóvenes, y os agradan las joyas y los adornos. Tú, Margarita, tienes los más legítimos derechos á mi generosidad, porque, al dejarte, eres la más desdichada de todas. Mi testamento probará que no quiero vengarme en tí de la culpa de tu esposo... A tí, oh mi fiel Ana, no te seduce ni el valor del oro ni el lujo de las perlas, y mi memoria será tu alhaja más preciada. ¡Toma este pañuelo! Lo he bordado yo misma para tí, en mis horas de angustia, bañándolo mis lágrimas. Con él me vendarás los ojos, si es posible... quiero recibir de mi Ana este postrer servicio.

ANA.—¡Oh, Melvil! ¡No puedo sufrir esto!

MARÍA.—¡Venid todos! ¡Venid, y oid mi último adiós! (Preséntales su mano, y la besan uno tras otro, cayendo á sus pies y llorando amargamente.) ¡Adiós, Margarita!... ¡Alix, adiós!... gracias, Burgoyn, por vuestros fieles servicios... Tus labios abrazan, Gertrudis... Mucho me odian, pero mucho también me aman. Que un hombre generoso haga feliz á mi Gertrudis, porque su ardiente corazón se inclina al amor... ¡Berta! Tú has elegido la parte mejor, porque serás casta esposa del cielo. ¡Oh! ¡Aprésúrate á pronunciar tus votos! Engañosos son los bienes de la tierra. ¡Apréndelo de tu Reina! ¡Nada más! ¡Adiós, adiós para siempre! (Vuélvese con rapidez y todos se alejan, menos Melvil.)

ESCENA VII.

MARÍA Y MELVIL.

MARÍA.—He arreglado todo lo mundano, y espero abandonar este mundo sin deber nada á los hombres... Sólo una cosa, Melvil, molesta á mi alma angustiada, antes de elevarse libre y contenta.

MELVIL.—¡Decíamela! Aliviad vuestro pecho, y confiad vuestras penas á vuestro fiel amigo.

MARÍA.—Estoy ya al borde de la eternidad. Pronto compareceré ante el Juez Supremo, y aun no me he reconciliado con lo más santo. Me han negado el auxilio de un sacerdote de mi religión. No quiero recibir de manos de un falso ministro el aliento sagrado del Santo Sacramento. Quiero morir fiel á mi creencia, porque es la única que da la bienaventuranza.

MELVIL.—¡Tranquilizaos! Valen en el cielo los deseos sinceros y piadosos tanto como su cumplimiento. El poder de los tiranos sólo alcanza al cuerpo, y el fervor del alma se eleva libre hasta Dios. La letra muere, y sólo vive la fe.

MARÍA.—¡Ay, Melvil! El corazón no se basta á sí mismo, y la fe necesita de alguna prenda terrestre, para apropiarse los favores del cielo. Por esto se hizo Dios hombre, y encerró en su envoltura corporal los misteriosos é invisibles dones del cielo... La santa, la sublime Iglesia nos ofrece la escala que lleva al trono de Dios. Llámase universal ó católica, porque la fe de todos confirma la de cada uno. Cuando miles de personas oran y adoran, su ardor es una llama, y el espíritu, desplegando sus alas, se levanta á las alturas

del Empleo... ¡Ay de mí! Dichosos aquellos á quienes ha tocado en suerte orar juntos en el templo del Señor. El altar está adornado, arden los cirios, suena la campana, difúndese el incienso; el Obispo, revestido de su ropa sin tacha, toma el cáliz, lo bendice, proclama el santo misterio de la Transustanciación, y el pueblo creyente, que lo presencia, se prosterna ante el Dios vivo... ¡Ah! Yo sola me veo excluida de esa santa ceremonia, y la bendición divina no llega hasta mi cárcel.

MELVIL.—¡Penetra hasta vos! ¡Está cerca! Confíad en el Todopoderoso... La vara seca brota hojas en la mano del creyente. El que hizo saltar la fuente del peñasco puede preparar el altar en vuestra prisión, y mudar al punto para vos en celestial bebida el contenido terrestre de esta copa. (Toma la copa, que está sobre la mesa.)

MARÍA.—¿Os comprendo, Melvil? Sí; os comprendo. Aquí no hay sacerdote, ni iglesia, ni santo... Pero el Redentor dijo: «En donde dos personas se reúnan en mi nombre, yo estaré con ellas.» ¿Qué hace del sacerdote el ministro del Señor? Un corazón puro, una conducta irreprochable... Sois, por tanto, para mí, aunque no consagrado, un sacerdote, un ministro del Señor, que me trae la tranquilidad... Voy á haceros mi última confesión, para que me absolváis.

MELVIL.—Ya que es tan ferviente vuestro deseo, sabed, oh Reina, que, por consolaros, puede hacer Dios un milagro. ¡Decís que no hay aquí sacerdote, ni iglesia, ni hostia?... Os engañáis. Hay aquí un sacerdote, y también el cuerpo de Dios. (Descúbrese la cabeza, al pronunciar estas palabras, y al mismo tiempo enseña una hostia en un vaso de oro.) Yo soy un sacerdote; para oír vuestra última confesión, para tranquilizar vuestro ánimo en el camino de la muerte, he recibido las sagradas órdenes, y traigo esta hostia consagrada, para vos, por nuestro Padre Santo.

MARÍA.—¡Oh! Entonces, en los mismos umbrales de la muerte, me aguarda goce celestial. Como en doradas nubes descende un inmortal; como un tiempo libró un ángel al apóstol de las cadenas de su calabozo, sin detenerle los cerrojos, ni la espada del carcelero, discurriendo libremente por las puertas cerradas, y apareciendo en la prisión, rodeado de aureola esplendorosa, así me sorprende ahora el enviado de Dios, cuando me abandonan los libertadores de la tierra... ¡Y vos, un día mi servidor, lo sois ahora del Altísimo, y también su santo ministro! Como vuestras rodillas se doblaban antes en nuestra presencia, así ahora las más se prosternan ante vos. (Arrodillase.)

MELVIL. (Haciendo sobre ella la señal de la cruz.)—¡En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! Reina María, ¿has examinado tu corazón; juras y prometes confesar la verdad, ante el Dios de la verdad?

MARÍA.—Abierto está mi corazón ante Él y ante vos.

MELVIL.—Decid, ¿de qué pecados os acusa la conciencia desde la última vez que os reconciliasteis con Dios?

MARÍA.—Llena estaba mi alma de odio envidioso, y en mi pecho bullían pensamientos de venganza. Yo, pecadora, esperaba que Dios me perdonase, y no podía perdonar á mi rival.

MELVIL.—¿Os arrepentís de vuestro pecado, y os halláis firmemente decidida á dejar absuelta este mundo?

MARÍA.—Tan verdad es, como espero que Dios me perdone.

MELVIL.—¿De qué otro pecado os acusáis?

MARÍA.—¡Ay de mí! No sólo por el odio, por el amor mundano he ofendido aún mas al Misericordioso. Mi vano corazón se inclinaba al hombre que me ha vendido y engañado.

MELVIL.—¿Os arrepentís de vuestra falta, y, dejando ese todo terrestre, vuestra alma se ha dirigido sólo á Dios?

MARÍA.—He sostenido terrible lucha, pero el lazo terrestre ha quedado roto.

MELVIL.—¿Os acusa de algo más vuestra conciencia?

MARÍA.—¡Ay de mí! Un antiguo crimen, confesado ha largo tiempo, acude á mi memoria con horrores siempre nuevos en mi última hora, y se revuelve sombrío ante mis ojos, en las mismas puertas de la gloria. Dejé matar al Rey, mi esposo, y di á su asesino mi mano y mi corazón. Lo he expiado rigurosamente, practicando las penitencias de la Iglesia, pero no se acalla el gusano roedor de mi remordimiento.

MELVIL.—¿No os acusáis de ningún otro pecado, no confesado, ni expiado?

MARÍA.—Ya sabéis cuanto abruma á mi conciencia.

MELVIL.—¡Pensad en el Dios Omnipotente, tan cerca de vos! ¡Pensad en el castigo, impuesto por la Santa Iglesia á los que hacen una confesión defectuosa! Es un pecado mortal, dirigido contra el Espíritu Santo.

MARÍA.—Así Dios me conceda su eterna gracia en mi último combate, como nada os he ocultado á sabiendas.

MELVIL.—¿Cómo? ¿Ocultáis á vuestro Dios el crimen que los hombres castigan en vos? ¿Nada me decís de vuestra participación sangrienta en el delito de alta traición de Babington y Parry? Por este hecho sufriréis la muerte terrestre. ¿Queréis sufrir también la eterna?

MARÍA.—Estoy pronta á entrar en la vida perdurable. Aun antes que dé la vuelta el minutero, estaré ante el trono de mi Juez. Os repito, por tanto, que mi confesión ha terminado.

MELVIL.—Pensadlo bien. A veces nos engañamos. Habéis, acaso, con astuta doblez, esquivado pronunciar la palabra que os haga culpable, aunque vuestra voluntad lo fuese. Pero tened entendido que la astucia nada puede contra la mirada de fuego que penetra en vuestro interior.

MARÍA.—He rogado á todos los Príncipes que desaten los lazos indignos que me sujetaban; pero ni con mi pensamiento, ni con mis obras, he atentado nunca contra la vida de mi enemiga.

MELVIL.—Así, ¿es falso el testimonio de vuestros secretarios?

MARÍA.—Es lo dicho. ¡Que Dios juzgue á esos testigos!

MELVIL.—¿Subís, pues, al cadalso, convencida de vuestra inocencia?

MARÍA.—Que Dios se digne, sufriendo yo esta muerte inmerecida, perdonarme mis faltas sangrientas anteriores.

MELVIL. (Bendiciéndola.)—¡Morid, y expiadlas! ¡Caed, víctima resignada, ante el altar! La sangre puede rescatar la sangre; habéis incurrido en fragilidades mujeriles, y á los espíritus bienaventurados, en la gloria, no acompañan las flaquezas de los mortales. Pero os anuncio, en virtud del poder que me ha sido concedido de atar y desatar, la remisión de todos vuestros pecados. ¡Que sea lo que habéis creído! (Preséntale la hostia.) Tomad el Cuerpo del Señor, consagrado para vos. (Coge el cáliz, que está en la mesa, lo consagra en silencio, y se lo ofrece. Ella vacila en tomarlo, y lo rechaza con la mano.) ¡Tomad la sangre, que se ha derramado por vos; tomadla! El Papa os ha concedido este favor. En la muerte podéis disfrutar del privilegio más singular de los Reyes. (Ella toma el cáliz.) Y como vos ahora, en misterioso vínculo, estáis unida á Dios corporalmente, así también lo estaréis en la gloria, en donde no hay lágrimas ni pecados, y allí, ángel de esplendente belleza, os uniréis á la Divinidad para siempre. (Deja el cáliz. Oyése ruido, y él se cubre la cabeza, y se acerca á la puerta. María, absorta en su devoción, no se mueve.) Todavía (volviéndose) os queda por sostener tremenda lucha. ¿Os sentís con fuerzas suficientes, para sobreponeros á todo movimiento de cólera y de odio?

MARÍA.—No temo ninguna recaída. He sacrificado á Dios mi amor y mi odio.

MELVIL.—Preparaos ahora á recibir á los lores Leicester y Burleigh. ¡Aquí están ya!

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. BURLEIGH, LEICESTER y PAULET. Leicester permanece en el fondo, sin atreverse á levantar los ojos. Burleigh, que lo nota, se interpone entre él y la Reina.

BURLEIGH.—Vengo, lady Estuardo, á recibir vuestras últimas órdenes.

MARÍA.—¡Gracias, milord!

BURLEIGH.—La Reina ha ordenado que no os rehusen ninguna petición justa.

MARÍA.—En mi testamento están consignados mis últimos deseos. Lo he puesto en poder de sir Paulet, y pido que se cumpla puntualmente.

PAULET.—¡Así se hará!

MARÍA.—Suplico que, sin molestarlos, se permita á mis servidores retirarse á Francia, ó á Escocia, á su elección.

BURLEIGH.—¡Se os complacerá en todo!

MARÍA.—Y puesto que mi cadáver no ha de descansar en tierra consagrada, que se consienta que este fiel servidor mío lleve mi corazón á mis deudos de Francia... ¡Ay de mí! Siempre estuvo allí.

BURLEIGH.—Descuidad. ¿Tenéis aún...?

MARÍA.—Llevad á la Reina de Inglaterra mi saludo fraternal... Decidla que la perdono mi muerte de todo corazón, y que me arrepiento de mi arrebató de ayer... Que Dios la conserve, y le conceda un reinado feliz.

BURLEIGH.—¡Hablad! ¿No tenéis ya mejores propósitos? ¡Rechazáis todavía la asistencia del Deán?

MARÍA.—Estoy reconciliada con mi Dios... ¡Sir Paulet! Mucho mal os he hecho sin querer, y os he privado del báculo de vuestra vejez. ¡Oh! Dejadme esperar que no os acordaréis de mí para maldecirme...

PAULET. (Dándole la mano.) — ¡Andad con Dios! ¡Id en paz!

ESCENA IX.

LOS MISMOS. ANA y las demás mujeres de la REINA, entrando dando señales de horror; siguelas el Sherif con una vara blanca en la mano; detrás de él se ven, por las puertas, que quedan abiertas, hombres armados.

MARÍA.—¿Qué tienes, Ana?... ¡Sí; llegó el momento! Aquí viene el Sherif para llevarnos á la muerte. ¡Es preciso separarnos! ¡Adiós, adiós! (Sus mujeres la detienen, profundamente conmovidas; á Melvil.) Vos, amigo estimado y mi fiel Ana, me acompañaréis en mis últimos instantes. No me neguéis esta satisfacción, milord.

BURLEIGH.—No tengo facultades para eso.

MARÍA.—¿Cómo? ¿Me rehusaréis un favor tan insignificante? Tened consideración á mi sexo. ¿Quién podría prestarme este postrer servicio? Imposible que haya mandado mi hermana que en mí se vea ofendido mi sexo, tocándome las groseras manos de hombres.

BURLEIGH.—No es conveniente que mujer alguna suba con vos las gradas del cadalso... Sus gritos y gemidos...

MARÍA.— ¡No gemiré! Respondo de la entereza de mi Ana. ¡Sed bondadoso, milord! No me separéis, al morir, de mi fiel nodriza, de la que siempre estuvo á mi lado. Trá-

jome a la vida en sus brazos, y justo es que me lleve con dulzura á la muerte.

PAULET. (A Burleigh.) — ¡Concededlo!

BURLEIGH. — ¡Sea así.

MARÍA. — Ahora nada es, ya el mundo para mí... (Toma el crucifijo y lo besa.) ¡Salvador y Redentor mío! como abriste tus brazos en la cruz, ábrelos ahora para recibirme. (Vuélvese para irse, y sus ojos encuentran al Conde de Leicester, que, al hablar ella, la ha mirado involuntariamente... Al verlo, tiembla María, vacilan sus piernas, y está á punto de caer; el Conde la sostiene y la recibe en sus brazos. Ella lo contempla largo rato en silencio; él baja los ojos, y al fin dice ella): Cumplisteis vuestra palabra, Conde Leicester... Me prometisteis vuestro brazo para sacarme de esta cárcel, y ahora me lo dais. (Él se queda anonadado; ella prosigue con dulzura.) Sí, Leicester; y no sólo la libertad había yo de deberos. Debíais hacer más preciosa mi libertad; y, con vuestro mano, y además, con vuestro amor, habría regocijado mi nueva vida. Ahora, cuando estoy á punto de separarme del mundo, y de ser un espíritu bienaventurado, á quien ninguna inclinación mundanal debe seducir; ahora, Leicester, puedo confesaros sin debilidad ni rubor una flaqueza mía, ya vencida... Adiós; y, si os es posible, vivid feliz. Os astocis pretender la mano de dos Reinas; despreciasteis un corazón amante y tierno, y le hicisteis traición por ganar uno orgulloso. Arroddillaos á los pies de Isabel, y que vuestro premio no sea un castigo para vos. ¡Adiós! Ningún interés terrenal me llama ya. (Vase precedida del Cherif, con Melvil y la nodriza á su lado. Burleigh y Paulet la siguen, los demás la contemplan sollozando, hasta que desaparece, y después se alejan por otras puertas.)

ESCENA X.

LEICESTER, que se queda solo.

LEICESTER.—¿Y vivo? ¿Y consiento en vivir? ¿No me aplasta este techo bajo su peso? ¿No se abre ningún abismo, para tragarse al mortal más miserable? ¿Qué pérdida la mía! ¿Qué perla he rehusado! ¿De qué dicha celestial me ha privado mi falta!... ¿Desapareces, espíritu de luz y de belleza, y me dejas la desesperación del condenado!... ¿Qué ha sido de mi propósito, al venir aquí, de ahogar la voz de mi corazón? ¿De ver caer impasible su cabeza? ¿Despierta su aspecto mi vergüenza, que creía perdida? ¿Ha de enlazarme, al perecer, con los lazos del amor?... ¡Réprobo! Ya no te es lícito abandonarte á tierna piedad mujeril. La dicha del amor huyó de tu camino. Que una coraza de hierro revista tu pecho. Que sea tu frente un peñasco. Si lo quieres perder el precio de tu oprobio, has de sostenerlo y merecerlo con osadía. ¡Enmudece, compasión! Que sean mis ojos una piedra. La veré decapitar, asistiré á su suplicio. (Dirigese con aire resuelto á la puerta por donde María ha desaparecido, pero se detiene á la mitad del camino.) ¡En vano, en vano! Un horror infernal se apodera de mí. No; no puedo presenciar tan terrible espectáculo; no puedo verla morir... ¡Silencio! ¿Qué es esto? Están allá abajo... A mis pies se prepara la tremenda ejecución. Oigo voces... ¡Fuera, lejos, lejos! Lejos de esta mansión de muerte y de horrores. (Al querer huir por otra puerta, la encuentra cerrada, y retrocede.) ¿Cómo? ¿Me encadena á este suelo alguna divinidad? ¿He de oír lo que me asusta ver? La voz del deán... la exhorta... ella le interrumpe... ¡Escuchemos!

ora en alta voz... con firme acento... Reina el silencio... silencio solemne... Sólo se percibe el sollozo y llanto de las mujeres... La descubren... ¡Silencio! Retiran su asiento... se arrodilla en un cojín... pone su cabeza... (Después de pronunciar las últimas palabras con creciente angustia, se para, y se le ve de repente, presa de emoción incontrastable, caer inmóvil: al mismo tiempo llega hasta él sordo murmullo de voces, que resuena largo rato.)

ESCENA XI.

El segundo aposento del acto cuarto.

ISABEL.

ISABEL. (Que sale por una puerta lateral, mostrando en su paso y en sus ademanes violenta inquietud.)—Nadie hay todavía aquí... Ninguna noticia... ¿Nunca llegará la noche? ¿Se ha parado el sol en su curso por el cielo? No puedo sufrir más estas torturas... ¿Se consumió ya la obra, ó no?... Ambas suposiciones me espantan, y no me atrevo á preguntarlo. Ni se presenta Leicester, ni Burleigh, á quienes nombré para la ejecución de la sentencia. Si se han ausentado de Londres... entonces ya se ha cumplido; la flecha ha partido; vuela, llega al blanco, hiere; y, aunque se trata de mi reino, no puede detenerla... ¿Quién está ahí?

ESCENA XII.

ISABEL Y UN PAJE.

ISABEL.—Vuelves sólo... ¿En donde están los lores?

EL PAJE.—Lord Leicester y el gran Tesorero...

ISABEL. (Con la mayor impaciencia.)—¿En dónde están?

EL PAJE.—No están en Londres.

ISABEL.—¿Que no?... Pues ¿en dónde?

EL PAJE.—Nadie ha sabido decírmelo. Antes de romper el día, ambos lores, en secreto y precipitadamente, han abandonado la ciudad.

ISABEL. (Hablando con animación.)—¡Soy la Reina de Inglaterra! (Paseándose muy inquieta.) ¡Vé y llama... no; quédate!... ¿Ha muerto? Ahora, al fin, vivo tranquila... ¿Por qué tiempo? ¿Por qué siento tan mortal angustia? La tumba encierra ya mis temores. ¿Quién podrá decir que yo lo he hecho? ¡No me faltarán lágrimas para llorar á la que ha sucumbido! (Al Paje.) ¿Todavía estás ahí?... Que mi secretario Davison venga aquí al instante. Que se vaya á llamar al Conde de Shrewsbury... ¡vedlo ahí! (Vase el Paje.)

ESCENA XIII.

ISABEL, Y EL CONDE SHREWSBURY.

ISABEL.—¡Bien venido, noble lord! ¿Qué traéis? No será algún motivo insignificante el que os guía aquí tan tarde.

SHREWSBURY.—Mi solícito corazón, ganoso de vuestra gloria, me arrastró hoy á la Torre, en donde Kurl y Nau,

los secretarios de María, están presos. Deseaba cerciorarme de la verdad de sus declaraciones. Confuso y embarazado, rehusaba el alcaide de la Torre mi pretensión de examinar á los presos, permitiéndome sólo la entrada, después de amenazarlo... Pero ¿cuál fué ¡Dios mío! el espectáculo que se ofreció á mi vista? Con los cabellos en desorden, y los ojos de un loco, como si las furias lo atormentaran, yacía en su lecho el escocés Kurl... Apenas me conoció el desdichado, se arrojó á mis pies... gritando, abrazando mis rodillas, retorciéndose desesperado como un gusano... y me ruega, y me conjura que le diga cuál ha sido la suerte de su Reina, porque el rumor de su condenación á muerte había penetrado hasta en los calabozos de la Torre. Cuando, con arreglo á la verdad, se lo confirmé, añadiendo que moría á causa de su declaración, se levantó frenético, y cayó de un salto sobre su compañero de cárcel, y lo alzó del suelo con el vigor gigantesco del delirio, empeñado en ahogarlo. Con trabajo pudimos arrancarlo de sus manos furiosas. Entonces descargó su ira contra sí mismo, se desgarró el pecho con rabia, y se maldijo, y á su compañero, con imprecaciones infernales. Su declaración es falsa; las malhadadas cartas á Babington lo son también, á pesar de sus juramentos en contrario, habiendo escrito otras palabras distintas de las que la Reina le dictaba, y por instigación del pérfido Nau. En seguida corrió á la ventana, la arrancó con fuerza sobrehumana, y gritó, reuniendo mucha gente, que él era el secretario de María, que la había acusado falsamente, que era un réprobo y un testigo falso.

ISABEL.—Decís vos mismo que había perdido su razón. Las palabras de un insensato, de un loco, nada prueban.

SHERWSBURY.—¡Pero su locura prueba más! Dejaos, pues, convencer, oh Reina; no os precipitéis, y ordenad que se practiquen nuevas diligencias.

ISABEL.—Lo haré... porque lo deseáis, oh Conde, no por creer que mis pares hayan procedido con ligereza en este asunto. Que, para vuestra tranquilidad, se recomienzen los procedimientos... Tiempo es aún, por fortuna... No debe haber sobre nuestro honor de Reina ni la más leve duda.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, y DAVISON.

ISABEL.—La sentencia, oh Davison, que os entregué... ¿en dónde está?

DAVISON. (Muy admirado.)—¿La sentencia?

ISABEL.—Que os dí ayer, para que la guardaseis...

DAVISON.—¿Para que la guardase?

ISABEL.—El pueblo, amotinado, me obligó á firmarla. Me ví en la precisión de complacerlo, y lo hice á la fuerza; y, por ganar tiempo, puse ese escrito en vuestras manos. Sabéis lo que os he dicho... ¡Ea! ¡Dádmela!

SHREWSBURY.—¡Dádsela, apreciable caballero! Han variado las cosas, y se practicarán nuevas diligencias.

DAVISON.—¿Nuevas diligencias?... ¡Misericordia divina!

ISABEL.—No lo penséis tanto. ¿En dónde está el escrito?

DAVISON. (Desesperado.)—¡Soy hombre perdido! ¡Mi muerte es segura!

ISABEL. (Interrumpiéndolo con viveza.)—No espero, señor...

DAVISON.—¡No hay salvación para mí! Yo no lo tengo.

ISABEL.—¡Cómo! ¿Qué decís?

SHREWSBURY.—¡Dios del cielo!

DAVISON.—Está en poder de Burleigh... desde ayer.

ISABEL.—¡Desdichado! ¿Así habéis cumplido mis órdenes? ¿No os dije que la guardaseis?

DAVISON.—¡No ordenasteis tal cosa, señora!

ISABEL.—¿Me desmentirás acaso, miserable? ¿Cuándo to encargué que la entregaras á Burleigh?

DAVISON.—Con palabras claras y terminantes... no... pero...

ISABEL.—¡Infame! ¿Osas acaso interpretar mis palabras? ¿Mezclar en ellas tu instinto sanguinario?... ¡Ay de tí, si resulta alguna desgracia de ese hecho, exclusivamente tuyo, porque me lo pagarás con la vida...! Ya veis, Conde Shrewsbury, cómo se abusa de mi nombre.

SHRESWBURY.—Ya veo... ¡Oh! ¡Dios mío!

ISABEL.—¿Qué decís?

SHRESWBURY.—Si ese escudero, bajo su responsabilidad, ha osado cometer esa acción, y obrar sin vuestro conocimiento, merece ser llevado ante el tribunal de los Pares, por el delito de haber entregado vuestro nombre á la execración de todos los siglos.

ESCENA ÚLTIMA.

Los mismos; BURLEIGH, y al fin KENT.

BURLEIGH. (Doblando una rodilla ante la Reina.)—¡Viva largos años mi Soberana, y ojalá que todos los enemigos de esta isla perezcan como esa Estuardo! (Shrewsbury se cubre el rostro, y Davison se tuerce las manos desesperado.)

ISABEL.—¡Decid, milord! ¿Recibisteis de mis manos la orden de la ejecución del suplicio?

BURLEIGH.—¡No, señora! La recibí de Davison.

ISABEL.—¿Os la entregó Davison en mi nombre?

BURLEIGH.—¡No! No lo hizo...

ISABEL.—¿Y la cumplisteis inmediatamente,

tarme? La sentencia era justa, y el mundo no podrá censurarnos; pero no os convenía sobreponeros á la bondad de nuestro corazón... Por tanto, desde ahora estáis desterrado de nuestra presencia. (A Davison.) Os aguarda una justicia severa, por haber abusado criminalmente de vuestro cargo y de un depósito sagrado, que se os había confiado... ¡Mi noble Talbot! Sólo vos aparecéis justo entre mis consejeros. Seréis en adelante mi guía y mi amigo...

SHREWSBURY.—No desterréis así á vuestros fieles servidores; no los llevéis á la cárcel, porque por vos obraron, y por vos se callan ahora... Permitidme, gran Reina, que devuelva á vuestras manos el sello, que, por espacio de doce años, me habéis confiado.

ISABEL. (Sorprendida.)—¡No, Shrewsbury! No me abandonaréis ahora, ahora que...

SHREWSBURY.—Perdonad; soy demasiado viejo, y esta mano derecha carece de la flexibilidad necesaria para sellar vuestros últimos actos.

ISABEL.—¿Quiere dejarme el hombre que me salvó la vida?

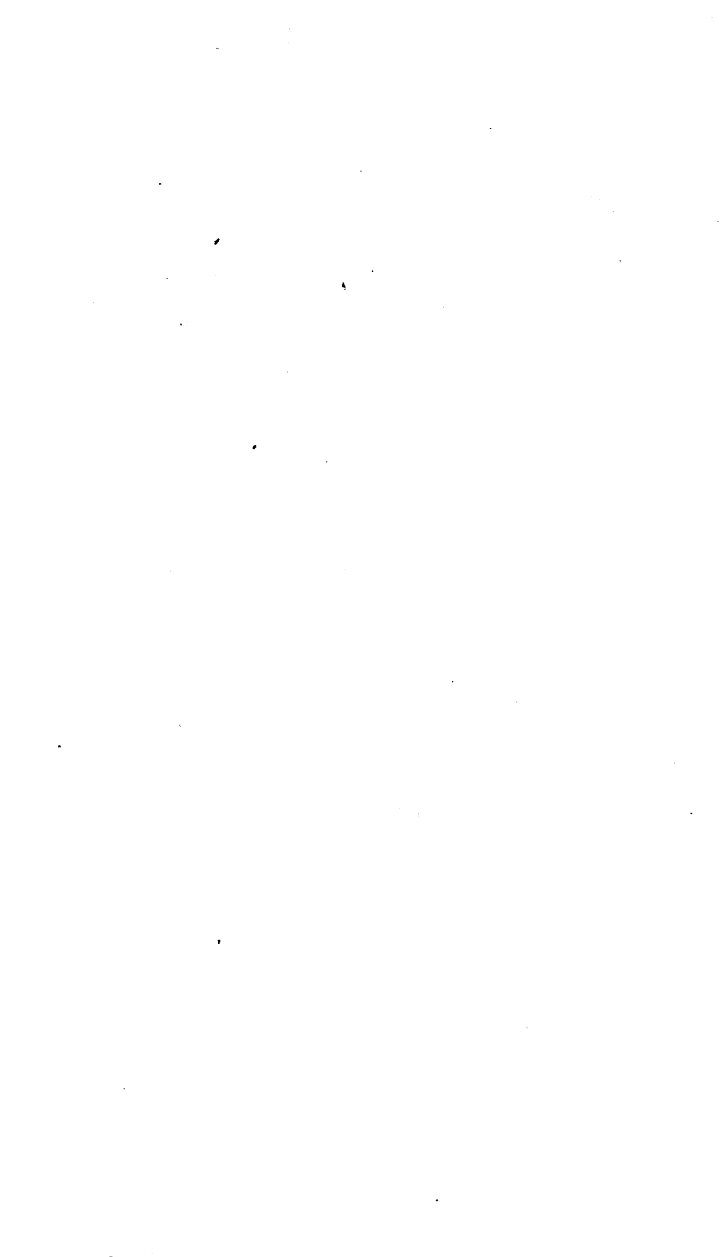
SHREWSBURY.—Poco he hecho... No he podido salvar la parte más noble de vos misma. ¡Vivid; reídad dichosa! Vuestra rival ha muerto. Desde ahora en adelante, nada tenéis ya que temer, nada que respetar. (Vase.)

ISABEL. (Al Conde de Kent, que entra.)—¡Que venga el Conde de Leicester!

KENT.—Ruega á la Reina que lo excuse, porque acaba de embarcarse para Francia. (Ella se contiene, y se muestra tranquila. Cae el telón.)

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
La desposada de Mesina ó los hermanos enemigos..	5
La doncella de Orleáns.....	109
Guillermo Tell.....	241
María Estuardo.....	329





**THIS BOOK IS DUE ON THE LA
STAMPED BEI**

U. C. BERKELEY LIBRARIES



C075985912

290826

Schiller

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

